ALFAGUARA

Edgardo Rivera Martínez

País de Jauja

EDICIÓN DEFINITIVA



Narrativa Hispánica

País de Jauja

Edgardo Rivera Martínez

País de Jauja

EDICIÓN DEFINITIVA

ALFAGUARA

Índice

Prólogo

País de Jauja

País de Jauja o el arte luminoso de contar historias

Edgardo Rivera Martínez y la novela de un país posible

Dossier fotográfico

Legal

Sobre el autor

Sobre este libro

Prólogo

Jeremías Gamboa

Una ciudad de luz

Tenía veintiséis años cuando leí por primera vez *País de Jauja* de Edgardo Rivera Martínez. Y lo hice por una causa que, vista desde ahora, podría resultar caprichosa e, incluso, sonar frívola, pero que con el tiempo me ha revelado toda su hondura. Su autor, ese hombre andino cuya figura adusta y sobria aparecía en la carátula de una bella edición de sus cuentos completos bajo el sello Alfaguara en 2001, se parecía demasiado a mi abuelo paterno ayacuchano, el lejano padre de mi padre que yo nunca llegué a conocer, salvo por un par de fotografías. Mi propio padre me hizo ver el parecido cuando vio aquel libro en mis manos; la hermosa figura de Edgardo sentado en un sillón apacible con un aire sereno bajo esos lentes gruesos, la camisa y el *pullover* de una discreta elegancia y, detrás de él, la figura colonial que ha cifrado su universo a través del magnífico relato «Ángel de Ocongate».

Descubrir esa imagen de un hombre próximo en un libro asociado a lo consagratorio resultaba, para mí, excepcional (y de hecho inalcanzable, dado el secreto aspirante a escritor que era), y con el paso del tiempo resultó un poderoso acicate para mis primeros devaneos de escritor, los que el propio Edgardo guio con cariño y paciencia. Fue aquella imagen de él en esa tapa la que me llevó a leer, fascinado, todos esos cuentos, muchos de ellos hermosos en su lirismo y en la presencia poética y enigmática de la neblina que se desplegaba como una sugerente cortina de lo fantástico. Y fue la calidad indiscutible de esos relatos los que me condujeron a leer, casi de inmediato y en estado de gracia, su gran novela solar, esta que el lector tiene ahora entre sus manos; una de las más importantes de la tradición literaria peruana y, sin duda, una de las pocas, si no la única, que marcha de una manera sostenida, y en un punto incontrovertible, hacia su espléndido final: ese instante sobrepasado de luz que se despliega hacia la eternidad.

«Ya estabas de vacaciones, en esos meses de lluvia pero también de días claros, en que podrías hacer lo que te viniese en gana…».

Varias cosas me llamaron la atención de esas primeras líneas en el inicio de aquella lectura milagrosa. La primera fue de carácter técnico: el insospechado uso de la narración en segunda persona, casi siempre asociado al abordaje de personajes acosados por disociaciones psíquicas o presas de estados extremos de conciencia, ahora de pronto volcado a desplegar un pasado de luz amable y constante, que es recreado por una consciencia nostálgica e introspectiva: la de un

hombre adulto, acaso en el crepúsculo de su existencia, que inicia el recuento de aquel verano crucial en que su vida y destino empezaron a ser una vida y un destino específicos e intransferibles y, por ello, valiosos. Lo segundo fue algo asociado a su temperamento o carga emocional: ese tono celebratorio, armónico y de una limpieza íntima y hasta moral resultaba inédito en una tradición narrativa como la peruana, marcada por la violencia, el pesimismo, la grisura, la tentación del fracaso y muchas veces la cerrada inevitabilidad de la derrota o la pérdida irreparable. El adolescente Claudio Alaya, a sus quince años, abre los ojos a un Perú que para él tiene la forma de una Jauja de aire pastoral, aunque a la vez cosmopolita, debido a la presencia del sanatorio Olavegoya, un sitio al que van pacientes de todo el mundo, enfermos de tisis, porque aún no se ha descubierto la penicilina. Eso, y que el Perú viva una fugaz democracia, dan lugar a una feliz circunstancia que es central para el libro. Lo que le toca experimentar a Claudio es el progresivo ensamblaje de algo que nos parecería ahora una bella utopía lírica. El ocio y el libre albedrío que asoman a esas primeras líneas, la afirmación feliz y hasta traviesa de la aventura, todo eso marca un despertar al país que contrasta de modo radical con las novelas canónicas de otros grandes autores peruanos. A diferencia del niño Ernesto de Arguedas, del Julius de Bryce o del Cuéllar de Vargas Llosa, personajes que existen para descubrir el terror del mundo en que les ha tocado vivir en tanto conflicto racial y cultural, violencia sexual o corrupción, este adolescente de clase media provinciana va a vivir a nuestro lado un simple periodo de vacaciones en Jauja y durante ellas irá atravesando con delectación las primeras experiencias emocionales e intelectuales que lo prepararán para su vida futura. Es un libro de las primeras cosas: el amor en sus variables platónica, romántica y carnal; los primeros atisbos de la vocación artística, sin duda literaria y musical; el descubrimiento de una forma de sentir el mundo y experimentarlo, y por todo ello la posibilidad de constituirse en una conciencia nacional, una forma de vivir el Perú que acaso resolvería la violencia y los desencuentros que nos han jalonado a lo largo de toda nuestra vida republicana. Claudio Alaya es un prospecto de hombre que se relaciona con las dos principales matrices culturales de nuestra historia y herencia, y que en él no se contradicen ni se niegan, sino que se imbrican de manera orgánica, integrándolo. Es, si cabe, el peruano perfecto, y es precisamente la ficción o la imaginación ficcional la única herramienta que podría haber hecho nacer o existir a ese *primer hombre*. ¿No era hermoso soñar con un personaje de esa naturaleza y, por ello, con una novela así? ¿No era algo espléndido precisamente ir a contracorriente de lo anterior usando el resplandor de la luz?

Es sorprendente que la novela más transparente y optimista de nuestra tradición literaria haya sido creada durante los años más violentos que atravesó Lima, ciudad donde fue escrita. Edgardo la acometió entre 1990 y 1992, mientras se discutía la viabilidad misma del país y el distrito de Miraflores era amenazado por el conflicto armado que desde hacía más de una década estaba asolando la sierra del país. En una entrevista me confesó que durante esos años la escribía siempre muy temprano, antes de que se dieran los cortes de luz que él sabía que ocurrirían, y que

luego se decidió a comprarse un adaptador para trabajar con una batería cuando no hubiera corriente eléctrica por los atentados y las bombas. Se trataba de una «gesta personal». Rivera Martínez escuchaba las detonaciones, se sumía en la oscuridad de los apagones, procuraba sosegarse y luego, como el personaje de su *nouvelle Ciudad de fuego*, que desde el resguardo de su habitación ingresa a un mundo entero por una puerta imaginaria, se ponía a escribir desde su espacio para acceder al universo de esa Jauja estival que le servía como refugio ante la locura, la barbarie y la brutal polarización del país. «Recuerdo la vez que escuché la detonación del atentado en la calle Tarata, aquí, tan cerca —me dijo esa vez—, fue increíble, pero dime, ¿qué podía hacer yo, un escritor, en ese terreno de enfrentamiento con la subversión? Creo que no mucho, ¿no? Simplemente soñar con un mundo diferente, como el que de alguna manera propone mi novela».

Y es ese mundo el que está contenido en estas páginas. Un refugio. Una casa de cartón de la imaginación. Una fortaleza de lenguaje terso y seres llenos de bonhomía que se opone a este país cercado por el extremismo, la amenaza totalitaria y una violencia entre peruanos que deshumanizan a otros peruanos. La Jauja de estas páginas se nos presenta como un espacio límpido, cálido y pleno de un humor y una ironía risueños sobre los que evolucionan personajes memorables, como el excéntrico y beatífico carpintero Fox Caro; el cura Wharton, que si te ve por la calle te gritará ¡Moriráááás!; la divertida tía Marisa; el circunspecto rumano Radulescu; las misteriosas y casi míticas tías de los Heros; la risueña Leonor, de junco y capulí; la bella y distante Elena Oyanguren y la sensual señora Zoraida, figura de algunas de las páginas más intensas de esta novela. Y junto a ellos, junto a sus amigos Tito, Julepe y Felipe, pero, sobre todo, junto a sus hermanos Abelardo y Laurita, a su madre Laura y a la estela del padre fallecido, es que Claudio irá descubriendo las dos orillas de su ser, ese que acoge tanto la belleza de la *Ilíada* y las narraciones de Salgari o Verne como los relatos orales y los mitos que dan cuenta de amarus, imillas y condenados; tanto los huaynos, mulizas y yaravíes como las sonatas de Bach y de Mozart, dos líneas que se integran simbólicamente en esa flor del rocío y la escarcha que es la *sullawayta* y que terminarán relumbrando en las inolvidables páginas finales de esta novela en la espléndida Catedral de Jauja, bajo el cielo unánime de los Andes del Perú.

No se crea, por ello, que la novela no es consciente de las tensiones que jalonan y lastran el país. Las hay, y hasta la semilla de una futura amenaza senderista se deja entrever en algunas de sus páginas. La armonía es siempre transitoria. Y ese mundo pacífico y equilibrado, ubicado ex profeso en la primavera democrática que se vivió en el país durante el gobierno de José Luis Bustamante y Rivero, contiene el germen de sus propias fisuras. Es Claudio quien desde el presente del país (un presente que cambia según el *aquí* y el *ahora* de quien lee la novela) regresa a ese lugar de protección a través de un diálogo entre su memoria crepuscular y las anotaciones de su diario del verano de 1947, donde el incipiente escritor que fue anota sus emociones y sueños, y va empezando a prefigurar y conocer a quien le tocará ser. ¿Está Claudio

recordando ese verano de luz ante el horror del Perú contemporáneo, pero, sobre todo, ante la revisión melancólica de sus propios diarios? ¿No es ese diálogo interior la mejor forma de guarecerse ante la pesadilla de la Historia que ocurre allá afuera? «Para mí era, a la vez, un rescate de mi propia vida, el establecimiento de una propuesta y al mismo tiempo el resultado final de una expresión lírica», me confesó su autor. Y sin duda es así. Si una novela es por antonomasia una discusión de personajes imaginarios que hablan por su autor, en *País de Jauja* la construcción formal es la de un canto a dos voces, la del adolescente que empieza a escribir y la de aquel que rememora (¿o escribe?) la misma vida bajo el sortilegio magnífico de uno de los epígrafes que abre el libro y que su autor atribuyó a un escritor improbable llamado Raúl de Palma: «¿Por qué no hacer que el adolescente dialogue con el adulto que será, y el adulto con el niño o adolescente que fue? ¿Por qué no reinventar una y otra vez la propia vida?».

País de Jauja es, por todo ello, una gran introspección, a la vez que la proyección de una imagen posible y deseable del país. Es más el estudio de una posibilidad que el de un problema. Su urgencia no es hacer una radiografía del Perú, sino algo acaso más intrépido: imaginar una salida. Esa también es parte de su grandeza.

Recuerdo muy bien que cuando acabé de leer este libro, el efecto sobre mí había sido como el de descubrir un nuevo continente. De modo que también era posible narrar la alegría, la felicidad, la completez. Era posible llevar el libro a un final que significase una victoria simbólica y hasta existencial para su protagonista. Todo eso era como ver aparecer un nuevo color. La lectura de esta novela me dejó tan emocionado que al poco tiempo me inventé un ensayo para abordar a fondo esta ficción y tener una excusa para conocer a su autor, a quien le solicité una entrevista que publicamos en la revista *Lienzo* de la universidad en la que estudié. Recuerdo que me recibió en esa casa del edificio Santa Ana que tenía unos sosegados aires de claustro y en la que era posible reconocer el piano que podría haber pertenecido al protagonista de su novela y esos hermosos cuadros coloniales que lo acompañaban en la carátula que yo vi. Edgardo me sirvió un licor jaujino y luego, con toda paciencia, se sometió a mi larga entrevista para desentrañar la manera en que había escrito este libro.

Cuando finalmente el diálogo y el ensayo aparecieron, Edgardo tuvo ese gesto de caballero tan suyo de llamar por teléfono fijo a agradecerme y a comentar el ensayo con detalle y prolijidad. La buena disposición que mostraba me hizo ofrecerle entrevistarlo en público en un auditorio miraflorino acerca de su gran novela, a lo que él accedió gustoso. Esa noche, tras el diálogo público, Edgardo y Betty me hicieron el enorme favor de ir a cenar conmigo y con mis padres, una cena en la que mi papá y él hablaron sobre las diferencias entre Junín y Ayacucho después de que mi papá le preguntara si su cuento «Vilcas» se refería al Vilcashuamán en el que él y mi madre nacieron. Fue una velada para mí inolvidable. También para papá. Después de esa ocasión, nunca ha dejado de recordarme que el hombre que tuvimos delante tenía la sobriedad, la elegancia involuntaria y ese aire digno y meditabundo de su propio padre, mi abuelo Eleodoro,

una imagen que con los años ha correspondido cada vez mejor a la de mi propio padre. Es precisamente por ese aire de familia, pero, sobre todo, por la admiración a su trabajo y a su legado, que al protagonista de una novela mía decidí ponerle el apellido de Claudio: Alaya. Quiero creer que ese ayacuchano mío que llega a tierras extrañas en el norte del continente tiene una ligazón de sangre con el adolescente jaujino que protagoniza esta celebración de la vida, de la literatura y de la creación, que es esta novela mayor llamada *País de Jauja*. Una fiesta luminosa e interminable en el corazón mismo de los Andes; la posibilidad hermosa de un país en el que quepamos todos.

A la memoria de mis antepasados, Natividad de los Ríos,
José C. Martínez y Mercedes Saravia.
A la memoria de mi madre, María Luz Martínez, de
Marina B. Martínez y de mi hermano Miguel.
A mis hijos Oriana, Gonzalo y María Alejandra,
y a mis nietas Maite y Amaia.

Jauja, integración excepcional de razas, de culturas y de sistemas económicos.

J. M. Arguedas

Jauja, tierra singular, casi una isla, era en los años 40 una pequeña ciudad campesina a la vez que cosmopolita, adonde acudían a curarse tuberculosos de todas partes del Perú y del extranjero.

Lastenia Riva

…la vida toda es poesía.

Lou Andreas-Salomé

¿Por qué no hacer que el adolescente dialogue con el adulto que será, y el adulto con el niño o el adolescente que fue? ¿Por qué no reinventar una y otra vez la propia vida?

Raúl de Palma

País de Jauja

Ya estabas de vacaciones, en esos meses de lluvia pero también de días claros, en que podrías hacer lo que te viniese en gana. No más profesor Vásquez con sus ecuaciones interminables, ni viejo Calle con sus historias de megaterios, ni las tremebundas clases del cura Wharton, autor del único y vergonzoso 07 de toda tu vida de estudiante. No más, en fin, las soporíferas enseñanzas de Pantacha Camarena, patrono de todos los chancones del Perú. Tres meses de libertad y de proyectos. Por algo tu madre te dijo, a la hora de la cena: «Feliz, ¿no?». «Por supuesto, mamá». «No tan dichoso, porque a lo mejor tiene un curso aplazado por ahí», observó tu tía Marisa, aguafiestas como siempre. «Yo estudié con ahínco…». «En todo caso tu señora madre tiene algunas tareas adicionales que encomendarte…». «¿Qué tareas?». «Nada que te alarme, hijo». «No pienso ir a las novenas con la tía Grimanesa, como el año pasado, y que conste…». «Deja en paz a doña Grimanesa», dijo tu madre, «porque la pobre ya no está para eso». «¿Ya no te gusta ir a la iglesia, sobrino?», inquirió meliflua tía Marisa, recordando sin duda la cara aburrida y furiosa con que acompañabas, por orden de tu progenitora, a esa viejísima parienta. «Je, je», se rio Abelardo. Tu madre anunció: «Además de ayudar en la casa, y hacer compras y barrer los patios, como siempre, hay para ti otras cosas más gratas. Serás alumno de Mercedes Chávarri». «¿Quién es? ¿Una profesora de matemáticas?». «No creo que sepa de números, porque otra sería su suerte», comentó tu tía. «Entonces, ¿de quién se trata?». «Ella toca el piano y da lecciones, ¿no te he dicho?». «Creo que sí…». «Y como te gusta la música…». «Pero mamá, ¿y las clases contigo?». «Sabes bien que es ya muy poco lo que te puedo enseñar, mientras que Mercedes ha tenido maestros en Lima y es una profesional. Y como he ahorrado unos centavos con ayuda de tu hermano…». Magnífica noticia, en verdad, y que no habías esperado. «No olvidemos», observó tu tía Marisa, «que Merceditas recibió de niña algunas lecciones de papá, de modo que no está mal que, en reciprocidad, seas ahora su discípulo». «El abuelo era organista…». «Pero también sabía tocar el piano», precisó tu madre. «Además», añadió tu tía, «ella es toda una belleza y una joya su marido». «Es una buena persona, y la escuché tocar en una velada y lo hizo muy bien», comentó Abelardo. «Y su esposo también es músico, tenor por más señas, y canta que es un primor, sobre todo por las noches…». «Ah, ya sé», dijiste, acordándote del bueno de Carlitos Baylón, al que conocías de vista. «Y a propósito», dijo tu madre, «¿a qué se dedica, exactamente, ese caballero?». «Unas veces», respondió Abelardo, «se presenta como “maestro constructor”, y otras como “arquitecto”». «Pero ¿vive de eso?». «Se encarga de pequeños trabajos…». «Y es el engreído de su señora esposa, a quien Dios y su santa madre protejan», dijo

tu tía. «¿Por qué lo echas todo a risa?», protestaste. «Pero volviendo a lo inmediato, di Laura qué más va a hacer este joven, para que esté debida y oportunamente informado». «También tendrá que acompañarme al mercado los domingos». «Gratísima obligación, sobrino». «Oh, no le quitemos al muchacho la alegría de las vacaciones…». «No se trata de eso, hermana…». «Consíganme un trabajo, madre, y así no tendrás que dedicar tanto tiempo a la costura». «Veré por ahí», dijo Abelardo, «pero no es fácil en estos tiempos». «Podrías ayudar en el taller, jovencito», dijo tu tía. «Espero que no sea necesario», señaló tu madre. «Pasando a otra cosa», dijo tu hermano, «repetiremos la experiencia pedagógica del año pasado». «¿A qué te refieres?». «Hacer que leas, y para eso he escogido unos títulos que ojalá sean de tu agrado». «¿Qué más puedes pedir, sobrino?». «Yo no he pedido nada, tía». Ella sonrió y dijo: «En todo caso, habrá materia para las misteriosas libretas que vas llenando con anotaciones día a día, si los ojos no me engañan». «Eso es asunto suyo, Marisa». Abelardo pretendió no haber escuchado y prosiguió: «Se trata, para comenzar, de la *Ilíada*, obra que también le di a leer a Laurita cuando tenía tu misma edad, o sea quince años». «Pronto voy a cumplir dieciséis». No era mucho trabajo, después de todo, y las lecciones de música podían resultar estupendas si doña Mercedes era tan buena como aseguraban. Y en cuanto a la lectura, en buena hora, mientras no te endilgaran cosas aburridas. Habló tu madre: «Pero ahora di, Claudio, qué tienes en mente». «Pues darle mucho a la música, y descansar, salir con los amigos, ir de paseo y esas cosas. Y escribir a mi hermana, y ver qué haremos cuando llegue». «Pero Laurita vendrá solo por unos días». «Lo sé». «¿Y qué más?». «Y claro que me interesan mucho las clases de piano, aunque esa señora sea muy fea». «No dije que fuera fea, sino una belleza», precisó tu tía. «Y podré estudiar con ella nuevas sonatas de Mozart». «No sé si le gustará Mozart», dijo tu madre, «pero en lo de acompañar aires de ópera, lo hace de maravilla». «¿Y nunca toca música ligera esa talentosa dama?», quiso saber tu tía. «No, Mercedes ha sido muy estricta, y nunca he sabido que tocara un tango o un bolero…». «Pero supongo, mamá, que tú y yo seguiremos recogiendo y transcribiendo huaynos, para no abandonar lo que comenzamos en las vacaciones de julio, ¿no?». «Lo tengo presente, hijo». «Acuérdate que ha pasado tiempo desde la última vez en que lo hicimos…». «Pero fue por tus exámenes y por el trabajo acumulado en el taller…». «Este caballero y su señora madre viven en dos mundos musicales muy diferentes», dijo tu tía. «Me parece muy bien», dijo Abelardo, «ese esfuerzo de recopilar nuestra música». «A mí también, lo cual no me impide ver otras facetas del asunto», aclaró Marisa. «¿Qué facetas?». «Lo hacemos porque nos gusta, y no porque pretendamos imitar a un Valle Riestra o un Alomía Robles», explicó tu madre. «Uno nunca sabe, hermana». Tú guardabas silencio, mientras tanto, y tratabas de imaginar cómo serían las sesiones con doña Mercedes Chávarri, cuya figura ya recordabas. Sí, esa señora vieja de cara melancólica, que tu madre te había presentado hacía buen tiempo. Te sacó de tu distracción la voz de tu tía: «Oye, creo que tu mamá omitió algo…». «¿Qué?». «Nos olvidamos de nuestras tías, las viejitas de los Heros». «Apenas si las conozco, y ya me parece bastante con haber soportado a doña

Grimanesa el año pasado. Y además tengo que visitar a tía Rosita». «Tu tía Rosa goza de buena salud, a Dios gracias», dijo Marisa, «y por suerte tiene la vida holgada y sin preocupaciones. Y cada vez que vas a su casa vuelves con un regalo. En cuanto a tía Grimanesa, está ahora en su mundo y nadie le importa un comino, y menos tú. Esas ancianas, en cambio, van de mal en peor, y deben sentirse muy solas». «¿Y qué debo hacer?». «Visitarlas de vez en cuando, que nosotras nos encargaremos del resto». «No te pesará, porque son personas fuera de lo común», comentó Abelardo. «Ya hablaremos», dijo tu madre levantándose de la mesa y retirándose a la cocina. «Personas muy especiales», reiteró tu hermano. «¿Y tengo que conversar con ellas? ¿Acaso no fue suficiente con los trisagios de doña Grimanesa?». «Olvida eso, por favor, y piensa que las señoritas de los Heros nos necesitan», apuntó tu tía. «Pero ¿no podría hacer otra cosa en cambio?». «Ya te dijimos que son nuestras parientas, que su padre fue bueno con el abuelo, y que debes compartir la obligación que tenemos». «¿Y Abelardo?». «Él vela por ellas en otra forma». Habías ido alguna vez con tu madre a casa de las señoritas de los Heros, y sabías que eran personas bondadosas, pero eran ya muy viejas, así que no te hacía mucha gracia el asunto, aunque se tratara de un deber de gratitud. ¿Qué diría Felipe si se enteraba? ¿Cómo comparar a esas ancianas con doña Zoraida, la guapa tía de la que tanto se ufanaba tu amigo? Tu tía salió del comedor, y Abelardo creyó conveniente cambiar de tema: «¿Y qué hay de tus amigos?». «No veré a Alfonso, porque se fue con su papá a Casapalca, pero sí a Tito, Felipe y Julepe». «Oye, no respondiste a la pregunta de tu tía». «¿Cómo?». «¿No tendrás un curso aplazado por ahí?». «No creo», contestaste, deseoso de ocultar tu fracaso con Wharton hasta el mes de marzo, cuando tuvieses que dar nuevamente examen. Viste sin embargo la expresión escéptica de tu hermano, y decidiste preparar el terreno: «Bueno, a lo mejor me han jalado en religión…». «¿Por qué?». «Me parece que al cura no le gustó lo que dije en un examen, en que el tema era el Juicio Final». «Un tema muy de acuerdo con su célebre sermón de hace dos años…». «¿Cómo lo voy a olvidar, si a cada paso amenazaba a los fieles con ese terrorífico “¡Morirás!”?». «¿Y qué decía la tía Grimanesa?». «Escuchaba nomás, toda compungida». «Bueno, supongo que por eso Dios te habrá perdonado unos pecados». No te gustó la ironía, y te referiste a otra cosa: «Y a propósito de esa lectura…». «Como sin duda recuerdas, la *Ilíada* es un poema épico de los antiguos griegos, con muchos héroes y batallas…». «Camarena nos habló al respecto…». «Olvida lo que dijo Pantacha, porque de seguro no entendió ni jota». A la verdad hubieras preferido una novela de aventuras, como las de Salgari y Julio Verne, pero no reclamaste. «Y también», prosiguió Abelardo, «veremos si esta vez le tomas gusto al ajedrez». «No, no creo». «Federico Yepes y mi amigo Mitrídates podrían ayudarte». «No sirvo para eso, pero sí me gustaría conversar con Mitrídates, por lo que nos has contado». «Es un tipo muy interesante». «Pero no quiero saber nada con don Federico, porque su mano de cuero me aterra…». «A nosotros nos parece un viejo inofensivo». «A mí no». Y tu hermano se puso a hablar del pequeño grupo de ajedrecistas que se reunía en la oficina del administrador del cine-teatro Jauja, también aficionado. Retornó en eso tu

madre, y dijo: «Abelardo, no te olvides de pasar un día de estos por casa de don Fox, porque veo muy húmedos los cimientos de la pared medianera, y como las lluvias se han adelantado, a lo mejor se viene abajo…». «Lo haré, madre». «Yo también iré», dijiste, «para ver de cerca su casa, tan rara, con ese mirador y esos balconcitos». «Y verás también sus ataúdes, y cómo los fabrica», dijo tu tía Marisa, que a su vez regresaba con una bandeja de platos y cubiertos limpios. «¿Tenías que recordarlo, tía?». «Pero ¿no es su trabajo?». «No viene a cuento ahora», protestó tu madre. «En todo caso», dijo Abelardo, «todos sabemos que si Fox vive de la muerte ajena, predica el amor a la vida». «No envíes a tu hijo menor», dijo tu tía dirigiéndose a tu madre, «porque a lo mejor se convierte en acólito del carpintero, y se pone después a hablar como él de la pureza, de la trasmigración de los seres y otras candideces…». «Eso no me interesa, sino su casa, y no tengo ninguna intención de ser su acólito». «Bueno», dijo Abelardo levantándose, «voy a salir a la calle». Antes de marcharse, sin embargo, te anunció: «Puse en tu mesa el ejemplar de la *Ilíada*, así que puedes comenzar». «Por allí anda una Elena, y eso le va interesar a este muchacho…», dijo tu tía. Abelardo la miró con cierta insistencia, y se despidió. «¿Y qué Elena es esa?», preguntó tu madre. «¿No te acuerdas, hermana? ¿No escuchaste la leyenda que nos contaba doña Rosita Chumpitaz, allá en nuestros tiempos de colegio?». «Ah, Elena de Troya…». «A ella me refiero, y ya que este joven se va deleitar con esa antigualla, no estaría de más que tú y yo nos acordáramos de la leyenda…». Tú sospechaste que por ahí se aludía a otra Elena, bella y prohibida, que tenía embobada a la juventud de Jauja, incluido tu hermano, pero no dijiste nada y te dedicaste a cumplir los quehaceres que te correspondían. Después te fuiste a reunir con tu madre, que se había sentado a descansar en un sillón de la sala, como todas las noches. «¿Y qué me enseñará la señora Chávarri?». «No sé, aunque me imagino que te hará seguir un método, pues ella aprendió lo que sabe de una manera regular, y no como yo, que después de las lecciones de papá, y unas pocas del padre Hoffner, me las arreglé sola». «Pero a mí me gusta cómo tocas». «Gracias…». «Por ejemplo esas dos sonatas de Mozart». «Tal vez no lo hago tan mal porque son fáciles, y porque me encantan, pero no dejo de ser una aficionada muy modesta, y tú lo sabes». «No pienso así». «Y yo no quiero que suceda lo mismo contigo». «Y a propósito, ¿cuánto va a cobrar esa señora?». «Una cantidad muy módica, por la amistad, así que no te preocupes». Te quedaste en silencio por un momento, y luego precisaste: «Pero que quede claro, por favor, que seguiremos con nuestro proyecto de poner en notación musical huaynos y yaravíes, y de intentar su arreglo para piano…». «Ya te dije que sí». «Aunque digan que no es un instrumento adecuado para nuestra música…». «¿Y acaso lo son, si te pones a pensar, el violín, el acordeón o lo que en otras partes llaman *pampa-piano*, para no hablar del clarinete?». «No lo digo por mí». «Y ¿acaso no es el piano uno de los instrumentos más ricos, según los entendidos? ¿Y no es eso lo que hacían maestros como Valle Riestra o Valderrama?». Un poco sorprendido por la vehemencia con que había hablado, dijiste: «Ya me has explicado, y desde luego que pienso como tú». «Sí, hijo, vamos a continuar». «No hemos trabajado estas dos o tres últimas

semanas». «No hay apuro, y así acabaremos esa versión de la jija y de la huanca-danza de Sincos, que hemos comenzado». «Y ese huayno que está de moda, *Caminito de Huancayo*». Hubo una pausa, y observaste: «Tía Marisa tiene razón cuando dice que vamos y venimos de un mundo musical a otro, como hacía el abuelo». «Así es». Una vez más te quejaste: «Lástima no más que ya sea un poco tarde para mí, en lo que se refiere a la música». «No creo que sea así, hijo, aunque lo ideal habría sido comenzar más joven». «En todo caso lo que quiero es tocar para mi gusto, y nada más». «Ya solo eso está muy bien», respondió con dulzura tu madre. Y añadió: «Ven, vamos a practicar un poco». «Toca tú, que yo te escucharé». Se sentó pues en el taburete y abrió el teclado. Esbozó por un espacio unos arpegios, y le pediste: «¿Podrías tocar ese *adagio* de Beethoven?». Ella accedió, y luego de unos instantes de recogimiento inició la melodía serena y *cantabile* de ese movimiento, aprendido en su adolescencia. Puso en la ejecución una suavidad que no habrías de escuchar a lo largo de los años, ni aun en ejecutantes mucho mejor preparados, como si ella alcanzara en esa noche uno de sus momentos de mayor expresividad. Después, en brusca transición, empezó con el yaraví que le gustaba tanto, *Huk urpichatam*, pero cambió de parecer y buscó en el estante de las partituras y tomó *Puna triste*, de Alejandro Valderrama, en el ejemplar que su autor había dedicado a tu padre, quien lo había conocido en Cerro de Pasco. Por un rato tu madre se ejercitó en la parte instrumental, y después ambos, tú y ella, se arriesgaron a entonar la letra, aunque no fueran muy brillantes los resultados. Cuánto te gustaban los versos: *Noble dolor / que a mi vida desespera; / tu amor se fue con mi vida, / corazón, / pues tu amor mi vida era*. Y aunque esas palabras no tuvieran nada que ver contigo, ¿cómo no acordarte, aunque solo fuera por un instante, de Leonor Uscovilca, la jovencita de quien estabas enamorado, y que a esa hora dormiría feliz en su casa, entre eucaliptos y quinhuales, allá en su pueblo? Pensaste en ella, y te fue difícil alejar su imagen. Acabó la pieza, y tu madre no quiso continuar a pesar de tus ruegos, y se retiró, como embargada por una súbita emoción. Fuiste tú quien cerró el teclado y apagaste las luces. Mas no te dirigiste a tu cuarto sino al patio, y te sentaste en uno de los sillones que había en el corredor, en esa noche nublada y silenciosa de diciembre.

19 de diciembre de 1946

«Libretas misteriosas», dijo tía Marisa. Mi madre finge no verlas y Abelardo no pregunta nada desde la vez en que le dije: «No me gusta hablar de ellas, pero si desean saberlo, anoto allí de todo, como en un diario, incluso las historias que se me ocurren, y que te mostraré en su momento». Y así fue en las vacaciones de julio, y le parecieron bien, y por eso y por otras razones piensa que yo podría llegar a ser un escritor. Libretas, pues, que se amontonan en el cajón de mi mesa. Tía Marisa dijo en cambio, en otra ocasión: «Tú vas a ser notario, Claudio, por esa manía de andar registrándolo todo». «Y ¿cómo sabes que lo registro todo?», le pregunté. Y ella se rio y dijo: «¿Y qué cosa escribes, entonces, a cada rato? Serías un buen notario, muchacho, y mejor sin duda que don Facundo Pérez, que de puro viejo confunde

testamentos y contratos de alquiler, y hasta le quitarías la clientela al doctor Salazar». ¿Notario yo? ¿Adónde se ha visto un notario músico y poeta? Porque no se puede negar que tengo mis ribetes de poeta, aunque no escriba versos sino cuentos. Pero no le falta razón a mi tía, desde su punto de vista. Claudio Alaya Manrique, Notario, pero no público sino secreto, para mayor gloria de Jauja. ¿Por qué no?

22 de diciembre

Faltan tres días para Navidad. Cuando chico, yo y Laurita, y antes Marcelina, armábamos el Nacimiento, e íbamos después a la Misa de Gallo. Hoy Laurita no está, y Marcelina se fue hace muchos años. Ahora soy yo quien se encarga de todo. ¿Por qué no aprovechar, entonces, y poner en práctica una idea que tenía mi hermana, y que me parece muy bien?

Volvías a hojear esa mañana el ejemplar de la *Ilíada* que te había prestado Abelardo, en una edición española en prosa y sin ilustraciones. No era mucho lo que recordabas de las clases de Historia Universal sobre los griegos, pero no habías olvidado el episodio de la guerra de Troya. Incluso el profesor de Lenguaje y Literatura leyó algunos pasajes, y tratabas de ubicarlos en el volumen cuando tu tía Marisa te interrumpió: «Te buscan tus amigos». Y allí estaban en efecto, asomando por el zaguán, Tito, Felipe, Julepe. Los tres miraron con recelo el libro que tenías en tus manos, preguntándose sin duda si aún te duraba la fiebre estudiosa de diciembre. «¿Todavía chancas?», averiguó con mala cara Julepe, enemigo jurado de toda lectura. «¿Y ustedes creen que solo se abre un libro para chancar?», te amoscaste. «No te amargues, ni le hagas caso», dijo Felipe, «porque venimos a conversar sobre las cosas que haremos en estas vacaciones». Los invitaste a pasar. Miraron con curiosidad el patio, pues habían entrado pocas veces, y Julepe comentó: «Es una casa vieja, pero tiene muchas habitaciones, ¿no?». «Sí, es vieja». «¿Y los altos?». «No los usamos, porque nos han dicho que podrían caerse. Allí estaba el cuarto de trabajo de mi papá». «Era maestro, ¿no?». «Así es. Vamos al jardín, que está al fondo». «Oye, ¿y por qué allí? ¿Por qué no entramos primero a tu sala?», pidió Felipe. Y tuviste que acceder, aunque de mala gana, porque esa habitación constituía para ti, en razón del piano, algo así como un espacio personal y reservado. Los tres se quedaron asombrados, incluso Tito, viendo el instrumento, con sus candelabros dorados, y los dos lienzos antiguos en las paredes, y los libros de música en el estante lateral, todo ello muy en contraste con la modesta fachada del inmueble. Julepe se puso a curiosear por la habitación, seguido por sus socios. «¡Arza, qué cosas!», exclamó. «No nos habías contado del piano…», se quejó Tito. «Yo sí sabía», dijo Felipe, «pero no pensé que fuera así». «¿No fue tu abuelo organista en la iglesia?». «Sí, sí fue». «Así que eres nieto de sacristán», dijo Julepe, entre ingenuo y venenoso, y pensando seguramente en Epifanio Orihuela, que reunía las dos condiciones en la Iglesia Matriz. «Sacristán no, sino organista». «Es un piano imponente», dijo Tito, dejando a un lado la observación de Julepe. ¿Qué podías decir?

Te sentías orgulloso, pero no te gustaba que tus compañeros de aventuras, buenos chicos pero bastante silvestres, se enterasen de tus aficiones. «No nos habías dicho tampoco que ustedes tenían cuadros como los de la iglesia», dijo Julepe, «con esos marcos que deben costar mucha plata». «No es cuestión de plata, pues son cosas que dejaron los antepasados, que eran muy devotos». «Pero el piano…». «Lo compró mi abuelo, de segunda mano». «¿Ah sí? Y eso que solo era sacristán». «No, organista». «Pero tendría plata, ¿no?». «Oye Julepe», se incomodó Felipe, «tu taita, con su molino, los camiones y la panadería, tiene mucho más dinero que todos nosotros juntos, así que no hables». «Pero no tenemos piano». «¡No, pero si quisieran se podrían comprar veinte!», explotó Tito, poco paciente en general con las candideces de Julepe. Era conveniente atajar las veladas insinuaciones de tu amigo, así que precisaste: «Mira Julepe, mi mamá es costurera y en ocasiones maestra de labores; mi tía, también es maestra, como fue mi viejo; y mi hermano es empleado de la Biblioteca Municipal. Así que no digas esas cosas». «Pero ¿acaso te da vergüenza?», fingió sorprenderse Julepe. «No, si no que nos molesta que en todo veas dinero…», terció Felipe. Julio Leandro Pérez, a su vez, se fastidió: «Y tú tampoco hables, porque no solo tienes un papá rico, con esos negocios que maneja, sino esa tía, la señora Zoraida, que es aun más rica». «Muy rica», dijo Tito en otro sentido. «Y tú tampoco, Tito», prosiguió Julepe, «porque con un par de juicios tu viejo se compra cinco pianos. ¿Quién no sabe que los abogados ganan lo que quieren, y más aun si trabajan en la Copper?». «¡Ya, basta!», te impacientaste. «En todo caso», dijo todavía Julepe, «mi viejo tendrá sus cobres, pero es tacaño, así que siempre ando fregado». Todos se rieron y se cambió de tema. «¿Y qué sabes tocar?», quiso saber Felipe, que estaba mejor informado de tus asuntos y había oído decir que tu madre era muy amante de la música. «Muy poco, pero no creo que les guste a ustedes». «Será música de iglesia, ¡bah!», se horrorizó Julepe. «Algo parecido», dijiste, para acallar esa curiosidad. Tuviste éxito, y los tres se dirigieron contigo al traspatio, tan acogedor, con sus árboles y flores. «¡Caramba, no sabíamos que tenías alisos y quinhuales, como en un *cerco*!», exclamó Felipe, y los tres se tumbaron en el césped, y tú con ellos. Se sentía ya, en verdad, que habían comenzado las vacaciones. «A ver», dijo Julepe, «¿qué planes hay para estos meses? Yo tengo dos cursos jalados, pero me quedará tiempo para un montón de cosas. Y, además, no voy a chancar desde ahora». Tito informó: «Yo no tengo ninguno, y mi viejo me ha dicho que, aparte de uno que otro viaje a La Oroya para ayudarlo, puedo hacer lo que me dé la gana…». «Así podrás aprender cómo se maneja un pleito», comentó Felipe, «y meterle juicio a medio mundo». «Ya he dicho que no voy a ser abogado, sino médico, y además no tengo ganas de armar líos a nadie». «¿Y tú, Felipe?», preguntaste. «Voy a colaborar con mi papá, y tendré que ayudar también a mi mamá, y de vez en cuando visitaré a mi tía Zoraida». «¿Vas a ir a su casa?», averiguó Tito, muy interesado. Y no era para menos, con lo vistosa y tentadora que era la viuda, a pesar de sus treinta y tantos años. «¿Y dónde la voy a visitar, si no es en su casa?». Zoraida Awapara, descendiente de árabes y originaria de Ayacucho, y que se casó con el opulento Recaredo

Ramos, dueño de un fundo en las remotas pampas de Llacuarí, y de tres o cuatro casas que la viuda administraba con avara eficiencia, más atenta a los centavos que a los suspiros de sus admiradores. Julepe dijo: «He oído decir que tu tía es de las que escuchan las prédicas del viejo Fox Caro, el señor de los ataúdes». «Viejito chiflado», apuntó Tito. «Será chiflado, pero es un anciano muy tranquilo…», protestaste. «¿Y no podría visitar yo también a tu tía?», se ofreció Julepe, famoso por su concupiscencia. «¿Tú? ¿Y quién te ha dicho que a mi tía le va a gustar que vayas a verla?». «¿Y por qué no?». «A mí no, en todo caso, y eso es lo que importa». «Eres egoísta…», se dolió Julepe, encandilado todavía por esa posibilidad. «Ya no aguantas más, amigo, así que deberías buscar mujer y casarte». «Tú, Claudio, sigue nomás con tu piano y con tus libros, porque te falta mucho para ser como yo, ¡un hombre!». «Debieras decir un burro», corrigió Tito. No fue fácil sosegar a Julepe, quien sería bonachón pero tenía sus arranques de cólera, y entonces no parecía un muchacho de diecisiete años sino un mocetón de veinte. «Y tú, ¿qué harás, Claudio?», te preguntaron. «Bueno, tengo que ayudar aquí en casa». «Ya que eres músico», murmuró Julepe, todavía rencoroso, «¿por qué no cantas unos responsos en el cementerio? Total, solo necesitarías ponerte unas gafas de ciego, porque la cara de viejo ya la tienes. Así te ganarías unos soles…». «No estaría mal», contestaste, «y prometo que cantaré con mucho sentimiento en el día de tu entierro». Se rieron todos, incluso Julio Leandro Pérez, conocido en todas partes como Julepe. Era clara y limpia la mañana, en el jardín zumbaban las abejas, y de rato en rato revoloteaba un picaflor. Pensaste por un momento en Leonor, en sus ojos negros, sus trenzas, su falda escolar y su blusa blanca. Leonor, allá en Yauli, sin acordarse de ti, absorta en sus afanes de jovencita de catorce años. No, qué les ibas a hablar de ella a tus amigos, que todo lo tomaban a broma y tenían prejuicios contra las chicas del campo, las *cholitas*, como decían. Como no les hablabas tampoco de música ni de libros, ni de tus proyectos para el futuro. Leonor, amor en ciernes, secretísimo. No dijiste nada, y preferiste pensar en otra cosa. «¿Y cuándo viene tu hermana Laurita?», preguntó Felipe. «No sé, quizás antes de carnavales». «¿Ah sí?», se interesó Julepe. «Laurita ya está en la universidad, idiota», aclaró Tito, «así que no te hagas ideas». «En la universidad no», rectificaste, «sino en la Escuela de Bellas Artes, y será profesora de dibujo, pero se interesa también en la pintura». «¿Eso se estudia?», se sorprendió Pérez. «¡Este no tiene remedio!», se impacientó otra vez Tito. «En otras palabras», precisó Felipe, «un motivo más para que no se te ocurran ciertas cosas». «Jo, jo», se rio Julepe, que a veces podía ser menos tonto de lo que parecía, «pero si no tengo porvenir por ahí, lo tengo por el lado de tu familia y hasta podría llegar a ser tu tío, ¿eh?». «No, porque para mi tía Zoraida serías menos que su perro, y menos que la pulga de su perro. ¡Zonzonazo!». «Podría ser tu tío, y me pasaría todo el día en la cama con tu tía, dale que dale…». «Hablas y hablas, y no fuiste capaz de contestarle a Palomeque cuando te corrió de su peluquería», anotó Tito. «Esa es una historia que inventó Claudio». «Yo no inventé nada, Julepe, pues tú mismo me contaste que Palomeque te quiso capar». Y Felipe comenzó a tararear la ya conocida tonadilla:

«*A esconderte, a esconderte, / maligno rapaz.*…», pero no pudo continuar porque le asaltó un acceso de risa. «¿A mí? ¿Caparme ese vejete? ¡Ustedes están locos, y más loco todavía el que inventó el chisme!». «Chisme no, sino cuento, que es como decir historia», dijo Tito. «Yo no he inventado nada, y si quieren vamos a preguntárselo a Palomeque», protestaste. «Ya, dejemos en paz a Julepe y a las tijeras de Palomino, pues bien sabemos que todo fue verdad», sentenció Felipe. «Lo que pasa es que Claudio cuenta las cosas a su manera, y se olvidó de decir que Palomeque no solo amenazó, sino que de veras le metió un corte a Julito», señaló Tito. «¡Carajo, ahorita les enseño mis melones y verán que estoy completo!», se enojó el aludido, echando mano a su bragueta. «¡Aguanta, idiota, que a lo mejor viene por aquí la señora Laura!», le atajó Tito. A Felipe le dio un terrible ataque de risa que molestó aún más a Julepe, frustrado en su intento exhibicionista. Poco a poco volvió la paz, sin embargo, y se reanudó la charla. «Podríamos ir a Hualá, y ver a unas cholas bañándose en el río», sugirió Felipe, acordándose de cierta experiencia pasada. «Pero tú hablaste, me parece, de una señora joven que tiene la costumbre de bañarse en su jardín, y a la que podríamos aguaitar», contestaste. «Eso fue una ocurrencia, nada más», replicó Felipe, no sin lanzarte una rápida y furiosa mirada por indiscreto. «¿Qué fulana es esa?», quiso saber de inmediato Julepe. «Fue un decir, repito, así que busca por otra parte si quieres dar gusto a la vista». «A la vista y a la mano». «Yo no tengo hermanas ni primas, ni siquiera vecinas, así que tengo que buscar por el lado de los amigos. Pero todos ustedes son unos egoístas, y tú el primero, Felipe». «Lo que pasa», dijo Tito, «es que Felipe tiene un poco reseca la memoria, pero si tú te gastas unos cobres y nos convidas algo rico y refrescante, de seguro que se acuerda y nos dice de quién se trata». «Sí, a lo mejor me acuerdo…», confirmó Felipe. Julepe volvió a lamentarse: «¿No dije que mi viejo es un tacaño, y que apenas si me da propina una vez al mes?». «Será tacaño», dijo Tito, «pero tú eres todavía más». «Eso dices tú». «No, porque sabemos por ti mismo que de vez en cuando mueles unas arrobas de trigo a las placeras de Julcán, y te embolsicas la plata». «¿Eso dije?». «Claro». «En todo caso no es gran cosa, y en un cine y un par de pasteles se me acaba todo», se dolió Pérez. «Bueno, si no nos invitas no verás a ninguna fulana, y menos calata», concluiste. Y Julepe, que por cierto era más cicatero que lujurioso, guardó silencio. No lo hubiera hecho, de seguro, si hubiera sospechado como tú que la dama en cuestión era nada menos que Zoraida Awapara. Sí, pues a ella se aplicaban los sibilinos términos que había empleado su sobrino hacía una semana. Habló en fin Julepe, resignado: «Después de todo, aguaitar calatas es pecado, y si uno peca, se va al infierno». «El cura Wharton en persona…», dijo Felipe. Tú callaste, temeroso de que se difundiera aun más y comentaran la noticia —humillante noticia— de que el cura te había aplazado en su curso, y que la causa era tu mal inspirada página sobre el Juicio Final. Julepe volvió a hablar, tocando una ramita de claveles, y llevado sabe Dios por qué pensamientos: «A mi mamá le gustan las flores, y a veces le ayudo, y las más bonitas las vendemos…». «Palomeque es también aficionado a las flores…». Julepe fijó en Felipe una torva mirada, y Tito dijo: «Así que Palomino es rapabarbas, costurero

de moñas y enjalmas, florista, poeta…». No te gustó el comentario y dijiste: «¿Qué tiene que ver él con la poesía? Será todo eso, pero ¿poeta?». «Hum, me olvidaba que tú también cojeas de esa pata». «Yo no escribo versos, y no creo tampoco que ese pedante lo haga…». «Bueno, tal vez no se te da por los versos, pero sí tejes no sé qué historias». «Eso de la capadera lo inventaste tú, como inventaste la historia del heliotropo», volvió a la carga la presunta víctima, «y que quede claro que Palomeque no me amenazó, y menos todavía me tocó ni un pelo». «Pelo no, pero sí otra cosa…». No ardió Troya, por suerte, y Julio Leandro Pérez se limitó finalmente a un desdeñoso «¡Digan lo que quieran…!». Felipe se tendió sobre la hierba, diciendo: «¡Pero qué bien se está aquí!». Y en efecto, era tan fresco el día y tan diáfanos los colores. Habría tormenta al acabar la tarde. Volviste a pensar en Leonor, amor lejano. «Oye, ¿te estás durmiendo?», te interrumpió Felipe. «No», dijiste, «es la luz, el calor». «Bueno, te preguntaba si esta casa del costado es la del señor Caro…». «Así es». «Viejito tan raro», comentó Tito, «que lo mismo le puede echar un sermón a un cristiano que venderle un ataúd o un canasto de bollos». «Su señora, doña Juanita, es la panadera, no él». «Dicen también que es violinista, y que toca sentado entre los cajones, a la espera de que alguien se muera». «Eso es falso», dijiste. «Ahora que se acerca la Navidad, deberías morderte la lengua, Tito», le aconsejó Felipe. «Vendrán otra vez las *pallas*, bailando la *huaylijía*». «Unas cholitas tan ricas…», se entusiasmó Julepe. Te imaginaste su ingreso a la ciudad, a medianoche, con sus azucenas de papel y la música de la *tinya* y de las flautas. «Tan ricas, que voy a ver cómo me meto a bailar de pastor en un conjunto», anunció Felipe, refiriéndose al único personaje masculino en la danza. «Tú no eres de Huertas ni de Santa Ana, como ellas, y el mayordomo te botará», dijo Julepe. Y tus amigos siguieron hablando así de *pallas* y de ir a tomar un baño en el río Yacus, y de aguaitar a las lavanderas y a sus hijas, pero tú no los escuchaste, figurándote que entre las bailantes —adolescentes de faldellín, monillo y cabellera suelta— pudiera estar Leonor. Y estabas en eso cuando los tres decidieron que era tiempo de marcharse, y se pusieron de pie. «Oye», te dijo Felipe, «no nos has enseñado tu cuarto». «¿Mi cuarto?». «Tienes uno para ti solo, ¿no?». «Uno pequeño, que está al otro lado». «¿Y?». «Será otro día, porque hay que pasar por el taller de mi mamá, y ella está muy ocupada». «¿Y los planes?», se acordó Julepe. «¿Qué planes?». «¡Cómo! ¿No hemos venido para ver qué hacemos en las vacaciones?». «Oh, será otra vez», dijo Felipe. Sus amigotes no insistieron. Los acompañaste hasta el zaguán, donde se despidieron de prisa, como si de súbito les hubiese aguijoneado el hambre de mediodía. Se marcharon, pues, y como ya estaba listo el almuerzo, no pudiste volver al jardín, como hubiera sido tu deseo, y tuviste que sentarte a la mesa. Tu tía Marisa ya había regresado, luego de la clausura del año escolar en su escuelita de Paca. «Ese Julepe es un atrevido», dijo. «¿Por qué, tía?». «La otra vez vi, en la feria, que una chica le daba un sopapo, porque de seguro le había metido la mano». «Un poco ingenuo, quizá, pero no mal chico», dijo tu madre. «Es un poco mayor que ustedes», anotó Abelardo mirándote, «y debe andar con la cabeza caliente». «Acaba de cumplir los diecisiete». «En cambio Felipe», dijo tía

Marisa, «tiene cara de ser mucho más avispado, y no sería raro que terminara de político». «Y Tito», señaló tu hermano, «tiene una cara seria y saluda muy amable, pero se me ocurre que debe tener la lengua ligera». «Y yo, ¿cómo soy?». «Avispado no», dijo tía Marisa, mirándote con ironía, «pero tampoco zonzo, y algo enamoradizo…». Abelardo se echó a reír y añadió: «Y un poco soñador, flojo y rumiando siempre no sé qué historias». «Y buen músico…», agregó tu madre. «Debe estar enamoriscado», prosiguió tu tía, «y por eso suspira en el piano y silba yaravíes y se asoma al balcón por las noches, y escribe en esas libretas». «No estoy enamorado», mentiste, «y ojalá fuera un buen músico. Acepto que soy flojo, y que me gusta imaginar cosas…». «Una manera, sobrino mío, de decir que tienes tu poquitín de mentiroso, ¿no?». «A propósito de mentiras», dijo Abelardo, sin dejar lugar para que te defendieras, «voy a contarles cómo andan las cosas en Lima…». Y llevó la conversación hacia temas políticos, y muy en especial hacia las barbaridades que decían y perpetraban los ministros apristas. Tú escuchaste por un espacio, pero luego tus pensamientos volvieron a esa muchachita de falda azul y blusa blanca. Leonor, ¿cuándo la volverías a ver?

Sentada junto a la candela, atizando la leña, Marcelina hablaba. Y tú a su lado, sentado en una silla, mirando el fogón. Por momentos llegaba de muy lejos el rumor del río Mantaro, en esa noche de lluvia. Y Marcelina dijo: «Eran dos serpientes, una negra como la noche, y otra blanca como el día, con alas las dos, y que estaban en el fondo de las aguas que por entonces cubrían el valle. Eran los amarus, y allí se revolvían y peleaban, y una vez subieron en su batalla hasta el cielo, y tanto que, muy molesto, Ticse Wiracocha les lanzó el rayo. Y entonces el amaru negro se escondió en la laguna de Yanamarca, y el otro, el blanco, en una de las siete lagunas de Janchiscocha. Y después se levantó el tulumanyá, o sea el arco iris, y el mundo se tranquilizó, pero la flor de la lluvia y de la escarcha, la sullawayta, había desaparecido. Y por eso se espaciaron las lluvias, y las plantas se marchitaron y el mundo se volvió triste y callado. Mas algún día regresará, y entonces tornarán a caer los aguaceros como antes, y los amarus podrán recobrar su libertad. Y volverá también la alegría». Contó así Marcelina, y solo se oyó entonces el viento y el rumor del río, allá a lo lejos, y la leña que ardía en la bicharra.

«Esta vez», dijiste, «nuestro Nacimiento va a ser diferente». «¿Cómo diferente?», preguntó tu tía. «No es una idea mía, sino de Laurita, que pensaba armarlo con unas piritas que mi papá trajo de Huarón, y con un poco de ichu y ramas de quinhual y figuras de Aco». «Dudo que le vaya gustar a tu mamá». «Cuando vuelva de la calle ya todo estará listo». «Así que, como quien dice, “hechos consumados”». «Y pondré también la casita de cerámica que mi papá compró en San Pedro de Cajas…». Tu tía recordó: «Tu padre hizo uno con esa casita, aunque él no era creyente, por complacer a tu madre. Hace ya tanto tiempo…». «¿Cuántos años han pasado desde que murió? ¿Nueve?». «No, diez». «Bueno, ¿qué dices…?». «Haz como quieras, pero si tu mamá

protesta, tendrás que rehacerlo todo. Y pon atención, porque en una noche como esta los jovencitos de tu edad vuelven a ser, por un momento, los mocosos de antes». Y tía Marisa salió de la sala. Era siempre así, bromista, a menudo irónica, pero a su modo también comprensiva. No era difícil explicarse por qué había preferido quedarse soltera, y por qué se sentía tan a gusto como maestra en la escuelita de Paca, a pesar de que muchas veces tenía que ir a pie. Ahora, de vacaciones, ayudaba en la casa y en la costura a tu madre, y leía y se interesaba en las noticias de los diarios y de la radio. Amiga de mucha gente, y al mismo tiempo solitaria. ¿Era creyente, en verdad? Bueno, se persignaba ante el cuadro de la Virgen del Carmen y ante el Nacimiento, pero no asistía a misa, y le gustaban los chistes a costa de las beatas y beatos del pueblo, y muy en especial de Domitila Quiñones, famosa por sus arrestos varoniles. ¡Cómo se reían Abelardo y Laurita! Se fue pues a su cuarto, y tú titubeaste en llevar adelante el proyecto que tenías en mente, que desde luego sería algo más que una simple traducción de lo imaginado por Laurita. Te decidiste, en fin, a riesgo de trabajar dos veces. Fuiste en busca de esos fragmentos de mineral, que sabías que eran de galena, cinabrio sólido, cuarzo y azurita, en los que se alternaban las facetas planas, brillantes como espejos, y los lados ásperos y oscuros. Nombres raros que habías escuchado en boca de tu hermano y de Alfonso, quien había vivido por un tiempo en Colquijirca. Trajiste asimismo el pequeño atado de ichu que habías comprado en la feria. Estudiaste por un momento el espacio disponible. Comenzaste luego a trabajar, a la claridad de la lámpara, aun más pálida por el mal estado de la pequeña central eléctrica que daba corriente a Jauja. Se trataba de un Nacimiento todo de ichu y de piritas, en una noche sin luna ni estrellas, pero alumbrada por un fuego extraño. Un Nacimiento pagano, por así decir, en un escenario como el de las lagunas de Janchiscocha, y que en cierta manera se aproximaba a una composición abstracta, si esta noción te hubiera sido conocida. Se fue alzando así, poco a poco, una montaña toda de minerales y roca, entre simbólicos y apretados haces de paja brava. Sombría masa a cuyo pie se encontraban, a un costado, la pequeña casa de arcilla, con su tejado rojo y sus puertas cerradas, y al otro, como un lago, una lámina de feldespato. Tu madre había salido a visitar a las señoritas de los Heros, a las que a veces tu tía Marisa llamaba, con una mezcla de afecto y buen humor, las «tías locas». Esas damas ya tan viejas que tú también tendrías que visitar. Abelardo, por su parte, estaría con los ajedrecistas de su club, jugando con el viejo Federico Yepes, el de la mano ortopédica, o con Mitrídates, el encargado del mortuorio del hospital. Y si no allí, conversando con su enamorada, la guapa Florencia Iturriaga, apodada por algunos «la bella», pues lo era en verdad, mas también una cabeza un poco hueca. «Ay, Florencita es solo para mirar, porque si abre la boca es una beba», había dicho alguna vez tu tía Marisa. Cuán diferente esa otra belleza del Sanatorio Olavegoya, a quien se podía admirar los domingos por la mañana en la Plaza de Armas, a la salida de misa, sonriente y elegante, Elena Oyanguren. Pero era mejor no pensar en ella, y aprovechar esa posibilidad de construir el más original Nacimiento de toda la historia de Jauja. Y fueron pasando así los cuartos de hora,

mientras acomodabas los elementos del escenario, los personajes, y ensayabas nuevos ángulos y te detenías en los detalles de ese paisaje fantástico. No había lugar allí para Niño alguno, ni para una Sagrada Familia, y menos para el buey y el burro de la piedad popular, ni tampoco para los toques pintorescos y anecdóticos que tanto agradaban a tus paisanos. Y embargado como estabas en esa tarea y en tus imaginaciones, no advertiste que en cierto momento retornaba tu madre y se detenía a observarte desde la puerta. «Hola», dijo. «Ah, estabas aquí». «¿Qué haces, hijo?». «El Nacimiento, pero a la manera que pensaba Laurita». «¿Y cómo lo quería?». «Diferente, muy diferente, con estas piedras metálicas, todo muy andino, y sin pastoras, carneritos ni patos de celuloide…». Tu madre pareció no comprender. «Sí, mamá, algo muy distinto». Ella puso a un lado su bolso y se sentó en una silla a mirar, desconcertada. Por un momento guardó silencio. Seguramente adivinaba cuál era en líneas generales tu intención, es decir, la de Laurita, pero le sería difícil renunciar a la imagen tradicional, por lo vinculada que estaba con sus recuerdos de familia. Cedería por darte gusto, pero echaría de menos el arreglo al que estaba acostumbrada. Te decidiste por una especie de transacción, y anunciaste: «Bueno, es una idea, pero quizá será mejor poner siempre junto al Niño las figuritas de animales y los adornos». «Está bien», dijo ella, pero algo te indicó en el tono de su voz que se había dado cuenta de que no querías defraudarla. «Está bien…», repitió, indecisa. Se la veía cansada, incluso deprimida. «¿Cómo están las tías?», preguntaste. «Las veo más deterioradas, realmente, y sus pensamientos giran cada vez más en torno al pasado, y la pobre Felícitas tiene mucho trabajo en atenderlas». Te detuviste, y ella continuó: «Y pensar que antes, hace ya tantos años, eran tan guapas y tan ricas…». «¿Tú las conociste desde niña?». «Sí, pero cuando vivían ya en Jauja, y mi papá y mi mamá me contaban de Yanasmayo, que así se llamaba la hacienda, y de don José María, el padre, hombre tan cortés, tan fino…». «¿Y no se casaron nunca?». «No, a pesar de la belleza de Euristela, la mayor, y de que Ismena era también muy agraciada». «Son raros sus nombres…». «No me parece». «Y hermosos». «Tuvieron mucho dinero, y hoy viven en la pobreza». «Y ¿por qué las llaman ustedes “las tías locas”?». «Yo no las llamo así, y si alguna vez lo hice, lo lamento de veras. Fue Marisa quien comenzó, ya sabes cómo es». «Pero algo habrá en las tías…». «La vejez, como dije, y los sinsabores les han afectado un poco la razón, y muy en especial la memoria de las cosas recientes…». No insististe y fuiste en busca de las figuras y adornos del Nacimiento, que tan bien conocías desde tu infancia. Luego, con todo ese material en tus manos, y en aras de una avenencia, retomaste elementos de un arreglo tradicional, manteniendo sí la primacía de las piritas. Tu madre te vio hacer, y ella también se arrodilló junto a ti y te ayudó. Se acordaba, sin duda, de los tiempos en que sus tres hijos eran pequeños, y también, por cierto, de su propia niñez. Tan en silencio y como abstraída. Ella misma fue a traer el Niño de piedra, antiguo y con una pequeña diadema de plata, y que se conservaba en la familia desde tiempo inmemorial. Un Niño huérfano, pues nunca tuvo un San José ni Virgen María, y ocupó siempre solo, en un montoncito de paja, el centro del conjunto. Fue puesto allí, y tu madre encendió las

tres velas del candelabro tradicional. Se volvió a sentar. Seguía triste y sin ánimo para llamar a Marisa y contarle cómo había sido la visita. «¿Iremos a la Misa de Gallo?», indagaste. «No, me siento muy cansada…». Y no lo harían, por supuesto, tu tía, y menos aun Abelardo. Y si bien tú recordabas con afecto los villancicos que cantaba el coro de Epifanio Orihuela en la Iglesia Matriz, y las campanas al vuelo en la noche del 24, preferías reservarte para la *huaylijía*. Ese coro danzante, misterioso, que venía desde el pueblo de Santa Ana, en lo más remoto de la noche, y se desplazaba jubiloso por las calles de la ciudad, para ir a bailar en el atrio del templo después de la misa. Lo aguardarías para verlo desde la ventana del piso alto. Te volviste hacia tu madre: «Y a papá, ¿le gustaba la Navidad?». «Sentía cariño por la fiesta, pero nada más, porque no era creyente». No, no lo era, y más bien militó en un movimiento anarquista de los años veinte, para luego seguir una línea socialista, según te había explicado con mucha paciencia Abelardo. «Y cuando tú eras niña, ¿cómo era la Navidad?». «Hacíamos un Nacimiento con este mismo Niño, y después íbamos a la Misa de Gallo y papá tocaba el órgano y dirigía un pequeño coro de chicos que cantaba villancicos, unos antiguos y otros que él componía, y también el *Laudate Dominum* que conoces». «¿Y bailaban las *pallas* de Santa Ana, como ahora?». «No solo de Santa Ana, sino también de Julcán y de Molinos». Imaginaste, por un momento, esos conjuntos de muchachas, con los cabellos sueltos, bailando todas en Santa Isabel y en la Plaza de Armas. Y Leonor, ¿habría participado ya en la danza? ¿Qué haría a esa hora? ¿Armaría quizás un Nacimiento en su casa? ¿Escucharía desde su patio el rumor de los quinhuales, y vería el resplandor de los relámpagos distantes por el lado del este, tan frecuentes en esa época del año? Quisiste saber: «¿Y tú no saliste nunca de *palla*?». «Sí, una vez en Ataura, por invitación de Alberto Mateo, y fue muy hermoso». Te quedaste en silencio, tratando de representarte a tu madre de muchacha, con faldellín y pañuelo de seda, en la plaza de Ataura. Te turbó esa imagen y retornaste a la de Leonor, y después, sin que supieras por qué, a la de Elena Oyanguren, con sus trajes de fina seda, paseando lánguida y exótica por la plaza de Jauja. «Era así, entonces, en la Pascua de tu infancia…», dijiste, retomando el hilo anterior. «Y después, el día 25, íbamos de nuevo a la iglesia y cantábamos con mucha emoción los villancicos que papá hacía cantar, y por la tarde visitábamos a los parientes y recibíamos a otros aquí en casa». Sí, las dos niñas acompañando a Baltazar José Manrique, antiguo organista de la Iglesia Matriz, y Marta Josefina González, tu abuela, nacida en Aramachay y vestida siempre de *lliclla* y de pollera. «¿Y tocabas ya el piano?». «Como te conté, el piano lo compró papá cuando yo tenía once años, de una familia que vino por razones de salud y tuvo que marcharse de un momento a otro, y que por eso pidió un precio muy módico». «Fue una suerte, ¿no?». «Me entusiasmé y comencé a aprender, aunque no es mucho lo que he logrado». Ya te había contado, más de una vez, cómo fue esa mañana en que unos cargadores llevaron el piano a casa, y cuán grande fue su deslumbramiento y su alegría. El piano vertical en cuya tapa se leía ese nombre, para ti cien veces prestigioso, de *Luis Freundt*. El mismo instrumento que ahora, al otro lado de la sala, aguardaba que terminases

tu tarea y fueras a deslizar tus dedos por el teclado. «Y mi papá, ¿qué dijo al enterarse de que sabías tocar?». «No se entusiasmó, porque no tenía mucho oído musical que digamos, pero respetó siempre mi afición, y más de una vez me compró partituras en Lima y Cerro de Pasco». «¿En Cerro de Pasco?». «Sí, de familias antiguas de mineros venidas a menos, a las que conoció cuando trabajó ahí, o que le consiguió su amigo, el señor Valderrama». «¿Y era ya tu amiga la señora Mercedes Chávarri?». «Sí, porque mi papá le había ayudado, pero era una amistad un poco lejana, ya que ella se educó en Lima y nosotras aquí en Jauja». «¿Y su padre?». «Era un señor rico que tenía un comercio, pero que luego, hace unos treinta años, no sé por qué, terminó en quiebra». «Y ella tuvo profesores, como dijiste, mientras que tú…». «Bueno, me ayudó papá, como sabes, y también el padre Hoffner, pero solo con un par de clases. Papá murió, y lo demás lo aprendí por mi cuenta. Mas no me quejo y estoy contenta, y contenta de que a ti también te guste la música…». «¿Y Abelardo?». «No, él no mostró mayor interés, ni Laurita tampoco, porque su vocación es otra». ¿Y tía Marisa?». «No, menos aun». «¿Qué pasa conmigo?», preguntó tu parienta, quien entraba en la sala y había oído mencionar su nombre. «Claudio me preguntó si alguna vez te interesaste en el piano». «No, porque soy dura de orejas, al menos si me comparo con mi hermana; yo sirvo para otras cosas». Y tu tía añadió, abriendo los brazos y señalando tu obra: «¿Es esto lo que pensabas, o renunciaste a tu apabullante proyecto?». «No era apabullante, y no era tampoco mío». «Bueno, sea como fuera tenemos ya un Nacimiento, con ese Niño solterón…». «¡Marisa!», la reconvino riendo tu madre, quien luego se levantó y agregó: «Tan novedoso y algo extraño, pero a su modo bonito. Ya llega Abelardo, a ver qué opina…». Tu hermano contempló por un momento y en silencio el resultado de tus esfuerzos. «¿Qué te parece?». «No está mal como experimento». «La idea era de Laurita», explicaste. «Original e interesante», añadió. «Bueno», dijo tu madre, «ya es hora de cenar, y luego rezaremos y cantaremos». Y pasaron todos a la cocina, y todos ayudaron a preparar el chocolate y a servir los bizcochuelos y golosinas de costumbre. Se conversó de todo en la mesa, en especial de Laurita, y se recordó la Nochebuena del año anterior, y se habló también de los abuelos, de Marcelina, de los villancicos de Epifanio Orihuela, tan diferentes. Acabada la cena, y levantada la mesa, volvieron todos a la sala. Te tocó a ti buscar la partitura manuscrita del *Laudate Dominum*, compuesto por el abuelo en 1909, según indicaba una anotación, y que nunca salió del ámbito familiar. Fue tu madre quien, como todos los años, se encargó de su ejecución, y los demás miembros de la familia entonaron el breve texto latino que decía: *Laudate Dominum in sanctis ejus: laudate eum in firmamento virtutis ejus… Laudate eum in tympano, et choro: laudate eum in chordis, et organo*. Corta composición cuyo sentido conocían ustedes de modo muy general, y que fue seguida por una breve plegaria que tu madre rezó en voz baja, acompañada por su hermana. Abelardo cruzó los brazos y se mantuvo en silencio, y tú hiciste lo mismo, pues ya no alentaba en ti la misma e ingenua fe de tu niñez, aunque tratabas de que no lo notase tu progenitora. «Este joven», dijo luego Abelardo, «ha plasmado bastante bien la idea de Laurita, de

un Nacimiento todo de elementos esenciales, y, más que nada, de metal, ichu y roca». «¡Cuánto echo de menos a Laurita!», se dolió tu madre. «Fui al correo, pero no había carta», dijo Abelardo. «Tal vez mañana, o pasado mañana, recibiremos noticias…». «Laurita vendrá seguramente para el 20 de enero, y en todo caso para carnavales», señaló tía Marisa. Así estaba concertado, y si tu hermana había escrito una carta, habría dos o tres páginas para ti, con esa letra grande y armoniosa que por sí sola suscitaba un sentimiento de luz y alegría. Mas no pusiste ya mucha atención en la plática, porque tus pensamientos estaban en la danza de las muchachas que no tardaría en entrar a Jauja por la alameda. En esa danza, y en Leonor, en esa noche de fiesta.

Estás ahí, en el pequeño balcón de la habitación que sirvió a tu padre de cuarto de trabajo, y antes que él a tu abuelo. Has subido sin decir nada a nadie, porque prefieres mantener solo para ti esa espera y la visión de esas muchachas. Las danzantes de la *huaylijía*, a la luz de los faroles que portan los acompañantes, y a la luz también, tan atenuada, del alumbrado público. Ha sido así el año anterior y el precedente. Tú, con el poncho de Abelardo, la bufanda y ese gorro que te pones cuando sales al campo. Y en cierto modo es como estar en el campo, en esta noche de diciembre. Corre un aire húmedo, que se interrumpe por momentos y retorna con el rumor distante que recoge del río Mantaro, pues es un viento del sur. El balcón da hacia ese lado, un poco al sesgo, y también hacia el oeste, pero alcanzas a percibir los resplandores que provienen de los relámpagos de una tempestad que cae a lo lejos, en las vertientes de la montaña. Esas tormentas de que te habló una vez Teófilo Aquino, el viejo chacarero que venía de tiempo en tiempo trayendo fruta, coca, aguardiente, y que visitaba la casa pues conoció a tu abuelo. ¿Qué habrá sido de él? Miras esos resplandores, y te dices que acaso los verá también Leonor desde su casa, allá en ese paraje de Yauli. Piensas también en el Nacimiento que has montado, en torno al cual se alzan, invisibles, las nieves de Lasontay, de Huaracayo y del Marayrasu, y las cumbres del Arparumi y de Huajlas, y donde se hallan las siete lagunas de Janchiscocha. Un rumor cadencioso, lejano, pone fin a tus divagaciones. Se aproxima ya el conjunto de las danzantes. Se escucha el sonido de los *pincullos* y de las quenas, y el compás marcado por las sonajas de latón del pastor que escolta a las *pallas*, y por las azucenas que portan las muchachas, como arbolillos de luz y de colores. Te inclinas, con las manos asidas a la baranda, y todo tu ser se absorbe en esa música. Transcurren los minutos. Están ya muy cerca, y en efecto no tardan en pasar por la esquina los grupos de chiquillos que van por delante, y el pastor, luego, con la máscara que apenas si puedes adivinar a la distancia. Las jóvenes, en fin, en dos columnas, todas con los cabellos sueltos. Sus azucenas como ramos sonorosos. Vienen luego los tocadores de *pincullos*, y el hombre de la *tinya*, los acompañantes. Cortejo que acaso tampoco celebra el Nacimiento cristiano, sino algo muy diferente. El despertar, quizá, del amaru blanco y del amaru negro, las sierpes aladas que vuelven de su sueño de siglos y emergen en pos de la flor del rocío y de la nieve, la *sullawayta*. Tal es, quizás, el acontecimiento que sin saberlo celebran las muchachas. Se

van, en fin, por la calle que conduce a la plaza, y es como si tú también te hubieras sumado al conjunto. Desde el balcón, inmóvil, miras la calle apenas iluminada. Danzas también, en cierta manera, y en tu embriaguez se mezclan alegría, temor, angustia. Tú también festejas la periódica resurrección de los amarus, que algún día se convertirán para siempre en lluvia, en luz, en arcoiris. Sigues ahí, feliz y como abrasado por la antorcha danzante y cantora que se aleja. Se van, y no tarda en callar la música, a lo lejos, pues llegan al templo. Continúa la brisa intermitente. De rato en rato cruzan el cielo esos resplandores. Sigues ahí, como si te replegaras otra vez en ti mismo, en ese ardor que se expande en ti, muy dentro de ti, como que tiene sus raíces en tus sueños y terrores más antiguos, y, aun más allá, en los orígenes del mundo. En esa hondura del tiempo y de la noche…

26 de diciembre

«Noche y día la he buscado…», dice ese yaraví. Y es cierto que yo también te he buscado, Leonor, y por eso te reconocí en cuanto te vi esa mañana, y aunque no lo supiera, en ese mismo momento comencé a quererte. Huk urpichatam*…Y después, cuando hablamos por primera vez, me contaste que de niña habías vivido en Janchiscocha, ese lugar tan lejano y de mágico nombre. El sitio de las siete lagunas, donde se refugió, según Marcelina, el amaru blanco de las alas llameantes, que a veces se asoma a la orilla, con la esperanza de ver por fin a lo lejos la flor del rocío y de la escarcha, la* sullawayta*. Quizá tú has visto a ese animal mítico, como en sueños, alzarse del agua al amanecer, o en las noches, como un cometa.*

Tú eres esa flor blanca, hermosa…

«Y antes, mucho antes, ¿también las llamaban ustedes las “tías locas”?». «Ya te dije que yo no las llamo así», dijo con suavidad tu madre. «Tú no, pero tu señorita hermana sí». «Un desliz, que ya no me debes reprochar», se disculpó tu tía. «Pero ¿por qué?». «Porque siempre me parecieron un poco raras, y tan solitarias». «Siempre han sido así», corroboró tu madre. «Y entonces, si tengo que visitarlas, ¿de qué les voy a hablar?». «No te preocupes, sobrino, que ellas correrán con la parla, y tú escúchalas nomás y asiente a todo». «¿Asentir?». «Sí, pon cara de que entiendes y estás de acuerdo». Eso de que fuesen raras y solitarias hacía la cosa interesante. «Bueno, ¿y cómo voy a llamarlas?». «¿Cómo hacías la vez que fuiste con tu mamá a su casa?». «No me acuerdo, porque ya hace mucho tiempo». «Lo mejor será que les digas “tía” y “tía”, simplemente». «Pero cada una tiene su nombre, ¿no?». Tía Marisa sofocó una risita, que no te gustó. «Tu tía», explicó con paciencia tu madre, «se deja llevar a veces por su carácter bromista, pero no con mala intención…». «Se me ocurrió una mala idea, por lo que me doy golpes de pecho», se disculpó nuevamente su hermana. «No bastó entonces con lo de “locas”…». «No seas venenoso, pequeño», replicó tu tía. «Puedes decir también “tía Euristela”, y “tía Ismena”». Esos dos nombres parecían ser también griegos, como los de la *Ilíada*. Los habías escuchado muy

poco en casa, pues se decía, hasta donde recordabas, «las tías», «las tías de los Heros», o «las tías locas», y para referirse a una en particular, «la mayor», o «la menor». Te sacó de tus cavilaciones tu tía Marisa: «No te compliques la vida con esos anticuados nombres». «A mí me gustan», dijiste. «Oye Laura, tu hijo tiene la manía de cavilar y pasmarse ante los nombres, ¿por qué será?». «No me sorprendería», dijo tu madre siguiendo un hilo propio de pensamiento, «que les tomara cariño a las viejitas, y se convirtiera en su asiduo visitante». «Podría ser», dijiste, «aunque debiera ser suficiente con lo que soporté a tía Grimanesa, en esa cuaresma inacabable». «Pero ¿acaso no tuviste el privilegio de escuchar los sermones del insigne Wharton?». «Y por su culpa soñé con los fuegos del infierno». «Eso no nos contaste». «¡Cura canalla!». «Eres muy quejumbroso, sobrino». «¿Qué muchacho no se lamentaría si tuviera que pasar sus vacaciones entre ancianas?». «¡Hombre, no exageres!». Se produjo un silencio, al cabo del cual dijiste: «Iré a ver a esas damas, pero tú, tía Marisa, deberías seguir el ejemplo de tía Rosita, y regalarme de vez en cuando una moneda de nueve décimos, si no tienes una libra de oro por ahí». «Laura», dijo tu tía, «este joven se está volviendo muy interesado, y será mejor que me vaya a planchar toda esa ropa que me está esperando». Y sin más se retiró del taller de costura, donde tenía lugar la charla. Aprovechaste para volver al tema de los nombres: «Así que son Ismena y Euristela…». «Euristela la mayor y la más alta, e Ismena la menor y la más baja». «¿Y por qué se llaman así?». «Fue cosa de sus padres, ¿no?». «Si yo tuviera hijas, les pondría esos nombres». «Espera a que te cases, y verás entonces qué opina tu señora esposa». «¿Y cómo es que son nuestras parientas?». «En realidad vienen a ser tías lejanas, y en tu caso tías abuelas, por la rama de los Aranzábal, ya que como sabes, mi papá era Manrique Aranzábal». «¿Es esa toda la relación?». «El señor de los Heros era muy afable con él, a pesar de la enorme diferencia de fortuna y de posición». «¿Y qué más sabes de ellas?». «Bueno, que la casa-hacienda de Yanasmayo, que como sabes está bien lejos de aquí, se incendió una noche, y que el señor de los Heros no se recobró nunca, ni sus hijas tampoco». «¿Y luego?». «Él murió, y ellas perdieron después la propiedad de sus tierras en un juicio, y por eso fue que se vinieron a vivir en la casita que hoy ocupan con Felícitas, en el jirón Salaverry». «Ese nombre de Yanasmayo…». «Es el de un pequeño río que corre por ahí, y quiere decir río negro». «Lo sé, pero ¿por qué se llamará así?». «Me han contado que sus aguas son muy claras pero el fondo muy oscuro, por unos hongos o líquenes que hacen que la corriente se vea casi negra». Y tu madre prosiguió: «Y ahí junto a la hacienda está el cerro de Raupi…». «¿Raupi? ¿Allí donde hay unas ruinas impresionantes?». «Así es». «Abelardo me habló de ellas». «Me dijeron también que antes la propiedad se llamaba Amarucancha, pero que le mudaron el nombre. Amaru, como sabes…». «Sí, Marcelina me contaba las historias de los dos amarus que vivían en un lago enorme, aquí en el valle». «¿Ah sí…?». «Me contaba esas historias, madre, y cómo esos animales fabulosos se peleaban, y que ambos están a la espera de la *sullawayta*, flor del rocío y de la escarcha, y también de la alegría». «¿Todo eso te contaba?». «Sí, y lo hacía de maravilla». «No lo dudo, pero yo le pedí que no te hablara de condenados ni de

umantajtas, y a la verdad tampoco me gustaban esos cuentos de sierpes con alas». «Historias muy hermosas». «No lo dudo, hijo, pero que más de una vez te quitaron el sueño, como que por entonces tendrías no más de ocho años…». Hubo un silencio, y retornaste al tema inicial: «Deben tener muchos recuerdos las ancianas». «Por supuesto, pero lo que dicen, cuando se refieren a esos tiempos, es muy deshilvanado». «Y nosotros, ¿no seremos también un poco locos?». «A lo mejor», dijo tu madre con dulzura. Quisiste saber luego: «¿Y de qué viven?». «Tenían sin duda una renta, porque la casita estaba siempre muy arreglada, muy limpia. Me acuerdo de la sala, con sus cortinas de tul, los muebles de Viena, una lámpara de Bohemia, los tapetes y zahumadores de plata, un mantón de Manila, y en el sofá dos mantas de lana de vicuña, y unas tazas de porcelana en una vitrina. No queda ya casi nada de todo eso». «Se han vuelto cada vez más pobres». «Así es, y las dos señoritas van perdiendo poco a poco la memoria, y por momentos desvarían…». «¿Y las cosas de la hacienda?». «Todo se perdió, según tengo entendido». «Pero ¿de qué están enfermas?». «Bueno, de vejez, pero supongo también que de nostalgia, de soledad, de melancolía». «¿Y qué dice el médico?». «Abelardo ha llevado hace unas semanas al doctor Morales, quien les recetó unas inyecciones, que les aplicó ese amigo de tu hermano, que entiende algo de medicina». «¿Mitrídates?». «Sí, él». «Es un hombre bueno», dijiste. «¿Lo conoces?». «Lo he visto varias veces, y Abelardo me ha hablado de él». «Ah…». Tu madre se absorbió por un momento en su tarea, y tú pensaste en la soledad de las viejas damas, y en la tierra alta y remota de Yanasmayo, llamada antes Amarucancha, no lejos de las ruinas de Raupi. En esa puna severa, con una vista espléndida, según parecía, de las cumbres nevadas de Huaracayo y, aun más lejos, de Lasuntay. Irías un día, como irías también a Janchiscocha, allí donde pasó dos o tres años de su infancia Leonor Uscovilca. Habló tu madre: «Bueno, creo que ahora tendrás mayor interés en visitar a nuestras tías, ¿verdad?». «Así es, madre». «Ah, muy bien», se alegró tu tía Marisa, de retorno a la habitación. Te rectificaste, por política: «Es decir, quiero ir, pero también me gustaría no hacerlo». «A tu edad se quieren las cosas más opuestas». «Eso pasa no solo con los jóvenes», dijo tu madre. «¿Lo dices por mí, querida hermana?», inquirió la tía, con belicosa sonrisa. «Lo digo en general». «Ah, es mejor, y toma nota tú, pequeño». «No me gusta que me llames “pequeño”, pues no lo soy, y tampoco ningún retrasado». «Claro que no, y tampoco un angelito», replicó tu tía. No hubieras insistido, pero te picó el tonito con que se expresó, de modo que lanzaste un ataque bajo la apariencia de volver al punto de partida: «Suena gracioso, ¿no?, eso de “tías locas”». «No sé si es gracioso», contestó la hermana de tu madre, «pero no vayas a pensar que todas las tías tienen problemas». «Tú no», dijiste con hipócrita expresión, «pero de todo hay en este mundo». «Y tampoco esa otra parienta nuestra, que tan buena es contigo». «Es linda tía Rosa, con su auto de hace cien años y su loro Teodorico». «Sea como fuere, jovencito, ella es de lo más cuerdo en esta vida». «¿Y qué me dices de la tía Grimanesa, y qué de una tía de Felipe, que se desnuda bajo la lluvia». «¿Qué?», exclamaron asombradas las dos mujeres. Habías metido la pata, y optaste por desviar

la atención: «Eso debe ser invención de un mal hablado, pero no me negarán que a la tía Grimanesa le falla la cabeza, y lo mismo a la señora Abadesa de la Barra, que todos los sábados les da una cuera a sus nietos, como antes hacía con sus hijos, por las fechorías que pudieran haber cometido durante la semana». «¿Quién lo dice?». «Y no olvidemos tampoco a la tía de Juvenal Pérez, que según he oído se vestía no hace mucho de soldado». «¡Oye, qué antología!», se escandalizó tu madre. Precisó, luego: «La tía Grimanesa tiene casi cien años, y a esa edad tiene el derecho de olvidarse de todo lo que quiera». «Y si se olvida de mí, mucho mejor». «En cuanto a esa otra señora, la de las cueras, está sin duda un poco chiflada, pero no creo que por gusto les dé tandas a sus descendientes». «¿Ah sí?». «Y Ana María Pérez, por su parte, tuvo unas calenturas de niña y quedó trastornada. Y lo que dices de una tía de Felipe, debe ser, como señalas, un puro cuento». «Un cuento que a lo mejor es tuyo», dijo tu tía Marisa, apuntándote con un dedo. Y agregó: «Y a propósito, ¿cómo se llama esa interesante dama?». «No sé, porque no me lo ha dicho», respondiste, «y en todo caso no soy yo quien ha hablado de "tías locas", y ni siquiera de "medio locas"». «¡Oh!», se cansó Marisa, «este caballero tiene algo contra todas las tías, incluso las más respetables, como si no hubiera "tíos", y algunos de ellos locos de remate». «Ya es hora de preparar el almuerzo», dijo tu madre, levantándose, «y tú, hijo, ve cuanto antes a saludar y a distraer con tu visita a las ancianas». Y con eso se acabó la plática y tú te fuiste a tu cuarto a reflexionar en las viejas y especiales tías que te había deparado el destino.

27 de diciembre

Abelardo me habló el año pasado de Raupi, un cerro muy alto a un costado del camino a Tarma. Un sitio muy desolado. Y allí en la cima hay unas ruinas, en forma de torrecillas, todas con unas ventanas, donde estaban las calaveras y los huesos de los muertos. Me impresionó mucho, y quedamos en que iríamos a conocerlas cuando pasara la época de lluvias. «Iremos en junio o julio», dijo. Pero luego en esos meses estuvo muy ocupado y no se pudo. Y ahora resulta que al pie de ese cerro, precisamente, está la hacienda donde vivían las tías de los Heros, y que se llamaba Yanasmayo. Nombre que según mi madre se debe a un río cercano, cuyas aguas parecen de un metal oscuro. Anoche soñé con un río así, con aguas que corrían como un fuego negro, en una noche inmensa. Y en mi sueño yo tenía temor, mucho temor, porque allí donde nacía el río, en una cueva, estaba el amaru negro. Allí en lo oscuro, con las alas plegadas.

Toda esa tarde estuviste arreglando tu cuarto, es decir, sacudiste el polvo, colocaste de otro modo los muebles y guardaste mejor las pocas prendas que formaban tu vestuario. Todavía quedaban en un anaquel del estante unos juguetes, que hacía tiempo debieron ir a otra parte, así que los pusiste en el baúl. Modificaste el orden en que se hallaban tus libros, regalo en su mayor parte de Abelardo, de modo que, por ejemplo, *Amadís de Gaula* y *Las mil y una noches*, en versión juvenil, los cuentos de Valdelomar y *Nuestros héroes*, pasaron a ocupar un lugar más

prominente. Eran pocos, pero al menos tenías algunos, y podías disponer además de los volúmenes que había dejado tu papá, y de los que te prestaban Abelardo y tía Marisa. Tu madre, por su parte, te había obsequiado los suyos, entre los que figuraba una biografía de Schubert y un delicioso *Almacén de las señoritas*, de principios de siglo y con un sinfín de anécdotas. A todo lo cual se sumaba ahora, en tu velador, la edición de la *Ilíada* que, aunque no era tuya, era ya como si lo fuera, y en la cual habías subrayado ya algunos pasajes. Contabas también, por otra parte, y hasta cierto punto, con la Biblioteca Municipal, en manos de tu hermano desde hacía dos años. «Yo creo que Claudio va a ser un ratón de biblioteca», decía por eso tu tía Marisa, olvidando al primogénito. Pero no eras un lector constante, sino por temporadas y por autores, como cuando se te dio por leer todas las novelas de Salgari y de Julio Verne que pudiste encontrar, o esa tremebunda serie de crímenes de las *Causas célebres*, en siete tomos, que un pariente dejó antaño en casa. Y por eso no te sentías ofendido cuando tus amigos comentaban que, además de hablar como viejo, tenías también gustos de viejo, y entre ellos, por supuesto, el de leer, especialmente lo que Felipe describía como «novelones». Acabaste pues con el arreglo de todas esas cosas, y te sentaste en la mecedora. De pronto te imaginaste a Leonor en la habitación. Sí, a ella, con su falda azul y su chompa blanca, y mirando alrededor y asombrándose. Se acercaría a la ventana y contemplaría los tejados, y más allá los cerros del oeste, dominados por la doble y severa cresta del Huajlas. «Se ve a lo lejos, ¿no?», diría admirada, porque de seguro desde su vivienda, entre alisos y quinhuales, no se tenía una vista semejante. Después se volvería hacia ti, y tú pondrías tu mano sobre su mano, ahí sobre el alféizar. Visión intensa, casi tangible, pero también fugaz, que te dejó una sensación de frustración, de vacío. Volviste a mirar hacia el Huajlas, con sus paredes verticales de un azul-violeta oscuro. Al cabo de un momento buscaste una de tus libretas, esa de cubierta verde, en una de cuyas páginas leíste: *Sentada junto a la candela, atizando la leña, Marcelina me contaba…* ¿Cuándo habías escrito eso? ¿Te complacías ya, mucho antes de lo ordinario, en los recuerdos? Quizá, pero lo cierto es que a partir de tu encuentro con Leonor Uscovilca, y de su especial vínculo con Janchiscocha, había resurgido en ti con especial fuerza el recuerdo de los mitos y leyendas que te narraba Marcelina. Esa muchacha de Cayán, de rostro casi asiático por los ojos almendrados, los pómulos salientes y la tez obscura —«tez de cierzo y puna», como había dicho Abelardo. Cerraste la libreta y te quedaste inmóvil por un espacio, porque te pareció sentir de pronto el olor a leña y tierra húmeda en esas noches lejanas. Sacudiste la cabeza, en fin, para proseguir con el doméstico quehacer en que te habías empeñado. Te topaste así con el retrato de Baltazar José Manrique, tu abuelo materno, nacido en el pequeño pueblo de Santa María, arriba de Apata. Un hombre ya de edad, con los cabellos largos y canosos, bigote gris, frente alta, mirada pensativa. Él solo, de pie junto a un pedestal, contra un cortinaje. Y en otra foto más pequeña, erguido junto a su mujer, la menuda y recia Marta Josefina González, madre de tu madre, de faldellín y *lliclla*, que miraba muy seria hacia la cámara. Contemplaste sus rostros. Abuelo al que no conociste nunca, pero al que te sentías tan

próximo, y como si con él hubiera tenido principio no solo la familia, sino también lo más significativo de la existencia. El viejo señor que pasó cuatro años de su juventud en el convento de Ocopa, como donado, y que se inició con tanto interés en la música, que se ganó el aprecio del español Lorenzo Monteverde, joven corista por entonces, y músico que pronto viajaría a perfeccionarse a Europa, y la estimación también del padre superior. Mas no era vocación de Baltazar la vida religiosa, y por eso, y por obligaciones familiares, debió regresar a la vida secular, para instalarse en Jauja y asumir el cargo de organista, o, como él mismo decía con buen humor —pues nunca hubo esa dignidad—, «maestro de capilla» en la Iglesia Matriz. Contrajo luego matrimonio con tu abuela, y llevó una sosegada existencia. Componía villancicos y cantos religiosos, y disfrutaba de la música de Mozart tanto como con los yaravíes y mulizas de Jauja, y también de Ayacucho y del Cuzco. ¿No acogió como huésped a un señor Robles, Alomía Robles, que iba por toda la sierra recogiendo música andina, y después a una pareja de músicos franceses, de los que aún se acordaba tu madre, y que recorrían el Perú con la misma intención, y a los que ayudó en lo que pudo? ¿Y no recibió después y se puso a órdenes de los padres franceses de la Inmaculada, que tomaron a su cargo la parroquia de Santa Fe de Hatun Xauxa? Guardabas en tu cuarto, precisamente, unas transcripciones de puño y letra de tu antepasado, con anotaciones, y una copia de su *Laudate Dominum*, que tú y tu madre sabían de memoria. Las tenías contigo, por amor y respeto a su recuerdo, pero también como anuncio y principio de un camino. Baltazar José Manrique, conocedor por cierto de los más íntimos secretos del viejo órgano de Zaragoza, cuyos fuelles debieron accionar más de una vez tu madre, tía Marisa, la tía Aurora. Tocaría ese instrumento, allí donde ahora se encontraba el órgano nuevo, mucho más grande y que no llegó a conocer, y desde donde vería ingresar al templo y escuchar misa a Euristela y a Ismena, jóvenes y bellas, y a don José María de los Heros, en las grandes ocasiones de comienzos de siglo. Sí, seguramente. Devolviste, pues, a su sitio las dos fotografías, te aproximaste a la repisa y tomaste la *wishkata* de Jauja de colores rutilantes que te obsequió tu madre y que antes fue suya. Esa manta que usabas en Ataura, cuando la finca estaba aún en manos de la familia y participabas en la cosecha de trigo. Ayudabas a amontonar la paja con una horqueta, para que los caballos siguieran dando vueltas pisando y desgranando las espigas, en las tardes de trilla. Tú y Alfonso, inseparables amigos, animando con guapidos a los animales y colaborando con el viejo don Mateo, señor y guía de esa cuadrilla de zainos. Alfonso, con quien montabas en pelo, a la hora en que el ganado de su familia retornaba del pastoreo. Edad feliz, en verdad, en que se alternaban a intervalos la siembra y el cultivo, la cosecha del maíz y la del trigo. Regresaste la *wishkata* a su sitio. Y a propósito, ¿no había una foto de tu padre, en el álbum de tu progenitora, en que exhibía una sobre los hombros, en una «traída de monte» en carnavales? Una «traída» en que fue madrina una hermana del señor Olave, y en que bailaron tus padres. Tenías otra foto en tu mesita, en que ellos aparecían en la plazuela de San Francisco en Lima, con Abelardo aún niño. Curioso lugar para una imagen como esa, si se tenía en cuenta que

el maestro Eduardo Alaya era ya por esos tiempos fervoroso lector de Mariátegui y de Lenin, según te había explicado tu hermano. Te dijiste que deberías tener en tu velador una foto de Leonor, pero solo la sacarías del cajón por las noches, pues querías conservar tu amor en secreto, porque así te parecía más hermoso. Y si hubiera sido por ti, habrías tenido también, aunque en lugar menos conspicuo, otra de Elena Oyanguren, a quien ya te gustaba llamar «la de los blancos velos», como la Elena de la *Ilíada*. Y justamente cuando te disponías a arreglar el cajoncillo de ese mueble, te topaste con la libreta de tapas azules, en una de cuyas páginas habías anotado, hacía muchos meses: *Hoy vi en la plaza a una muchacha elegante, y de cabellos largos y de color castaño. Muy guapa, en ese traje de color claro, y con dos amigas. Son pacientes del sanatorio, aunque no se les vea delgadas ni muy pálidas. Una mujer muy hermosa. Pasó por mi lado con sus compañeras, y escuché que un transeúnte le comentaba a su acompañante, refiriéndose a la forastera: «Se llama Elena Oyanguren»*. Cerraste el cuadernito y te sentaste al borde de la cama. ¿La hija de Leda en Jauja? ¿Se trataría de su reencarnación, si se prestaba fe a las ideas de Fox Caro? Y pensando en esa joven mujer y en su belleza distante y lánguida, no escuchaste que te llamaba tu madre, y debió ella venir, y como la puerta estaba entreabierta, se asomó y preguntó: «¿Qué haces, hijo?». Y tú te volviste hacia ella, sorprendido, y dijiste escondiendo el cuadernillo: «Estuve arreglando mi cuarto». «¿Solo eso?». «Y pensando…». Y ella comentó: «Piensas demasiado, Claudio. Ven, que ha venido a buscarte Felipe».

30 de diciembre

No creí que me apasionara tanto la Ilíada*. Me sé ya de memoria varios pasajes. Es un mundo tan claro, tan lleno de luz. Bueno, hay partes aburridas y otras que no entiendo, pero simplemente las dejo de lado y avanzo, y me demoro en las que me gustan. Todo sucede como delante y a la vista de uno, en un día luminoso y sin fin. La figura de Héctor me emociona hasta las lágrimas. Mundo lejanísimo, viviente…*

Fue un día de agosto en que habías ido a comprar pan y viste por primera vez su figura delgada, de chompa blanca y falda azul, y que sentada en una banca de la plazuela revisaba un cuaderno. A su lado tenía un portaviandas, un maletín escolar y un pequeño bulto. Pasaste a su lado y ella levantó los ojos y te miró. Continuó leyendo, luego, mientras tú volvías la cabeza. Te detuviste por un rato en la esquina de los jirones Grau y Arica, para retener mejor esa imagen de rasgos finos y trenzas negras. Sería un poco menor que tú, y estaría quizás en sexto año de primaria, en un pueblo de esa parte del valle, Hualá o Yauli. ¿Qué hacía en Jauja a esa hora? ¿A quién esperaba? Hubieras deseado quedarte por más tiempo, pero no era posible porque se hacía tarde y te esperaban en casa. Te apuraste, pues, y soportaste en silencio la mirada disgustada de tu madre. Te marchaste después al colegio, pero no pudiste prestar atención a los profesores, y tampoco a la parla de Julepe y Felipe en la hora de recreo. Tu mente estaba embargada por la

imagen de esa chica de ojos levemente achinados, que aprovechaba la espera para preparar un examen en una banca de Santa Isabel. Y su figura volvió a tu mente, después, cuando abordaste en casa el movimiento inicial de la sonata de Mozart que por entonces te interesaba. ¿Cómo se llamaría? ¿Por qué te había atraído de esa manera? ¿Sería el principio del amor? Y no es que te fuera desconocido un sentimiento como este, pues tenías muy presente el entusiasmo con que charlabas con Valentina, la hermana de Alfonso, no hacía mucho, ni la deliciosa excitación con que jugabas al vóley con Isabel, en casa de Justa Castillo, comadre de tu tía. Pero la breve experiencia que habías vivido esa mañana había sido especial y diferente. Pronto comprobaste que la chica no estudiaba en Jauja, y que venía los domingos, casi siempre con su madre o con un tío, para efectuar compras en la feria, y que ese jueves por la mañana había sido una excepción. Y fue así como tomaste la costumbre de aguardarla en esos días, y de seguirla a prudente distancia. Te enteraste también, por casualidad, de que se llamaba Leonor Uscovilca, y que vivía en Yauli, ese pueblo entre alisos y quinhuales, al pie de los cerros que se alzan hasta las alturas de Pacllacancha y de Ricrán, en el camino a Janchiscocha. Más aun, un sábado por la mañana saliste de paseo en esa dirección, con el pretexto de estrenar un cordel y un anzuelo en el río que pasaba por aquel sitio, en el cual, según se decía, había truchas. Mas no fuiste a pescar, por supuesto, sino a aguaitar la escuela de niñas. A la hora de recreo la chica salió con sus compañeras y se pusieron a jugar con una pelota. Sí, estaba en el último año de primaria, quizá porque en los pueblos se entraba un poco más tarde a la escuela. Ella te reconoció, según supiste después, pero no lo demostró, aunque no dejó de observarte con disimulo. La seguiste luego, a prudente distancia, a la hora de la salida. Iba con un hermanito de ocho o nueve años, y tomó por un sendero. Su casa estaba situada al otro lado de un riachuelo, junto a unos árboles. No te detuviste más que un momento, temeroso de que te sorprendieran sus padres, y emprendiste el retorno. Volviste después a ese paraje a fines de septiembre, no sin algunos contratiempos, porque unos campesinos te tomaron por un ladronzuelo. En esta oportunidad viste a Leonor parada en su puerta, vestida con una pollera verde y monillo crema, que hacía su silueta aun más delgada. Te vio y respondió con un gesto al adiós que le hiciste a la distancia. ¡Día memorable! No fue difícil abordarla en Jauja, el domingo siguiente, en un momento en que se separó de su madre. «Hola», dijiste. «Hola», respondió con naturalidad. «Yo soy Claudio». Ella te correspondió con una sonrisa, pero no mencionó su nombre. «Te llamas Leonor». «¿Cómo lo sabes?». «Le escuché a tu mamá, la otra vez, que te llamaba así». «Ah…». No rechazó tu compañía y fuiste con ella a buscar unas cintas de lana que necesitaba, mientras su madre realizaba otra diligencia. Te contó, entre tanto, que tenía un medio hermano, Esteban, bastante mayor, que a veces realizaba trabajos en Jauja, y al cual le había traído esa mañana su almuerzo y un encargo de la familia. Su padre trabajaba en las minas de Morococha. Te contó también que pensaba trasladarse a Jauja al año siguiente y estudiar el primer año de secundaria en el Colegio del Carmen, y que tomaría pensión entonces en casa de una parienta que vivía en el jirón Sucre.

«¿Y tú en qué año estás? ¿Cómo te llamas?», quiso saber. Y debiste repetir tu nombre, y hablarle de tu familia, de tus estudios. «¿Y cuántos años tienes?», le preguntaste. «En junio cumpliré quince años. ¿Y tú?». «Yo, en mayo, dieciséis». «Quién como tú, que vas a entrar ya a cuarto de media, mientras que yo me retrasé». Hubo un silencio, como si cada cual reflexionara al respecto. Le preguntaste luego, de improviso: «¿Y conoces Janchiscocha?». «Sí», respondió sorprendida. «Está en las alturas de tu pueblo». «Ya lo sé». «A mí me hablaba de Janchiscocha una muchacha que tuvimos en casa, Marcelina, que le ayudaba a mi mamá, y que era de un pueblecito que se llama Cayán». «Eso está antes de Ricrán». «Así nos dijo». «Mi papá trabajó en la mina de Janchiscocha hace años, y nosotros fuimos con él y vivimos en el campamento». «¿Ah sí?», te asombraste. «Estuvimos como año y medio». «Serías una niña por entonces…». «Era un trabajo peligroso, y nos volvimos a Yauli». «Así que en Janchiscocha…». «Ahora esa mina está cerrada». «Pero te acuerdas de las lagunas, ¿no?». «Sí». Te miró intrigada, y quiso saber: «¿Y por qué preguntas? ¿Acaso has estado allí?». «No, pero Marcelina me contaba unos cuentos que me impresionaron mucho, y en especial uno que hablaba de los amarus, unas serpientes con alas, una negra y otra blanca, que en antiguos tiempos vivían bajo las aguas aquí en el valle, y que la blanca se encuentra ahora en una de esas lagunas». «A mí también me contaron». «Y me hablaba también de una flor maravillosa, que esos seres fabulosos buscan y necesitan, y que es la flor del rocío y de la escarcha». «Lo sé». «¿Nunca viste nada en esas lagunas?». «No, pero mi tía Luscinda decía que a veces se podía ver, en la madrugada, una luz que salía del agua, allá en la laguna de Tipicocha, y que quizá con un poco de suerte uno podría encontrar esa flor, que en quechua decimos *sullawayta*». «¿Un resplandor?». «Sí, pero yo nunca vi nada». «Tú eres como esa flor». Ella se rio, admirada: «¡Qué cosas dices!». «De veras…». «¡Qué extraño que hables de Janchiscocha, si no has estado nunca allí, y también de esa flor, que otros dicen de la lluvia y de la nieve!». «Marcelina decía a veces del "rocío", y otras de la "escarcha", de la "lluvia", de la "nieve"». «¿Ah sí?». «Pero lo importante, según oí a otra persona, es que la *sullawayta* asegura las lluvias para la sementera, y que por eso y otros motivos trae la alegría a todos». Leonor guardó silencio por un espacio, no sin mirarte una vez más, con la curiosidad de hacía un momento. «Bueno», dijo de pronto, «será hasta otra vez». Y sin más te tendió la mano. «¿Te vas ya?». «Mi mamá me estará esperando». Sorprendido, no atinaste a retenerla, y viste cómo se alejaba. ¿Por qué una despedida tan abrupta? ¿No quería ser vista por alguien? Pensativo, regresaste a casa. Fueron largos los días de esa semana, y no alcanzaron a tranquilizarte la música ni las ocurrencias de los amigos, ni aun las nuevas referencias de Felipe a su apetitosa tía. Y así, hasta el domingo siguiente, en que Leonor acudió sola a la feria, para luego reunirse con su tío. Pudiste, pues, conversar otra vez con ella, y por más tiempo. Sentías al mismo tiempo alegría y temor, excitación y timidez, una terrible timidez. Hablaste de un montón de cosas —del colegio, de tu familia, de tu infancia—, que ella escuchó con atención. Te referiste de nuevo a Janchiscocha y al misterio de sus lagunas. Y aprovechaste una pausa para

decir: «Te quiero…». Fue algo tan intempestivo, que tú mismo te sorprendiste. Te miró asombrada, y como no te contestó, repetiste: «Te quiero». Respondió al fin, con suavidad: «¿Y lo dices así, tan de repente?». «No sé, fue un impulso…». Te observó con buen humor, y dijo: «Ya lo sabía». «¿Ah sí?». «¿No me has estado siguiendo los domingos, y no has ido a mi pueblo por dos veces?». Bueno, era algo por demás evidente, aun para una jovencita de su edad. Quisiste saber: «Y tú, ¿no tienes nada qué decir…?». «No, yo no…». «Pero ¿por qué?». «No, ahora no». «¿Y más adelante?». «Bueno, tal vez…». Después de todo había tomado tu declaración con tranquilidad, e incluso, si se miraban bien las cosas, con una desenvoltura más propia de una chica de dieciséis o diecisiete años. ¿Habría tenido ya un enamorado? ¿Lo tendría por entonces? Imposible saberlo en ese momento. No insististe y dejaste que cambiase de tema. La acompañaste todavía por un rato, hasta que debió ir a reunirse con su pariente. «Chau», te dijo, y consintió que retuvieras por unos instantes su mano entre las tuyas. Se fue, en fin, con su canasta bajo el brazo y ese andar que aún tenía algo de infantil, y tan campante, como si aquel no hubiera sido para ti uno de los días más importantes de tu vida. Por un buen rato te repetiste, en silencio, ese «tal vez…», y veías de nuevo su sonrisa, vagamente juguetona. Retornaste a casa, y tendrías una expresión tan ausente y a la vez tan alegre, que tu tía preguntó: «¿Qué le sucede a este joven?» y Abelardo soltó un «je, je» de los suyos. El contento te duró por varios días, y fue notado no solo por la familia sino también por los amigos. Pero, por desgracia, Leonor no apareció en el domingo siguiente, ni en el que le sucedió, por lo cual te sumiste en un mar de conjeturas. Y estabas por emprender una nueva excursión a Yauli, cuando te topaste con ella, del modo más inesperado, un sábado a principios de octubre por la tarde, en la puerta del molino de Julepe. Casi te desmayas por la sorpresa, pero no había nada de especial en eso, ya que había venido a Jauja a comprar *máchica*, de la que producía el señor Pérez. Te hizo un gesto afectuoso con la mano, al tiempo que te indicaba con un mohín que había moros en la costa, es decir, que andaba por allí su señora madre. Te hiciste a un lado y preguntaste al operario que las atendía si estaba Julepe. No era así, y quien asomó la nariz fue más bien su padre, a quien no le hacía gracia que buscaran a su retoño en horas de labor. Te alejaste, pues, y en vano aguardaste a la vuelta de la esquina, pues la joven y su progenitora salieron y se fueron de inmediato a tomar su ómnibus. Tuviste un poco más de suerte el martes siguiente, fiesta de la Virgen Chapetona, en la segunda semana de octubre. Estabas con Tito, y ambos veían pasar la pandilla de bailantes con que se festejaba el día de la patrona de la ciudad. De pronto, y con un vuelco en el corazón, viste a Leonor. Sí, a ella, que acompañada por dos chicas de su edad, miraba a los danzantes. Ella también te vio y respondió con un gesto a tu saludo. ¿Qué podías hacer? ¿Acercarte con el preguntón de Tito? ¿Espectar con ella el baile, y pasear juntos? Pero fue ella quien se aproximó, así que no te quedó más remedio que presentar a tu compañero, tomando eso sí la precaución de no dar ningún nombre, pues no querías mezclar para nada a tus socios con ese amor en cierne. Sus acompañantes eran en efecto dos paisanas suyas, y las tres habían venido con su maestra

para un partido de vóley entre el equipo de su escuela y el de otra de Jauja, y del que se habían escapado por un rato. Alcanzaste a preguntarle a hurtadillas: «¿El domingo próximo?». «Ya, está bien», respondió, también en voz baja. Cuán jubilosa te pareció entonces la música de la banda. Se despidieron al cabo de unos minutos, y Tito preguntó: «¿Quiénes son?». «Es la hija de una comadre de mi mamá, y vive en Apata», mentiste. «Están muy buenas, ¿eh? ¿No podríamos ir a visitarlas un día de estos?». «No creo, porque mi amiga es interna en un colegio de Huancayo». Por suerte pasó junto a ustedes un cliente del padre de tu amigo, que consideró su deber agasajar al hijo de tan ilustre abogado, y por fuerza también a ti, con unos refrescos y pasteles tan sabrosos que pronto borraron de la memoria de Tito el recuerdo de las escolares. Y transcurrieron después unas tres semanas, hasta un nublado domingo de noviembre, en que aguardabas a la chica en el sitio de siempre, sin advertir que ya estaba allí, y que había estado observando desde una tienda, muy quieta pero también muerta de risa, tu anhelosa espera. Te diste cuenta, en fin, y enrojeciste hasta los cabellos, y ella dijo: «Espero a mi mamá, pero seguramente se va a demorar, así que si quieres vamos a dar una vueltecita». Claro que querías, y muchísimo. «No has venido últimamente…». «No, porque mi papá llegó y estuvo con nosotros para el día de Todos los Santos, y tuvimos mucho que hacer». «¿Ya se fue a Morococha?». «Sí». Luego de algunas frases más o menos anodinas, tocaste lo que te interesaba: «Me dijiste “tal vez”». «¿Tal vez qué?». «Bueno, que tal vez me aceptarías». Por un momento pareció que se iba a reír, pero no lo hizo y más bien contestó: «¿Dices que me quieres?». «Mucho…». «¿Y piensas que yo también podría quererte…?». «Eso desearía». Se tornó a mirarte, con una expresión seria. «No sé», dijo, «pero me imagino que sí, que podría quererte, pero ahora no sino más adelante». Y luego de una pausa añadió: «Y ¿por qué te voy a creer si apenas me conoces y no eres de mi pueblo?». «Porque es verdad». «¿Y cómo sé que es así?». «¿No se nota, acaso?». «Hay un refrán que dice: “caras se ven pero no corazones”». «Tú sabes bien que me gustas». «Gustar no es querer…». «Me gustan tus ojos, tu cara, la forma en que hablas y caminas». «¡Vaya!». «Y también tu modo de ser, el sitio en que vives, tu manera de mirar». «¿Ah sí?». «Y tu nombre, Leonor, y aunque no me creas también el hecho de que has vivido en Janchiscocha, y que escuchaste los mismos cuentos que yo en mi infancia. Y eres además como esa flor del rocío y de la nieve…». Te miró y dijo: «No entiendo». «¿No?». «Hablas de una manera diferente, como en las novelas». «¿Como en las novelas?». «Eres raro, realmente». «¿Quieres decir que a lo mejor estoy loco?». «Eso no, pero sí raro…». «¿No te agrado, entonces?». «No he dicho eso». Se produjo un nuevo y largo silencio. «¿Te veré siempre?». «Sí, pero por favor no vayas por mi casa, porque mi mamá se podría dar cuenta, y por los vecinos». «A mí no me preocupa…». «No vayas y espérame como siempre, en los domingos, hasta el año que viene, porque entonces estaré aquí y será diferente». Leonor miró luego el cielo, cada vez más encapotado, y dijo: «Ya me voy». Y sin esperar tu respuesta tocó levemente con una mano tus mejillas, se despidió con un «chau» rapidísimo y echó a correr. Era inútil ir tras de ella, de modo que emocionado aún por sus

palabras, y por ese gesto cariñoso, enrumbaste hacia casa. Y en esa turbación no te importó que se abatiera toda una catarata del cielo y llegaras empapado y estornudando de modo escandaloso. Transcurrieron después unas tres semanas, hasta comienzos de diciembre, cuando alguien deslizó un sobrecito con una nota por debajo de la puerta del zaguán, que decía: «No podré ir a Jauja por los exámenes, y porque mi mamá se ha enfermado. Te avisaré. Pienso en ti. L». Mensaje que leíste una y cien veces, y que guardaste en un lugar secreto. Pasaron los días, luego, hasta que a mediados de mes te topaste con una de las chicas que la acompañaba el día de la Virgen Chapetona, y que te dijo: «Leonor no vendrá hasta enero». No dijo más y debiste tener paciencia. Pasaron así los días de Navidad y de Año Nuevo, y vinieron las clases con doña Mercedes, la inminente visita a las tías de los Heros, la lectura de la *Ilíada*, la posibilidad de aguaitar a la tía de Felipe, y tantas otras cosas que iban a alterar tu vida. Pero no dejabas de pensar, qué va, en la jovencita de Yauli, resignado a la espera. Una espera paciente, pero que, estabas seguro, se vería recompensada.

1.° de enero 1947

Fue un Año Nuevo melancólico. No hubo nada especial en casa, excepto un desayuno con bollos, molletes y chocolate, como todos los años. Abelardo estaba cansado por haber bailado hasta no más en una fiesta en la Unión de Artesanos, con Florencia y sus amigas. ¿Y Elena Oyanguren? ¿Celebraría el Año Nuevo en el sanatorio? Sí, seguramente, y con champán francés, y con discos de la mejor música bailable. Me hubiera gustado mirar esa fiesta.

Hoy se baila la huaylijía *en Paca y en Chunán. El* ofreso *es impresionante, por el número y la ropa de las danzantes.*

¿Y en Yauli? ¿Bailará Leonor en esa danza a fin de cuentas pagana?

No vi a mis amigos, porque cada uno estuvo con la familia en su casa. Hoy por la tarde debíamos reunirnos en el bar de Chancafe, pero finalmente todo quedó en nada.

¿Y Laurita? No es fiestera, pero de seguro se fue a un baile.

¿Cómo será el año que comienza?

Allí estabas, pues, en casa de la señora Mercedes Chávarri. No imaginabas que viviese a un costado de su propiedad, en un departamento a todas luces estrecho. ¿A quién habría alquilado el principal, que aún mostraba señales de la antigua bonanza? Llamaste a la puerta, y al cabo de un rato salió una mujer vieja, fea y más que todo ajada, a la que habías saludado alguna vez en la calle. «¿Qué se ofrece, joven?», preguntó. Ella misma se contestó: «Ah, tú debes ser el hijo de Laura». «Sí, señora, yo soy». Te hizo pasar a su sala y te invitó a tomar asiento. «Espera un momento», dijo, y se dirigió a la habitación contigua. Como en otras casas de Jauja, había sillas de Viena, pero con la esterilla en mal estado, y una mesa de centro con tapete de blondas, una repisa con adornos, una lámpara de centro. En un extremo estaba el piano, alto, de color nogal,

cubierto por una funda blanca y con los pedales forrados. En la pared vigilaba desde una fotografía el rostro de un señor vejancón y de tremendos bigotes. Dos gatos dormitaban en un canapé, y un tercero en un sillón. Daba luz una ventana de reja que se abría a la calle. No te gustó el ambiente, por lo que había en él de decaimiento, de vetusta y melancólica pobreza. Volvió la dueña y se sentó frente a ti, y te observó por un espacio. Tenía una cara de boca ancha, mejillas caídas y orejas grandes, disimuladas bajo unos cabellos muy negros, seguramente teñidos. Por algo había dicho Marisa, refiriéndose a tu nueva profesora, que era «una belleza». Y, sin embargo, a pesar de esa fealdad algo perruna, y de esa expresión desconfiada, no era una mujer desagradable. Una voz de hombre, algo cascada, se despidió desde el interior con un «hasta luego, amor», que ella respondió con un «chau, mi vida». «Es mi esposo», te informó. ¿Por qué se habría marchado sin pasar por la sala? «Vine para la lección de piano», dijiste. «Ya sé». Era incómodo el silencio y la manera con que la vieja maestra te miraba. Dijo luego: «Así que te gusta la música». «Sí, señora». «¿Y cuánto tiempo hace que estudias el piano?». «Un poco más de dos años». «¿Y antes?». «No». «¿Y quién te enseñó?». «Mi mamá». «¿Solo ella?». «Así es». Nueva pausa. «Bueno, ya estás un poco grande para un buen comienzo, pero si de veras te gusta…». Y añadió: «No me olvido de tu abuelo, por supuesto, un señor muy modesto pero que amaba de veras la música y se desempeñaba muy bien en el órgano. Te han hablado de él, supongo…». «Sí, por supuesto». «A ver, siéntate ahí y toca». Te instalaste en el taburete, que encontraste durísimo, y elegiste el segundo movimiento de la sonata de Mozart que tanto te gustaba. Te escuchó con atención, y pidió que volvieses a tocar. «No está mal en tu caso», comentó con voz neutra. Quiso saber luego: «¿Y qué otra cosa has aprendido?». «Los movimientos iniciales de otras dos sonatas de Mozart, y un par de preludios de Bach…». «¿Ah sí?». «Y también dos composiciones de Alejandro Valderrama, y unos yaravíes y mulizas que recopiló mi abuelo. Y también los huaynos que hemos transcrito con mi mamá y que ella ha adaptado». «Ah, ya veo». «Y alguna otra cosa que se me olvida». Ella señaló: «No es bueno entreverar la música clásica con la popular y la folclórica». No te gustó su observación, pero decidiste no discutir. «¿Y no conoces nada de Bizet, de Delibes, de Donizetti? ¿Ninguna romanza? ¿Ningún acompañamiento de ópera?». «No». Calló por un momento, sin abandonar ese aire que no dejaba de ser desaprobatorio. Otros serían pues sus gustos y preferencias. «¿Y qué método has seguido?». «Bueno, tenemos en casa el *Gradus ad Parnassum* que perteneció a mi abuelo, y también el método de Lemoine». «Pero, ¿has seguido uno de ellos, paso a paso?». «No, en realidad no». Se pronunció, en fin: «Así, pues, no te has ajustado a un plan, a un orden, y todo ha sido, como quien dice, *ad libitum*. Aquí será diferente». «Usted dirá». «Trabajaremos con el método de Czerny, y para ciertos ejercicios nos serviremos de Lemoine, pero tendrás que ser muy ordenado. ¿Está claro?». «Sí, señora». Te miró con un destello irónico, sin mayor razón, después de todo, porque sabías bien por ti mismo, y porque lo había reiterado tu madre, cuán irregular había sido tu aprendizaje. Demasiado pronto habías dejado los ejercicios iniciales de

Lemoine para lanzarte a la empresa de *chapalear*, como decía tu tía Marisa, esas composiciones de Mozart, músico preferido por ti y por tu progenitora, y antaño por tu abuelo, como apresurado había sido tu ingreso, por llamarlo así, a las obras de Bach y de Beethoven. Doña Mercedes se levantó, en fin, puso el volumen de Czerny sobre el atril y te pidió que abordaras un ejercicio. Lo hiciste del mejor modo posible, pero los resultados fueron muy mediocres, ya que no tenías experiencia en ejecución a primera vista. La vieja profesora no formuló ningún comentario, sino que tomó tu lugar frente al instrumento, y te mostró con soltura y suavidad cómo se debía hacer. «¿Ves?», dijo al terminar. Tuviste que intentarlo de nuevo, aunque sin mayores esperanzas. «Bueno», dijo ella, «será mejor que comencemos por esta sección, y estudiarás esta parte para la próxima clase». «Muchas gracias, señora». «Tienes sentido musical, hijo, y puedes progresar si eres constante, ya que por algo eres nieto de Baltazar José Manrique». «Usted lo conoció, ¿verdad?». «Claro que sí, y por eso me referí enantes a él». «¿Y cómo lo recuerda?». «Como un hombre de edad, muy tranquilo, muy afable, y que tocaba de un modo muy sentido, muy recogido». «¿Sí?». «Y gentil, además, como que me dio un par de clases». Te acompañó luego hasta el zaguán, encargando muchos saludos para la familia. Anochecía ya, y como era sábado, las calles se veían solitarias. Tomaste por la Plaza de Armas, con sus árboles inmensos, tan oscuros, y fuiste a sentarte en un banco. Te emocionaba la perspectiva de un estudio más disciplinado, pero te dolía tener que dejar en un segundo plano, al menos por un tiempo, las sonatas de Mozart, que no gozaban por lo visto de la preferencia de la señora Chávarri. No abandonarías, eso sí, por ningún motivo, los aires de tu tierra. En lo demás harías exactamente como ella te había indicado. Intuías, no obstante, que la aplicación atenta y correcta con que tocaba tenía mucho de escolar, y carecía del vuelo ambicioso que habías imaginado. Cuán diferente, en todo, de la manera desigual pero sensitiva, plena de recogimiento, con que lo hacía tu madre. Y al pensar en ello te invadió un sentimiento de ternura y de pena porque ella no pudo contar nunca con una verdadera educación musical, y no solo por las muy modestas posibilidades económicas de la familia, sino también por las enormes limitaciones de la vida provinciana. Su único y verdadero maestro había sido tu abuelo. Después, ya casada, tuvo aun menores oportunidades. Es verdad que tu papá le obsequió una vitrola con discos de obras de Beethoven, Schubert y Verdi, pero su efecto alentador no duró por mucho tiempo, ya que se descompuso y no hubo quien la reparase. Sentado ahí en el banco, bajo la extraña quietud del ramaje, te acordaste de la noche en que por primera vez ella te llamó al piano, cuando tú tenías unos nueve o diez años y te preguntó: «¿Te gustaría aprender?». ¿Por qué lo hizo? ¿Por la atención con que la escuchabas? ¿Por tu inclinación a ir tras de la orquesta de arpa y violín en las fiestas del 20 de enero? Sí, habría sido por todo eso, y por el deseo tan natural en una madre de que su hijo se interesara en el arte que ella practicaba, aunque solo fuera como aficionada. Sorprendido, contestaste: «Sí, mucho». Dijo entonces: «Creo que llegarás a amar realmente la música, como papá Baltazar». Y tocó después una pieza muy breve, que después identificarías

como una sonatina de Clementi, y te preguntó: «¿Te gusta?». «Sí». «Si te esfuerzas, pronto la tocarás como yo, y mejor». Tú preguntaste, luego de un espacio: «Esa pieza, y otras que tocas, son muy diferentes de nuestros huaynos, ¿no?». «Bueno», dijo ella, «se trata de dos clases diferentes de música, pero igualmente bellas, cada una a su manera». Vio que no la entendías, y agregó: «Lo nuestro es la música de los huaynos, de los yaravíes, de los pasacalles, pero hay otras formas de música que también pueden ser nuestras». Te acordarías muy bien de esas palabras, que repitió en más de una ocasión, en términos más o menos semejantes. Y fue así como empezaste a recibir sus lecciones, pero no por mucho tiempo, porque se enfermó, y tuvo después que trabajar mucho, por la situación material de la familia, hasta el punto de que hubo necesidad de hipotecar la propiedad de Ataura. Transcurrieron luego los meses, hasta que de pronto resurgió en ti, vehemente, el deseo de reiniciar tu aprendizaje. ¿Nueva manifestación de una vocación latente? ¿Efecto de una maduración súbita? Y como ella había reanudado sus ejercicios, le pediste, un día: «Mamá, quiero que me vuelvas a enseñar». Ella te observó en silencio, con los ojos brillantes, y dijo: «La vez pasada era quizá muy pronto, pero ahora será distinto». Y lo fue, en verdad, porque las cosas mejoraron en casa y asumiste la música con una pasión comparable a la de Laurita por el dibujo. Recordaste todo aquello esa noche, allí en la Plaza de Armas, y en especial las palabras de tu madre sobre esos dos universos musicales. Era sorprendente, sin duda, la relativa facilidad con que ella y tú se desplazaban entre ambos. Facilidad que en tu caso tenía un mayor alcance, pues se extendía a los aires tropicales que entusiasmaban a Felipe, Tito, Alfonso, Julepe, y que no eran otros que los que estaban de moda, y que de algún modo también te gustaban. «¡Somos tan mestizos!», solía decir al respecto Abelardo. Dualidad de que en cierta manera habías tomado nota mucho antes, cuando cantabas huaynos y relojeras con Catalina en la era de Ataura, y te deleitabas después en casa con las interpretaciones de tu madre en el piano, y con las de los coristas de Ocopa en la Iglesia Matriz. Más tarde se agregarían, por influencia de la radio, del cine y de los amigos, como melodías para cantar y divertirse, los boleros de Leo Marini y de Los Panchos, y las rancheras de Jorge Negrete. ¿Y no pasaba algo semejante con los condenados, zorros, cóndores y cabezas voladoras, de los cuentos de Marcelina, y, por otra parte, con los hechos y personajes de *Las mil y una noches* y las fábulas de Esopo y de La Fontaine, para no hablar de las aventuras del barón de Münchhausen, que Laurita te leía? Pensaste en todo ello, sentado ahí en el banco, hasta que de repente comenzaron a caer gotas de lluvia, y tuviste que levantarte y emprender un apurado regreso a casa. Allí estaban todos en la sala, y tu madre quiso saber: «¿Cómo resultó la clase?». «Muy bien, pero tendré que recomenzar Lemoine, y seguir también Czerny». «Mercedes no será una belleza, pero sabe lo que hace», dijo tu tía. Contaste luego en detalle la sesión, y dijiste: «Doña Mercedes parece muy apegada a una línea». «Así es, desde que la conocí, después de su retorno de Lima», comentó tu madre. Marisa señaló: «Bueno, sobrino, por ahora olvida un poco mulizas y huaynitos, y concéntrate en los ejercicios que ella te ha fijado, por aburridos que sean.

A ver si te conviertes en un Paderewski». «No voy a olvidar nada, porque no es necesario», replicaste. «¡Qué suficiencia!». «Lo que pasa», dijiste, «es que algunos se olvidan de que ya no soy un chico». «Un "algunos" que en realidad significa "una tía", ¿verdad?». «Así es, tía». Pero ahí acabó la discusión, pues tu madre llamó a la cena, durante la cual la conversación giró en torno a las pugnas del gobierno de Bustamante con los apristas. El asunto no dejó de interesarte, pero tus pensamientos regresaban una y otra vez a la lección en casa de la señora Chávarri, con la mezcla de expectación y entusiasmo que había suscitado. Te retiraste luego a tu cuarto y te acostaste, mas el sueño tardó mucho en acudir a tus ojos, de modo que retomaste el hilo de los interrumpidos pensamientos de la Plaza de Armas. Evocaste así tus primeros intentos, en un mes de junio muy lejano. Tu madre se sentaba a tu lado en el taburete para guiar tus primeros pasos, a la luz de unas velas, porque la central eléctrica estaba en reparación. Sentías muy cerca de ti sus cabellos, el olor a junco de su ropa lavada en el río, su tibieza. Iban después ambos a sentarse en el sofá de la sala, y ella te contaba sus comienzos con el abuelo Baltazar, tan serio, tan paciente. Te hablaba de esa época y del padre Monteverde, el músico que conoció y fue amigo de su padre. Velada inolvidable, a la que siguieron otras, no menos felices, que nunca te atreviste a comentar con tus amigos, pues bien sabías que se habrían burlado de esa música que no entendían. Abelardo te ayudó también con su estímulo, y te compró una pequeña biografía de Chopin, que por casualidad vio en la librería de Santillana en Huancayo. Laurita, por su parte, te mandó de Lima la partitura de *La pampa y la puna*, así como de la marinera *Huaquero viejo*. Fue por ese tiempo, igualmente, en que insististe en la reparación del fonógrafo, lo cual resultó una vez más imposible. Funcionaba aún, es verdad, pero su voz era tan quejosa, tan rechinante, que no justificaba el esfuerzo de dar vueltas al manubrio, y menos la plata para comprar las agujas de acero que aún le quedaban al señor Bullón en su tienda. Tus amigos, en cambio, tenían en sus casas tocadiscos modernos, y radios igualmente más jóvenes que el de tu tía Marisa, y mucho más, por supuesto, que la venerable «iglesia» de tu tía Rosa. Pero no tenían, qué va, un piano y mucho menos partituras ni libros de música. «Espero que más adelante podré comprar un tocadiscos, pero por ahora tengamos paciencia», había dicho Abelardo. Tu tía Marisa, por otra parte, guardaba por ahí un par de rollos de pianola que un día le regaló un admirador, y que nunca se pudo escuchar porque no conocían a nadie que tuviese tal instrumento. Para más adelante, mucho más adelante, quedaría el proyecto de adquirir una guitarra, en la que podrías tocar más apropiadamente huaynos y yaravíes. Y pensando en todo aquello, y quizá con la melodía de un pasacalle en la mente, conciliaste por fin el sueño. Un sueño excitado y feliz, en esa noche de enero.

3 de enero 1947

Fui hoy a ver a las viejas tías. Me recibió Felícitas, y no me preguntó quién era, ni se interesó en la razón de mi visita. Eran las cinco de la tarde y lloviznaba. Me dijo: «La señorita Ismena no se siente bien». Me hizo pasar, a pesar de todo, y tomé asiento en la sala. Un cuarto con muy

pocos muebles, casi desnudo. Hacía frío. Sobre la mesita de centro hay un tarjetero de porcelana, de esos antiguos. En la consola unos cuantos adornos y una vieja fotografía, borrosa, con dos personas que posan frente a la cámara. Dos mujeres jóvenes, una junto a otra, y vestidas ambas a la moda de otros tiempos. La más alta debe ser mi tía Euristela, peinada con el pelo recogido hacia atrás, y la más baja mi tía Ismena, con los cabellos en bucles sobre los hombros. La mayor parece mirar a lo lejos, y es tan guapa que no pude dejar de pensar en Elena y en su belleza, por cuya causa se produjo la guerra de Troya. Y miraba la foto cuando me pareció que alguien apartaba los visillos de la puerta que comunica con la habitación vecina, y me aguaitaba. No dije nada y esperé. Al cabo de un rato salió Felícitas y dijo: «La señorita Ismena no está bien, y tampoco la señorita Euristela, así que será mejor que regreses otro día». Y no tuve más remedio que levantarme, no sin antes echar una nueva mirada al retrato. Y volví a casa, y conté lo sucedido. Tomé después la Ilíada*, y estaba hojeando sus páginas cuando me topé con ese pasaje en que Elena le dice a Héctor: «Lloro por mí, desdichada, tanto como por ti, con corazón desolado». ¿Fue casualidad? No sé, pero me sentí muy turbado.*

Tú fuiste el autor y el que redondeó la historia. Tú quien le dijo a Julepe, un día de julio, que el peluquero Palomino, a quien todos llamaban Palomeque, tenía en su jardín una flor muy rara, muy valiosa, llamada heliotropo. Una flor que obligadamente había que regar de tiempo en tiempo con orines de colegial robusto, porque de otro modo se secaba. Y Julepe preguntó: «¿Ah sí? ¿Y qué flor es esa?». «Una muy especial, que Palomeque ha mandado traer de Lima, y por el favor paga dos soles». «¿Por orinar?». «Sí, y lo sé porque yo lo hice». «¿Y por qué me avisas, entonces, y no vuelves tú?». «Porque solo se puede una vez». Con los ojos muy abiertos y rascándose la barbilla, tu víctima reflexionaba. Broma pesada, claro está, que se te ocurrió por las malas pulgas y la pedantería del peluquero, y por la cándida suficiencia de tu amigo. Y te serviste de ese nombre exótico como podrías haberte servido de cualquier otro, porque te habías tropezado con él hacía unos días, por casualidad, en una enciclopedia. Tu amigo se asombró: «¿Tanta plata solo por orinar a su heliotopo?». «Heliotopo no, sino heliotropo». «Bueno, por eso, aunque estoy por pensar que me estás mintiendo». «No, Julepe, porque yo lo hice y me gané esa plata, y ahora te toca a ti, ¿o quieres que le diga a Felipe?». «¿Y cómo tengo que hacer?». «Pues vas hoy por la tarde, ya que es viernes, y la cosa tiene que ser en viernes, y le dices a Palomeque que estás listo para orinar en su heliotropo, y él te hará pasar, tú harás pichi y recibirás tu paga». «¿Así, tan fácil?». «Así no más». Y esa misma tarde, en efecto, el bueno de Julepe fue a tocar al zaguán del peluquero, porque ya estaba cerrado su establecimiento. Y, como después se supo, dio la casualidad de que estaba afilando una de sus navajas y la tenía aún en la mano. Julepe le explicó el motivo de su visita, y el peluquero preguntó, pasmado: «¿Heliotropo? ¿Orinar…? ¿De qué hablas, mozalbete?». «Pero ¿no tiene usted esa flor y no paga por orinarla?». Atónito,

Palomeque insistió: «¿Quién te ha dicho eso? ¿Qué tengo que pagar yo, ignaro?». «Entonces, ¿quiere usted que sea gratis?». No lo pudo sufrir más Palomeque, y alzando su cuchillo gritó: «¡Lárgate, maligno rapaz, si no quieres que…!». No oyó más el tonto de Julepe, porque la expresión y el vozarrón del rapabarbas fueron tales, que puso de inmediato pies en polvorosa. Y por supuesto no paró hasta encontrarte. Aguantaste a pie firme sus airadas quejas por haberlo enviado, así nomás, ante semejante energúmeno. Cuando se calmó le pediste: «A ver, cuenta qué pasó». Y él procedió, todavía asustado, a relatar con pelos y señales lo acontecido. Tú le dijiste: «Es que no le has caído en simpatía, y alégrate porque no te ha capado…». «¿Me iba a capar?». «Creo que sí, y por eso te siguió con el cuchillo». «No, no me siguió». «Tú no lo habrás visto, pero de seguro te siguió, aunque sin alcanzarte, porque tú eres muy veloz…». «Pero yo no lo vi…». «Pero igual corría tras de ti». Y Julepe acabó por convencerse de que en verdad había estado en peligro de perder sus atributos, y de que Palomeque era un matarife. Se marchó al cabo de un buen rato, y tú no podías con la risa, y mucho más cuando recordabas aquello de «ignaro» y «maligno rapaz». Y fue entonces que se te ocurrió la redondilla que por varias semanas fue terror del buen Pérez, y causa de risotadas entre los amigos. Le contaste tu versión de lo sucedido a Abelardo, y después a tu madre y tu tía, y todos se rieron y se preguntaban cuánto era verdad y cuánto invención tuya. Y repetiste, una y otra vez, la pegajosa tonadilla: «*A esconderte, a esconderte, / maligno rapaz, / porque Palomeque / te quiere capar*…». Días después, tú, Tito y Felipe se reunieron con Julepe, muy orondo porque terminaba de hacerse un cachuelo en el molino, y pensaba darse un atracón en la pastelería de Justiniano Apaza, famosa por sus pedrones de cemento y manteca. Y allí nomás le dieron serenata, de día y sin música: «*A esconderte, a esconderte.*…». «¡Oh, no!», protestó tu amigo, «¡no dijo así, y no quiso caparme! ¡Todo es una mentira de Claudio…!». Mas no le valieron sus negativas, y pronto el supuesto acontecimiento fue conocido por toda la clase, con algunos agregados, hasta que Julepe se cansó, y su silencio fue interpretado como una admisión de que las cosas habían sido así. Incluso llegó a vanagloriarse de su veloz huida, pero sin aludir, eso sí, a las supuestas y capatorias intenciones de Palomino. Y, como cronista de la historia, te tocó explicar a muchos que la tal flor existía y no era un invento tuyo, y que se caracterizaba porque su corola seguía el desplazamiento del sol durante el día. No entendieron mucho tus compañeros, y menos todavía lo relativo a las secretas virtudes de la planta, pero retuvieron muy bien aquellos versos. Y tanto fueron repetidos, que la anécdota llegó a oídos de don Alejandrino Pérez, padre de Julepe, quien no contento con los desmentidos de su retoño estuvo a punto de efectuar una belicosa visita al peluquero. Sea como fuere, se reafirmó así, una vez más, la fama de cascarrabias y enrevesado de que gozaba Palomeque. «Es como un palo viejo y tieso, que habla siempre en difícil», dijo Felipe. El suceso te dio ocasión de referir a tus compañeros cómo había sido tu primera visita de adolescente a su peluquería, allá por el mes de mayo, más por curiosidad que por descontento con los servicios de Nakamoto, el de «las tijeras de oro». Palomino te hizo sentar en su sillón, luego de pasarle un

plumero, como si se hubiese tratado de una silla pontificia, y te preguntó: «¿Cómo quiere usted el corte, caballerete?». Y tú, desconcertado por el tratamiento, le explicaste tus preferencias. Te escuchó con grave y seca expresión, y procedió a un meticuloso apresto del instrumental. Estudió luego tu cabeza desde diferentes ángulos, como si su trabajo hubiera sido de escultor y no de rapabarbas. «¿Conoce usted el corte llamado *garçon d'Anjou*?», te preguntó, pero no esperó tu respuesta, y con un gesto que significaba «qué va a saber este», dio comienzo a su tarea. ¡Con cuánto brío hizo resonar las tijeras! No pudiste dejar de asociar ese despliegue con los arrestos de un danzaq en el baile de las tijeras, del cual habías visto una muestra en la feria de Huancayo. Terrible retintín que por momentos te hizo temer por tus orejas. Tus amigos se rieron con el relato, y volvieron a lo de «*A esconderte, a esconderte, / maligno rapaz…*». Y esa noche, no lo olvidarías nunca, volviste a soñar con el peluquero en lujoso atavío de *danzaq*, y que bailaba en torno a Julepe esgrimiendo sus hojas y mirando con fruición la bragueta de su víctima. Un sueño en que te asaltaba el miedo de que luego les tocase el turno a ti y a tus compinches. Te despertaste, en fin, y tuviste que leer todo un capítulo de la *Historia Universal* de Malet para serenarte y poder volver a dormir. Mas no te sirvió de mucho, porque al poco rato se te presentó de nuevo Palomeque, vestido ahora de troyano y con unas tremendos fierros que tañía con estruendo, y que te hicieron despertar despavorido. Justo castigo, se habría dicho, por la burla a tu amigo y por el mal rato que le habías causado al peluquero. Este, por su parte, se habría puesto a cavilar por días y por noches en la historia del heliotropo y el orinal abono, y a devanarse los sesos imaginando quién podía ser el autor de semejante tomadura de pelo —cosa inaudita tratándose de quien tenía por oficio, precisamente, trabajar con pelos y pelambres—, no imputable por cierto al crédulo muchacho que había tocado a su puerta. No habría encontrado ninguna respuesta, y la perplejidad debió durarle hasta tu segunda visita a El Minotauro —pues así se llamaba la peluquería—, que se realizó a principios del nuevo año. Anunciaste así una mañana: «Me haré cortar el pelo con Palomeque». Te observó tu tía Marisa y dijo: «No veo que lo tengas muy largo, y no hay razón para que le seas infiel a Nakamoto». «No se va enterar». «En todo caso ten cuidado, porque a lo mejor te pasa lo que al pobre Julepe». «A él no le pasó nada». «Pero ¿y esa historia de las tijeras y del maligno rapaz?». «El señor Palomino no tiene por qué amenazarme, y además hace ya tiempo de eso…». «Ahora lo llamas señor…», te reprochó tu madre. «La otra noche», contaste, «lo soñé vestido de troyano». Se echaron a reír, por la figura que habría hecho tu paisano, enteco y calvo como era. «¿Y qué hacía en tu sueño?», quiso saber tu madre. «Blandía sus tijeras y gritaba». Tu hermano comentó: «Palomeque, hollando con su carro de guerra los campos de asfodelos». «¿Qué?». Y tu tía Marisa, volviéndose a su hermana, dijo: «Un poco más, Laura, y vamos a acabar como tu hijo menor, chifladísimos con la *Ilíada*, y todos en el manicomio». «Y eso no es todo», dijiste, «porque también lo soñé bailando como *danzaq*». «Eso parece más lógico, sobrino, porque no estamos en Grecia ni hace tres mil años, sino aquí en el Perú, en esta provincia olvidada». «Los asfodelos son unas flores», explicó

Abelardo, «y los paflagonios…», pero no continuó, ya fuese porque lo había olvidado, ya fuese porque el dato no le interesaba a nadie. «Su peluquería se llama El Minotauro, y él Cristóforo», recordó pensativa tu madre. «Ay, verdad», dijo tía Marisa, «así que no es muy traído por los pelos eso de Palomeque en ropa de troyano». «Sin duda fue su padre quien puso el nombre a su establecimiento», dijo tu madre, «porque desde que tengo uso de razón los Palomino cosían enjalmas, que como sabemos tienen que ver con toros». «Pero no con minotauros», objetó Abelardo. «Ya me imagino a Palomeque», comentó Marisa, «sentado en una silleta con sus agujas, sus hilos, sus dedales, dale que dale a moñas y enjalmas…». «Hombre tan estudioso, pero también tan antipático», dijo tu madre. «¿Por qué estudioso?». «Siempre andaba con libros, desde joven, y fue sin duda muy doloroso para él no ir a la universidad». «También es latinista, y odia a los cholos y a los tísicos», recordó tu hermano. «Mezcla tan extraña», se admiró tu tía, «pues no hay nada de común en todas esas ocupaciones». «Me gustaría saber un poco más sobre las enjalmas…», dijiste. «Y después saldrás con otra historia y por tu culpa le dará otro patatús a don Cristóforo». «Y Julepe, ¿ya se consoló?», averiguó Abelardo. «Ahora no le da importancia a su aventura, y hasta se ríe y dice que con ganas le daría otro susto a Palomeque». «Y tú, ¿no estarás tramando otra cosa?». «No, y además yo no inventé todo». «Je, je», se rio tu hermano. «Bueno», dijo tu tía, «no puedes negar que tú has sido en todo esto el *maligno rapaz*, así que cuídate y mejor no vayas por ahí, y sé fiel a Nakamoto». No respondiste, pero comenzó a dar vueltas por tu mente la idea de otra historia que tocase las demás facetas que completaban la sin par y universal figura de Palomeque. Ya se te ocurriría entonces otra redondilla. Y así, aunque el asunto no carecía de peligro, irías de todos modos a solicitar sus servicios.

4 de enero

A veces pienso que no debí inventar la historia del heliotropo. No, porque después de todo Julepe se pegó un susto tremendo, y el pobre Palomino pasó muy mal rato. Pero es que mi amigo es tan tonto y a veces tan vanidoso, y Palomeque un pedante que se las da de jaujino blanquísimo y culto. Y tanto que no habría estado mal jugarles, en el Día de los Santos Inocentes, otra buena pasada. Pero será mejor dejar eso para otra ocasión. Y para no sentirme culpable, iré yo mismo a esa cueva, so pretexto de un corte de pelo. A ver qué pasa…

Y a propósito, ¿no se mencionará en la Ilíada *esa flor tan rara, el heliotropo, que sirvió de pretexto para la visita de Julepe?*

Esa mañana, muy temprano, un gran estruendo despertó a toda la familia. Era que se había venido abajo una gran parte de la pared medianera del patio interior de la casa. Acudiste lo más pronto posible, pero Abelardo te había ganado, y a poco se juntaron a ustedes tu madre y tu tía Marisa. También ya estaba el vecino, que era nada menos que Fox Caro. Lo veías muy poco, pues no salía con frecuencia, y fue por eso quizá que te pareció aun más alto, con el guardapolvo

gris y el sombrero raído. De pie, con el aire afable que jamás abandonaba, miraba desde un montículo y perplejo los escombros. Se volvió a saludar a las damas, con una cortesía ceremoniosa que hacía pensar en otros tiempos. También para ti tuvo un gesto amable. Alzó los brazos y dijo: «¡Las lluvias, señora Laura, y lo vieja que estaba la pared!». «Ya se lo decía a mi hijo, don Fox…». Luego de inspeccionar los restos, te colocaste cerca del artesano, por quien sentías un especial interés suscitado por la contradicción que ese nombre, en apariencia inglés, suponía con el carácter de su propietario, y por la que había entre su modestia y su apellido. Y además, claro está, por el fúnebre negocio al que se dedicaba. Tenía que ver también con el rumor de que predicaba una nueva fe a un grupo de personas, entre las cuales se hallaba nada menos que Zoraida Awapara, la tía de Felipe. Lo observaste por un buen espacio. Después, mientras ambas partes calculaban el probable costo de levantar un muro de reemplazo, te apartaste a un lado y miraste con curiosidad la casa del vecino, con el mirador y los balconcillos corridos que se divisaban en parte desde la habitación de Abelardo, y que daban a la vivienda una apariencia vagamente oriental. Pudiste verlos ahora todos, así como la escalera de acceso, que se ramificaba en otras secundarias, de una madera agrietada y gris por efecto del sol y de los aguaceros. Allí estaba también el patio empedrado, en uno de cuyos corredores se apilaban canastas y enseres, mientras que en el otro se veían varios ataúdes ya terminados, en espera de compradores. La habitación adyacente era, sin duda, el lugar donde el carpintero daba forma a los productos de su industria. A un costado, en fin, y apoyadas al muro, se oreaban unas tablas, que exhalaban aún el olor de la madera recién cortada. Y hubieras podido escudriñar más, desde el sitio en que te encontrabas, pero no fue así porque apareció un sobrino del viejo señor, que le ayudaba en el taller. Un tipo bajito, casi cuadrado, y que se llamaba —¡extraño nombre!— Florisandro. Apenas si saludó, y llamó a un aparte al artesano con un sordo «¡Tío Fox!, ¡tío Fox!». Y le habló luego en voz baja al oído, hasta que su pariente le interrumpió con un audible «No, no, la pared se ha caído sola, por las lluvias». Mas el sobrino no se convenció, y miró y remiró la tierra y los cimientos, y retornó luego a la carga, ya de modo abierto: «No, tío Fox, la pared es nuestra, y se ha venido abajo por culpa de ellos». Insistió todavía por un momento, hasta que su tío, con el aire más sereno del mundo, pero también con seca firmeza, le respondió: «Mira, Florisandro, la pared no es nuestra sino medianera, y no hay otro culpable que su vejez y los aguaceros». Agachó la cabeza el sobrino, no sin lanzarles a ustedes una fiera mirada, y se marchó tan silencioso como había venido. Abrió los brazos don Fox, en gesto de disculpa, y comenzó a decir: «Ya ven ustedes cómo este muro se alzaba, ayer nomás, y parecía tan recio. No nos acordábamos de su presencia, ni tampoco nos fijábamos en el musgo y las hierbas que crecían en su parte alta, entre las tejas. Y de pronto, en esta mañana tan clara, cuando menos lo esperábamos, se ha desplomado». Continuó luego: «Y es la lluvia, agua bienhechora, agua límpida y bendita, que ha puesto fin a esa vieja existencia. El agua, que es nacimiento y fin, hermanos…». Se expresó sin elevar la voz, pero se habría dicho que se dirigía no al reducido

auditorio que ustedes integraban, sino a otro mucho más numeroso y ya iniciado en los temas de su oratoria. Y lo hizo además con un acento fervoroso, y levantando de cuando en cuando los brazos. Tu madre y Abelardo se miraron, y Marisa reprimió con dificultad la risa. Tu asombro, en cambio, cedió pronto ante un confuso sentimiento de simpatía, casi de admiración, por la convicción serena con que Fox Caro había dado curso a sus ideas, y por el poético modo con que las había manifestado. Perdiste por un momento el hilo de sus palabras, pero luego escuchaste que proseguía: «El agua, ¿dónde puede ser más pura, más transparente, sino en la lluvia? ¿Y qué puede haber de más feliz y nutricio que la conjunción del agua y de la tierra? Fin dichoso, pues, el de este antiguo muro, en esta hora despejada. Término que hoy nos reúne, y que por eso importa mucho más que las prosaicas consideraciones a que su caída ha dado lugar. ¡Símbolo de paz y de armonía!». Cuánta perplejidad había en la cara de tu hermano y de tu madre, que jamás imaginaron un discurso como ese en tales circunstancias, y menos en labios de un carpintero al que la gente tomaba como ignorante y chiflado. Y perplejidad había también, no carente de admiración, en la propia tía Marisa, tan propensa a ver el lado ridículo de las personas y las cosas. Imposible no pensar en una esotérica versión del sermón de la montaña, evocado no hacía mucho por el cura Wharton, con gran aspaviento, en una clase de religión. Pero cuán diferente el estilo, y cuánto más generosa la apacible prédica del artesano. Acabó este y reinó un largo silencio, pues tus familiares no sabían si podían retornar a las materiales preocupaciones del momento. Un silencio que fue quebrado, en todo caso, por la aparición de doña Juanita, su esposa. Una mujer también ya mayor, gruesa y baja, y de rostro bonachón, pero con una pizca de malicia. Se la vio llegar muy seria, y no por lo acontecido, propiamente, sino por el alegato que Florisandro, otra vez de retorno, murmuraba a sus oídos, en tanto que con gesto teatral mostraba los escombros. Don Fox aguardó con resignación que su sobrino acabara. La señora, por su parte, preguntó a su marido qué había pasado. «La lluvia, y los años, mujer, eso es todo…». Se tornó esta hacia Florisandro, y con seca voz dijo: «¡Basta ya, y anda a recoger los balayes que le presté a tu mamá!». Y otra vez el mocetón debió abandonar el campo, en tanto que Fox Caro decía: «Disculpen ustedes, damas y caballero, por esas impertinencias…». Todavía se volvió el sobrino, desde el zaguán, con una torva mirada, que suscitó la risa de tu tía. «Ya, Marisa, deja de reír», le exhortó tu madre, pero sin mayor resultado. Tu tía optó finalmente por marcharse, al tiempo que Abelardo trataba de excusarla: «Mi tía es bromista, pero no ha tenido ninguna intención de ofender…». «No», respondió Fox, «sé que no es así, y que en efecto hay algo de cómico en lo que ustedes han presenciado. Y así la señorita se ha ido por reilona, y mi sobrino por buscapleitos…». Sonrió luego con placidez, y fijando su mirada en ti, comentó: «¡Con cuánta atención observas todo, jovencito!». «Sí, señor», dijiste, «y me gustó lo que usted dijo de la lluvia y de la tierra». Abelardo temió sin duda que el vecino retomara el hilo de sus líricas consideraciones, porque se adelantó y dijo: «Bueno, yo creo que podemos resolver fácilmente este asunto…». «Sí, sí», dijo doña Juanita, «y rápido, porque tengo que ir al horno». Y en un dos

por tres ambas partes acordaron levantar de nuevo la dichosa pared, con remate de tejas, sufragando su costo por partes iguales. Se encargaría del trabajo un albañil pariente del carpintero, conocido también de tu familia. Se despidieron luego los esposos, no sin que el artesano te invitara: «Ven a visitarme un día, jovencito». «Sí, señor», dijiste, entusiasmado. Se retiraron también los tuyos, y te quedaste solo en el teatro del encuentro. Luego de asegurarte de que no había moros en la costa, pasaste al otro lado de las ruinas, al patiecito de los Caro, lejos eso sí de la zona de los ataúdes. ¿Por qué eran casi todos negros? Bueno, era mejor no prestarles atención. Y otra vez te asombraste ante los voladizos, los peldaños, las escaleras secundarias y las estrechas galerías del piso alto, y sobre todo el mirador. Pensaste de nuevo en los grabados que viste un día en una revista antigua, con panoramas de ciudades de oriente. Te acordaste también de ciertas estampas, en un libro de la Biblioteca Municipal, con imágenes de arquitectura fantástica. A lo mejor, pues, todos esos elementos no tenían ninguna finalidad práctica, y obedecían más bien a intenciones simbólicas, muy en concordancia con las fantasías entre poéticas y mágicas del viejo artesano. Absorto en tu contemplación, apenas si advertiste que alguien te miraba desde una ventanita en el corredor. De seguro era Griselda, otra sobrina del señor Caro, adolescente aún. Así que con aire beatífico, y como pidiendo excusas, emprendiste la retirada. En casa conversaban todos en la cocina. «Laura», dijo tu tía, «creo que tu hijo se ha convertido ya a la nueva religión foxiana». Abelardo se rio y dijo: «No estaría mal, en cierto modo, porque Fox es bonísima persona, a pesar de su nombre, y su prédica lo más lírica». «Yo no lo niego», replicó Marisa, «pero admitirás que está chiflado. ¡Es un zorro bondadoso y sabio, pero chiflado!». «Pero qué bien habla, y mucho más si tenemos en cuenta que apenas si habrá estudiado primaria, hace más de sesenta años…». «Felizmente no ha habido daños y las cosas se han arreglado de la mejor manera. ¡Todo un caballero, el señor Caro!». «Él sí, pero no Floripondio». «¡Qué antipático!», se quejó tu madre. «No es Floripondio, sino Florisandro», aclaraste. «¡Y qué tal cataplún, que me hizo saltar de inmediato!». «Y eso que tú eres dormilona, tía», observaste. Ella respondió, muy plácida: «Más respeto a tu tía, neófito». No habías escuchado nunca el vocablo, y solo replicaste: «No soy neófito, tía». «Paz», intervino tu madre, «y tú, hermana, olvídate de don Fox por un rato». «¿Cómo voy a olvidarlo si aún estoy impresionada por su perorata?». Ibas a protestar, pero tu hermano se adelantó: «Podrás hacer todos los chistes que quieras, tía, pero hay que reconocer que su discurso tenía sentido, y que, a su manera, ha sido también hermoso…». Tu tía hizo un gesto de aquiescencia y procedió a servir el café, con lo que acabó la plática. Después del desayuno fuiste con tu hermano al corredor. «Ese Fox», dijo, «sostiene sin saberlo lo que sostenía el primer filósofo conocido, esto es que el agua es el principio de todas las cosas». «¿Ah sí? ¿Y qué decía ese señor?». «No sé gran cosa, y seguramente nadie está enterado con detalle al respecto, porque es muy poco lo que ha quedado de sus enseñanzas, pero sí me acuerdo que se llamaba Thales, Thales de Mileto». «Hum, con un nombre así debió ser también poeta y mago, ¿no?». «Realmente tiene razón tía Marisa, porque lo

que escuchamos fue todo un sermón, mas no de la Montaña, sino del agua y de la tapia en ruinas…». «Pero fue hermoso…». Te fuiste luego a batallar en tu cuarto con una intrincada enumeración del Canto VI de la *Ilíada*, aunque no pudiste entender ni una línea, porque tu mente estaba en la casa del colindante. Optaste entonces por regresar, libro en mano, a la muralla en ruinas, y desde lo alto y en silencio miraste otra vez, por largo rato, los misteriosos e inquietantes dominios de ese apacible cantor de la lluvia y la pureza.

Barranco, 23 de diciembre de 1946

Querido Claudio,

Me fue imposible ir para Navidad, y tampoco para Año Nuevo. Es algo que no dependía de mí, así que paciencia. Por lo demás, mamá ya estaba prevenida y tú también.

Sabes cuánto me gusta la fiesta del 20 de enero, y muchas veces hemos ido contigo a Yauyos. Me acuerdo que cuando eras pequeño te asustabas con los bailantes, y en especial con los «tucumanos» y sus ponchos, sus tremendas espuelas, y la ronca voz con que repetían: ¡Cuidado con las siete puntas…! *Te asustabas, pero igual ibas detrás de la orquesta, pegado al arpa, aun si llovía. Yo tenía que estar junto a mamá en uno de los palcos, muy contenta por las bandejas de maicillos y aldabitas, pero muerta de ganas de acompañarte, en esa fiesta de colores. Porque son colores y luces las joyas y los adornos de plata de los príncipes, las libras de oro que llevan las* chupaquinas, *sus* llicllas *de seda y terciopelo. Echaré de menos todo eso, pero al menos tú estarás ahí, y, en pensamiento, yo a tu lado.*

Abelardo me escribió una carta muy graciosa, con unos chistes sobre doña Domitila Quiñones y el cura Wharton. Me habla también de Elena Oyanguren, esa señorita del sanatorio. Me acuerdo de ella, porque la vimos un día yo y Berta en el atrio de la iglesia. «Mira esa beldad», me dijo, y era muy guapa de veras, y vestía un lindo vestido malva. Segurísima estoy de que tu hermano suspira por ella. ¿Tú no? Dicen que los amores a tu edad son los más lindos y locos.

¿Has visto por ahí a Berta, a Cristina y a María del Carmen? Mamá vio a Cristina y conversó con ella, pero no sabe nada de mis demás amigas. Apenas si me escriben, las muy ingratas. Si te encuentras con ellas diles que las echo de menos, y que no sean así.

Acabé mis exámenes y todo lo demás el día de ayer. Ahora tendré que ir con tía Eloísa a Churín, porque está agobiada por el reumatismo, y tío Ernesto no puede acompañarla por sus ocupaciones en la tienda. Iré, pues, y tenemos intención de subir hasta Oyón, porque dicen que allí hay un paisaje de puna muy hermoso. Pasaremos un par de semanas en los baños termales. Luego viajaremos, en algún momento, a Trujillo, ciudad que no conozco. Por eso no creo que pueda ir a Jauja para las fiestas del 20. Después de todo es como si yo fuera su hija, cosa que a veces no me gusta mucho (pst, esto es secreto).

Yo feliz con mis estudios de pintura. No será brillante ser profesora de dibujo en un colegio, pero es lo que me gusta. Y pintaré mucho, y a lo mejor me salen cosas buenas. Por ahora me interesan los paisajes andinos. Pinto de memoria esos cerros de color violado —mezcla de rosa, de violeta, de rojo, de ocre, de naranja— que están frente a nuestro terreno, en Ataura. Y los alisos de Chunán y de Yauli. Y los quinhuales, Claudio, con esa corteza de un cobre misterioso. Y los alisos, ¡cómo me gustan!

Me interesa también nuestra gente, por supuesto, con esos altos y blancos sombreros de paja, los ponchos, las llicllas *y polleras de castilla. Y los rostros, algunos tan intensos como si ardiese en ellos un fuego. Me falta aprender mucho, por supuesto, pero al menos me esfuerzo, y trato de representarlos de la mejor manera que puedo.*

¿Qué estudiarás cuando acabes secundaria? Me parece estupendo que sigas con el piano, pero no creo que haya mucho futuro por ese lado. Estamos tan lejos de todo en nuestro Perú, y es tan difícil, según dice tía Eloísa, avanzar realmente en la música. Pero si se trata, como dices, de tocar para ti y para la familia, magnífico…

Abelardo me cuenta que eres buen lector, y que inventas historias a costa de tus amigos, como esa del heliotropo y Palomeque. Tía Marisa sostiene a su vez que te gusta argumentar y argumentar, y opina que podrías ser un buen abogado. Mamá, por su parte, considera que no debes desanimarte, sino insistir con la música, aunque luego le asaltan las dudas, porque no tendrías cómo vivir. Tú, ¿qué piensas?

¿Y qué hay de tus cuentos?

Eres preguntón, como siempre, pero no te voy a dar gusto, así que imagina lo que gustes. Por ahora no te voy a decir si tengo enamorado, y ni siquiera si hay alguien que me corteje.

Aquí los tíos afectuosos como siempre. Bueno, el tío Nicolás es un poco gruñón, y le gustan las cosas rápidas pero bien hechas. Te conté cómo a veces se excedía en sus exigencias, pero desde que le puse una cara muy seria (tú sabes que lo puedo hacer) tiene más paciencia. Tía Eloísa como siempre. La miro, a veces, y me pregunto en qué se parece a papá, y a la verdad que no encuentro casi nada. Ya lo sé, eran solo medios hermanos, y la tía dejó su tierra allá en el Cuzco cuando era niña, pero así y todo me gustaría ver en ella, en sus rasgos, un poco de mi padre. Lo mismo sucede con el carácter, porque ella es alegre, comunicativa, pero también algo ligera, a pesar de la edad, en todo lo cual no se parece, pues, a papá. Es decir, tal como yo lo recuerdo, y como lo describen mamá y Abelardo: callado, serio y a veces un poco testarudo.

Sería estupendo que Abelardo se decidiera por fin a reanudar este año sus estudios en San Marcos. Ya debe haber ahorrado lo necesario para venir e instalarnos, porque yo dejaría, claro está, la casa de los tíos. Tomaríamos en arriendo un par de habitaciones, con baño y cocina, aquí en Barranco, en donde me he acostumbrado tanto. Tal vez podríamos encontrar también un trabajito a medio tiempo. No queremos poner más cargas en los hombros de mamá, y solo aceptaremos una parte de la ayuda que nos ofrece tía Marisa.

¿Fuiste por Ataura? Sueño con frecuencia que soy otra vez niña, y que juego allí, en las cosechas de julio. Sueño con sus árboles, con el rumor del río y el aire helado de esas mañanas. Ojalá podamos juntar plata y recobrar el terreno. No podemos tenerlo hipotecado para siempre.

Bueno, jovencito, escribe a tu hermana. Te abraza y besa,

Laura

P.S. No sé cuándo recibirán ustedes esta carta, porque el correo anda mal. Sea como fuere, y aunque tarde, ¡feliz Año, y muchas cosas buenas!

Decidiste hacer una visita a tu hermano en la biblioteca, en esa tarde tibia y soleada de enero. No había nadie en la sala de lectura, como siempre sucedía en período de vacaciones escolares. Abelardo se hallaba solo en la oficina, sentado ante su mesa. «Hola», dijiste. «Vaya, qué sorpresa…». Viste que había estado leyendo, con ayuda de un diccionario, un libro en cuya tapa se leía, en letras doradas, *Le rouge et le noir*. Abelardo dijo: «Es una novela famosa del siglo pasado, que alguien obsequió a la biblioteca…». «Quién como tú, que sabes francés…». «Aprendí un poco en mis dos años de universidad, y me esfuerzo en mejorar…». «Yo también quisiera aprender…». «Ya lo harás». «Y a propósito, ¿vuelves este año a San Marcos…?». «No lo sé todavía…». «Laurita me decía…». «Comprendo su impaciencia, pero aún no puedo decidir». Palabras que, con algunas variantes, habías escuchado más de una vez, en contestación a la misma y reiterada pregunta que se le formulaba en casa. Una contestación que tenía que ver con la situación económica de la familia, pero también con consideraciones personales, sobre las que Abelardo hablaba muy poco. Dijiste: «Yo también pienso que tus estudios son lo más importante, y que el terreno de Ataura puede esperar…». «Las cosas no son tan simples, y no se trata solamente de la hipoteca». «¿Y esa posibilidad de un trabajo en Lima?». «No hay nada concreto, y menos aún en una época como esta». Y tu hermano agregó: «Este empleo, aunque me pagan poco, es una ganga». Y lo era, sin duda, por su naturaleza y por las muchas horas que podía dedicar al estudio o a la simple lectura. «Sí, puedes leer todo lo que quieras…». «Y no solo leer lo que me gusta, sino también libros que me servirán en la universidad. E incluso estoy avanzando en lo que podría ser mi futura tesis…». «Entonces, ¿ya sabes lo que harás?». «Aún no, pero en todo caso podría combinar los estudios de historia con los de derecho. La tesis en que pienso es precisamente de historia, pero con algunos aspectos jurídicos». «Como quiera que sea, todos queremos que continúes tus estudios, y quien más insiste es Laurita…». «Lo sé». «Y además, no estás obligado a seguir abogacía si no te gusta». «Como ya les dije, si me matriculo en esa Facultad no será por vocación, propiamente, sino por necesidad, ya que solamente con Letras me sería difícil ganarme la vida». Hubo un silencio, al cabo del cual preguntaste: «¿Y no te gustaría ser profesor en un colegio?». «Es una posibilidad…». «El tiempo pasa…». «No fue

por gusto que interrumpí mis estudios». «Por supuesto que no». Y así había sido, pues tu madre se enfermó y Abelardo debió regresar de Lima, y en vista de las circunstancias quedarse en Jauja, con la idea de que podría retornar pronto a la capital. No fue así, sin embargo, y debió tomar el puesto, vacante por entonces, de encargado de la biblioteca, hacía ya dos años. Y quiso después juntar dinero para rescatar la finca de Ataura, hipotecada desde hacía tres, y pagar deudas y atender otros gastos. Tu hermano dijo, luego de un espacio: «Deseo volver a mis estudios, pero en mejores condiciones, y en tal sentido me gustaría alquilar un pequeño departamento para vivir con Laurita, y contigo cuando acabes la secundaria y vayas a reunirte con nosotros, ya sea que postules tu ingreso a la universidad, ya sea que intentes el Conservatorio…». «No sé, y falta tanto tiempo». «El tiempo vuela, como sabemos». «Y además, lo del Conservatorio no es más que un sueño…». «¿Por qué?». «He comenzado muy tarde…». «¿Y no has pensado en una alternativa?». «No, no todavía…». «Yo considero que, a pesar de tus aptitudes musicales, tu verdadero camino podría estar en la literatura. Y lo digo no solo por los cuentos que me has mostrado hace un tiempo, sino también por las historias que les inventas a tus amigos, como esa de Palomeque. Nos has dicho también que parte de tus apuntes en las libretas son también relatos». «Así es, pero aún no sé». Tu hermano prefirió cambiar de tema: «Y a propósito, ¿cómo te va con la *Ilíada*?». «Me encanta, verdaderamente». «Temí que te aburrieras…». «Hay pasajes aburridos, y otros que no comprendo, pero me gusta». «¡Magnífico, muchacho! Y después, para volver a lo nuestro, te daré la novela de un peruano, *Los perros hambrientos*…». Mas no pudo continuar, porque en ese momento hizo su aparición el señor Navarro, secretario de la Municipalidad, para realizar una consulta vinculada con sus funciones burocráticas. Y el asunto era sin duda complicado, porque ambos decidieron subir al despacho del funcionario, dejándote a ti al cuidado de la biblioteca. Te instalaste, pues, en el sillón oficial, y por un momento contemplaste la oficina, que era un cuarto oscuro, de paredes altas y con anaqueles que se escalonaban hasta el cielo raso. Daba iluminación una ventana, pero en sus vidrios se acumulaba por fuera tal cantidad de polvo, que resultaba forzoso encender la luz eléctrica. La mesa era vasta, viejísima, y sobre ella se encontraba siempre, además de las cosas que interesaban a Abelardo, el inmenso Libro de Registro. Tu hermano ponía allí a veces un tablero de ajedrez, cuando lo visitaba Mitrídates, y se embarcaban en partidas interminables, aunque no en época de exámenes, porque entonces acudía un buen número de estudiantes. Época en que por razones de comodidad, y porque detestabas la chancona aplicación con que chicos y jóvenes copiaban y copiaban decenas de páginas, hacías uso del comprensible privilegio de llevarte en préstamo algunos títulos a casa, aun cuando eso no estuviese contemplado en el reglamento. Alguna vez también fuiste con Tito o con Felipe, pero más por el interés de ver a las lectoras que con intención de leer. Era muy grato saber que tenías a tu disposición todo ese fondo de libros, relativamente numeroso. Poco a poco te habías formado una idea del material que comprendía, ya sea hojeando el catálogo, ya sea, las más de las veces, incursionando por los estantes. Sabías

así, de acuerdo a la distribución establecida por el primer bibliotecario, y respetada por sus sucesores, en qué lado se encontraban los volúmenes de poesía y de ficción, y dónde los de historia y geografía, y dónde los de ciencias. Tenías una cierta noción, asimismo, de la ubicación de los textos de religión, de derecho y de otras materias. Y tenías muy presente, en fin, que no había ni un solo libro de música, y menos una partitura, por breve que fuese. Recordabas muy bien el primer día en que Abelardo te llevó, muy poco después de ser nombrado bibliotecario. Era de mañana, y te quedaste pasmado ante la cantidad de volúmenes y las encuadernaciones antiguas. «¿Vas a leer todo eso?», preguntaste. «Todo lo que me interese», respondió tu hermano. Diste vueltas y vueltas por los pasadizos que separaban mostradores y anaqueles, y diste por casualidad con una edición española de *Cinco semanas en globo*, que te llevaste prestada y leíste en un par de días. El entusiasmo exploratorio, o por mejor decir la curiosidad, te duró casi un mes, y tuvo como secuela una excursión al convento de Ocopa, no ya en recuerdo del abuelo Baltazar y de sus años de donado, sino de visita a su biblioteca, donde un fraile les mostró a ustedes algunos volúmenes antiquísimos. Tus visitas al repositorio municipal se espaciaron, después, aunque no se interrumpieron tus lecturas, desordenadas pero estimulantes, y en las que se alternaban las novelas de aventuras con las historias policiales de la revista *Leoplán*, capítulos de *El tesoro de la juventud* con cuentos de Poe y de Ventura García Calderón. Y ahora, pues, Abelardo volvía a la idea de un cierto programa, tal como el año anterior, y que comenzaría con la *Ilíada*. Así te formarías, según aseguraba, una cierta cultura, que facilitaría tu posterior ingreso a la universidad, y aun más una posible carrera literaria, si tal había de ser tu camino. Y estabas en esas reflexiones, cuando abriste sin intención precisa un cajón de la mesa, y lo primero que quedó a la vista fue un sobre con fotografías. Eran todas de tu hermano, con amigos y amigas en un paseo a la laguna de Paca, y entre ellas se destacaba, guapa y sonriente, Florencia Iturriaga. Una foto, sin embargo, no tenía que ver con ese conjunto, y mostraba un pequeño grupo de hombres reunidos al parecer en una ladera, a los que dirigía la palabra un señor en mangas de camisa y en chaleco. Tu padre. Sí, era él, perfectamente reconocible por los anteojos, el bigote, el sombrero. ¿Qué hacía allí? ¿No era ese un paisaje semejante al que habías visto en otras que había en casa, del Cerro de Pasco y Goyllarisquisga? ¿Qué significaba la pequeña bandera que sostenía uno de los concurrentes? Oíste que se acercaban unos pasos, y guardaste el sobre. Era tu hermano, acompañado por un empleado que recogió unos papeles y se marchó. «¿De qué hablábamos?», preguntó. «De mis lecturas, me parece…». «Ah, sí, y justamente quería decirte que el ejemplar que hay aquí de la *Ilíada* es de la misma edición que te he prestado, sin ilustraciones…». «Quizás es mejor de esa manera…». «Y en cuanto a esa novela, *Los perros hambrientos*, te espera ahí, para más adelante…». Y en efecto, el volumen estaba ya separado, y hojeaste sus páginas. Abelardo percibió, no obstante, que atendías solo a medias, y acaso adivinó la causa, porque dijo: «Ah, quería mostrarte una cosa». Y sacó la fotografía que habías tenido en tus manos y te la alcanzó. Tú la examinaste, como quien la veía

por primera vez, y dijiste: «Es papá, ¿no?». «Sí, es él». «¿Dónde está?». «En un sitio en las afueras de Cerro de Pasco…». Tu hermano pareció vacilar, pero dijo finalmente: «Por hablar en esa manifestación lo despidieron, acusándolo de agitador». «¿Lo despidieron? Yo no sabía…». «Así fue». «Y entonces, cuando murió, ¿ya no era maestro?». «No, ya no, en el sentido de que se había quedado sin trabajo». «¿Y qué hace aquí, con esa gente?». «Él tomó parte en esa reunión de protesta contra la compañía de los gringos, por reclamos de los obreros y empleados». «¿Por qué?». «Porque lo invitaron». «¿Y qué pasó?». «Al acabar, la policía detuvo a varios, y entre ellos a él, y permaneció en una celda por unos días, en los cuales pescó un fuerte resfrío. Salió, en fin, y le comunicaron su despido». «¿Y después?». «Se le declaró una neumonía, que terminó con su vida, y no hubo tiempo ni forma de que sus amigos nos avisaran, porque el telégrafo se hallaba cortado». «¿Y por qué no me dijeron ustedes de ese despido?». «Mamá pensó que sería doloroso para ti…». «Y así nadie de la familia pudo ir a tiempo para el entierro». «Los que ves ahí fueron los que se encargaron de todo…». «Así que lo acusaron de agitador». «Sí». «¿Mamá ha visto la foto?». «No, porque hace dos días que la recibí de parte de uno de los que aparecen en ella, un señor Teobaldo Laso, y que la encontró por casualidad entre unos papeles». «Pero ¿es cierto que papá fue agitador? ¿Era comunista?». «Ya te expliqué que cuando joven simpatizó con el anarquismo, y después se acercó cada vez más al socialismo de Mariátegui, y si bien no se afilió, sus simpatías iban por ese lado». «¿Ah sí?». «Aunque no creo que con su modo de ser y sus antecedentes se hubiera acostumbrado a la disciplina partidaria, tanto más obligada por la situación reinante en esos años». «¿Y agitador…?». «Si eso quiere decir un individuo que va promoviendo conflictos y desórdenes, no lo fue, por supuesto». Hubo un silencio, al cabo del cual quisiste saber, apartándote del asunto inicial: «¿Y qué le interesaba, aparte de la pedagogía y la política?». «Bueno, los estudios sociales, y también la literatura». Y añadió, pensativo: «Como sabes, alguna vez dijo que le gustaría que sus hijos se dedicaran a la vida intelectual. Y ya ves, Laurita será pintora, yo quizás historiador, y tú tal vez músico o escritor». No respondiste y volviste a mirar la foto. Serían unas cincuenta personas, al parecer obreros y empleados, y escuchaban con atención al hombre que se dirigía a ellos. Apenas si recordabas a tu padre, pero te eran familiares el rostro, la figura delgada, el brillo apagado de los ojos. ¿Habría sido, pues, un orador, a pesar de su timidez? ¿Habría habido en él algo, por poco que fuera, de un «agitador»? Y, finalmente, ¿le interesaba más la política que la educación? Te formulaste de algún modo esas y otras preguntas, y tornarías a plantearlas otras veces, más adelante. «Yo soy el único que no ha visitado su tumba, allá en el Cerro». «Iremos, más adelante». Entró en eso a la biblioteca, por raro que fuese en vacaciones, un joven que deseaba consultar un libro sobre las abejas, y tu hermano, solícito como siempre, lo atendió hasta encontrar un manual de apicultura, viejo es verdad, pero aún útil. Se te ocurrió que Palomeque podría haber sido un buen apicultor, prolijo como era, aunque quizá los insectos no le habrían correspondido, por su mal genio. ¿Y el cura Wharton? Ojalá lo correteasen todas las abejas del valle, y encima esos vampiros de

Chanchamayo de que te habló Alfonso. En cambio tía Rosa se habría sentido feliz con ellas, apacible como era. Volvió tu hermano y le preguntaste: «¿No le podríamos comprar miel a ese señor?». «No, porque aún no tiene completa su colmena. ¿Para qué?». «Podría llevarles miel a las tías de los Heros, pues he oído que hace mucho bien a los ancianos…». «Y no solo a los ancianos, pues verás que los héroes homéricos se daban atracones de una mezcla de agua y de miel». No te hizo gracia la mezcla y dijiste: «Y a propósito, esta semana volveré a visitar a las viejitas, y ojalá que me puedan recibir». «Ojalá». «Sus nombres son griegos, ¿no?». «Y poéticos, además: Euristela, Ismena…». «¿Tú las visitas?». «No con frecuencia, pero hago lo posible por ayudarlas». «¿Y cómo están?». «Ahora se quejan menos, y parecen estar más en sí mismas, en sus recuerdos, y tanto que a lo mejor no te dirán ni una palabra cuando vayas». Ibas a continuar con tus preguntas, pero en ese momento ingresaron a la sala de lectura dos personas. Se trataba nada menos que de Florencia Iturriaga y de su amiga Carmen Rosales. Tuviste que saludarlas, claro está, y soportar la lánguida mirada de una, y la curiosidad impertinente de la otra. «Así que este chico es tu hermano…», dijo Florencia mirándote de pies a cabeza. «Él es». Florencia te volvió a observar y dijo: «El músico de la familia…». Sonreíste, sin saber cómo interpretar sus palabras. Era guapa y tentadora, pero no tenía la belleza elegante de Elena Oyanguren, y a decir verdad, y no obstante su desenvoltura, hacía pensar más en una modelo primorosa que en una mujer. Sería por eso que tu hermano no parecía muy entusiasmado. Carmen Rosales, por su parte, era simpática, pero nada más, y no volvió a prestarte atención. Consideraste que lo mejor era retirarte. «Ya me iba, y mucho gusto en conocerlas…», te despediste, con una presteza que las hizo reír. Ruborizado y con las orejas calientes te marchaste a grandes pasos, pero al poco rato se te desvaneció la cólera, e incluso te agradó esa manera de tratarte. Y pronto las olvidaste, porque tus pensamientos regresaron a esa reunión en la puna, en que tu padre arengaba a un grupo de obreros, en una improvisada manifestación. A ese hombre que se dirigía a los mineros sin presentir que a los pocos días bajaría a la tumba. Y a su deseo, evocado por Abelardo, de que uno de sus hijos fuese escritor. Sí, quizás…

5 de enero

Entre las figuras que más me atraen en la Ilíada*, y que incluso me fascinan, está ese personaje tan misterioso, tan callado, y que sin embargo fue causa de la guerra de Troya: Elena, «la de los blancos brazos». Un resplandor, se diría, más que una mujer. ¿Cómo no relacionarla con Elena Oyanguren? Esta joven hermosa, que sale los domingos del sanatorio para asistir a misa. Alta, de cabellos y ojos castaños, muy bien formada, da un par de vueltas con sus amigas por el cuadrilátero, mirando distraída la gente, la feria. No lleva blancos velos, pero se viste con elegancia. Es tan diferente de las muchachas de Jauja, en su arreglo, en su modo de sonreír y de caminar, en la ropa que se pone. Y en esa fragancia, que debe ser de un perfume raro y costoso. Pero no parece callada, como la hija de Leda, sino que conversa*

animadamente con sus compañeras, y con un señor extranjero muy distinguido, que con frecuencia forma parte de ese pequeño grupo. Y aunque sé que jamás podré ser su amigo, y ni siquiera un conocido, y que mi verdadero amor es la jovencita de Yauli, voy con disimulo tras de ella, deslumbrado. A veces la veo también en mis sueños, y no me importa mucho entonces, al despertar, que no sepa nunca de mí. Elena Oyanguren, mundo bello, lujoso, distante.

«Oye, Claudio», te dijo Abelardo esa tarde, «voy al hospital, ¿no me acompañas?». «¿Estás enfermo?». «No, pero tengo que arreglar unos papeles del seguro social y hablar con Morales, quien ayer les hizo una visita a nuestras tías». «¿Y verás a Mitrídates?». «Eso espero». «Vamos, pues». Y dejaste el Canto XI de la *Ilíada* que leías, y fuiste con tu hermano, y mientras caminaban bajo una ligera llovizna, dijiste: «Quisiera conocer a tu amigo». «Ya lo conoces». «Quiero decir que me gustaría escucharle, y escuchar lo que conversan ustedes…». «¿No es eso indiscreto?». «No me refiero a conversaciones personales, sino a saber quién es, cómo piensa, qué dice de nuestra tierra…». «Es todo un personaje», respondió Abelardo, «y tanto más porque nunca supo quiénes fueron sus padres, creció en el puericultorio de Lima, y vino a dar a Jauja, tuberculoso e indigente, y a trabajar después en el sanatorio como barchilón. Tuvo problemas allí, y lo botaron. Por suerte encontró un puesto en el hospital. Bueno, un trabajo un poco siniestro, como ya estás enterado». «Debe ser horrible tener a su cargo el mortuorio». «Tipo raro, en verdad, pero simpático, inteligente y buen ajedrecista». «Y ese nombre, ¿no es griego?». «Si revisas un curso de Historia Universal, verás que hubo un rey en la antigüedad que se llamaba así, enemigo de Roma, famoso por su resistencia a toda clase de venenos». «Con razón aguanta ese trabajo». «Es la necesidad, Claudio», dijo tu hermano, sin hacer caso de tu chiste. «¿Y cómo lo conociste?». «Se presentó un día en nuestro club y pidió permiso para espectar una partida. Desafió luego, con mucha cortesía, al viejo Federico Yepes, y le dio una paliza». Ya en el hospital, tu hermano ingresó a una oficina para realizar sus trámites y se fue luego a entrevistarse con Morales. Tú te sentaste a esperar en un pasillo. Al poco rato apareció un hombre alto, pálido, enfundado en un raído abrigo azul y con gastadísimos zapatos. Era Mitrídates. Nunca habías charlado con él, pero te conocía y te sonrió, y su expresión fue cálida, a pesar de su aire melancólico y del humor burlón que le atribuía Abelardo. Su rostro, de ojos grandes y oscuros, barbita negra y cabellos ondulados, te hicieron pensar una vez más en una faz de griego, como griego era su nombre. «¿Buscas a alguien?». «No, vine con mi hermano y lo espero». «Dile por favor que volveré por aquí, y que deseo saludarlo», dijo, y entró al tópico. Al poco rato pasó por ahí una pareja de ancianos. Una jovencita delgada, con cierto aire de Leonor, te dirigió una larga mirada. Una campesina pasó dando de alaridos, al parecer víctima de un cólico. Mas no fue larga la espera, por suerte, y volvió Abelardo. Se alegró por el recado de su amigo, y se sentó a tu lado. «¿Y tus asuntos?». «Ya hice lo que era necesario…». «¿Y nuestras tías?». «He hablado con Morales, pero vino una enfermera con una consulta urgente, así que me dijo que esperase aquí, y

que me mandaría llamar en cuanto acabase». Mas quien se presentó por el corredor fue un tipo blancón, de pelo engominado y afeitadas mejillas, y cuyas botas militares contrastaban con su mandil de paciente. Se encaró con tu hermano y ordenó: «A ver, vaya a comprarme unos cigarrillos». Abelardo lo miró, sorprendido. «A usted le hablo», insistió el sujeto. «Y a usted yo le digo que no tengo por qué comprarle nada». «Pero ¿no es usted empleado de la Sociedad de Beneficencia?». «No, y aun si lo fuera no tendría por qué hacerlo». Una chispa de furia brilló en los ojos del individuo, pero se contuvo y se alejó. «¿Quién es?», preguntaste. «Un teniente de la policía, que está aquí por tísico y porque lo botaron del sanatorio». «¿Siendo cachaco?». «El médico García, que es el director, no aguanta pulgas a nadie, ni aun a los cachacos». «Este parece muy mandón», dijiste, todavía perplejo. Al poco rato salió una empleada y dijo: «El doctor dice que vuelva usted al consultorio». Cuánto hubieras querido tener contigo el ejemplar de la *Ilíada*, para regresar a los porrazos que pegaba Ayax y no aburrirte en esa banca. Sí, Mitrídates tenía rostro de aqueo, y un lejano parecido también, si uno se ponía a pensar, con Fox Caro. Vaya, se habría dicho que al conjuro de tus lecturas Jauja se iba llenando de figuras homéricas, o cuando menos griegas, que sin ningún problema convivían con muchachas danzantes de *huaylijía*, y donde coincidían el eco lejano de los dioses del Egeo con el de las sierpes aladas de los mitos del valle del Mantaro. Abstraído en tales pensamientos no advertiste que el teniente reaparecía por el pasadizo, y solo te diste cuenta cuando se encontraba ya muy cerca y estuvo a punto de tropezar contigo, porque caminaba de espaldas y accionando el émbolo de un atomizador primitivo, con el cual lanzaba en torno una mezcla pestífera. Todo ello con muchos aspavientos y apuntando en todas direcciones. Asombrado, optaste por refugiarte en otro sitio, con el pañuelo en la nariz. Se alejó, en esa especie de danza, con gran estupefacción de unos campesinos que en ese momento pasaban por allí. «¿Qué hace?», le preguntaste a una auxiliar, y ella se rio y dijo: «Dice que así mata los microbios». «¿Y lo hace siempre con cólera?». «Así es su genio». A poco reapareció Abelardo, y tras de él Mitrídates. Sí, tenía pinta de argivo, y le habrían quedado de maravilla un yelmo con penacho y una lanza en la mano. Tu hermano le contó el incidente de los cigarrillos con Delmonte, y tú la danza con el atomizador. Mitrídates dijo, con frialdad: «¡Es un pobre diablo!». Y contó, a su vez: «Allá en el sanatorio tuve un problema con él, y fue que uno de los encargados de la limpieza le robó una cajetilla de cigarrillos rubios, y el milico me echó la culpa a mí. Me gritó y yo también lo grité. Y como en la dirección no le hicieron caso, se puso en contacto con el comisario, un tal Perales, que es su amigo. Y Perales me mandó detener en cuanto salí a la calle, y me tuve que pasar una noche en chirona, cosa de veras peligrosa para un enfermo». «Un pobre diablo», repitió Abelardo. Mitrídates dejó el tema y dijo: «Tengo un rato libre, así que podremos charlar un poco». «¿Dónde?», preguntó tu hermano, pensando quizá, que su amigo tenía en mente su terrorífico lugar de trabajo. «Allí en mi cuarto, si no tienen inconveniente». Se detuvo un momento para orientar a dos mujeres de pollera que deambulaban por el vestíbulo, lo que hizo con mucha

atención, en gesto poco frecuente en los costeños avecindados en Jauja, tan llenos de prejuicios contra los serranos. Salieron luego al patio. Aún lloviznaba. Mitrídates recitó, con palabras que se grabarían en tu memoria: *Il pleut dans mon coeur / comme il pleut dans la ville*. «¿Sabes francés?», preguntó asombrado tu hermano. «Un poquito, casi nada, a fuerza de oír a las monjas del sanatorio y de curiosear entre los libros que dejó un franchute. Él me enseñó, una tarde de aguacero, esos versos, en los que se habla de la lluvia y del corazón». «¿Ah sí?». «Y a la verdad, amigo mío, tengo miedo de que por aquí, a un costado de mi pecho, y por otros motivos, se desate no un aguacero sino un chaparrón». Mitrídates dijo esto con buen humor, pero no dejó de impresionarte la implícita imagen de un chorro de sangre brotando de sus pulmones. Hubo que cruzar el patio en diagonal, hasta el pequeño corredor en donde estaba su habitación. Un cuarto pequeño, alargado, con una ventanita muy alta. No había más que una silla, de modo que Abelardo tuvo que tomar asiento en la cama, que en realidad era un desvencijado catre de campaña. En la pared había un afiche con la efigie de un hombre de frondosa barba. Sobre una tabla, colocada a modo de anaquel, se alineaban algunos libros. Un cajón de madera vacío, de los de jabones, servía de velador. «Es triste, ¿no?». «Algo reducido», comentó tu hermano, echando una mirada en torno. «Más parece una madriguera», dijo su inquilino. Y, en efecto, algo tenía del refugio de un animal nocturno. Y como su dueño vio que mirabas con curiosidad al barbado, te informó: «Es Marx, el fundador del comunismo». «He oído hablar de él, pero no había visto su cara». Mitrídates se dirigió a Abelardo: «Ya acabé el libro de Valcárcel que me prestaste, y también el de Uriel García. Los leí casi de un tirón». «Si quieres puedes conservarlos todavía». «No, no es necesario, porque ya tomé unos apuntes, en vista de que hay cosas que no he comprendido y que más adelante tendré que revisar». Y tomó los ejemplares de su anaquel y los devolvió. Viste que uno se titulaba *El nuevo indio* y el otro *Ruta cultural del Perú*. Tu hermano dijo: «Es interesante cotejar esos puntos de vista con los de Mariátegui». «Eso es lo que intento hacer, pero no me es fácil, pues no olvides, amigo mío, que solo llegué al tercer año de primaria, y si no hubiera sido por Ladislao López, que en paz descanse, ni siquiera sabría leer». Pensaste en tu padre, en los libros que dejó, y en esa fría mañana en que dirigió la palabra a una manifestación de obreros. «No sé si te conté», prosiguió Mitrídates, «que una vez viajé por tres días a Huancavelica, con el doctor Yáñez. Fui con él por orden de García, y lo que vi no lo puedo olvidar». «¿Sí?». «Me refiero a la pobreza de los indios, porque así es como los llaman a todos, y a la manera con que los tratan los hacendados». «¿Estuviste en una hacienda?». «En una de la familia de ese médico, cerca de un sitio que se llama Acoria». «Un feudalismo primitivo…». «Hubo un almuerzo campestre, y los indios atendían y miraban, y de rato en rato les tiraban un poco de papas, de restos de carne, de huesos, como si fueran perros». «¿Ah sí?». «No se imaginan ustedes el desprecio con que se refieren a ellos, cosa difícil, porque aquí en Jauja la situación es muy diferente». «Es cierto, aunque allá arriba, en Yanamarca, hay todavía algunos fundos, aunque más son los cerros y la puna que la tierra laborable». «No, no hay comparación,

porque aquí en el valle aun los campesinos más pobres tienen sus parcelas, por chiquitas que sean». «Así es». «Pero alguna vez todo cambiará, estoy seguro, aunque el costo será enorme». Y Mitrídates se puso de pie, por la excitación con que había hablado, y prosiguió: «Y Jauja es diferente también por nosotros, por los enfermos». «Ya hemos conversado al respecto». «Pero eso también ha de acabar». «¿Por qué?». «¿No has oído hablar de un nuevo medicamento, que no sé cómo se llama, que ya se usa en otros países, y que cura en poco tiempo la tuberculosis?». «He leído algo en un diario». «Pues con eso ya no habrá necesidad de que vengan tísicos a Jauja, con lo cual, queridos amigos…». E iba a continuar, pero llamaron a la puerta. Era el portero, que anunció: «Oye, te llama el director». Mitrídates alzó los brazos en señal de impaciencia, pero no hubo más remedio que despedirse. «Ya nos veremos en el club, y te mostraré una variante de Ruy Díaz». Y el barchilón agregó, con un destello en la mirada: «Y otra vez, si ustedes quieren, les presentaré a mis pupilos, que no siempre son los mismos». Y se rio, al tiempo que se acariciaba la perilla. «No, gracias», te apresuraste a contestar, porque sabías a quiénes se refería. Partieron luego, tú y Abelardo, y como la llovizna había pasado, y no tardaría en asomar el sol por entre las nubes, decidieron subir a la colina de San Lorenzo, para mirar desde allí el paisaje. Y mientras caminaban tu hermano se refirió a su amigo: «Personaje extraño, como has podido ver. Inteligente, y con una emoción social muy sincera, aunque no exenta de ciertos rencores, comprensibles en quien ha pasado experiencias como las suyas; y sin embargo, y a pesar de ello, hombre generoso». «Y por lo que veo, lee bastante». «Ya había comenzado a hacerlo en el sanatorio, pero ahora tiene mayores posibilidades, porque le presto libros de la biblioteca, y lo hago con mucho gusto». «¿Y de qué tratan esos libros que te ha devuelto?». «Sobre la sierra, el indio, el destino del Perú». «Después me hablarás de ellos». «Ahora miremos el paisaje». Y tu hermano tenía razón, porque ya se mostraba el sol. Tomaron por un sendero, y dejando a un costado el barrio de San Lorenzo, nuevo por entonces, subieron a la cumbre de la colina. Era tan bello el panorama, con los campos todos de un verde delicado, fresco, y la laguna de Paca, los cerros azules, la blancura refulgente de los nevados de Lasuntay, un arcoiris. Por un buen rato guardaron silencio. Te volviste después hacia Yauli y pensaste en Leonor. ¿Qué haría a esa hora? Te acordaste también de Elena sobre los muros de Troya, y de la otra Elena, huésped del sanatorio. Y de su imagen tu mente se deslizó hacia la otra, menos turbadora, menos poética, pero más excitante, de doña Zoraida, la viuda de Ramos. Te acordaste también, sabe Dios por qué, de ese huayno que decía *De tu casa a mi casa / hay poca distancia.*.. Te sacó de tu abstraimiento la voz de tu hermano: «¿En qué piensas?». «No sé, en muchas cosas…». Se te ocurrió, de improviso: «¿Conoces a esa señorita del sanatorio, tan guapa, que se llama Elena?». «La conozco, pero no soy su amigo, y de veras es muy guapa, y de familia rica, según dicen…». «Así parece». «¿Por qué me preguntas?». «Porque se llama Elena, como Elena la griega, y porque es tan guapa». «¿No te habrás enamoriscado?». «Apuesto que tú también». «Elena de Troya en Jauja, ¿qué te parece?». «Y tú y yo mirando, como ella, desde las murallas». «Pero no

tenemos ante nosotros guerreros, ni buques ni combates, sino una paz andina, tan nuestra». «¿Nos vamos ya?». «Sí, vámonos», dijo Abelardo. En el trayecto pasaron por delante de El Minotauro, en donde Palomeque atendía a un parroquiano. «Otro nombre griego», dijo tu hermano. «No digan que es solo coincidencia». Tu hermano se rio y tú preguntaste: «Y ahora, cuéntame, ¿qué dijo Morales sobre nuestras tías?». «Asegura que hay en ambas un proceso acelerado de arteriosclerosis, que no es otra cosa que envejecimiento de las arterias y venas, y una acentuada debilidad». «¿Y qué se puede hacer?». «En lo que respecta a la vejez, nada, y en lo demás cuidarlas, y ver que no les falte nada». «Ojalá mejoren». «Mitrídates les pone unas inyecciones de vitaminas, y otras para facilitar la circulación de la sangre». Y otra vez volviste a pensar en el hombre enigmático de la cara melancólica, cuidador de muertos, leyendo sentado ahí en el mortuorio, sin acordarse de sus pupilos. Deteniéndose en una frase y repitiéndola en voz alta, para captar mejor su sentido. Preguntaste: «¿Qué habrá querido decir con eso de que alguna vez todo cambiará?». «Está convencido de que alguna vez habrá una revolución de verdad, muy cruenta, y que acabará con la injusticia». «¿No es eso lo que pensaba papá?». «Así es». «¿Y tú qué piensas?». «Yo también lo deseo, pero no tengo esa misma fe». «¿Por qué?». «Por mi temperamento, y porque creo que la historia, así como la vida, no va en línea recta, sino como un río que da vueltas y se abre en meandros, que luego se juntan». «¿Y?». «Y que finalmente desemboca en el mar». «No te entiendo». «Es así, simplemente». No supiste qué decir.

Están sentadas ante la mesa, una a un lado, otra al otro, y desde sus sillas ambas te miran. Los ojos de una, la más alta, son de un gris azulado, y te observan con una fijeza abstraída. Los ojos de la otra, la más baja, son de un verde indefinible, y te estudian con una curiosidad desconfiada. Habla la primera, la mayor, sin apartar la vista de ti: «Está muy bien que hayas venido». «En verdad», dice su hermana. Y tú no sabes con exactitud si debes sentirte halagado. ¿Te han reconocido? ¿Se acordarán de ti, si hace tanto tiempo que no te han visto? ¿No te has convertido ya en un adolescente? Vuelve a hablar la primera: «Son tan lentos los días, tan largos…». «Y han transcurrido tan rápidos los años…», manifiesta la segunda. Guardan luego un prolongado silencio. Las miras a hurtadillas. Dice al fin la más anciana: «Así que te gusta la música». «Tu mamá nos ha contado que tocas el piano». «Solo un poco». Callan las hermanas y te observan. No eran así, la vez aquella en que viniste con tu madre, cuando aún eras niño. No, sino unas damas muy corteses, pero que no te prestaron mayor atención. No, no deben recordarte, y por eso te miran de ese modo. Vuelve a hablar la mayor: «La música es lo mejor, hijo». «Lo mejor…», repite la otra. Tú te acuerdas de Fox, con su afirmación de que el agua, la luz, el viento, son lo mejor. ¿O solo dijo el agua? «Así que tocas a Mozart y a Schubert», añade la más alta. Y su hermana dice: «Y que sabes también yaravíes y mulizas de nuestra tierra». «Esa letra tan hermosa», prosigue Euristela, «que nosotras y Antenor también cantábamos: *Huk urpichatam*…». «Te gusta nuestra música…», repite Ismena. «Qué bien que hayas venido»,

insiste su hermana. Estás a punto de decir que a tu madre le encanta ese yaraví, y a ti también, pero te callas. Se produce otro intervalo, durante el cual tus tías no dejan de mirarte. Te sientes incómodo, y sin embargo no te marcharías por ningún motivo; antes bien te pesa no haberlas visitado antes. El rostro afilado de Euristela muestra, a pesar de la ancianidad, cuán hermosa fue en su juventud, más bella aun, seguramente, que en la fotografía que viste en tu frustrada visita anterior. Sucede algo similar, pero en menor medida, con su hermana. No dejan de mirarte, pero se diría que poco a poco, por alguna razón, lo hacen de otra manera. Dice Euristela: «A nosotras también nos gustaba tocar y cantar, en las tardes y noches de Yanasmayo». «En ese tiempo tan lejano», añade su hermana. «Yo me sentaba ante el piano». «Y yo me ponía a un lado…». Y después de una pausa, reitera la mayor: «Así que te gusta nuestra música, y también la de los grandes maestros…». Te observa, luego, y sin transición agrega: «Yo soy la más alta, en la fotografía que mirabas el otro día». Así pues, no te habías equivocado, y quien te miró y corrió los visillos fue ella, Euristela. «Tú eres, entonces, como nosotras», dice su hermana, volviendo al tema de la música. Guardan silencio, y tú piensas en Yanasmayo, con su río de aguas obscuras. De pronto dice la mayor: «Debes acordarte de Antenor, ¿no es verdad? Esa gentileza, esa dulzura…». «Tienes que acordarte», repite la menor. No sabes qué responder, y optas por asentir con un gesto, como te aconsejaron en casa. No, nunca has oído hablar de una persona con ese nombre. ¿Cómo puedes acordarte, entonces? Es de mañana y un sol muy claro ilumina el pequeño comedor en que visitas a las señoritas de los Heros. Entraste con Felícitas, te instalaste en la silla que te indicó y saludaste. Las viejas damas contestaron con una leve y distraída inclinación. Torna a hablar la primogénita: «Porque tú sabes que Agenor tenía una voz muy linda…». «Un poco apagada quizá, pero muy bonita». «Y se le veía tan bien…». «Un poco pálido, pero con unos ojos y unos cabellos tan negros…». «Me regaló el anillo con una amatista de un rojo oscuro, violado, como la noche…». «Todos lo sabemos: un anillo con perlitas», ratifica Ismena. Y tú asientes otra vez, como harás a lo largo de toda la visita, porque así te lo han dicho, y porque no cabe otra cosa. Sí, las ancianas están ya un poco trastornadas, y por eso sin duda tu tía Marisa las llamaba «tías locas». Te observan de rato en rato, y se dirigen a ti, pero no como al hijo de Laura Manrique, sino como a un pariente muy cercano y de esos tiempos. «Es Claudio, el hijo de la señora Laura», te presentó Felícitas, y ellas voltearon la cabeza, examinándote con la impávida expectación de un ave. Te sentaste en la silla, pusiste las manos sobre la mesa y esperaste en silencio. Un comedor tan sencillo, con apenas tres o cuatro muebles, todos muy simples, tan viejos. Y las dos damas sentadas ahí y vestidas de negro. Muy pálidas ambas, y tan blancos sus cabellos. «Un anillo de amatista, con sus perlitas», retoma de pronto la menor, y su hermana añade: «Una piedra hermosa, como un sol de sangre…». No sabes qué pensar. No imaginaste nunca que las viejas señoras pudieran expresarse de esa manera, con ese hablar como en sueños, mientras no dejan de mirarte. Mas no es a ti a quien se dirigen, claro está. «Un sol, con sus perlitas…», enhebra Ismena. No despegas los labios, y no les devuelves

tampoco la mirada, pero las escuchas atentísimo. Otra vez transcurren los minutos. Te animas en fin a alzar la vista. Se han abstraído, ambas, y miran el vacío. Tan blanca la piel en una y otra, tan reseca, que se hubiera dicho muerta a no ser por el brillo de los ojos, la respiración, las venillas azuladas de las sienes. Ambas con sus mantones de luto, como los que se estilaban antaño, y que han resbalado y cuelgan a medias, a uno y otro lado. Mantones de una gasa muy fina, pero también ya muy usada. ¿Desde cuándo los portan? ¿Desde la muerte de su padre, hace ya más de cuarenta años? Serias, adustas, como hundidas en sí mismas, con las manos inmóviles sobre el tablero. Aunque no, Ismena se frota de rato en rato los dedos, como aquejada por un dolor crónico, y Euristela tamborilea con los suyos en el tablero. Vuelve esta a su preocupación inicial, pero casi en un susurro, y sin tornarse hacia ti: «Debes acordarte cómo cantaba conmigo, al atardecer…». «Cantaba Antenor, y Euristela lo acompañaba al piano…», dice Ismena. «Un anillo con una amatista…», insiste la mayor. «Y muchas perlitas…», completa su hermana. «Tienes que acordarte», musita Euristela, con voz aun más débil. Calla esta vez Ismena. Sigue un silencio más prolongado que el anterior. Sientes una mezcla de perplejidad, de temor, de admiración. Te ronda también el presentimiento de algo trágico y hermoso, allá en el pasado. En casa te habían prevenido sobre el estado de las dos damas, pero nadie dijo nada sobre el modo en que se manifestaba su deterioro, y menos aun de ese hablar tan extraño. Nadie se refirió a Antenor, ni a ninguna sortija, y menos a una como la que evocan una y otra vez. Hay en ambas, vistas de medio perfil, algo de exótico. Un cierto aire nórdico, de sibila nórdica, en Euristela, y de monja portuguesa en la menor. Imágenes que acuden a tu mente porque no hace mucho hojeabas en la biblioteca un artículo sobre antiguos mitos y costumbres escandinavos, y otro sobre una religiosa portuguesa que escribió encendidas cartas de amor, todo ello acompañado con grabados. Sí, hay algo de eso en los rostros de las hermanas. Las observas y ellas fijan en ti sus pupilas, y es como si no hubieran dejado ni un momento de vigilarte, y como si les fuera mucho en ello. Pero, y aunque solo sea por instantes, ¿tienen presente quién eres? ¿Se acuerdan de Laura Manrique, su sobrina? ¿Con quién te confunden? Sentado allí, en la durísima silla, soportas con resignación esa afiebrada intensidad. Se atenúa luego, poco a poco, el doble y penetrante examen, y tus tías abuelas regresan a su anterior recogimiento. Reparas en el leve e intermitente temblor que sacude los labios de Euristela, como si balbuceara, en la penumbra de sus pensamientos. Habla de nuevo: «Al caer la tarde yo tocaba el piano, y Agenor escuchaba. Te lo dije, ¿no?». «Y yo a su lado. ¿No te acuerdas?», añade la menor. «Sí me acuerdo», dices, en súbito impulso. Se excitan por un momento y agitan sus manos, y brillan diminutas candelas en sus ojos, en fugaz sobresalto, pero retornan luego a su ensimismamiento. Se diría que sus palabras acaban casi siempre en silencioso repliegue. El reloj de lata, ahí sobre la mesa, se ha detenido, y no puedes calcular cuánto tiempo llevas en ese extraño diálogo, fascinado y deseoso de que las ancianas hablen más de Antenor o de Agenor, pues debe ser la misma persona. Al cabo de un momento dice Euristela, con énfasis: «Te hemos hablado de esas noches, ¿no? ¿Y de

la luz de las velas, y de un fuego inmenso y oscuro?». «¿Un fuego inmenso?». «Te dijimos, ¿no?». No quieres perder ni una sílaba. «Allá en Yanasmayo», señala Ismena, y asoma un cierto temor en los ojos de la otra. Y añade: «Y las llamas se extendieron, y una hoguera inmensa iluminó la noche. ¿No te acuerdas? Di: ¿no te acuerdas?». «Sí, sí», dices, pero esta vez tarda en sosegarse tu parienta. Alarmado, te mueves en tu asiento y miras a Ismena, que no se hace eco de esa excitación y se mantiene inmóvil, ausente. ¿No deberías irte? Son los desvaríos, claro está, los incoherentes desvaríos a que se refería tu madre. Y, sin embargo, hay en ellos una fuerza, una intensidad, que te retienen, y estás como clavado en la silla, en espera de que las viejas damas reanuden su balbuceo. No habías imaginado nada semejante, y tienes la intuición, incluso la seguridad, de que eres el primer miembro de la familia a quien le hablan de semejantes cosas. ¿Qué dirán tu madre y tía Marisa cuando lo sepan? ¿Qué, Abelardo y Laurita? Olvidas la recomendación que te hicieron, y preguntas de repente: «¿Y se acuerdan ustedes de mi hermana, de Laurita?». Te miran las dos ancianas, muy sorprendidas. Ismena dice: «Laurita, tan cariñosa…». Mas eso es todo, y ambas retornan a su silencio. Sea como fuere, se acuerdan de ella y de su modo de ser tan expresivo. «¿Y Abelardo? ¿Se acuerdan de Abelardo?», insistes. No obtienes respuesta, y es como si hubieses hablado en el vacío. Vuelves a la carga: «¿Y se acuerdan de mi mamá, de Laura Manrique?». «Laura me peinaba, con mucha paciencia, con mucha suavidad», dice Euristela, «y tomábamos después el té». «¿Y cuándo fue eso?», quieres saber. «Tomábamos el té juntas, y conversábamos y me decía: “Tía, qué lindas son tus manos”». Y apuntándote con un dedo, Euristela agrega: «Abelardo vino a vernos ayer, y nos trajo unos remedios. Es tan bueno…». Y añade, volviendo al tema que es como una obsesión: «Te acuerdas de esa voz tan hermosa, ¿no? ¿Te acuerdas de Antenor?». «Sí, claro que sí», respondes. «¿Y de la sortija?». «Sí, tía». Sobreviene un nuevo silencio. Le toca hablar a Ismena: «¿No quieres una copa de oporto? ¿Un oporto muy suave, que papá nos compró?». «Gracias…», contestas, pero ella se olvida de su ofrecimiento, y otra vez se frota los dedos y murmura entre dientes. Miras otra vez en torno. Te gustaría asomarte a las habitaciones vecinas, y en especial al dormitorio de las viejas damas, pues seguramente comparten el mismo cuarto, y hurgar entre los muebles. Es raro, pero apenas si hay unos cuantos platos y pocillos en el aparador, y ningún adorno ni cuadro en las paredes. Tan diferente toda esa desnudez de la profusión de objetos en la sala de Mercedes Chávarri. Un triste foco pende del cielo raso. Hay una mesita auxiliar, donde sin duda Felícitas pone los platos y las ollas cuando sirve de comer a las ancianas. Hay tanta luz en esta mañana despejada, y, sin embargo, flota en la estancia algo así como un sopor, una penumbra, que se superpone al crepúsculo en que viven, ya sin remedio, las dos hermanas. La voz de Euristela te sustrae a esa inspección: «El anillo de amatista, tan bello…». «Con una amatista y unas perlitas», puntualiza Ismena. «Ya te hemos hablado de la sortija, ¿no?». «Sí, ya te dijimos, ¿no es verdad?». Y tú, desconcertado, asientes con venias a uno y otro lado. Te preguntas si en verdad existió Antenor, quien tal vez se llamaba en realidad Agenor, y si existió, ¿quién fue? Y el anillo

con una amatista, ¿no será otra invención de las viejas señoritas? Sabes bien, porque lo viste en un capítulo del *Tesoro de la juventud*, que la amatista es un cuarzo de un rojo violeta, que se asocia con la idea de un destino fatal, y que según los antiguos servía para evitar la embriaguez. Leíste esa referencia por casualidad, no hace mucho, y ahora ese nombre, hermoso por sí mismo, surge una y otra vez en boca de tus tías abuelas. Te imaginas una joya como la que describen, con una gran amatista rodeada por un círculo de perlas, en misterioso contraste. Y te imaginas a una Euristela en la plenitud de su juventud y su belleza, alta como fue, y con ojos de un gris azulado muy límpido e intenso, tendiéndote una mano adornada con esa piedra de un resplandor de sangre. Serían sus manos más finas, más largas, en la época en que Antenor le hizo aquel obsequio, cuando a nadie se le ocurriría que, andando el tiempo, las hermanas se quedarían tan solas, y se vería afectado de tal modo su juicio. Hacía dos días se había vuelto a tocar este asunto en casa, y tú insististe: «Pero ¿están realmente locas?». «No, no…», reiteró tu madre. «Y ¿por qué voy a visitarlas?». «Porque están muy solas, ya te dijimos, y es nuestra obligación hacer algo por ellas». Y allí estás, pues, y no fue ya con renuencia que viniste a la casita del jirón Salaverry, sino con expectación. Estás allí, y por supuesto que vas a regresar, porque a pesar de tu edad, o quizá por ello mismo, y sobre todo por ese vínculo que de pronto ha establecido con ellas la música, las dos viejas damas se dirigen a ti de un modo muy especial, muy diferente. «Tú te acuerdas», dice de repente la mayor, y ves que ha posado en ti su mirada otra vez, con mucha atención, y tanto que te hace pensar en la llama azul, cortante, de una lámpara de alcohol. «No, no puedes olvidar…», repite la menor, y también fija en ti sus ojos y te observa impasible, sin parpadear. Mas ambas se absorben luego en sus pensamientos, y todo vuelve a esa quietud vacía, sin tiempo. Tal vez debes marcharte, pues se ven fatigadas y ya es hora del almuerzo. Quizá también Felícitas vendrá a decírtelo, y te despedirás entonces, aunque las dos señoras te vean partir sin pronunciar palabra. Pasan los minutos. ¿No irán a quedarse dormidas? Sí, quizá, porque ambas cierran los ojos y mantienen las manos enlazadas. Mas no, no duermen, y no tarda en hablar Euristela. Dice: «Cantaba Antenor y se acompañaba con la guitarra. En esas noches de junio, y su voz se escucharía muy lejos, en la puna…». «*Sobre terso lago*, decía la letra», añade Ismena. «*Sobre terso lago / vi una gaviota*…», continúa la mayor con voz monocorde, y su hermana, como en eco, repite: «…*una gaviota*». Tú conoces ese yaraví, muy famoso por lo demás. Así pues, cuando Antenor cantaba eran aires andinos los que entonaba, y serían otros cuando Euristela lo acompañaba en el piano. Increíble, realmente: un piano en la casa de esa hacienda altísima. Y todo ello, piano, sala, casa-hacienda, se quemó en el incendio de esa noche. «Era tan hermoso, ¿verdad?», te pregunta con inesperada dulzura la mayor. «Sí, sí», dices. «Esas tardes de nieve…», agrega Ismena, como en sueños. Cuán diferente ha resultado tu visita de lo que habías esperado, pues no son dos señoras de cháchara sin sentido, y mucho menos dos beatas deslenguadas como Domitila Quiñones, sino dos memorias afiebradas, que evocan incansables una edad de oro. Dos memorias que se expresan en frases de misteriosa brevedad, y que vuelven

y vuelven a los mismos temas. Todo ello en un hablar intermitente, comparable a los afloramientos de una corriente de agua subterránea, y marcado además, a intervalos, por la pregunta de si te acuerdas, como se acuerdan ellas. Extraña insistencia, y mucho más tratándose de un visitante como tú, que sin saber cómo te has convertido en alguien de otra edad, sin más alternativa que asentir ante los recuerdos que las obsesionan, porque lo único que esperan y reclaman de ti es eso, una confirmación, una resonancia. Función inverosímil, a tu edad y en tu situación. Y, sin embargo, y a pesar de que apenas si tienes una confusa intuición al respecto, te avienes y sigues con fascinada excitación sus palabras. Ismena dice de pronto: «Debes tomar nota, pues Agenor me dio la sortija, hace ya tantos años…». Pero ¿no fue para Euristela el obsequio? ¿Hubo acaso dos anillos? Y para mayor asombro tuyo, esta señala a su vez: «Sí, así fue…». Impaciente, exclamas: «Pero, tía Euristela, ¿no dijo hace un rato que el regalo fue para usted?». Mas ella no te presta atención, y optas por callar, y encuentras aun más intrigante esa contradicción. Y otra vez irrumpe en ti la sospecha de que, por insondables causas, esta es la primera vez en que las señoritas de los Heros hacen tales confidencias, y de que no han hablado con nadie de Antenor, ni tampoco de la sortija, de un fulgor comparable, en la evocación de Euristela, al resplandor del incendio de la casa de Yanasmayo. ¿Engaño quizá de tu imaginación? No, estás seguro de que tú eres el primero en escuchar, por lo menos en lo que se refiere a la familia, esos recuerdos. Te dices por lo mismo que no dirás nada al respecto en casa, al menos por ahora, ni aun a Abelardo. Mencionarás sí, por supuesto, ese hablar a dos voces, como en espejo, y su curso deshilvanado, y la soledad, el decaimiento. Alzas la vista, con precaución. Continúan absortas, inmóviles. Se te ocurre que a lo mejor, y a pesar de la fijeza por momentos insoportable de su mirada, están casi ciegas. Sí, ambas, aunque quizás un poco más la mayor, sin excluir sin embargo la posibilidad de que sea exactamente al revés. Las miras una a una, con renovada atención. ¡Son tan ancianas, y por eso, y por su deterioro, tan próximas a la muerte! Te imaginas por unos instantes dos féretros ahí en la sala, con cirios en torno y cada uno con una corona de flores blancas. Cada tía en su ataúd, serenos los rostros, casi augustos. Muertas ambas el mismo día, a la misma hora, aunque no en el mismo momento, sino una después de otra, y Euristela la primera, como cuando hablan. Imagen que rechazas luego, pues sientes ya afecto, y hasta ternura, por las viejas damas, a pesar de que no hace más de una hora desde que estás con ellas. Habla de repente la mayor, sin abandonar su lejanía: «Era una prueba de amor…». «Anunciadora…», dice la menor, con voz también más apagada, y sin levantar la cabeza. «Y papá, allí en la sombra, tan severo…», dice Euristela. «Allí, mirando», añade Ismena. «Y no quiso que llevásemos su cuerpo a Jauja…». «No, no quiso». «Y entonces…». ¿A quién se refieren? El silencio, luego, y vuelve a ti entonces, aunque te espante, la imagen de los dos féretros, mas no ya lado a lado en el velorio, sino llevados por gente sin rostro al cementerio, en una hora incierta, bajo una luz de amanecer. Mientras tanto las dos ancianas se quedan dormidas, si es que puede hablarse de sueño en un caso como el suyo. Te levantas, y sin hacer ruido, con

mucho cuidado, abandonas la habitación. Te detienes en la sala, para volver a mirar la vieja foto, con esas figuras tan enigmáticas, allá en la bruma del pasado.

7 de enero

Nunca me imaginé encontrar unas ancianas así, y menos todavía ese modo de hablar como en sueños, y ese recordar que no acaba nunca. Conté a la familia la visita, pero sin entrar en muchos detalles. Dije que ellas hablan de los antiguos tiempos en alusiones difíciles de entender, y mencioné el nombre de Antenor, las veladas en Yanasmayo, la sortija. Mi madre y mi tía, y también Abelardo, dicen que a ellos les hablan muy poco de esas cosas, y que nunca se han referido a Antenor. ¿Por qué a mí, entonces? ¿Solo porque supieron que me gusta la música y toco el piano? Pero ¿no sucede lo mismo con mamá? Todo es tan raro, y tan extraña la manera en que hablan las ancianas, que me hace pensar en un mundo de sombras. Y me acuerdo una y otra vez de ese río oscuro que, según dicen, sale de la tierra como de un puquio de metal y fuego, en la raíz misma de los cerros. Allí donde habita el amaru negro.

Antenor, ¿quién fue?

Doña Juanita, la mujer de Fox Caro, preparaba los sábados pasteles de Jauja —maicillos, aldabitas, yemas—, que vendía por la tarde en su zaguán, y al día siguiente en la feria dominical. Alguna vez le habías comprado sus golosinas. Pero ahora se trataba no de darte gusto, sino de entablar conversación con la vieja señora, y atisbar desde allí el interior de su casa, de la cual ya habías tenido una primera visión en la mañana del derrumbe. Fuiste solo, después de una furiosa sesión con Czerny y una apasionada lectura del Canto XVI de la *Ilíada*. No habría estado mal si, para completar la mixtura, te encontrabas luego con que el carpintero interpretaba un yaraví en su violín. Hacia allá te encaminaste, pues, con unas monedas en el bolsillo. La casualidad quiso, sin embargo, que las cosas fueran de otra manera, ya que al voltear la esquina por poco te diste de bruces con doña Zoraida, la viuda de Recaredo Ramos. «Oh, disculpe», dijiste, y ella sonrió con distraída coquetería. Continuó su camino, y tú, después de una breve vacilación, te decidiste a seguirla por unas cuadras. Vestía un traje negro de seda tramada con dibujos de flores, y un chal blanco, y lucía una peineta en sus cabellos. Mujer atractiva, con esa talla, el peinado y esas piernas que hacían delirar al pobre Julepe. Y a ti también, aunque de otra manera. ¡Dios, cómo sería desnuda! Te acordaste de una frase que oíste a un cliente en la peluquería de Nakamoto: «¿La viuda de Ramos? ¡Odalisca, más qué mujer! ¡Y encima un montón de plata!». Nunca más apropiado el término, por los orígenes orientales de la dama, hija de árabes aunque nacida en Ayacucho, y por las telas estampadas y suntuosas con que confeccionaba sus vestidos. «¡Una odalisca, de veras!», había ratificado Abelardo cuando le contaste aquel elogio, y te dio toda una charla sobre el significado de la palabra, rara en verdad, y más aun en labios de un parroquiano de Nakamoto. Allá se alejó, pues, la dama, en dirección a la plaza. ¿No habría estado en casa de

Fox Caro, de quien, según se decía, era seguidora? Sí, claro, de allí salía. Hembra demasiado tentadora, no obstante, para la mística prédica de tu vecino. ¿Por qué, entonces? Pregunta que, sumada a la visión de sus encantos, te condujo a otras más concretas: ¿Era ella realmente quien solía desvestirse bajo el aguacero? Y si era así, ¿cuándo irían ustedes a verla? ¿No sería todo una mentira? Por suerte para ti, porque el deseo se tornaba insufrible, torció por el jirón Junín, y luego se interpuso un par de beatas, que resultaron ser Leovigilda Gastelú y Tarsila Rosas, que te obsequiaron con la más reprobadora mirada del mundo. Diste vuelta en redondo y regresaste a la casa del señor Caro. Doña Juanita seguía en su zaguán, sentada en su banquito cuan ancha era, detrás de una mesa con los productos de su arte. «Siéntate, jovencito», dijo. Brilló en el aire el inmenso anillo de oro que usaba junto con la alianza. «Gracias, señora». «A ver, ¿qué es lo que te gusta…?». Señalaste dos o tres pastelillos y pediste una taza de café, que la dueña te sirvió humeante, de un porongo envuelto con un pullo. Te observó curiosa, después de atenderte, sin duda porque su clientela estaba compuesta por campesinos, feriantes, operarios, y no por muchachos de clase media, aunque fueran del barrio. «¿Y cómo está tu mamá?», preguntó. «Bien, gracias, señora». «Estará preocupada porque el albañil no termina aún la pared…». «No, ¿por qué?». «Pues por las lluvias». «No, señora». «Estará lista dentro de una o dos semanas». Se dedicó luego a alistar dos bolsas de yemas. Tú mirabas una vez más, entre tanto, esa imponente sortija, muy en desacuerdo con la modestia de su propietaria. Observaste también la pila de balayes y cestos vacíos que había a un costado del zaguán. Y un poco más allá, apoyados en la pared, estaban tres ataúdes. Extraño sitio, en verdad, para degustar golosinas. Doña Juanita se volvió entre tanto hacia ti y dijo, a la vez que te alcanzaba una de las bolsitas: «Toma, es un regalo para tu mamá y tu tía…». «Gracias, muchas gracias». Y luego de un momento preguntaste: «¿Y don Fox?». «Está allí adentro, leyendo». «¿Ah sí? ¿Y qué lee, doña Juanita? ¿La Biblia?». «No, la Biblia no, sino un libro que no sé cómo es su título…». «Hay quienes dicen que su esposo habla con el Espíritu Santo…». «¿Eso dicen?», preguntó con curiosidad, pero no pareció dar mayor importancia a ese supuesto rumor, y dijo: «Mi esposo es un hombre muy bueno y ha llegado a la verdad. Eso es todo». Te dejaste llevar de nuevo por la audacia: «Será por eso que hay muchos que vienen a escucharlo, ¿no?». «No son más que unos cuantos, y yo, nuestra familia, pero sabemos que no hacemos mal a nadie…». «Y doña Zoraida, la viuda de don Recaredo Ramos, ¿también viene?». «Así es». «¿Y Florisandro?». «Es nuestro sobrino, pero un necio…», dijo con desdén. Hiciste un alto en tus indagaciones para acabar el café y las pastas que aún quedaban. Había comenzado a lloviznar. Le tocó el turno de interrogar a la vieja señora, y se informó así de que ibas a entrar en el cuarto año de media, que Laurita estaba en Bellas Artes, y que más adelante Abelardo reanudaría sus estudios en Lima. «Y a ti, ¿qué te gusta?», quiso saber. «Bueno, la música…». «¿Ah sí? A don Fox también, y toca el violín». «Lo sé». «Música nuestra, y solo para él». «Sí, pues». «Y ¿tienes amigos? ¿Vas al cinema?». «Tengo amigos, pero voy poco al cine, porque resulta un poco caro…». «¿No vas entonces a las

seriales?». «Antes lo hacía, y me gustó mucho *El arquero verde*…». «¿Y qué haces ahora en las vacaciones?». «Ayudo en la casa, leo, salgo al campo». ¿Qué habría dicho la buena señora si hubiera sabido que tenías en mente ver desnuda a la señora Awapara, que estabas deslumbrado por una mujer como Elena Oyanguren, y que te habías enamorado de una chiquilla de Yauli? ¿Y de la extraña curiosidad que te producía su casa, con los balayes, los ataúdes, los voladizos, los balconcillos y ese mirador que parecía un minarete? Doña Juanita te miraba con benévola curiosidad. Acabaste el café y pusiste la taza sobre la mesa. Entró una vieja y efectuó una compra, no sin mirarte de soslayo. Asomó por un momento Florisandro, que fingió no verte. Vino también un hombre que no conocías y que preguntó por don Fox, a lo cual la vieja mujer respondió con un diáfano «No está», que te dejó asombrado. Se marchó el individuo, y doña Juanita dijo: «Este señor debe andar mal de la cabeza, porque viene todas las semanas a preguntar por los precios de los ataúdes y a pedirle consejo a mi marido, y se va después sin comprar nada». Te quedaste perplejo. «¿Y quién es?». «Se llama Palomino, Eustaquio Palomino». «¿No será hermano de Palomeque, digo, don Cristóforo Palomino…?». «No, es su primo hermano». «Ah…». La esposa de Fox se llevó un dedo a la sien y dijo, sonriendo: «Sí, le falla un poco…». No supiste qué decir. ¿No pensaría lo mismo de su consorte? Se presentó un comprador de maicillos, y mientras ella lo atendía, estiraste el cuello para aguaitar hacia los féretros. Delgados cajones en los que no podría entrar una persona gruesa como Federico Yepes, o un gordo como Canchapoma, y menos todavía una criatura de la osamenta del cura Wharton. Eran negros en su mayoría, pero no desprovistos, en sus proporciones, en su acabado, y a pesar de su modestia, de una severa presencia. ¿Tendría que ver todo eso con las concepciones del carpintero? Se marchó entre tanto el parroquiano, y otra vez te miró doña Juanita con aire vagamente divertido. Juzgaste prudente no referirte a la disimulada inspección que acababas de realizar. «¿Y qué es lo que lee don Fox?». «No sé, ya te dije, pero es un libro con tapas rojas, y allí hay la figura de un mundo con una gran culebra y unas estrellas». «¿Y no podría entrar a saludarlo?». «No, hijo, porque no le gusta que lo interrumpan cuando lee o cuando toca el violín, y mucho menos cuando se pone a pensar». «¿Y si alguien se muere y vienen a comprar un cajón?». «Eso es otra cosa». Otra vez hubo una larga pausa. Te asaltó la mala ocurrencia de inquirir: «Y cuando viene la señora Zoraida, ¿la recibe?». «Te repito», respondió con cierta sequedad, «que cuando se pone a leer o a pensar, no recibe a nadie». Otra vez te sentiste perplejo, pues no hacía mucho que la aludida había estado en la casa. La vieja señora adivinó tus pensamientos, pues aclaró: «Ella vino hace un rato, pero conversó solo conmigo». Y añadió, con gran sorpresa de tu parte: «Doña Zoraida debería casarse: mucha mujer para vivir sola, y además la plata no es todo en esta vida». «Ajá». «Y no es que le falten pretendientes», continuó, «incluso desde el mismo momento en que enviudó». «Es una señora guapa». «Debería casarse». Muchos decían lo mismo, pero la viuda no lo entendía de esa manera, y proseguía su vida en terca y feliz soledad, que dicho sea de paso tendría que ver con esos baños de atardecer y de lluvia, si era ella

a quien se refería Felipe. Era curioso, por cierto, que tú y la anciana esposa de Fox Caro conversaran sobre esa mujer tan llena de vida y de tan visible sensualidad, y en proximidad, además, de esos ataúdes. Consideraste que era hora de marcharte. Te pusiste de pie y después de agradecer y pagar, te despediste. «Vuelve otra vez, y no olvides de llevarte la bolsa de dulces», dijo doña Juanita. Te dirigiste hacia la casa de Felipe para apremiarlo, pero en el camino mudaste de parecer y te fuiste a casa. No había nadie, ni aun tu madre, así que pasaste al patio interior. No te fue difícil, luego de una prudente escucha, salvar los adobes que había apilado el albañil, así como la cerca de palos erigida por Florisandro, y echar una mirada en la propiedad del vecino. Avanzaste, agachándote. No te viste defraudado, porque ahí en el corredor, y sentado en una silla, se hallaba Fox Caro. No leía, en realidad, sino que sostenía el libro sobre sus rodillas y apoyaba la cabeza en una mano, sin que se hubiera podido decir si reflexionaba o se había quedado dormido. Mas no por eso había nada de ridículo en su figura, y hasta se habría dicho, si el término te hubiera sido familiar, que había algo de augusto. Incómodo, casi avergonzado, te retiraste. Y como no tenías ganas de leer ni de buscar a tus amigos, y menos de batallar con Czerny, te tumbaste en la cama y te dejaste llevar por los pensamientos. Te interesaba mucho el carpintero, como te interesaban Mitrídates, y, de modo creciente, las tías de los Heros. Fox Caro y su prédica, sus ataúdes, su violín, su torre, y, de otro lado, sus nombres, Francisco y Otoniel, que habían dado lugar a una abreviatura de extranjera apariencia, fox, tan ajena en su significado original al modo de ser del personaje, y tan conocida que nadie reparaba ya en la incongruencia. Y la extraña cofradía que presidía, de la que era integrante, por lo visto, esa mora de ojos bellos y curvas soberanas, a la que quizá pronto verías desnuda. Y también esa mujer vieja y sabia, doña Juanita, que custodiaba con extraño celo las horas de meditación de su marido, y que parecía tener en él una fe y confianza sin límites.

8 de enero

Hoy por la tarde nos pusimos a trabajar con mi madre en un huayno. No fue fácil que dejara su costura, y menos ese vestido de doña Laurencia Guevara, que paga bien por sus encargos, pero es pesada y altanera como ella sola. Nos sentamos, pues, ante el piano, y nos dedicamos a la música de Eres como un pajarillo cautivo, / que aunque quisiera volar, / ay, no puede… *Un yaraví que ella escuchó en su juventud, y que ayer recordó al oírlo en boca de un borracho que pasaba por la calle. Una línea muy linda, pero que no estamos seguros que sea de Jauja. Mi madre me pidió luego que yo ensayara la adaptación, con su acompañamiento, pero me negué diciendo: «Eso es lo que tú has hecho siempre…». Y tuvo que hacerlo ella, y el resultado fue muy bueno. Se puso muy contenta. Le dije, entonces: «No te has dado cuenta, pero no nos hemos sentado aquí desde diciembre…». Y, sorprendida, tuvo que admitirlo. Yo seguí: «Y además, no siempre realizas tus ejercicios». «Es que tengo mucho trabajo y me siento cansada». La miré y le dije: «Tú decías que este es tu descanso…». «Tienes razón, y te prometo que me daré el*

tiempo necesario». Ojalá sea así, porque a mí no me convence la justificación. ¿Cuál será el verdadero motivo, además del cansancio? ¿Acaso la música no significa muchísimo para ella, incluso más que para mí?

«Ya que andas tan interesado en materia de tías», dijo tu madre, «te aviso que me encontré con Petrona, la empleada de tu tía Rosita, y me dio el recado de que te necesita, así que ve a su casa esta tarde». Fue tan de improviso que no te acordaste que tenías proyectado salir con Julepe. Otra visita más, pues, pero a una señora muy sensata y que te tenía especial afecto. «Está bien», dijiste, dejando para otro momento el conciliábulo con el «maligno rapaz». Ojalá nomás que no se le ocurriera a la anciana enviarte otra vez de inspección a su finca de Pancán con su chofer, a quien temías desde chico porque su trabajo principal era con la carroza fúnebre de la ciudad. Era probable, sin embargo, que se tratase de otra cosa. La buena señora solía hablarte de los antepasados, de la casa familiar en el barrio de La Samaritana, de cómo era Jauja a principios de siglo, y lo hacía sentada en su sillón, mientras tejía unos gorritos y medias para criaturas, porque en algo tenía que ocuparse, y porque así se procuraba unos soles, aunque en realidad no los necesitara. La visitabas también en tu niñez, y disfrutabas de sus dulces de membrillo, de sus bizcochuelos y de los chocolates italianos que vendía antaño en su tienda, secos ya pero deliciosos. Observabas a su loro Teodorico, menos renegón que ahora, y sintonizabas con permiso de la dueña el receptor de radio que tenía en su sala, aparatoso como una catedral. Ahora los chocolates se habían acabado, la tía no preparaba compotas ni mermeladas, y mirar a su loro podía resultar irritante por sus malévolas ocurrencias, pero era siempre muy agradable charlar con la anciana. Además, podrías preguntarle sobre las señoritas de los Heros, cómo era Yanasmayo, quién fue Antenor y qué pasó en el incendio. Por eso te alistaste en cuanto terminó el almuerzo, y lustraste tus zapatos y te pusiste camisa limpia. «Vaya, se diría que vas a ver a una novia», ironizó tu tía. Y así, arreglado y contento, te dirigiste a casa de la viejecita. La cochera estaba abierta, y el chofer, Fermín Galarza, hombre de piel apergaminada, frotaba con un trapo los cromos del venerable Dodge de su patrona. Te vio pasar y te lanzó una fría mirada. Tú fingiste que no lo veías, aunque en realidad eso era imposible, porque tenía las puertas abiertas de par en par, y por lo grabada que estaba en tu mente su efigie al frente del carromato con crespones de la Beneficencia Pública. Todo ello muy en contraste con lo que te sucedía con Mitrídates, a quien le tenías mucha simpatía a pesar de su aun más fúnebre trabajo. ¿No habría tenido tía Rosita otro a quién contratar para sus esporádicas salidas en auto? Abrió la puerta Petrona, vieja también seca y hosca, que te hizo pasar de inmediato. Tomaste asiento en la sala, no lejos del radio y de las litografías con acorazados de chimeneas humeantes, surcando a todo vapor los mares de comienzos de siglo, que tanto te impresionaban en tus años de infancia. Había cojines en los sofás, y tapetes de blondas en los sillones, y jarrones y estatuillas de porcelana. Y ese olor que según tu madre era de sándalo, ¿de dónde vendría? Cavilabas al respecto cuando

salió la vieja señora, con el chal inglés que envidiaba tu tía Marisa, pero también con ese gorrito rojo más propio de un duende que de una octogenaria. Tan pequeña, como si se hubiese encogido con el paso de los lustros, y con esa giba cada vez más pronunciada. «¡Qué bueno que hayas venido!», dijo, y te abrazó. Se instaló en la mecedora, y tú a un costado, y ella se interesó por tu familia. Tú, a tu vez, preguntaste por su salud. «Estoy muy bien, gracias a Dios», contestó. Y luego de otras afectuosas cortesías, se refirió al motivo de tu visita: «Los meses y los años se pasan volando, y ya es tiempo de poner ciertos papeles en orden. Eso es lo que me decía el otro día el padre Tarquino, del convento de Ocopa, padre muy virtuoso y de consejo muy muy prudente. Por eso le pedí a tu mamá que vinieras para que me ayudes en algo que requiere una persona que sea de toda confianza». «Lo que usted mande, tía». «Quiero que me ayudes a buscar unos documentos que tengo en unas cajas, encima de mi ropero». No parecía labor muy larga, así que dijiste: «Con mucho gusto, tía». Y fuiste con la anciana a su dormitorio. El ropero era enorme, y sobre él se apilaban varias cajas de cartón. Tuviste que aceptar un mandil y un cucurucho de cartulina que te ofreció la buena señora para protegerte del polvo. No fue una tarea fácil, y tuvo que colaborar Petrona, tanto en el descenso de las dichosas cajas como en la faena de sacudirlas con el plumero. Llevaste después todo a una habitación contigua, y tú y la viejita se sentaron en unas sillas pequeñas. En cierto momento doña Rosa te miró y rompió a reír, a causa de tu capirote. Tomaste con buen humor su hilaridad, y con paciencia el cuidado de auxiliarla en el acceso de tos que le sobrevino. «Empecemos», dijo en fin. Hubo que desatar, primero, los cordeles que aseguraban las cajas, y abrirlas luego una por una. «Tenemos que revisarlas todas, porque los papeles están entreverados», indicó la vieja señora. Y así era, en efecto, y por eso se juntaban facturas y recibos, recortes de periódicos, cartas y estampitas de misas y bautizos, envoltorios de chocolates, plumas de sombreros, apuntes, facturas, inventarios. «Cuando murió mi esposo», explicó tu tía, «me sentí muy mal, y guardé todo de cualquier manera, y el resultado es este desorden». Examinaba los papeles uno por uno, con adorable paciencia, y en caso necesario los cotejaba con una lista que ella misma había confeccionado, pero con letra tan menuda que tenías que ayudarla a cada momento. En realidad el trabajo llevaría un buen par de horas, pero le tomaste gusto. Tu finado tío Rafael había sido comerciante en Morococha, representante de una firma limeña en La Oroya, y concesionario de la venta de coca y próspero negociante de abarrotes y ferretería en Jauja. Había, pues, cosas de variado interés, y te las arreglaste para hojear y mirar lo que te atraía. Había sí que suspender de rato en rato el examen, por el polvo, y entonces acudía Petrona armada de otro y más descomunal plumero, que blandía y accionaba con gran eficacia. De cuando en cuando, también, aparecía alguno de los documentos que tu tía buscaba, con gran alborozo de su parte. Fue pasando así la tarde, hasta que en cierto momento miró su reloj de bolsillo —un Longines de oro, que había sido de su marido —, y anunció: «Es hora de tomar lonche, hijo». Fuiste a asearte en el patio del loro, donde había un lavadero. El ave te miró con irónica fijeza y murmuró con displicencia el «¡Te jodiste,

idiota!», en apretada pero entendible versión fonética, que lo había hecho célebre. Tú guardaste un digno y desdeñoso silencio. ¿Cómo podía aguantar la tía al pajarraco? El refrigerio fue magnífico, con galletas, rosquillas y pasteles de Jauja, y una copita de un licor de menta francés, rezago de otros tiempos. En cierto momento la vieja señora dijo: «Tu mamá me ha dicho que vas tomar unas clases de piano». «Sí, tía». «Y que tu profesora va a ser Merceditas Chávarri». «Así es». «Excelente muchacha, y digna de mejor suerte. Y digo esto porque me han contado que su marido es un echacuervos». «¿Cómo dice?», preguntaste, asombrado por el término, que no habías escuchado nunca. «Quiero decir hablador, holgazán, pues así me lo han descrito». No esperó tu respuesta, y continuó: «Joven talentosa esta Mercedes, y muy buena en el piano, y lo sé porque yo misma la escuché en una velada de la parroquia, cuando se conmemoró el centenario de la batalla de Ayacucho». «Ya no es muy joven, tía». La anciana te miró de hito en hito y rompió a reír: «Tienes razón, hijo, ya no debe ser joven. A veces los viejos no nos damos cuenta y pensamos que las cosas siguen como hace treinta o cuarenta años». Y prosiguió: «Sea como fuere, tocó muy bien, y así le oí opinar a tu abuelito, que en paz descanse». «¿Conoció usted a mi abuelo?». «Claro que sí. Un señor de edad, como que le llevaba unos buenos años a su esposa, y que en los últimos tiempos lucía una barba blanca muy linda». «¿Y usted recuerda cómo tocaba el piano?». «Yo no le escuché nunca en el piano, pero sí en el órgano blanco, muy antiguo, que está ahora junto al altar de Santa Rosa, y que antes estaba en el coro. Tocaba allí en las misas, en las vísperas, y a mí me gustaba muchísimo escucharlo, porque eran interpretaciones muy hermosas». «¿Y qué tocaría?». «No lo sé, pero me acuerdo de ese modo suyo, tan recogido…». «¿Y cómo era él?». «Ya te dije, un señor muy tranquilo, muy afable, y que amaba profundamente la música. Mi marido me decía que siempre había sido así, y muy religioso. No en vano empezó como donado en Ocopa». «Sus padres lo pusieron en el convento, pero pronto dejó eso y se vino a Jauja». «Y se casó ya maduro con Marta González, tu abuela, una muchacha del pueblo de Mito». «En realidad de Aramachay, en las alturas de Sincos y Mito». Hubo una pausa, presidida por el recuerdo de aquel señor de cabellos canosos, barba y espejuelos, que tocaba en las misas y las vísperas en la iglesia de Jauja, Baltazar José Manrique, organista y profesor de música. «Y mi mamá, ¿cómo era?». «Ya te dije en otra ocasión que la recuerdo como una muchachita delgada, silenciosa, que parecía reflexionar con cuidado antes de contestar una pregunta. Tu tía Marisa, en cambio, fue siempre vivaz, y hasta daba la impresión de ser lisa y respondona, pero no se lo digas, porque a lo mejor se molesta…». «No, claro que no». Llevaste la conversación hacia el tema que te interesaba: «¿Y conoce usted a las señoritas de los Heros?». «¿A Euristela y a…?». «¿Ismena?». «Sí, claro que las conozco, aunque hace mucho tiempo que no las veo. Son también tus tías, aunque un poco lejanas, ¿no?». «Tías abuelas». «¿Y cómo están?». «Ya muy viejitas y se olvidan de todo». Tu tía se santiguó y exclamó: «¡La vejez, hijo, no perdona!». «¿Las veía usted cuando jóvenes?». «Bueno, no hubo muchas ocasiones. Sé que alguna vez fueron ricas, pero que se les incendió la casa-hacienda, y que después murió su papá

y se quedaron solas y cada vez más pobres…». «¿Y al señor de los Heros?». «Un señor muy imponente y muy educado, y siempre muy bien vestido. En una ocasión lo vi a caballo, con su poncho de vicuña y con una fusta de mango de plata en la mano. ¡Era tan guapo!». «¿Ah sí?». «Y una vez, siendo yo chica, mandó oficiar una misa de difuntos en recuerdo de su esposa, y trajo coristas de Ocopa y de los Descalzos de Lima, como nunca sucedió en Jauja». «¿Y conoció a un señor llamado Antenor, relacionado con la familia?». «No, no recuerdo…», dijo la anciana, luego de una cierta vacilación. «¿Y visitó usted alguna vez Yanasmayo?». «No, nunca, porque mi familia no tenía vínculos cercanos de amistad ni de parentesco con los de los Heros…». Y tía Rosa continuó, con expresión soñadora: «Me acuerdo sí que mi papá le vendía al mayordomo de don José María muy buenos vinos, y lo mismo hacía el señor Grellaud, un francés dueño de una gran tienda en la plaza. Venía el empleado con una lista, y se llevaba lo mejor. Y mi padre decía: "Ese de los Heros vive muy bien"». «¿Y de qué más se acuerda usted, tía?». «Me acuerdo que se casó una de las Ibarra, Antonieta Ibarra, y tus tías bajaron entonces a Jauja con su padre, y entraron en la iglesia, y la gente miraba más a Euristela que a la novia. Parecía realmente una reina, con ese porte, esa belleza». Se interrumpió la viejita, y quiso saber: «Pero ¿te interesa todo eso?». «Sí, tía…». «¿De veras?». «Así es». «Bueno, pues, entró tu tía, y me acuerdo de su vestido, tan elegante, y de sus aretes de rubíes, tan hermosa, realmente…». «¿Dice usted aretes? ¿No habría sido un anillo de amatista…?». «No, eran aretes, ¿por qué?». «No, por nada, pero ¿no era un anillo?». «Eran aretes, estoy segura, aunque por supuesto llevaría también anillos». Hubo un silencio en que la señora te miró con aire intrigado. Reanudaste tus preguntas: «Y cuando murió el señor de los Heros, y se establecieron en Jauja, ¿no se encontró usted con ellas, aunque fuera por casualidad?». «No, hijo, quizá porque se recluyeron cada vez más en su casa, y los años fueron pasando. Y a la verdad me olvidé de ellas, como mucha gente, e incluso si tú no hubieras tocado el tema ahora, no se me habría ocurrido pensar en las hermanas». Siguió un prolongado silencio. Era conmovedora la figura de tu tía, con el gorrito y esa expresión pensativa, evocando tiempos tan antiguos. Se irguió de súbito y dijo: «Oh, las horas se pasan, así que dejaremos para otro día la terminación de nuestra tarea. Pongamos a un lado las cajas, para tenerlas a mano la próxima vez». Y eso fue lo que hiciste, tú solo, porque Petrona te ponía nervioso. ¿Cómo podía soportarla la anciana? Y estabas por despedirte cuando dijo: «No, no te vayas todavía, porque tengo algo para ti». «¿Qué, tía?». «Ven conmigo». Y ambos se trasladaron a la oficina del difunto tío Rafael. Una salita pequeña, con las cortinas corridas, alumbrada por un quinqué y con un escritorio de tapa corrediza, cuyo barniz brillaba como nuevo. Había también un estante de la misma madera y estilo, con libros encuadernados, y una mesa con una vitrola que parecía recién comprada. «Sé que te gusta leer…», dijo la vieja señora. «Sí», contestaste, no sin cierto titubeo, pues no sabías qué tenía en mente tu parienta. «Y por eso», continuó ella, «he pensado regalarte una obra de las que compró mi esposo, y que no tuvo oportunidad de leer, y que estará muy bien en tus manos». Y abrió las puertas del estante y te

mostró unos diez o doce volúmenes empastados. «Sí, hijo, mira…». Y tú te inclinaste, y viste que se trataba de los sermones de Fray Luis de Granada, de un *Manual ilustrado de geografía*, de una *Historia natural*, un *Tratado del perfecto contador y tenedor*, unos compendios de derecho comercial, y de dos tomos con filetes dorados y en impecable estado, con el título, impreso en letras doradas, de *Autores selectos de la Literatura Antigua*. «Escoge lo que tú quieras, Claudio», dijo la anciana, confundiendo tu asombro con vacilación. ¿Cómo ibas a dudar, aunque pareciera un presente desproporcionado? Señalaste los dos volúmenes. «Son tuyos…», dijo tu tía. «¡Gracias!», respondiste emocionado, y tomaste los libros y abriste uno de ellos. Se trataba de una antología, y lo primero que viste fueron dos cantos del libro que leías en casa. «¡La *Ilíada*!», exclamaste, sin poder contenerte. «¿Ya conoces la obra?», se sorprendió la viejita. «No, no he leído estos libros, pero sí un antiguo poema que se llama así, y del cual hay aquí una parte. ¡No sabe usted cómo se lo agradezco…!». «Ah, bueno, ya me dirás de qué trata, porque yo no puedo leer, y menos cosas tan largas». «Por supuesto, tía…». Era una edición española de principios de siglo, con viñetas y grabados. Figuraban allí, además de esos dos cantos, otros dos de la *Odisea*, así como pasajes de la *Eneida*, y versos y fragmentos de otros autores griegos y latinos. Una edición muy linda. Conmovido le diste a la anciana un beso en la mejilla, y ella, desconcertada, murmuró: «Hijo, no es para tanto. Estoy segura de que estos los libros no podrían estar en mejores manos. Y ya es tarde, así que vete, porque tu mamá se va a preocupar». No era así, porque ya no eras un chico y con frecuencia volvías a casa de noche, pero sí para la viejita, de modo que te despediste. «Vuelve uno de estos días, y acabaremos con esa tarea». «Desde luego, tía». Y volviste a abrazarla y a besarla, y saliste sin esperar a que Petrona prendiera la luz del patio. Eran ya casi las ocho, y el cielo estaba encapotado y caían unas gotas de lluvia. Te apuraste, pues, con el tesoro envuelto en un pliego de papel. ¿Quién lo hubiera creído? ¿Qué diría Abelardo? ¿Y qué, si llegaran a saberlo, tus amigotes? Diste vuelta por tu calle y te dio en la cara un viento húmedo que venía de la laguna de Paca, pero también de las faldas y punas que se extendían más allá, hacia el norte, y que por eso era tan frío. Te acordaste de repente de las señoritas de los Heros, y de la manera tan viva con que las había evocado la anciana. Tan diferentes a ella, ahora, en su soledad, en su abstraimiento. La llovizna se convertía en aguacero, así que echaste a correr, protegiendo del mejor modo posible tu tesoro. Lo dejaste en la mesa de la sala, y en el comedor te topaste con tu tía Marisa, quien te vio y se echó a reír: «¡Qué pasó, joven amigo!». Te fuiste a mirar el espejo, y de veras que tenías una facha muy rara, porque el cucurucho de papel no te había protegido lo suficiente, y te había quedado el polvo de las cajas, e incluso algunas telarañas, sin que tú ni la vieja señora lo advirtieran, y todo eso se había convertido con la lluvia en una especie de masa, de modo que tu cabeza había tomado una apariencia horrorosa. ¡Esos mechones! Debiste correr al baño y tomar, tiritando, una ducha. Cuando retornaste al comedor ya estaban todos sentados a la mesa, y tu madre comentó: «Vaya, hijo, ¿estuviste buscando un *tapado* en casa de tu tía?». «No, un *tapado* no, pero sí en unas cajas

de papeles, porque la tía necesita unos documentos». «¿Y ese paquete ahí en la sala?», quiso saber Abelardo. Sin decir palabra fuiste a buscarlo y pusiste los dos volúmenes sobre el mantel. «¿Es un regalo…?». «Sí». «¡Dios, qué obsequio!», exclamó tu madre. «¡Qué belleza!», se asombró tu hermano, y al ver de qué se trataba, dijo: «No hay nada que hacer, Claudio, ¡esta es tu época griega!». «Yo no sabía que la tía Rosita tuviera inquietudes intelectuales», dijo Marisa. «No eran suyos, sino de mi tío». «Vaya, quién iba a pensar que tío Rafael alternara la ferretería con los clásicos». «No es eso», aclaró tu madre, «sino que una vez se presentó en Jauja un vendedor de colecciones de libros, tan persuasivo que hasta tía Grimanesa le compró una *Historia de la Gran Guerra*. ¿No te acuerdas?». «No, pero debió ser un campeón, si logró convencer a esa parienta», dijo tu tía, y volviéndose a ti agregó: «En todo caso, muchacho, si fracasas como músico, te podrás dedicar al griego y a la filología…». «Yo no voy a ser filósofo», protestaste. Abelardo precisó que tía Marisa no había hablado de filosofía sino de filología, y te explicó en qué consistía esa disciplina. «Yo no tengo ninguna intención de ser filólogo ni nada por el estilo». «Lo que haremos», dijo tu hermano, «será comparar las traducciones de los dos Cantos, a ver qué resulta». Y añadió: «Y ahora tendrás ocasión de incursionar en la *Odisea* y en la *Eneida*, y quizá también en las obras de esos otros autores». Los dos tomos pasaron de mano en mano, mientras la cena se enfriaba. «Joven, eres afortunado», sentenció tu tía. Abelardo señaló: «Hay aquí una coincidencia que algunos llamarían "azar objetivo"». «Otra vez, felicitaciones», dijo tu tía, «y ayuda a tu tía Rosita en todo lo que te pida, así se trate de espulgar a su loro o de ir a pie a Tiahuanaco…». «Por supuesto, tía, y no estaría mal eso de ir a Tiahuanaco, y además a Troya». Hubo que sentarse luego a la mesa, y buena parte de la plática versó sobre tan suntuoso regalo. Una hora después, ya en tu cuarto, hojeaste con Abelardo los volúmenes, y él procedió a efectuar la comparación de la que había hablado, aunque sin poder llegar a conclusión alguna. Cuando se retiró leíste algunos pasajes de la *Eneida*, y contemplaste las ilustraciones. Pero luego, cuando apagaste la luz, volvió a tu mente la imagen de Euristela de los Heros, en una mañana muy antigua, en la iglesia de Jauja. Ataviada como una reina, y con aretes de rubíes y un anillo de amatista. Bella como Elena, en esa mañana luminosa.

12 de enero

Soy un desordenado. Llevo estas anotaciones «a capricho», como se dice en música, y leo la Ilíada *también a saltos, deteniéndome en algunas escenas, y dejando otras para más adelante. Abelardo dice que eso es comprensible a mi edad, y que después de todo el poema no es una novela de Salgari. Y ahora las cosas se complican más, con mis* Autores selectos de la Literatura Antigua. *Y hay un desorden parecido en la manera en que se cruzan en mis pensamientos las tías de los Heros, Fox Caro, Elena Oyanguren, con los personajes de esas obras. Y así voy de uno a otro, entreverándolos, de manera que de repente voy a tener a tía Euristela hablando con Andrómaca, a Ifigenia quejándose ante Fox Caro, a los amarus de Marcelina combatiendo con*

el Escamandro, y a Palomeque discutiendo con Eneas. ¿Y si Dick Tracy le da una paliza a Menelao? ¿Si Sandokán se enamora de tía Grimanesa? Eres un desbarajuste, Claudio Alaya Manrique, un amado e incorregible desbarajuste.

¿Y las coincidencias? ¿Quién iba a pensar que ahora, precisamente ahora, iba a recibir un regalo como el que me ha hecho tía Rosa? ¿Pura casualidad o designio de los dioses?

«¿En qué andas, que no se te ve?», preguntó Felipe en cuanto abrió la puerta de su casa. «En un montón de cosas, pero aquí estoy», contestaste, al tiempo que pasabas con él a su cuarto. «Te he buscado con Tito, y también con Julepe, pero no estabas». «Ya te digo que tenía un cerro de cosas por hacer, y además unas visitas a los parientes». Tu amigo te miró con ojos burlones: «Oye, ¿no te has enamorado?». «Bah», dijiste, sin la menor intención de hablarle de Leonor. La habitación de tu amigo era más pequeña que la tuya, pero con muebles mucho mejores, más modernos, y con un radio, tocadiscos y un tremendo afiche de Los Panchos. «Te buscamos también para ir al campo, pero tu mamá nos dijo que habías ido a casa de unas parientas». «Mi vida está llena de tías…». «Dirás de antigüedades». «Sí, pues». «Yo en cambio tengo a mi tía Zoraida». «Eres un tipo con suerte, y de ella justamente quería hablarte, porque estoy seguro que te referías a ella cuando hablabas de esa dama que se desviste». «Podría ser». «¿Cuándo vamos a aguaitarla?». «Estás impaciente, muchacho». «¿Quién no lo estaría?». «Mi tía es un monumento». «Ya lo sé». «Y no solo un monumento…». «Una montaña, si quieres, pero por eso mismo…». «¿De veras ofrecí eso?», preguntó, otra vez burlón. «¡Claro que sí!». Tu amigo se rió. «Mira», insististe, «fue en noviembre que nos contaste que tenías una tía muy especial, y que la habías visto desnuda en su jardín, una tarde en que lloviznaba…». «Yo no dije de quién se trataba». «Y que podríamos subir a su tapia y aguaitarla». «¿Eso dije?». «Y no te hagas al zonzo, que el otro día, cuando charlamos en mi casa, volvimos a tocar el asunto». «Pero no recuerdo haber dicho quién es…». «No, pero ya me di cuenta». Al cabo de un momento Felipe admitió: «Es cierto, se trata de mi tía Zoraida, que está buenísima». «Según Julepe es la hembra más rica y tentadora de Jauja». «Y no solo de Jauja, sino del Perú». «Dios la bendiga, amigo». «Pero no me acuerdo haber propuesto nada…». Comenzaste a sospechar que más allá de los encomios, y del supuesto olvido, había una intención más concreta. Tu amigo dijo: «A ver, ayúdame…». «¿A qué?». «A recordar». «¿Y cómo te voy a ayudar?». «Bueno, si me invitas unos pasteles o un cine con la Tongolele…». «Oye, yo no soy Julepe, y me puedo aguantar las ganas de verla calata. Y además no tengo dinero». «Julepe es un huevón, y lo que quiere es un pajazo gratis a nombre y vista de mi tía». «Repito que yo no soy Julepe, y quizá tú eres el que se da los pajazos…». Felipe se rio y murmuró: «Para ser músico, no eres tonto, Claudio». «¿Ah no?». «Yo no soy como ustedes, ni me ando masturbando, y más bien tengo por ahí unos plancitos que ni se imaginan». «No lo creo, y hay quien dice que todavía mojas la cama por las noches, tal vez después de soñar con tu tía…». Se rio otra vez, sibilino. ¿Y si era verdad lo que decía? ¿Si de veras tenía esos

plancitos, en tanto que tú te contentabas con un poético pero casto amor a la chica de Yauli, y una admiración menos casta pero aun más platónica por Elena Oyanguren, para no hablar de la encendida pasión que te inspiraban los atributos de la señora Awapara? Sí, tal vez, porque Felipe era buen mozo, y con su carácter alegre y su facilidad de palabra de seguro gustaba a las mujeres. Se acarició la barbilla y dijo: «En todo caso, y ya que eres músico, me podrías hacer un servicio a cambio de mirar a mi tía Zoraida». «¿Qué?». «Hablo de ir conmigo a una serenata y hacer de bajo en unos boleros». «Y qué, ¿acaso voy a llevar mi piano a cuestas?». «No se trata de tu piano, sino de esa fea voz que Dios te ha dado». Te reíste, no sin melancolía, pues uno de tus pesares era no tener una buena voz. «¿Eso quieres?». «Bueno, si estás de acuerdo, y si pones empeño…». «¿Y después, solo después, me llevarás a ver a tu señora tía, calata como vino al mundo?». «No». «¿Cómo que no?». Te miró con aire ofendido y señaló: «¿Por tan poca cosa quieres ver desnuda a una de las más apetecibles damas de Jauja? ¿Eres tan tacaño, Claudio?». «Pero ¿qué más pides?». «Ya que estás tan interesado, acompáñame en la serenata, y rájate además con unos cines». ¡Unos cines, con lo mal que andaba tu economía! «¿Sabes, Felipe? Eres un caficho…». Te miró de soslayo, sin darse por agraviado, y comentó: «Mi papá tiene un refrán que dice: "París bien vale una misa…"». «Eso es lo que yo debería hacer, mandar rezar una misa y pedir a Dios que te castigue por traficar con los encantos de tu tía…». «No con sus encantos, sino con el pecaminoso deseo que tienen ustedes de verla como quizá no la vio mi difunto tío, que en paz descanse». Te asaltó una duda: «Y además, eso de calata, lo que se llama calata, no lo creo». «¿No?». «No». «¿Y aun si no es del todo calata…?». «Ah, ya sospechaba…». «¿Qué?». «Que la cosa no es como dices, y que doña Zoraida no se desnuda, y que a lo sumo se quitará un poco de ropa, como en la playa. Porque si se desnudara bajo el aguacero, aquí en Jauja, pescaría una neumonía». «Pero ¿no es ya mucho verla desvestida, con el hermoso cuerpo que tiene?». «No es lo que ofrecías, y menos todavía por el precio que cobras». Felipe se puso a caminar por el dormitorio, y al cabo de un momento decidió: «Ya está, olvidemos los cines, pero acompáñame en la serenata, y además, y ya que eres músico, me compones un bolero, con su letra y su melodía…». Te quedaste mudo. «Sí», continuó entusiasmado, «porque también tienes tus arranques de literato, y no en vano hablas tan pulido, así que puedes escribir una letra especial y componer una música también especial». «¿Qué?». «Solo eso». «¿Por ver a tu tía, y ni siquiera desnuda sino apenas desvestida?». «Pero ¿quieres que se calatee para ti solo?». Te echaste a reír y dijiste: «Eres un puto, Felipe». «Y en ese caso», continuó, «los cines y el lonche se los sacamos al cojudo de Julepe». «Aun así me parece demasiado, porque tu tía será un monumento, pero ya va para los cuarenta, y por otra parte no me gusta que nos hayas mentido». «Bueno, entonces haz la composición en plan de amigo, y quizá también como ejercicio». «No quiero». «¿Ni aun así?». «¿Y acaso te conduces tú como amigo?». «¿Y qué pides entonces?». Había que aprovechar la ocasión, así que dijiste: «Aguaitarla desde la tapia, verla como dices que la has visto, y después efectuar una visita exclusiva a su casa». «¿Todo eso?». «Y además no

quiero hacerme fama de alcahuete, de modo que tendrás que guardar lo de la serenata entre nosotros». «Je, je», se rio Felipe. «¿Quieres o no?». «¿No puedes proponer otra cosa?». «¡No!». Tu amigo te dirigió una mirada de soslayo, pero finalmente dijo: «Bueno, pues, ¡qué voy a hacer!». «Ah, otra cosa, no me apures mucho, si quieres que todo salga bien». «¿Quieres decir con eso que te vas a demorar todo el tiempo que quieras?». «No, pero no me presiones». Tu amigo reflexionó un momento, y accedió: «Bueno, pues, pero no te demores más de una o dos semanas». Y un apretón de manos, no muy caluroso de su parte, selló el trato a costa de la viuda de don Recaredo Ramos. «Pero antes de empezar», dijiste, «debo saber quién es tu Dulcinea». «Ya lo sabrás cuando hayas avanzado un poco». Tu amigo sacó luego un paquete de cigarrillos y quiso invitarte. «No, yo no fumo». «Disculpa, me había olvidado». No te agradó su tono irónico, y menos porque te recordó las varias veces que te habían dicho que hablabas y te conducías como viejo. Y no en vano Tito había señalado cierta vez: «Es porque te gustan los libros, Claudio, y porque hablas de ese modo, y por las cosas que preguntas». Y el propio Felipe había opinado, en otra ocasión: «Solo a ti te gustan la poesía y esa música aburrida. Solo a ti y a los teclos». Y Julepe, por su parte, había apuntado, faltando en buena parte a la verdad: «Y tampoco te gustan las películas de rumbas y guarachas». Te sacó de tu distracción la voz de Felipe: «Oye, ¿te has molestado?». «No». «¿Y por qué esa cara, entonces?». «Ya me he acostumbrado a que ustedes digan tonterías». Te miró sin comprender, y menos todavía cuando añadiste: «Y tampoco soy de los que van ufanándose de sus conquistas, y si de faldas se trata, prefiero hacer las cosas callado y por mi cuenta». «Pero ¿qué te pasa?». «Oh, nada», dijiste, incómodo por haberte dejado llevar por el malhumor. Tu amigo adoptó un aire conciliador y dijo, volviendo al objeto del convenio: «¿Te imaginas a Julepe mirando a mi tía y sin poder aguantarse…?». «A ver, cuenta, ¿cómo fue esa vez en que la sorprendiste?». «Fui a su casa con un encargo de mi mamá, y toqué y como nadie contestaba me asomé por la tapia que da a su huerto, y allí estaba ella en paños menores, y dejando que la llovizna le mojara los pechos». «¿Y no le importaba el frío?». «Era una tarde tibia, y además no estuvo mucho tiempo así». «¿Y tú qué hiciste?». «Me quedé asombrado, pero también feliz de ver todo eso, y deseoso de que siguiera. Y de tanto mirar desde allí, por poco me caigo y me rompo una pata». «¿Y cómo sabes que no salía de la ducha, o algo así?». «¿Y para qué habría salido al patio, y menos de esa manera? No, estaba ahí muy tranquila y a propósito, y de rato en rato alzaba la cara y sonreía, feliz de la vida». «¿Y las demás veces?». «Solo hubo otra, en que regresé a la misma hora y allí estaba mi parienta igual que la vez anterior». «Y ¿no sabes por qué?». «No». Reflexionaste un momento y dijiste: «Con lo que sé, podría ir yo solo a aguaitarla, sin pagar nada y menos tener que componer un bolero». Él te miró burlón y dijo: «Anda y verás que pierdes el tiempo, y que encima te atacan sus perros». «¿Tiene perros?». «Y ¿sabes acaso cuándo y a qué hora sale de esa manera?». Era mejor tranquilizar a tu socio, así que dijiste: «No, Felipe, yo no haría eso». Él se rio, con una risa silenciosa, que no te gustó. «Pero ¿no te pareció mal eso de aguaitarla, siendo su sobrino?». «Mi tía es tan sabrosa…».

«Pero es tu tía». «Me daré unos golpes de pecho para borrar el pecado». «¿Y no contaste nada a tu familia?». «A nadie, porque no me iban a creer, y además mi viejo me habría dado una tanda por mirón y lidinoso». «No se dice lidinoso, sino libidinoso». «¿Y cómo lo sabes tú?». «Porque le oí la palabra al cura Wharton, y mi hermano me explicó lo que quiere decir». «Ah». «¿Y entonces?». «Y también no dije nada porque mi viejo le tiene mil consideraciones a la tía, con la esperanza de que yo y mi hermano Pipo tengamos una parte en su herencia, ya que ella no tiene hijos». «¿Y tú no quieres ser su heredero?». «Oh, sí, pero falta mucho». «Eres un puto, Felipe». Tu amigo se rio de buena gana, como si le hubiera gustado el adjetivo. Tú insististe: «No te importa hacer de caficho, ni tampoco, por lo que veo, lo que hay allí de incestuoso…». «¿Acaso es mi mamá o mi hermana?». «Pero es tu tía». «El tío era don Recaredo». «Aun así, y si se trata de una futura herencia, es casi como tu mamá». «Bah, no exageres, y mira que si no te gusta el asunto no te tomes el trabajo del bolero». Hubo un incómodo silencio, pero como te morías de ganas por ver a doña Zoraida en traje de Eva, no te diste tú tampoco por desairado, y preguntaste: «Oye, ¿y de dónde le vendrá esa costumbre a tu tía?». Felipe te siguió la corriente y dijo: «A lo mejor de escuchar los sermones de tu vecino». «No, no creo», respondiste, dejando de lado por el momento las alabanzas foxianas al agua, la lluvia y la pureza. «Quizá también mi tía lo hace para tener un cabello más bonito, porque dicen que el agua de lluvia es muy buena para eso». «Pero ¿calatearse?». «No, en realidad no se calatea, como dije, y por lo demás, ¿qué importa el motivo?». «De veras», admitiste. Hubo un silencio, y para variar te levantaste a inspeccionar el pequeño estante de tu amigo, donde se alternaban unos pocos números de *Leoplán* y de *Estampa* con unas cuantas novelas policiales y de *cowboys*, en ediciones horrorosas, y una nutrida cantidad de textos escolares. Felipe te observó, y señaló: «No creo que encuentres allí los libros que te gustan». Y apagó su cigarrillo, abrió la ventana, se sentó en el alféizar y dijo: «No te molestes, pero eres un tipo raro, Claudio». «Ya sé, por la lectura, y por esa música que parece de iglesia, y por …». «No me refiero a eso». «¿A qué entonces?». «A tu gusto en visitar a gente vieja, de andar tras de la tunantada el 20 de enero, de seguir a las cholitas en los días de feria…». «¿Qué cholitas?». «Julepe te ha visto merodeando por ahí, y yo también». «¿Y qué hay de malo en eso?». «Nada, pero llama la atención». «¿Ah sí?». «Por ti te casarías con una chica de *lliclla* y de polleras». «Yo sí, si me gusta y la quiero. Y además mi abuela Marta era de Mito, o por mejor decir de Aramachay, y se vestía de polleras, y mi abuelo Baltazar era de Santa María». «Si vamos a hablar de eso, el mío era de Quero y trabajaba como arriero». «¿Y entonces?». «No digo que esté mal, sino que es algo que no se ve así nomás». «Y ¿por eso soy un tipo raro?». Te miró desconcertado y meneó la cabeza. Era mejor, sin duda, hablar de otra cosa. «Y a propósito de muchachas», dijiste, «y si voy a componer ese bolero, repito que es tiempo de que me digas quién es ella, para inspirarme…». «No, todavía», contestó Felipe, echando una mirada a la imagen que le devolvían los vidrios que tenía al costado, y alisándose los cabellos. «Ya es el momento, para que la letra le caiga como anillo al dedo y crea que tú lo hiciste todo». «No, ella

no es para tanto…». «Y entonces, ¿para qué quieres el bolero?». Tu amigo se decidió: «Se llama Rosalinda». «¿Rosalinda?». «Sí». «¿Rosalinda Corrales?». «Sí, ella». «Oye, ¿no es un poco grande para ti? Debe tener como dieciocho años». «Je, je», se rio Felipe. «¿Es la de los plancitos?». «No, porque aún no estamos en eso». «¿Estás enamorado?». Hizo un gesto vago. Así que Rosalinda Corrales, moza un poco más alta que tu amigo, con muy buenas piernas y otras cosas que hacían olvidar su cara de ociosa. «Tiene cara de ociosa», dijiste. «¿Y qué? ¿Acaso me voy a casar con ella?». «A menos que le hagas un crío…». «¿Le tienes antipatía?». Había algo de cierto en eso, quizá por lo vagamente vulgar de esa muchacha, y a pesar de sus encantos. Y además era hija del desagradable profesor Corrales, con quien te topaste en el establecimiento de Palomeque. «Y si te cae antipática», prosiguió Felipe, «¿cómo le vas a dedicar un bolero, aunque sea en mi nombre?». «Ya me las arreglaré». «Pero tendrá que ser algo bueno». «Eso espero». Y añadiste: «Bueno, ¿y lo de tu tía?». «Hablaremos con Julepe, para que se raje con los cines y el lonche». «Pero tendrás que decirle de quién se trata, y después Julepe lo contará a todo el mundo». «Yo me encargaré de eso». «¿Cómo?». «Ya verás, Claudio». «¿Un arma secreta?». «Más efectiva que tu cuento de la capadera». «¿Y Tito?». «Mejor no le avisamos». «¿Por qué?». «No podemos ser tantos». «¿Y para cuándo será la excursión?». «Tienes mucho interés, muchacho…». «Doña Zoraida podría ser casi mi mamá». «Pero te mueres de ganas de verla calata, y a lo mejor te has hecho algunas ilusiones». «La ilusión tiene que ver con el enamoramiento, Felipe, y no con las ganas, y además tu tía no me va a dar pelota jamás, lo que se dice jamás, aunque tampoco a ti, porque eres su sobrino». Felipe se rio y dijo: «A que no sabes quién pretendía a mi tía hace un gran montón de años…». «No». «¡Palomeque!». La sorpresa te dejó mudo. «¿Ese pedante y ridículo?». Tu amigo se volvió a reír con risa malévola. «Y le mandaba ramos de flores que ella botaba a la basura». «¿Y él lo supo?». «Claro que sí, pero insistió». «¿Y?». «Acabó por cansarse». «¿Y cómo lo sabes?». «Por mi mamá». «Así que si vamos a aguaitarla con Julepe, y Palomeque se entera…». «No solo le cortará los huevos, sino también el pescuezo, y a ti también». «¿Y a ti no?». «No, porque soy de la familia». No pudiste dejar de reír. Tu amigo dijo: «En todo caso, no se te ocurra mandarle flores a mi tía…». «Dije que no tengo plata». «¿No?». «No, y además tu tía debe tener muchos pretendientes, todos ellos platudos…». «Le sobran, pero ella como si nada». «¿Y por qué?». «Sabe Dios». Y tu amigo añadió, todo socarrón: «A lo mejor llegas a gustarle, Claudito…». «¿Te estás poniendo celoso?». Se rio una vez más y dijo: «Iremos a aguaitarla después de dar la serenata». «¿Dudas de mi palabra?». «Sí». Se te ocurrió una idea: «Mira Felipe, componer un boleracho toma tiempo, así que te propongo una cosa: vamos a aguaitar a doña Zoraida, damos después la serenata, y visitamos más adelante a tu tía». «No me parece». «Y además te doy mi palabra». «¿Y qué hago con ella si no cumples?». «Voy a cumplir». «Je, je». No supiste si darte por ofendido o insistir. Tu amigo dijo: «Yo propongo otra cosa, y es que vayamos a mirar a mi tía, me entregas después el bolero ya terminado y cantamos la serenata, y en fin visitamos a doña

Zoraida». No estaba mal, así que accediste, aunque con cierta y repentina suspicacia: «Pero ¿qué vas a sacar tú con la visita?». «¿Me crees tan interesado, Claudio?». «A decir verdad, sí». «Pues nada, sino el placer de contemplar a mi parienta…». «¡Incestuoso!». «Y con una tía así, ¿tú no lo serías?». «¿Solo eso?». «Y el de ver la cara de bobo que pones, y disfrutar los bocaditos que a veces invita mi tía, y hacerme querer por ella, por esa idea que tiene mi viejo». «Yo no voy a poner cara de bobo». «¿Ah no?». «A lo mejor eres tú quien lo hace…». «Ya quisieras tener una tía así». Te callaste, porque tus tías eran casi todas viejas, y sus cualidades muy diferentes. A ver, ¿quién se iba a enamorar de doña Grimanesa? ¿Quién de las señoritas de los Heros, por más que en sus buenos tiempos hubieran sido unas bellezas? ¿Quién de tía Rosa, por adorable viejecita que fuera? ¿Y quién de tu tía Marisa, con las bromas que hacía? Así pues te pondrías a componer el bolero cuanto antes, aunque Mozart y Bach protestasen en su tumba, y don Baltazar José Manrique soltara unos *ajos* en la suya. «Bueno, ya es hora de irme». «Oye», te retuvo un instante tu amigo, «a ver si te sale algo como *Flor de azalea*, ese bolerazo que está de moda. «Ya veremos». Y te despediste, y mientras volvías a casa estuviste pensado en la letra y esbozando una posible melodía. Después de todo, Zoraida Awapara valía no uno sino cuatrocientos boleros, aunque fuese en homenaje a Rosalinda y aun al antipático de su padre…

Marcelina dijo: «Y esa flor que llaman sullawayta unos dicen que es de la lluvia y de la escarcha, y otros del rocío y de la nieve. La cosa es que se trata de una flor maravillosa, y de ella dependen la lluvia y el ganado y las cosechas. Es fresca y hermosa como la luz de las mañanas, como el agua de los puquios. Y blanca, muy blanca y también muy delicada. Y por esa belleza, y por el poder que tiene, la buscan los amarus. Pero la flor los esquiva, y solo brota en lo más tupido del ichu, disimulada por la lima-lima y la escorzonera. Quien la encuentre será feliz, y hará feliz a su pueblo».

Te habías acostumbrado ya a la cara melancólica de Mercedes Chávarri, a su parsimonia, a su voz gruesa. Escuchabas con mucho interés sus indicaciones, pues sabías bien que no se le ocultaba ninguno de tus errores, aunque fingiese ignorarlos. Y te exigía siempre, con una visión que recordarías con agradecimiento y respeto, no absorberte en los detalles y atender siempre al *tempo* marcado en la partitura, al ritmo, a las líneas generales. Era notoria su experiencia de maestra, aunque sus alumnos hubiesen sido muy pocos, o por mejor decir sus alumnas, ya que tú eras, según ella misma precisó, su primer discípulo. Te eran ya familiares, también, la funda de su piano, la efigie de su señor padre en la fotografía de la pared, la lámpara de pantalla con flecos, los adornos de dudoso gusto y tan pasados de moda. Y la atmósfera de su sala, y ese olor a comida, a gatos, a cosas viejas. Sabías ya que el felino blanco era joven y se llamaba Joaquín, el gatazo de pelaje amarillo Luzbel, y la gata achacosa, que rara vez se mostraba, Sara. Nombres todos de personas, que por fuerza te hacían recordar los borricos del señor Remusgo, Tolomeo y

Timoteo, llamados así por misteriosa decisión de su propietario. No en vano comentaría Abelardo, cuando se enteró: «Vaya, esos gatos tienen los tres nombres bíblicos, y los jumentos nombres griegos. ¡Extraño paralelismo!». Y tu madre, que estaba presente, diría pensativa: «Y yo tuve de niña un perro que se llamaba Abdul y otro Aladino». «¡Ave María, así que los gatos son aquí judíos, griegos los asnos y árabes los perros! ¿Qué pueblo es este?», se asombró tu tía Marisa. Y tú te dirías más de una vez, en casa de la señora Chávarri, que a los estrambóticos nombres de los felinos se sumaban, no menos extravagantes, las ocurrencias de Carlitos Baylón, marido de tu profesora. Sea como fuere, y a pesar de gatos y vejeces, tus progresos eran indiscutibles, con gran contento de tu parte y de tu madre, y mesurada satisfacción de doña Mercedes. Por lo demás, y con loable prudencia, habías renunciado a Mozart y a la música andina en su presencia, como si lo único en el mundo de la música hubieran sido Lemoine, Czerny y Donizetti. Tecleabas ante su atenta vigilancia por espacio de una hora y media, y después, a una señal suya, cerrabas el volumen del método y te despedías. Así a lo largo de cinco o seis clases, hasta que un jueves, cuando estabas por marcharte, dijo ella: «No te vayas, porque mi esposo quiere conocerte». Y en efecto, casi al momento salió don Carlos, el sesentón de nariz y barbilla muy afilados, y con rubicundas bolsas debajo de los ojos, a quien habías visto muchas veces por la calle. «No te vayas todavía, jovencito», te retuvo el caballero, estrechando tu mano con la suya, inmensa y huesuda. Se veía que era un tipo jovial, parlanchín y confianzudo. No hubo más remedio que quedarse y tomar asiento en el sofá, a prudente distancia de Luzbel, que parecía estar de muy mal genio. «Como te conté», dijo mirándote la señora Chávarri, y mirando después a su cónyuge, «mi Carlitos canta, y muy bien». «Es algo que me gusta mucho», dijo el aludido con teatral ademán. Y, como temías, vino la fatal incitación de su consorte: «Tienes que cantar, amor, porque este joven está muy deseoso de escucharte». ¿Escuchar a ese truhán? Conocías ya, menos mal, los beneficios que puede traer en ciertos casos la resignación, así que pusiste el semblante más adecuado a las circunstancias, y preparaste las orejas. Se consultaron los esposos, y la víctima que escogieron fue, como era de esperar, el pobre Donizetti, que no tenía ninguna culpa de ello. La dama puso la partitura en el atril, se sentó en el taburete y el tenor se situó a su lado, con cara de que entendía esa escritura. Tocó la profesora el preludio de una romanza, y don Carlos arrancó con desaforada unción. Voz aceptable, y buena hacía cuarenta años, pero ahora algo cascada y por momentos desafinada, y no libre de ciertos gallos. ¡Cuánto trabajo se habría dado su cónyuge para enseñarle esos pasajes! ¡Cómo sonaría esa voz cuando el supradicho se echaba unos tragos, cosa que debía acontecer cada dos o tres días! Cantó, pues, un par de hojas, pero no pudo continuar porque le sobrevino un acceso de tos, explicable más por los muchos cigarrillos que fumaba al día que por los trémolos de ese *andante con brio*. Se interrumpió su media naranja y se empeñó en ayudarlo a vencer el inconveniente. Te acordaste de una observación de tu madre: «Será un vivo el tal Carlitos, pero es cariñoso con ella y ella lo adora». «Amor de solterona añeja y de un ave sin nido», dijo malévola tía Marisa. «Tardío

encuentro de dos soledades», comentó con filosófico acento tu hermano. Y te acordaste también, claro está, del adjetivo que había empleado tu tía Rosita, por cierto no muy halagüeño: ¡echacuervos! Sí, doña Mercedes lo adoraba, y el vejete se dejaba querer y a su modo era bueno con la dama, aunque no dejase de vender uno a uno, en plan de timba, los bienes muebles que el difunto señor Chávarri había dejado a su hija. «Gracias, gracias», decía el cantor, sonándose con el pañuelo de su señora. También te conmovió advertir lo recosida y muy bien planchada que se veía su camisa, por la amorosa mano de tu maestra. «Ya me va a pasar, y podremos continuar…», dijo Baylón entre carraspeos. Los gatos, mientras tanto, disgustados por el estruendo, se habían dado a la fuga, menos Sara, que desde su rincón miraba al cantor con ojos asesinos. A ti te asaltó el temor de que se hubiese reactivado la antigua tuberculosis del marido, a pesar de su edad y sus años de residencia en Jauja, y que el aparatoso acceso se convirtiese en tragedia. Te pusiste de pie para retirarte, pero doña Mercedes te detuvo: «No te vayas, porque no queremos defraudarte, y ahorita se va a sentir bien Carlitos. Podrás escuchar así esa otra parte, tan bonita, de *Lucia di Lammermoor*…». ¿Qué podías hacer? En fin tomó asiento la pianista, y su marido se aclaró la garganta, y mientras reiniciaba su recital, te dijiste que debías echar una mirada a los *Morceaux choisis* de Donizetti, que la dama tenía ante la vista. Y de esta idea tu mente pasó, sabe Dios cómo, a la evocación de Zoraida y de su gloriosa humanidad, entonando otro tipo de aria en su jardín, en la luz de una tarde despejada. La voz de doña Mercedes te arrancó a esa erótica divagación: «¿Y qué te pareció, Claudio?». «Muy bien, señora, y qué bien canta don Carlos». Don Carlos acogió con beneplácito tu alabanza, pero no dejó de dirigirte una mirada inquisitiva. «Muy bien…», insististe. «Esto merece celebrarse», dijo el tenor pasándose la lengua por los labios, pero una mirada suplicante de su cónyuge le hizo desistir. Dijo en cambio: «Amor, le voy a enseñar a este joven la foto de esa vez que canté en el teatro Forero. Debe estar en la cómoda, ¿no?». «Creo que sí, mi vida». Y allá fue don Carlos, pero no estaría en ese lugar la foto, o el ciudadano se dedicaría a otros menesteres, porque se demoró un buen rato. Tú tenías miedo de que doña Mercedes comenzara a preguntarte con mayor detalle sobre las excelencias vocales de su consorte, y que, no complacida con tus menguados elogios, se vengara con ironías sobre tus fallas de principiante. Optaste, pues, por abordar otro tema. En el apuro no se te ocurrió otra cosa que averiguar si la señora Chávarri conocía a las señoritas de los Heros. «¿Dices de los Heros? No, no sé quiénes son…», respondió. «Una viejitas que viven en una casa blanca, en el jirón Salaverry». «Ah, ellas», dijo, «sí me acuerdo, pero, ¿por qué me preguntas?». «Escuché decir que en su juventud tocaban el piano». Con gran sorpresa tuya la vieja señora respondió: «La mayor lo hacía, y no mal». «¿Y qué tocaba?». «Pues aires antiguos y cuadrillas y rondós, y también música de autores alemanes, e incluso más moderna, pero no seria como la de Donizetti. La menor cantaba». No pudiste averiguar más porque reapareció Ayllón con un sospechoso olorcillo y trayendo no una sino dos fotografías, en las que en efecto se le veía con los brazos levantados y la boca abierta, pero sin que hubiera podido asegurarse, por lo vago del asunto, si

estaba en un escenario o sentado en su cama o cantando en el baño. Aguantaste con hipócrita atención las explicaciones del divo, y la embelesada expresión de tu profesora, pensando en cómo poner pies en polvorosa. Se apiadó por fin el destino y lograste decir: «Ya es tarde y tengo que hacer un encargo de mi mamá». Y luego de nuevos elogios de tu parte, y otras tantas y dudosas loas que Baylón tributó a tu talento, emprendiste la retirada. Fuga *in extremis*, en verdad, pues doña Mercedes había esgrimido la amenaza de un té con galletas en honor de tan preclaro artista. Czerny y Clementi podían merecer muchos sacrificios, y mucho también la solicitud de tu maestra, pero no tanto. Sosegado, en fin, y a salvo, tuviste que admitir que a pesar de todo Carlitos Baylón era un tipo simpático, o por mejor decir pintoresco, con sus ribetes de pícaro y quizá de echacuervos, pero no el pillo de que otros hablaban. Y su voz tampoco era tan mala, y podría mejorar con una larga abstinencia de pisco, cerveza y cigarrillos y una cura de rejuvenecimiento. ¿No sería, por eso, más adecuado socio para la serenata en que Felipe estaba empeñado? ¿No sonaría su voz más persuasiva en los oídos de Rosalinda Corrales? ¡Bah, a la legua se podía notar que se trataba de un viejo, y qué viejo! Y además, quizá Rosalinda no era tan desorejada como imaginabas, ni Felipe tan complaciente como para aceptar tal acompañante. Así, pues, no solo tendrías que poner mano cuanto antes en el bolero —letra y música del talentoso joven Claudio Alaya Manrique—, sino también ir preparando la voz para no quedar como un desastre a la hora de los loros, con perdón de Teodorico. Y así, tonificado el ánimo, aceleraste el paso, riendo de rato en rato por lo de echacuervos y la cara de alacrán de Carlitos Baylón. ¡Pobre Donizetti!

Por unos días no quisiste tocar el asunto de tu visita a las tías de los Heros y la impresión que te habían causado, aunque por las noches volvieras a ver esos rostros absortos y a escuchar ese hablar intermitente. Experimentabas todavía un sentimiento de culpa por tu inicial renuencia a ir a la casa del jirón Salaverry, y de cierto enojo porque no te habían dado una imagen más cabal de esas parientas. Cuando retornaste a casa, esa mañana, tu madre y tu tía quisieron saber cómo te había ido, y tú dijiste: «Son dos viejitas raras, muy raras, que hablaron muy poco, y que volveré a ver porque las encuentro de veras muy interesantes». Y así había de ser, y más aun porque las viejas damas te habrían de parecer personajes cada vez más fascinantes, a los que retornarías en pensamiento a lo largo de toda tu vida. Te dirigiste luego a tu madre en un momento adecuado. «Madre», dijiste, «quisiera hablar de las tías…». Ella alzó la vista de la costura en que trabajaba y te observó sorprendida: «El otro día no nos diste detalles…». «Para comenzar, no son las “tías locas”…». «Marisa no lo decía con mala intención…». «Al escucharlas tengo la impresión de que se hubieran quedado en el pasado, y como si volvieran siempre sobre los mismos temas, sobre las mismas cosas, como en sueños…». «Cuando yo estoy con ellas, se refieren sobre todo a los asuntos del día…». «Conmigo no, y todo lo que dicen se relaciona con antiguos tiempos». «¿Ah sí?». «Es decir, de esa manera…». «¿Tan desordenada?». «Así es, y tan diferentes en eso,

por ejemplo, a tía Rosa». Tu madre sonrió y preguntó: «¿Y tía Grimanesa?». «Oh, esa vieja antipática…». «Pero ella también se olvida de todo, y vive cada vez más en el pasado». «Pero de otro modo, y además es tan prosaica, con sus aversiones y pleitos, mientras que Euristela e Ismena dicen cosas tan extrañas, y por lo mismo lamento no haberlas visitado antes». Tu madre comentó, al cabo de un momento: «¿No será que te dejas llevar por la imaginación?». «¿Por qué?». «Por lo que crees ver en ellas y que nosotros no vemos, o no vemos de la misma manera, y a lo que das quizá demasiada importancia. Algo que sucede también, me parece, con Fox Caro, Mitrídates…». «Yo no diría que son casos semejantes…». «No, pero tienen algo en común…». «Tal vez», dijiste, y regresaste al hilo que te interesaba: «Ellas hablan a pocos, en frases cortas, con referencias incompletas, que lo dejan a uno tan intrigado. Y a propósito, ¿realmente no sabes quién fue Antenor?». «Ya te dije que no». «Pero ¿nunca han mencionado delante de ti ese nombre?». «No que yo recuerde, y lo recordaría». «¿Y no han hablado tampoco de una sortija muy hermosa?». «No». «¿Y de las veladas allá en la hacienda, en que tocaban el piano y cantaban?». «Les he escuchado algo al respecto, pero muy poco». Hubo un silencio y tu madre añadió: «Es curioso que hablen de todo eso contigo y no con nosotras, ni con Abelardo». «Yo les dije que toco el piano, y que me gusta la música, y quizá será por eso…». «Ellas saben que yo también lo hago». «Bueno, entonces no sé…». Y añadiste, intentando una broma: «¿Será que a mí me reservan la poesía, y a ustedes la prosa?». Tu madre no apreció el chiste y preguntó: «¿Y qué te pareció la casa?». «Tan modesta, tan descuidada, que es difícil imaginar que sus dueñas hayan sido personas muy ricas». «Y también cultivadas, por extraño que parezca en las hijas de un hacendado de esos tiempos…». Y era así, pues, si no, ¿cómo aprendieron a tocar el piano y cómo se interesaron en la música culta, sin dejar de cultivar la andina? Volviste a tus preguntas: «¿Dónde estudiaron?». «Escuché decir a mi madre que estudiaron un par de años en Lima, en un colegio de monjas francesas, pero que por alguna razón no continuaron, y que luego de un tiempo regresaron a Yanasmayo». «Pero, ¿cómo se avinieron a vivir en ese aislamiento?». «Nosotros también nos hemos hecho esa pregunta, y a la verdad no hemos encontrado respuesta». «¿Y Felícitas?». «Solo sé que fue una huérfana de la hacienda, que se quedó con ellas y que ahora es quien las atiende». «Pero ¿no tenían a su sobrina…?». «Emilia Rivas, que veía por ellas, pero que hace más de tres años se fue a radicar en Lima y no regresó. Una persona muy desconfiada, incluso con nosotros, por lo cual no íbamos a visitar a las tías». «¿Y no se acuerda ahora de ellas? ¿No les escribe?». «No, y tu tía Ismena me dijo una vez que ella se había aprovechado y les había vendido muchas cosas…». Pasaste a otro tema: «¿Hablan quechua las ancianas?». «Muy bien, y deben ser las últimas personas que aún lo hacen así en Jauja». «Yo hubiera querido también…». «Yo hablo un poco, como tú sabes, y también Marisa, pero no como ellas, o mis padres. Tu papá sí lo hacía a la perfección, pero el quechua de su tierra». «Ya me contaste». «A veces sucede que tía Euristela pasa, sin darse cuenta, de un idioma a otro, y no es fácil seguirla entonces, porque habla muy rápido». Ibas a continuar con tus preguntas, pero

entró al taller tu tía, toda contenta porque acababa de recoger en el correo una revista de pedagogía a la que se había suscrito. Estuvo hablando al respecto por un espacio, pero se detuvo de pronto y dijo: «Oh, disculpen, creo que ustedes hablaban de cosas más importantes». «Hablábamos de nuestras tías de los Heros, y de la visita que Claudio les hizo», respondió tu madre. «Fascinante experiencia para este joven, por lo que veo». «Son personas tan enigmáticas», dijiste. «No lo dudo, pero tú las rodeas de tal misterio…». «Y tanto», intervino tu madre, «que este joven se lamenta de no haberlas visitado mucho antes». «¿Y todas esas objeciones?». «Tú también tienes la culpa, tía Marisa, por tus bromas y ese apodo de "tías locas"». «Lo siento mucho, sobrino, pero no por eso van a decir que no aprecio a las viejitas». «Pero ¿crees realmente que no saben lo que dicen, y que están medio locas?». «No podemos negar que están como ausentes, con el pensamiento puesto en un pasado que sin duda vivieron con felicidad». «Así es, seguramente», dijo tu madre. «Y el presente, en su caso, no es quizá sino un tiempo de espera, por doloroso que sea decirlo». «¿Y nunca hubo ocasión para que ustedes conocieran la hacienda?». «No», contestó tu tía, «pues cuando se produjo el incendio tu señora madre y yo aún jugábamos». «Pero después…». «No, tampoco…». No pudiste continuar, porque la plática fue interrumpida por la llegada de una cliente de tu madre, doña Laurencia Guevara, muy alta señora, pero no por la alcurnia sino por la talla, a quien tu madre le cosía ropa con mucho trabajo por los problemas de escala. Apenas si la dama se dignó contestar los saludos y preguntó sobre el traje que había encargado. «Ya está casi listo», le contestó tu madre, con una deferencia que te disgustó. «Me urgía», dijo la visitante, y procedió a probarse la prenda tras del biombo, luego de lo cual formuló algunos reparos. Tu madre arregló esos detalles. Doña Laurencia aguardó, mientras tanto, sentada en una silla y en altivo silencio. Pagó luego lo que aún debía, y estaba por marcharse cuando se volvió y dijo: «Cose usted bien, Laura, aunque no sea muy cumplida». «Gracias, doña Laurencia». «Y dígame, ¿no salía usted, hace tres o cuatro días, de la casa de Euristela de los Heros?». «Así es». «Ah, ya me parecía, y sin duda fue a tomarles las medidas…». «No, sino a visitarlas, porque son mis parientas». «¿Ah sí? ¿Y no sabe si todavía conservan algunas de sus cosas antiguas?». «Supongo que sí…». «Lo digo porque a nosotros nos vendieron una linda fuente de porcelana azul, con unas figuras de caballos, y me gustaría saber si tienen otra semejante». Se detuvo un momento, y luego preguntó con una cierta sonrisa: «¿Y sigue usted con el piano, Laura?». «Así es». «No me diga…», y con una nueva sonrisa se despidió. Tu tía comentó: «Es tan imponente esta señora, que una se siente como junto a una torre, y además es tan antipática. ¿Por qué tenía que hablar de la fuente y de las cosas que vendían las tías? ¿Qué le importa a ella si tocas o no el piano?». «Quien las vendía no serían ellas, sino Emilia», dijo con malhumor tu madre. «Y esta señora tan creída, ¿es rica?», preguntaste. «Su papá fue un médico que hizo dinero, y tan altanero que por poco le echó a perder el noviazgo a la hija». «No debieras coserle». «No siempre es posible escoger a los clientes», dijo tu madre. «Creo que deberías cobrarle no por vestido, sino por la talla, es decir el

doble». «Olvídenla, por favor». Consideraste oportuno volver al tema anterior, y dijiste: «Lo que yo no entiendo es por qué las tías se quedaron solteras…». «Yo tampoco», dijo Marisa, «porque Euristela fue muy hermosa, y guapa también Ismena». «Una vez Emilia me contó», comentó tu madre, «que tía Euristela tuvo un pretendiente de Huancayo, un hombre que venía y le enviaba cartas y regalos, pero que ella finalmente rechazó, como hizo con otros». «¿Eso dijo?». «Y eso no es todo, porque le escuché decir a papá que unos comerciantes franceses, de los varios que había en Jauja por aquellos años, cortejaban a las hermanas, con el mismo y negativo resultado». «¿No sería que ya comenzaban a retraerse?», preguntó tu tía Marisa. «Quizá…». Se te ocurrió otra posibilidad: «¿O no sería simplemente que por entonces eran muy orgullosas, por su belleza y por su fortuna, y que nadie les parecía bien?». «No, no creo». «La prueba es que siempre fueron afectuosas con papá, que solo era un primo segundo, y de una rama pobre e ilegítima, por añadidura». «Bueno, pero no era un pretendiente, y sin duda lo apreciaban por la música, ¿no?». «Seguramente». «Papá las visitó un par de veces, allá en Yanasmayo», dijo tía Marisa. «¿De veras?». «Así nos contó, y dijo que el piano era de cola y estupendo, y también cómo fue que lo transportaron, allá por los años noventa, unas cuadrillas de pongos». «Es tan extraño», dijiste, «un piano de lujo, allá en esa tierra». «¿Y cuándo habría sido esa visita?». «No lo sabemos». «¿Y tocaría el abuelo en las bodas de una señorita Ibarra?». «¿Y cómo sabes de eso?», se asombró tu tía. «Me contó tía Rosa…». «Vaya, qué cosas te cuenta la viejita». «Un matrimonio muy pomposo». «Me acuerdo que papá decía», dijo tu madre, «aunque todavía yo era chica, que esa fue la más rumbosa ceremonia nupcial de aquellos tiempos». «¿Y saben ustedes de una gran misa de difuntos que mandó oficiar el señor de los Heros, en recuerdo de su finada esposa?». «Yo no sé nada», dijo tu madre, «¿y tú, Marisa?». «Yo tampoco, y por lo que veo este joven, gracias a su muy amable tía Rosa, está mucho mejor enterado de esas antigüedades que nosotras…». «Sí, de veras». «A ese paso bien podría dedicarse a la arqueología». «Tía, hace poco dijiste que yo estaba bien para la filología». «¿Acaso no tiene que ver también con la antigüedad? Tú arqueólogo o filólogo, y Abelardo historiador, ¿no es sugerente?». «También has dicho que tengo vocación de notario». «Así es, por esas libretas en que garrapateas no sé qué cosas, y donde según sospecho andamos también nosotras, junto con tus amigos, los parientes, y cuanta persona se cruza en tu camino…». «No seas mal pensada», protestó tu madre. «Eso no es ser mal pensada, Laura». «¿Y por qué nos va a poner Claudio en sus anotaciones?». «Por la misma razón por la que metió a Julepe y al peluquero en la historia del heliotropo, ¿o lo has olvidado?». «No, pero nosotros somos su familia». Alarmado, no dijiste nada, aunque te complacía el misterio que rodeaba a tus libretas. Tu tía aprovechó para insistir: «¿No ves, hija, que el que calla otorga?». «No otorgo nada», protestaste. «¿Ah sí?». «Me gustaría escribir unas líneas sobre esa fuente de porcelana con caballos azules, que compró doña Laurencia Guevara». «Ah, miren como quiere desviar la atención…». «Esa fuente yo la vi, y de veras que era magnífica. ¿La imaginan ustedes, ahí sobre la mesa en Yanasmayo?». «Tú también fantaseas,

Laura». «Nombre tan hermoso…», dijiste. «Alguna vez escuché decir a papá que antes, mucho antes, esa tierra se llamaba Amarucancha», dijo tu madre. «¿Amarucancha?». «Sí, supongo que por ese animal fabuloso de que hablan las leyendas». «Marcelina me contó de niño esas historias…». «Sabía tantos cuentos, incluso de condenados y cabezas voladoras». «Me acuerdo muy bien, madre, pero lo que más me impresionó fue esa leyenda de las serpientes aladas, una blanca y otra negra». «Y de cómo aparecieron los primeros hombres, y el río Mantaro se abrió paso…», añadió tu tía. «Vaya, tú también estás enterada». «Claro que sí, sobrino, y también mi señora hermana, porque ambas escuchamos todo eso de chicas en Ataura». «¡Dos sierpes aladas, combatiendo en medio de la tormenta!». «Y una acabó en la laguna de Chocón y otra en Janchiscocha». «Taita Alberto decía», señaló tu madre, «que cuando aparezca la *sullawayta*, flor de la lluvia y de la escarcha, se alzará un arcoiris desde el valle de Yanamarca hasta las lagunas de Janchiscocha». «Yo oí otra versión», dijo tu tía, «según la cual el amaru blanco cantaba como una sirena, y el negro daba unos bramidos horribles». «Eso es un invento tuyo, Marisa». «Se la escuché a Felipe Tarijhuamán, el albañil que trabajaba aquí cuando éramos niñas, ¿no te acuerdas?». Hubo un silencio y tú dijiste: «Tal vez la sierpe blanca es la que inspira a Fox Caro…». «¿Por qué?». «¿No ves, Laura, que tu hijo tiene más dotes para la literatura que para las teclas…?». «¿Ah sí?». «Mira no más que dice *sierpes*, y no *serpientes*, o *culebras*». Ibas a contestar, pero caíste en cuenta de algo muy importante: «Tía, ¿hablaste de un arcoiris que nacería en Yanamarca…?». «Más precisamente en la laguna de Chocón, que está en ese valle…». «Y la hacienda de las tías, que se encuentra más al norte, se llamaba Amarucancha, y fue quizá de allí, entonces, de donde surgió el *tulumanya*…». «Hijo, debe ser una coincidencia, pues tú sabes cómo son los cuentos y los nombres de los lugares». «Amarucancha, Cerco del Amaru…». Hubo una pausa. «Ahora me acuerdo», dijo tu tía Marisa, «y lo leí en un texto escolar para el sexto grado, que entre los palacios de los incas en el Cuzco había uno que se llamaba así, Amarucancha, con unas grandes figuras de serpientes». «Pero ¿estás segura, madre, que ese fue el nombre que mencionó el abuelo». «Sí, claro». Al cabo de un momento tu tía observó: «Debes andar algo trastornado, sobrino, porque de un lado te obsesiona ese mito andino, y del otro deambulas por entre los dioses y guerreros de la *Ilíada*, y tanto que sueñas con Palomeque disfrazado de troyano…». Así era, en efecto, y justo en ese momento cruzó por tu mente la imagen de la Elena argiva, vestida de blanco y vagando como una sombra por una Ilión en llamas. ¿No andaría así Euristela por entre las torres funerarias de Raupi? Alejaste con esfuerzo esa visión y dijiste: «Quién lo creería, ¿no?». «¿Qué cosa?». «Pues que hablemos de todas estas cosas…». Tu madre dijo: «En Jauja todo es posible». «Ah, no me vengas Laura con eso de la Isla de Jauja». «¿No es el País de Jauja?». «Pero no la tierra de holganza y felicidad que pintan los romances antiguos». «No, por desgracia», replicó tu madre. «Ni tampoco de la felicidad». «Eso no podemos saberlo por ahora», dijo tu madre. Tú terciaste: «Me gustaría escribir alguna vez un libro sobre esa leyenda del País de Jauja». «Y ¿quién no, si se trata de

alabar el ocio y echar pestes del trabajo?». «Y hablando de libros», te pidió tu madre, «¿no podrías ir a buscar mi *Arte y práctica de la costura*, que dejé en mi cuarto?». «Laura, ¿por qué eres tan prosaica?». «Ahora soy yo la prosaica…». «¿Y no es así?». «En la costura puede haber también belleza», respondió tu madre. «Tal vez, pero no tienes derecho a arrancarnos así, por un manual cualquiera, de las alturas del mito y la fábula. ¡Habráse visto!». Tu madre se rio, pero tú no tuviste más remedio que levantarte y salir en busca de ese volumen, no muy convencido de que la costura pudiera ser también una de las bellas artes. Cuando retornaste, tu tía se había retirado para continuar con sus quehaceres, y tu madre ya no quiso conversar y se dedicó a lo suyo.

Jauja, 15 de enero de 1948

Querida Laurita:

Te contesto con demora, pero tú eres buena gente y me vas a disculpar. Te esperábamos para Navidad, y después para Año Nuevo, y fue una gran desilusión que no llegaras. Ahora sabemos que tampoco podrás venir para el 20 de enero, pero sí antes de las fiestas de carnavales. Ojalá sea así, pues te echamos mucho de menos.

Mis compañeros de vacaciones y aventuras son los infaltables Felipe, Tito y Julepe. A este lo recuerdas sin duda, ya que es el centro de la historia de Palomeque y el heliotropo que te contó Abelardo, que según él es toda invención mía. Y te acordarás también de Felipe, porque es sobrino de doña Zoraida, la viuda de Recaredo Ramos, señora tan vistosa. Y Tito es hijo del doctor Solís, que trabaja en La Oroya. Los tres estamos en el mismo año en el colegio.

Mamá habló con doña Mercedes Chávarri, y soy desde hace dos semanas su alumno, su puntualísimo alumno de piano. Señora no muy guapa que digamos, y mucho menos joven, pero que sabe de música y me ha fijado montones de ejercicios de un método que no perdona nada. Yo feliz, a pesar de que tengo que pasar horas y horas frente al teclado. No quiere que toque Mozart, al menos por ahora. Mamá dice que siga al pie de la letra las indicaciones, y que así, poco a poco, avanzaré y dejaré de tocar como ella. Ya sabes cómo es nuestra madre, tan modesta. Abelardo le dice, por eso: «No te haces justicia…».

No hemos renunciado a la música de nuestra tierra, y nos alegra muchísimo poner en pentagrama sus melodías. Completamos así un cuaderno con los «pasos» de la jija, y haremos lo mismo con la huanca danza*, que los alumnos de tía Marisa bailaron en la fiesta de su escuela. Abelardo dice que debo ir a las alturas de Apata, porque allí hay otra danza, la danza del cóndor, que nadie conoce en el valle. Espero que continuemos, y digo así porque a veces mamá se siente cansada y dejamos nuestra tarea para después.*

No le he hablado del proyecto a la señora Chávarri, pues ya sé su manera de pensar. Abelardo sí le da mucho valor, porque así vamos formando, según dice, un «archivo» de música

jaujina, como hizo el abuelo con algunos huaynos y villancicos. ¿Te acuerdas de Puna triste*, de Carlos Valderrama? Ese señor también recogía música andina, y lo mismo hicieron otros señores, a los que el abuelo Baltazar conoció.*

No te imaginas las personas interesantes que voy descubriendo, cerca de nosotros, aquí en nuestro barrio, y entre los parientes. Es como si de repente se hubiera abierto un portón y ¡zas!, se me viniera encima toda una serie de personajes que me producen una gran curiosidad, que me fascinan. Dirás que soy un exagerado. Pero así es, Laurita. Nuestro colindante don Fox, por ejemplo, tan sencillo, vive en una casa que parece un pequeño laberinto fantástico, y ahí, entre ataúdes y canastos, se despacha con poéticos sermones sobre el agua, la luz y la alegría. Tienes también a nuestras tías, las señoritas de los Heros, tan extrañas, que no se separan ni para dormir, como si fueran «estrellas binarias» (palabras de tu hermano mayor). Y está también ese hombre raro, ocurrente, buen ajedrecista, que pasa su vida entre los muertos, y que se llama Mitrídates.

Solo es cosa de abrir los ojos.

Me he leído casi toda la Ilíada*, por generoso encargo de tu hermano mayor. Tú también lo hiciste, según me cuenta. Me he aburrido en algunas partes, pero en la mayoría he disfrutado como no te imaginas. Qué hermoso el combate junto a las naves. No me vas a creer, pero he soñado con naves negras en un mar agitado. Por supuesto que me desperté nervioso, pero también, bueno, no sé cómo decir…*

Y hablando de Elena, la de Troya, claro que conozco a Elena Oyanguren, aunque solo sea de vista. Estoy segurísimo de que Abelardo suspira por ella, aunque me temo que sin esperanza. Por supuesto que yo también, porque es una beldad, pero como es tan lejana, o mejor dicho imposible, no pierdo el sueño ni las ganas de vivir. La veo en la plaza, a la salida de misa, en los domingos, con sus amigas y un señor extranjero, vestida siempre de colores claros. Me gustaría tanto recitarle ese pasaje del poema, con Elena en las murallas…

No me he encontrado con Berta ni con Cristina. A María del Carmen la vi el otro día, muy juntita con un nuevo empleado del Banco de Crédito, y ni cuenta se dio. Tu antigua profesora, la señorita Borea, preguntó por ti, y le dije que estabas muy bien, y que pronto volverías.

Te echaré mucho de menos. Yo también me acuerdo de las veces que íbamos, en las fiestas del 20 de enero, tú y yo, a la plaza de Yauyos, y mirábamos desde un toldo toda esa gente, y los conjuntos, las bandas de músicos, los jinetes. Alguna vez, también, seguimos a los bailantes. Después ya no fue posible, porque creciste y todos te miraban, y eso me daba cólera. Me acuerdo también que una vez te pusiste a imitar en casa a un tucumano*, y yo y mi amigo Chicho (el que se fue a vivir a Tarma) nos desternillábamos de risa. Bueno, todo eso parece ahora tan lejano, y por eso mismo quisiera que regresaras y fuéramos de nuevo a Yauyos.*

A veces me pongo a pensar: tengo una hermana. Sí, pero no la veo casi nunca, y cada vez que vuelve, después de tanto tiempo, me siento corto, y al menos al principio no sé qué decirle. Así

es. Te diré incluso que me siento celoso de la tía Eloísa, que a mí nunca me ha caído muy bien por lo habladora, y porque te tiene todo el tiempo junto a ella. Pero es buena contigo, estás en su casa, y ¡qué se le va a hacer! Ojalá nomás que las cosas mejoren y Abelardo se decida a volver a la universidad y se reúna contigo, y más adelante vaya yo también, para estar los tres juntos.

No quieres contarme quién te corteja, y menos si tienes enamorado. No importa, ya lo sabré. En todo caso, aquí habrá muchos que se pondrán a suspirar por ti en cuanto te vean. Y no faltará quien venga a cantarte de noche, en una serenata con boleros de Los Panchos, que hacen furor. A propósito, y para cierto asunto que tenemos con Felipe, tendré que escribir la letra y componer la música de un bolero original para una damisela, no mía sino suya.

¿Te das cuenta? ¿Este entusiasta de Mozart componiendo un romantiquísimo bolero? Ya estoy borroneando unas hojas pautadas, a ver qué resulta. Y eso no es todo, porque cuando esté listo el dichoso bolero, tendré que ir de serenata con el interesado y acompañarle a entonar la cancioncita al pie de una ventana, con peligro de que nos boten a pedradas.

Estoy impaciente por ver tus pinturas y tus dibujos, y de tenerte en casa y acompañarte al campo, y ver cómo van apareciendo en la cartulina de tus dibujos y acuarelas, más intensos, más hermosos, nuestros árboles, nuestros cerros, nuestro cielo.

No quiero hablar de Ataura. Tenía pensado ir por allá, pero no lo voy a hacer porque me da una pena terrible ver que otros tienen nuestro terreno y disfrutan de la era, de los árboles, del paisaje.

Es verdad que tía Marisa decía que soy bueno para abogado, pero no es así, y creo que ya no piensa de esa manera. Abelardo me alienta en la música, pero fue el primero en decirme que no me hiciera ilusiones. Ahora considera que tengo más condiciones para escritor, cosa de la que se habría alegrado papá, que deseaba tener un hijo dedicado a las letras.

Es cierto, yo inventé en gran parte la historia del heliotropo y otras que mejor me callo, y he escrito un par más que todavía no quiero mostrar a nadie. Historias, a mi modo de ver, y no propiamente cuentos. Bueno, como adelanto de futuras obras narrativas, te envío aquí un pequeño relato que se me ocurrió hace un par de días. Una historia que tiene como personajes, Dios me perdone, a nuestra tía Grimanesa, a un tal Oliverio Planas, que tal vez fue allá en la noche de los tiempos su admirador, y en importante papel a Teodorico, el loro de tía Rosita. Ya conversaremos cuando vengas y me dirás tu parecer.

Escríbeme y avisa la fecha exacta de tu viaje.

Un abrazo muy fuerte,
Claudio

Este es el cuento:

«No lo quiero», dijo Grimanesa. «¿Y por qué?», protestó el hombre. «Porque no». Oliverio Planas se rascó la cabeza. A su lado, sobre la vereda, tenía una jaulita, y en la jaulita había un loro. «Pero si es un regalo que te he traído desde muy lejos». «¿De dónde?». «De Chanchamayo». «No, no quiero, y además, ¿qué me importa a mí que ese loro sea de París o de Chanchamayo?». «Tú me preguntaste, y por eso lo dije». El loro se rebulló y trató de intervenir: «… Lorito… lorito…». «No», repitió doña Grimanesa, que estaría en sus treintas pero era toda una mujer guapa, y por eso tenía embobado a Oliverio. «Pero, ¿por qué…?». «Primero, porque el loro no me gusta…». «Pero, ¿por qué?». «Por su feo color culebra». «Yo no conozco ninguna culebra así…». «Entonces porque es color de sapo, y los sapos no me gustan». «¿Sapos?». «Y aun si no es de sapo, es un verde rata». «Pero, ¿quién ha visto una rata verde? ¿No son grises?». «Sea como fuere, tengo ya tres gatos». «Pero los gatos no son loros, ni los loros son gatos». «Esa no es razón, Oliverio, y tú lo sabes». «Y además yo no sabía nada de los gatos». «Tampoco es razón». «Y no está probado que los gatos se coman a los loros, y menos que los loros se almuercen a los gatos». «¡Te dije que no!». Otra vez no supo qué decir el bueno de Oliverio, que se sentía muy ridículo con la jaulita allí a su lado, y esa picazón en la cabeza. «El loro se llama Teodorico», informó a la bella, pues a lo mejor el nombre la impresionaba. «¿Y qué?». «No hay otro loro con tal nombre». «Por mí se puede llamar Pachacútec, Carlomagno o Padre Pata. Me da igual». «Pero Grimanesa, este loro es una prueba de amor». «Eso es lo que tú crees». «Mira que lo traje a pie desde Monobamba». «Dijiste que era de Chanchamayo». «Bueno, de Chanchamayo, porque Monobamba está ahicito nomás…». «No es ningún mérito, porque tu negocio es comerciar con cosas de la montaña, y en especial con barrilitos de aguardiente, y de seguro que trajiste al loro sobre uno de ellos, y por eso será la facha de borracho que tiene». El loro se fastidió e insistió en su nombre: «…rico, …rico, …rico…». «¿No ves?», dijo Grimanesa, «es un borracho». «Pero, ¿por qué?». «¿Acaso no dijo "…rico, … rico…", refiriéndose al aguardiente?». «No, él dijo la terminación de su nombre, porque todo no puede, y nunca en su vida ha tomado un trago». «Y además, Oliverio, mis gatos se llaman Luzbel, Joaquín y Sara, así que no insistas». «¿Y eso que tiene que ver?». «Mucho». Oliverio comenzó a perder las esperanzas, pues era visible que las razones de la dama eran todas traídas por los pelos, por no decir por las plumas. Insistió, sin embargo: «Y además yo te quiero, Grimanesa, desde hace mucho tiempo, y tú lo sabes». «Dices eso y no se te ocurre un mejor regalo que ese horrendo loro, y por si fuera poco de feísimo nombre». «¿Y si lo llamamos Gabriel, o Noé, o Jacob, para que haga juego con tus gatos?». «No, no me interesa». «¿Y si le mudamos el color, ya que no te gusta el verde?». «Aunque lo pintes de colorado». «Dime entonces cómo lo quieres…». «Oye, ¿crees tú que el único regalo de amor que se puede dar es un loro?». «¿Acaso hay otro mejor y más expresivo?». «Yo no pienso así, y además, Oliverio, yo no te quiero, así que mejor te vas». Y sin más Grimanesa, la gloriosa Grimanesa, que en realidad estaba enamorada de otro hombre, se dio vuelta y cerró su puerta. Y Oliverio Planas se

rascó otra vez la cabeza, tomó la jaula y emprendió la retirada. El loro sacó entonces la cabeza de la jaula y murmuró, venenoso: «¡Te jodiste, idiota…!».

15 de enero, por la tarde

Abelardo me dijo, con una curiosa expresión: «¿Sabes? Hay una semejanza, y más de lo que me figuré, entre nuestras tías y las dos hermanas de Antígona». «¿Qué es eso?». «¿No sabes? Una pieza de teatro de Sófocles, un autor griego antiguo». «¿Como Homero?». «No, muy posterior, y que debe figurar en tu Antología». «No sé». «Para comenzar, Antígona tenía una hermana que se llamaba Ismena». «¿Y qué más?». «Será mejor que leas la obra». Fui a buscar de inmediato en mis Autores selectos, pero allí solo hay un fragmento de Edipo Rey. Lo leí, y como no entendí gran cosa le pedí después a Abelardo que me trajera la pieza de la Biblioteca Municipal. ¿Cómo no sorprenderme? Antígona, nombre hermoso, casi tan hermoso como el de Euristela.

Allá venía, bamboleándose y a grandes zancadas, el cura Wharton. Pensaste en esconderte en un zaguán, pero no había ninguno a la mano, ni tampoco una tienda. Tampoco podías dar media vuelta por elemental decoro, así que no te quedó más remedio que armarte de coraje y continuar, porque si bien el personaje te daba risa, también te inspiraba miedo. Esa figura tremenda y ensotanada, de ojillos negrísimos y nariz espeluznante. El hombre del terrorífico «¡Morirás!» de los sermones de la cuaresma pasada, y del bochornoso 07 en Religión, que te convirtió en uno de los poquísimos aplazados en esa materia en toda la historia del Colegio San José de Jauja. «¿Por qué no decimos», se te ocurrió al hablar de nuevo con Abelardo de tu desventura, «que somos ateos y que las leyes dicen que hay libertad de conciencia…?». «No serviría, y además acabarían por enterarse mamá y tía Marisa». «Mamá no importa, aunque le apenará saber que a su hijo se lo jalaron en un curso tan bobo, pero lo que es tía Marisa, si se entera, se burlará de mí hasta el día del Juicio». «Tema», respondió Abelardo, «del memorable examen que te costó esa nota…». Te reíste a pesar de todo, y tu propuesta quedó en nada. Y ahí venía, pues, a todo motor y por la otra vereda, el causante de tu vergüenza. Pusiste la cara más firme que te fue posible, con un poco de dignidad herida y otro de desfachatez. Total, pedirías de todos modos exoneración, aunque tuvieras que declararte budista, y contigo tu familia si tu palabra no era suficiente. El cura, que al parecer no había reparado en ti, alzó de pronto la vista y te miró, y tú también le miraste. Habrías jurado que le temblaron las aletas de la nariz, como si olfateara el aire para recordar quién eras, ya que era muy grande la cantidad de sus pupilos. Lo hizo, sin embargo, y como no lo saludaste, gritó furioso: «Oye, ¿no sabes decir “buenos días”?». No te dio la gana de complacerle y seguiste tu camino, fijos tus ojos en los suyos, hasta que por fuerza, y para no romperte el cuello, tuviste que apartarlos. Por un momento temiste que el hombre atravesara la calzada y te diera una paliza. Pero no, dio un respingo y continuó. Tú te diste vuelta, entonces, y

a todo pulmón gritaste la ya célebre advertencia: «¡Morirás!». Y sin más y por si acaso apuraste el paso. Mas no fue necesario pues él no contestó y se alejó, dejando la venganza para otra ocasión. Porque Wharton era vengativo, como todo el mundo sabía, e incluso era probable que tu desaprobación tuviera que ver con cierto alboroto de que fuiste culpable en una de sus clases, y que él tomó muy a pecho. Bueno, ya se vería si el alegato de libertad de conciencia no resultaba, ya fuese por renuencia de tu madre, ya fuese por inapelable negativa del director. De algún modo habías castigado su injusticia, eso era lo importante. «Ni siquiera aprobado, sino réprobo», te habías dicho a ti mismo, en un juego de palabras que no aplacó tu cólera, en esa mañana de triste memoria. Llegaste entre tanto a la Plaza de Armas, adonde te había citado Felipe, y también a Julepe, para definir la excursión a los predios de doña Zoraida, y te fuiste a sentar en un banco de la glorieta. Y aunque hubieras querido apartar de tu mente todo lo relativo al aplazamiento, te acordaste, mientras esperabas, de la sardónica sonrisa con que Cartucho el Rata te dio aviso: «Claudio, te jodiste, porque "¡Morirás!" te ha zampado un 07». «¿Cómo?». «Así es, y lo sé por el inspector Linares». «¿Ah sí?», dijiste dominándote, para no dar al Rata el gusto de ver tu espanto. «Te jodiste», repitió antes de irse, con una insistencia que te hizo recordar a Teodorico. Al poco rato acudiste a Linares, quien con un gorgorito te ratificó la mala noticia: «Sí, Alaya, el padre Wharton te jaló, y tendrás que concurrir a catecismo durante las vacaciones, con los chicos de la primaria». Aterrado te fuiste a otro sitio y trataste de explicarte lo sucedido. El cura había puesto dos preguntas sencillas, una sobre el pecado y otra sobre el bautismo, y una tercera, de coeficiente más alto, sobre el significado del Juicio Final. Absolviste bien las dos primeras, y te despachaste en la tercera, seguro de que las luengas descripciones de un viejo *Manual de teología*, que por extraña casualidad habías hojeado hacía una semana en la Biblioteca Municipal, y de las que te acordabas muy bien, habrían de ser un excelente modelo y sustituto de las explicaciones del profesor, a las que por lo general no atendías. ¡Diablos, allí tenía que estar el problema! Ya que por elocuente que hubieses sido, y horripilante la imagen que trazaras de los antros infernales, no era eso lo que el cura esperaba, y así, enojado por tu apostasía, te había chantado aquel 07 que trajo por los suelos tu promedio final, por lo cual tendrías que presentarte a nuevo examen en el mes de marzo. Pero ahora, después de ese «¡Morirás!» lanzado a todo pecho, ni pensar en tal cosa, porque Wharton no perdonaba y te jalaría de nuevo, y tendrías que llevar el curso «de cargo» durante toda la secundaria, y acaso más allá, hasta el fin de los tiempos. Pero te habías sacado el clavo, como habría dicho Felipe, y el cura se había ido con el apodo pegado a sus narices, porque se lo gritaste a plena cara. Te frotaste las manos contento, gesto en que te sorprendió tu amigo, a quien no habías visto venir. «Oye, ¿otra vez hablando solo?», se sorprendió. «No me estoy volviendo loco», te justificaste, «sino que me encontré con "¡Morirás!" y le grité así, "¡Morirás!"». «Ja, ja», se rio Felipe, quien tampoco le tenía ninguna simpatía. Lo ocurrido le hizo acordarse de algo que te interesó, pues dijo: «El otro día acompañé a misa a mi vieja, a la capilla de Cristo Pobre, y Wharton estuvo despotricando contra un

mentiroso hereje, sin dar su nombre». «Pero ¿qué dijo?». «Habló de un falso profeta que con apariencia de cordero, y so pretexto de paz, engatusa a los incautos y es todo un peligro para la comunidad». El corazón te dio un vuelco, porque esas palabras solo podían referirse a Fox Caro. No comentaste nada, sin embargo, por tu decisión de reservar para ti todo lo concerniente a él, así como a las tías de los Heros, a Elena y a Mitrídates, para no mencionar a Leonor. «Oye, ¿cómo anda mi bolero?», se interesó Felipe. «Estoy trabajando en eso, y te avisaré», dijiste, faltando en parte a la verdad. «Tú dijiste una semana». «No, una o dos semanas, y quizás un poquito más». «¿Tanto tiempo?». «¿O es que no quieres algo bien hecho?». Tu amigo iba sin duda a amoscarse, pero apareció Julepe. Apenas si prestó atención al relato de tu aventura, deseoso como estaba por saber por fin quién era la fulana del calateo, aunque también él barruntaba por dónde iba la cosa. «Anda, dime ya de quién se trata», le exigió a Felipe. «Todo a su tiempo, Julito». «Ya es el momento, así que no te hagas al tonto». El sobrino se acarició la barbilla, con una irritante sonrisita, pero acabó por decir: «Es mi tía, doña Zoraida». «¡Ya lo sabía!», exclamó Julepe, y se quedó sumido en lúbricos pensamientos. Dijo luego: «¿Y cuándo vamos?». «Primero tenemos que concretar los términos». «Sí, ya me dijiste ayer». «¿Y?». «Un lonche por aguaitar una sola vez a tu tía es mucho, así que…». «Es muy poco», le corrigió el sobrino. «Es mucho…». «Es poco, y si quieres tomar parte en la fiesta tendrás que pagar». «¿Solo por mirarla?». «Así es». Ambos discutieron por un rato en amigables pero firmes términos, hasta que la avaricia de Julepe tuvo que ceder, pues era más fuerte su lujuria, y otro poco la desfachatez de Felipe, y el precio quedó establecido en dos tandas de butifarras con bebidas gaseosas. «¿Y cuándo será?». «Dentro de unos días, previo cumplimiento de lo acordado». «Pero, ¿qué día?». «Ya les avisaré». «¿Y cómo vamos a mirar?», quiso saber Julepe. «Ya lo diré». «Oh, lo más cerca que sea posible», propusiste. «Eso no, porque si se da cuenta y le avisa a mi viejo, me despellejan. ¡Ni de vainas!». Se te ocurrió una no prevista posibilidad: «¿Y si a la viuda le gusta que la miren?». Hubo un silencio, al cabo del cual Felipe negó tal cosa: «No, no, y además, ¿quién va ir a preguntárselo?». «Yo no», dijo Julepe, acordándose de la historia del heliotropo. «Se imaginan ustedes», dijo Felipe dando otro rumbo al diálogo, «¿cómo se sentiría el cura Wharton si viese desde la tapia lo que vamos a ver nosotros?». La risa no le impidió a Julepe decir, en sorprendente arranque: «Estaría con una mano apuntando al cielo, como en el púlpito, y con la otra agarrándose el pito». Y aún no habían acabado ustedes de reírse cuando hizo su aparición Tito, a quien todo el mundo imaginaba en La Oroya. «¿Por qué tanto jolgorio?», quiso saber. Julepe, cuándo no, dijo: «Tito, ¿no te gustaría ver a una mujer desnuda…?». Él les miró las manos a ustedes, en busca de la revista donde pudiera estar tal ejemplar femenino, pero como no vio ninguna, preguntó: «¿Dónde?». «No, Tito, una calata de carne y hueso, y de carne sobre todo». Una furibunda mirada de Felipe le advirtió a Pérez, aunque tarde, que había metido la pata. «No, es una broma, y además tú eres el alumno preferido del cura Wharton», dijiste. «Eso no es cierto, y no tiene nada que ver…». «¿Ah no?». «A mí no

me engañan, y ustedes tienen algo por ahí…». Y se armó una pugna hasta que Tito, inspirado, amenazó: «Bueno, si no me dicen la verdad, yo no diré nada de un paseo al *cerco* de mi tía Jacinta, lleno de nísperos y guindas, y donde podremos recoger todo lo que querramos, y encima almorzar un arroz con pato que me tiene prometido la comadre Rosalbina, que es la que cuida la propiedad». Siguió un asombrado silencio. ¿Paseo había dicho? ¿Nísperos y guindas? ¿Un arroz con pato a cargo de mama Rosalbina, famosa cocinera de banquetes patrios? Y además, viéndolo bien, era algo mucho más costoso y gustativo que el lonche de Julepe. «¿De qué paseo y almuerzo hablas?». «Se trata de un agasajo por cierto servicio que le ha hecho mi viejo». «¿Él también va a ir?». «No, porque no tiene tiempo». «¿Y tu mamá?». «Tampoco, porque no les tiene simpatía». «Y tú, por lo tanto, recogerás los frutos…». «Así es», dijo Tito, dándose ínfulas. «Y no quieres ir solo, ¿eh?». «Claro que no». «¿Y tus primos…?». «Están en Lima». «Y ¿crees que así no más nos dejará doña Jacinta esquilmar sus árboles?». «Le llevaremos un poco de nísperos para unas compotas». La cosa terminó en que finalmente se informó a Tito de qué y de quién se trataba, y fueron sacrificadas la viuda de don Recaredo Ramos, con sus firmes encantos, y por otro lado doña Jacinta Meza, dueña del cerco, del pato, de las guindas y otras fuentes de posible y adicional contento. «Está bien», dijo Felipe, con aire no muy convencido, «pero antes cumplirás con tu oferta». «¿Y cuándo va a ser ese almuerzo?», preguntó Julepe. «Denme un poco de tiempo, para arreglar la cosa». Felipe se acordó: «Oye Tito, ¿esa señora Meza no es parienta de doña Abadesa de la Barra?». «Sí, son medias hermanas, por el lado de su mamá, y por eso las dos son dueñas del *cerco*». «Vaya, ¡qué coincidencia!», dijiste. Tus amigos no mostraron ningún interés al respecto. Quizá tendrías oportunidad, pues, de observar de cerca a esa abacial dama, célebre por las cueras que administraba todos los sábados a sus nietos, como había hecho antes con sus hijos. «Oye, pero, ¿es verdad realmente eso de la cuera semanal?», se quiso cerciorar Julepe. «Por supuesto». «¿Y lo hizo contigo?». «No, porque yo solo soy su sobrino». «¡Qué tía!», se admiró Felipe. «Tú ni hables», se encendió Tito, que a veces se ponía cascarrabias. Tú terciaste, conciliador: «No se amarguen, que todos tenemos que cargar con tías raras en este mundo…». «Yo no», aclaró Julepe. «Tú no, pero en cambio tienes por ahí a un Palomeque…». «Y hablando de Palomeque», dijo Tito, «¿será verdad que se muere por capar a la gente?». Te quedaste de una pieza, porque te constaba que el mentado y fallido intento contra Julepe era un invento tuyo. Te callaste, sin embargo, asombrado ante el poder de la fábula. «No sé, cómo será…», dijo con calculada preocupación Felipe. Julepe lanzó un «¡bah!» tan irritado, que Felipe consideró aconsejable volver al asunto anterior: «¿Y tú, Claudio, ¿no tienes una tía como esas?». «Bueno», respondiste, procurando desviar la atención, «tengo a mi tía Grimanesa, que de puro vieja no sabe ya si es de día o es de noche, y que anda preguntando a sus hijas si el gordo que la visita, es decir, su hijo Teodomiro, no es el Calixto Miramontes que la pretendía hace ochenta años». «¿Se puede perder así la memoria cuando se llega a viejo?», se sorprendió Julepe. «Así es», dijo Felipe, «y por eso cuando llegues a viejo no sabrás si de joven te gustaban pitos o

potos». Felipe se volvió hacia ti: «Y la vieja Mercedes Chávarri, a la que visitas —porque yo te he visto entrando a su casa— ¿no es tu tía?». «No, sino una señora que, aunque vieja, es buena y tranquila, amiga de mi familia y que se gana unos cobres con unas clases que da…». «Lo que tú necesitas son unas clases de religión», dijo Tito, venenoso. «¿Y tu tía Marisa?», preguntó Julepe, metepata como él solo. «No seas burro, ella es la hermana de su mamá», le atajó Felipe. «Ah», dijo intimidado Julio Leandro». «¿Qué les parece», dijiste, «si fijamos una fecha posible para ir a aguaitar a la tía de Felipe?». Este señaló: «Primero tienen que cumplir con lo suyo. Y además falta una cosa muy importante, y es que no estén hablando por allí zonceras y difamando a mi tía». «Yo no voy a hablar nada, porque estoy acostumbrado a cosas de hombres», retrucó Julepe. «Yo tampoco diré nada», aseguró Tito. «Eso no basta, así que van a tener que jurar aquí mismo no hablar del asunto por nada en el mundo». «¿Cómo jurar?». «Sí, ahora y aquí, o no habrá nada». «Yo no juro», dijiste. «Tú también». ¿Qué podías hacer? Y allí nomás tuvieron que jurar los tres, en la plaza de Jauja y alzando la mano, por Dios y por sus santos, que no contarían nada a nadie de lo que viesen. Estuviste a punto de soltar la risa, por la facha contrita de tus compinches y por la causa de tan devota promesa, pero te contuviste. Pero aún no era suficiente para el gestor de la empresa, pues dijo, dirigiéndose a Julepe: «Si dices una sola palabra, me encargaré de mandar imprimir una hoja con la historia de tu aventura con Palomeque, con la capadera y el "maligno rapaz"…». «¿Imprimir?». «Sí, donde mi tío Ceferino». Julepe abrió la boca pero no dijo nada, porque sabía que Felipe había trabajado alguna vez como ayudante en la imprenta de su pariente y sabía manejar los tipos, y podía en efecto cumplir con su amenaza. «Y si tú eres el bocón», continuó encarándose con Tito, «yo y Pipo te daremos una paliza». «Oye, no es para tanto…». «Ah, y en caso necesario le avisaré a mi tía, en la forma más conveniente, y me creerá a mí y no a ustedes, y como tiene plata y tiene mucho carácter, les meterá un lío de todos los diablos». «¿Y si habla Claudio?». «Le pasará lo mismo». Hubo un incómodo silencio, y consideraste que debías intervenir: «Lo que hace Felipe es defender el buen nombre de su tía». «Sí, pero no le importa que la veamos desnuda», dijo Julepe. «Eso es un pecado venial, pero hablar por calles y plazas sería uno mortal». Tito puso cara de hombre práctico y dijo: «Ya hemos jurado, ¿a qué seguir entonces?». «Claro», dijo Felipe mudando de expresión, «y lo importante ahora es que cumplan con lo ofrecido». A Julepe se le ocurrió la misma y mala idea que a ti, en ocasión anterior, y dijo: «¿Y si fuéramos nosotros solos, ya que no eres dueño de la tapia?». «Pero soy yo el que sabe cuándo mi tía toma el sol y se desviste en su patio, y quien conoce a sus perros, y, por último, puedo avisarle a mi viejo y verás lo que te pasa». «Iremos contigo, porque somos caballeros», dijiste, conciliador. «Por supuesto». Julepe preguntó entonces, suspicaz: «¿Y Claudio? ¿Qué va a poner Claudio?». «Nosotros hemos hecho un trato especial», anunciaste, temeroso de que se divulgara lo del bolero. Felipe te lanzó una mirada irónica y se limitó a decir: «Él va a pagar de otra manera». Y allí acabó la charla, pues ya era tarde, y cada cual se fue por su lado. Tú diste una vuelta por el barrio de La Samaritana antes de

regresar a casa. Te sentías excitado, claro está, ante la perspectiva de contemplar las excelencias de doña Zoraida, pero tu entusiasmo se veía enturbiado porque si bien tenía fama de tacaña, era una mujer honorable, y lo que ustedes iban a hacer no estaba muy bien. Y por el recuerdo, también, de su espiritual vinculación con Fox Caro. ¿Por qué no intentar más bien una visita, tú y Felipe, para verla de cerca, aunque no fuese desnuda? ¿Por qué no ganarte poco a poco su amistad? Mas no duraron mucho tus escrúpulos, pues te acordaste de pronto del cura Wharton, a quien Julepe había imaginado a horcajadas sobre el muro, blandiendo los brazos y gritando: «¡Morirás…!». Y pensando en él se te ocurrió, vaya idea, alzar el mentón y caminar a su manera, enhiesta la nariz y coléricos los ojos, y desplegando a todo viento una sotana imaginaria. Mas allí acabó tu remedo, porque dos chicas te observaban, muertas de risa, y tuviste que recobrar la compostura y darte a la fuga.

16 de enero

Esa nube de luz, en la noche negra e inmensa de Yanasmayo, ese blanco fuego de que hablaba tía Euristela, ¿qué era? Y aquel otro, diminuto, de un violado rojizo, como de sangre, en ese anillo, ¿por qué obsesiona así a las tías? Anoche me desperté varias veces y volví a pensar en todo eso. Y en ese río de candela obscura, infernal.

Y el amaru blanco, ¿no es también como un río, pero un río de estrellas?

Sí, te cortarías esa mañana el cabello en la peluquería de Palomeque. No por deslealtad a Nakamoto, todo un maestro en su oficio y en chistes colorados, sino porque ya era tiempo de retomar contacto con esa insigne mezcla de rapabarbas, enjalmador y latinista, para no hablar de sus demás facetas. Y querías, sobre todo, escuchar su versión sobre la historia del heliotropo y la capadera de Julepe. Entraste, pues, con las manos en los bolsillos y el aire más inocente del mundo. El artesano daba los últimos toques a la pelambre de un ciudadano de robusto cuello, que resultó ser el maestro Aniceto Corrales, padre de Rosalinda, la chica en cuyo honor tenías que componer el bolero. Saludaste y tomaste asiento. Arriba, y pintadas sobre la pared, unas letras de estilo antiguo decían *Peluquería El Minotauro, de Nicéforo Palomino*, que así se llamaba el padre del propietario, y más abajo, en caracteres más pequeños: *Se confeccionan también enjalmas*. Y a un costado se veía pintada una testa de toro negro que miraba feroz a los parroquianos, y que te aterraba de chico las muy pocas veces en que por necesidad acudiste al establecimiento. Palomino apenas si se dio por enterado de tu presencia, y no cesaba de dar vueltas con expresión muy grave en torno al sillón operatorio, en pos de una posible imperfección que se le hubiera escapado, embutido como siempre en su guardapolvo y oliendo a jabón Olivol. Desde tu sitio podías ver duplicada su efigie en los espejos, y apreciar por ello los dos lados de su cabeza, y su cara y su cogote. ¡Qué gruesos eran los vidrios de sus anteojos! ¿Cómo podía haber aspirado, según se decía, a los favores de Zoraida Awapara? De rato en rato

carraspeaba, con el vozarrón que Dios le había dado. Te lo imaginaste ataviado de danzante del baile de las tijeras, y después persiguiendo enfurecido, con intención de castramiento, al pobre Julepe. Canturreaste para ti *A esconderte, a esconderte, / maligno rapaz…* ¿Y si Palomeque se había enterado de que eras el autor del cuento? ¿Y si quería aprovechar la oportunidad y hacer contigo lo que no pudo con tu amigo? Su mirada se cruzó con la tuya en el espejo. Una cara de minotauro, asido como una araña a los invisibles hilos de su poder peluqueril, y asido también al pescuezo del señor Corrales. No fue muy larga la espera. Se levantó el cliente, y el artesano le limpió las solapas con una escobilla y observó con satisfacción su obra. El profesor se volvió a mirarte con ojos torvos, y apenas si respondió a tu venia. Dijo, en cambio, apuntándote con un dedo: «Ahora que te repelen, pensarás más claro…». Se rio con risa siniestra y procedió a pagar al dueño, contando una a una las monedas. Fue lacónica su despedida, a la que Palomeque contestó con un solemne «Pase usted buen día, don Aniceto». El peluquero anunció luego, mirándote y con el mandil doblado en el brazo, cual torero con su capa: «Ahora le toca a usted, jovenzuelo». No te gustó lo de «jovenzuelo», pero obedeciste. Te instalaste en el sillón, que no era de los de metal y giratorios, sino de madera y con dos cojines que, por lo usados, apenas si atenuaban la dureza de la tabla, y te sometiste a la desaprobadora inspección de Palomino. No te consultó sobre tus preferencias y dio comienzo a su tarea. Un poco amoscado, indicaste: «No muy corto, por favor, y déjeme las caídas». El hombre respondió muy seco: «El mejor corte es el alemán, pero haré como usted dice». Dejaste que avanzara y echaste una mirada al viejo volumen con cintas rojas que ocupaba un extremo de la mesa. «¡Qué libro tan antiguo!», dijiste, para iniciar conversación. «Así es», contestó con sequedad su propietario. Siguió un nuevo silencio, que aprovechaste para lanzar una nueva ojeada al teatro de operaciones. Viste así que, no lejos del libraco, había un papel sujeto con chinches al muro, donde se leía una inscripción latina: *Boni pastoris est tondere pecus, non deglubere.* ¿Qué significaría? Te armaste de valor y abordaste el tema que te interesaba: «Señor Palomino, ¿se acuerda usted de Julepe?». El peluquero te observó, suspicaz: «¿De quién?». «Quiero decir de mi amigo Julio Pérez, a quien le dicen Julepe». «No sé quién es», replicó, luego de una pausa, «ni me curo en saberlo, y no sé por qué me lo pregunta». El diablo te aconsejó decir: «Se lo pregunto, señor, porque usted lo quiso capar…». Brilló un relámpago en los ojos de Palomino, que se detuvo, pasmado. «¿Qué…?». «Él dice que usted lo quiso capar…». «¿Que yo…?». «Sí, porque él quiso ayudarle orinando en una flor que usted tiene, y usted lo amenazó con unas tijeras». Pareció reflexionar el peluquero, y dijo con voz glacial: «Ya me acuerdo que vino a mi casa un rapaz, y más que rapaz mozo protervo, que perturbar quiso la paz de mi morada. Yo lo boté, como era mi derecho, mas no amenacé su virilidad. Sépalo usted». Y agregó, con su instrumento siempre en alto: «Y si usted quiere dárselas de vivo, como ese malandrín, se larga de inmediato. ¡Escoja…!». No tenías nada que escoger, por supuesto, ya que acababas de perder unos buenos mechones, y tampoco era tu intención reñir con Palomeque. «No se moleste», suplicaste, «porque yo solo quería saber si mi

amigo decía la verdad…». «No hay nada de verdad en eso, y ese individuo es un calumniador e ignorante, y no lo voy a aguantar. ¡Habráse visto!». Guardó silencio por un momento, muy alterado y resoplando. Se calmó, en fin, y reanudó la labor. Suspiraste con alivio. No te habías equivocado en la caracterización, incluso en el modo de hablar, pues Palomeque usaba el término «rapaz», que nadie empleaba en Jauja, y que tú creías haberle escuchado alguna vez. Con qué terrorífico gesto habría blandido sus tijeras poniendo en fuga a Julepe, abonando así tu posterior versión del intento de capadera. En todo caso importaba asegurar las paces y tocar otros e importantes asuntos. «Señor Palomino, ¿le cortaba usted el pelo a mi papá? ¿Quizá también a mi abuelo?». «No soy tan viejo», contestó, «para haber repelado al abuelo suyo, y no sé tampoco quién fue». «Y ¿a mi papá?». «Joven, yo no sé quién es usted, ni quién fue su padre. Además, no puedo acordarme de todos los que ingresan a este establecimiento». «Mi papá fue don Eduardo Alaya, maestro ya finado». «¿Alaya? ¿Es usted hermano del joven Abelardo, correctísimo bibliotecario de la Municipalidad?». «Sí, señor». «Todo un caballero», prosiguió Palomeque, «y no como otros especimenes de la juventud contemporánea». «Cuando yo era chico usted me cortó el pelo en varias ocasiones». Te miró con frialdad y prosiguió su labor. Trabajaba con cuidado, pero sin la solicitud cortés que había mostrado con el profesor Corrales. Insististe en conversar: «Señor, esta peluquería es muy antigua, ¿no?». «Así es». «Fue de su señor padre…». «En efecto». «¿Y por qué le pondría el nombre de El Minotauro?». Te contestó con otra pregunta: «¿No sabe usted qué cosa es el minotauro?». «Solo tengo una vaga idea, y por eso pregunto…». «El minotauro, jovenzuelo, era un ser fabuloso que vivía en una caverna, según la mitología de los antiguos griegos…». Nueva pausa, como si considerase si valía la pena continuar, y que tú aprovechaste para lanzar una mirada en torno, como asegurándote de si el cuarto no tenía algo, precisamente, de una cueva. Prosiguió Palomeque: «Un ser que exigía, todos los años, un cumplido sacrificio de mancebos y doncellas. Es decir, de jóvenes como usted…». «¿Y qué hacía con ellos?». «Se los comía». Estuviste a punto de inquirir si antes no los capaba, pero te contuviste. Siguió un silencio más o menos dramático, quebrado por el *chin chin* de las tijeras, otra vez en funcionamiento. Volviste a la carga: «Pero entonces, don Cristóforo, ¿por qué le puso su papá ese nombre a la peluquería?». «Mi padre fue un hombre educado, y yo, joven, trato de seguir sus pasos», respondió, sin tocar el meollo de tu pregunta. Acercó de pronto las tijeras a tu rostro, y quiso saber: «Y hablando de la antigua Grecia, ¿sabe usted qué es un heliotropo?». Te quedaste mudo y apenas si atinaste a balbucear: «No, no sé señor». «¿Ah sí?», dijo, y una malvada expresión brilló en sus pupilas. Se refrenó, sin embargo, y reinició su tarea. Te pareció prudente mudar de tema: «Y las moñas y enjalmas, ¿las cosía su señor padre?». «Sí, él fue quien inició en Jauja este arte, con la industriosa ayuda de mi señora madre». «El otro día vi una enjalma muy hermosa en la vitrina, en figura de bailarina». «Una figura de andaluza, con carita de porcelana y traje de volantes en seda china», precisó el peluquero. Y añadió: «Tanta belleza para adornar el lomo de un toro chusco y mansurrón, en un pueblo de indios borrachos e

ignorantes». Vio tu sorpresa y continuó: «Así es, jovenzuelo». Tu instinto te avisó que era mejor mudar una vez más de registro. Volviste a mirar el viejo y exornado libraco de la mesa-tocador, acompañado por dos gastados cuadernos. Un tratado de latín, de seguro, y dos libretones de ejercicios. «Usted debe leer mucho», dijiste. «La lectura es el placer de los espíritus selectos». «¿Y el latín?». «¿Qué pasa con el latín?». «Quiero decir, ¿cómo lo aprendió, con quién…?». «No lo aprendí con nadie porque yo soy, a mucha honra, un autodidacta. ¿Sabe usted lo que es eso?». «Bueno, el que aprende solo, ¿no?». «Solo aprendí la lengua de Virgilio y solo la cultivo, porque no hay en Jauja quien se interese en Roma, nuestra madre». «Pero, ¿y los taitas, digo los curas de la parroquia?». «A la verdad, ellos solo conocen el latín de misa…». «¿Y esa inscripción, ahí en la pared?». «Un antiguo y noble dicho, de romana procedencia, relativo a este oficio de repelar cabezas, aun las más feas e ignorantes». «¿Y qué quiere decir?». «Es el lema de la profesión: cortar con arte aun la más hirsuta pelambre…». Sospechaste que esa no era la traducción exacta, pero guardaste silencio. Él hizo un alto, que le sirvió para limpiarse la frente con el pañuelo. Se dedicó luego a preparar el jabón para rasurarte los pelos que sobraban en el cuello y en las patillas. «Yo estoy leyendo la *Ilíada*, y pronto leeré la *Eneida*», dijiste. «¿Ah sí?», respondió, y se sumió en un interminable batir de jabonera. No, no le interesaban tus lecturas. Te sentiste tentado a pedirle que te diera unas clases de la lengua de Virgilio, a ver si así se le pasaba el mal humor, pero desististe. Terminó él con sus preparativos y dijo de pronto, retomando el hilo de las enjalmas: «¡Tanta belleza para solaz y recreación de unos degenerados!». «¿Cómo dice?». «¡Pobre Jauja, con tantos indios, tísicos y forasteros que hay ahora en ella!». No, esas palabras no se dirigían ya a ti, y eran como la reanudación de un anterior monólogo. Dijo: «Un gobernante ilustrado es lo que necesitamos, un Mussolini de verdad, y no un zambo ignorante como fue Sánchez Cerro. ¡Un tribuno, qué carajo!». Pasmado, te acurrucaste en el asiento, temeroso de que en su indignación te rebanara una oreja. Se sosegó, no obstante, e insistió, al tiempo que reiniciaba su trabajo: «¡Tanta belleza para eso!». Las moñas y enjalmas, por lo visto, significaban mucho para él, y mucho más que el dinero que le procuraban. Serían muy pocas, por lo demás, las que llegaría vender, pues ya casi no se usaban en las corridas de toros de los pueblos, según habías escuchado, y solo eran obligadas en la fiesta de la Virgen del Rosario en Jauja. Mas, ¿por qué hablaba así de los indios? ¿A qué se debía ese racismo, si Palomeque no pasaba de ser, si se miraba bien su cara, lo que se llama «un blancón»? Acabó por fin su tarea, y sin tomarse la molestia de indagar si estabas satisfecho, o si pedías alguna corrección, te sacó sin mayor ceremonia el mandil y se puso a sacudirlo. Te levantaste, vejado, y cepillaste tú mismo tu ropa. Buscaste después el dinero para pagar sus servicios. «Ponga la plata ahí», dijo, señalando con desdén una especie de bandeja, cosa que no había hecho con Corrales. Así lo hiciste, pero antes de marcharte, y empujado por el poco caso que hacía de ti, dijiste: «Así que no tiene alumnos de latín, don Cristóforo». «No, y es mejor», replicó con hostilidad. Y agregó: «Es mejor así, a tener un estudiante ignaro e insolente. ¡Sería como echar perlas a los chanchos!». No te

diste por aludido, pero al tiempo que te retirabas dijiste, venenoso: «Muy linda la enjalma que tiene ahí en la ventana, don Cristóforo. Ojalá se presente un comprador». Palomeque te lanzó una breve pero feroz mirada, y se dio vuelta. «Hasta otra vez», te despediste. No contestó. Y tú saliste, disgustado en el fondo, pues más allá de réplicas e ironías lo que en realidad te interesaba era indagar cómo había sido la visita de Julepe, y saber un poco más del peluquero; no pelear con él.

17 de enero, por la tarde

Detesto la sobradera y el racismo de Palomeque, y su alambicada manera de hablar, pero también me inspira una enorme curiosidad, y me conmueven su amor por las enjalmas y su estrambótico entusiasmo por el latín. ¿Dónde se ha visto un peluquero latinista? ¿Y ese vozarrón, Dios mío? Me da risa y lo aborrezco, y sin embargo también lo admiro. Sí, lo admiro, por asombroso que parezca. Y con gusto inventaría no una sino cuarenta historias más a sus costillas.

¿Cómo entender todo eso?

Aquel mensaje de Leonor, a principios de diciembre, y después el recado de su amiga, no precisaban cuándo volverías a verla. Te había pedido también que no fueras a Yauli, así que no tenías cómo ponerte en comunicación con ella. Sabías, no obstante, que tarde o temprano se reanudarían sus visitas con su mamá a Jauja. Decidiste, pues, tener paciencia, y con diversos pretextos convenciste a tu madre para ir al mercado más temprano los domingos, a fin de quedar libre más pronto. Fue así cómo en el segundo de enero, antes de las diez, te apostaste en una banca de la alameda, a poca distancia de la plazuela de Santa Isabel. Te sentaste ahí, como en otros tiempos, pero muy bien peinado, con la camisa que te sentaba mejor y la casaca azul marino, y unos pantalones bastante presentables. Mañana luminosa, incluso feliz, si hubieras tenido la seguridad de verla, aunque solo fuese por unos instantes. No eran más de tres los ómnibus, a cual más destartalado, que hacían servicio entre su pueblo y Jauja, pero vigilabas con atención, pues cabía la posibilidad de que madre e hija bajasen apuradas y no las vieses. Por momentos te asaltaba también la idea de tomar uno de esos vehículos y viajar a su pueblo, a pesar de su recomendación en contrario, para verificar si la familia se había marchado a Morococha. Desististe, no obstante, ya que si habías esperado unas semanas, bien podías aguardar hasta el domingo siguiente, y aun el subsiguiente. Unas vendedoras de platos y pocillos, que tenían sus puestos instalados a poca distancia, comenzaron a mirarte con ojos suspicaces. Pasó también por ahí doña Eleodora Vásquez, comadre de tu tía Marisa, y te observó con aire intrigado, y después un perro del vecindario se puso a ladrarte. Y estabas ya por marcharte, cuando de pronto alguien se acercó por detrás y te dijo: «Hola». Era Leonor. «Pero, no te he visto llegar…». Ella sonrió y dijo: «Vine temprano, pero solo con mi tío, que ahorita se fue a

consultar a la farmacia Los Andes, y me dijo que nos encontraríamos aquí a las doce». Vestía una falda de tela gris, blusa blanca y una chompa de un azul apagado. «Anda, vamos a pasear por ahí». «Bueno», dijiste, todavía emocionado, y ambos tomaron por la avenida de eucaliptos que conducía al cementerio. «¿Y tu papá?». «En Morococha». «Y ¿ustedes también van a ir?». «Sí». «¿Por cuánto tiempo?». «Por unas semanas». «¿Tanto?». «¿Acaso no se pasan rápidos los días?». «¿Y cuándo viajan?». «Pronto». «¿Te gusta Morococha?». «No, porque no tengo nada que hacer allí, y hace frío y me aburro». Intentaste tomarle una mano, pero ella dijo: «No, por favor». «¿Por qué?». «Nos podrían ver, y además yo te dije "tal vez", solo "tal vez"…». Te quedaste desconcertado, y no solo por sus palabras, sino también por el modo tranquilo, tan natural, con que las decía. ¿Estaría jugando? ¿Y esa caricia en tus mejillas, la última vez que la viste? Ella miró los árboles, tan viejos, tan altos, tan llenos de sol y de pájaros, y dijo: «Es lindo, aquí». «Y también ese sitio donde vives». «Pero estos árboles son mucho más grandes». «¿Y en Janchiscocha?». «Allí no hay árboles, porque es puna». «¿Y nevados?». «Por el lado de la montaña está el Marayrasu, un nevado muy alto». «El nombre es también hermoso». Te miró sin comprender. Te explicaste: «Hay nombres en quechua que son muy lindos, y como ejemplo tienes el de Janchiscocha, el de Yanasmayo, y el nombre de esa flor, la *sullawayta*». Ella sonrió y dijo: «Es cierto». «Tú eres esa flor». «¿Qué?». «Digo que tú eres esa flor». Te observó de nuevo y dijo: «Eres un poco raro, ¿no?». «¿Por qué ?». «Esa comparación…». «Para mí eres como rocío, como luz, como arcoiris…». Desconcertada aún, señaló: «Allá no decimos arcoiris, sino *tulumanya*». «Otro nombre hermoso». «Aparece en los cuentos…». «Lo sé, y también que hubo un *tulumanya* cuando acabó la guerra de los amarus…». La joven te miró, aun más intrigada, y comentó: «Oye, tienes todo eso muy presente, ¿no?». «Es un relato tan hermoso». «Quizá, pero a mí me daba miedo». «Serías muy niña cuando te lo contaron». Y luego de una pausa, mudaste de tema: «Esa vez que te vi de lejos, allá por tu casa, estabas con monillo, *lliclla* y polleras, y se te veía tan linda». La chica te volvió a observar, y no supo qué decir, y tú continuaste: «¿Cuál es tu segundo nombre?». «Soledad, me llamo Leonor Soledad Uscovilca». «Así que Soledad…». Dejaste que transcurrieran unos minutos, y luego dijiste: «Mi abuela materna era de Mito, y su familia de Aramachay, arriba de Sincos». «¿Y tu papá y tu mamá?». «Mi papá era de un pueblo del Cuzco, y mi mamá es jaujina». «Jauja es bonita», dijo, «y quiero estudiar aquí». «Y ¿te gustaba Janchiscocha?». «Sí, a pesar del frío». «¿Tenían ustedes animales?». «Unos carneros, nada más». «¿Eras pastora?». «A veces». «Una *imilla*, entonces…». «¿Cómo?». «Digo que eras una *imilla*…». Sorprendida, preguntó: «¿Sabes quechua?». «Un poco, ¿y tú?». «Nosotros hablábamos en quechua allá arriba, con la familia de mi papá». «¿Y en casa?». «No, ahora no». Ya era tiempo de referirte a lo que más te importaba. «Pienso mucho en ti», dijiste. Te volvió a mirar con esa expresión vagamente divertida que le habías visto antes. «Así parece», dijo, con una especie de afectuosa resignación, que te hizo sonreír. Viendo su expresión tranquila, plácida, era difícil imaginar que le estabas hablando de amor. «Sí, es

verdad». «Yo no digo que no». Era mejor no insistir, así que pasaste a otra cosa: «¿Y qué te gusta cantar?». Pensó un momento y respondió: «Bueno, me gustan los boleros». «¿De veras?». «Sí». «Hay uno que dice: *Soñar, así fue desde que te conocí*». «Así no es su letra». «¿Te gustaría que yo escribiera un bolero, dedicado a ti?». «¿Te estás burlando?», dijo ella. «¿Y te gusta nuestra música?». «¿Quieres decir los huaynos?». «Sí». «Oh, más que nada». «A ver…». «Hay un huayno», dijo, «que está de moda». «¿Cuál?». «*Caminito de Huancayo*». «Antes estaba aquel que dice *A Janchiscocha, / te he de llevar*. ¿Lo conoces?». «Claro». Se detuvo para mirar el paisaje, hacia Condorsinja. Después de un momento, dijo: «Hay unos cantos de la herranza, muy lindos, que yo cantaba de niña en la estancia, y me daban a tocar ese tamborcito que llamamos *tinya*». «¿Quisieras cantar uno de ellos?». «¿Ahora?», preguntó asombrada. «Sí». «No, otra vez será». «Yo conozco algunos, de la lima-lima, la escorzonera, y de las cintas y collares, y del *ofreso* a los Wamanis…». «Sí, sé». «Y también de la *sullawayta*». «No, nunca he escuchado ningún huayno con la *sullawayta*». «Eres *imilla*, Leonor, y flor del rocío y de la nieve». «Así dices», contestó con dulzura. Se volvió a mirarte, otra vez, y reiteró: «Eres raro, Claudio». «¿Por qué?». «Por las cosas que dices». «¿Qué cosas?». «Me hablas de los amarus, de la *sullawayta*, me llamas flor de la nieve, quieres que me ponga a cantar, dices que siempre estás pensando en mí…». «Y que te quiero, Leonor, y tú lo sabes». «Tal vez», dijo, pensativa. Miró de pronto hacia lo alto, y exclamó: «Ay, Jesús, ¡ya es tarde! Mi tío me debe estar esperando». Y no hubo más remedio que regresar a Santa Isabel. En el trayecto la apremiaste: «¿Y cuándo te voy a ver?». «No sé, pero te avisaré con una cartita, o te mandaré un recado con mis amigas». «¿Y por cuánto tiempo te vas a quedar allá?». «Unas semanas, creo». «¿Cómo me avisarás?». «Ya te dije, te mandaré un encargo, y será con mi prima Mirta, que vive aquí en Jauja». «¿Mirta?». «Esa morenita que tiene una tienda frente a la capilla del barrio de La Salud». Sí, la recordabas, pues era una de las chicas que estaba con Leonor en el día de la fiesta de la Chapetona. Y ya no fue posible insistir, y en lo que quedaba de camino tuviste que contestar sus preguntas en torno a los estudios en el Colegio San José, y sobre los cursos y los profesores. Prosaicos asuntos, qué duda cabe, pero importantes para ella. Y así, hasta que tú y ella se encontraron nuevamente en la plazuela y fue obligado despedirse. Te tendió la mano. Le dijiste, por cuarta o quinta vez: «Avísame de tu viaje y escríbeme». Y ella estaba por marcharse, cuando de pronto se tornó hacia ti, y sin importarle que la gente la viera te dio un beso muy rápido en los labios. Y se alejó, sin decir nada.

18 de enero

Se me ocurrió buscar en el cajón de papeles del abuelo, donde están sus villancicos, y los huaynos y yaravíes que recogió en Santa Rosa, en Apata y en otros sitios, en una mezcla de quechua y español. Saqué su viejo Misal diario y vesperal, para revisarlo más adelante con detenimiento. Eché también una mirada a la otra carpeta de cartón, la roja, tan voluminosa,

donde se guardan diversos documentos, y de pronto, entre unos recibos, vi unas hojas con la mención Himnos religiosos varios, y en letra más pequeña: Copia de los que recopilaron los Sres. Robles y Raoul D'Harcourt. *Y también una carta, firmada por el segundo. Me sorprendí, porque mi madre no sabía nada al respecto, ya que de otro modo me lo hubiera dicho y se hubiera esforzado en descifrar conmigo esa escritura. La carta solo tenía unas líneas, escritas con una letra muy cuidada, y su autor decía que le enviaba las copias que el abuelo le había pedido. Estaba fechada en Huancayo, en mayo de 1907. Comencé a hojear las partituras, que eran tres, y me llamó la atención un himno recogido en Huánuco, cuya letra comienza:* Ay, sumaj canchak'chaska*…, que quiere decir, según una traducción a lápiz que se había hecho a un costado: «Ah, luz resplandeciente…». Me gustó la melodía, así que fui y la toqué en el piano. Puse más atención en la letra, que me impresionó de veras, y se me grabaron las palabras iniciales: «Ah, luz resplandeciente…». Una música sin la melancólica alegría del Laudate, pero con mucha mayor fuerza, y a mi entender mucho más andina y tan hermosa. Se me ocurrió ponerle una introducción, y tratar después de trabajar una adaptación para piano. ¿Por qué no? Pero no diré nada a la familia, no por ahora. Les tendré guardada la sorpresa para más adelante. Una gran sorpresa.*

«Ya que tienes tanto interés en Fox Caro», dijo Abelardo, «tengo unos datos para ti». Lo miraste, intrigado: «¿De qué se trata?». «Bueno, de su nombre y otras cosas». Y prosiguió: «Revisando unos papeles en el Municipio, en busca de datos sobre la biblioteca, encontré un legajo de la Sociedad de Beneficencia, que no sé por qué se encuentra allí. La cosa es que hay un par de contratos que él firmó hace muchos años, en que aparecen sus nombres verdaderos. No Fox, por supuesto, que en un caso como el suyo resulta de veras irónico, por su significado de zorro en inglés, como tantas veces hemos comentado. El primero es, como muchos saben, Francisco». «¿Y el otro?». «Otoniel, pero hay además un tercero: Simónides». «¿Tres nombres?». «Sí, pero las iniciales dan siempre un FOS, con las que firmaba y firma aún el carpintero, y que un mal intencionado convirtió en ese paradójico Fox». «¡Fox, un señor tan bondadoso!». «Eso no es todo. En un contrato posterior, por otro asunto, ya no es Simónides, sino Xavier». «¿Javier?». «No así, en la forma moderna, sino Xavier, como se decía en otros tiempos, lo cual da no FOS, sino FOX, con todas sus letras». «Y para mayor confusión», añadió Abelardo, «hay un recibo por un adelanto que recibió de la Municipalidad en 1919, y allí tenemos que firma F.O.X. Caro, maestro confeccionista de ataúdes». Así que, finalmente, ¿sería Fox? ¿Y por qué tres nombres si la costumbre pide dos? ¿Por qué esos cambios? Sea como fuere, la tesis de que alguna vez el carpintero hubiera deseado «agringarse», como alguien dijo, convirtiendo sus iniciales en un apellido sajón, no tenía ningún sentido. Dijiste: «¡Qué curioso! En el caso de Mitrídates también hay mucho de oscuro, por lo raro de su nombre, y porque no tiene apellido». «Bueno, él es un expósito…». «Pero ¿por qué le pusieron Mitrídates?». «A él le

contaron que fue una monja del orfelinato la que le puso el nombre». «¿Por qué?». «No sé, quizá porque habrá un santo eremita de los primeros tiempos del cristianismo que se llamaba así, o porque la madre era aficionada a la historia de Grecia, ¿no?». «A la verdad…». «Bueno, es solo una conjetura, y de veras que hay allí otro curioso enigma». Tu hermano se levantó de la silla en que estaba sentado y comenzó a pasearse por la habitación, con las manos en los bolsillos. Al cabo de un momento volvió al tema del carpintero: «Así que Fox te invitó a que fueras a visitarlo…». «Ya fui a su casa, como te dije, pero estaba ocupado y solo conversé con doña Juanita». «Simpática señora, tan sensata, y no como su marido, chiflado y místico con eso del agua y la pureza». «A lo mejor no está chiflado, y nosotros sí…». Abelardo te observó por un espacio y dijo: «Todo puede ser». «Seguro». «¿Sabes que toca el violín?». «Sí, pero no en público». «Toca el violín, lee libros, predica sus ideas y sospecho que, al margen de todo eso, tiene no sé qué don, viejo como es, de atraer a las mujeres, incluso a las jóvenes». «¿Cómo lo sabes?». «Mira, no en vano asisten a sus reuniones damas muy vistosas. Por ahí he escuchado comentarios en ese sentido, y no solo en boca de hombres…». No te gustó mucho la observación y retrucaste: «¿A pesar de los ataúdes?». «A pesar de ellos, y sin perjuicio del respeto que se merece por su edad y su honradez». «¿Y cómo es que antes no tuvimos mayor relación con él y con doña Juanita?». «No sé, y a lo mejor era necesario que se cayera el muro», respondió Abelardo con buen humor, volviendo a tomar asiento. «Iré a verlo otra vez, y ojalá que no esté ocupado». «Me parece bien, si tanta curiosidad te inspira y si no tienes la mala suerte de encontrarte con Florisandro». «Y también me gustaría ir a una de esas reuniones de que hablan». «Eso ya no me parece tan bien, pero si quieres…». «Aunque tía Marisa diga después que yo también me estoy chiflando». «Ojalá que no vengas a pregonar la “transmigración de los seres” y demás cosas». «No, eso no». Tu hermano se rio e inquirió: «Pero ¿qué es lo que te interesa realmente en él?». «Ya te dije, esa mezcla de predicador, poeta, músico, y también su oficio, su casa, y esa manera de hablar que tiene, tan persuasiva, y, no sé cómo decirlo, esa especie de…». «¿De nimbo…?». «¿Cómo?». «Bueno, esa especie de halo, como el círculo que rodea la cabeza de un santo en las imágenes de la iglesia». «Él no es un santo». «No, pero se diría que hay un nimbo así en torno a su efigie, tan apacible como es…». Luego de una pausa, Abelardo quiso saber: «¿Y qué te atrae en Mitrídates?». «Oh, su figura, su pasado, esa manera de reír que tú llamas “ferina”, y quizá también su pleito con el cachaco y el trabajo tan horrible que desempeña…». «Ah». «Son gente rara, Abelardo, todo ellos: Fox, las tías de los Heros, Mitrídates, y no solo ellos, porque si uno se pone a pensar, lo mismo pasa con el cura Wharton, la vieja Quiñones, Palomeque, Carlitos Baylón, el viejo Federico Yepes…». «Quizá, pero eso nos llevaría a sostener que estamos rodeados por aves raras, y aun más, que toda la ciudad está llena». «A lo mejor». «Una explicación más sencilla, sin embargo, sería que si bien se trata de tipos originales, tú los rodeas de un aura tal que resultan novelescos». «¿Aura?». «Algo así como un halo, un resplandor…». «Tal vez exagero», dijiste, «pero estoy seguro de que hay en todos

ellos algo muy especial, que antes no veíamos…». «¿Tú crees?». «Es el caso, sobre todo, de nuestras tías, que no están locas, ya lo sé, pero viven como en sueños…». «Un estado, digamos, crepuscular…». «¿Crepuscular? Sí, esa palabra describe muy bien ese mundo en que viven, en que el pasado y el presente no se distinguen, y en donde alumbra un sol extraño, por así decir». «¡Vaya!». «Y crepuscular también porque se asemeja al reino de los muertos en la *Odisea* y en la *Eneida*, según he visto en uno de los tomos que me regaló tía Rosa». «Caramba, has avanzado bastante». «Y tienes ahí a tía Euristela, en cuyos labios todo resulta tan enigmático y hace recordar la forma en que hablaba la maga de Cumas…». «La sibila…», precisó tu hermano. «Bueno, la sibila, y también Casandra». «Mas no, entonces, para anunciar el futuro, sino para revivir el pasado». «Y por otra parte tienes ahí esa fotografía que está en su sala, en que ella aparece joven, bella, pero como rodeada también por un velo de lejanía». «No me acuerdo de esa foto». «Y luego su mirada, por momentos tan intensa, y que después se apaga poco a poco, sin que uno sepa el motivo…». «Sí, pues…». «¿No ves? A ti también te produce una impresión así». «Razones todas que se verán reforzadas cuando leas la *Antígona* de Sófocles…». «No me has traído aún el libro que me ofreciste». «Lo haré pronto. Y a propósito, y volviendo al tema de los nombres, el que aparece en el calendario no es Euristela sino Auristela…». «¿Qué?». «Y tampoco es griego, como pensábamos, sino latino, y significa estrella de oro, o más exactamente estrella áurea, es decir de oro». «¿Y cómo lo sabes?». «Pues vi en un diario el nombre de un buque de lujo que llegó al Callao, *Stella Maris*, y allí se decía que quiere decir estrella del mar, así que deduje que se trata de *Aurea Stella*, es decir, pues, estrella de oro…». «Pero la tía es Euristela, con E…». «Lo sé». «A mí me gusta más con E, y ese es el nombre al que me he acostumbrado». «Y que se parece, además, a Eurídice, nombre importante en los mitos griegos». «Sí, seguramente». «Y a propósito», continuó Abelardo, «no hay que olvidar que Euristela de los Heros pasó la mayor parte de su vida en un sitio que alguna vez tuvo el legendario nombre de Amarucancha». Hubo un silencio. Dijiste, en fin: «También he reparado en eso, y debe haber allí otro misterio que deberíamos aclarar…». «Cosa difícil, pues solo podemos hacer conjeturas». Volviste al tema de la gente rara que parecía abundar en Jauja: «Si pensamos ahora en tía Rosa, tan buena, tan tranquila, ¿no es su chofer el mismo que maneja la carroza fúnebre, y no tiene en su casa un loro que conoce muy bien a los que visitan a su dueña y se burla de ellos a su gusto? ¿Y no se pone ella ese bonete colorado y teje gorritos y mediecitas minúsculos, como en un cuento para niños?». «Ah, también pones a tía Rosa en esa galería». «Y el viejo Yepes, ¿no se ufana de su terrorífica mano de cuero…?». «A ese paso, hermano», dijo Abelardo, «los únicos sensatos y normales seremos nosotros». Te echaste a reír, y lo mismo hizo él. Te pareció conveniente cambiar de tema y preguntaste: «¿Y cómo va el ajedrez?». «Bien, aunque ahora voy un poco menos al club». «Me da la impresión que allí se conversa y se ríe mucho, ¿no?». «Es cierto». «¿Y qué tal juega Mitrídates?». «Ya te dije que bastante bien, y con un estilo muy particular, especialmente cuando se trata de maniobrar con alfil y caballo». «¿Es casado o algo

así?». «No, pero por ahí se dice que tuvo un asunto con una enfermera, y que esa fue una razón adicional para que lo botaran del sanatorio. Adicional, porque la principal, como creo haber contado, fue su participación en esa revuelta de pacientes contra García». «Es extraño», dijiste, «pero tengo cada vez más la impresión de que fuera un griego de los tiempos antiguos». «Tiene algo de un Odiseo, especialmente en la cara». «Un griego antiguo en la tierra de Jauja». Miraste el almanaque que colgaba de la pared y, mudando una vez más de asunto, dijiste: «La próxima semana comienzan las fiestas del 20 de enero. Iré a Yauyos, para captar los nuevos y mejores pasacalles y transcribirlos después con mamá». «No he visto que ustedes hayan trabajado en estas semanas». «Tienes razón, y se lo he hecho notar». «¿Y qué te contestó?». «Que está muy atareada…». Hubo un silencio, y luego Abelardo dijo: «Y ¿no sería mejor comprar los discos que van apareciendo, con los mejores huaynos?». «Eso haremos cuando sea posible, pero es indispensable anotar la música, y además la ejecución es a menudo muy mala en los discos». «Pero…». «Y además yo detesto clarinetes y saxofones». «¿Por qué?». «Pues porque me parece que no tienen nada que hacer con nuestra música». «¿Y tú crees que sí el arpa y los violines, para no hablar del piano? Si fuéramos coherentes, tendríamos entonces que aceptar solo quenas, *tinyas* y pincullos…». «No se trata de eso, sino que a mi modo de ver el arpa va muy bien con los huaynos, y marca de una manera muy hermosa el compás, y los violines también se acomodan a esa música, pero no pasa lo mismo con los clarinetes y saxofones, porque son ajenos y hacen mucha bulla…». «Seguramente», concedió tu hermano, «pero la orquesta de música típica del valle del Mantaro, incluidos clarinetes y saxofones, es una realidad, y a través de ella se expresa muy bien el espíritu mestizo de esta tierra. En otras palabras, esta música, con esos instrumentos, es un hecho viviente, y no se puede ir contra eso». «Tal vez tienes razón, pero yo no lo siento así, y hago lo posible por imaginar que no escucho esos instrumentos…». «Y entonces ¿cómo hacen tú y mamá?». «Ya te dije, nos limitamos a la melodía, señalada por los violines, y a la cadencia marcada por el arpa». «¿Llevas contigo papel pautado y lápiz?». «No es necesario, porque puedo retener lo que me interesa». Abelardo sonrió y dijo: «¿Y tus libretas? ¿Por qué haces anotaciones en ellas, si tienes tan buena memoria?». «Es diferente, porque no se trata de frases musicales». Él volvió a sonreír y dijo: «Quizá tu camino no está en la música sino en la literatura, en la narración…». «Ya me lo has dicho». «Bueno, es una opinión». «En todo caso, le envidio a Laurita, porque ella sí supo desde un comienzo cuál era su verdadera vocación». «Así es». «La echo de menos, Abelardo». «Todos la extrañamos». Te levantaste para retirarte, pues tenías tareas domésticas que hacer. «Volveremos a hablar de todo esto», dijiste, «y en especial de los nombres, de la gente rara de Jauja, de nuestra música…». «Sí, por supuesto».

Marcelina dijo: «Cuando los amarus se hundieron, uno en la laguna de Yanamarca, y otro en Janchiscocha, bajaron las aguas que cubrían el valle de Jauja, porque el río Mantaro encontró una salida, allá por Chongos Bajo. Aparecieron entonces los hombres y las mujeres, y Ticse

Wiracocha vio que no sabían cómo trabajar la tierra, ni cómo abrigarse. Compadecido, hizo que el rayo prendiera unas fogatas en los cerros, y los humanos recogieron allí brasas con qué encender sus bicharras y cocinar sus comidas. Así aprendieron también a hacer sus ollas, y después su ropa y sus herramientas. Así fue, y por eso brillan todavía por las noches unas candelas en las cumbres del Huajlas, de Lasuntay, del Marayrasu. Y por eso vuelven a caer allí los rayos, en las tardes de tempestad».

La construcción de la nueva pared divisoria avanzó a buen ritmo a principios de enero. El albañil era muy huraño, por lo cual renunciaste a entablar conversación, y limitaste tus apariciones por allí a lo estrictamente necesario. Y una tarde tu madre te encargó llevar al señor Caro la segunda cuota de dinero que le tocaba aportar a la familia para los gastos. «Ojalá que no esté por allí el rata de Florisandro», dijiste. «¡Qué lenguaje!». «Es un bellaco, no un rata», precisó tía Marisa. Era un poco más de las cinco y media y Fox ya estaría descansando después de las labores del día. A lo mejor, pues, él mismo te abría la puerta. Así fue, por suerte, y no pareció sorprenderse por tu visita. «Señor», dijiste, «le traigo el dinero para la pared». «Ah, muy bien», respondió y te invitó a pasar. Fuiste con él, por el zaguán de los balayes y ataúdes, y entraste a una habitación al otro lado del patio. Tomaste asiento frente a su mesita, en tanto que él lo hacía en su sillón. Te miró, por un momento, se puso luego los anteojos y leyó la nota que le enviaba tu madre. Sacó después un cuadernito y anotó la cantidad. Echaste una ojeada, entre tanto, a ese cuarto de techo alto, con vigas al descubierto y muros blancos de agrietado revoque. La iluminación provenía de una ventana también muy alta, por la que entraba un poco de sol atardeciente. Unas herramientas colgaban de unos clavos, y también reglas, escuadras y un compás antiguo. Una larga cadena, pendiente del techo, sostenía una lámpara de aceite y mecha, que ya no se usaba pero en la que se había adaptado un foco eléctrico. En un pequeño estante había libros, bastantes libros, en ediciones baratas, y cuadernos y lápices. En una foto, que no pudiste apreciar bien por la distancia, se veía un paisaje de puna con una montaña, y en un cántaro, sobre una repisa, un ramo de alhelíes. Todo en una quietud tan apagada, tan detenida. Advertiste de pronto que Fox había puesto a un lado sus notas y te miraba con una curiosidad benévola. «Es grande su cuarto…», comentaste. Él asintió con un gesto. «¿Por qué tiene usted tantas reglas?». Sonrió y contestó: «La relación más cabal es la de dos líneas en ángulo recto». «¿Y ese compás?». «¿Puede haber algo más perfecto que el círculo?». Atónito, guardaste silencio. Dijiste en fin: «Y ¿necesita de todo eso…?». «¿Para hacer ataúdes? No, porque ya tengo mucha práctica». No querías que pusiera fin a la entrevista, así que insististe: «¿Y la lámpara?». «Antes trabajaba aquí en la mesa con el mechero de aceite, pero ahora lo hago con la luz eléctrica». Señaló el mensaje de tu madre y dijo: «Está muy bien, y voy a darte un recibo». Y se puso a escribir en una hojita con una aplicación pausada. Examinaste su rostro, enjuto, de pómulos salientes y ojos grandes, y su barba gris y cuidada. «Está bien», repitió, y te tendió el

papel. Debió adivinar tu renuencia a marcharte, porque preguntó: «Te da curiosidad la casa, ¿no?». «Sí, señor». «¿Por qué?». «Por las cosas que usted tiene, y por lo que fabrica, y los balcones, el mirador, y por lo que le escuchamos la otra vez, en la mañana en que se cayó el muro». «Ah, ya veo…». Miraste una vez más en derredor. «Sube por esa escalera», dijo de pronto, «y mira desde el balconcito. ¡Anda!». Sorprendido, obedeciste. Los peldaños eran altos y frágil la baranda. Te encontraste con una especie de galería de madera sobre aleros, que corría adosada por tres lados a lo que parecía ser un dormitorio, con desniveles que daban lugar a otras tantas gradas. Un voladizo, también de madera, proporcionaba protección contra el sol y la lluvia. Quisiste mirar por una ventana hacia el interior, pero las cortinas estaban corridas. En una hornacina había un jarro azul, muy bonito, con agua. Te tornaste hacia el otro lado, por donde se veían tejados, tapias, ventanas de otras casas, incluso la tuya. Se divisaban más allá las torres de la iglesia, el cerro de Huancas, y aun más lejos esa montaña de torva y obscura roca, Huajlas, en donde parecían caer todos los rayos de noviembre. Buscaste luego por dónde ascender al mirador, pero no hallaste la segunda escalera que habías imaginado, quizá porque esta partía del interior de una de las habitaciones. No viste ni rastro de doña Juanita, ni tampoco de su sobrina Griselda, ni de Florisandro. Comenzaba a lloviznar y descendiste. El carpintero conversaba en su cuarto de trabajo con un hombre que acababa de llegar, y que sin duda era un cliente. Don Fox te hizo una señal para que esperases. Te quedaste, pues, en el corredor, y te asomaste al patio, que constituía lo principal del taller, y en donde se amontonaban cajones a medio confeccionar, sillas y mesas en trabajo. Fuiste a echar una mirada a un pasadizo, y te diste allí, de improviso, con dos ataúdes negros que descansaban sobre caballetes. No eran como los otros, tan sencillos, para gente modesta, sin adornos ni complicaciones. Mucho más trabajados, aun en su sobriedad, exhibían un acabado bruñido, perceptible a pesar de la poca claridad que procedía de una claraboya. Las manijas eran de bronce. Sobre un banquito, doblada con cuidado, había una tela negra, con la que sin duda se los cubría, y que por alguna razón alguien había quitado. Féretros que, por un momento, te hicieron pensar, por su negro mate y suntuoso, y por las volutas de las molduras, en las góndolas de Venecia que habías visto en unas fotos en una revista. Asombrado, te aproximaste y deslizaste las manos por su superficie. ¿Qué hacían allí? ¿Por qué se había retirado la funda? ¿A quiénes estaban destinados? Te fue difícil sustraerte a la aterrada fascinación que te inspiraban. Te quedaste mirándolos por un momento, y luego, temeroso de que Fox te sorprendiera, regresaste al corredor. Ahí estaba Griselda, a la que conocías de vista. Te miró, perpleja, y se metió a la habitación contigua. Al poco rato salió el carpintero, acompañando a su visitante, que ya se marchaba, y luego de despedirlo en el zaguán retornó a ti. Otra vez te invitó a pasar y a sentarte en lo que después llamarías su «gabinete», encendió el foco y retomó su lugar en el sillón. «¿De qué hablábamos?», preguntó. «Usted me dijo que podía subir al balcón». «Ah, sí. ¿Echaste una mirada?». «Sí, señor, pero ¿cómo sube usted?». «Hay una escalera desde mi dormitorio». «Debe ser hermoso el paisaje, desde allá arriba». «Así es, en

efecto. Desde allí veo los cerros de Huajlas, de Paca, de Hualá. Desde allí contemplo también las nubes, las noches estrelladas, el aire del amanecer. Desde allí elevo mi espíritu hacia el cosmos». En voz baja señalaste: «Usted no habla como un carpintero, don Fox. Mi hermano dice que más parece un poeta…». «¿Eso dice? Me alegro, muchacho, porque en realidad no soy más que un artesano, un hombre de pueblo que apenas si acabó la primaria». «Y entonces, ¿cómo habla de esa manera? ¿Cómo predica usted esas cosas?». «¿Qué cosas?». «Bueno, como cuando nos habló del agua, de la luz, de la pureza. ¿No se acuerda?». «Digo lo que creo, mas no como poeta sino como hombre convencido de que debemos purificar nuestro ser». «Pero ¿y los ataúdes?». «¿Qué hay de raro en eso? Yo soy un admirador de San Francisco, y me gusta hablar de nuestra hermana la muerte. ¿No es ella nuestro destino, y no vamos a reposar en su seno?». No supiste qué decir, otra vez estupefacto. ¿Se trataba realmente de un chiflado? ¿Un profeta? ¿Un loco? Prosiguió: «Les hablé a ustedes así, esa vez, aunque el momento no fuera adecuado, porque la mañana era tan límpida, y porque aprecio y respeto a tu señora madre y a la señorita Marisa, y tengo la mejor opinión del joven Abelardo. Y porque tú me pareces un jovencito inteligente…». «¿Y les habla de lo mismo a la señora Ramos, y a las demás personas que lo visitan?». «Así es, y de otras cosas semejantes, y me escuchan porque son personas bondadosas, que disculpan mi ignorancia y valoran mi sinceridad». El viejo señor hablaba con una especie de plácida dulzura que te hacía sentir muy bien. Cuán irónico resultaba, por lo mismo, que sus nombres de pila se hubiesen convertido en esa abreviatura tan contraria, en su ajeno y zorruno significado, a la amorosa sabiduría que reflejaban sus palabras. «¿Y desde cuándo predica usted esos conceptos?». «Repito que no predico nada y que si hablo al respecto es porque creo en la verdad de lo que digo, y lo hago solo con las personas que tienen la paciencia de escucharme y se sienten afines a mi modo de pensar». «Pero ¿desde cuándo? ¿Cómo empezó todo?». «Fue una venturosa mañana de mayo de 1913, hace ya tanto tiempo, en que por primera vez se hizo la claridad en mi mente. Volvía yo de una pequeña finca de mis padres en Huertas, y me detuve a observar las gotas del sereno en un retoño de eucalipto. Cada gota se veía tan pura, tan feliz en su transparencia, que me dije que lo mismo podía suceder con nosotros si sabemos abrirnos al aire, a la luz, al agua. Es decir, si sabemos volver a lo límpido, a lo natural, y con ello a la alegría. Y así se nos abriría el camino hacia Dios, que es el universo todo. ¿No era así como pensaban nuestros antepasados?». «Pero don Fox, ¿acaso puede durar una gota de rocío? ¿No es acaso…». «¿Lo más fugaz? Claro que sí, pero nosotros no somos una gota de agua, sino corazón, alma, y podemos dar duración a lo más efímero, y a lo efímero eternidad». Vio sin duda que te era difícil seguirle, y prosiguió: «Ya sé, no soy claro ni persuasivo, porque no soy hombre instruido, y porque no es fácil remediar con desordenadas lecturas, y ya en la vejez, lo que no aprendí de joven. Lo sé, y por eso no me dirijo a todo el mundo, ni pretendo convertir a nadie. Digo simplemente mi verdad, del mejor modo que puedo, y me siento muy contento por ello». Otra vez no supiste qué decir. Era tan hermoso lo que decía, y a la vez tan confuso, y, en probable

opinión de tu tía Marisa, tan traído por los pelos… Continuó, después de una pausa: «Y todo puede ser aun más claro si tenemos presente que así como la muerte sigue a la vida, así también hay vida después de la muerte, y en definitiva un constante retorno de la vida a la vida, que es como decir a Dios, al verdadero Dios. Así es, jovencito…». «Entonces, según usted, nadie se muere de verdad…». «La muerte es una realidad, pero siempre vence la vida. Por eso mañana seremos abeja, flor, árbol. Y después viento, nube y otra vez hombres. Pero solo podemos ser felices cuando somos de veras humanos, y cuando tomamos debida nota de que la sencillez, la vida natural y una sincera hermandad con la naturaleza son el camino. Repito que no en otra cosa creían nuestros antepasados, con su culto a los puquios, a los peñascos, a las montañas. Y no es otro el simbolismo de esa gran piedra, tan bella, de Sayhuite». «¿De dónde?». «De Sayhuite, un lugar lejos de aquí, en Apurímac. ¿No has escuchado hablar de ella?». «No». «Una obra estupenda y misteriosa, que simboliza muy bien a mi entender lo que vengo diciendo». «Y esa cadena de la vida y de la muerte, de que usted habla, ¿no tiene que ver con la leyenda de las dos serpientes aladas, los amarus, que guerreaban en otro tiempo en nuestro valle?». «Por cierto que sí, hijo, y a su modo son una viva imagen de los principios de que he hablado, pero no debemos entender su lucha al pie de la letra, como quien dice, sino como una alternancia, en que tan pronto predomina uno, y tan pronto el otro». «¿Y eso de que uno fue a dar a Janchiscocha, y otro a la laguna de Yanamarca?». «Eso debe tener otro simbolismo, que no viene al caso». Hubo otro silencio, más prolongado. Se te figuró todo tan irreal, bajo esa luz mortecina, en esa hora de enero. Tú allí, sin saber qué decir, y sin embargo atento, fascinado, y el viejo señor Caro exponiendo con voz paciente y afectuosa sus pensamientos. ¿Qué habría dicho Abelardo? Se te ocurrió de pronto otra pregunta: «¿Y Elena, la bellísima mujer por la que ardió Troya?». Fox Caro te miró sin comprender y dijo: «¿Elena? ¿De quién me hablas?». «Es un personaje de una leyenda griega, pero no tiene relación con lo que usted hablaba. Discúlpeme, señor». Hubo un nuevo silencio, durante el cual te asaltó la idea de preguntar por los dos féretros que habías visto en el corredor, y qué vinculación tenían con toda esa prédica, pero no lo hiciste. Al cabo de un momento dijiste: «Y ¿por qué fabrica usted esos cajones?». Sonrió Fox, nuevamente, y se explicó: «En primer lugar porque necesito ganarme la vida, y de otra parte porque así tengo presente siempre la muerte, que como dije, es un acabamiento que da paso a otra forma de vida, que a su vez acaba en muerte para abrirse de nuevo a la vida». «¿Es usted católico, don Fox?». «No, ya no lo soy, porque el catolicismo es a mi entender una religión de sufrimiento y de culpa, y yo, hijo, creo en la alegría». «Pero confecciona esos ataúdes tan negros, tan…». «Porque es así como los quiere la gente, y porque debemos tratar a los muertos con respeto, con mucho respeto». Era inútil proseguir por ese lado, ya que por hermosas que fueran las palabras de Fox, reposaban sobre una lógica que sospechabas endeble. Intentaste otro camino: «¿Y la música, don Fox?». «La música es lo mejor». «Hace un rato dijo usted lo mismo del agua y del aire». «Bueno, la música es aun mejor». Y añadió: «Sé que tu señora madre es muy amante del piano, y

que toca muy bonito. A veces, por la noche, se escucha desde aquí esa música de gente cultivada, y también música nuestra. Pero la música más hermosa es la del viento, del aguacero, del amanecer, y la música de nuestras hermanas las estrellas y del firmamento todo. Algo tan bello y que puedo escuchar desde lo alto de mi casa». Se había reclinado en el respaldo de su sillón, y por un momento se te ocurrió imaginar que ocupaba el trono de Palomeque, y que este daba vueltas en torno, armado con sus tijeras. Mas no habría nada de ridículo en eso, porque había siempre en Fox una dignidad esencial, de la que habías tomado ya nota de manera intuitiva, que lo ponía por encima de todo ridículo y sarcasmo. Una espiritualidad diáfana y bondadosa que desconcertaba al más atrevido. Pero ¿no sería eso justamente lo que atraía a la viuda de Recaredo Ramos y a otras mujeres? Perplejo, pero también algo inquieto por esa posibilidad no tan descabellada, apartaste la mirada. Después de un momento él dijo: «Bueno, se hace tarde». Creíste ver una chispa de buen humor en su expresión, como si hubiese adivinado tus pensamientos. «Sí, señor», dijiste, levantándote. Y mientras ambos salían, te atreviste a averiguar: «Y ¿no le molesta que le digan “don Fox”?». «No, y aunque sé lo que esa palabra significa en idioma inglés, ya me he acostumbrado». «¿De veras?». «En todo caso, si pensamos en los cuentos y consejas de nuestro pueblo, ¿no aparece allí el zorro, muchas veces, como un ser previsor y clarividente? ¿Por qué sentirme ofendido, entonces?». Y ya en la puerta, y en contestación a tu despedida, dijo: «Hasta otra vez, jovencito. Mi agradecimiento y mis respetos a tu señora mamá. Vuelve a visitarme».

19 de enero de 1947

Leonor,

No tengo noticias tuyas, y me imagino que estás ya en Morococha. Fui por la tienda de Mirta, pero no la vi a ella sino a una señora que parece su mamá, y de muy mal carácter. Me decidí a escribirte, aunque no sé cómo te podría enviar mi carta. En fin, si la envío será como cuando en las novelas de aventuras un náufrago echa una botella al mar con un mensaje, sin saber si llegará a su destino. Voy a escribirte, pues, poniendo en estas hojas todo lo que pasa por mi mente.

No puedo dejar de pensar en ti. Me siento al piano, porque tenemos uno en casa y sé tocar un poco, como te conté, y trato de olvidarte haciendo música, pero no lo consigo sino después de mucho rato. Es mejor cuando salgo con mis amigos, con los que me llevo muy bien, a pesar de que no en todo pienso como ellos. Charlamos, nos reímos, vamos a veces al cine. Otras veces me pongo a escribir en unas libretas, donde anoto muchas cosas. Sí, es un diario, aunque no soy muy constante. Escribo allí mis pensamientos, y lo que me dicen algunas personas, mis sueños, mis proyectos. Y escribo, sobre todo, cuánto te echo de menos, cuánto te quiero. Y esta carta es

como una página de esas libretas, todas llenas de una escritura difícil, corrida, casi sin puntos ni apartes.

Tu primer nombre es Leonor, pero tengo presente que también eres Soledad, Leonor Soledad. A veces, en mis pensamientos, te digo Soledad. Y también tu apellido, Uscovilca, por esa imagen que me trae de rocas y de nieve, y que me hace pensar en la tierra que conociste de niña, con sus siete lagunas, donde está la flor del rocío y de la escarcha. Si supieras cuántas veces he escrito por aquí, al azar, tus nombres…

Escribo también pequeñas historias. Borradores de cuentos, diré, pero no como los que se les cuenta a los niños. Sus personajes no son puramente imaginarios, sino que a veces se parecen a algunas personas que conozco. Relatos que en sí mismos no valen gran cosa, pero que me divierten y me acompañan.

Abelardo, mi hermano, dice que la adolescencia es difícil, llena de contradicciones. Seguramente. Se podría decir que, en ese sentido, me refugio en mis libretas, y así me siento menos solo. Y escribo tanto que al final van a formar un conjunto tan grande que no sé qué haré. Bueno, quizás hay mucho que se repite, y que un día botaré para conservar solo lo importante, y en especial lo que se relaciona contigo.

Mi madre es muy comprensiva, y tengo una tía que se halla de buen humor todo el tiempo, y un hermano del que ya te hablé, que lee mucho y ha estudiado dos años en la Universidad de San Marcos. Y mi hermana Laurita, lo sabes, estudia pintura en Lima y me escribe y se preocupa por mí. Y bueno, tengo la música. Así debería sentirme feliz. Y lo soy, pero te extraño.

Desde hace dos o tres años he pensado que me dedicaría por completo a la música. Ahora ya no sé, pues comencé tarde. Y por eso, y porque me gusta escribir casi tanto como la música, podría ser quizás escritor, y si no periodista, o profesor. No sé. Pero no quiero ser maestro primario como mi papá y mi tía, y menos todavía médico, ingeniero o abogado. No sirvo para eso. En fin, ya veremos.

¿Y tú, mi amor? Te conozco poco, y no sé qué piensas de tu porvenir. Eres además tan joven, casi una niña, y tienes mucho por delante. ¿Tal vez voleybolista, secretaria, profesora? ¿Quizá simplemente terminar tu media y ayudar a tus padres, y después casarte? No, eso sería injusto. Ya me contarás.

Una idea que tengo para el futuro sería vivir, cuando ya sea mayor, no aquí en Jauja, sino a orillas de la laguna de Paca, en una casa que mandaría construir. Una casa de tapias, de tejas, de ventanas que dieran a la laguna, y otras a los cerros del frente. Y desde allí, desde mi cuarto, vería la luz del amanecer y las montañas del este, y los celajes de la tarde. Y me digo que quizá tú estarías conmigo. Tú, porque quién sabe, y aunque es muy temprano para pensarlo, tal vez nos casaríamos. Sería tan hermoso.

Ya que te hablo de música, te contaré que mi abuelo, el padre de mi madre, fue organista de la iglesia aquí en Jauja. Yo no lo conocí, pues murió hace mucho tiempo, pero sé que

acompañaba las misas, no en el órgano grande, ese que está en el coro, sino en otro, antiguo, que se encuentra ahora junto al altar de Santa Rosa, y que tiene una chapita donde se lee: Zaragoza, 1743. Tocaba allí, y tenía que ayudarle alguien moviendo con los brazos unos fuelles de cuero para dar aire, cosa que ahora resulta chistosa.

Te escribo esta carta, tan larga, tan desordenada. Una carta que a lo mejor se quedará aquí, junto a estas páginas. Y sin embargo, incluso así, será como si te la hubiese enviado, y como si la leyeras casi al mismo tiempo en que la escribo, en esta hora de la noche. Mis palabras yendo hacia ti y hablando en tus oídos. Tus ojos leyendo en sueños lo que digo.

Te quiero,

Claudio

Precavido, llevaste un gorro apropiado en tu segunda visita de trabajo a tía Rosa. Quedaban aun por revisar otras cajas de papeles, y un baúl por sacar del depósito, todo tan polvoriento. Sabe Dios qué tendría en mente la anciana, muy cortés, muy afable, pero previsora y nada tonta. Te alegraba ir a su casa, y no solo por sus regalos y su buen humor, sino también porque en verdad la querías. Y si te preguntaba por los libros que te había regalado, le recitarías los versos iniciales de la *Ilíada*, que te habías aprendido de memoria. Otra vez estaba en la cochera, por desgracia, el tétrico Fermín Galarza, limpiando y lustrando el carromato. Otra vez tuviste que soportar su fría y suspicaz mirada. Y de nuevo te abrió Petrona, que apenas si dejó oír un gruñido, y te condujo al patio del loro. «Espérala aquí, que ahorita sale la señora», dijo. Te sentaste en un banco, a juiciosa distancia del ave, pues no tenías la conciencia muy limpia, y estabas seguro de que ya estaba enterada de tu cuento. Y así sería, porque Teodorico te observó con rencorosa frialdad. ¿Por qué se llamaría de ese modo? Un animal viejo, calvo de un lado y no muy sano del otro, y que en cualquier momento soltaría su frase favorita, la misma con que, en cierta ocasión, puso en fuga a un ladrón de gallinas. Ensayaste un ademán conciliador, pero el loro no te hizo caso, igualito en eso a Joaquín y Luzbel, para no hablar de la gata Sara. Apareció finalmente la viejita con un gorro amarillo, y sin chal ni pañolón, porque la tarde era tibia. Respondió a tu saludo, preguntó por la familia, se refirió al buen tiempo. No hallaste modo de encajar los dichosos versos, que sin duda le habrían dejado perpleja. Optaste por un comentario muy general: «¡Qué lindos los libros que me regaló, tía!». «¿Ah sí? Qué bueno…». Y llevada por otras preocupaciones dijo: «Yo sola, con Petrona que bajó la caja, acabé de revisar los documentos del ropero. Ahora nos ocuparemos de los papeles del depósito, que está aquí al lado». Y abrió un cuarto lateral, y tú y Petrona sacaron al patio un baúl. La señora se sentó en un banquito, tú te colocaste a su costado, y comenzó un escrutinio menos entretenido que el anterior, pero de todos modos interesante. Te las arreglaste para llevar la charla a los temas que

te interesaban. «¿Conoce usted a don Fox Caro, tía?». «Claro que sí, pues hizo un par de ventanas para esta casa. ¿Le pasa algo?». «No, está muy bien, sino que yo quería saber si usted lo conocía…». «Ya te dije que sí, y que es una buena persona, aunque un poco chiflado». «Fabrica ataúdes y predica». «Me acuerdo que de joven era bien parecido, con su barbita y con la camisa siempre muy bien planchada, y que iba de casa en casa con trabajos, hasta que se estableció y se dedicó a confeccionar esos cajones de muerto. Me han contado que los hace con mucho cuidado, con mucho amor, y que por eso algunos parecen cajas de muñeca. ¿Será verdad?». «No sé, tía, pero los que yo he visto son muy sencillos, aunque vi también dos muy bien hechos, igualitos, muy tallados, muy lujosos». «Es extraño, ¿y no te dijo para quiénes eran?». «No, tía, porque era la primera vez que yo lo visitaba». «Siempre fue un poco raro este Fox, sin dejar de ser buenísima persona…». «¿Dice usted que iba de casa en casa?». «Así es, y me acuerdo que mi esposo le encargó también una mesa». «¿Y sabe usted cómo se llama en realidad?». «Pues Fox Caro, hijo. ¿Por qué lo preguntas?». «Oí decir que era Francisco Otoniel y algo más, y que de allí salió lo de «Fos», con *s*, que se convirtió después en «Fox» con *x*». La tía Rosa dejó a un lado unos legajos, se acarició la mejilla y dijo: «Ahora que lo mencionas, yo creía que era Francisco Severiano». Vaya, otra variante que te hizo sonreír al pensar en un ingrediente «severo» en el estrambótico nombre con que se conocía a tu vecino. La vieja señora añadió: «Y hubo una curiosa historia, que le oí a un compadre, según la cual el bueno de Caro se fue trabajar a La Oroya con los gringos, y tuvo un jefe que se apellidaba Fox, y el muy ingenuo pensó que era un nombre, e hizo un entrevero con los suyos, de modo que resultó Fox». «También he escuchado eso». «Palabra que según decía mi marido significa en inglés lobo». «No, lobo no, sino zorro». «Bueno, zorro, pero tan alejada por eso mismo de un alma de Dios como Caro. En todo caso no me explico, realmente, cómo se ha acostumbrado a ese Fox». «Así que era un joven bien plantado…». «Y desde entonces un poco tocado, con esa idea de que vivimos muchas vidas…». «Y sus elogios al agua y la pureza». «No me imaginé que estaría hoy hablando de Fox Caro, a quien no veo hace siglos… ¡Oh, pero aquí está otro papel que buscaba!». Y en efecto, la aparición del documento, al parecer importante, desvió la atención de la anciana, de modo que por un buen rato no pudiste regresar a los temas que deseabas. Teodorico aprovechó la ocasión para alargar el cuello y soltar un venenoso «Te jodiste, idiota». La tía no prestó atención y se dedicó a leer y releer el texto, en que se hablaba de trescientos soles de plata, con la firma de Oliverio Planas. Te quedaste de una pieza. ¿Cuándo habías oído hablar por primera vez de ese Planas? ¿Qué te hizo imaginar en tu cuento que, enamorado, se empeñaba en regalar un loro a Grimanesa, por entonces apetecible dama? Teodorico volvió a decir, sin quitarte el ojo: «Te jodiste, idiota…». «Pájaro impúdico», rezongó tu tía, a lo cual casi lanzas una carcajada. Te dominaste, no obstante, pues ya habías tomado venganza, de esa y otras frases, en la historia que habías escrito. «Aquí está otro recibo», dijo la viejita, feliz al ver sus esfuerzos recompensados luego de revisar tantos legajos. Y otra vez era el tal Planas el suscriptor. «Sí, este Oliverio, hijo

que fue de don Albano Planas, un civilista…». «Ya me contó usted una vez que fue pretendiente de mi tía Grimanesa». «¿Eso dije?». «Sí». La buena señora se quedó asombrada, pues en realidad nunca había dicho tal cosa, y eras tú quien había inventado ese cortejo, aprovechando el nombre del personaje, oído en alguna conversación anterior. «No sé», dijo en fin, «pero yo no he sabido jamás que aspirase a la mano de Grimanesa. No, hijo, debes estar equivocado, porque además era mucho menor que tu tía». Y era tal su expresión de perplejidad, que te arrepentiste de tu mentira. Optaste por llevar la conversación por otro lado: «Y don José María de los Heros, ¿era también civilista?». «No lo sé, y no sé por qué te acuerdas de él…». «Es que, como le dije la vez pasada, somos parientes». «¿Y eso qué tiene que ver con que si era o no civilista?». «Simple curiosidad, tía». «Ah, y dime, ¿se visitan siempre ustedes con sus hijas?». «Ahora sí, pero antes no lo hacíamos, es decir, no con frecuencia, y mi tía Marisa las llamaba, con cariño, las "tías locas"». Tu tía Rosa te miró de hito en hito, muy seria y con ese documento aún en la mano: «¿Y por qué "tías locas"?». «Porque son raras y hablan de una manera un poco extraña…». «¿Ah sí? ¿Y no dirán que yo también soy otra "tía loca"?». Bueno, habías metido la pata y tenías que sacarla. «No, tía», dijiste, «usted no habla nunca cosas raras. Y además mi tía Marisa no lo decía por burlarse ni por faltarles el respeto; antes bien, todos nosotros las queremos mucho…». «Ajá, ¿y en señal de cariño las llaman así?». «No quise decir eso». La anciana agregó, con suavidad: «Al menos no las llames de ese modo delante de mí». Te sentiste furioso, ya que tú no tenías nada que ver con el sobrenombre, e incluso habías protestado, pero el mal ya estaba hecho, así que optaste por un prudente silencio. Se reanudó la búsqueda de más papeles, ante la sardónica mirada de Teodorico. La tía dijo al cabo de un momento: «No creo que de los Heros fuese civilista, y quizá más bien cacerista, aunque civilistas y caceristas eran muchas veces la misma cosa. Como quiera que sea, fue un hombre espléndido, y sin embargo desgraciado». «¿Por qué, tía?». «Porque perdió a su esposa, y luego se murió, y dejó a sus hijas huérfanas. Y decían, también, que más de una vez se dejó llevar por pasiones indebidas». «¿Qué pasiones?». «No lo sé…», dijo tu tía, aunque algo te advirtió que sí sabía, pero que se había arrepentido de continuar. Muy sensible por lo visto a los silencios, el loro lanzó otro «Te jodiste, idiota», que tu tía Rosa no escuchó, acostumbrada como estaba a las impertinencias de su engreído. Amoscado, pasaste al ataque: «Tía, ¿desde cuándo tiene al loro?». «¿A ese tonto? No sé, lo menos cuarenta años». «¿Y cómo vino a su poder?». «Fue un regalo de Calixto Miramontes a mi marido, por cierto negocio que resultó muy bien, lo cual tuvo lugar antes de nuestro matrimonio». «¿Calixto Miramontes?». «Uno que sí fue pretendiente de tu tía Grimanesa, ahora que me acuerdo, en un romance que dio de hablar a mucha gente». Otra vez te quedaste mudo. ¿Cómo podía ser así, Dios santo? ¿Qué secreta relación vinculaba a Planas, al loro, a doña Grimanesa y al verdadero autor del regalo? ¿Tenía que convertirse en realidad, al menos en parte, lo que fabulabas? Viendo tu cara de pasmo, tu tía se inquietó: «¿Te pasa algo, Claudio?». «No, nada». Y para reanudar la charla preguntaste: «Pero ¿se llamaba así, realmente?». «No veo por qué no podía llamarse

Calixto y apellidarse Miramontes». «¿Y a qué se dedicaba ese señor?». «Calixto hizo de todo en la vida, como que era un tipo hablador, vivísimo, pero fue sobre todo un entusiasta torero. Algunos decían, incluso, un gran torero». «¿Ah sí?». «Y tanto que, según me acuerdo, al acabar la Primera Guerra Mundial, allá por 1918 o 1919, los extranjeros que residían en Jauja celebraron el triunfo con tres grandes corridas de toros. Una que dieron los italianos, otra los ingleses y una tercera los franceses, porque en ese tiempo había numerosos extranjeros en Jauja. No hacía mucho que nos habíamos casado, y tu tío me llevó al mejor sitio de la tribuna oficial». «¿Y qué hizo Miramontes?». «La corrida de los ingleses fue rangalida, quizá porque ellos no eran más que cuatro gatos; buena la de los italianos; y estupenda, y más que estupenda, la de los franchutes. Y en esta tomó la capa y mató, cosa que no se había visto nunca en Jauja, Calixto Miramontes». «¿Y mi tía Grimanesa?». «Se le ablandó el corazón, pero después se arrepintió, porque el galán resultó muy inconstante, y ella terminó por casarse con otro». «¿Y él?». «Supongo que siguió con el modo de vida, un poco disoluto, que era el suyo. ¡Qué iba a pensar, el pobre, que al poco tiempo había de morir en un pueblo chiquito como Huertas!». «¿Y cómo fue?». «Miramontes murió de una cornada». «¿En una corrida?». «Claro, según dicen porque se distrajo al ver que al toro se le desprendía la enjalma, confeccionada por Palomino, el viejo». Tu tía no advirtió el enorme interés que suscitó en ti el dato, y prosiguió: «Y también, según supe, sus parientes no podían enterrarlo porque lo impedían el peluquero y su hijo». «¿Palomeque?». «Creo que así le dicen al hijo, tal como le decían al padre». «¿Y por qué no querían?». «Porque Calixto le había encargado la enjalma y la moña, que fue en figura de diablesa, y todo una obra de arte por lo bien hecha». «¿Una diablesa?». «Sí, sabe Dios por qué». «¿Y qué pasó entonces?». «Miramontes había quedado en pagarles después de la faena, lo que no pudo ser porque lo mató el toro, como dije, y no solo eso, sino que el animal saltó las barreras y se fue por el campo arrastrando a la diablesa colgada de la panza». Casi lanzas un poderoso «¡Válgame Dios!», como doña Grimanesa, por la excitación que te embargaba, pero te callaste. Tu tía continuó: «El pobre Calixto se quedó tendido en el suelo, y acaso allí mismo dio el último suspiro». «¿Y los Palomino?». «Me contaron que chillaban por la enjalma, toda pisoteada, y por su plata». Te acordaste de algo que venía al caso, y dijiste: «Sería por eso, entonces, que el año pasado le escuché a mi tía Grimanesa, en las noches en que tuve que acompañarla a la iglesia, decir algo que en ese momento no entendí». «¿Y qué decía?». «Bueno, algo así como “Señor, deja que sufra un poco más”. Y también: “¡Y mejor aun, oh Dios, si lo quemas ya de una vez en el infierno!”». Tu tía se rio y dijo «Es que Grimanesa debía guardarle rencor, y por lo visto aún lo odia». «Es que está un poco mal de la cabeza». «Y de seguro mucho más que tus tías Euristela e Ismena, y digo esto rogando al Señor que me recoja antes de caer yo también en semejantes papelones». «No diga eso, porque usted está muy bien». Tu tía prosiguió: «Pero en lo demás, como dije, Calixto era muy despierto, muy jovial y se acomedía a todo, y si era para cosas *non santas*, también». «Y sería así que le regaló el loro a mi tío». «¿Qué quieres decir?», protestó tu

tía. «No me refiero a que hiciera cosas *non santas* con mi tío, sino a que seguramente consiguió el loro en una de sus andanzas, y…». «Un regalo simpático, en todo caso». «Ya está viejo el pájaro, ¿no?». «Viejo pero gritón», se rio tu tía. Teodorico te lanzó una de sus más torvas miradas, pero guardó silencio. «Creo que debemos hacer un alto», propuso tu tía, y llamó a Petrona y le encargó que sirviese un refresco de tunas que la misma viejita había preparado, y que la servidora trajo en unos vasos con figuritas de colores. Y mientras tía y sobrino se refrescaban, Teodorico se puso a gorgorear, muy coqueto: «…lorito… lorito… lorito…». «¡Loro impúdico!», volvió a rezongar tu tía, pero se levantó y le alcanzó un pedacito de galleta. Teodorico la miró muy fijamente, sin prestar atención a la golosina, y cerró por unos instantes los ojos, arrobado. Tu tía sorprendió la irónica expresión con que contemplabas la escena, y comentó: «Teodorico no te tiene simpatía, ni tú tampoco, Claudio, y eso no me parece bien, ni es cristiano». «Pero ¿no escucha usted lo que dice, tía?». «Eso de "idiota" no es solo por ti…». No te diste por ofendido, porque la tía no se había dado cuenta cabal de lo que acababa de decir. Retornó a su asiento, consideró por un espacio lo avanzado y los atados de papeles que aún faltaban, y señaló: «Hum, seguiremos por un rato, pero solo por precaución, porque ya tengo lo más importante». Y, en efecto, el escrutinio continuó de modo más relajado. Y, siguiendo el rumbo que tomaban sus pensamientos, tía Rosa dijo: «Me acuerdo que tus padres vinieron de visita, poco después de su matrimonio, y que tu papá miró al loro y el loro a él, y tu papá le dijo a Laura, pensando que yo no escuchaba: "Ese loro es un reaccionario", y tu mamá preguntó por qué, y él contestó: "¿No ves la mirada que tiene?"». «¿Y siempre fue así, mal carado?». «No sé si es mal carado, pero desde que vino a esta casa decía esa frase que acostumbra, y otras palabras feas». «Ah». «Una vez vino aquí Palomino, porque mi marido estaba resfriado y no quería tener la barba crecida, así que lo llamamos, y él se presentó y pasó por este patio, muy tieso, y el loro le gritó, con perdón por la palabra: "¡Alcahuete!"». «¿Y Palomeque?». «Palomeque se sobreparó, y muy frío, muy colérico, contestó: "¡Repite eso y te corto el pescuezo, pajarraco!". Pero este no se dejó intimidar, y volvió a gritar: "¡Alcahuete! ¡Alcahuete!". Y el pobre Palomino, que por supuesto no podía tomarse la libertad de raparle la cabeza a Teodorico, no tuvo más remedio que seguir su camino». «¿Y por qué lo habría llamado así? ¿Sería porque Palomeque…». «No, hijo», te interrumpió tu tía, «no saques conclusiones, pues recuerda que los loros no saben lo que dicen…». «Yo no diría eso tratándose de Teodorico». Y el loro, que oyó mencionar su nombre y esa otra palabra, que tendría grabada en su memoria, hizo sentir su voz con un «¡Alcahuete!», que debió retumbar en todo el vecindario. La anciana se volvió a reír, pero luego se contuvo, y con cara impasible sentenció: «Basta ya por hoy, y pongamos todo en el baúl». Y así fue, y tú y Petrona volvieron a guardar el trasto en el depósito, y fuiste a lavarte las manos en el caño, ocasión que el ave aprovechó para mirarte con ojos malvados, y reiterar, en voz más baja: «¡Te jodiste, idiota!». Te contentaste con una risita no menos venenosa. Pasaste después a la sala, a tomar con tu tía una copita de oporto con que quiso agasajarte antes de que te marcharas. Otra

vez se retornó a la plática, porque a ambos, adolescente y vieja dama, les gustaba charlar, y porque tu curiosidad no tenía límites. Y hablando de sucesos recientes de Jauja, del asesinato del director del diario *La Prensa* de Lima, y de los próximos carnavales, la plática fue a dar a un asunto que te interesaba mucho, como era el de las homilías del cura Wharton, pues aunque la tía Rosa no iba ya a misa, estaba enterada de todo lo tocante a religión en Jauja, ya que sus sobrinas Hermelinda y Josefa Bardales eran devotas Hijas de María. Solteronas, por cierto, que se habían distanciado del padre Barrelier, párroco de la Iglesia Matriz, porque estaba harto de beatas y de chismes de beatas, y ambas se convirtieron entonces en asiduas concurrentes a las misas y sermones de Segismundo Wharton en la capilla de Cristo Pobre. «Yo no sé qué les pasa a mis sobrinas», dijo la tía, «alborotadas como están con ese padre. ¿Tú lo conoces, Claudio?». «Sí, tía, porque me ha enseñado el curso de religión». «¿Y es verdad que se trata de un sacerdote muy inspirado, y que sus sermones son muy elocuentes?». «No creo, tía». «¿Ah no?». «Le han puesto el apodo de ¡Morirás!, porque en la cuaresma pasada amenazaba con la muerte a todos los feligreses». «Y ¿cómo dicen entonces mis sobrinas que es un padre muy piadoso?». «No sé, tía, pero como profesor es un desastre». La anciana te miró desconcertada, y se sirvió un pequeño sorbo de su minúscula copa. «Dicen también mis sobrinas», prosiguió, «que este taita está muy molesto porque hay un masón que viene engatusando a mucha gente, con falsas ideas y promesas, y que está muy disgustado porque en la parroquia no quieren mover ni un dedo en defensa de la fe y de las buenas costumbres». «No se refiere a ningún masón, tía, sino a Fox Caro, que no engatusa a nadie y solo se pasa hablando de la lluvia y la pureza. Sus sobrinas deben estar muy mal informadas, tía». «Pero ¿estás seguro de que se refiere a él?», se asombró la vieja señora. «Sí a él, porque el cura Wharton no lo puede ver ni en pintura; y por supuesto que Fox no es masón ni amenaza a nadie». «¿Y de dónde habrán sacado semejante cosa?». «No lo sé». «Ahora que me acuerdo», dijo pensativa tía Rosa, «hubo en mis tiempos de joven, allá en Lima, un tal Sofonías Wharton, director de un hospicio —¿o fue un orfelinato?— en Magdalena. ¿Sería su papá, o quizá su tío?». No podías saberlo, pero pusiste atención en el dato. «Un hombre al que no podría olvidar, por su tamaño, que era grandísimo, por su nariz y por sus sobrinas, Jezabel y Raquel, que también eran enormes y fueron mis compañeras». «¿Dice usted director de un orfelinato?». «Algo de eso». «¿Y no habría estado allí Mitrídates?». «¿Quién es Mitrídates?». «Un señor que vino de Lima enfermo, y que trabaja ahora en el hospital. Dicen que se crió en un hospicio». «Tal vez, si se trató de un puericultorio», dijo la tía, y continuó: «Así que ese cura es tu profesor, y seguramente te sacas buenas notas en la materia, ¿verdad?». «Regulares no más, tía», dijiste, en púdica mentira. «¿Y dónde estudió usted su secundaria?». «Yo estudié hasta el tercer año de Media en el Colegio de Santa María Eufrasia». «Oh, el mismo colegio de la señora Mercedes Chávarri». «El mismo, pero ella entró cuando yo había terminado, y por eso no la vi allí nunca. Mercedes no es tan vieja como yo». «¿Y mis tías Euristela e Ismena?». «No, ellas no estuvieron en ese plantel, sino en los Sagrados Corazones, un colegio de gente rica, pero solo por

un año, y después su papá las mandó internas a Huancayo, porque en Jauja no había por esos tiempos ningún colegio de señoritas. Y lo sé porque mi prima Rebeca, que era mucho mayor que yo y radicaba en Lima, estuvo de secretaria en ese plantel huancaíno». «Entonces deben haber estudiado francés, ¿no?». «Seguramente». «¿Y qué más sabe usted de mis tías?». «Ya te conté, la vez pasada». «Dígame un poco más, por favor». «Eran muy guapas, sobre todo Euristela, quien tocaba muy bien el piano». «Y su padre, ¿era también músico?». «No, que yo sepa, pero en todo caso un señor, aunque algunos dijeran que era mujeriego». «A ver, cuente usted tía». Y la anciana, que reparó en que se le había ido de nuevo la lengua, sonrió y dijo: «Oye, ¿por qué te interesas en gentes y sucesos tan antiguos? ¿Acaso eso es natural en un joven de quince años?». No esperó tu respuesta y agregó: «Sí, tienes solo quince años, pero andas averiguando vejeces…». «Ya voy a cumplir dieciséis en mayo, tía». «Es casi lo mismo». Pero doña Rosa te miró con buen humor y, resignada, continuó: «Mucho se habló, por largos años, de su romance con una muchacha del pueblo de Sincos, que me parece se llamaba Marina Túpac Roca, y lo recuerdo porque mi papá se refirió más de una vez a ella». «Hermoso nombre». «¿Cómo?». «Un nombre hermoso el de esa dama». «¿Por qué te fijas tanto en los nombres?». «Pero ¿no es hermoso, tía?». «Hum, creo que podrías ser periodista, poeta, o algo así, aunque también profesor como tu papá». «¿Y qué habría pasado?». «Si te refieres a ella, no lo sé». Hubo una pausa, y se te ocurrió que tal vez ahora, en que su renuencia había cedido, la buena señora querría decir algo en torno al personaje que de modo tan especial mencionaban las señoritas de los Heros: «Y ¿no recuerda usted a un Antenor, o Agenor?». «¿A quién te refieres?». «A un señor que se llamaba así, en tiempos de mis tías». «No, no sé», respondió tu tía, después de titubear por un instante. Sí, era evidente que sabía de quién se trataba, pero que no quería decir nada al respecto. «¿Y nunca escuchó usted hablar de un anillo muy hermoso, que Euristela tenía?». «No, y no sé cómo sabes de un detalle tan pequeño». «Le escuché hablar al respecto, como en sueños». «¿Y le oíste así también referirse a ese Antenor?». «Así es». La anciana guardó silencio y miró el reloj de la pared. «Muchas gracias por tu ayuda», dijo, al tiempo que se ponía de pie. «Dígame no más cuando me necesite, que ahí mismo vendré a ayudarla». Y tomaste tu gorro, que se había quedado sobre una silla, porque la faena no había sido tan polvorosa como la anterior. Y con un «Hasta otro día» muy cariñoso, que fue respondido de igual modo por la vieja señora, te despediste y tomaste el camino de casa. Por un buen rato te acompañó la sensación de haber visto en los ojos de tu tía una expresión vagamente inquieta en relación con el tema de Antenor, allá en la noche de los años. Mas esa impresión se vio desplazada por el recuerdo de Teodorico, a quien habías dejado impertérrito en su percha, en completo olvido de la floresta que debió abandonar un día por obra y voluntad de Calixto Miramontes. Ese Miramontes que finó en una tarde de toros por culpa de la diablesa y de los Palomeque, y por cuyos pecados casi murió de amor doña Grimanesa Sifuentes, tu egregia tía.

Abelardo te había dicho que esa tarde Mitrídates iría a la biblioteca, así que te dirigiste hacia allá, y te instalaste en el destartalado sofá que había junto al escritorio de tu hermano. Te gustaba tanto el olor de los libros antiguos. «No tardará en llegar», dijo Abelardo, «y se quedará un buen rato, porque se viene un chaparrón». Y así era, y el cielo se veía cada vez más oscuro, después de una mañana espléndida. Y llovía ya cuando Mitrídates hizo su aparición, con su sempiterno abrigo azul y los cabellos mojados. No dio la mano a nadie y saludó con un «Hola, cómo están…». Se le veía demacrado y habrías jurado que tenía un poco de fiebre. Se sentó en una silla y dijo: «Ese médico Morales es un desgraciado. No quiso darme un descanso, a pesar de que anoche me la pasé en blanco por causa de unos enfermos que llegaron de Molinos». «Pero ¿qué tienes que ver con enfermos?». «Cuando falta gente también tengo que ocuparme de los vivos, y en especial de los que están a punto de no serlo». No dejaste de reír, asustado. «Es un jodido, pero en fin, no déspota como García», añadió. Se refirió luego a ciertas diligencias que se le habían encomendado, y pudiste apreciar mientras tanto sus rasgos, sus ojos negros, en ese marco de cabellos ondulados y oscuros, todo lo cual le confería, en verdad, un aire de griego antiguo. Sus manos eran largas, velludas y la barba te hizo recordar ciertas ilustraciones de una *Historia de la pintura* que habías hojeado con Laurita, y donde había reproducciones de cuadros de un artista medio griego, medio español, que se llamaba El Greco. Sí, tenía los mismos ojos, la cara enjuta, la figura alargada. Y después, mientras tu hermano salía a inspeccionar posibles goteras en la sala de lectura, Mitrídates te dijo: «La otra vez pasé por tu calle, y escuché que tocaban al piano. ¿Qué era?». «No sé, porque mi mamá también toca». «¿Ah sí? Bueno, yo no podría repetir la melodía, pero era algo muy simple, muy hermoso…». «Sería Mozart», dijiste. «Era hermoso», repitió, «y me parece muy bien que cultiven esas cosas, y no solo boleros y valses, y lo digo aunque apenas si conozco de música». Ibas a señalar que ustedes no tocaban esos aires, pero te abstuviste. «Pero ¿cómo llegaron a gustarle a tu mamá esas piezas?». «Mi abuelo fue organista de la iglesia, hace muchos años, y a él le debemos la afición por la música selecta». «Ah». «Así es». «Costeño como soy, me gustan los huaynos, aunque parezca mentira». «¿Usted es limeño?». «Así me dijeron». Hubo un silencio. Afuera caía el aguacero, y entre rayo y rayo se oía cómo el agua corría por los canales de las tejas. «La lluvia es también algo hermoso», dijo Mitrídates, como hablándose a sí mismo, y guardó silencio. Abelardo regresó y volvió a su asiento. «Me gusta la sierra, y creo que ya no me acostumbraría en Lima», dijo el visitante. «Es curioso, porque casi todos los limeños que vienen por acá solo tienen en mente el regreso». «Yo no», dijo Mitrídates con firmeza. Y prosiguió: «Y hablando de música, el otro día se me presentó en el hospital Carlos Baylón en copas, y se puso a recordar nuestros tiempos en el *buque*, como llamamos al sanatorio. Y no solo eso, sino que sin ningún respeto al lugar donde estábamos, se puso a cantar». «¿Quieres decir que estaban…?». «En el mortuorio, y el tal Carlitos no quería entender razones, y decía que mis pupilos se pondrían contentos». Se rio, con risa silenciosa, y continuó: «Al rato se apareció Morales, y por poco le tuerce el pescuezo». Te reíste también, no

sin un estremecimiento. ¿Un aria de *Lucia di Lammermoor* en semejante sitio? «¿Y no siente usted temor», le preguntaste. «¿De qué?». «De los muertos». «No, porque no hay nada más natural que la muerte». «Don Fox Caro dice algo parecido». «No sé qué predicará don Fox, pero así es». Y prosiguió, dirigiéndose a tu hermano: «Estoy leyendo un libro de un señor López Gutiérrez, que me prestó un paciente, sobre el problema de la tierra. Y lo que veo allí coincide en mucho con Mariátegui. ¿Conoces la obra?». «Aquí tenemos un ejemplar, y mi padre conoció al autor». «Lo que he leído confirma lo que comentábamos la vez pasada. Es decir que, en comparación, Jauja es un caso muy especial, porque aquí todos son más o menos mestizos, no hay haciendas, y menos aun una pobreza como la de Huancavelica». «Así es». «También lo he conversado con Sixto Miguel, ese sastre comunista que tú conoces, y con un sindicalista de La Oroya, Justo López, que estaba con él, y ambos estuvieron de acuerdo». «Por un tiempo creí que eras aprista», dijo tu hermano. «Nunca lo he sido, y no quiero saber nada con ellos…». «En efecto, Jauja es un caso muy especial». «Y para no ir tan lejos, muy diferente de Huancayo, con sus hacendados, sus comerciantes, su feria y sus miles de indios piojosos». «Y su comercio, tan activo». Mitrídates se levantó para mirar por la ventana, porque acababa de caer un rayo muy cerca, y hubo como un resplandor en la oficina. Continuó luego, paseándose: «Y es un caso muy especial también porque aquí, por el clima, ha habido y hay gente de todas partes». «Hubo incluso, a comienzos de siglo, y es un dato interesante, un vicecónsul de Francia, y fue él quien trajo por tren el primer auto que se vio en estas tierras, y que finalmente devolvió porque le era muy difícil dar la vuelta en las esquinas». «Ahora mismo, en el *buque* hay europeos, chinos y japoneses, y en especial un rumano, con quien he conversado y me parece un tipo muy culto». «Sé de quién se trata…». «Un tipo que se apellida Rutulescu o Radulescu, o algo así, y que habla francés y se comunica en ese idioma con las monjas, y en inglés con un gringo de la Cerro de Pasco Corporation, que viene no sé por qué asuntos». «Lo conozco de vista», dijiste, recordando al señor que los domingos acompañaba a Elena Oyanguren. «Hay pues gente de todo el mundo», continuó Mitrídates. «No siempre esa presencia foránea es notoria». «Así es, y se comprende, pues se trata de enfermos». «Antes había un mayor número de pacientes». «Así me han dicho, y algunos venían tan mal que andaban por la calle como fantasmas». «Bueno, pero el otro día comentábamos contigo que esa nueva medicina que han descubierto significará el fin de Jauja como ciudad-sanatorio». «Claro, pero quedará algo así como una huella, una marca profunda y duradera». «Supongo que sí, Mitre». «Pero incluso si nos fijamos en los propios jaujinos, encontramos un modo de ser distinto. Es gente muy preocupada por la educación. Y tienes así mismo el caso de la música y los bailes, como este joven y su señora mamá deben saber muy bien. El tumbamonte, por ejemplo, con toda esa elegancia y señorío que más parece un baile de salón…». Te sentías perplejo, pues no esperabas semejantes reflexiones en boca de un limeño y guardián del mortuorio del hospital, con apenas dos o tres años de primaria, y expósito por añadidura. Debió adivinar lo que pensabas, porque se volvió hacia ti y dijo: «Te sorprende que

alguien como yo se exprese así, ¿no?». «No he dicho eso…». «No, pero lo piensas, y lo comprendo». «Tú no eres un ignorante, y tienes un trabajo», protestó Abelardo. Mitrídates se rio, de esa manera suya, casi sibilante, y dijo: «Tú bien sabes la miseria que me pagan, y solamente desde hace dos meses, porque antes ya les parecía mucho, a Morales y a su adjunto, con darme techo y comida…». «¿Por qué no reclama usted?». Él no prestó atención a tu sugerencia, y continuó: «Y es justamente porque Jauja es un sitio tan especial que puedo conversar con ustedes de igual a igual, y ser parte del clubcito de ajedrez, gastarle bromas al viejo Federico y burlarme del propietario del local. En otro sitio habría sido un tísico de mierda, y nada más». «En todo caso, nosotros no tenemos nada de ricos», precisó tu hermano. «Ya lo sé, pero ustedes están en su tierra, viven en casa propia y son gente leída…». «Clase media baja de provincia serrana, con ciertas aspiraciones intelectuales…», dijo tu hermano. «Es también por ese carácter tan particular», continuó Mitrídates, «que aunque me cure de la tisis, no pienso volver a Lima». Siguió un prolongado silencio, que por momentos cortaban los truenos, aunque ya un poco alejados. El visitante cambió de tema y dijo: «¿Saben ustedes algo sobre los sueños?». «¿Sueños?». «Porque a veces tengo algunos que me dejan atemorizado». «Pero, no lo asustan sus pupilos, y ¿siente miedo de lo que sueña?», te asombraste. «Me he acostumbrado ya a los difuntos, pero los sueños son cosa diferente. Anteanoche, por ejemplo, tuve uno que me dejó muy intrigado, porque es casi una repetición de un encuentro que tuve en la realidad». «A ver, cuenta». «Un día un paciente del sanatorio, un judío, se me quedó mirando, y me dijo: “Tú deberías llamarte Azrael”. Y se rio, y no me dijo la razón». «¿Y?». «Y a los pocos días se murió». «¿Y el sueño?». «Bueno, en el sueño se me acercaba ese mismo paciente y me decía: “Tu nombre no es Mitrídates, sino Azrael”». «¿No habría dicho Israel?». «No, Azrael». «¿Y tú qué le dijiste?». «Le dije: “No, yo me llamo Mitrídates, y el nombre que usted dice no lo he escuchado nunca”. El tipo no me contestó y desapareció». «Un sueño extraño, y palabras también extrañas». «Y eso no es todo, porque tuve otro que hasta hoy tengo presente, y me gustaría que alguien me lo explicase. ¿No existe por ahí una ciencia que lo haga?». «No sé si el psicoanálisis es una ciencia, y no estoy tampoco seguro de que explique los sueños, pero en fin, es lo más próximo…», dijo Abelardo. «¿Y qué fue?». «Se trata de una visión que he tenido ya otras veces: voy en bote por un río, un río muy ancho y caudaloso, y presiento que es un viaje sin término, y que estaré allí hasta el fin de los tiempos». «Pero eso es hermoso». «Tal vez será hermoso, pero a mí me angustia, y me preocupa también porque luego amanezco cansado, nervioso…». «Y ahí en el bote, ¿estás solo?», preguntó tu hermano. «No estoy seguro, y el cielo es un cielo como este, pero más obscuro todavía, más opresivo». Hubo un silencio, que aprovechaste para ir a la puerta de ingreso, que daba a la plaza. La lluvia había amainado, pero el cielo era una masa sombría de nubes, extrañamente sombría, surcada de rato en rato por el trazo lívido de un rayo. *En el cielo, allí arriba, como dos serpientes de fuego, luchaban los dos amarus*. Volviste a la oficina y Mitrídates decía: «…Así sucederá con el Perú, un día». «¿Qué

quieres decir?», preguntó tu hermano. «Quiero decir que un día, quizá no tan distante, se incendiará también el Perú en una gran tormenta, como esta, por tanta pobreza, tanta injusticia». «Sí, tal vez…». No supiste qué pensar, y temiste por ti, por Leonor, por Laurita. Comenzaba a obscurecer, a pesar de que solo eran las cuatro y media de la tarde, y tu hermano probó con el interruptor de la corriente. No había electricidad. De pronto se oyó la risa de Mitrídates, mas no sorda sino alegre, casi jocunda, y muy en armonía con la expresión que de pronto había iluminado su semblante. «Ja, ja, a que no saben a quién vi el otro día». «¿A quién?». «Pues a la vieja Domitila Quiñones, muy de mañana, parada junto a un poste y orinando con la falda levantada». «¿De pie?». «Estaría agarrándose el pito, ¿no?». «No puede ser, porque será machona, pero de ahí a tener pito…». No obtuviste respuesta, pues Abelardo se sumó a la risa. Trataste de imaginar a la beata, con sus gafas y como siempre de negro, empeñada en orinar cual vulgar borracho. «Pero, eso no puede ser cierto», objetaste. «Vieja deslenguada», prosiguió Mitrídates sin hacerte caso, «que anda en no sé qué cabildeos con el cura Wharton y una cáfila de cucufatas. Me han contado que se reúnen en la capilla del sanatorio, y de seguro que están tramando algo». «Ese cura es un fanático», dijo Abelardo. «¿Y no anda por ahí el peluquero Palomeque?», preguntaste. «No, qué va», respondió tu hermano, «porque él es libre pensador y admirador de González Prada». «A propósito de Palomino», dijo Mitrídates, «quiero contarles que no hace mucho pasaba yo por la peluquería, y se me antojó hacerme cortar el pelo. Entré, pues, y él, que estaba solo, salió a mi encuentro y dijo: “Ya no atiendo, porque voy a cerrar”. Y yo le dije: “No puede ser, porque solo son las cinco”. Él me contestó: “Yo puedo cerrar cuando me dé la gana, ciudadano”. Lo de “ciudadano” podía dar risa, pero no la mala cara que me puso. Le dije: “Usted lo hace por no atenderme, Palomeque”. Se enojó por el apodo, e insistió: “Váyase”. “No me voy”. Comenzó a gritar: “¡Váyase, tísico! ¡Váyase ahora mismo!”. Entonces yo también me amargué, así que le dije con una mirada feroz: “O me corta usted el pelo, o mañana lo tengo a usted sobre una mesa allá en la morgue, y le rapo todos los pelos de su mísero cuerpo…”. Me miró asombrado, y más que asombrado aterrado, y retrocedió y dijo tartamudeando: “Siéntese, pues…”. Y yo me senté y probé los brazos de su sillón y dije: “¡Esta butaca es una porquería, y una porquería su espejo, y una porquería todavía más grande el toro que tiene pintado en la pared, y que tanto se le parece!”. Eso dije y me salí y lo dejé plantado». «Es un racista», dijo Abelardo. «Un racista y solterón…», agregó Mitrídates. «Y tan pomposo, tan pedante…», anotaste. «Y odia también a los indios y a los cholos», apuntó tu hermano. «Y con esa cara de viejo seco al que todo le apesta». «Y que estudia latín desde hace cuarenta años, para no hablar como los demás», denunció Abelardo. «¡Una mierda, en suma!», sentenció Mitrídates. Aliviados, los tres rompieron a reír. «Palomeque es Palomeque», dijo tu hermano, a modo de filosófica conclusión. «Y ya es hora de olvidarlo», pidió Mitrídates. Advertiste en ese momento que el chaparrón se había convertido en una lluvia sostenida. «Este aguacero», dijo Mitrídates, «me recuerda a Fox Caro, ese viejo buenísimo, chiflado sin duda, y sus prédicas

sobre el agua». «¿Usted lo visita?», preguntaste. «No, pero he ido a su casa un par de veces, por asuntos del hospital, y por casualidad le he escuchado esos lindos cuentos que repite a quien quiere escucharle». «¿Cuentos?». «Bueno, esas cosas medio esotéricas, medio idealistas, que endilga a sus parroquianos». Y agregó: «A la verdad me cae muy bien, y a veces le he conseguido clientes en el hospital, sin que él me lo haya pedido». «¿Quiere usted decir clientes para los ataúdes». «Claro está, ya que donde trabajo tengo datos últimos sobre quienes han pasado a mejor vida, o están a punto de hacerlo, y estoy en posición de aconsejar a los deudos, sobre todo a los campesinos: "Vayan, vayan adonde don Fox, que tiene cajones nuevecitos, confortables y baratos". Y por supuesto que los paisanos, aunque llorosos, están muy interesados en ahorrarse unos centavos, así que toman debida nota del consejo». No te gustó esa manera de referirse al carpintero, y menos a la muerte, así que dijiste: «¿Y así no más, derechito, se van a lo de don Fox?». «Y no solo ellos, sino también más de un tísico como yo, obligado por las circunstancias a buscar el féretro más módico para un colega fallecido en la miseria». Preferiste cambiar de tema: «¿Y ha ido usted por nuestros pueblos?». «Muy poco, en realidad, porque los perros me ladran y las viejas y los chicos se asustan». No pudiste dejar de reír, y Abelardo observó: «Pero las mozas, ellas no se espantan, ¿verdad?». «No, a ellas les gusto, pero no sirve de mucho porque sus madres me ponen cara de fieras, y yo no quiero morir a pedradas. Y hablando de ancianas, ustedes son parientes de unas señoritas que viven allá en el jirón Salaverry, un poco raras las dos, ¿verdad?». «Si te refieres a las señoritas de los Heros, sí, son nuestras tías abuelas», respondió Abelardo. «Una se llama Euristela, me parece, y la otra no sé cómo, y tienen la costumbre de hablar como en eco, una repitiendo lo que dice la otra». «¿Por qué nos preguntas? ¿Cómo las has conocido?». «Las dos están muy achacosas, y su empleada me llamó la otra vez para que fuese a verlas, por que como ustedes saben tengo cierta fama de curandero y cobro lo que buenamente me pueden pagar. Y fui, y les recomendé unas frotaciones con aceite rosado y unas infusiones de *llantén*, y le hice unos masajes en el cuello a una, y en la espalda a la otra, que si no las curan, por lo menos las alivian». «Antes veía por ellas una sobrina, pero como se fue, nosotros lo hacemos». «Viejitas bien raras», prosiguió Mitrídates, «y en especial la mayor, quien me dijo algo que me impresionó». «¿Y qué fue?». «Me dijo, mirándome a los ojos, aunque quizá sin verme: "Tú te has quedado aquí para siempre, y nos recibirás cuando muramos". Eso dijo, y yo me quedé mudo por la sorpresa, y también por el temor». Tú y Abelardo cambiaron una mirada. Mitrídates continuó: «Hasta ahora no sé qué quiso decir». «En efecto, son un poco extrañas», señaló tu hermano. «Están ya muy viejas, pero debieron ser muy guapas hace un siglo, sobre todo la mayor». «¿Y las ha vuelto a ver?», preguntaste. «No, desde esa vez no, pero si la empleada me llama y ustedes no se oponen…». «No, qué va, y más bien muchas gracias», dijo Abelardo. «¿Y qué piensa usted de Felícitas, la empleada». «Una mujer seca, pero que parece muy fiel con ellas, ¿no?». Mitrídates se levantó del sofá, miró por la ventana y escuchó con atención: «Se fue la tempestad, pero esta lluvia seguirá

hasta medianoche, por lo menos». Y alzó las solapas de su abrigo, pero antes de despedirse, te dijo: «Eres un chico tranquilo, curioso, y, ¿no te interesa el ajedrez?». «No, no mucho». «Dile a tu hermano que te lleve un día a nuestro club, y no dejes la música». Y luego de un doble apretón de manos, se marchó. «Y ahora», dijo Abelardo, «¿qué te ha parecido mi amigo?». «Es un hombre que merece mejor suerte». «Por supuesto». «Y ¿qué habría querido decir tía Euristela con eso de que "tú nos recibirás cuando muramos"?». «No tengo la menor idea…». «¿Y no es extraño que Mitrídates conozca a Fox, a Palomeque, a nuestras tías, a todo Jauja?». «Jauja es una ciudad pequeña», dijo Abelardo. «De todos modos me llama la atención». «Cosa que debe complacerte, joven hermano, ya que tanto te empeñas en ver el lado insólito de las gentes». «Sí, pues», dijiste, y te quedaste pensativo.

Pienso en el olor a sándalo que a veces se siente en la sala de tía Rosa. Una vez le pregunté a qué se debía, y ella se sorprendió: «¿Un olor?». Yo insistí: «¿No lo siente, tía?». Mi tía reflexionó por un momento y dijo: «Ah, tienes razón, porque como vivo aquí, ya me he acostumbrado. Sí, hijo, es de sándalo». Y como vio que yo no entendía, me explicó: «Una madera muy fina, muy fragante, y que según supe solo existe en países muy lejanos, y de la que estaba hecha la cajita de un adorno de marfil que me compró una vez mi difunto esposo». Pienso hoy en esa fragancia, y la asocio con la imagen de Elena Oyanguren. ¿Y Leonor? No, ella me hace recordar más bien el aroma del junco, de la retama, de la ropa recién lavada en agua de puquio, y de esas flores de la puna que venden en la época de la fiesta de la herranza. Olores tan diferentes en su modestia, en su pureza, de aquel a sándalo, nombre que es ya por sí solo una palabra lujosa y trae a la mente el áloe, la mirra, el incienso de los Reyes Magos. Y más cercano, por eso, a Zoraida Awapara y a sus orígenes orientales.

Por momentos tengo una sensación de irrealidad. Sí, ya lo sé, tía Marisa diría que me estoy chiflando y que voy a terminar «loqueado», como nuestras tías, o como ese «zorro sabio y bondadoso» de Fox Caro. «Bah, cosas de la adolescencia», diría Abelardo. Pero ¿cómo no va a ser así, si pienso tanto en el mundo de Antenor, mis tías, don José María, allá al pie de una ciudadela de muertos, en Yanasmayo? ¿Si sueño con frecuencia con ese río tan oscuro como el mineral de Janchiscocha, y tan ardiente como lava? ¿Si cavilo en los féretros de Fox Caro, y en su mirador, y en la poesía disparatada pero hermosa de sus sermones? ¿Si me enredo en esa confusión de nombres y coincidencias, por las que Fox no es Fox, sino Xavier o Severiano, y tía Euristela se llama así cuando debería ser Auristela? ¿Y si me pregunto una y cien veces por qué Mitrídates es Mitrídates, y no tiene más que un nombre y es expósito, y por qué lo llamaron Azrael, si ese no es su nombre? Y ¿cómo puede llamarse alguien Florisandro, y por qué nos confundimos a cada rato, y no sabemos si Canchapoma es Adeodato o Diosdado, y cómo es que la señora que administra, con la regularidad de un reloj, sóferas cueras a sus sobrinos nietos, se llama Abadesa y se apellida de la Barra, aunque pudiera ser también Correa? Y ¿acaso Laurita,

tan tranquila, tan alegre, no es Laura Felicia? ¿Y qué decir de las coincidencias? ¿Cómo es que, por ejemplo, tía Rosa me regaló esos dos tomos con los Autores selectos justo cuando me había embarcado en la lectura de la Ilíada? Y eso no es todo, porque si se trata de azar y de locura, ¿no estoy medio trastornado por el cuerpo de odalisca de Zoraida Awapara? ¿Y no me muero de pasmo ante una Elena que es como un eco y transfiguración de la Elena homérica? ¿Y no me paso horas y horas escribiendo estas notas, que no sé si me servirán alguna vez? ¿Y no estoy fabulando por ahí una sarta de historias a costa de parientes y amigos?

El lonche fue muy regular, con butifarras y gaseosas, todo financiado por Julepe, o más exactamente por su lujuria, excitada aun más desde que supo con certeza a quién se iba a aguaitar. Tito, en cambio, había tenido que viajar otra vez a La Oroya, llamado de urgencia por su padre, con lo cual también quedó en nada el proyectado almuerzo en el cerco de doña Jacinta Meza, y frustrado tu deseo de conocer en persona a la señora de las cueras. «¿Vamos ya?», urgió Pérez. «Antes deben volver a jurar», declaró receloso Felipe. «¿Jurar qué, si ya lo hemos hecho?». «Que no contaron ni van a contar nada, y menos mencionar el nombre de mi tía». Y no hubo más remedio que proceder a ese nuevo juramento, en un rincón de El Paisanito, aceptable cafetín donde tenía lugar el ágape. Julepe no dejó de rezongar: «Como si no hubiera gente que hable mal de doña Zoraida…». «¿Qué es lo que dicen?», urgió con mala cara Felipe. Era imperioso atajar esa amenaza, así que interviniste: «Siempre habrá quienes hablen mal de tu tía, porque es guapa, porque tiene plata, y sobre todo porque no le importan ni un comino las murmuraciones». El argumento surtió efecto, pues correspondía a la verdad, y el sobrino alzó los hombros con desdén, miró el reloj de la pared —cuatro en punto de la tarde— y dio la señal de la partida. Se encendió una llamarada en los ojos de Julepe, pagó la cuenta y proclamó: «¡Al ataque!». Y sin más el trío se encaminó a la casa del finado Recaredo Ramos. «No olvides lo que has ofrecido», te recordó Felipe. «No, pero ten en cuenta que no se trata de alfajores». «Alto ahí, ¿de qué se trata?», preguntó Julio Leandro Pérez. «Eso es un asunto entre Claudio y yo, así que no te metas», sentenció el organizador del espectáculo. Julepe lanzó una mirada suspicaz, pero no insistió. Por suerte caía una llovizna, de manera que había muy buenas posibilidades de que la viuda se entregase al solitario rito de desvestirse en su patio, si era verdad lo que contaba su pariente. El sitio elegido por este como atalaya era muy adecuado, pues se hallaba en un punto en que la tapia circundante hacía una especie de zeta y colindaba con un solar en ruinas. Por arriba asomaban además las ramas de un aliso, lo cual también facilitaría la operación, y serviría para esconderse. El primero en encaramarse fue Felipe, no sin echar una ojeada para comprobar si había moros en la costa, es decir en la calle, y avistó luego hacia la casa de su tía. Un ademán indicó que las cosas iban por buen camino. Apurado y sin poder contenerse le siguió Julepe, y después tú. Se extendía allí un jardín que era también huerto, y más allá una casa grande y antigua, con un amplio corredor. Y allí, recostada en una *chaise-longue*, estaba doña Zoraida,

tapada por una colcha y leyendo un libro. No había nadie más, y, por suerte, tampoco estaban a la vista sus perros. «No está calata», dijo Julepe, con desilusionado acento. «Espera», susurró Felipe. Y valió la pena, porque unos minutos después la viuda miró el cielo, hizo a un lado la colcha, se levantó y avanzó hacia el jardín. Tenía los pechos y las piernas desnudos, y tendió los brazos, dejando que la garúa humedeciera su cuerpo. Se quedó por un rato así, con los ojos cerrados y una expresión de íntima y sensual satisfacción en el rostro. «¿No les dije?», señaló su sobrino. «¡Es un monumento! ¡Un monumento!», exclamó Julepe en voz no tan baja. Y era verdad, porque doña Zoraida no solo era de buen porte sino que lucía unos senos todavía firmes, unas piernas espléndidas, y, aunque por desgracia cubierto, un trasero que era toda una belleza. «¡Un monumento!», repetía Julepe. Mas no tardó en inquietarse: «Pero ¿no va a calatearse? ¿No se va quitar el calzón?». «No, ya dije que no se desviste del todo». «¿No?». «No». «¡Oh, no importa! ¡Un monumento!». Ustedes pensaban lo mismo, por supuesto, y experimentaban también los estragos del deseo. Mas fue tal el entusiasmo de Julepe, que empezó a rebuscar en su bragueta con intención de sacarse el pito. «¡Qué haces!», se escandalizó Felipe. Mas Julito ya no escuchaba, resuelto a proceder a la más espectacular masturbación de toda su vida. «¡Oye, nada de pajazos!», exigió el sobrino, temeroso de que la viuda se diera cuenta del jaleo y de que la observaban. Tú te acordaste con espanto de lo carcomida que estaba la tapia, puesta en riesgo por el terremoto que iniciaba Julepe. «¡Mira, mira quién está atrás!», dijiste, en inspirada ocurrencia. «¿Quién?», preguntó el lujurioso, interrumpiéndose. «¡Palomeque!». No había nadie, por supuesto, y así lo entendió el onanista, que con un destello de furia quiso regresar a la faena, pero el susto había surtido ya efecto, porque se le desanimó el aparato. Felipe, que lo advirtió, comenzó a canturrear medio muerto de risa: «*A esconderte, a esconderte, / maligno rapaz…*». Mientras tanto, y ajena al tapial desenfreno, doña Zoraida Awapara viuda de Ramos se paseaba por su jardín, indiferente al frío, con los brazos cruzados sobre sus pechos, el pelo húmedo y los ojos semicerrados. Balbuceaba por momentos unas palabras, que por cierto no alcanzaron ustedes a entender. Viéndola así, se hizo de pronto una luz en ti, y adquirió sentido, un cierto sentido, todo ese ritual en apariencia absurdo. ¿No decía Fox Caro que «el agua es lo mejor», y que tenemos el deber de retornar a su candor, a su transparencia? En otros términos, doña Zoraida salía a la lluvia como una manera de purificarse y lograr así una forma de alegría y felicidad, sin mengua por cierto de sus intereses materiales. Te acordaste, también, del nombre de ese sabio antiguo, mencionado por Abelardo, no muy diferente de los que encontrabas en la *Ilíada*, y llevado por tus pensamientos dijiste: «Thales, Thales de Mileto…». «¿Qué?», preguntó Felipe. «No, nada». «Esa vieja está loca», dijo Julepe despechado, y luego de poner a triste recaudo su pito. «No está loca, sino buenísima», replicaste. «Está loca», insistió Julepe. ¿A qué discutir? Mientras tanto la viuda retornó al corredor y tomó una toalla, con la que se comenzó a friccionar». «Ya vámonos», urgió Felipe, y sin más trámite descendió, y ustedes debieron hacer lo mismo. «Está loca», repitió por tercera vez Julepe. «Bien que te mueres por ella, y por eso

habías comenzado ese remezón que hubiera derrumbado la tapia». «*A esconderte, a esconderte*… », empezó a canturrear de nuevo Felipe. Julio Leandro Pérez no prestó atención a la musiquilla y soltó más bien una risa callada: «Loquísima, la vieja, pero Dios, ¡qué tetas, qué poto!». «No está loca, ni mucho menos», reiteraste. Julepe alzó los hombros y Felipe, positivo siempre, dijo: «Julito, deberías invitarnos además un cine». «¿Qué…?». «El trato no incluía ningún pajazo». «¿Acaso dejaron ustedes que me diera gusto?». «Pero ¿ahí arriba, Julepe? ¿Y si se caía la tapia? ¿Si la viuda se daba cuenta y nos soltaba los perros? ¿Si te mordían y te quedabas sin cojones?». «¡Jo, jo!», se rio Felipe. «¡Bah, dejen esas bromas idiotas!», exclamó Julepe. «Como quieras, Julito», replicó Felipe, «pero no olvides que si cuentas lo que has visto, en dos días te saco un folleto con la historia de la capadera…». «¡No me olvido de nada!». «Y no se te ocurra pajearte ahora por allí, en plena calle, porque a lo mejor te agarra la vieja Quiñones, y si no ella, el cachaco Perales». «Sí», machacaste, «y no solo él, sino también Delmonte». «¿Y quién mierda es Delmonte?», protestó Julepe, pero no esperó respuesta y se marchó a grandes zancadas. «Ya le pasará», dijo Felipe. Tú charlaste un rato con el promotor de la aventura, mientras abandonaban el barrio. «Regia tu tía», comentaste. «Es una mujer suculenta, y lo digo y lo repito aunque sea mi tía». «Tienes toda la razón, y no es por loca ni chiflada que se calatea». «No, Claudio, claro que no, y debe ser más bien por las cosas que predica Fox Caro. Por algo asiste a sus reuniones». «¿Qué sabes tú?». «Pues eso de la pureza, los dones del agua, las vidas que nos esperan…». «¿Cómo te has enterado?». «Es lo que cuentan, y una vez yo también le escuché perorar ante un grupo, un domingo por la mañana. Pero tú debes estar mejor informado, ya que eres su vecino». Guardaste silencio por un espacio, y luego preguntaste: «¿Y qué más sabes de tu tía?». «¿A qué te refieres?». «Bueno, de su familia, cómo era de soltera…». «Lo que todos sabemos, es decir, que es huancaína, hija de padres árabes y que se casó por interés con mi tío Recaredo. Y que en su casa no la llamaban Zoraida, sino Yasmina, y que de muchacha era guapísima. Y también que ahora su familia no la quiere, por lo agarrada que es, y porque no esconde su desconfianza». «Qué bien se la veía ahí bajo la lluvia…». «¡Y qué rica!». Tú pensaste en la belleza mórbida y elegante de Elena Oyanguren, y en el encanto aún infantil de Leonor. Cuán madura y tentadora parecía, en comparación, Zoraida Awapara. Sí, realmente. Y por eso mismo, quizá, podía ofrecer una posibilidad, por remota que fuera, a un adolescente tímido pero inspirado, no mal parecido y fervoroso. ¿Por qué no? Y alegre por este pensamiento te despediste: «Chau, Felipe. ¡Tienes una tía maravillosa!». «Sí, pero ¡no te olvides del bolero!».

Esa tarde la lección de piano terminó más temprano que de costumbre. Tu profesora se sentía satisfecha por tu trabajo de los últimos ejercicios, y contenta, seguramente, porque su marido no se había ido de juerga. Así que cuando te levantaste para despedirte, miró el reloj y dijo: «Acabamos antes de lo previsto, y quiero invitarte a tomar el té, aunque mi esposo no está, porque tiene un trabajo en casa de unos compadres». Bueno, si no había la amenaza de que Carlitos se despachara con nuevas arias y te atosigara con su cháchara, por qué no. «Con mucho

gusto», dijiste. Es verdad que habías concertado reunirte con tu madre en la tienda del señor Bullón a las cinco, para efectuar unas compras, pero aún quedaba una larga media hora, y la plática con doña Mercedes podía resultar interesante. Pasaste, pues, al pequeño comedor de la casa, con alguna precaución eso sí, por los gatos. E hiciste bien, porque Luzbel, molesto por algo, la emprendió contra Joaquín, y por poco se enredan ambos en tus pies. «Ay, mininos, ¿no pueden estar tranquilos?», pidió la vieja señora, a lo cual los animales respondieron erizando aun más los pelos y bufando como diablos. A ti te gustaban los gatos, pero esas fieras eran francamente insoportables. Por suerte se mandaron mudar y dejaron el comedor en paz. Te sentaste, pues, ante la mesa, en tanto que tu maestra ponía un coqueto mantel amarillo y unas tazas de porcelana azul, algo quiñadas pero muy bonitas, evidencia de antiguos y mejores tiempos. Trajo luego una bandeja con galletas y una imponente tetera, y te invitó a servirte. Te preguntaste, como en otras ocasiones, qué habrían dicho tus socios al verte instalado allí, con aire tan cortés, tan pulido, como si jamás hubieras hecho otra cosa que alternar y tomar el té con añosas damas. «Vas muy bien, Claudio», dijo, «y creo que lograremos corregir los malos hábitos de tus comienzos». No te gustó esa alusión a las deficiencias de tu madre, pero guardaste silencio. «Y creo también», prosiguió, «que puedes avanzar de una manera sostenida y armónica, si eres constante». «Gracias», dijiste. «Y más adelante podrías ingresar al Conservatorio en Lima». «Me gustaría», contestaste, sin aludir a que te considerabas demasiado crecido para una carrera de intérprete, por modesta que fuese. La señora Chávarri esperó un momento, y continuó: «Pero, en fin, ¿cuáles son tus proyectos?». «Como dije la otra vez, lo que quiero es tocar lo mejor que sea posible, sobre todo algunas sonatas de Mozart y Beethoven». «No estaría de más, sin embargo, que pensaras en la posibilidad de ser profesor de música en un colegio». «Podría ser». «O también de tomar un día el puesto que desempeñó tu abuelo en la iglesia». «Sí, también». Doña Mercedes no insistió, y dijo más bien: «Nuestras familias, la mía y la de tu mamá, han mantenido amistad desde hace mucho tiempo, aunque no se haya cultivado, y siempre tuvo que ver con ella la música». «Supe que usted recibió algunas lecciones de mi abuelo». «Así es, pero solo en dos o tres ocasiones, para aprender a leer una partitura». «¿Y veía usted a mi mamá, cuando joven?». «La veía de vez en cuando, una muchacha de grandes ojos, reservada, y por supuesto mucho menor que yo». Prosiguió luego: «Cuando regresé de Lima, luego de estudiar en el Colegio de Santa María Eufrasia, me acuerdo, estaba yo un día con mi papá en la plaza, y nos encontramos con un señor de edad que iba con una niña de unos diez o doce años, que me miró con mucha atención y me preguntó si yo era la señorita que sabía tocar tan lindo el piano. Esa niña era tu mamá…». «¿Y el señor?». «Tu tío abuelo, Amador Manrique, que murió soltero». «¿Y después?». «Fueron pasando los años, y como todos sabían que yo tocaba, me invitaban a hacerlo en las actuaciones y veladas. Muchas veces, entonces, tu mamá estaba sentada en primera fila, escuchando con mucha atención, mas nunca me pidió que le diera clases, ni se me ocurrió ofrecérselo, como quizá debí hacer, ahora que pienso en ello». «¿Y

entonces?». «Pues nada, que la perdí de vista, y entiendo que se casó por esos años». «Usted decía que la música tenía que ver…». «Así es, y cuando nos encontrábamos yo le preguntaba, pues me había enterado que ella también tocaba, cómo le iba con el piano, y ella me decía que bien, pero que solo era una aficionada. Preguntas y respuestas que se repetían cada vez que nos encontrábamos». «Usted tuvo profesores en Lima, ¿no?». «Así fue, porque mi papá vio mi interés desde que yo tenía nueve años, y por eso vendió el piano viejo y compró este, nuevecito, que trajeron por tren, y como teníamos algo de plata, venía una vez por mes un señor de Lima, un italiano que fue músico del teatro Forero, y se quedaba dos o tres días en casa para darme unas clases». «¿Y luego?». «Después, cuando me fui a terminar como interna la secundaria en el Santa María Eufrasia, una monja me daba lecciones particulares, y más adelante tuve como maestro a un alemán, y aprendí muchísimo, y tanto que toqué una vez en casa de los señores Osma, y otra en una actuación patriótica a la que concurrió el alcalde de Lima. ¡Todo un triunfo!». Le brillaron los ojos a la vieja dama al evocar esos éxitos tan lejanos. Prosiguió luego, con melancolía: «Por desgracia mi papá tuvo cada vez más problemas con la tienda aquí en Jauja, y como mi mamá se había muerto tuve que retornar, y a los tres años él también se murió, con lo cual se apagaron todas mis ilusiones y comenzaron tiempos muy difíciles. Me quedé sola, ya que no tengo hermanos, y me vi obligada a alquilar por partes esta casa y a vender algunas de mis pertenencias. Quise dar clases, pero no resultó, porque la situación había cambiado, y apenas si tuve dos o tres alumnas por año. Vendí cosas para vivir, como dije, pero no el piano. Y así, hasta que llegó Carlitos a mi vida, y, como ves ya no me va tan mal, y hasta tengo alumnos». Preferiste pasar a un tema menos doloroso: «¿Y por qué le gusta a usted tanto la música de Donizetti?». «Ya te dije que uno de mis profesores fue un italiano, don Giuseppe Rossetti, quien además de pianista era barítono y asumía diversos papeles cuando llegaban a Lima compañías de ópera y les faltaba una voz. Él me enseñó a apreciar y a admirar a ese músico, y muy en especial *Lucia di Lammermoor*. ¡Hay allí tanta pasión, tanta poesía!». No supiste qué decir, asombrado ante el halo que pareció irradiar, por unos instantes, el rostro feo y arrugado de Mercedes Teodolinda Chávarri. Dijo luego, desvanecido ese arrebato: «Pero a ti no te gusta mucho Donizetti, ¿verdad?». «No conozco casi nada de sus obras, pero en todo caso prefiero la música de Mozart». «¿Por qué?». «Será porque hay en ella tanta luz, tanta felicidad…». Se produjo un silencio, y estabas por agradecer y despedirte, ya que eran más de las cinco, cuando llamaron a la puerta del zaguán. Fue a ver tu profesora y al cabo de un momento regresó con tu madre. «Mira quién está aquí», dijo sonriente. «Como te demorabas», te dijo la recién llegada, «decidí venir por ti, y visitar de paso a Merceditas». Tus disculpas por tu demora se perdieron entre las expresiones que intercambiaban las dos señoras. «Tú también tendrás que servirte una taza de té», señaló la señora Chávarri. «Con mucho gusto, si no es molestia». Y tu mamá tomó asiento, luego de dejar sus cosas sobre una silla. «Se te ve muy bien», dijo doña Mercedes, «realmente muy bien». Y así era, en efecto, ya sea porque tu mamá se hubiese arreglado con esmero y se

sentía contenta de visitar a tu maestra, ya sea porque hubiese tenido una buena tarde. «Yo también te encuentro muy bien, Mercedes». Siguieron algunos comentarios en torno a las lluvias y la carestía de la vida «por culpa de los búfalos apristas», como los calificó con encono la anfitriona. Tú te mantenías alerta, pues no se te había escapado la renuencia vaga y sutilmente desdeñosa con que tu profesora parecía referirse a las aptitudes musicales y pedagógicas de tu madre, lo cual no invalidaba, por lo demás, el aprecio personal que le manifestaba. Más aun cuando doña Mercedes dijo: «Y ¿cómo te va con la costura, Laura?». «Gracias a Dios no me faltan clientes, aun en los tiempos que vivimos…». «¿Y con el piano?». «No lo dejo, a pesar de mis ocupaciones». «¿Y qué es lo que tocas?». «Bueno, unos fragmentos por aquí y otros por allá, todo para mi satisfacción personal, por modesta que haya sido mi formación, y lo desafinado que esté nuestro piano». «Lo entiendo, pero en cuanto al afinamiento puedes llamar al señor Montt, de Huancayo. A veces lo hago, cuando ahorro unos centavos». «Una vez solicité sus servicios, y lo volveré a hacer cuando sea posible». Hubo un silencio, mientras tu profesora se levantaba para servir el té. Por ahí asomó la cara malhumorada de Sara, y sin duda no le agradó tu madre, porque la miró con ojos perversos. Regresó mientras tanto Mercedes Chávarri, y continuó: «Nunca supe cómo nació en ti el interés por el piano, ya que tu papá era organista». «Creo que nunca hubo oportunidad para contarlo, y además hemos hablado tan poco de esos tiempos…». «Así es». «Sucedió que yo iba a ayudar a mi papá a la iglesia, y a veces hasta movía los fuelles del órgano blanco. Después se presentó una ocasión y papá compró el piano que tenemos en casa, y tomó la costumbre de tocar por las noches. Yo le escuchaba, muy atenta. Y un buen día, me acuerdo, abrí el teclado y comencé a ensayar, y me gustó tanto que me propuse aprender…». «¿Y luego?». «Se lo dije a mi papá, y ahí mismo me dio la primera clase, muy emocionado». «¿Solo él fue tu profesor?». «No, también me dio unas dos o tres lecciones el padre Hoffner, de Santa Rosa de Ocopa. Ambos me hicieron descubrir a Haydn, a Schubert, a Mozart». «¿Y después?». «Ya por mi cuenta me interesé en recoger y transcribir algunos de nuestros huaynos y yaravíes, porque es una música que debe rescatarse, que debe valorarse. Una tarea que me agrada muchísimo, como a mi papá, y semejante a la que hizo, de manera por supuesto mucho más seria, un amigo de mi esposo, un señor Valderrama, y mucho antes un señor Alomía Robles, y también un francés que estuvo por aquí y a quien mi papá recibió». Y agregó, con calor: «Y eso es lo que sigo haciendo con ayuda de Claudio, en una tarea que ojalá él quiera continuar con más preparación». La señora Chávarri quiso una aclaración: «No entiendo bien: ¿se trata de la transcripción, simple transcripción, de la música folclórica, o de arreglos para piano?». «Las dos cosas», dijo tu madre ruborizándose, «porque primero recogemos la línea melódica, y después intentamos una versión, dejando aquella a cargo de la mano derecha, y un acompañamiento, al ritmo tradicional, de la izquierda». Doña Mercedes dijo muy seria: «Y ¿ya no tocas música clásica, la de los grandes maestros». «Sí, pero ya no como antes». «No me parece bien en el caso de tu hijo, porque es mejor no mezclar ambas cosas, es decir, la música culta, superior por sí

misma, y la música de la sierra, que podrá ser todo lo nuestra y sentida que quieras, pero es tan limitada, tan monótona…». Tu madre, aunque sorprendida, no respondió, deseosa de evitar toda polémica. «Lo digo muy en serio», insistió la dueña de casa con vehemencia. «Así veo», contestó con la misma y serena dulzura la visitante. Tú ibas a hacer escuchar tu voz en el debate, pero te detuvo una disimulada mirada de tu progenitora. Doña Mercedes, por su parte, debió advertir que estaba a punto de ser descortés, pues dijo, derivando la conversación hacia otra parte: «Sea como fuere, este jovencito tiene talento y puede progresar si se propone». «Tiene un gran interés», dijo tu madre, «y por eso te pedí que fueras su maestra». «Estoy contenta de su constancia», repuso tu profesora, y apartándose del tema, señaló: «Te contaré que me estuvo preguntando sobre unas parientas tuyas, las viejitas de los Heros». «¿Ah sí…?». «Me preguntó, y yo le conté que hace mucho tiempo doña Euristela tocaba el piano, y se decía que lo hacía muy bien, allá en su hacienda…». «Así he sabido. Y ¿tú las has tratado?». «No, Laura, y además no soy tan vieja, pero supe que tenían un instrumento muy hermoso, y que Ismena cantaba. Un piano de cola en esas soledades, ¿te imaginas?». «Increíble, realmente…». «Y oí decir también que cierta vez Euristela fue a tocar en una velada en la Sala de Actos de la parroquia, con ocasión de la visita del arzobispo de Lima, pero que encontró tan desafinado el piano de los curas, que no quiso hacerlo, y sin más se levantó y se fue. Y eso debió ser allá por el año catorce, o quizás antes…». «Y ¿conociste a su papá?». «No lo recuerdo, pero escuché hablar de él a mis padres y a mi tío Jonás, y decían que el señor de los Heros era un hombre muy rico, muy bien plantado, muy generoso. Fue él, precisamente, quien mandó restaurar el altar del Señor de la Agonía, ese muy oscuro, que está a un costado de la Virgen del Rosario en la Iglesia Matriz». Tú escuchabas con la más viva atención, sorprendido además por la relativa locuacidad de que daba muestras doña Mercedes. No pudiste refrenarte y quisiste saber: «¿Y por qué ese altar y no otro?». «No sé», dijo ella, asombrada por la pregunta, y continuó: «Extraño, en todo caso, porque se decía también en esos tiempos, y así lo comentaba mi tío, que don José María era un hombre que bajo su apariencia muy seria, muy retraída, era descreído y mujeriego». «¿Mujeriego?», preguntó tu madre. «Mi papá y mi tío sabían sin duda por qué lo decían». «Seguramente». «Y también se pusieron a recordar esa noche, y es como si los oyera, que hubo en Jauja una cierta Lucía Olazábal, muy guapa, muy rumbosa, que vino aquí por razones de salud, y a quien ese señor mandó dar una serenata que dejó larga memoria, porque hizo venir a unos músicos de un teatro de Lima, todos con sus violines, sus violas, sus flautas. ¿Se imaginan?». «¡Debió ser un acontecimiento!». «Claro que sí, un fastuoso acontecimiento, aunque la causa no fuese muy moral que digamos, y que nuestros paisanos no apreciaron en lo artístico, como es debido». «¿Y qué tocarían?», preguntaste. «Supongo que valses, cuadrillas y esas cosas». «¿Y yaravíes, huaynos, pasacalles?». «No lo creo, a pesar de que son obligados en una serenata jaujina, según tengo entendido». «Sin duda», dijo perpleja tu madre. «Y debió ser también un escándalo», añadió doña Mercedes, «y ¡qué escándalo!». No menos asombrado, tratabas de ordenar tus ideas,

acordándote por supuesto de las alusiones que había hecho tu tía Rosita a otra mujer, de hermoso nombre, Marina Túpac Roca. Sí, don José María debió ser un hombre de contrapuestas facetas, y entre ellas la obsesión por las vetas de minerales, la afición a las faldas y un cierto gusto por las demostraciones espectaculares. «¡Vaya, no me lo imaginaba!», comentó tu madre, sin reponerse todavía, y volviéndose hacia ti te preguntó, a boca de jarro: «¿Y por qué preguntabas esas cosas, jovencito?». «Pensé que la señora conocería a nuestras tías, y que sabría mucho que nosotros ignoramos». «Tu hijo, Laura, parece a veces un hombre adulto», señaló, no sin un toque de ironía, la señora Chávarri. «Mis amigos dicen que hablo como viejo», dijiste, con deliberada ingenuidad. «Y no solo eso, sino que te interesas en cosas y sucesos viejísimos», añadió con dulzura tu madre. «En todo caso», terció tu maestra, «me parece muy bien que vuelva su atención al pasado familiar, sobre todo en una época como esta, en que los jóvenes se olvidan de los mayores y hasta los menosprecian. Y mejor aun que se preocupe por esas ancianas solitarias». «Yo y Marisa tratamos de ayudarlas desde que supimos que no andan bien de salud», precisó tu madre. «Y a propósito, ¿cómo está Marisa?». «Bien, gracias, y disfrutando de sus vacaciones…». «¿Siempre de maestra en Pichjapuquio…?». «No, ahora está en Paca, y muy contenta». «Tan ocurrente ella…». «Tu esposo también es muy alegre», comentó tu madre, devolviendo la cortesía. «Alegre y muy solícito», apuntó la vieja señora. Y a continuación la plática se enrumbó por temas que no te interesaban, de modo que pudiste dejarte llevar por los pensamientos, y en especial por la imagen de ese conjunto de músicos, vestidos todos de negro, muy formales, e interpretando, en serenata que marcaría época, aires limeños y europeos en esa noche de Jauja. Una música diferente, que habría parecido venir de otro mundo a las sencillas gentes de la ciudad. Y cuán diferente por su carácter, por sus melodías y por la imponente constitución de esa orquesta, de la modestísima y juvenil serenata que darían tú y Felipe a Rosalinda Corrales, cuando terminaras el bolero prometido. «Bueno, es hora de que nos vayamos», dijo en fin tu madre, poniéndose de pie. Hubo un nuevo intercambio de amabilidades y ofrecimientos, y ya en el zaguán doña Mercedes reiteró: «Pienso que es mejor que este joven no se aparte de la música culta, y que deje para otra oportunidad los huaynos y esas cosas…». «Lo tendré presente», contestó tu madre, y tú asentiste por cortesía. Se despidieron, en fin, las dos damas, con muchos encargos de saludos, entre cuyos destinatarios estaba por cierto el señor Carlitos Eulogio Baylón. Ya en la calle tu madre te preguntó: «Supongo que no te ha incomodado que viniese a buscarte…». «No, por supuesto que no, y no solo me alegró, sino también que la conversación resultó muy interesante». «Ha sido muy gentil, Mercedes…». «Me parece que nunca apreció tu modo de tocar y tus preferencias, y hasta diría que se siente un poco envidiosa…». «No, no creo que sea así, porque ella toca mucho mejor que yo, bien lo sabes…». «En todo caso no le gusta nuestra música». «Yo diría que sí, pero que la pone en un nivel más bajo». «Lo que sea, pero yo no he seguido ni voy a seguir su consejo». «Tienes razón, y ahora apúrate, que no hemos ido todavía a la tienda de Bullón». Y en un gesto de complicidad ambos,

tú y ella, tomados del brazo, comenzaron a caminar más rápido. Dieron vuelta por el jirón Grau, y cuando pasaban por el atrio de la iglesia oyeron los sonidos del órgano. ¿A esa hora, en un día de semana? ¿Quién podía ser? En tácito acuerdo entraron al templo. Alguien ensayaba, y el instrumento se escuchaba con una fuerza y expresividad muy superiores a los de Epifanio Orihuela. No era él, por cierto, limitado siempre a los mismos y trillados himnos. Tu madre te hizo un ademán, y los dos fueron a sentarse en una banca. «¿Quién será y qué tocan?», preguntaste en voz muy baja. «No sé», contestó, «pero quizá se trata de una fuga de Bach». Una línea principal muy sobria, severa incluso, que te impresionó y que recordarías con facilidad, era respondida por tres voces. Acabó el ejecutante, y luego de una pausa cerró el teclado y apagó el interruptor de la luz del coro. «Vámonos, antes de que cierren las puertas», dijiste. Afuera comenzaba a obscurecer. «Algo muy hermoso», comentó tu madre. «¿Cómo sabías que era una fuga de Bach?». «Algo he escuchado a lo largo de los años, y leído también…», contestó ella. «¿Y quién será el que tocaba?». «No sé, pero es probable que se trate de un fraile de Ocopa, donde hay muy buenos músicos, como en otros tiempos el padre Monteverde». Te dijiste que un día u otro abordarías a Epifanio Orihuela, y si era necesario incluso al párroco, para que te dejaran tocar el órgano, o al menos el melodio. Después de todo eras nieto de Baltazar José Manrique, a quien los curas franceses no habían conocido, pero de quien habrían oído hablar. Intención que no comunicaste a tu madre, pues seguramente se habría opuesto, tímida como era. Tú y ella salieron del templo y se dirigieron a la tienda del señor Bullón, que todavía estaba abierta. ¡Qué feliz te sentías!

20 de enero, por la noche

Pienso en el señor que acompaña a Elena Oyanguren y sus amigas. Su apellido es extraño, y hasta haría pensar en la tierra del conde Drácula, que vi en una película hace dos meses. ¡Pero él es tan diferente! Tan bien parecido, con esa apariencia saludable y esa cortesía. A lo mejor es un noble, y por eso su elegancia y sus maneras. Pero, entonces, si es adinerado, ¿cómo se enfermó de tuberculosis? ¿Por qué no se fue a Suiza en lugar de venir a Jauja? Me gustaría ser como él cuando tenga su edad, y tener su distinción, su elegancia. Nada más alejado, sin embargo, de mi sueño de regresar a Jauja, luego de estudiar en Lima, y tener una casita frente a la laguna de Paca y casarme con Leonor. Nada más distante. Pero es que también me gustaría viajar por el mundo y conocer grandes ciudades, visitar las ruinas de Grecia, tratar con mucha gente y, por cierto, encontrar a una mujer como Elena Oyanguren y tener un romance con ella. Una Elena que tuviese algo de Euristela de los Heros y un poco también de Zoraida Awapara. Querría todo eso, pero ser también, en la edad madura, un modesto organista como mi abuelo.

Sueños contradictorios, quizás imposibles…

21 de enero de 1947

Hoy y no ayer comienzan realmente las fiestas del 20 de enero, y me acuerdo con nostalgia de mi infancia, cuando todo era una misteriosa fiesta de máscaras, de guapidos, de disfraces de un lujo casi fantasmal. Iba con Alfonso, con Chicho, y seguíamos a los bailantes. Les gustaba alzarles el anaco *a las* huancas*, para provocar un recio y varonil «carajo», pues no son mujeres sino hombres disfrazados de mujeres, que hacía matar de risa a mis amigos. Y se metían después por entre los chutos y les quitaban sus muñecos, les jalaban su cuerno de plata a los príncipes, les ponían papelitos por detrás a los músicos. Yo también me divertía con eso, pero solo por momentos, y prefería caminar solo, en silencio, detrás del arpa. Cuánto me asombraban los tucumanos, con sus espuelas y sus lazos, y esa manera tan extraña de decir:* ¡Cuidado con las siete puntas! *Me hacían pensar en distancias inmensas, desoladas. Se diría que en ellos se juntan las figuras del bandolero, del* pishtaco*, del condenado, y por eso el asombrado espanto que me inspiraban. Los vería después en mis sueños y me harían despertar temblando a media noche. Y, sin embargo, ¡cuánto quería danzar como uno de ellos…!*

¡Y aún hoy lo deseo!

«Otra vez va a tocar La Lira de Jauja en la cuadrilla de los hermanos López», dijo Abelardo, y ya sabías tú que se refería a la orquesta de Diosdado Canchapoma, por entonces muy en boga y realmente buena. Era la hora del almuerzo, ese 21 de enero en que ibas a concurrir con tu madre y tu tía a la fiesta de Yauyos. El mejor de los cuatro días que esta duraba, pues el 20 no había más que una misa y el 22 era tal el estruendo de los cohetes y de la banda, y el alboroto por el Jalapato, que se escuchaba muy mal la música. «Doña Eufrosina», dijiste, «estará que no cabe en sí de contento, y no se acordará de su maestro». «¿Qué maestro?». «Fox Caro, ¿o es que no sabían ustedes que es una de sus seguidoras?». «No lo sabía», dijo tu madre. «Otro nombre griego, ese de Adeodato o de Diosdado», dijiste. «No, ésos deben ser latinos», objetó tu hermano. Tu tía, no interesada en etimologías, quiso saber: «¿Y qué tiene que hacer allí la bella Eufrosina?». «Es de la familia de los López». «Ah, claro». Y tu tía se acordó: «Di, Claudio, ¿te duran todavía los deseos de bailar de *tucumano*?». «Me gustaría mucho, y lo haré cuando me pueda pagar la ropa», contestaste, algo belicoso. «Me parece bien, sobrino, y mejor aun cuando hayas completado el cambio de voz, porque todavía te salen unos feos gallos». «No es cierto que me salgan gallos, y no estaría mal, querida tía, que tú danzaras de chupaquina». Ella no se molestó por la impertinencia y se echó a reír. «Lo que es por mí, me gustaría que danzaras de *príncipe*», señaló con aire soñador tu madre, con ese modo con que sabía diluir las tensiones. Y añadió: «En todo caso, será mejor que esta tarde vayas tú por delante, para asegurar mejor los asientos que nos ha reservado doña Aurorita». «Está bien», respondiste. Así tendrías más tiempo para escuchar los pasacalles que debías retener, para transcribir más adelante su melodía. Después irías, paso a paso, detrás de una de las orquestas, deteniéndote cuando se detenían los bailantes, y avanzando cuando ellos lo hacían, sin importar que lloviese, ni los empujones, ni el

barro, absorto, como en los años de tu infancia. Y solo, porque Julepe tenía que ayudar a su mamá en el toldo de comida y de refrescos de su familia, a Felipe no le gustaba la fiesta, y Tito no regresaba aún de La Oroya. «Ojalá que no llueva», manifestó tía Marisa, «pero si así fuera, nosotras estaremos a cubierto, y el que se mojará será este joven, a quien le vendría bien en tal caso el tremendo poncho de los *tucumanos*». «Los López», dijo tu madre, «se esmeran mucho con su conjunto, y dicen que hasta hacen ensayar a sus bailantes». «Y Eufrosina, ¿no danzará?». «Si lo hace tendría que ponerse máscara, y además hablar con voz de falsete, para que crean que es un hombre disfrazado de mujer, como son todas las chupaquinas, y no mujer disfrazada de hombre». «No creo que baile», dijiste, pensando en la unción con que esa paisana escuchaba al carpintero. «Y Josefina Villavicencio, y su ilustre primo, se rajarán mañana con el jalapato, porque padrino o madrina, según el dicho, una sola vez en la vida», apuntó tu tía. No, a ti no te gustaba el jalapato, porque te parecía un espectáculo muy cruel eso de que unos jinetes le arrancaran la cabeza al ave aún con vida. Tú día preferido era el 21. «Hijo», se acordó de pronto tu madre, «¿no tenías clase con Mercedes?». «Le dije que hoy estaría ocupado, y si mentí fue porque ella no entendería». «Así, pues», señaló con filosófica gravedad tu hermano, «una vez más dejarás un tipo de música por otro, en un ir y venir entre dos orillas». «Y así, querido sobrino», dijo Marisa, «podrás ser un día un Paderewski a la vez que un Diosdado Canchapoma». «¡Tú y tus ocurrencias, tía!», protestó riéndose Abelardo. «Un poco más, y me dirás que soy racista». «No, eso no, pero ¿por qué contrapones así a un virtuoso de la interpretación culta, y a un talento de la música popular andina?». «¿Y por qué no?». «Lo que es yo», interviniste, «me sentiría feliz, pero realmente feliz, si pudiera ser a la vez como Canchapoma y como el pianista polaco». «Canchapoma es también, a su modo, un excelente artista», dijo con suavidad tu madre. «Solo que», observó tu tía, «así como hay apellidos quechuas hermosos —y pienso en Pomasunco, Incamanco, o en el de mi difunto cuñado—, hay otros que suenan feos, como ese de Canchapoma». «Y sin embargo», anotó tu madre, «el significado original es hermoso, ya que equivale al “cercado del puma”». «Es la asociación de Diosdado —o de Adeodato, pues siempre nos confundimos— y del apellido lo que resulta cómico», precisó Marisa. «¿No ven?», dijiste. «¿Qué cosa?». «Que hay extraños enredos de nombres en Jauja». «A ese paso vas a tener que abrir un registro para aclarar olvidos y confusiones, querido sobrino». No era momento, por cierto, para andar en disquisiciones de ese tipo, así que te pusiste de pie, diciendo: «Me voy y las espero allá, pero no se demoren mucho». Pero no pudiste marcharte de inmediato, porque comenzó a llover. «Ven, te prestaré mi capote», dijo Abelardo, y fuiste con él a su habitación. Su trabajo en la biblioteca comprendía unas horas por la mañana y otras por la tarde, como era usual en esa época, así que almorzaba en casa, y aún le quedaba tiempo para una siesta. No lo hizo ese día, sin embargo, y más bien dijo: «El 20 de enero es a no dudar una fiesta hermosa, mas no por el jalapato, sino por los disfrazados y la música, aun a pesar de clarinetes y saxofones, a los que les tienes especial ojeriza». «No por ser

saxofones ni clarinetes, sino porque son ajenos a nuestra música, aunque también lo son, de otra manera, los violines». «Ya hemos hablado al respecto, pero en todo caso es una fiesta que irá evolucionando, y me temo que finalmente se convertirá en un espectáculo, un simple espectáculo, con todos los riesgos de comercialización que eso implica, como empieza a suceder con los tumbamontes». «Lo que a mí me fascina», dijiste, «es el arpa, por la manera con que marca la cadencia, y por eso no me canso de escuchar los preludios». «Un instrumento también ajeno». «Pero no como los otros». «Un pasacalle sería inconcebible sin el arpa», dijo Abelardo. Se acercó luego a la ventana, y vio que el aguacero continuaba. Cambió de tema: «Cuéntame cómo te va con la *Ilíada*. ¿Lees en mi ejemplar o en la *Antología* que te regaló tía Rosa?». «En tu libro, porque no me acostumbro a la traducción en verso, y porque me gusta leer tumbado en la cama, y los volúmenes que ella me ha obsequiado pesan mucho. Ahora estoy en la parte de la persecución, en la pampa del Escamandro…». «Ja, ja, está bueno eso de pampa del Escamandro…». «Me pregunto por qué en el mundo de esos héroes no hay lluvia, no hay calor ni frío, no hay tormentas, y todo parece transcurrir en un día sin fin…». «No olvides que a veces el padre Zeus hace retumbar su trueno». «Oh, solo como una trompeta». «En todo caso ya verás que en la *Odisea* abundan las tempestades, y que Ulises naufraga a cada rato». Y tu hermano agregó: «Creo que cuando yo vuelva a la universidad, tomaré unas clases de griego como curso electivo, y así podré leer, algún día, en el texto original…». «A mí también me gustaría, aunque no se puede hacer todo lo que uno quiere en la vida». Abelardo sonrió y dijo: «Es curioso que estemos conversando aquí sobre la *Ilíada*, mientras afuera escampa, para que luego vayas a seguir una orquesta serrana y escuchar un pasacalle andino, en la magistral versión del gordo Adeodato Canchapoma». «¿No es Diosdado?». «¿Qué más da, si resulta siempre un don divino?». Te reíste, y mientras tu hermano se recostaba para descabezar un sueñecito, te pusiste a hojear las *Memorias* del Mariscal Cáceres, que había estado leyendo, y que tú también tenías intención de leer, como una prolongación de esa otra lectura de tu infancia, *Nuestros héroes*, con la historia de las guerrillas de Jauja y la gesta de Cáceres, por la que tu madre sentía tanta admiración. Al cabo de un rato pasó la lluvia, de modo que te pusiste el capote, y, sin despedirte, saliste de casa. Te encantaban ese aire húmedo, los sonidos lejanos de una orquesta que iba con su conjunto por la calle, los estampidos distantes de los cohetes. Pensaste en Leonor, que acaso vendría a Jauja con sus amigas. Sí, quizá. Te cruzaste con algunos disfrazados, preguntándote una vez más por la razón de la tez sonrosada y los ojos azules de las máscaras. ¿Y por qué el adornado cuerno que colgaba de los hombros de los *príncipes*? ¿Y de dónde salía toda esa cantidad de sombreros de copa de los *huatrilas*? Te acordaste una vez más de tu viejo deseo de disfrazarte de *tucumano*. Para ello tendrías que crecer más y echar cuerpo, pues todos eran altos y fortachones, más aun a causa de los enormes ponchos y las botas y lazos que llevaban. Te topaste también con un grupo de chupaquinas, las que te inspiraban una particular antipatía por tratarse de hombres que se disfrazaban de mujeres y hablaban como mujeres. Nunca te

impresionaron los bolsos de libras de oro que lucían en el pecho, y por lo cual las escoltaban fornidos parientes. Admirabas sí los bordados de sus *llicllas*, *anacos* y *maquitos*. Se cruzó también contigo un *chuto* que te conocía, pues te dijo, en la obligada mezcla de quechua y castellano con que hablaban: «Joven Manrique, dónde está la piano, *maypi*, *maypi*, y tú tocando y leyendo libro, ¿no?». Y tú debiste sonreír, entre curioso y fastidiado. Se alejó y te dijiste que esa era, por desgracia, la imagen que algunos tenían de ti: la de un empeñoso y pedante cultor de un instrumento pasado de moda, y de un recalcitrante chancón escolar. Bueno, no tenía importancia. Y así, luego de unas vueltas por las calles del centro, te dirigiste a la plaza de Yauyos, barrio por entonces algo separado de la ciudad. Esa plaza antigua, en ese sector también diferente, con su cabildo de balcón corrido, su capilla de adobe, sus casas vetustas. Había ya tres conjuntos allí, que se cuidaban de mantener adecuada distancia, y que pausada y cadenciosamente daban vueltas por el cuadrilátero. Uno de ellos era el que animaba La Lira de Jauja. ¿No era la lira un instrumento griego? ¿No estaría mencionado en la *Ilíada*? Viste al recio señor Canchapoma, sudoroso y embutido en su terno azul, tocando con maestría su violín. No sin esfuerzo lograste ubicarte cerca del arpa, a cargo de un hombre flaco, de cara inexpresiva, que por momentos cerraba los ojos, como concentrándose. Un músico nuevo, al que no conocías. Pulsaba las cuerdas con ritmo seguro y en acordes exactos, magnificados por la estupenda resonancia de la caja. Una cinta roja ondeaba en lo alto del instrumento. Comenzaste a dejarte llevar por la música que ejecutaban, nueva para ti, y que memorizarías más adelante, una vez que le hubieras tomado el gusto. No fue así, sin embargo, porque a poco Canchapoma hizo un gesto y sus músicos se detuvieron. Era uno de los numerosos altos que hacía cada conjunto para descansar y beber. Sería mejor apartarte, porque no te interesaban los diálogos, y mucho menos la forma en que los danzantes se dedicaban a tomar cerveza. Canchapoma fue uno de los primeros en hacerlo, y con un aire de gran felicidad brindó con Alejo López y se embauló un vaso enorme y rebosante. Desde cierta distancia observaste al hombre del arpa, que un poco al margen, y sin tomar ni un sorbo, miraba distraído a los presentes. No parecía de Jauja, e incluso no era quizá de la provincia. Reparaste en las cuencas hundidas de sus ojos, en sus mejillas enjutas, en su alta y combada frente. En cierto momento detuvo en ti sus pupilas, por unos segundos, y te pareció que miraban de un modo extraño. Apareció en ese momento Julepe cargando una caja de botellas de cerveza. «Oye», te dijo, «¿qué andas mirando? ¿Te ha gustado alguna chupaquina?». «No», respondiste, «porque a mí me gustan las mujeres de verdad, no las postizas». «¡Jo, jo!», se rio, feliz de haberte picado. «Y no te rías mucho», continuaste, «porque Palomeque ha salido de *príncipe*, y ahorita te corretea con el cuchillote que lleva a un costado». «¡Invento tuyo!». «¡Cierto!». «¡Anda, sigue a tu disfrazada!», se rio, y riéndose todavía se alejó hacia el puesto de su mamá, en una calle lateral, donde venderían montones de pan y de pasteles. No te agradó su broma, a pesar de que todavía te asediaba un sentimiento de culpa por la historia del heliotropo. Canchapoma, entre tanto, convocaba de nuevo a sus músicos, y los auspiciadores

de la cuadrilla a sus enmascarados. El arpista, por su parte, no se apresuró, y por un espacio se dedicó a verificar el afinamiento de las cuerdas. Y solo después, con calma, alzó su instrumento sobre su hombro izquierdo, y esbozó unos arpegios, hasta que se reanudó la música, mas no con el pasacalle anterior, sino con otro, que desde un principio sonó diferente a tus oídos. Se puso en marcha la cuadrilla, y tú echaste a andar detrás del hombre flaco, sin que te importara ser tomado como chaperón de alguna de las chupaquinas. Retuviste sin esfuerzo la melodía, para su posterior transcripción, y tomaste nota también de los adornos, muy sobrios por lo demás, que ponía en su ejecución el arpista. No había duda, esa música tenía algo de exótico, y no es que no fuera hermosa, antes bien era realmente muy buena. Y absorto como estabas, no advertiste que pasabas por delante del toldo de doña Aurorita, y que tu madre y tu tía, escoltadas por un señor de bigotes, te saludaban con las manos. Y así, hasta que empezó a obscurecer y a caer de nuevo la llovizna. Se detuvieron, pues, músicos y danzantes, y tú aprovechaste para aproximarte a uno de los clarinetistas, el que te pareció más asequible. «Diga usted, señor», le pediste, «el pasacalle que acaban de tocar, ¿es composición de don Adeodato?». «No se llama Adeodato, si no Diosdado, y el pasacalle no es suyo sino del arpista». «Y ese señor, no es jaujino, ¿no?». El hombre se rio y dijo: «No sé cómo te das cuenta, porque es apurimeño, y lo hemos contratado porque nuestro arpista se enfermó y no encontramos quien lo reemplazara. Pero el pasacalle es de él, y a la manera de Jauja, y se titula *Noche de Yauyos*». «Es muy bueno». «¿Por qué preguntas? ¿Sabes tocar acaso?». «No, pero me gusta mucho esta música». Y con eso te despediste. Así, pues, ese acento, ese ingrediente extraño, tenía que ver con la procedencia del arpista, y era lo que confería a su obra, que pretendía ajustarse al estilo de la música del valle del Mantaro, y en especial a la de Jauja, esa resonancia tan propia, tan peculiar, y que no dejaba de tener algo en común, por lejano que fuese, con el himno cuya copia conservaba tu abuelo. Canchapoma habría advertido ese carácter tan particular, por supuesto, pero no se había dejado llevar por el recelo y había aceptado la pieza. Esperaste que el conjunto reanudara la danza, pero como no tocaron *Noche de Yauyos*, sino un huayno huancaíno adaptado al ritmo de la tunantada, optaste por dirigirte al toldo donde estaban tu madre y tu tía. Allí habían encendido una lámpara de gasolina, y los ocupantes, todos conocidos, charlaban animadamente. «Qué bueno que hayas venido, hijo», te acogió tu madre. Tu tía, en cambio, no se perdió la ocasión y dijo: «¿Qué pasó, sobrino? Creí que te habías unido a la danza…». Saludaste también al caballero bigotudo, que era el señor Olave, dueño de una pequeña joyería de La Oroya, y antiguo y frustrado pretendiente de Marisa. «No, tía», dijiste en voz baja, «y si no vine es porque vi que estabas muy bien acompañada». «Muy bien, muchacho», te respondió sin alterarse, y con un mohín burlón te ofreció una bandeja con dulces, cortesía de su admirador. Prosiguió después su charla con este, sin acordarse de ti. Y era ya de noche, cuando ambas damas decidieron retirarse, y partieron acompañadas siempre por don Francisco, que así se llamaba el caballero. «Yo me voy a quedar un rato más», dijiste. «No te demores», te recomendó tu madre. Diste unas vueltas por la plaza.

Encendieron en los puestos lámparas de kerosene, que proyectaban una luz desigual y amarillenta. Abundaban los borrachos y los disfrazados que, ya sin máscara, charlaban y cantaban. Buscaste el conjunto de los hermanos López, muchos de cuyos integrantes se habían retirado. Un pequeño grupo rodeaba a Diosdado Canchapoma, el mismo que sentado en un toldo, ebrio y dichoso, y a la luz de unos candiles, tocaba en su violín una versión del antiguo huayno que decía *Palomita, palomita / de los montes, / ¿por qué no me quieres? / ¿Por qué no vienes a mi nido?* Una versión que, a pesar de la embriaguez del músico, resultaba muy limpia, muy sentida. Escuchaste a un lado, en la oscuridad, esa interpretación, impregnada por el espíritu picaresco de la letra. Acabó el músico y prorrumpió en un exultante guapido. No quiso continuar y reclamó a un compadre suyo para comer un plato de picantes. ¿Cómo podía un hombre tan gordo, tan elemental, tocar una música tan hermosa? ¿Y el arpista? No, no estaba en el toldo. Fuiste por el ruedo, hasta que lo hallaste sentado en otro puesto, uno de los más modestos, ante una taza de café y un par de bollos. «Buenas noches, señor», saludaste. Te miró sin sorprenderse y preguntó con cierta sequedad: «Buenas, ¿qué quieres?». «No quiero nada, sino decirle solamente que me gustó mucho su *Noche de Yauyos*». «¿Ah sí?». «Me gustó, pero no sé, me pareció que era también música de otra parte». «De acá no soy; apurimeño yo, de Talavera». Era evidente que no hablaba bien el español, y que se habría sentido mucho más cómodo haciéndolo en quechua, pero por desgracia tú conocías muy poco el idioma vernáculo, que casi ya no se hablaba en Jauja. «¿Es la primera vez que usted visita Jauja?». «No, año pasado vine, un día, para este fiesta». Tomaba su café a lentos sorbos. «Usted está solo. ¿No se siente bien?». «Ajá, yo un poco enfermo, por eso no tomo ni chicha ni cerveza». Terminó su refrigerio, se limpió los labios y se recostó en el muro. «Y ¿tiene dónde pasar la noche?». «Aquí me quedaré, joven, y mañana me vuelvo a Huancayo, porque ahí vivo». No supiste qué decir y permaneciste sentado a su lado, mirando hacia la plaza. Al cabo de un rato él dijo: «¿Quieres escuchar? Vamos, allá tocaremos». Y se levantó, cargó con su arpa y se dirigió contigo hacia una de las esquinas, y luego por una calle que daba al campo, y tomó asiento en una tapia derruida, y tú a un costado. Había cesado la llovizna, y por entre las nubes brillaba una luna pálida. «Escucha», dijo, y luego de ajustar las cuerdas tocó un breve preludio, y luego la versión de otro pasacalle, menos logrado quizá que el que tocó en la plaza, pero también hermoso, y con ese mismo corte exótico. No se interesó en tu opinión, y sin mayor transición atacó una música muy diferente, construida a base de una línea muy simple pero ritmada por acentos bruscos, casi violentos. El acompañamiento, en cambio, no tenía la pausada cadencia de un pasacalle del Mantaro, ni los adornos de los huaynos ayacuchanos, sino una forma que acentuaba, por así decir, la dureza un poco bárbara del motivo principal. No habrías de olvidar nunca esa música. «¿De dónde es? ¿Es música suya?», preguntaste. «De mi tierra, de la puna, *taqui* de donde yo soy es», dijo el hombre, y prosiguió: «Pero este música, música de todos es, joven». «¿Y cómo se llama?». «No tiene nombre». Guardaste silencio. Creías adivinar lo que el arpista quería decir, y por eso mismo te sentías aun

más asombrado. Era como si hubiese dicho que la música andina era, a pesar de su gran diversidad, una sola, porque uno solo era su espíritu, y que por eso había podido componer un pasacalle a la manera de Jauja, aunque llevase también el sello de su tierra. Y como siguiendo un hilo de pensamiento, dijo todavía: «Música nuestra como el aire, como el viento, como el aguacero es. Como el cumbre, como luz». ¿No había también en esas palabras algo de la letra y del espíritu del himno huanuqueño, así como de la filosofía de Fox Caro? Le preguntaste: «¿Y la música del señor Canchapoma?». «Bonito es, pero alegría, más es alegría». Y era verdad, como era verdad igualmente que la suya era más honda, porque de algún modo abarcaba mucho más: ternura y violencia, alborozo y sufrimiento. Sí, intuiste todo ello, pero no supiste qué decir. «Ándate, ya es tarde», dijo de pronto el músico. «¿Y usted?». «Allá en corredor de una señora voy descansar. Amaneciendo, en carro me voy». «¿Y no va a tocar mañana, día del jalapato?». «No, porque contrato solo por hoy, nada más». Se puso de pie y cargó de nuevo su instrumento. Tú fuiste con él hasta el puente del Tajamar, y allí él dijo un parco «Hasta otra vez, joven», y se fue caminando, con una leve cojera. Tú tomaste la dirección opuesta, hacia la plaza. Algunos embriagados cantaban en las esquinas. El reloj de la iglesia marcaba la una y veinte de la madrugada. «Es tardísimo», te dijiste, alarmado, y casi corriendo te encaminaste a casa. Trataste de entrar con el mayor sigilo, pero no tuviste éxito, porque sentada en la sala, con un tejido en las manos, te esperaba tu madre. «¿Dónde estuviste?», te preguntó, con más alarma que cólera. «Allá en Yauyos, conversando con ese arpista de La Lira de Jauja, uno nuevo, que contrataron solo por hoy. Conversando y escuchando lo que tocaba. Música del sur, de Ayacucho, de Apurímac». Tu madre te miró, no muy convencida, y dijo: «Pero, ¿así, con un desconocido y sin prevenirnos? ¿Has tomado acaso?». «No, ni una sola copa, y él tampoco podía tomar porque está enfermo. Solo estuvimos conversando, y él tocó, nada más. Una música muy hermosa, madre…». Ella vaciló, preguntándose si todo eso era verdad, pero finalmente cedió la tensión de su semblante, y se preocupó más bien en saber si habías cenado. «No había necesidad de que te quedaras a esperarme». «Abelardo quiso ir a buscarte, pero yo le dije que esperásemos…». «Habrá que avisarle, ¿no?». «Yo lo voy a hacer, y tú ve a acostarte». Y así lo hiciste, pero no pudiste dormir, empeñado como estabas en recordar cada momento de esa noche y cada palabra del forastero, y, sobre todo, cada frase de las dos piezas que más te habían gustado.

23 de enero

Una y otra vez he ensayado en el piano mi versión del pasacalle que tocó el apurimeño, y sobre todo de esa música que tocó al final, con su aire tan rudo, pero también tan hermoso. Y no sé realmente cómo expresar lo que siento. Es como si en ella cantaran el ichu y el viento, la nieve y el amanecer, el agua y los cerros.

Leonor, cuánto te extraño.

Por la noche

Abelardo me trajo Antígona*, y me dio una explicación para no quedarme en la luna, porque nunca he tenido en mis manos una pieza de teatro, y no he visto otra cosa que representaciones escolares. Y menos he sabido nunca cómo era el teatro de los griegos. Leí, pues, la obra, y de veras encontré turbadora la semejanza de los nombres, y la semejanza entre la belleza solitaria de Antígona y mi tía Euristela, y entre mi tía Ismena y la hermana de la protagonista. Y ¿no podría haber sido Antenor algo así como un Hemón? ¿Y no habría tenido el señor de los Heros algo de Edipo, o quizá de Creonte? ¿Y no podrían haber sido el coro los comuneros de Yanasmayo? ¿Por qué esa serie de parecidos y coincidencias? ¿Y Fox? ¿No habrá también en la épica y en el teatro griego un personaje como él? ¿Un loco manso, con cara de* zorro viejo y bondadoso*? ¿Y otro como Mitrídates, irónico guardián de muertos? ¿Y una serpiente negra y otra blanca, allá en el fondo de las aguas?*

Otra vez cruzas el patio empedrado. Otra vez te guía Felícitas, la vieja servidora del rostro melancólico. Entras en la salita y te sientas en la silla que te indica, junto a la pequeña consola. Adviertes sobresaltado que no están ya allí los objetos que viste la vez anterior, y menos aun la fotografía. «¿Y la foto?», preguntas. «La señorita Euristela la guardó», dice la mujer. No sabes qué pensar, y te quedas en silencio. Se ve en cambio, en uno de los ángulos, un cántaro con unas espigas, en el que no habías reparado antes. En ese lugar tan quieto, tan frío. Al cabo de un rato se abre la puerta del comedor, y tú ingresas y saludas con una venia a una y otra tía, al tiempo que dices «buenas tardes», y vas y te sientas ante la mesa, como si se tratara de un ritual ya conocido. A tu izquierda, como en la ocasión anterior, está la tía más vieja, y a tu derecha la más joven. Visten la misma ropa y portan el mismo y raído mantón sobre los hombros. Están ahí, con las manos sobre el tablero, tan blancas, sarmentosas. «Así que has vuelto», dice Euristela. Y tú asientes, como corresponde, con un movimiento de cabeza. Y mientras los ojos de ambas te examinan —óvalos de un gris líquido en un caso, y de un verde oscuro en el otro—, te acuerdas de Antígona, la sombría e inflexible Antígona. Dejas vagar tu mirada por la habitación. Echas de menos, como si las hubieras visto, las cortinas de tul a los lados de la ventana, ondulando con la brisa, y los tapetes de blondas sobre el aparador, y el mantel de encaje sobre la mesa. No, no hay nada semejante, sino el tablero desnudo y el aparador en ruinas, y esa mesita destartalada. El triste reloj de lata. «Nos visitas, y está muy bien», dice la mayor, y como en un eco su hermana insiste: «Sí, qué bien». Y tú esbozas el gesto que asiente y confirma que, en efecto, has venido, y que está bien, muy bien, que haya sido así. «¿Y cómo están en tu casa?», pregunta Euristela. «Deben estar bien, y Laurita estará en el jardín», responde Ismena. Tú callas y de nuevo se alargan los minutos, bajo esa doble mirada y esa curiosidad sin objeto definido. ¿Y el piano? ¿Hubo un piano alguna vez en la casita, aparte del Gaveau de Yanasmayo, aunque mucho más modesto? No, seguramente que no. Hubo sí una araña de luces de Bohemia, tazas de porcelana,

armas viejísimas y candelabros, y un jarrón de porcelana sobre el pedestal de madera en que ahora no hay nada. Así te contaron en casa. De nuevo te asalta el deseo de preguntar, a pesar de la regla que te ha impuesto la familia. Preguntar por ejemplo cómo eran las noches de la hacienda, allí en la sala, cuando afuera brillaban como lluvia de metal las estrellas, en el cielo negro de la puna, antes de la aparición del Halley. Y cómo era el cometa, y qué pensaban ellas, y qué los pastores y los pongos. Y qué tocaba Euristela a la luz de las velas, en esas noches tan frías. Alguien cantaría, acaso Antenor, acompañándose con la guitarra, y podrían haber sido yaravíes de Jauja o romanzas de la época. «Te contamos de ese anillo con una amatista, ¿no es verdad?», dice la menor, con sorpresa tuya, pues de ordinario es la otra quien comienza a hablar, en tanto que ahora se limita a observarte. «Sí, sí», respondes, luego de un momento. «Te contamos», repite Ismena, como aliviada. La tía más vieja aparta de ti la mirada y cierra por unos instantes los párpados. «Agenor», dice en un murmullo, «me dio ese anillo, y sus manos temblaban». «Esas manos tan firmes, tan hermosas…», ratifica la otra. Preguntas: «Pero ¿Agenor era su nombre?». «Agenor, aunque también Antenor», dice Euristela. Nombre este que es idéntico al de ese personaje que en la *Ilíada* deseaba devolver Elena a los aqueos. «Solía reunirse con nosotras», continúa la tía más joven, «y sentarse y tocar, y era entonces mi hermana quien cantaba». Excitado, interrogas: «Pero ¿quién era Antenor? ¿Por qué lo llaman unas veces de un modo y otras de otro?». Ignoran ambas lo que has dicho y callan, con la mirada en el vacío. «Yo cantaba», prosigue de pronto la tía mayor con dulzura. «Antenor», prosigue la menor, «prefería nuestra música». «Música nuestra, que escuchó en Jauja, en Huancavelica, en Ayacucho». «Era así, en esas noches tan lejanas». «Y papá, a veces nos acompañaba». «Unas veces sí y otras no». «Porque tú te acuerdas de Antenor, ¿verdad?», te pregunta de súbito Ismena, mirándote, y contesta por ti su hermana: «Claro que se acuerda, y también de ese canto que dice *Huk urpichatam*…». Y tú asientes, como si en efecto hubieras asistido a esas veladas y cantado con ellas, y escuchado a Agenor, que también era Antenor. Y cantaban, en efecto, ese yaraví que también sabe y aprecia muchísimo tu madre. Don José María, por su parte, estaría en la sombra, sentado en un sillón, y escucharía con atención. José María de los Heros, el caballero que hizo venir para una misa coristas de Ocopa y de los Descalzos de Lima, y, para una serenata, que dejaría larga y ambigua memoria, ejecutantes italianos de la música en boga a principios de siglo. No dices ni una palabra, fascinado por esa repentina sucesión de afirmaciones en labios de las tías. Cuán extraño que seas tú, como subrayó tu madre, el destinatario de esas evocaciones, y más extraño todavía que ambas damas te tomen por alguien que estuvo presente en esas noches. Largo es el silencio, y, mientras tanto te dices que ya entonces se daba en tus parientas esa doble y alternada apelación a la música culta y a la música andina. Y otra vez te viene un deseo de formular nuevas preguntas, pero notas que las ancianas han inclinado la cabeza y están como ausentes. Sí, indagar otra vez por Antenor, y por qué lo recuerdan de esa manera, y por Yanasmayo, y cómo es que la hacienda se llamaba antes Amarucancha, y qué relación había con

el mito de los dos amarus. Pedirles otra vez que te cuenten cómo se veía el cometa en esas noches. Te callas, no obstante, y no sabes qué decir, aunque no olvidas por cierto que tu papel es asentir, simplemente asentir. Te tornas a mirar por la ventana hacia el patio. Brilla un sol atardeciente, en esa hora despejada, como si no fuera época de nubes y aguaceros. Por un instante cruza por tu mente la imagen de Leonor en una tarde como esta, con su falda azul y la blusa blanca. ¿Contemplaría a esa hora los cerros que rodean el campamento en Morococha? ¿Y Elena Oyanguren? «Era una luz violeta», dice de pronto Euristela, sin levantar el rostro, «fatal, ahí en mi mano…». «Una gota obscura, rodeada por perlas diminutas», prosigue Ismena. Escuchas atentísimo, pues han vuelto al tema de la sortija, dueña por lo visto de un hondo y perdurable significado. «Como un destello de amor en mi mano derecha, y Antenor me miraba», continúa la mayor. «Estaba Agenor con nosotras, en el corredor de la casa, y a lo lejos cantaba un pájaro de la puna». Vuelve a hablar Euristela: «Era como si poco a poco, sin movernos, nos fuéramos ya para siempre». «Y acaso nos fuimos en verdad y no regresamos ya nunca», añade en un murmullo su hermana. «Y después, en la noche, brillaba esa luz inmensa», dice la mayor. «Como un blanco y silencioso fuego», dice la menor. Te agitas en tu asiento, sin poder creer lo que escuchas. ¿Por qué hablan así? ¿Se refieren al cometa? Y si no, ¿qué luz era esa? Hay temor en tu asombro, en tu fascinación, y miras a una y otra parienta, y a la puerta, pues a lo mejor está allí Felícitas, oyendo como tú. Mas no hay nadie, y estás tú solo con las viejas damas. Otra vez se prolongan los minutos. ¿Qué puedes hacer? ¿Llamar su atención y sacarlas de esa especie de sopor? ¿Levantarte y marcharte? Y estás por hacerlo, en efecto, mas torna a murmurar Ismena y dice: «Ya estábamos muy lejos ¿verdad, Eurídice?». Y su hermana mayor asiente: «Sí, tan lejos…». Inmóvil, como adherido a la silla, oscilas entre la incredulidad y la estupefacción. ¿Has soñado? ¿Habló realmente Ismena y dijo «Eurídice»? ¿Acaso la tía más vieja no se llama, como todos saben, Euristela? ¿Qué misterio hay allí? ¿Y por qué Antenor es Agenor, y Fox se llama también Javier y Xavier y Severiano, y Mitrídates es Mitrídates y también Azrael? Debes haberte confundido. Te diriges en fin a ellas, muy suavemente: «Tías…», y otra vez: «Tías…». Mas no dan la menor señal de escucharte, y se diría que ya no se dan cuenta de que estás ahí, y mucho menos de lo que dices. Y no se oye nada sino el *tic tac* del reloj sobre la mesita auxiliar, al pie de la ventana. No te levantas, sin embargo, y permaneces en tu sitio, caviloso, pero te sobresaltas, de pronto. ¿Quién habló? ¿Fue un sueño? No, porque Ismena vuelve a balbucear como eco y variación de lo que ha manifestado su hermana, y dice: «Todo acabó, realmente…». «Pero escuchamos aún su canto, desde aquí, tan lejos», torna a hablar Euristela. «Lo oímos», agrega la menor, «pero no podemos volver». «Es él quien vendrá para reunirse conmigo», dice la tía más vieja. Y la más joven: «Sí, para que no estés tan sola…». Empujado por un impulso, preguntas: «¿Y Mitrídates, tía Euristela? ¿Por qué le dijo usted que él las recibiría en las puertas de la muerte?». No, no te escucha, y no responde. Al cabo de un rato, sin embargo, y en una especie de apagada y final erupción, anuncia: «*Cay tuta, huañuy misqui misquillam taquicuni…*». «*Ari,*

cay tuta», añade Ismena. «Esa luz inmensa en el cielo de Yanasmayo, y todo en llamas». Ha comenzado a obscurecer, y poco a poco envuelve sus rostros la penumbra. Te levantas, pues, apartas con cuidado la silla y, sin despedirte, te retiras y cruzas la salita. Felícitas no está en el patio, y quizás ha salido. Te aseguras de cerrar bien el portón del zaguán, y te alejas. El cielo se ha nublado y corre un aire glacial.

24 de enero

Hoy conversé con Abelardo sobre la tuberculosis. Está bien enterado, y me explicó cómo se incuba y avanza la enfermedad. Mitrídates le ha contado cómo es la terrible experiencia de la hemoptisis. Me habló también de esa intervención extraña y que se hace de tiempo en tiempo, el neumotórax, en que le inyectan al paciente nitrógeno entre las dos pleuras, para mantener inmóvil el pulmón y facilitar su curación. Debe sentirse uno rarísimo, inflado así y respirando solo con uno de ellos. «¿Y Elena? ¿A ella también…?», le pregunté. «No sé si le habrán puesto». No me puedo la imaginar así, espectral. Tampoco toda pálida, cadavérica, como llegó quizá por primera vez. Ahora está ya casi sana, o por lo menos así lo indican sus mejillas sonrosadas, su modo de andar, la expresión de su rostro. Tan diferente, por todo ello, y a la vez tan semejante a la otra Elena, la argiva.

25 de enero

Hoy fui a dar una vuelta por la tienda de Mirta, y como estaba sola, entré. Nunca he visto ojos tan negros, pero tampoco una cara tan seria. Me miró y contestó con un murmullo a mis «buenos días». Le pregunté por Leonor y dijo: «Se fue a Morococha y volvió». «¿Y no te dejó un encargo para mí?». «No». «¿Ni una palabra?». «Vino con su mamá, y solo me dijo que están esperando una carta de su papá, porque otra vez se irán a la mina». «Pero ¿no dejó una carta?». «No, quizá porque estuvieron muy ocupadas con la sementera, y casi todo el tiempo han estado en Yauli». «¿Y no dijo cómo podría verla?». «No». Pedí una gaseosa, y mientras bebía, la chica me dijo de repente: «Piensas mucho en ella, ¿no?». «Sí», le dije. Sonrió entonces, y le brillaron como carbones los ojos, y dijo: «¡Quererse es tan lindo…!». No supe qué decir, asombrado, y ella volvió a su seriedad, a su terrible seriedad. Y apenas si contestó «Chau». cuando me despedí. Es prima de Leonor, pero no se le parece en nada.

Por la noche

Hoy ensayamos con Felipe, para que nos salga bien la serenata, que será muy pronto. Bueno, si puede resultar una serenata así, sin acompañamiento y con miedo. Será huachafoso mi bolero, pero le he tomado gusto. De veras…

No te fue fácil comenzar a componer la canción en loor y homenaje a Rosalinda Corrales, hija del ínclito preceptor del más antiguo centro escolar de la provincia. Bolero que debías a Felipe, no lo olvidabas, como pago por el placer de haber visto semidesnuda a doña Zoraida, y precio de la posibilidad de repetir tan grata experiencia. Y no te fue fácil, porque si bien en muchas ocasiones te gustaba silbar y canturrear los boleros de Leo Marini y de Los Panchos, eras consciente de lo melosa que era esa música y de la cursilería de su letra, tanto como la de los valses criollos, tan detestados por Abelardo. Más aun, te habías ufanado del desdén que te inspiraban, muy al contrario de lo que sucedía con los huaynos. Pero he allí, pues, que por tu concupiscencia te veías en la necesidad de incursionar por ese campo. Grande era tu perplejidad, pero te habías comprometido y no quedaba más remedio. Fue así que una mañana te sentaste ante tu mesa, y papel y lápiz en mano, te pusiste a cavilar en el asunto. De pronto te sentiste aun más culpable, profundamente culpable, pues no solo te ibas a meter a bolerista, sino emprender algo que no habías hecho ni siquiera por Leonor. Allí había, pues, y era imposible negarlo, una gran infidelidad. Y ¿qué habría dicho, Dios de los Cielos, tu abuelo Baltazar, si hubiera sabido que iba a suceder tal cosa? ¿No era acaso un pecado componer semejante cosa en el mismo piano en que debió trabajar él su *Laudate Dominum*, y donde tocaría ese hermoso himno *Ah, luz resplandeciente*…, en cuya adaptación andabas trabajando? Le diste vueltas y vueltas al problema hasta que por fin, hipócrita, te consolaste con la idea de que a la viuda la deseabas, pero a Leonor la amabas. En otros términos, dedicabas a doña Zoraida tu parte lujuriosa, y a la jovencita de Yauli la poética y espiritual, cosa que por supuesto no dejaba de ser muy injusta con la viuda. Acallaste en fin, con un descarado «qué vamos a hacer» tus escrúpulos, y pusiste manos a la obra, pero no escribiste ni una palabra, ni una nota, porque no acudió una sola idea a tu cabeza. Así que, después de un rato de contemplación de la hoja en blanco, resolviste dar una vuelta por la calle de Rosalinda, a ver si de ese modo se rompía el bloqueo de que eras víctima. Saliste, pues, a eso de las seis de la tarde, y te fuiste por el jirón Ayacucho, en donde vivía la doncella. No tuviste suerte, sin embargo, porque antes te topaste con Felícitas, la empleada de las viejitas de la calle Salaverry, y te sentiste malísimo con eso de andar en aventuras boleriles y no visitar a tus tías. Mas el sexo tiene razones, como dirías años más tarde, que la razón no entiende, así que seguiste hacia tu objetivo, no sin antes soltar en voz baja unos *ajos* en contra de Felipe, autor del encargo. Caminaste de arriba a abajo por la cuadra de Rosalinda, pero no viste ni rastro de la joven, y en cambio te topaste con su progenitor, quien como siempre veía en todo adolescente un posible ladrón de su tesoro. Aguantaste sin parpadear la roja mirada de sus ojos, semejante a la del minotauro de la leyenda, y seguiste adelante y dabas vuelta por la esquina cuando te diste a boca de jarro con la chica. Sí, con ella, que salía de una panadería con una bolsa en la mano. En un santiamén te miró de pies a cabeza, tasó tus méritos y concluyó, a juzgar por su expresión, que no estabas tan mal. «Hola», dijiste. «Hola», respondió con una sonrisa. Ibas a meterle conversación, pero te acordaste de tu amigo, y también de su papá, y desististe. Y allá se

fue la muchacha, con cierto y tentador contoneo. Se veía bien, con sus apetecibles pechos, sus labios carnosos, la sonrisa provocadora y ese bien dotado trasero. Pero no te gustaban su desparpajo ni ese aire de ociosa. Y pensar que por ella y en su homenaje ibas a faltar a la ética y la estética de la música, y a componer nada menos que un bolero. Pero ¿qué podías hacer? ¿Y cómo poner tu imaginación en marcha? ¿Te pondrías a pensar en Leonor para cumplir con el encargo? ¡No, por favor! Volviste a casa meditabundo, y resolviste, como paso previo e incitador, darte un buen baño de melcocha. Encendiste, pues, el pequeño radio que te había prestado tu tía Marisa, feo pero audible, y sintonizaste una estación limeña. En media hora escuchaste no menos de siete boleros, y entre ellos ese más o menos pasable: *Como la luna, / cuando se refleja / en un lago azul*. Y aquel otro, que sí te gustaba, *Soñar / solo fue cuando te conocí*… Estimulado, echaste luego mano al lapicero y borroneaste una letra que, con perdón de los espíritus refinados, decía: *Di mi amor, si a mi amor correspondes / ahora que me pongo a cantar / bajo tu ventana. / Deja que te diga / toda la pasión que me embarga*… No muy contento, te dirigiste al kiosco de Pánfilo Cáceres y te compraste un cancionero titulado *Los mejores boleros, para solaz de la juventud peruana*, y te *soplaste*, como habrían dicho tus amigos, no menos de treinta y cinco. «¡Válgame Dios!», dijiste, acordándote de la famosa frase de tu tía Grimanesa. ¡Treinta y cinco! Advertiste entonces que tenías que hacer frente a un doble y difícil desafío, ya que por un lado no te podías apartar de lo que se habría llamado una línea media, característica, de toda esa producción, y por otro satisfacer en algo tu aspiración a una cierta originalidad, por rudimentaria que fuese. «¡Válgame Dios!», tornaste a decir con el dolorido acento de tu parienta, y otra vez, pluma en ristre, revisaste uno a uno los versos que habías escrito. Pero, ¿qué tenía que ver todo eso con Rosalinda Corrales? ¡Al diablo, después de todo, y mala suerte si a tu amigo no le agradaba el resultado! Y sin más fuiste a la sala y te sentaste ante el piano, y teclas van, teclas vienen, tuviste al cabo de un rato una melodía no muy brillante, y con unos resabios andinos y otros mozartianos, pero aceptable. Muy contento por el éxito te dedicaste a refinar tu invención, imbuido del más «panchesco» espíritu. Y tanto que no reparaste en que las damas de tu familia habían regresado de la calle y te miraban y escuchaban desde la puerta de la sala. Cuando te diste cuenta era ya muy tarde, y viste horrorizado la cara de tu tía. «Ajá», dijo, feliz de la vida, «¡miren a este joven tocando y retocando nada menos que un bolero! ¡Agustín Lara en Jauja!». No respondiste, y no solo porque era la mejor respuesta frente a sus bromas, sino también porque viste la divertida expresión con que te observaba tu señora madre. Insistió tu tía: «A ver, cuenta, ¿quién es la Dulcinea? ¿A quién se refiere eso de *Di mi amor*…?». Te pusiste de pie, cerraste el piano y con teatral gesto, dijiste: «¡A mí tenía que pasarme…!». «¿Pasarte qué?». «No me van a creer…». «Pero ¿qué pasa?», insistió tu madre. Acabaste por explicar: «Nada, sino que un amigo me pidió que, por amor de Dios, le compusiera un bolero para el santo de su chica, y eso es lo que estoy haciendo». No estabas muy lejos de la verdad, así que tu aire de convicción y tu insistencia persuadieron a tu madre, quien vio en el

asunto un reconocimiento de tus aptitudes, y dejaron en duda a tu tía. Te fuiste a tu cuarto, aliviado pero también avergonzado, y no transcurrió ni media hora cuando se presentó Abelardo, enterado de la novedad e interesadísimo en conocer los pormenores. Debiste repetir tu versión anterior, con algunas precauciones eso sí, y callando por supuesto la verdadera razón del encargo. Se rio, acordándose sin duda de tus antiguas y puristas declaraciones, y dijo: «Creo que no has debido aceptar, ni aun como favor». ¿Qué hubiera dicho si hubiera sabido la verdad? Aunque era posible también que hubiera terminado por entender, ya que él también había sido muchacho, y porque algo había leído de psicología de la adolescencia. Sea como fuere, y luego de algunas consideraciones de diverso orden, se quedó en una especie de transacción justificatoria, que él resumió con estas palabras: «Digamos que el bolero es parte de la moda, de las costumbres, de la sensibilidad popular de estos tiempos, sobre todo entre los jóvenes, y que tú no puedes sustraerte a eso. Y viéndolo bien, el experimento puede resultar interesante. Procura nomás atenuar en todo lo que puedas ese lado dulzón y lamentoso». «Eso quiero». «Y por supuesto no vayas a olvidar de ningún modo lo principal». «¿Del bolero?». «No, me refiero a tus ejercicios, a Czerny, a las transcripciones que haces con mamá». «No, claro que no», dijiste, pues bien sabías el fin concreto que perseguías. «A ver, ¿cómo es la letra?», pidió tu hermano. «Aún no la he terminado, pero es más o menos así», contestaste, y recitaste los versos que habías pergeñado. Sonrió otra vez y se limitó a comentar: «Ojalá que le gusten a la chica. ¿Quién es?». «Hum, prefiero no decirlo». «En todo caso, te deseo éxito», y allí acabó la charla. Tú volviste a tu habitación, revisaste lo avanzado, y como tenías por allí unos centavos, y habías visto en la calle unos carteles que anunciaban una película con María Félix, fuiste en busca de Julepe para ir con él al cine. No lo encontraste, y tampoco a Tito, quien seguía en La Oroya, así que fuiste solo. Sentado en una butaca de lateral, y con una mezcla de expectación, curiosidad y vergüenza, esperaste que apagaran las luces. Y estabas allí, muy tranquilo, cuando viste entrar nada menos que a Rosalinda Corrales, destinataria y motivo de la composición que te tenía ocupado, en compañía de unas amigas. Por supuesto que miró en torno, muy pagada de sí, pero no te vio. Sentada en una fila de *pullman*, estaba a cien leguas de imaginar que el solitario jovenzuelo con quien se había topado hacía unas horas en su calle, había ido también al cine en pos de inspiración para componer un bolero en homenaje a su ilustre persona, aunque no por cuenta propia, sino del sinvergüenza de Felipe. Comenzó en eso la cinta y te concentraste en ella, y no solo por el lacrimoso argumento de la película, sino también por los cinco bolerachos que incluía. Y cuando la función acabó, fuiste el primero en salir, temeroso de que la ninfa o tus amigos te vieran, y estos dijeran luego que hablabas mal de las mejicanadas, pero que ibas a escondidas a refocilarte con ellas. Y como era mejor terminar las cosas «en caliente», como habría dicho Carlitos Baylón, redondeaste mentalmente los compases finales y te dirigiste a casa de Felipe, a pesar de que eran más de las nueve de la noche. Te abrió y pasaste a su dormitorio, y dijiste: «Ya está el bolero, así que cuando quieras…». «A ver, déjame escuchar». Y allí no más,

y sin más trámite, te pusiste a cantar en voz baja el producto de tus esfuerzos, en una especie de *avant-première* un poco deslucida, claro está, por tu fea voz, la melancolía del foco y la ausencia de acompañamiento. «Bueno, pues», dijo Felipe, algo desconcertado. Luego de un momento, sin embargo, puso reparos a eso de *ahora que vengo a cantar / bajo tu ventana*, pero declaró que la música era aceptable. «¿De dónde la has pirateado?», preguntó. «De ninguna parte, porque es mía, y si lo dudas…». «No, solo pregunto». Copió el texto en una libreta y te pidió que ambos ensayaran a dúo. Y allí te oíste, pues, haciendo de bajo, en tanto que Felipe ponía una cara tan arrobada que te hizo pensar que quizá no se trataba solo de una aventura. Al cabo de media hora la versión resultó más potable, así que dijiste: «Y ahora, nos falta ensayar con tu guitarrista». «¿Qué guitarrista?». «Cómo, ¿no tienes por ahí un amigo que se maneje con las cuerdas? ¿Acaso va a ser una serenata sin acompañamiento?». «No, no tengo, así que tendremos que ir a cantar los dos solos». «¿Solos?». «Bueno, si es que quieres ver de nuevo a mi tía…». Por supuesto que querías, y no una sino muchas veces. Y como si con cada minuto que pasaba tu composición le gustara más, Felipe se dio unas vueltas por el cuarto frotándose las manos, y dijo: «El martes próximo, por la noche, Claudio, le cantamos a la Rosi, porque el viernes es su cumpleaños…». «¿Rosi?». «Así le dicen de cariño a Rosalinda». «¿Y por qué no en la víspera?». «No, porque a lo mejor su viejo hace fiesta, y si es así estarán despiertos, y la gente toda de su familia». «Ah, entonces no te van a invitar». «No, porque aún no he sido presentado». Así pues, el supuesto e inconquistable Don Juan se había enamorado, y nada menos que de la apetitosa pero antipática hija del antipatiquísimo maestro Aniceto Corrales. «Bueno», dijiste, entre contento y resignado, porque si bien te halagaba tu éxito como compositor, aunque fuera de boleros por encargo, te deprimía eso de entonar los versos sin acompañamiento, solos tú y Felipe, como solitarios canes aullando a la luna. En fin, sin más qué decir, te despediste. Sería, pues, la primera serenata de tu vida, aunque no en loor de la chica de tus sueños, ni de la belleza lejana e ideal de Elena Oyanguren. «¡Válgame Dios: qué cosas!», como habría dicho tu viejísima tía Grimanesa. Llegaste a casa cuando todos habían ya cenado, así que después de hacer lo mismo, y para tranquilidad de tu conciencia, te instalaste ante el piano y trabajaste a conciencia dos estudios completos de Czerny, además de una triple ración de escalas. Tuviste energías, después, para releer el Canto XVII de la *Ilíada*, y, como remate, te señalaste fecha y hora para visitar nuevamente a las tías de los Heros, a Fox y la tía Rosita. Mas todo eso no le valió de mucho a tu conciencia, porque soñaste con Leonor, con las señoritas de los Heros y con doña Mercedes, una tras de otra. Leonor te decía que ya no estudiaría en el Colegio del Carmen de Jauja, sino en La Oroya, y que su mamá estaba con mucha cólera contigo por andar de juerga. Tus tías, a su vez, te preguntaban, en ese modo «en eco» con que hablaban: «¿Por qué no has venido, Claudio?». «Di, ¿por qué no has venido?». Y doña Mercedes Chávarri, con rostro severísimo, y escoltada por un impasible Carlos Baylón, te sentenciaba: «Ya no vengas más, porque eres indigno de proseguir con el culto de la verdadera música». Por suerte cantaron muy temprano los gallos, de manera

que pudiste escapar a las condenatorias formas que asumía tu culpa. Y eran ya las ocho de la mañana cuando tu madre fue a recordarte: «Claudio, levántate, porque hace un tiempo lindo y tienes que ir a comprar kerosene». Y tú, con los párpados aún pesados, no tuviste fuerzas para preguntar qué relación podía haber entre un sol esplendente, tu bolero y un prosaico ir en busca de un galón de combustible.

26 de enero

Marcelina dijo: «El amaru negro está en lo hondo de la tierra, donde nace un río de aguas obscuras, como candelas también obscuras. Está allí, pero no duerme, sino que escucha. Siente toda la música que cantan y tocan los hombres y mujeres de Yanamarca, de Jauja, de Chongos. Todo lo oye: el huaynito de una pastora, el silbar de un chiuche*, el guapido de un bailante y el canto de los pajaritos y del viento. Y a veces, cuando es una música muy hermosa sale a ver al que canta y al que toca. Así es. El otro, en cambio, el que vive en las lagunas de Janchiscocha, no piensa en la música sino en la luz y los colores, y en el arco iris, porque es el amaru del día. Y por eso, porque son tan diferentes y buscan y aman cosas tan diferentes, no vuelven a chocar ni se repite la batalla del principio. Así son las cosas, pero no para siempre».*

Paso a paso, ahí en la sombra, sigues el incidente. El teniente Delmonte pregunta a la auxiliar: «¿Y el doctor Morales?». «No está». «¿Y por qué, si es día de trabajo?». «Se fue a Lima por unos días». Hay una pausa, pero el enfermo insiste: «Y ¿quién lo reemplaza». «Nadie, pero en los casos urgentes podemos llamar al doctor Pérez». «Ah, bueno…», suspira el policía. La muchacha agrega: «Pero no en el neumotórax, si es por eso que usted viene». «¿Y por qué no?». «Porque el doctor Pérez nunca lo ha hecho». «A mí me toca hoy día». «Ah». «¿Y cree usted que se puede jugar así con los pacientes?». «El doctor Morales se fue por asuntos del hospital, y si se trata de neumotórax, está Mitrídates, que sabe hacerlo». Miras, invisible, la cara del teniente, redonda y de largas pestañas, y con una expresión perpleja, muy molesta. «¡Qué sabe ese, si su ocupación es lavar muertos!». La auxiliar no responde. Delmonte se pasea colérico por la oficina. Se detiene otra vez y pregunta: «Pero, ¿cómo pueden encargar una intervención tan delicada a un cualquiera? ¿No han preparado a un enfermero?». La muchacha se aburre y dice: «Yo no sé, y en todo caso dígaselo al doctor Morales». «¡Oiga usted», la increpa Delmonte, «esto no es cosa de juego, y no me conteste así!». «Usted es el que se enoja». «Me indigno porque me toca la inyección de gas, y eso debe aplicarse en las fechas exactas, ni un día más, ni un día menos. ¿No lo sabe?». «Lo sé, pero no es asunto mío, y en todo caso Mitrídates aprendió en el Olavegoya y le ayuda al doctor Morales, y muchas veces pone la aguja él solo». «A mí no». «Usted verá». «No puedo quedarme así…». «Le repito que él se encarga, y si usted quiere verlo, está en el tópico». «En el sanatorio el responsable es un médico con mucha experiencia». «Y entonces ¿por qué no se va usted allá?», sugiere la chica, enterada sin duda de que botaron al policía. De nuevo

se pasea este y exclama: «¡Increíble! ¡Un aprendiz de barchilón a cargo del neumotórax!». Y despotrica contra Morales, contra la Beneficencia, contra Jauja: «¡Tenía que ser un hospital de cholos y de indios, a cargo de un medicastro irresponsable!». Se marcha en fin, gesticulando. Y tú vas con él, sin perder ni un detalle. Se sienta en una banca, y piensa sin duda que es imposible volver al Olavegoya, porque el rencor de García no perdona. Ni pensar, tampoco, en ponerse en manos de un médico que no haya hecho nunca la punción, porque la cosa tiene sus bemoles. Y sabe además que los plazos son improrrogables: o le insuflan el gas hoy, o se le pegarán las pleuras, y todo lo avanzado en la curación se irá al demonio. Se levanta y echa sapos y culebras. Acaba sin embargo por serenarse, y decide ir al tópico. Después de todo es obligación del hospital garantizar la aplicación del nitrógeno en las fechas prescritas. Ese hombre tendrá que hacerlo. Va, pues, y toca la puerta. Abre Mitrídates. Ese rostro suyo, pálido, tranquilo, que toma al ver quién ha llamado una expresión distante. «¿Qué quieres?», pregunta. Atónito por el tuteo y la dureza, dice Delmonte: «Me toca neumotórax». «¿Y?». «Morales tenía que aplicarme». «No está». La ira enrojece las afeitadas mejillas del cachaco, pero consigue dominarse y trata de recuperar el tono del que manda: «¡Entonces hágalo usted!». Sonríe Mitrídates y dice: «Espera ahí, entonces…», y sin más cierra la puerta. Delmonte toca otra vez con furia, pero la hoja no se abre. Temblando de cólera da vueltas por el pasillo. Pasa por allí la auxiliar, y él juraría que sonríe, que a hurtadillas sonríe, y tú sonríes también, fantasmal, porque detestas a Delmonte por lo que te han contado, y por lo que viste esa vez con Abelardo. Tan perfumado, y con sus botas de oficial y ese aire de blancón y mandamás. Odias su facha de muñeco engreído y de soplón, mas no debes amargarte, sino seguir paso a paso y dar cuenta de lo que sucede. Eso es lo que importa, y no tus sentimientos. Miras, pues, cómo se pasea de arriba a abajo, lleno de impaciencia. Y está por aporrear de nuevo la puerta, cuando esta se abre y el barchilón dice: «A ver, preciosa». Delmonte cree haber oído mal y truena: «¿Queeeeé?». «Te digo que pases, hija». «Oye muerto de hambre, ¿quieres que te mande otra vez a la sombra?». Y el cachaco está a punto de lanzar un puñetazo al insolente, e ir a quejarse luego ante su amigo el comisario Perales, pero se acuerda de su pulmón enfermo, en inminente riesgo de quedarse sin gas, y con peligro de que se reabran las cavernas. Se acuerda y se reprime. «Está bien», dice, tratando de bajar la tensión, «como tú quieras». «No», replica Mitrídates, «tú no me tuteas». «Y tú, ¿no lo haces?». «Yo sí, pero tú no». Otra vez la tentación de recurrir a los golpes y a Perales, mas también la necesidad de pasar por alto la insolencia. Después de todo ya se dio, hace un tiempo, el gusto de mandar al barchilón a la cárcel, aunque solo fuese por veinticuatro horas. Calla, pues, Delmonte, y entra. Espera de pie, en tanto que Mitrídates prepara el instrumento. Tú aprovechas, y acercas tus ojos, cual una cámara de cine, al rostro del milico: el temblor de las comisuras, la palidez verdosa, las pupilas dilatadas. Y, por otro lado, el sosiego del hombre del mortuorio, su irónica sonrisa. «Échate ahí», ordena el barchilón. Delmonte se quita parte de la ropa y muestra el tórax. ¿Cómo puede estar tuberculoso si se le ve tan rollizo? Se extiende de costado sobre la

mesa de exámenes. Al cabo de un momento Mitrídates alza la aguja, con ademán burlón, como si fuera la banderilla de un torero. «¿Listo?», pregunta. Y Delmonte mueve la cabeza en signo afirmativo, con los labios resecos. Su adversario clava de un solo golpe el acero. pero no llega a la cavidad pleural, y bien se da cuenta Delmonte, porque ya es la quinta o sexta vez que le ponen el *chaleco*, como llaman los enfermos a la intervención. Voltea la cara, sorprendido. Mitrídates sostiene la aguja en esa posición y sonríe, con sonrisa que le revuelve las entrañas al teniente. «¿Qué pasa?», pregunta. «¿No tienes miedo, preciosa?». «¡Ya no juegue usted, carajo!». «Je, je», se ríe el otro, sardónico. Y añade: «Tú sabes lo que puede pasarte, ¿no?». Delmonte guarda silencio, aterrado. «Sí, lo sabes», prosigue el barchilón, «y tienes muy presente que podrías causarte un desgarrón si tratas de zafarte, y yo diría entonces que fue un movimiento que hiciste, de puro marica, por no soportar el dolor. Eso diría, y, en todo caso, ¿qué me importa si después me echan la culpa y eres ya difunto?». «No sea usted vengativo», suplica el policía. «¿Ah no? ¿Y no me mandaste adentro cuando no hacía mucho que yo había llegado y estaba hecho un desastre?». «No lo hice por maldad, comprenda…», implora el otro. «A ver, aguanta», dice Mitrídates, y empuja un poco más la aguja, y otra vez se detiene. Mas no ha alcanzado la cavidad, no todavía. El cachaco cierra otra vez los ojos, furioso pero también despavorido. «A ver», dice Mitrídates, «¿por qué no llamas ahora a tu compinche? ¿Por qué no le pides que me meta de nuevo en chirona?». «¡Claro que lo voy a hacer!», estalla Delmonte. «¿Ah sí? Pues entonces él te sacará la aguja…». «¡No, no por favor!», chilla el teniente. «¿Cómo no? ¿No eres soldado de la patria? ¿No te han enseñado a ser muy macho?». «¡Es que usted me hace retorcer de dolor!». «¡Y de miedo, maricón, de puro miedo…!». Calla sudoroso el enfermo. Su enemigo deja allí la aguja y se seca con calma la frente. Pregunta: «¿Con cuántos has sido abusivo, polizonte? ¿No te diste cuenta de que el cholo Nemesio fue el que te birló la caja de cigarrillos? ¿Por qué tenías que echarme la culpa a mí? Y aun si yo lo hubiera hecho, ¿tenías que mandarme por eso a chirona?». No responde el milico. Y tú estás allí, muy cerca, siguiendo y escuchando lo que ambos dicen, fascinado por el miedo del cachaco y la frialdad rencorosa del expósito. Dice en fin el barchilón: «Bueno, seguiremos, aunque fuera mejor que te murieras». Y toma otra vez la aguja y presiona el émbolo con cuidado, con especial cuidado. Pero no, no ha terminado aún, porque dice: «Y ahora vas a repetir lo que te voy a decir, palabra por palabra, si no quieres quedarte ahí ensartado…». «Diga usted», responde Delmonte. «Y vas a repetir al pie de la letra, porque la aguja ya no está en su sitio, y si te mueves o te agitas, te entra el gas en una vena y estiras la pata con una embolia. ¿Has entendido?». «Sí», murmura el cachaco. «Di entonces: “Soy un maricón y un abusivo”». Y Delmonte repite, verde por la cólera y el espanto: «Soy un maricón y un abusivo». «¡Una porquería!». «Una porquería…». «¡Una verdadera porquería!». «Una verdadera porquería…». «Je, je», se ríe Mitrídates. Y agrega: «Y quéjate si quieres al bestia de Perales, pero ya sabes que tarde o temprano volverás a caer en mis manos, ya sea porque Morales se vaya otra vez de viaje, ya sea porque no haya quien te atienda si te viene una

hemoptisis, o ya sea porque te mueras y vayas a dar al mortuorio. Y si te mueres ten por seguro que envolveré en mierda tu osamenta, aunque no puedas sentir ya nada. ¿Me oíste». «Oiga, ya repetí lo que quería, así que sáqueme eso». «Te pregunté si me has oído…». «Sí, señor». Y Mitrídates se ríe de nuevo, con su risa silenciosa, y saca lentamente la aguja. Levanta la cabeza Delmonte, después de unos minutos, y ve tal expresión de odio, de un odio glacial y burlón, en los ojos de su adversario, que baja otra vez la cabeza. Se incorpora con dificultad, y se pone de pie. Se viste, en fin, adolorido, y se retira en silencio. Mitrídates cierra la puerta, se lava las manos y se sienta en la silla y enciende un cigarrillo y mira por la ventana. Mira desde allí, sin ver, todavía tenso, todavía duro. Lo observas por un rato, y te vas luego, invisible, diciéndote que así fue, que así tuvo que ser.

Te ayudó el azar, pues al dar vuelta a la esquina para dirigirte a la Plaza de Armas, viste a dos personas que ingresaban en la casa de Fox. Una era Zoraida Awapara, vistosa como siempre, y otra su amiga Eufrosina López. Pasaste de largo y optaste por renunciar a una proyectada visita al puesto de revistas de Pánfilo Cáceres, para comprobar si se trataba de una reunión convocada por el carpintero. Tuviste suerte, ya que al poco rato se asomó por la calle un pequeño grupo, en que reconociste a uno de los músicos del conjunto de Diosdado Canchapoma, al agricultor Eusebio Pérez y al peluquero Mayta, del establecimiento de Nakamoto, competidor de Palomeque. Entraron todos y no tuviste ya ninguna duda: había una asamblea. ¿Y si te colases en ella? Después de todo Fox Caro te había dicho que podías ir a su casa cuando quisieras, y él era hombre de palabra. Te animaste, pues, y fuiste a tocar a su puerta. No salió doña Juanita, por desgracia, sino Florisandro, quien te lanzó una rencorosa mirada. «¿Qué quieres?». «¿Se encuentra don Fox?». «Está muy ocupado». «Yo quería…». Se oyó la voz del anciano, que desde el interior preguntaba: «¿Quién es?». «El hijo de la vecina, la de la tapia». Hubo un silencio y el sobrino estaba a punto de darte con la hoja en las narices, cuando asomó su tío a indagar qué deseabas. «Señor», dijiste con franqueza, «¿no podría entrar yo también a la sesión?». Asombrado, el artesano dijo: «No sé cómo te has enterado, pero en todo caso se trata de una reunión privada y de gente mayor». «Pronto cumpliré dieciséis años». Vaciló un momento, y luego señaló: «Bueno, pues, pero solo por un rato». Y te hizo pasar. Sorprendido por tu éxito, te las arreglaste para ponerle una cara amistosa a su sobrino, quien por su parte no abandonó su expresión hostil. Zoraida Awapara, Eufrosina, los recién llegados, y unas siete u ocho personas más, se encontraban sentados en la habitación que le servía de gabinete al carpintero, en torno a su mesita de trabajo, sobre la cual había una jarra con agua y un vaso. Conversaban animadamente y, de momento, no parecieron notar tu presencia, excepto la viuda de don Recaredo, que te dirigió una rápida y curiosa mirada. Al cabo de un momento apareció doña Juana, Fox ocupó su sitio y todos guardaron silencio. «Nos hemos vuelto a reunir», dijo con voz pausada, «y les manifiesto una vez más con cuánta alegría los recibo, y cuánto se ve honrada esta casa con tan distinguida concurrencia». Sonrió luego, con una simplicidad opuesta a lo elaborado

de sus palabras. «Nos reunimos», prosiguió, «bajo el signo de la luz, en estos días despejados, bajo el signo por lo tanto del amanecer. ¡Reine la paz en nuestros corazones!». Todos inclinaron la cabeza y guardaron, quizá por una norma establecida, un momento de silencio. Tú pensaste en el himno, con su invocación inicial y su alabanza de la luz. Y, de otra manera, en Zoraida Awapara, en esa tarde de lluvia, cuando dejaba que el agua resbalara por sus brazos y pechos desnudos. Zoraida, la de los ojos negros y prometedores, ¿estaba realmente en su lugar ahí, entre los adeptos de Fox Caro? Este continuó, luego de un espacio: «Y si hablo de la luz, hermanos, quiero decir la del Sol, nuestro padre y padre de nuestros padres, Inti, Apu Inti. Y de la luz del firmamento, Hanan Pacha, y la de las estrellas y los luceros. Principio y fin de todas las cosas…». Miraste a uno y otro lado, pero nadie parecía sorprendido, y todos escuchaban con atención al dueño de casa, quien prosiguió después de un momento: «Se lee en el Génesis que Dios mandó que la luz fuese, y la luz fue, obra primera del Ser Supremo. Lo mismo se lee, según me he informado, en los libros sagrados de otras religiones. Invoquemos, pues, con reverencia y agradecimiento, ese principio original…». Sabías ya de la extraña y confusa prédica del carpintero, y, no obstante, te embargó otra vez la admiración. ¿De dónde sacaba esas palabras? ¿De dónde ese fervor? ¿Qué tenían que ver semejantes vuelos con la fabricación de ataúdes? Volviste la cara y te encontraste con los ojos de Florisandro, quien de pronto no parecía ya enojado. Te topaste luego con los de Eufrosina López, tan diáfanos. Comenzó en fin algo semejante a las letanías de la iglesia. Una frase inicial, a cargo de Fox, servía como invitación a una sucesión de breves intervenciones de los asistentes. Dijo el carpintero: «Luz, bien y delicia de todas las cosas…». «Amanecer de la vida y del mundo», dijo uno de los concurrentes, a quien no conocías. «Día, día sin fin…», dijo otro. «Luz que baña nuestro cuerpo y reviste nuestros pensamientos», murmuró Zoraida. «*Sonccoyman illariy cuni canchaycuni*…», dijo el de La Lira de Jauja. «Candela que nos alumbra», añadió Florisandro con beatífica sonrisa. «Y nos da abrigo, nos da calor», dijo una mujer gorda a quien veías por primera vez. «Luz, luz…», invocó uno que parecía su marido. ¿Tendrías que pronunciarte tú también? ¿Tendrías que agregar un eslabón a ese rosario? Mas nadie se acordó de ti, y fue Fox Caro quien cerró el círculo: «Luz, vida de la vida y de la muerte. *Ccallarinin, camacaynin*…». Siguió un silencio, en que pensaste en la luz primordial, en ese tiempo sin días ni noches, en que dominaban en las aguas del valle los amarus. «Hermanos», dijo luego el carpintero, «meditemos ahora en torno a otro tema de profundo significado: la vida como viaje». Hizo una pausa, una solemne pausa, y se explayó: «Viaje es el correr de los días y los meses, de los años y los siglos. Viaje es nuestro tránsito, a veces tan largo, entre el nacimiento y la agonía. Viaje es también, a través de luminosa noche, la misma muerte». Y en un tono diferente, como si cambiara de registro: «Viaja el agua entre la nube y la tierra, el río entre la nieve y el océano, el pájaro entre la rama y las alturas. Viajan los meteoros y viajan las libélulas. Viaja la luz y viaja el viento. Y el hombre, ¿qué es, sino un puro viaje?». Hubo un silencio, y continuó: «Un deambular entre el sufrimiento y la alegría, entre el llanto y

otro llanto. Y así, hasta que el fin sea como el principio, y se dé comienzo a un nuevo ciclo. *¡Puriy, purik, cay runa*!». Bebió un sorbo de agua, y anunció: «Es hora de purificarnos, hermanos…». Mas no prosiguió, porque se levantó alguien a quien no conocías, compañero al parecer del clarinetista, y dijo: «Está presente aquí un menor de edad, que no ha sido iniciado, y no puede por lo tanto tomar parte en nuestro rito». Todos se volvieron hacia ti y Fox te dirigió estas palabras: «Es verdad, hijo, así que tienes que irte, hasta que un día, si lo quieres, te iniciemos…». Asentiste con una venia, y te retirabas ya cuando él te detuvo con un gesto y añadió: «Pero antes de que te vayas, tenemos que pedirte algo…». «Diga usted, señor». «Guarda en reserva lo que has visto, porque en este pueblo hay gente intolerante». «Está bien», respondiste. «¿Lo juras?». «Sí, señor». Hiciste otra venia y saliste de la sala sin hacer ruido. Llovía. En el corredor te topaste con esa sobrina de doña Juanita, muchacha agraciada, de monillo y pollera, que se llamaba Griselda, y que no parecía ser de la cofradía. Te observó con una sonrisa y una mirada insistente. «Si quieres siéntate ahí, porque te vas a mojar», dijo. Eso fue lo que hiciste, aunque temeroso de que Fox Caro saliera y te descubriera. Te acomodaste, pues, entre unas canastas, a prudente distancia de los ataúdes. ¿Qué te retuvo? El aguacero, por supuesto, pero también la curiosidad y el deseo de escuchar, aunque solo fuese de lejos, la continuación de la ceremonia. La contradictoria esperanza, también, de pertenecer a esa especie de hermandad que integraban los asistentes, y un presentimiento, asimismo, del especial estado de espíritu que se podría lograr en esas reuniones. Y el impacto, en fin, confuso pero indudable, de la carga poética de las frases que habías escuchado, incluso en labios de gente como el clarinetista o de esa señora gorda. Te quedaste, pues, y allí te dejó la chica, pues sin duda tenía que hacer. En cierto momento llegó a tus oídos un rumor como de plegaria, al que siguió, inequívoco, un canto. Sí, un canto antecedido por un breve preludio que Fox, pues no podía ser otro, tocó en su violín, y de muy clara línea andina. En un comienzo no pudiste captar la letra, entonada por todos los asistentes, pero luego percibiste que incluía frases en castellano, alternadas con estribillos en quechua, semejantes en su tónica a las frases que habías escuchado hacía un rato. Escuchaste por un espacio, pero no pudiste quedarte hasta el fin como hubieras deseado, porque además del temor de ser sorprendido, y de un sentimiento de culpa por desobedecer el mandato de Fox, te embargó de pronto una emoción intensa, que se hizo insostenible. Te levantaste, pues, y en silencio te retiraste. No tardaría en despejarse el cielo, y asomarían algunas estrellas.

29 de enero

A la verdad, me siento diferente, casi extraño después de haber asistido, de puro aventado como diría Felipe, a la reunión en casa de Fox. Una reunión que me hace recordar, por supuesto, esas de los cristianos primitivos, a escondidas, en la película Quo Vadis. *Pero no para*

festejar el martirio ni la muerte, sino el aire, la luz, la alegría. Extraño acontecimiento en una casa toda llena de ataúdes, y de un señor como Fox, «zorro bondadoso y sabio…».

P.S. Hoy por la noche me estreno como bolerista. ¿Cómo resultará? Claudio José Alaya al pie de un balcón que no es de su Julieta, y afrontando el peligro de una feroz embestida de Aniceto Corrales, reencarnación del minotauro de Palomeque.

«Voy a casa de Felipe», dijiste, sin mencionar el motivo. «¿Tan tarde? ¿Otra vez te vas a demorar?», se sorprendió tu madre. Te ayudó Abelardo: «Es que hoy se estrena el bolero…». «¿Ahora…?». «Sí, mamá, hoy presento mi composición para la chica de mi amigo». «Je, je», intervino tía Marisa, «así que de serenata…». «¿Qué?», se asombró tu madre, a quien no le hacía ninguna gracia imaginar a su hijo de quince años andando como un jaranista cualquiera, con una botella de pisco en el bolsillo. Una vez más te auxilió tu hermano: «Deja que vaya el chico, madre, y verás que regresa temprano». «Miren qué unidos están los hermanitos, el viejo y el mozo», comentó tu tía. «Hay que comprender al jovencito». «Y no me sorprendería que, a este paso, el jovenzuelo se fabrique un boleracho en loor de otra señorita, posible nuera de mi hermana Laura, quien como toda mamá, y tratándose de estas cosas, está en la mera luna…». «¿De qué se trata y quién es esa señorita?», preguntó amoscada tu madre. Bien entendiste tú que la referencia era a Florencia Iturriaga, y también lo entendió Abelardo, pero prefirió responder a la broma con otra broma: «Tú serás la madrina de las bodas, tía, y mejor si el padrino es el señor Olave». Se rieron la tía y los sobrinos, y cedió la renuencia de tu progenitora, y pudiste finalmente partir. Tu amigo ya te esperaba, sin que por lo visto su familia se inquietara por sus excursiones nocturnas. Hubo en su habitación un nuevo ensayo a media voz, y finalmente, poco antes de las once, tú y él se dirigieron al escenario de la aventura. Todo estaba muy tranquilo en esa cuadra del jirón Ayacucho. No había luz en las ventanas, excepto en dos de las viviendas vecinas. «Tu suegro se acuesta temprano, y toda su tribu con él», comentaste. «Viejo mal carado y celoso», rezongó tu amigo. Se le veía menos seguro que de ordinario, y a cada rato miraba hacia el balcón de su Julieta. ¿Se habría acostado ella y dormiría ya, sin que le importaran galanteos ni suspirantes? ¿Se prepararía así para la fiesta a la que, por desgracia, no estaba invitado tu socio? ¿Roncaría a pierna suelta su señor padre? «Bueno, ya es hora», dijiste, aburrido por la espera y comparando sin querer la manifestación que iban a protagonizar tú y tu amigo con la serenata que dio en otros tiempos el señor de los Heros. Felipe accedió a tu insistencia, y luego de una ojeada en torno, y una prudente verificación de tonos, arrancaron ambos con aquello de *Amorcito corazón* que aunque de mano ajena, estaba bien como introducción. No hubo tropiezos mayores, y el dúo funcionó como si hubieran ensayado muchas veces. Tampoco hubo reacción perceptible de parte de los que, por estar aún despiertos, habrían oído la interpretación. Ladraron sí unos perros, y se rebulleron unas palomas en un tejado. «Ahora con lo nuestro», indicó Felipe. No te pareció adecuado el pronombre posesivo, así en

plural, pero te abstuviste de manifestarlo, y luego de unos instantes de expectación y temor, se escucharon en la calle los doloridos versos de tu producción. *Di mi amor, si mi amor correspondes / ahora que me pongo a cantar / bajo tu ventana*. Hubo una pausa, y luego atacaron ambos la segunda parte: *Deja que te diga / toda la pasión que me embarga*… Y estaban a punto de acometer la tercera, cuando se oyó abrirse una ventana y la voz de una vieja que llamaba: «¡Felipa! ¡Felipa!». Y tú y tu colega vieron atónitos que una mujer salía al balcón contiguo a la casa de los Corrales. ¿No habría dicho «Felipe»? No, porque la doña volvió a gritar, a todo pulmón: «Felipa, ¿no escuchas? ¡Sal!». Y la tal Felipa, que por lo visto existía, se asomó a su ventana luego de encender su lámpara, y preguntó también a voces: «¿Qué pasa, doña Panchita? ¿Qué sucede? ¿Le están haciendo algo a usted?». «¡No!», tronó la vieja, apuntando hacia ustedes, «¡A mí no me hacen nada, pero ahí están unos vagos que deben ser los mismos que le robaron a doña Jovita sus gallinas! ¡Esos deben ser!». «¡Auxilio!», clamó entonces Felipa. «¡Auxilio!», repitió la bruja. Ustedes no esperaron más, por supuesto, y a todo correr emprendieron las de Villadiego, y con pies tan alados que en poco tiempo estuvieron a tres cuadras del teatro de operaciones. ¿Ladrones de gallinas había dicho? ¿Confundidos con ladrones de gallinas? Asombrados todavía, y jadeantes, pero a salvo, los dos Romeos, el verdadero y el de la trova, se echaron a reír a carcajadas. Una risa nerviosa, sin embargo, porque la cosa no había estado exenta de peligro, ya que si los agarraban les daban una tanda, y encima iban a dar a la comisaría, y el taita de Rosalinda se enteraría del asunto. Pero el susto y la risa no le duraron mucho a Felipe, porque le sobrevino un gran ataque de cólera, tanto por la frustración como por lo humillante y ridículo del incidente. ¡Ladrones de gallinas! ¡Llamarse la mujer Felipa! «¿Y Rosalinda?», se te ocurrió preguntar. «Estaría dormida, y ni sabrá que hubo serenata, y menos todavía que fuimos nosotros». «Pero no te des por vencido…». «No me doy, pero me da rabia que así, por una vieja ’e mierda, todo haya sido en vano». «Al menos esa fulana se llamaba como tú…». «¿Y eso qué?». «Volveremos otra noche». «¿Para qué? Yo no quiero hacer el ridículo…». Claro que tú tampoco querías, pero no pudiste evitar otro acceso de risa. Tu amigo se alarmó: «Oye, no irás a armar un cuentacho de los tuyos con todo esto, ¿no?». «No se me había ocurrido…». «Y no se te va a ocurrir, porque tú también tienes parte en la vergüenza». «No lo haré, Felipe, y tampoco echaré a rodar unos versitos como los de Julepe». Se tranquilizó con eso el enamorado mancebo, y así, entre alternados momentos de enojo y otros de risa, y nuevas conjeturas, se fue atenuando el impacto de lo acontecido. Y al final ambos juraron no hablar con nadie al respecto, por ningún motivo, so pena de quedar en el mayor ridículo en toda la provincia. Y para mayor solemnidad del compromiso los dos invocaron como garantes a sus respectivas mamás y al Señor de los Cielos. «¡Si hablas, Claudio, te rompo la nariz!», remachó Felipe, a lo cual tú contestaste: «¡Soy yo quien debería amenazar! ¿Acaso no era mío el bolero?». «No, ya no era tuyo, porque te lo compré». «Sí, a cambio del espectáculo de tu señora tía…». Y con nuevas risas e interjecciones llegó a su fin, mucho más temprano de lo previsto, la aventura

de la serenata, y Felipe se dirigió a su casa y tú a la tuya. Hallaste por desgracia a toda la familia despierta y en torno a una mesa, en una animada partida de tresillo. «Nos pusimos a jugar», te explicó tu tía, «para ver cómo regresabas: si oliendo a aguardiente y con la nariz abollada, como temía tu mamá, o feliz de la vida y entonando tu composición, según yo calculaba». «Ya ves cómo se equivocaron, porque estoy más tranquilo que unas pascuas». «Anda, cuéntanos si la doncella salió a la ventana y encontró de su agrado tu bolero», pidió Abelardo. «No hubo doncella, ni plática ni nada, porque una vieja armó escándalo y nos puso en fuga». Y sin más, y faltando con divertida resignación a tu promesa de discreción, contaste cómo acabó la serenata. «Donde se ve», dijo Abelardo, con arcaica solemnidad, «la malandanza en que acaban muchas y muy amorosas empresas, aun las más platónicas». ¿Platónicas, había dicho? ¿No quería Felipe irse a la cama con Rosalinda? ¿Y no era por lascivos cálculos que tú habías compuesto el boleracho? «Je, je», se volvió a reír tu hermano, quien sin duda era el que menos creía en tan elevados sentimientos, y dijo: «Ven aquí, y ayúdanos a hacer de este tresillo un rocambor». «Y así seguirás los pasos de tu maestro», te dijo tu tía. «¿Qué maestro?». «Carlitos Baylón, sobrino, y profesor tuyo por afinidad». «¿Qué quieres decir?». «Bueno, que si ese trasnochado proyecto boleril fracasó, podrás incursionar ahora por los predios de la timba, tan estimados por ese caballero». La broma y su soterrado augurio no le gustaron ni un ápice a tu señora madre, quien estaba ya por protestar toda encendida, pero intervino Abelardo: «Todos los varones pasamos por una etapa de *baylonitis* en la vida, y cuanto antes, mejor. Así que paz, y arranquemos con otra vuelta…». Te echaste a reír y el enojo se le pasó a doña Laura y se pudo iniciar una partida. Pero todavía, de rato en rato, te acometían unos callados accesos de cólera seguidos por otros de risa. Y de rato en rato, también, volvían a tu mente los sentidos versos de tu bolero *Deja que te diga / toda la pasión que me embarga.…*

30 de enero

He vuelto a leer algunos de mis cuentos, que prefiero llamar historias, porque cuentos son para mí los que leía o escuchaba de niño, como los de Marcelina. Esos que trataban de gatos perversos, de zorros precavidos, de huaychaos *vanidosos y cóndores sabios. Y esos otros, terribles de veras, de condenados y cabezas voladoras, espanto de tantas noches. Y eran mitos, aunque no conocía por entonces la palabra, los relatos de los amarus.*

Marcelina, con su pollera de un rojo oscuro, la lliclla *de lana y el sombrero que no se quitaba, junto al fogón, al anochecer, cuenta que cuenta, mientras de lejos nos llegaba el rumor del Mantaro, en esas noches lluviosas. Y yo a su lado, mirando la candela.*

Por ahora, al menos, las historias que escribo, sean o no cuentos, deben distraer, deben divertir. Y de veras que me divierto y me siento feliz cuando comienzo. Ya más adelante contaré cosas quizá tristes, quizá misteriosas.

P.S. ¡Hoy a las 4 p. m. llegó un telegrama de Laurita, anunciando que llegará mañana! Hubo un gran revuelo en la familia. Mañana limpieza general según orden de mi señora madre. No puedo decir que esto le quite emoción a su llegada, pero, ¿tiene que estar la casa hecha un anís? ¿Acaso no tiene mi hermana sus ribetes de desordenada? ¿Acaso no ponía mala cara, muchas veces, cuando de barrer y cocinar se trataba? ¡Todo sea por la alegría de tenerla en casa!

Por la noche, y de puro contento salí a la calle y me encontré con la mamá de Tito, y me contó que su hijo llegó hoy por la mañana. Me dijo: «Oye, en su última carta me encargó que les dijera que siente mucho no haber ido con ustedes de cacería. ¿Quién es el que promueve esas cosas?». «Yo no», le contesté, entendiendo bien a qué se refería mi amigo. «A mí no me gusta eso de que vayan matando palomas, aunque sea con hondas», rezongó la señora, con un retintín que me puso en guardia. Y se fue, y yo me dije dejando ese tema, que lo que menos tiene doña Zoraida es de una mansa paloma.

Tu madre se dedicó desde muy temprano a un concienzudo arreglo del dormitorio de tu hermana. A ti te tocó barrer a fondo el patio, el zaguán y los corredores. Tía Marisa, no sin algunos rezongos, se encargó de la sala. Y estaban ustedes en plena faena cuando alguien tocó a la puerta de calle. Era Julepe, quien como vio la escoba que habías dejado en el patio, y advirtió el aire hacendoso que la ocasión te imponía, lanzó un «je, je» burlón e intrigado. «No puedo salir», le dijiste, «porque mi hermana llega hoy por la tarde». «¿Ah sí?», se sorprendió y alzó las cejas, de modo que fue fácil adivinar por dónde iban sus pensamientos, pero no te enojaste porque ya conocías de qué pata cojeaba. «Je, je», volvió a reírse, y con una palmadita en tu hombro y un sospechoso «hasta luego» se marchó. No pasaría media hora y ya estaría difundiendo la noticia, y pensando cómo presentarse en casa para echar una mirada a la recién llegada. Retornaste, pues, a tu tarea, pensando cómo jugarle más adelante una nueva pasada a Julio Leandro Pérez. Después, acabados los quehaceres, hubo un descanso con preguntas y conjeturas. ¿Cómo se vería Laurita después de más de un año? ¿Cuánto tiempo se quedaría? ¿Traería dibujos y pinturas? «Debe estar hecha toda una señorita», decía tu madre. «Claro, con los diecinueve años que tiene», apuntaba tía Marisa. Y por enésima vez Abelardo debió describir cómo la encontró en su visita a Lima hacía unos ocho meses: «La vi de buen porte, muy vivaz, y, en suma, convertida en una muchacha en flor». «Harías mejor en decirnos, simplemente, si está gorda o flaca, si tiene acné y qué tal le quedan los tacos…», comentó tu tía. «No tiene granos en la cara, y está delgada pero no flaca, y no la vi con tacos». «¿Y le ha vuelto ese tic cuando algo la molesta?». «¿Qué tic?». «¿No te acuerdas? Ese de bizquear…». «No, creo que no». «Ah, bueno». «Marisa, ¿no podrías ser menos prosaica?», se quejó tu madre. Y así prosiguió la conversación hasta que tu tía se encaró contigo: «Y tú, ¿por qué no dices nada?». «No, tía, no digo nada porque pienso componer una sinfonía en honor de nuestra futura pintora». Tu tía no se amoscó por la impertinencia, sino que dijo: «Como ven ustedes, a este joven se le han subido los

humos a la cabeza, sobre todo después del inspiradísimo bolero que compuso para una amada lejana». «No era mi amada, ni tampoco lejana, porque estaba durmiendo ahí arriba, tras de su balcón, mientras nosotros cantábamos». «Ya sé que no les dio pelota, pero eso no ha menguado en nada tu vanidad». No te enojaste, aunque a veces perdías los estribos, y sonreíste. Después, a mediodía, te pusiste a *chancar*, como habría dicho Felipe, uno de los más intrincados estudios de Czerny, para disipar la impaciencia. No te sirvió de mucho, sin embargo, pues tenías la mente en tu hermana, y por momentos, también, por curiosa superposición, en Leonor. Tu relación con Laurita era muy buena. Admirabas su buen humor, su desenvoltura, su talento, y pocas cosas te daban tanta alegría como recibir sus cartas, pero ahora, cuando faltaban solo unas horas para su llegada, no dejabas de sentir cierta desazón. La noche anterior, precisamente, habías soñado con ella jugando *a la pega*, como cuando tu hermana tenía once años y tú siete, pero soñaste también, oh desventura, con Domitila Quiñones, quien te llamaba con un *pst* por la calle, para averiguar cuándo llegaba, y además para que le dieras un paralé a Palomeque, que venía siguiéndola desde hacía buen rato. A la hora del almuerzo tu hermano comentó: «Dentro de muy poco comienzan los carnavales, así que, jovencito…». «No pienso andar con globos y baldes de agua, porque ya no soy mocoso…». «Deberías saber que jugar con chicas guapas tiene sus atractivos». «Y tú, ¿vas a jugar?». «Podría ser…». «¿Con Florencia?». «No necesariamente…», dijo Abelardo, a quien por lo visto le hacían gracia tus referencias a la bella. «Laurita», agregó, «ha detestado siempre ese tipo de jolgorio, pero si se queda hasta entonces, de seguro querrá bailar en un tumbamonte». «¿Con quién?». «Ese es el misterio». Y era de veras un misterio, no porque le faltasen aspirantes, que los habría por decenas, sino por las particulares preferencias de la chica. «¿Y a ti te gustaría bailar?», preguntó Abelardo. «Sí», respondiste, «pero no tanto como la jija o la *huanca-danza*». Ya por la tarde, y mientras llegaba la hora de ir a recibir a tu hermana, tu madre te reclamó para unas compras. Saliste, pues, con ella, y en el camino te cruzaste con Tito, quien muy orondo te anunció: «Mañana voy a verte». Claro, Julepe había volado con la noticia. ¿Sabían al menos qué edad tenía tu hermana? ¿La habrían visto en su visita anterior? Incluso el relojero Fukushima, a quien recurrió tu mamá para un servicio, se interesó: «Y su hijita, señora Manrique, ¿cuándo viniendo de Lima?». Sea como fuere, los minutos transcurrieron muy rápidos. Llegó así la hora de ir a la estación, y aunque hubieras deseado adelantarte, no fue posible, porque lo correcto era ir todos juntos. Y hacia allá se encaminó, pues, la familia Alaya Manrique, no sin que tu tía Marisa comentara: «Así, en corporación, solo nos faltan arpa, violín y unos cohetones…». «Mejor le hubiéramos pedido prestado el chofer y el auto a tía Rosita», sugeriste. Tu madre dejó escapar un «Ay, Jesús» motivado, claro está, por el recuerdo de Fermín Galarza, auriga del fúnebre y majestuoso Renault de la Sociedad de Beneficencia. Tu tía dijo: «No es para tanto, hermana, que el coche de tía Rosita no es el carromato de los entierros, y no hay que confundir las cosas…». Tu señora madre no celebró el chiste y Abelardo tuvo que «limar asperezas», como decimos los peruanos. Y mientras la familia proseguía la marcha, tú

tratabas de imaginar por enésima vez cómo se vería tu hermana y cómo estaría vestida. En la estación había poca gente, pero se encontraba doña María Teresa Ayarbe, hija única del único hacendado de la ciudad que podía merecer tal nombre, ya que los demás eran propietarios de meras chacras de peñas y barrancos en la puna, y casi tan pobres como ustedes. Muy bien vestida y alhajada, y seguida por un perrito blanco y lanudo, la cincuentona dama, intercambió una venia con tus parientas, y respondió con otra al saludo de Abelardo y al tuyo. No se te escapó la fugaz pero venenosa «barrida» con que observó a tu tía, autora sin duda de algún ácido comentario en relación con su persona. Abelardo te dijo en voz baja: «No somos de su simpatía, y mucho menos el recuerdo de papá, que para su familia debió ser un comunista incendiario». «¿Hizo algo contra ella?». «No, pero fue suficiente con la fama de izquierdista que tenía». El tren llegó puntual, con todo el estruendo de su locomotora de vapor, motivo de insondable pasmo en tus años de infancia. Allí estaban los dos coches de primera clase, con sus balcones, sus lámparas arcaicas, sus asientos de alto e imponente respaldo. Se detuvo y casi de inmediato apareció por una de las puertas tu hermana. No te la habías imaginado así, tan espigada, y vestida con modestia pero con gusto, y en definitiva guapa, a pesar de la cierta irregularidad de sus rasgos. Llevaba un conjunto beige que te hizo recordar a Elena Oyanguren, aunque desde luego mucho más barato. Fue una tumultuosa ronda de abrazos y besos, observada con envidia por la solterona Ayarbe, cuyo pariente, o la persona que esperaba, no llegó. Tu hermana te dijo: «Has crecido y estás un poco flaco, pero ya deben mirarte las chicas, ¿no?». La ocasión merecía un taxi, así que se tomaron los servicios del viejísimo Ford de Celedonio Pajares, por muchos años el único de la ciudad, y que lucía un papagayo pintado, nadie sabía por qué, en su parabrisas posterior. Te sentías contento, muy contento, pero también nervioso, y te fue difícil acomodarte en el vehículo. Se veía tan feliz a tu madre, y tan alegre a su hija, a pesar del viaje y de la altura, y preguntando una y otra vez cómo estaban todos. Miraba las calles y decía: «Otra vez en Jauja, ¡qué felicidad!». Tía Marisa, sentada adelante, miraba por el retrovisor, y se volvió un par de veces para comentar: «Cada vez más parecida a su padre, esta jovencita…». «Pero él era callado», dijo Abelardo, «y esta señorita no, y así es mucho mejor…». En casa hubo un revuelo semejante, con las maletas, las llaves y el alborozo de Laura Felicia por encontrarse de nuevo en el hogar. Y tanto que se olvidaron de pagar a don Celedonio, y te correspondió recordar a Abelardo la omisión, no sin que te preguntaras cómo alguien podía apellidarse Pajares y tener pintado ese pajarraco en su coche. Tu hermana fue de habitación en habitación, comenzando por la sala, e inspeccionó el jardín y el pequeño huerto anexo. Echó un vistazo al nuevo muro, aún inconcluso, que separaba la propiedad de la de Fox Caro, y de cuyos avatares ya estaba enterada. Volvió a la sala y se detuvo ante el piano. «Es como si hubiera estado lejos muchos años», comentó. En cierto momento se volvió hacia ti y señaló: «Oye, no tienes ya los feos gallos que todavía te salían la vez pasada». «No, no», dijiste, «pero tampoco tendré una buena voz». «Es un don que muy pocos tienen». Tú pensaste en la injusticia de que Carlitos Baylón hubiese recibido tal

regalo de los dioses, y tú no, pero te callaste. Y si tu hermana te miraba y remiraba, tú hacías lo mismo, sorprendido aún por la figura que había tomado, y por ese aire tranquilo, seguro, que tanto hubieras querido tener. Vino después el momento de los obsequios. Un chal para tu mamá, una blusa para tía Marisa, ambos confeccionados por la muchacha, un libro y una corbata para Abelardo, y un gorro y un par de partituras para ti. Te apresuraste a examinarlas, y viste que eran una sonatina de Haydn y un *Improptu* de Schubert. «Abelardo me ha dicho que has avanzado mucho en el piano, y ojalá te gusten estas obras, que me aconsejaron en el establecimiento del señor Brandes». «Me parece un regalo estupendo y mil gracias». «Tú serás», dijo, «lo que mamá deseaba, y que yo y Abelardo no hemos sido nunca, por falta de condiciones. Es decir, un músico…». «Tú serás pintora, y eso me basta», intervino tu madre, que había oído sus palabras. «Mamá, no olvides que lo más probable es que solo sea una modesta profesora de dibujo…». «Serás profesora, pero también algo más…». Terció tu tía: «Serás pintora, profesora y una joven muy guapa, con lo cual no tardará en echarte el ojo alguien, y ojalá que sea riquísimo». Laurita respondió riendo: «Ay, tía, tú no cambias…». A ti no te gustó mucho la broma, e ibas a decir que, en todo caso, tu hermana no se quedaría soltera, pero Abelardo desvió la atención señalando: «Entonces, por razones de simetría, y por su talento musical e inventivo, no faltará una viuda que le eche el ojo a este joven». Paraste las orejas, por supuesto, pues no sabías si con eso se aludía a la viuda de Ramos, y qué se quería decir con lo de «talento inventivo». «Si la viuda es joven, guapa y rica, no me niego», contestaste, al cabo de unos instantes. «En todo caso, que sea dentro de diez años, y que la viuda no tenga hijos», apuntó con dulzura tu madre. «Dejemos su casorio y el mío para otra ocasión», propuso Laurita, y refiriéndose al piano, te dijo: «Te escucharé más adelante, pues ahora quisiera descansar un poco». Y se retiró a su habitación. Abelardo, por su parte, se fue a la biblioteca con más de una hora de retraso. Tú examinaste las partituras que te había obsequiado tu hermana, y ensayaste en el piano algunos compases, pero te sentías tan excitado que optaste por salir a dar una vuelta. No tuviste mucha suerte, sin embargo, porque en la primera esquina te diste a boca de jarro con la vieja Domitila, nada menos, a quien no le hizo ninguna gracia tu «Buenas tardes, señora». «¡Señora no, sino señorita, y a mucha honra!», exclamó. Y te miró de arriba a abajo, y con una mueca reanudó la marcha. Te quedaste de una pieza, entre otras razones porque no entendías cómo alguien podía sentirse a esa edad orgulloso de su soltería. Allá se fue la beata, a grandes y whartonianas zancadas, como si corriera peligro su celibato a manos de Palomeque. Cuán poco le habría gustado escuchar lo que contaba Mitrídates, con eso de que se levantaba la falda y orinaba de pie junto a un poste. No valía la pena que el percance te echase a perder el día, así que te dirigiste a la plaza, y allí tuviste mejor fortuna, porque te cruzaste con Zoraida Awapara. Sería ya madura, desde el punto de vista de la aritmética, pero se veía tan fresca, casi juvenil. Ella, que de todo se percataba, se dio cuenta de que la mirabas embobado, y ya sea porque estuviese de buen humor, o porque le picase la coquetería, te miró también de pies a cabeza, sonrió, y luego de una venia

en respuesta a tu saludo, siguió su camino. ¡Si hubiera sabido que la habías visto casi desnuda! Comenzaba a obscurecer, así que regresaste a casa, y todavía sorprendido por tan dispar y doble encuentro, ayudaste a tu madre a alistar la cena. Una cena ligera, que tuvo que realizarse a la luz de unas velas, porque hubo interrupción en el suministro de corriente eléctrica, y que por eso resultó más íntima. Quizá fue una ilusión, pero habrías asegurado que en esa claridad Laurita se veía más delgada, y más finas sus facciones, con ese toque andino que tanto apreciabas. Más adelante podría tener, si la ayudaba la suerte, la distinción de Elena Oyanguren, sin perder por ello su encanto natural, tan semejante al de Leonor. En el curso de la cena se habló de muchas cosas. Tu hermana se refirió a la vida en casa de los tíos, tan apacible, y en la cual tenía no solo la condición de sobrina de la dueña de casa, sino también de asistente, consejera y animadora. Ayudaba en el bazar de la familia, y sabía ya de lápices, papeles, cuadernos, regalos y otras cosas que allí se vendían. «Se llama bazar-librería Los Andes, pero casi no tiene libros, y tampoco nada de andino», precisó. «Al menos el nombre, en esa calle de Barranco…», anotó Abelardo. Ella pasó a hablar de sus clases en la Escuela. Mencionó cursos, trabajos, materiales, nombres de profesores, técnicas, todo lo cual sonó incomprensible a tus oídos. Tu hermano era el que más preguntaba, como es lógico, y era a quien se dirigía la mayoría de las explicaciones. Quizá tu madre se sentía corta, pero en cierto momento pidió: «¿No has traído un dibujo, una acuarela, que podamos ver?». «Sí, por supuesto, pero preferiría mostrarlos de día». «Entonces mañana, antes del almuerzo», propuso Abelardo. «Yo quisiera ahora mismo, pero qué se le va a hacer, esperaremos hasta mañana», dijiste. Tu tía, por su parte, se mostró muy atenta, formuló varias preguntas y se interesó en los cursos de pedagogía de las artes visuales. Tú guardaste silencio, excepto cuando tu hermana habló, muy al pasar, de la asignatura de Historia del Arte, y preguntaste entonces: «¿Y han estudiado allí el arte de Troya?». «No, y no creo que haya un capítulo al respecto…», contestó. Y añadió: «Ah, ya me acuerdo que andas leyendo la *Ilíada*, y será por eso que…». «Este joven va en camino de convertirse en helenista, si no me equivoco en el nombre, y en tal caso me corregirá Abelardo», bromeó tu tía. «No, tía, es el término correcto». «¿Ves Laurita lo conveniente que es tener un sobrino historiador, otro artista y un tercero músico, además de helenista y fabulador?». «¿Fabulador?». «Sí, porque andas colgando historias a la gente, incluso a tus amigos y parientes. Y si no, echemos una mirada a tus libretas». Ibas a protestar, pero ella agregó: «Y que lo diga también Julepe, con el cuento del heliotropo, y que lo digan don Fox y las “tías locas”, pues sospecho que vas armando con todos no sé qué cosas…». «¡No las vuelvas a llamar “locas”!», reclamaste. «Bueno, tienes razón, diré “nuestras tías”, pero en lo demás, me ratifico, como dicen los tinterillos». «Y no es verdad que ande inventado cosas a costa de ellas ni de Fox, y menos que me burle…». «No he dicho eso, pero admite que los vas convirtiendo en seres misteriosos y novelescos…». Abelardo intervino, conciliador: «Digamos que este joven tiene una gran facilidad para captar el lado singular de las personas, y que por eso…». «Un momento, sobrino, que yo no he dicho que sea un defecto, y menos que el chico lo

haga con mala intención, así que no he cometido ninguna injusticia». «A mí me parece muy bien tener una facilidad como esa», anotó Laurita, «y no veo razón para molestarse». «Yo no me molesto, hermana». «Ni yo tampoco», dijo tu tía, «y solo me referí a que Claudio, ¿cómo diré…?». «¿Que deja correr la imaginación, a la vista de ciertos rasgos, de ciertas peculiaridades, como las de esas personas…?», preguntó tu hermano. «Es lo que quise decir, y te felicito por tu perspicacia…». «Bueno», interviniste, «aclárenme eso de "helenista", y si tiene que ver con el estudio de las Elenas, porque en este caso está allí Elena de Troya, y yo…». Abelardo se echó a reír, y lo mismo tu tía, pensando ambos en la otra Elena, más próxima y real por supuesto que la hija de Zeus y de Leda. «Sí», dijo tu tía, «ya sé que si fuera por eso, hoy mismo te dedicarías al helenismo, y no solo tú». «Pero no es así», prosiguió tu hermano, «pues la palabra se refiere al estudio de la Grecia Clásica». «En ese caso», completó Laurita, «habrá un capítulo sobre Elena la troyana, pero no sobre las demás que hay el mundo, incluida nuestra Jauja». «Elena no era de Troya», aclaraste con una sonrisa, porque en el fondo te agradaba que todos supieran que eras un resuelto admirador de la más hermosa mujer que vio la sierra del Perú. La plática derivó después hacia otros temas, y muy en especial hacia los acontecimientos más recientes en Jauja. Se comentaron también las incidencias de la investigación del asesinato del director de *La Prensa* en Lima, tema que también te interesaba. Escuchaste por un rato la charla, pero luego te dejaste llevar por tus pensamientos. Y en ellos surgió otra vez el rostro interrogativo, tímido, de Leonor. Y si estuviera sentada con ustedes, ¿qué diría? Y se servía ya el té cuando retornó la corriente y la sobremesa se realizó en la sala, animada por un vino dulce, muy especial, que Abelardo había conseguido. Luego las damas se retiraron a charlar al dormitorio de tu madre, mientras tú y tu hermano se ponían a revisar los obsequios recibidos. El libro resultó ser una edición de *Trilce*, de César Vallejo, que Laurita había encontrado entre los pocos y arrinconados volúmenes del bazar de los tíos. Abelardo, bibliófilo en cierne, saludó alborozado el presente, y te recordó quién era el autor, algunos de cuyos poemas de *Los heraldos negros* eran recitados a veces en el colegio. Te leyó, emocionado, los versos que decían: *Cielos de puna descorazonada / por gran amor, los cielos de platino, torvos / de imposible*. Y después: *Basta la mañana de libres crinejas / de brea preciosa, serrana*… Y dijo: «No son fáciles, qué va, pero ¡tienen tal fuerza…!». Tú no entendiste el poema, pero te gustó mucho aquello de *cielos de platino, torvos*… Y tu hermano leyó todavía otros más, que tampoco comprendiste, pero que también te impresionaron mucho. «No me imaginé nunca que Laurita me trajera algo como esto», comentó. Después ella contaría que había escuchado a unos amigos de su Escuela hablar de *Trilce*, y que como luego vio el ejemplar en la tienda, lo separó pensando en Abelardo. Tú, por tu parte, volviste a hojear la sonatina de Haydn y la pequeña pieza de Schubert. Y, llevado por tu entusiasmo, te pusiste a tararear la melodía, hasta que tu hermano se rio y dijo: «No tenemos suerte, jovencito, porque los dioses no nos dieron el don de una hermosa voz…». «Ya lo sé», y otra vez te acordaste con cólera de Carlitos Baylón, quien por supuesto no tenía ninguna culpa. Abelardo también pensó

en él, porque dijo: «¿Sabías que a Baylón le dicen “alacrán”?». «Lo sé», y te echaste a reír, porque su apariencia tenía de veras algo de ese animal, por lo flaco, la cara huesuda y la nariz y la barbilla puntiagudas. «No seamos envidiosos», dijo tu hermano, «y dejemos en paz a ese caballero». «Oye, ¿y por qué no me cuentas esos chistes que le has colgado a Domitila Quiñones?». «¿Yo?». «Sí, tú…». «No, hermano, y no por mojigatería, sino porque aún no me acostumbro a la edad que tienes. Más adelante…». «Pero sí le cuentas a Laurita…». «Ella tiene ya casi veinte años». «¿Y?». «Más adelante…». «En todo caso», dejaste constancia, «no soy el único que inventa historias en esta casa…». Tu hermano se rio y siguió hojeando el volumen. Tú te fuiste a tu cuarto, y por largo rato evocaste la faz sonriente, feliz, de tu hermana.

Al día siguiente Laurita se levantó tarde, y solo tú la acompañaste en el desayuno. La charla derivó hacia las pasadas fiestas del 20 de enero, y los carnavales, ya tan próximos. «¿Y vas a bailar tumbamonte?», le preguntaste. «No», contestó, «porque tengo que ir con tía Eloísa a Churín, como ya le dije a mamá, y no podré quedarme. Pero, ¡me gustaría tanto!». «¿Ya lo sabe, entonces?». «Sí, anoche se lo dije». «¿Y cómo lo tomó?». «Se apenó mucho, pero no puedo hacer otra cosa». «A mí también me da pena. Hubiera sido tan bonito ir contigo a la romería a Paca, el Jueves de Comadres…». «Sí», dijo tu hermana, «pero yo no soy devota del Señor de Limpias, ni me gusta jugar con agua y ortiga, como allí es costumbre». «¿Y a tus amigas?». «A ellas sí, pero a mí no». Y habló luego de esas jóvenes, y de sus amistades de Lima. Y así, hasta que acabó y dijo: «Y ahora, jovencito, tomaré en la sala una segunda taza de café, mientras te escucho…». Era el momento que más aguardabas, tanto por el afán de lucirte ante tu hermana, como por escuchar su opinión, aun a sabiendas de que ella no conocía mucho de música. Ella se instaló en una de las mecedoras y tú en el taburete. ¿Qué tocarías? Decidiste que lo mejor y más adecuado era comenzar con tu versión del pasacalle que habías escuchado al arpista apurimeño en Yauyos. Esa nítida melodía, sostenida por las notas con que te esforzaste en recrear el acompañamiento del arpa. Tocaste con timidez, con mucha timidez. Tu hermana se sintió sorprendida, pues no era eso lo que esperaba. «A ver, de nuevo…», pidió. Y tú volviste a esa línea que tanto te había impresionado, y seguiste con un intermedio en *andante*, que correspondía al momento en que los disfrazados dejan de bailar, para volver después a los compases iniciales. «No imaginé que tocarías algo semejante», dijo Laurita. «Yo mismo recogí esa música en la fiesta del 20 y la adapté al piano, y quería que tú la escucharas antes que nadie, incluso antes que mamá». «Eso está muy bien, y mil gracias». Y estabas a punto de romper tu reserva y contarle que habías hallado un bello canto religioso andino entre los papeles del abuelo, y comenzado a trabajar en su versión al piano, pero te contuviste. No, tenía que ser una sorpresa. Tu hermana quiso saber: «Pero ¿y la música que tú y mamá recogen?». «Ella está más ocupada que antes, y no es mucho lo que hemos hecho». «¿Quiere decir eso que tampoco se da tiempo para practicar como antes?». «Así es, por desgracia». «Pero ¿no será también que pierde poco a poco interés?».

«No sé, quizás…». «Haz lo posible, Claudio, para que no deje el piano, porque a fin de cuentas es la única distracción que tiene». «Lo sé, y eso es lo que me dijo también Abelardo. Por eso me ofrecí para trabajar en las vacaciones, para que no tenga que dedicar tanto tiempo a la costura, pero él dijo que es muy difícil conseguir empleo en esta época, y además ella no quiso. Lo que hago es ayudar en todo lo que puedo en la casa». «Oye, ¿de veras?». «Sí, aunque no me guste». Hubo un silencio, y luego tu hermana preguntó: «¿Y cómo te va con la señora Mercedes Chávarri?». «Tengo que darle duro al Método de Lemoine y a Czerny, pero no por eso he dejado lo que me gusta». «¿Y ese *allegro* de una sonata de Mozart, de que me hablabas en una carta?». «¿Quieres escucharlo?». «Sí». «A ver cómo resulta…». Y luego de unos instantes de concentración, y sin acudir a la partitura, iniciaste esa música tan diferente. En el marco de tus modestas posibilidades, fue una interpretación fluida y diáfana. Después, sin previo aviso, iniciaste el tercer preludio del *Clave bien temperado*, en el que habías trabajado con mucha atención la semana anterior. Al terminar te volviste hacia tu hermana. Le brillaban los ojos y aplaudió con alborozo. «¡Muy bien, Claudio! ¡Muy bien!». Y se explicó: «No entiendo de música, pero me pareció que, para el tiempo que vienes estudiando, está realmente muy bien. Te diré sí que a mí me gustó más el pasacalle, porque es nuestro. Sin duda el piano no es el instrumento más adecuado, pero me encantó». Y se levantó y te dio un sonoro beso. Se oyeron entonces otros aplausos en la sala, que provenían de tía Marisa. «¿Tú, tía?», te asombraste, porque no la habías oído llegar, y porque en ella eran muy raras las manifestaciones de ese género. «Yo, sobrino», contestó riendo, «y como muestra de mi aprecio por tu arte, voy a servir un refresco en el patio». Y los tres se sentaron allí, en torno a la mesita, y después se unió a ustedes tu madre, que regresaba del mercado. Laura hija comenzó a preguntar por los parientes y amigos de la familia, y por las principales novedades del pueblo, entablándose una animada charla. Con cuánta naturalidad se expresaba. Al cabo de un rato las dos señoras se retiraron, pues tenían que hacer, y te quedaste otra vez solo con tu hermana. «¿Podríamos ver ya tus dibujos?». «Mamá y Abelardo no quisieron esperar, y los vieron esta mañana, temprano, en mi cuarto». «¿No estabas en cama?». «Sí, pero no quisieron esperar». «Pero ¿y yo?». «Un momento, por favor, porque tengo frío y quiero calentarme aquí en el sol». La conversación enrumbó entonces hacia otros temas, el primero de los cuales fue, como era de esperar, el de las tías de los Heros. «Por lo que sé», dijo Laurita, «estás muy interesado en ellas…». «Así es». «A ver, cuéntame». «Bueno, son unas ancianas muy especiales, que hablan de una manera rara, como en dúo. A la vista se nota que fueron muy guapas cuando jóvenes, sobre todo mi tía Euristela. Se diría que viven aún en el pasado, y me hablan de él a pocos, como en destellos, que lo dejan a uno pensativo». Tu hermana pareció no entender, así que añadiste: «Así es, Lauri, y lo verás cuando las visites y repares tú también en su soledad, en su desamparo». «Yo las he visitado cuando era colegiala, y después, cuando venía de vacaciones, pero no me causaron una impresión como esa, porque hablaban más bien de sus reumas, de la carestía de la vida, de los parientes que ya no se

acordaban de ellas…». «Es lo que sucede con mamá y con tía Marisa, y hasta con Abelardo, pero conmigo es diferente…». «¿Por qué?». «Quizá porque saben que me gusta la música, que toco el piano, que me interesan los huaynos y yaravíes». «¿Solo por eso?». «Y tal vez adivinan, también, esa fascinación que me producen». Laurita se quedó en silencio, no muy convencida. Dijo luego: «Siempre me acuerdo de su casa, con sus paredes blancas, los pisos de ladrillo, el patio empedrado y con macetas de flores, los poyos, todo tan limpio». «Las macetas están hoy casi abandonadas, no hay los adornos de otros tiempos, y todo se ve pobre, descuidado…». «En todo caso, está muy bien que las visites». «Son unas ancianas tan extrañas…». Tu hermana cambió de tema y quiso saber: «¿Y Elena, la *troyana*?». «Yo no la llamo así, pero es tan guapa y se viste tan bien…». «¿Enamorado?». «Sin ninguna esperanza…». «Mucha mujer para un galán tan joven». «Así es», concediste, en gesto que la hizo reír. Preguntó luego por tus amigos. «Ya los conoces», contestaste, «y no me llamaría la atención que se presentasen de un momento a otro, de puro curiosos». «¿Ya se recuperó Julepe de la historia del heliotropo?». «Pone cara de no acordarse». «Pero ¿cómo se te ocurrió?». «Oh, pensando en lo codicioso que es, y en lo pedante y estrambótico de Palomeque…». «Y ¿así nomás enviaste a tu amigo a la peluquería, y echaste a rodar el cuento?». «Sí». «No creo que fuera muy propio de la amistad hacer eso, ¿eh?». «No, pues», respondiste con aire contrito. «¡Hipocritón!». Laurita contempló la mañana, tan clara. Mudó una vez más de tema y dijo: «Me gustó mucho el cuento que me enviaste, con ese humor tan raro». «¿Ah sí?». «Algo bien contado, tratándose de un principiante». «No sé si Teodorico pensaría lo mismo». «No creo, si pudiera hacerlo, y tampoco lo haría ese Oliverio Planas». «Después de todo, y considerando lo que pasé en los rezos de la cuaresma pasada, no dejé mal parada a la tía Grimanesa». «¿Y cuántas otras historias has inventado a costa suya?». «Es la única». «¿Y con otra gente conocida?». «Tengo algunas, que he comenzado a apuntar en mis libretas…». Tu hermana reflexionó un momento, y continuó: «¿A qué llamas apuntar?». «A tomar notas para no olvidarme, y también para divertirme». «¿Son todas invenciones humorísticas…?». «Bueno, la mayoría», respondiste cauteloso. Laurita insistió: «¿Y qué vas a hacer con ellas?». «Me servirán para escribir más adelante relatos de verdad». «¿De verdad?». «Quiero decir corregidos, bien hechos». Tu hermana inquirió: «Y nosotros, aquí en la familia, ¿somos también personajes…?». «No, por supuesto que no…». «Y, ¿qué es lo que piensa Abelardo?». «Solo le he mostrado una que otra cosa». «¿Por qué?». «Será quizá porque tengo un poco de temor de su opinión». «Lo cual, por lo visto, no pasa conmigo». «Es que él es mayor». «Yo también, pues te llevo unos cuatro años». «Contigo hemos jugado; con él no». «¿Y ha leído el cuento del loro y de tía Grimanesa?». «No, todavía no». Tu hermana guardó silencio, y prosiguió: «Y ¿has escrito obras de pura imaginación?». «No entiendo». «Quiero decir relatos en que todo es invención tuya». «Sí, unos dos o tres, pero no los he terminado…». «Ojalá me los enseñes». «Bueno, Laurita, pero ya es hora de ver tus dibujos, ¿no?». «¿Y mamá y tía Marisa saben que escribes?». «Sí, pero creen que lo hago solo por divertirme, y no me preguntan».

«Ah». «Y ahora, ¿veré tus dibujos?». Laurita sonrió y dijo: «Ahorita». Se la veía tan tranquila, tan gentil. Se levantó, en fin, y fue en busca del cartapacio en que los tenía. Te mostró en primer término un boceto al carbón, con el rostro de un campesino muy parecido al anciano comunero que compartió con ustedes la parcela de Ataura. Un rostro de recios y someros rasgos. Después un paisaje en que se veían las cumbres nevadas de Lasuntay, desde la margen derecha del río Mantaro, mucho más próximas que en la realidad, y con tapias y tejados en primer plano. Algunos estudios, luego, de agaves y quinhuales. Y, en fin, varias acuarelas con flores silvestres de puna y de quebrada. Realizaciones que exhibían todas esa misma búsqueda de formas delicadas y colorido luminoso. Volverías a examinarlas otras veces, a lo largo del año, pues se quedaron en casa, y retendrías la observación que Abelardo formuló en algún momento, en el sentido de que en ellas había ya, incipiente, un estilo. «¿Qué te parecen?», preguntó tu hermana, sorprendida por tu silencio. «Yo no sé de pintura», respondiste, «y en todo caso menos que tú de música, pero me parece todo tan claro, tan fresco, tan lleno de vida…». «¿Sí…?». «No encuentro las palabras exactas, al menos por ahora, pero me gustan mucho». Volvió en ese momento tía Marisa, y se puso a examinar ella también los dibujos. «Seré una ignorante», dijo, «y mi opinión no valdrá nada, pero a mí me parecen estupendos, y tanto que esta niña no se irá sin acompañarme antes a Paca, porque ahí hay unos sitios lindísimos, que merecen que los pinte». Tú ibas a objetar que tu hermana no era una cámara fotográfica, pero Laurita te quitó las ganas de ser irónico, diciendo: «Lo haré de mil amores, tía, si nos alcanza el tiempo…». Llegó en eso Abelardo en compañía de tu madre, y hubo nuevas preguntas y comentarios. «Lo que más aprecio», dijo tu hermano, «es ese modo elíptico de recoger lo esencial de rostros, paisajes y flores, y de captar su espíritu, a pesar de defectos e imperfecciones, que sin duda hay todavía…». Todos pusieron cara de no haber entendido, en tanto que tú preguntabas: «¿Elíptico…?». Y tu hermano tuvo que explicar ese adjetivo, y hacer más claro lo que había dicho, dando ocasión para que tía Marisa dijera: «¿Por qué tienes que hablar en difícil?». Hubo consenso, sin embargo, cuando el futuro historiador explicó mejor sus puntos de vista, no sin antes reiterar que él tampoco era un entendido. «Aun así, ¿por qué no decir lo que se piensa?», dijo Laurita. Y así acabó la plática, y mientras las señoras se dirigían a sus quehaceres, tú acompañaste a tu hermana a su habitación. Y procedía a guardar sus obras, cuando advirtió: «Oh, ya me parecía que se había quedado algo aquí». Y en efecto, tomó una hoja y te la mostró. Era un autorretrato al carbón. Se veía allí su rostro de tres cuartos, en penumbra, y en una forma que acentuaba, sin que pudieras decir cómo, los rasgos andinos de su cara. Te impresionó esa seriedad, y más aun los ojos que se volvían a mirar, intensos, al contemplador. «Es como si allí, en ese rostro», dijiste, «hubieras puesto lo que realmente eres». «¿Qué juego de palabras es ese?». «Es confuso, pero lo siento así». «En otras palabras, ves mejor lo que soy en este retrato, que en mí misma…». «Sí, eso es». «Uno nunca sabe», dijo ella, enigmática, y guardó el cartapacio. «¿Vas a pintar aquí en

casa?». «Tengo pensado un paisaje, en el jardín, mirando hacia los cerros del norte, que desde allí se divisan». «¿Cuándo lo harás?». «Una de estas mañanas, hermano».

31 de enero

Me acuerdo que de niño fastidiaba a Laurita, y ella no perdía así nomás la paciencia, pero si eso pasaba, ¡cómo le relampagueaban los ojos! Y con dos gritos me ponía en mi sitio. A la verdad le tenía más miedo a ella que a Laura madre, quien si me daba un par de coscorrones andaba después tan dolida que me causaba pena. Y es cierto, mi hermana no dice las ironías que tía Marisa, pero no por eso deja de tener una labia temible cuando se amarga.

Pero era buena, y hasta aceptaba jugar cuando tenía ya catorce años y son otras las preocupaciones de las chicas. Mas no siempre lo hacía de mujer, y me acuerdo así que una vez, después de ver una película de romanos, Quo Vadis*, se empeñó en formar parte de unas «cuadrigas», y asumió el papel de guerrera, de modo que no me quedó más remedio que ser su caballo. Ya entonces, pues, tenía algo de Atenea, y qué bien manejaba las «riendas», y por supuesto que triunfaba en todas las carreras.*

Y antes, mucho antes, corríamos los dos detrás de los caballos en las trillas de Ataura, y Lauri no terminaba hasta causar un desbarajuste que ponía de muy mal humor a don Alberto y a mi madre. Pero también, por esa misma época, se sentaba a jugar con Catalina, con Alfonso, con Soledad, conmigo, y merendábamos con los peones, y cantábamos después huaynos. Con qué gusto lo hacía. Y al anochecer, cuando yo me quedaba a dormir en la era, porfiaba en que ella también podía hacerlo, y era difícil convencerla de que eso era peligroso.

Y años más tarde, cuando la vi con su primer pretendiente en la calle, y quise sacarle un par de golosinas a cambio de mi silencio, me desafió a contarle todo a mi madre, y encima me gritó de lo lindo. No me quedaron ganas de repetir el intento.

Me acuerdo de todo eso, y, por momentos me cuesta trabajo acostumbrarme a la muchacha que veo ahora.

Por la noche

Se la ve muy tranquila, muy segura, y sin embargo, no sé por qué, me hace pensar en Marina Túpac Roca, con los ojos negros y bellísimos que tenía, según dicen. Voluntariosa como es mi hermana, ¿no tendrá algo de la desafiante valentía con que aquella enfrentaría su destino?

¡A veces se me ocurren tales cosas…!

Ese domingo nadie te despertó, como era costumbre, para que acompañaras a tu madre al mercado. Te levantaste y el comedor se hallaba desierto. Tu tía estaba en la cocina. «¿Y Laura, mamá…?». «No están». «¿Se fueron a misa?». «No creo, porque según Abelardo tu hermana se ha vuelto, como él, agnóstica». «¿Qué?». «Agnóstica, palabra que, según me ha explicado mi

docto sobrino, se refiere a quienes piensan que no se puede saber nada con respecto a Dios, y ni siquiera si existe…». Impresionado por el término, apenas si murmuraste: «Entonces se habrán ido de compras…». Y así era, en efecto, pues al cabo de un buen rato volvieron ambas con las canastas repletas. Laurita se veía radiante, en esa mañana también radiante. «Hola, músico», dijo, y te besó en la mejilla. Y tú, que detestabas el mercado por la tediosa rutina que implicaba, viste cómo tu hermana desplegaba muy contenta sobre la mesa un gran montón de choclos, zanahorias, lechugas, papas, ocas, tomates, mashuas, cebollas. Y aun más alborozada puso a un lado toronjas, papayas y naranjas de Chanchamayo. «¡Hay aquí tanta vida!», dijo. «Este martes», informó tu madre, «le ofreceré una cena especial a mi hija, así que hemos comprado muchas cosas, y si falta algo volveré a la plaza con Claudio». «Tengo un profesor, y magnífico pintor, Félix Oliva, quien me ha enseñado a ver toda la luz y la alegría que hay en estas cosas», dijo tu hermana. Y en efecto, si se miraba bien, era verdad. «Pero es tan aburrido ir al mercado», te quejaste… «Y de cola en cola, si se trata de arroz o de azúcar, por obra y gracia de los apristas», rezongó tu tía Marisa. «Lo sé yo, más que nadie», apuntaste, porque eras tú, en efecto, quien se encargaba de adquirir esos artículos. Y te retirabas con intención de ir a dar una vuelta por Santa Isabel, pero tu hermana te llamó: «Claudio, acompáñame a dar un paseo por la feria». ¿Cómo negarte? Al poco rato caminabas con ella, vestida con una chompa blanca y falda roja que le sentaban muy bien, por el jirón Grau. «¿Y qué vamos a hacer? ¿Pasear solamente?». «Y mirar, mirar mucho, con la vista muy despierta». Y allá ibas, desconcertado, y con la vaga sensación de que por primera vez abrías así los ojos. Notaste que muchas caras se volteaban para mirar a tu hermana. Ella, con esa tranquilidad que algunos habrían llamado aplomo, no se incomodó en absoluto, y hasta se divertía por la curiosidad que suscitaba. Te sentías orgulloso y disfrutabas de antemano ante la cara que pondrían tus socios, los que, curiosamente, y en contra de tus previsiones, aún no habían asomado la nariz. La primera facha conocida con que se toparon fue por desgracia la de Florisandro, quien miró de soslayo y de pies a cabeza a Laurita. Después fue Rosalinda, quien escoltaba a su señora mamá, y que apenas si reparó en ti, pero lanzó la más escrutadora ojeada a tu hermana. El cura Wharton, en tercer lugar, que salió de una tienda y pasó a tu lado y detuvo por un instante sus pupilas en la faz nueva con que se cruzaba, y tanto que no advirtió que tú, miserable réprobo, estabas con ella. «¿Wharton, no?», preguntó Laurita. «Sí, el cura». Tu hermana reparó en el tono rencoroso de tu respuesta, pero no dijo nada. Dieron una vuelta por la plaza, subieron a la glorieta, y después enrumbaron por el jirón Bolognesi. Por allí se mostró de pronto la facha hirsuta de Julio Leandro Pérez, cargando un talego de papas. Un pasmo súbito, inmenso, afloró a su semblante cuando vio que tenía ante sí a su amigo Claudio y a su recién llegada hermana. Se las arregló, sin embargo, para farfullar un «hola» al tiempo que le dedicaba una temerosa mirada. Apresuró el paso, luego, y se escabulló por la primera esquina. «Es Julepe», dijiste. «¿Julepe? Y, ¿tanto se ha asustado?». «Creo que lo intimidas». La chica se rio, acordándose de la historia del heliotropo. ¿Qué hubiera dicho si hubiera sabido el lance en la

tapia de Zoraida Awapara, con los arrestos del mancebo que acababa de escurrirse de esa manera? «Vamos a Santa Isabel», pidió tu hermana. Fueron por el lado en que se vendían ollas y cántaros, sin nada notable que admirar, excepto el cálido color de la arcilla de Aco. La atención de Laurita fue atraída más bien por un puesto donde se exhibía bajo un toldo una gran variedad de mantas. *Wishkatas* de Jauja, con sus típicas y rotundas listas de rojo, violeta, azul cobalto, verde, amarillo, que no se veían en las mantas de Huancayo, más trabajadas, es verdad, con sus delicados *cachus*, pero por eso mismo menos intensas. «¡Oh, qué lindas!», se extasió una vez más tu hermana, y comenzó a mirarlas y tocarlas con gran complacencia de la dueña, que se imaginó una buena venta. No se figuró en cambio que la joven supiera tanto de colores, de anilinas, de procedimientos de teñido y de acabado, incluso los más artesanales. Se entabló, pues, una animada charla, que tú escuchaste a medias, pues a cada rato volvías los ojos hacia el sitio por donde llegaban los autobuses de Yauli. Al fin Laurita se despidió con un amable «voy a volver». «Cualquiera habría pensado que le ibas a comprar…», dijiste. «Si tuviera plata me compraba todas…». Mas de algún modo se desquitó, pues entró en la primera tienda de sombreros, en pos de uno de esos muy blancos, de copa alta y cinta negra, que forman parte del ropaje femenino tradicional de Jauja. Se probó uno tras otro, hasta que dio con uno de su agrado, mientras el dueño la observaba. «Son tan lindos, con esta blancura…», dijo ella, y el hombre asintió, quizá sin comprender. Preguntó por el precio, y hubo un corto y exitoso regateo. «En Barranco tengo ya uno», dijo tu hermana, «y me lo pongo a veces en mi cuarto, y haré lo mismo con este, y los dos estarán en mi repisa». «Mamá también tiene el suyo». «Y otro la tía, de modo que no faltan sombreros en casa». «Y además hay otro, de nuestra abuela Marta». «Lo tengo presente, y me acuerdo que de niña me disfrazaba con él, y con una *lliclla* y un faldellín también suyos». Sí, pues tu antepasada vestía ropa campesina, como que había nacido en ese pueblito de las alturas de Mito. Diste una vuelta en torno a tu hermana, muy ufana por lo bien que le sentaba su adquisición. «Te ves guapísima», dijiste. «Piropos de papá, mamá y hermanos, mejor olvidarlos…». Ibas a protestar pero ella te detuvo con un gesto, y se desvaneció la expresión juguetona de su semblante al tiempo que decía: «Mira, Claudio, la cara de esa señora, allá en ese puesto…». Miraste en la dirección que te indicaba, y viste un rostro de mujer madura, ensimismado, en la extraña luz que producían los reflejos de las polleras que exhibía y la tamizada claridad que dejaba pasar la tela del toldo. «¿No es hermoso?», dijo Laurita. Y tanto miró a la vendedora, que esta se dio cuenta, y hubo que seguir el paseo. Un poco después, frente a unos puestos de fruta de Monobamba, tu hermana se admiró: «¡Mira qué intensidad de verdes y oros…! ¿No es una maravilla?». Con qué facilidad captaba todo lo que fuera color, luz, alegría. Y mientras iban así tú y ella, deteniéndose aquí y allá, tu mirada tropezó de repente con una cara conocida. Sí, la de Leonor, quien aún no te había visto, pues conversaba con su madre mientras examinaban los hilos que vendía una tejedora. Aún seguía en Yauli, por lo visto, pero, ¿por qué no se había comunicado contigo? ¿O es que estaban en un ir y venir de Morococha? Laurita se

puso a hablar de la feria, pero apenas si le prestaste atención. De pronto Leonor se dio vuelta y te vio, y miró con sorprendidos ojos a la muchacha que estaba contigo. Esbozaste un saludo, que ella contestó con una rápida sonrisa, más atenta por cierto a tu compañera que a ti. ¿Se daría cuenta de que era tu hermana? ¿Habría reparado en el parecido? Sea como fuera, su madre le dirigió nuevamente la palabra, y ella debió responderle, al tiempo que Laurita te preguntaba: «Claudio, ¿no me oyes?». Y tuvo que repetir la pregunta que te hacía, sobre la desaparecida reja que daba ingreso a la alameda. No, no deseabas todavía que nadie, ni aun Laurita, se enterase de tu romance. Por desgracia, la madre de Leonor se llevó consigo a su hija, quien ya no volteó la cara hacia donde te hallabas, de modo que las perdiste de vista. «¿Te pasa algo?», preguntó tu hermana, a quien no se le había escapado tu súbita distracción. «No, nada», dijiste, y ella no insistió, pero te observó con mirada inquisitiva. «Vamos ya, que quiero ayudar a mamá con el almuerzo», dijo. Dominaste tu turbación y la seguiste. Ya en casa cumpliste con unos mandados de tu madre, y saliste de nuevo a la calle, pues no querías que Leonor se quedara en duda con respecto a la joven a la que acompañabas hacía un rato. Recorriste otra vez el jirón Grau y la plazuela, las calles adyacentes y la Plaza de Armas, y de nuevo Santa Isabel. Y emprendías ya el retorno, desanimado, cuando te topaste con ella, que en la puerta de una tienda esperaba que su madre terminase con una compra. Se sonrojó y se llevó un dedo a los labios, pero alcanzaste a decirle: «Es mi hermana…». «Me di cuenta», contestó con un mohín. «¿Cuándo te veré?». «No sé». «¿Por qué no me has escrito?». «No pude». ¿Y entonces?». «Te avisaré con Mirta». Y como su madre se despedía de la vendedora, hizo un gesto para que te alejaras. Regresaste, pues, a casa, y fuiste al cuarto de tu hermana. No te escuchó llegar, y viste que, cubierta con su flamante sombrero, y sentada en la mecedora junto a la ventana, reflexionaba. Y la observabas así, en silencio, cuando de pronto reparó en tu presencia y se volvió a ti y te miró por unos instantes con intensa fijeza, para volver luego a su expresión anterior, y decir con dulzura: «Ah, eres tú…». «¿En qué pensabas?». «En la feria, en ese rostro de mujer bajo el toldo, en las *wishkatas*. En nuestra tierra…».

1.º de febrero

Hoy terminé, rehaciendo una parte, mi versión completa del pasacalle de Yauyos. Después me embarqué en unos difíciles ejercicios de Lemoine. Y, finalmente, nos reunimos todos en la sala, y mi madre tocó nuestro arreglo de la Pasión de la jija*. Mi hermana aplaudió entusiasmada. Y tanto que se animó a cantar después con nosotros el* Triste andino*, de Valderrama. Esa letra que nunca me canso de repetir:* Por qué mi amor desoíste / cuando mi amor te juraba, / mientras en la puna triste, / ay, ay, / mi alma se congelaba*. Al acabar se me fue la alegría, y no solo por los versos, sino porque pensé en Yanasmayo, en Antenor, en Marina Túpac Roca. Laurita lo notó, y más aun tía Marisa, quien no dejó pasar la ocasión y dijo: «¿No he dicho que este joven está enamorado?».*

Sentado en el patio, esperabas que las dos Lauras retornaran de su visita a las tías de los Heros. No habías querido ir con ellas, a pesar de la insistencia de tu hermana, porque intuías que lo mejor era que fuesen solas. Así se mantendría la línea de separación por la cual las ancianas te hablaban a ti solo del pasado, como si vieran en ti una permanente incitación a la memoria. Y estabas ahí, pensativo, cuando oíste regresar a madre e hija. La primera se dirigió de inmediato a su taller, por una costura urgente que debía, y Laurita fue a buscarte. «¿Cómo están?», le preguntaste. «No es fácil decirlo, pues ya sabes cómo son». «No entiendo». «Quiero decir que se quejan de una cosa y de otra, pero siempre de una manera deshilvanada, sin que uno pueda saber realmente lo que pasa». «¿Y han consultado al médico?». «Abelardo llevó a Morales hace unos días, pero aún no hay nada claro». «¿Y de qué más hablaron?». «Como digo, de todo y de nada. Tía Ismena aludió hoy a un amanecer en que cantaba el *huaychao*, y se quejó de sus insomnios». «¿Te reconocieron?». «No, creo que no, aunque tía Euristela me llamó en cierto momento "jovencita", como hacía antes». «¿Y mamá?». «Bueno, ella les preguntó cómo se sentían, cómo pasaron la noche, si tenían apetito y esas cosas, y ellas le contestaban». «¿Les dirigiste la palabra?». «Muy poco…». Y al cabo de un momento tu hermana preguntó: «Y cuando tú las visitas y hablan de otros tiempos, ¿a qué se refieren?». «Como ya te dije, se acuerdan de las veladas en que hacían música en la hacienda, cuando las acompañaba un tal Antenor, y de una sortija con una piedra color violeta, y de la puna. Siempre de ese modo, como en sueños». «Y ¿no hablan de su papá?». «Muy poco, pero en esa forma que Abelardo llama crepuscular…». Laurita se quedó callada. Tocaste otro aspecto que te interesaba: «¿Y cómo es el dormitorio?». «Un cuarto pintado de blanco, como toda la casa, y con piso de ladrillo, que en junio las hará tiritar». «¿Y qué más?». «Hay dos catres de bronce con su cielo, y un velador al medio, con un pomo azul y vasos, un candelero y unas medicinas. Y también una vieja cómoda, un par de sillas, un baúl». «Muy triste, entonces…». «Sí». «Pero, ¿no hay un tocador, un ropero?». «No». «A mí siempre me reciben en el comedor, sentadas ante la mesa». «No olvides que son mujeres, y que se trata de su dormitorio…». «Pero ¿solo hay eso? ¿Ni una estampa de la Virgen, ni un cuadro?». «No, nada». «¿Y las colchas?». «Colchas de flecos, de una seda antigua ya muy gastada». Otra vez hubo un intervalo. Habló tu hermana: «Mamá y tía Marisa dicen que tú rodeas a nuestras parientas de una especie de aura, como si fueran personajes de novela». «Quizá tienen razón, y también Abelardo…». «¿Por qué?». «Él dice que a veces tengo una manera un poco diferente de percibir a la gente…». «¿Y?». «Que en este caso se ve estimulada —así dice él— por las evocaciones de las ancianas». «Es un mundo tan suyo, tan propio…». «Y tan lejano». Otra vez hubo un silencio, apenas interrumpido por el rumor de una lluvia que empezaba. «Me apena mucho su soledad», dijo Laurita, y se acercó a la ventana para ver el aguacero. Y continuó: «A veces he pensado, allá en Lima, que debería pintarles un retrato, un doble retrato, y lo vuelvo a pensar ahora, pero me digo también que no debo hacerlo». «¿Por qué?». «Porque sería algo así como forzar su intimidad, ¿no?». «Tal vez…». «Me gustaría también pintar ese interior, con esos

pocos muebles, la ventana, el pomo azul…». «Bueno, yo quisiera recoger en palabras todo eso, grabarlo para siempre…». «Claro, puedes hacerlo en un cuento, quizás en una novela, o quizá simplemente en tus notas, ahí en tus libretas…». Tu hermana se volvió a sentar. «Lauri, ¿nunca se te ocurrió visitar Yanasmayo?». «No, no pensé». «Me gustaría tanto ir…». «Tarde o temprano lo harás». «Hemos quedado en eso con Abelardo, y sería estupendo que tú también vinieras con nosotros». Laurita suspiró, y tú imaginaste su figura contra ese fondo de puna, de montañas, de nubes. *Cielos de platino, torvos / de imposible*. Y de súbito te pareció que había un cierto parecido, un vago e indefinible parecido, a pesar de las diferencias de edad y de tipo, entre tu hermana y tía Euristela. ¿Sería por el corte del rostro? ¿Por la finura aguileña de los rasgos? ¿Por el modo de mirar? Era difícil decirlo. Te pusiste de pie para alejar ese pensamiento, que por alguna razón te turbaba, y mudando de tema anotaste: «¡Qué mal me parece ahora que las llamasen “las tías locas”!». «No me lo recuerdes». «Ahora ya nadie lo hace». «Después de leer tu carta», dijo Laurita, «acabé por asociar la imagen de las tías, y muy especialmente de tía Euristela, con no sé qué paisaje fabuloso, con una ciudad amurallada, y con torres y campos en llamas, como la Troya del poema, que dicho sea de paso nuestro hermano me dio a leer a mí también, hace tres o cuatro años». «Yo también he pensado en algo así, y no solo eso, porque leí después, por indicación de Abelardo, una tragedia griega, y de veras que hay muchas semejanzas, pues la heroína, Antígona, tiene una hermana que se llama también Ismena, que es la más débil de las dos, mientras que la mayor es firme y obstinada, como sin duda fue nuestra tía en otros tiempos». «Me gustaría leer esa obra», dijo Laurita. Y agregó: «Oye, y ¿no habrá un cierto parecido, por lejano que sea, entre tía Euristela y Elena Oyanguren…?». «No creo, pues en la Elena del sanatorio, con su belleza “voluptuosa y distante”, como dice Abelardo, no hay nada de trágico, a pesar de su enfermedad». «Pero sí, por lo que dices, en nuestra parienta…». «Así pienso, Lauri». «Oye, y al margen de todo eso, creo que ustedes dos están enamorados de esa señorita, ¿no?». «Ella no nos haría caso, a mí por mi edad, y a mi hermano por pobre». «Ay, hijo, no pierdas las esperanzas, solo que cuando puedas presentar tu candidatura, ella se habrá curado y será una mujer casada, con tres o cuatro hijos». «A veces hablas como tía Marisa». Laurita se rio y dijo: «Y ¿qué hay del señor Caro?». «Sigue en lo suyo». «Un señor tan afable, tan tranquilo». «Tía Marisa lo llama “zorro sabio y bondadoso”». «Sí, sabio y bondadoso». Luego tu hermana preguntó: «¿Y ese otro señor, de nombre también raro?». «¿Mitrídates? Por ahí anda, con una facha que hace pensar, como notó Abelardo, en un Odiseo…». «Bueno, hay allí un repertorio de personajes que, al menos como tú los presentas, forman un reparto de lo más raro». «¿Reparto?». «Así se llama la distribución de actores y tipos que participan en una obra de teatro, o en una película». «¿Ah sí?». «Y tú, Claudio, en el centro, como apuntador de la obra…». Sabías lo que era un apuntador, por las veladas de la parroquia y del Colegio del Carmen, y la comparación te halagó, aunque no la encontraras muy exacta. «Una noche», continuó ella, «tuve un sueño en que se aparecía tía Euristela, y bajaba por una escalera y partía

de viaje». «¿Y la otra tía?». «No aparecía, y quizá por eso me sentí después más angustiada». «Mitrídates contó algo parecido». «¿Ah sí?». «No será que tú también dejas correr tu imaginación?». «Podría ser, pero no tanto como tú, joven hermano». «¿Eso crees?». «Su casa, ahora, es muy pobre, pero debió ser muy diferente la de Yanasmayo». «Sí, con sus habitaciones, sus arañas de cristal, su sala, ese piano Gaveau de cola y todo lo demás…». «¿Un piano de cola?», se sorprendió tu hermana. «En él tocaba tía Euristela, y hacían música con Antenor, mientras afuera sonaba el viento». «¿Te han contado eso?». «No, no con las mismas palabras, pero es como si lo hubieran hecho». «¿De veras?». «Y tía Euristela lucía entonces la sortija con una amatista, y vestida de rojo, o tal vez de blanco y azul, tocaba». «Cualquiera diría, Claudio, que inventas y vuelves a inventar a tu gusto ese mundo…». «¿Ves, Laurita? Hablas como mamá, como tía Marisa, y a lo mejor dirás también que estoy chiflado». «No, chiflado no, pero por eso, y por tus cuentos, yo también pienso que tienes condiciones para escribir». «Pero dime, al conversar tú y yo sobre ellas, y al conversar todos en la familia como lo hacemos, ¿no inventamos también, poco a poco, a nuestras tías?». «Tal vez, y a lo mejor también nos inventamos a nosotros mismos». «Sí, quizá…». De pronto Laurita se rio y dijo: «De veras que debes parecerles raro a tus compañeros. Y a propósito, ¿cómo es que no vienen a buscarte?». «Es porque estás aquí». «¿Quieres decir que los ahuyento?». «Ya viste cómo se esfumó Julepe. Después de todo no eres la chiquilla que esperaban…». «¿Parezco una vieja, entonces?». «No, pero se habrán dado cuenta de tu modo de ser, de tu seguridad, y verán que eres mucha mujer para ellos…». Tu hermana se rio de nuevo y quiso saber: «¿Y les has hablado de nuestras tías?». «No, qué va, no entenderían…». «¿Y de tus clases de piano?». «Tampoco, ni de los libros que leo, ni de Fox ni de Mitrídates». «Pero, ¿por qué?». «Por eso, porque no entenderían». «Así podemos decir, joven hermano, que llevas dos vidas». La expresión te hizo gracia, pero aclaraste: «Si eso quiere decir que ando mal de la cabeza o algo así, bueno, no es cierto…». «Y ¿será también por eso que a ti las tías te hablan de ciertas cosas, y no a nosotras?». «No, porque con Abelardo conversan de los asuntos del momento, pero también, a veces, de los tiempos antiguos». Hubo una pausa. Dijiste: «Las tías ya no salen, y su vida transcurre en su dormitorio, en el comedor, y sobre todo en el pasado. Y a lo mejor, y en ese sentido, el señor de los Heros y Antenor no están muertos. Es como si en la casita del jirón Salaverry perdurase aún esa época tan remota». «¿Me estás diciendo que allí deambulan, como almas en pena, los muertos de Yanasmayo?». «No, no digo eso». «¿No será, Claudio, que tú crees en los condenados?». «No me refiero a ellos». «¿Y entonces?». «Lo que quiero decir es que cuando me siento frente a las dos ancianas, es como si estuviera ante ese mundo, y como si nunca hubiera desaparecido». «¿De veras?». «Allá en la pampa del amaru…». «¿Te han hablado de los amarus?». «No». «Tienes tan presente ese mito…». «Pero Lauri, ¿no es hermoso, con esas dos sierpes de fuego?». «¿De fuego?». «Un fuego blanco, en un caso, y un fuego negro como la noche, en el otro». Tu hermana te observó, pensativa, y dijo: «Yo no escuché que fueran de fuego…». Y se levantó,

luego, y señaló con dulzura: «Se diría que tú vives esos recuerdos con tanta o acaso mayor intensidad que nuestras parientas». «Quizás». «Y seguramente tienes tus libretas llenas de anotaciones al respecto». «Apunto lo que me interesa…».

2 de febrero

Tito vino a verme, pero como yo no quería darle gusto presentándolo a mi hermana, le dije que tenía que ir al correo, y él me acompañó. No había ninguna carta para mí, por supuesto. Nos fuimos al bar de Nicanor Chancafe a tomar un modesto café y a charlar. «A ver, cómo aguaitaron a la viuda», preguntó. «Ya te habrá contado todo Julepe, ¿no?», le contesté. Pero insistió, así que tuve que repetir la historia, pero cuidando mucho eso sí en recalcar que doña Zoraida no estaba desnuda, y apenas un poco desvestida. «Vaya, qué recatado eres», dijo, acordándose sin duda de la lujuriosa versión que le habría dado Julepe. Yo pasé al contraataque, insistiendo en que me invitase al almuerzo en el cerco de doña Abadesa. «No habrá almuerzo», dijo mi amigo, «porque ella y doña Jacinta le llevaron un par de hermosos patos a mi mamá». Y sin tomar en cuenta mi decepción, ahí nomás me pidió que le hablara de Laurita, objeto principal, sin duda, de su visita. «Oye», le dije, «olvídate de mi hermana, porque tú tienes dieciséis años y ella veinte». Insistió todavía, pero terminó por abandonar esa idea, y se puso a hablar, más bien, de una hacienda de la Compañía, Pacoyán. «Pero, ¿qué fue a hacer tu papá allí, si es abogado y no agrónomo?», le pregunté. «Para ver un pleito de la empresa con los comuneros», dijo. «¿Y tú fuiste?». «Sí, y no me gustó, porque los gringos son unos abusivos, y mi papá tiene que defender lo que le indican». Yo lo escuché y dije: «No, yo nunca seré abogado». «Pero se gana muy bien», dijo algo incómodo mi amigo. «Todos tenemos un camino propio en la vida», le dije. «Es una puna muy triste», comentó. Y yo me acordé de mi padre, y de su muerte en Cerro de Pasco, y de su amistad con los obreros, con el señor Zulen, con los campesinos de Marco y Muquiyauyo. Pero la alegría me volvió cuando pensé en mi hermana. «Vamos, que tengo que hacer», dije, y quedamos en que nos veríamos con Julepe y con Felipe.

Ese martes se realizó, pues, la cena en honor de Laurita, quien no quiso que se invitara a sus amigas y prefirió una reunión puramente familiar. Una cena modesta, de acuerdo con los tiempos, pero aun así muy especial. Las viandas fueron escogidas y preparadas con esmero. Tú te encargaste de poner las mejores piezas de la vajilla familiar, tan heterogénea, pues era resultado de una larga y complicada historia. Se usó también el mantel de hilo tejido a mano por tu abuela Marta, que en sí no era gran cosa, pero que estaba revestido de un cierto prestigio. Hubo además, como lujo extraordinario, un par de botellas de vino que le obsequió a tu padre un ingeniero francés de Huarón, y que habían sobrevivido a pesar de las ocasiones y los años. Tu hermana se las arregló para tomar parte en los ajetreos, no obstante su condición de homenajeada, y reía y parlaba como cuando tenía quince años. Por momentos te parecía muy guapa, y en otros hasta

bonita. Te era más difícil, en cambio, conciliar su tez y perfil de muchacha serrana con el acento barranquino que, según Abelardo, había tomado. Y otra vez, aunque no lo quisieras, comparaste su desenvoltura con la espontaneidad aún infantil de Leonor, y con la gracia sensual y lujosa de Elena Oyanguren. Se acabó, en fin, con los preparativos y pudieron todos sentarse a la mesa. En la conversación se trató de muchas cosas, y Laurita contó anécdotas de su vida en casa de los tíos, y habló de la Escuela, de su trabajo en el bazar-librería, de sus pretendientes. «He tenido un par de enamorados por ahí, pero acabé por dejarlos en buena paz y amistad», dijo. Nadie pidió detalles al respecto. «Es algo que debes ver con corazón y mente muy despiertos», fue el único comentario de tu madre. Tu tía Marisa, por su parte, se refirió a algo más inmediato: «Pero ¿no hay modo de que cambies de parecer y te quedes hasta después de carnavales?». «No, porque como dije, tía Eloísa está mal con su reumatismo, y el médico le ha dicho que vaya a Churín. Y como mi tío no puede acompañarla, porque no hay quien atienda el negocio…». «Sí, pues…», dijo con tristeza tu madre. Tu hermana preguntó: «Y tú, Abelardo, bailarás por fin este año?». «Oh, no, yo soy un aguado sin remedio». «Pobre Florencia», comentó tu tía, «pues no le queda sino danzar con otro y pelear contigo, o quedarse con las ganas…». «Por mí», precisó tu hermano, «que baile con quien quiera, pues ojos que no ven, corazón que no siente». «Y tú, tía», interviniste, «¿no te animas a bailar con el señor Olave?». Nadie se rio, por supuesto, y la tía se limitó a una sonrisa que te quitó el deseo de hablar por un buen rato. Por eso, cuando llegó el momento de efectuar un nuevo brindis, te embaulaste una buena copa de aquel tinto. A la hora del postre Laurita dijo: «Es una felicidad estar aquí con ustedes, y ver a mis amigas jaujinas, pero no voy a olvidar a nuestras parientas, y quizás incluso visite a la tía Grimanesa». «Sí», acotó Marisa, «y si de tías se trata, visítame a mí también, aunque no soy tan antigua ni tan especial como esas damas». Tú, deseoso de que olvidaran tu metida de pata, dijiste: «Laurita, si quieres te acompaño a casa de tía Rosa». «Y yo, si deseas volver adonde tía Euristela», ofreció tu madre. «Hermana mía», se disculpó Abelardo, «no cuentes conmigo para tales menesteres». Tía Marisa dijo: «Bueno, si nadie se inscribe, yo tendré que auxiliarte en lo que toca a doña Grimanesa, aunque ella nos mire y nos pregunte: "¿Y ustedes quiénes son, caballeros?"». «¿Tan mal está?», se asombró tu hermana. «Del cuerpo no, porque sigue recia como un tronco, pero sí del caletre, y en especial de la memoria», manifestó tu tía. Y magnánima, te miró y dijo: «Por lo cual, y con tales visitas, este joven tiene ya motivo para un *Rondó de las tías.*…». «Yo haré lo que ustedes me pidan», contestaste, «pero no me digan que vaya adonde Grimanesa, que ya la aguanté durante toda una cuaresma». «Fue una obra de bien, hijo», se explicó tu madre. «Seguramente, pero yo no lo volvería a hacer así me lo pidiera ese Calixto Miramontes que la cortejaba de joven». Todos te miraron sorprendidos. «¿Quién fue Miramontes?», preguntó tu madre. «¿Vas a decirme que lo has olvidado?». «No, porque nunca supe de él…». «Pero, ¿no sabes que fue un torero que pretendía a doña Grimanesa cuando era soltera, hace mucho tiempo, y que murió en una corrida de toros en Huertas?». «Es la primera vez que escucho tal cosa», replicó tu madre. «Y yo

también», apuntó tu tía, «y lo mismo sucede con ese nombre tan estrambótico. Y además, ¿quién puede acordarse de los pretendientes de esa tía, si todos tendrían, si vivieran, cosa de cien años?». «Se me ocurre», señaló Abelardo, «que en esto hay gato encerrado…». «¿Qué gato?». «No sé, pero la cosa tiene un cierto olor a heliotropo…». «¿Gatos y heliotropos? ¿Qué pasa aquí?», se sorprendió Laurita. «Quiero decir», se explicó tu hermano, «que en mi opinión esa historia del torero es un invento, no sé de quién, pero un invento, razón por la cual me acordé de cierta flor…». No te arredraste por la alusión y optaste por guardar silencio sobre las fuentes de esa historia amorosa. Dijiste: «Bueno, no por haberle jugado una broma a Julepe voy a resultar responsable de todo, ¿no? Alguien debe haberme hablado de ese Miramontes, pero no me acuerdo quién, y además, ¿de dónde iba a sacar yo tal nombre?». «Es cosa tuya, y en todo caso consulta tus libretas, que por ahí lo debes tener anotado». «Mis libretas no tienen nada que ver». «No sé», dijo Laurita, «pero ese nombre le cae de perillas a la vida amatoria de tía Grimanesa, si tenemos en cuenta que el romance debió tener lugar en tiempos de la Colonia». «¿Dices que era torero?», preguntó Abelardo. «¿Y que murió a manos, o por mejor decir, a cuernos de un toro?», inquirió tu tía. «A lo mejor el pobre Miramontes estaba mira que te mira hacia otro lado», dijo tu madre jugando con las palabras. «Yo no he inventado nada, de modo que no me tomen el pelo». «Tú nos lo estás tomando a nosotros, jovencito», replicó tu tía. Laurita intervino: «Pero ¿por qué le tienes tanta ojeriza a la tía Grimanesa? ¿Fue acaso un suplicio acompañarla a la iglesia, y solo por una semana?». «Sí fue, porque tuve que soplarme no sé cuántos rosarios y los sermones a gritos de Segismundo Wharton, con el terrorífico "¡Morirás!" con que fulminaba a todo el mundo. Y eso no fue todo, porque además tuve que aguantar las reprimendas de la tía, que no quería que me rebullera en el asiento, y menos que me quedara dormido». «Pero, ¿podías quedarte dormido con esos "¡morirás!"?». «Bueno, esos eran los *fortissimo*, pero también había unos *maestoso* y unos *lentissimo* bien soporíferos». «Le dije a Claudio que la acompañara», se justificó tu madre, «porque la pobre tía no tenía por entonces quien lo hiciera. Y ya saben ustedes que la prima Teodora acababa de hacernos un favor, y era conveniente ser servicial con ella y con su mamá». Otra vez habías metido la pata, pero Abelardo salvó la situación, antes de que tu hermana preguntara por ese favor, que no había sido otro que un préstamo, a muy módico interés, pero préstamo al fin. Dijo: «¿Y no habría sido entonces que este joven concibió a ese Miramontes…?». «Yo no he concebido a nadie, y menos en Semana Santa». Todos se rieron, y él continuó: «Sea como fuere, alguien mencionó aquel nombre, y tú lo echas ahora a rodar por el mundo convertido en el glorioso héroe de una tarde de toros». «Todo lo cual confirma», señaló tu tía, «lo que Abelardo dice en torno a las habilidades cuentísticas de este joven, además de las que muestra como músico y filólogo». «Yo no soy cuentista», aclaraste, nuevamente. «Si por cuentista quieres entender chismoso, bueno, no lo eres, pero sí por la rapidez con que armas novelas a costa del prójimo». «¿Y por qué filólogo?», preguntó Laurita. Hubo que explicarle de dónde venía la palabra y en qué consistía esa supuesta vocación filológica. «Una vocación»,

explicó tu tía, «no ajena a los encantos de la señorita Elena Oyanguren, reina de belleza en el sanatorio, y llamada ahora por algunos *la troyana*». Ibas a soltar un mal chiste trayendo a colación a Menelao, pero guardaste silencio. Hubieras deseado, por lo demás, que se siguiera hablando de Miramontes, en buena cuenta hijo tuyo y de una referencia de tía Rosa, pero era mejor olvidar al personaje. Prosiguió así la charla, hasta que llegó a su fin la cena y Abelardo propuso: «Y ahora un brindis final con lo que queda de este vino. ¡Por nuestra pequeña Laura, y por que sea no solo una buena profesora de dibujo, sino también una gran pintora!». Todos aplaudieron, pero Laurita se limitó a decir, con ojos brillantes y húmedos: «Gracias, muchas gracias». Y a la hora del té propuso, a su vez: «Y ahora, ya que tenemos un prometedor músico en casa, buen discípulo de mamá, pasemos a la sala, y que nos toque algo en el piano». No hubo modo de rehuir, a pesar de que en ese momento hubieras preferido ir a escribir en tu diario un par de observaciones en torno a esa lejana tarde de toros. Bueno, podrías hacerlo más adelante. ¿Qué tocarías? Tía Marisa, que advirtió tu indecisión, salió con una de las suyas: «Toca lo que quieras, pero no el boleracho que compusiste para Julepe». «No para Julepe, sino para Felipe», aclaraste. «También podríamos escucharlo», sugirió tu hermana. «Ahora no, por favor». Y sin más elegiste las inconclusas *Pequeñas variaciones* que había dejado tu abuelo, que ambos, tú y tu madre conocían de memoria, pero que tía Marisa, Abelardo y Laurita no escuchaban desde hacía tiempo. Variaciones muy breves, ingenuas incluso, y construidas a partir de un sencillo tema andino. Acabaste, y tu hermana aplaudió emocionada: «¡Me acuerdo muy bien de la obra del abuelo!». «Es tan suya», confirmó tu madre, conmovida. «¿Y la sabes de memoria, Claudio?». «Sí, gracias a mamá, que descifró la difícil notación que dejó nuestro antepasado». «Y en Navidad, como te contamos», añadió tía Marisa, «se tocó y cantó aquí el *Laudate Dominum*». «Me pregunto», intervino Abelardo, «si el tema inicial fue invención del abuelo o fue tomado de un yaraví de sus tiempos…». «Imposible saberlo», respondió tu madre. «A ver, de nuevo», pidió Laurita, «pero esta vez que toque mamá». Y así fue, y su versión sonó quizá desigual, pero más delicada, más pura. «Es extraño», comentó tu hermana, tocando una tecla ya conocida en casa, «que una música así resulte tan hermosa en un instrumento tan ajeno como el piano». «No te olvides de Valle Riestra, de Alomía Robles, de Carlos Valderrama». Y Laurita, que conocía esos nombres, dijo: «No me olvido, pero es algo que siempre me parece sorprendente». Tu hermano se refirió a los reparos que formulaban muchas personas, tú entre ellas, a instrumentos como el saxofón o el clarinete, dejando de lado el caso del violín y del arpa, y concluyó: «No se trata de un problema de instrumentos, sino de espíritu, de lenguaje…». «Se me ocurre», dijo Laurita, «que sucede lo mismo con la pintura: se puede recoger nuestros paisajes, nuestras gentes, nuestra luz, con el óleo, con la acuarela, con el fresco, y con técnicas más modernas, y sin embargo ser muy serranos, o para decirlo como Abelardo, andinos». «O indigenistas, como Sabogal o Vinatea Reinoso», dijo tu hermano. «Y ahora», pidió tu tía, «¿por qué no dejamos la teoría y tocas, Claudio, una de las transcripciones que has hecho con tu mamá? La *huancadanza*, por

ejemplo…». Así lo hiciste, y resultó tan bien que debiste ejecutar no solo uno, sino tres pasos. «¡*Haylli* feliz, de trigo y sierra!», se entusiasmó Abelardo, en arrebato tan poco frecuente en su persona, que todos se voltearon a mirarlo. Los aplausos te hicieron enrojecer. «No hay nada que hacer», concluyó tu tía, «somos una familia especial. ¡De veras!». «¿Cómo especial?». «Pues sí, somos un caso, y Abelardo lo podrá explicar mejor que yo, pues el otro día estuvo hablando al respecto…». «Lo que sucede», precisó tu hermano, «es que se da en nosotros una conjunción singular en una pequeña ciudad serrana como Jauja. Tenemos, para empezar, un abuelo materno muy modesto pero organista de cierta formación musical, gracias a sus años en Ocopa, y que se arriesgó a componer en un medio absolutamente indiferente. Está luego mamá, quien heredó su sensibilidad musical y la ha cultivado, a pesar de sus quehaceres, de las dificultades, de la falta de estímulos. Vemos luego el caso de papá, educador igualmente modesto, pero de cierta cultura y con una fuerte preocupación social y política, y que soñaba con que alguno de sus hijos fuera algún día no médico o ingeniero o comerciante, sino luchador social, escritor, artista. Tía Marisa, asimismo, que escogió la pedagogía y trabaja feliz con sus pupilos, y hace gala además de un buen humor rarísimo en un campo dominado por un espíritu burocrático e incluso rabulesco. Y, para remate, he aquí una chica pintora, un joven que quisiera ser historiador, y otro músico, pero que podría ser también, según pienso, escritor…». «¡Vaya», exclamó tu madre, «qué elogios nos prodigas!». «Y tenemos en fin», prosiguió Abelardo sin inmutarse, «y por eso me refería a una particular conjunción, que en nuestra casa vivimos con amor lo nuestro, lo andino, pero estamos abiertos también a lo que nos viene de otros países, en esta y de otras épocas». «Para decirlo de manera más sencilla», intervino tu tía, «somos gente que a pesar de nuestra modestia, y de vivir en provincia, tenemos un poco más de cultura que nuestros paisanos, lo cual constituye ya por sí solo una suerte, y más que suerte un privilegio, por el que debemos estar agradecidos. Así que, parientes míos, dejen las quejas a un lado». «Yo no me estoy quejando», protestó tu madre. «Se puede hablar, por eso, de un caso especial», dijo Abelardo». «Y no olvidemos de mencionar además», prosiguió tu tía, «que tenemos parientes y amigos de lo más entreverados, unos pobres y otros ricos, unos cholos y otros blancos, unos cuerdos y otros chiflados, por no decir lunáticos, y así por el estilo». «Sí, realmente», dijo Laurita, «y con razón María del Carmen me decía ayer que si no fuera porque mamá es costurera, y tía Marisa maestra, se diría que somos acomodados…». «Será por eso, entonces», dijiste, «que mis amigos dicen que tengo gustos de viejo y que hablo como un libro». Abelardo se echó a reír, lo cual alarmó a tu madre. «No, no me molesto», dijiste, «porque yo también me reí cuando me lo dijeron, y porque tienen algo de razón». «Vaya, qué sincero», te felicitó tu tía. «Ah, y también por ahí me han dicho que terminaré por suceder en su puesto a Epifanio Orihuela, lo cual sería como retomar el camino del abuelito». «Pero ¿por qué hablan así?», se admiró tu madre. «No ha de ser mucha gloria si acabas de sacristán», sentenció tu tía. «Nadie dice que voy a ser sacristán ni campanero, sino organista». «El órgano de Jauja es excelente», dijo Abelardo. «Pero no por eso el chico va a

acabar como sucesor de Epifanio, y a pasarse la vida acompañando misas y vísperas». «Pero ¿no fue tu papá organista?». «Sí, hijo, pero esa era otra época, y en todo caso lo de sacristán no me entusiasma nada». «Yo pienso en el abuelo con mucho cariño», dijo Laurita, «y me gustaría tanto haberlo conocido. Siento como si en él estuviera nuestro principio, nuestra raíz, y lo siento así aunque yo me vaya a dedicar a la pintura…». «Y por lo tanto», precisó tu hermano, «te conviertas en una síntesis entre lo que fue Baltazar José Manrique y lo que nos viene de los Alaya. ¿Acaso no se definen así, y muy bien, esas dos vertientes en que nos situamos? Quiero decir yo y tía Marisa en el lado social y hasta cierto punto intelectual de la familia, como papá; y mamá, Laurita y este joven, en el lado imaginativo…». «Por eso y por otras cosas menos notables, y por las alabanzas que nos prodigamos, somos algo especial, ¿no ven?», reiteró con buen humor tu tía. «Vaya, no nos elogiemos tanto», dijo tu madre, «que ya me siento avergonzada». «No es cosa de ponderarnos», replicó Abelardo, «porque nadie ha dicho que seamos talentosos, ni mucho menos, y yo solo me refiero a la vocación y al modo de vida que cada uno de nosotros ha elegido o va a elegir, por incierto que sea». «Aunque aquí hay alguien que no descarta del todo ser abogado», anotó tía Marisa. «Yo no sé si somos una familia muy especial», manifestó Laurita, «pero sí sé que somos, aunque no nos demos cuenta, una familia feliz…». Un sorprendido silencio siguió a sus palabras. Tu madre dijo, en fin: «Sí, ahora que lo pienso, y a pesar de que no está con nosotros tu padre, y a pesar de las dificultades económicas, y quizás el símbolo más claro de esa felicidad, modesta y sencilla pero felicidad al fin, eres tú, Laurita. ¡Nos traes tanta alegría!». «No en vano esta jovencita se llama Felicia», dijo tu tía. «Creo que eso merece otro brindis, pero será de chicha, porque el vino se acabó», dijo Abelardo. Y el brindis fue de chicha de jora, en efecto, ya que por suerte había una jarra en la cocina. Un brindis con todos sentados alrededor del piano, en esa noche de febrero. Y mientras bebías a sorbos tu vaso, volvieron a tu mente las palabras del *Laudate Domine* de tu abuelo: *laudate eum in cymbalis jubilationis*… Y buscaste los ojos oscuros, radiantes, de tu hermana.

3 de febrero

Hoy hubo asamblea femenina en casa. Quiero decir que vinieron juntas Cristina, María del Carmen y Berta, quienes también están de vacaciones. Las tres, y fui yo quien abrió cuando llamaron a la puerta, y aunque no hubiera querido me las quedé mirando como un tonto. Se rieron, y tuve que hacerlas pasar, colorado hasta las orejas. Y allí se sentaron las cuatro en el patio, como un coro parlanchín. Por supuesto que me retiré, pero no del todo, porque me fui y sin ninguna vergüenza estuve aguaitando detrás de la puerta de la sala. Hablaban de Lima, de sus compañeras de colegio, de los carnavales, y Berta y Cristina no podían entender cómo mi hermana estudiaba Bellas Artes, con tan pocas mujeres y tantos hombres. «¿Y ya te has acostumbrado a ver calatos?», preguntó Cristina. «Qué me queda, y a la verdad no les veo nada especial, porque se convierten en simple tema de trabajo». «¿Nada especial?», se asombró

Berta, y se echó a reír. Tenía unos hoyuelos lindos, y más lindos aun eran sin duda los otros, los ocultos por la ropa, de su vientre, de su pubis. «Yo no me acostumbraría así nomás, y a la verdad no sé cómo tú lo has hecho», dijo Cristina. Un poco más y yo habría terminado por hacer lo que el idiota de Julepe en la tapia de Zoraida Awapara. Me fui, y para tranquilizar el ánimo me puse a repetir mentalmente toda la primera página del cuarto preludio del Clave bien temperado.

Esa tarde acompañaste a Laurita a efectuar unas compras. No tardaría en llover, pero hubo tiempo de dar un par de vueltas por la plaza. Tu hermana quiso luego tomar por el jirón Junín y continuar por Gálvez, de modo que fue inevitable pasar por la peluquería de Palomeque. Bueno, estaría con sus clientes y ni cuenta se daría. Pero no fue así, porque había una enjalma con su moña en la vitrina, y Laura se detuvo para mirarla. Y valía la pena, porque consistía en un ave hecha de terciopelo verde oscuro, sostenida por un armazón y que reposaba sobre un cojín de raso amarillo. Un ave con ojos de plata y un plumaje espléndido, instalada como una reina sobre su soporte. «¡Oh, qué cosa tan bonita!», se admiró tu hermana, quien no se acordaba en ese momento del peluquero y del arte al que dedicaba lo mejor de sus esfuerzos. «Es una enjalma», dijiste, «de las que fabrica el dueño de la peluquería». «Ah, claro», dijo y levantó la vista, vio el letrero y preguntó: «¿El Minotauro?». «Así se llama desde los tiempos de su padre». Palomeque no tenía ningún parroquiano, y se levantó de la silla en que estaba sentado, al fondo de su establecimiento, y se aproximó. Miró a tu hermana y dijo: «Una obra muy especial, señorita, y digna de la mayor estima». «¿Cómo dice?». «Esta enjalma que usted avizora, distinguida joven, es producto de mis desvelos». Casi te ríes viendo el pasmo de tu hermana ante el alambicado hablar del artesano, interesado sin duda en ese rostro fresco y nuevo en Jauja. A ti, en cambio, no te concedió ni una mirada. «Así que eso es una enjalma», dijo Laura pensativa. «En efecto, y créame que será la primera vez que un ave así corone el espinazo de un cornúpeta». Laurita abrió la boca, pero no dijo nada. «¿Y qué ave es?», preguntaste, pero el hombre fingió no haberte escuchado. «Pase usted, que ya cae de nuevo una precipitación pluviosa», invitó el peluquero. Y así era, de modo que tu hermana accedió, y tanto ella como tú tomaron asiento. Laura observó por un espacio el letrero, los viejos y deslustrados espejos, el armario de las navajas. Se veía en una repisa, con sus cintas rojas, el viejo libro del *Arte explicado*, junto a un volumen encuadernado, que visto con atención, resultó ser de la Constitución del Perú. En el muro, el papel con la inscripción latina. Tu hermana se animó a preguntar: «Usted cose las enjalmas y hace las moñas, señor, y además corta el pelo…». «Así es, damisela». «Ah», contestó Laura, todavía desconcertada. Tú optaste por poner una cara impasible. Ella dijo, dirigiéndose al dueño del establecimiento: «Yo creía que las moñas eran solo flores de papel y seda, muñecas sujetas sobre almohadines, y cosas así… ¡pero esa ave! ¿Qué es, señor Palomino?». «Un ave de nuestra montaña, que los *chunchos* llaman con un nombre rarísimo. Una vez vi un ejemplar, y eso bastó

para que yo retuviera en mi memoria su forma, sus colores. Ahí está el resultado». «¿Ah sí?». «¿No es estupendo?», prosiguió entusiasmado el peluquero. «Me hace pensar en esa fiesta con un toro y un cóndor que hay en otras provincias, y que se llama *Yawar fiesta*». «He oído hablar al respecto, pero mi enjalma no tiene nada que ver con eso», respondió Palomeque. Y añadió, abstraído: «Un exótico pájaro sobre el lomo de una taurina fiera…». «¿Y usted cree que le van a comprar una obra así?», preguntó tu hermana. «No es solo por dinero que confecciono obras como esta, señorita, sino por amor a las bellas artes». Laura guardó silencio, y de pronto, sin transición, dijo señalándote: «Él es mi hermano». «Sí, lo conozco, porque a veces viene a repelarse aquí», respondió con sequedad el peluquero. «Buenas tardes», saludaste. «Buenas tardes», contestó. Y luego, poniendo otra cara, que quería ser galante, dijo: «Así que usted, dignísima damita, es hermana de ese correcto joven don Abelardo, bibliotecario de nuestro Municipio…». «Sí, señor». «Y es usted hija, por tanto, de don Eduardo Alaya, ya finado, a quien conocí…». «Así es». «Discretísimo maestro», comentó el peluquero, sin acordarse de que no hacía mucho había pretendido no saber quién era, «y padre cabal de tan guapa doncella». Laurita, quien ya había recordado de qué pata cojeaba el antedicho, agradeció con una venia el homenaje. «Gente culta, su señor hermano», prosiguió Palomeque, «y no como los mozalbetes de hoy, y menos aun como tanto cholo atrevido e ignorante que hay en Jauja, para no hablar de la plebe indiana». Laurita se movió incómoda en su asiento y dijo: «A usted, por lo visto, no le gustan los que llama indios…». «No es que yo los llame así, sino que eso es lo que son, y por cierto que no les tengo simpatía, por ociosos, borrachos e ignorantes, y, obstáculo, por lo tanto, para el progreso de la patria». Tu hermana se dominó y replicó con suavidad: «Pero ¿no somos todos iguales? ¿No es eso lo que dice la Constitución que usted tiene ahí, caballero?». «No, señorita, porque ese magno texto habla de los “indígenas”, y les da una protección muy semejante a la que concede a los menores, a los locos, a los incapaces». «Pero, ¿no son sus moñas y enjalmas para las corridas de toros de los pueblos, que es como decir corridas de indios?». Severo y pausado, se pronunció Palomeque: «No es para los indios, joven señorita, que yo confecciono estas obras, sino por amor a la tauromaquia, pasatiempo de reyes y conquistadores…». Y agregó todavía: «Y en loor, asimismo, sépanlo todos, del ser fabuloso bajo cuya sombra puso mi señor padre este establecimiento…». «¿Cómo dice?». «En homenaje, digo, de la fabulosa criatura cuya imagen tiene usted al frente, pintada por un artista alemán que hace muchos años pasó por esta ciudad. El Minotauro de los antiguos, joven dama». Estuviste a punto de reír, porque te acordaste de lo dicho por Mitrídates, de que butaca, espejo y minotauro eran toda una reverenda porquería. Laura preguntó: «¿Usted no es jaujino?». «Sí, y a mucha honra, pero de los antiguos, y sin mezcla de indio, zambo ni tísico». No habrías opinado lo mismo, por ciertas discordancias de los rasgos con la piel blancona del peluquero, para él ciertamente blanquísima. Tu hermana reflexionó por un momento, y dejando de lado el tono levemente desafiante con que había formulado la interrogación, preguntó con buen humor: «Y ese hermoso libro que tiene usted ahí,

¿no es un misal?». «No es tal», respondió Palomino, «sino un antiguo leccionario para los amantes de la lengua latina, y yo lo soy, joven dama». «¿Quiere decir que estudia latín?». «Así es, o por mejor decir me perfecciono en esa vieja y hermosa lengua». «Y pronto, entonces, hablará como un obispo…». «No como un obispo, sino como un latinista, para ejemplo de tanto ocioso que hay en este pueblo». Siguió un silencio, y tú preguntaste: «¿Y con quién va a conversar en latín?». «Con nadie», respondió el peluquero, «sino conmigo mismo, y escribiré también a la romana usanza. ¿Comprende usted, mozalbete?». Perplejo, te callaste. Laura intervino: «Entonces, si tanto le gusta el latín, y si es usted soltero, ¿por qué no se hace cura?». No se escapó al dueño de casa lo que había de irónico bajo el tono amable de la muchacha, y respondió con otra pregunta: «Dígame, ¿qué estudia usted?». «¿Yo? Pintura, en la Escuela de Bellas Artes de Lima». El peluquero se asombró: «¿Bellas Artes? ¿Una mujer en la Escuela de Bellas Artes?». «Sí». «¿Y pinta desnudos?». «Sí, señor, y por qué no…». Palomeque meneó la cabeza, atónito, pero optó por decir con aire que quiso ser condescendiente: «Entonces debiera usted entender, señorita, que si estudio latín en tiempos como el presente, no es por motivos religiosos, ni para hacerme cura, sino por puro amor al conocimiento, por pura vocación de estudioso». «Habla usted muy bien, señor Palomino». «¿Quiere usted decir demasiado bien para un peluquero?». «No, no quise decir eso…». «Peluquero y artista enjalmador, no lo olvide usted, y también librepensador, y por ello modesto seguidor de ese gran maestro que fue don Manuel González Prada, crítico insobornable de la clerigalla». «¿Clerigalla?». «Término con que justa e irónicamente se designa a esa caterva de retardatarios». «Ah…». Tú dijiste: «Y según he escuchado decir, es también usted florista». «No, florista no, mozalbete, pero me gustan mucho las flores, y nos esmeramos con nuestro jardín, yo y mi anciana madre». «¿Y la Constitución que tiene ahí?», preguntó Laurita. «Vuelvo siempre a sus doctas páginas, porque es la fuente de nuestros derechos, y marco altísimo de nuestras actividades». «Pero ¿acaso no tienen también derechos los que usted llama indios?». «Indios o indígenas son la misma cosa, y por eso, y lo repito, y por su inferior naturaleza, nuestra Carta Magna los protege». Mal inspirado, dijiste: «El señor Palomino es como el señor Fox Caro…». «¿Cómo?», exclamó Palomeque. «Quiero decir que usted es tan elocuente como ese señor». Una mirada glacial fue su inmediata respuesta, pero luego agregó: «Yo no soy como nadie, jovenzuelo, y menos como un Caro, de la muchedumbre de Caros que hay en esta tierra. Así que no me compare». Laurita preguntó: «Pero ¿no conoce usted a don Fox?». «Sí, mas nada tengo que hacer con ese fabricante de disparates. Pues, ¿a quién si no a un tonto e ignaro puede ocurrírsele que un mortal se convierta después de muerto en caracol o cucaracha?». Hubo un incómodo silencio. Y como si no fuera suficiente, agregó Palomeque: «Solo eso faltaba, ¡un rompetablas que enreda y engatusa las molleras de indios y cholos ignorantes, y de una que otra dama decente!». Bien entendiste a quién se refería esta última expresión, pero no dijiste nada. Preguntaste, más bien: «¿Y por qué les tiene usted ojeriza a los tísicos?». «¿Acaso no traen enfermedad, desvergüenza y muerte? ¿Acaso no son, en

muchos casos, unos muertos de hambre, y por eso unos ladrones?». «No se puede hablar así, señor Palomino», intervino tu hermana. «Eso es lo que son, y como ejemplo está ese muertero del hospital, que gasta bromas inverecundas a los pobres finados que caen en sus manos». «¿Se refiere usted…?». «Sí, al barbudo que tiene a su cargo el mortuorio». Nuevo y prolongado silencio, porque el peluquero se había puesto de veras furioso. Y dijo todavía: «Una tarde vino aquí ese foráneo, muy desfatachado, pero yo lo puse en su sitio, ¡o no habría sido yo Cristóforo Palomino, enjalmador y humanista!». Laurita lo miró espantada y tú echaste una ojeada a la salida. Por fortuna la llovizna había cesado, así que tu hermana se levantó y dijo: «Bueno, señor, gracias por haber permitido que nos guareciéramos aquí». Palomeque hizo un esfuerzo por dominarse y volvió al tono galante, grotescamente galante, del principio: «Cuando usted guste, bella señorita». Y una vez más no te concedió ni una mirada. Hubo un intercambio de «buenas tardes». y otro de venias, y tú y tu hermana salieron de la tienda. Ya en la esquina Laurita se asombró: «Pero ¿de dónde ha salido este energúmeno?». «¿Es que no lo recordabas?». «Sí, claro, y tengo presente la historia de Julepe y el heliotropo, pero no me imaginé que fuera así». «Pues así es Palomeque». «Y no solo eso, sino un estúpido racista, y más estúpido aún con esas aspiraciones de latinista», dijo Laurita con cólera. En fin, sosegados ya, tomaron ambos el camino de casa. Pero unos minutos después tu hermana comentó: «Será un bellaco, pero el ave de terciopelo en la vitrina ¡de veras que es hermosa!».

5 de febrero

Anteayer vinieron las amigas de Lauri; ahora les tocó a los míos, muertos los tres de ganas de verla. Nos sentamos en el patio, como siempre. «¿Y tu hermanita?», preguntó, todo hipocritón Felipe. «Ahí está». «¿Y no podemos saludarla?». «Ahorita sale, pero no por ustedes, sino porque se va a la calle». «Ah», dijo Julepe, con desencanto. Y estábamos charlando cuando se apareció ella, muy arreglada. Hice las presentaciones, y Laurita los miró con curiosidad, con divertida curiosidad, porque no los veía desde hace años, y a Tito no lo conocía. Tito se puso rojo, y Julepe sacó su mejor cara de idiota, mientras que Felipe fue el único natural. Aunque no mucho, porque no la llamó por su nombre, ni dijo «hola», sino «cuánto gusto», y «gracias», y «señorita». Y después, cuando ella se fue, comentó: «Oye, qué guapa está tu hermana». «¡Ay!», suspiró Julepe, todo embobado. Tito lo atajó diciéndole: «Ni suspires, porque tiene veinte años y debe estar acostumbrada a gente de verdad, y no a tontos como tú». «¿Y qué se creen ustedes? ¿Acaso no soy aquí el más hombre?», protestó Julepe. Felipe retrucó: «El más viejo, sí, y nadie lo niega». Y yo tuve que intervenir: «Mejor hablemos de otra cosa». Mas no fue mucho lo que se les ocurrió, ya que Laurita había dejado algo así como un aire, un resplandor, y los tres seguían intimidados.

Siento la tentación de ir y echar una mirada por la peluquería de Palomeque, para ver con qué cara me recibe. Pero ¿no sería provocar a los dioses, como diría con homérico lenguaje mi

tía Marisa?

Esa mañana se presentaron en casa, a una hora temprana, Felipe y Julepe. Los recibiste con suspicacia, pues imaginaste que iban a echar una nueva mirada a tu hermana. No fue así, sin embargo, pues Felipe dijo: «Oye, venimos en plan de negocios». «¿Negocios?». «A ver que te cuente el rapaz». A Julepe no le gustó el calificativo, pero explicó de qué se trataba: «Mi tío Arsenio se ha quedado sin leña seca para su horno, y solo podemos conseguirla de mi madrina, doña Gregoria Porras, que tiene unas cargas en su *cerco*, más allá del pueblo de Santa Ana. Pero como mi tío está muy ocupado, y a ese sitio no llegan los carros, yo le he dicho que puedo contratar unos burros y traer esa rama». «¿Y?». «Pero yo no puedo solo, así que si ustedes me ayudan…». «En otras palabras», explicó Felipe, «nos quiere contratar como peones y hacernos trabajar como burros». «Oye, yo pongo el cliente y la plata para las bestias, y ustedes solo me ayudarán a cargar y a arrear los asnos. ¿Es mucho?». «Lo que me parece mucho es que tú seas el patrón…», dijo Felipe, riéndose. No estaba mal eso de ganar un poco de dinero, y además el trabajo no parecía muy fuerte, ni sería la primera vez que fueses por el campo con cargas y borricos. «¿Y cuándo tiene que ser el asunto?», preguntaste. «Hoy mismo». «Y ¿cuánto nos vas a pagar?». El regateo que siguió fue prolongado, y entre los dos, tú y Felipe, consiguieron mejorar la magra oferta de Julio Leandro Pérez. «Y además», añadió este, «nos daremos un paseo, y de paso nos ganaremos un poco de platita». «La platita será para nosotros, si cumples con pagarnos, y la Plata, con P mayúscula, para ti», dijo Felipe. «A mí, de chico, me gustaba montar burro», dijiste. «Y además», prosiguió el de la iniciativa, «no hay peligro de que nos vean, porque tomaremos el camino que llaman Amancebado, por donde no van carros». «¿Y dónde está el horno?». «A la entrada de la Era de Ánimas, y ahí cerca nomás está la casa del señor Remusgo, el de los burros». Así, pues, la cosa no parecía riesgosa. Se te ocurrió una idea: «Oye, si nos ven las amistades, nos pagas el doble». «Ni un centavo más, porque eso es parte del trabajo». No insististe, pero señalaste: «¿Se imaginan los chistes que nos colgarán si nos ven corriendo detrás de unos borricos?». «Todo sea por los negocios», dijo con filosófico aire Felipe. «Está bien», dijiste. Y sin más fuiste a dar aviso a tu tía Marisa, porque tu madre no estaba en casa y Laurita aún dormía. No le diste detalles, desde luego, porque si no se habría reído, y te limitaste a decir que ibas a ayudar a Julepe en cierto trabajo, y que por eso te pagarían unos soles. «Sobrino, me parece muy bien, pues así verás lo que cuesta ganarse la vida», se congratuló tu tía. Te cambiaste de ropa y te preparaste un pequeño refrigerio. Luego los tres socios se dirigieron en busca de los jumentos. Su propietario era el mismo señor Florencio Remusgo que una vez alquiló sus animales a tu mamá, cuando se trató de recoger un par de sacos de semilla para la chacra de Ataura, hacía ya tres años. Te acordabas de aquellos, por supuesto, y de sus nombres, Tolomeo y Timoteo, cuya griega procedencia contrastaba, según hizo notar Abelardo, con los bíblicos de los gatos de doña Mercedes. Don Florencio no dio ninguna señal de reconocerte, por lo cual te

felicitaste, y mostró sus engreídos. Había cuatro. «Escoge dos», le dijo a Julepe. Y Julepe eligió precisamente los dos de aquella vez. «Están un poco viejos, pero son aguantadores y obedientes», explicó el dueño, y procedió a presentarlos: «Tolomeo y Timoteo, para servirlos, jóvenes». El primero era un asno con facha de taimado, y el segundo uno malcarado, con un aire semejante al del gato amarillo de la señora Chávarri, sobre todo en su mirar atravesado. «¡Vaya, qué nombres!», se sorprendió Felipe. «¿Será suficiente con dos?», preguntaste a Pérez, de cuyo ahorrativo espíritu se podían temer muchas cosas. Él vaciló, así que pasaste a la ofensiva, apoyado por Felipe, temeroso como tú de que al final fueran ustedes los paganos, es decir los que tuvieran que cargar con parte de la leña. «A lo mejor hace falta», terminó por conceder Julepe, así que tomó en arriendo uno más, que se llamaba Remigio, nombre que te pareció adecuado para el lanudo pollino de que se trataba. «Es un poco inexperto, pero sufrido», anotó don Florencio. No pudiste aguantar la curiosidad: «¿Y por qué se llaman así? ¿Por qué Timoteo y Tolomeo?». «Porque en mi casa siempre hubo un burro Timoteo y otro Tolomeo». «Y ese otro, ¿por qué Remigio?», preguntó a su vez Felipe, con un tonito igualmente burlón. «En honor a un antiguo presidente de la república. ¿Has oído hablar de él?». «Bueno, ya vámonos», decidió Julepe, cansado de tales explicaciones. Y sin más abonó el precio y procedió a asegurar con mano experta las caronas y las albardas. Y allá partieron ustedes por el camino Amancebado, llamado así por ser de herradura y correr en forma paralela, pero escondida, al principal. Tan alegres como Colón con sus carabelas. Abría la marcha Timoteo, y seguía el cachazudo de Tolomeo, y un poco a la zaga, tímido todavía, caminaba Remigio. «¿Por qué no montamos?», propuso Julepe. «Más adelante», aconsejó Felipe, aún temeroso de ser visto. Te ibas a reír, pero te asaltó el miedo de que Leonor también pudiese verte, pues nadie podía asegurar que no vendría ese día a Jauja dando un rodeo, y te topases con ella. Bah, eso no tenía sentido. ¿Para qué iba a alargar su recorrido? Y así, al cabo de un rato, Julepe montó en Tolomeo, Felipe en Timoteo, y tú, entre divertido y resignado, en Remigio. «Oigan, ¿no nos parecemos a los tres mosqueteros?», se chanceó Felipe. «¿Qué?», preguntó, molesto, Julepe. «No seas burro, que no he dicho lo que piensas, sino “mosqueteros”. Abre bien las orejas». No se convenció el otro y tuviste que recordarle una serial del mismo título, *Los mosqueteros*, porque iba a ser más difícil explicarle lo de la novela. Felipe tomó la delantera, aunque con mucho ojo, porque Timoteo tenía traza de traicionero. Y tú, por mirar el paisaje y disfrutar de la cabalgata —si así se podía decir tratándose de borricos—, te rezagaste. El pollino caminaba con paso muy regular, que por momentos se tornaba en trotecillo, y debió tomarte simpatía, porque de rato en rato se volvía a mirarte muy amistoso. Te acordaste de Ayax, pero de seguro Remigio era menos testarudo que el argivo. Y aunque argivos y troyanos no montaban, sino que iban en carros con aurigas, te figuraste que eras uno de los defensores de Ilión, y que así, caballero en un jumento, y perdido como Eneas, ibas a dar no a la llanura del Escamandro, sino a la más modesta del río Yacus. La idea te produjo un acceso de risa, lo cual dio motivo para que Julepe le dijese a Felipe: «Oye,

Claudio está riéndose otra vez solo, como un loco». Filósofo a su modo, Felipe se limitó a citar el viejo refrán: «Quien a solas se ríe…». Fingiste que no habías escuchado y te pusiste a mirar tu sombra y la sombra del asno, y a la verdad que formaban, tú y él, una graciosa figura, por los flecos de su pellejo, sus patas cortas y la silueta de Quijote adolescente que tenías. En cierto momento, el pollino alcanzó a sus socios. Aprovechaste para jugarle una pequeña broma al contratista: «Oye Julepe», dijiste, «a que no adivinas a quién he visto hace un ratito…». «No sé». «A Cartucho el Rata». Julepe se puso lívido y Felipe detuvo en seco su cabalgadura. «¿Estás seguro?». «¿Dónde?». «Por ahí, por esa entrada, que es la casa de un señor Josué Castro, compadre de mi tía Grimanesa». «¿Y qué va a hacer ahí?». «Deben ser parientes…». «¡Es un deslenguado y nos va a joder por todo Jauja!», se espantó Julio Leandro Pérez. No pudiste aguantar la risa y tu mentira quedó al descubierto. «¡Nos la vas a pagar!», amenazó Julepe. Pero acabó por olvidar la broma, y preguntó algo que debía haber estado rondando en su cabeza: «Oye Claudio, debes estar pasándola muy bien, con la llegada de tu hermana y los carnavales que se vienen, ¿no?». «No, ella no se va a quedar hasta entonces». «¿No le gustan?». «Claro que sí, pero tiene cosas que hacer en Lima». «Está buena tu hermanita», dijo Felipe, con voz neutra, falsamente neutra. «Buenísima, y a fe que me gustaría que fueras mi cuñado». «Repito que es mayor que tú, Julepe». «Mayor, pero no vieja, así que…». «Je, je», se rio Felipe. «Olviden a mi hermana, que tiene pretendientes mucho más interesantes». «¿Y qué hace en estos días?», quiso saber Felipe. «Hoy se va con sus amigas a Huancayo». «¿A Huancayo?». «Sí». «¿Y por qué no aprovechaste y te fuiste con ellas?». «Oh, no», se burló Julepe, «esas señoritas también son mayores y tienen amigos más interesantes». «Así es», dijiste con humildad, ya que en efecto María del Carmen, Berta y Cristina eran de la edad de tu hermana, o un poco mayores. «Si yo tuviera una hermana, una sola…», suspiró Julio Leandro Pérez. «Debe ser pesado eso de tener ocho hermanos, todos varones», comentaste. «Ocho machos y todos cojudos», sentenció Felipe. Julepe le dirigió una mirada venenosa y dijo: «Yo no me doy de pendejo, como algunos, que en el fondo son mucho más cojudos». «¿Qué quieres decir?», se amoscó el sobrino de Zoraida Awapara. «No, nada…». Sobrevino un largo silencio, en que Felipe estaría sopesando sin duda si valía la pena armar pelea. Debió decidir que no, por los soles en perspectiva, y se limitó a un gesto que de algún modo quería decir que a palabras necias oídos sordos. La mañana era muy clara y todo se veía tan diáfano. Llegaron así al Yacus, río estacional que, según el profesor Calle, era antaño más caudaloso. Pero ¿quién le podía creer a ese viejo mentiroso? Propusiste un alto, y así se hizo, con gran contento de los borricos. Ustedes se echaron en la hierba, mientras los animales se ponían a pastar. Te dedicaste a contemplar el paisaje. Allá a lo lejos se veían las laderas de Yauli, y aun más distantes, los farallones de Pacllacancha. Al otro lado de las cimas estaba Cayán, y más allá Janchiscocha, el asiento minero de las siete lagunas. Ese mítico lugar, no lejos del Marayrasu. Te volviste a mirar las arboledas de Hualá y de Yauli, que a la distancia parecían verdaderos bosques. Leonor, amor lejano. Otra vez la pregunta: ¿qué estaría haciendo a

esa hora? Bueno, era mejor no pensar en ella. El agua del río se veía turbia por los aguaceros de la víspera, y se deslizaba con rapidez y ruido. Alzaste la vista hacia las cumbres, de las que provenía, para ir a desembocar en el Mantaro. «Oye, ¿en qué piensas?», te arrancó a tus pensamientos la voz de Julepe. «Miro el paisaje». «¿Paisaje? Eso es cosa de poetas y huachafos». ¿Qué idea tendría él de la huachafería? Ibas a responder, pero se alzó la voz imprevista de Tolomeo, en poderoso rebuzno que fue seguido por otro de Timoteo, que sin duda no podía aguantar que le pisaran el poncho, ni siquiera en materia rebuznante. Remigio no se dejó llevar por tan mal ejemplo, y continuó en pacífica degustación del pasto. «Ahora te toca a ti», le dijo Felipe a Julepe. Pero este, ni corto ni perezoso, tocó un punto muy sensible: «En este asunto yo soy el jefe, y me deben respeto, así que esa broma te cuesta un descuento». Asombrado, Felipe se echó a reír. «Y por reírte, otro diez por ciento», añadió Pérez. Y no lo decía en broma, sino con cara de quien tiene la sartén por el mango. Pero Felipe no se complicaba así nomás la vida, así que procedió a disculparse en debida forma, con lo cual volvió la paz a la expedición. «Ahora nos toca comer a nosotros», indicó, conciliador. No tenías apetito, pero procediste a servirte el refrigerio que habías llevado. «Ya, vamos, que se hace tarde, y a lo mejor llueve», dijo luego Julio Leandro, asumiendo su papel de empresario. Y no hubo más remedio que montar de nuevo y reiniciar el viaje. Etapa algo pesada, por el calor de mediodía, y perturbada por el mordisco que Timoteo le quiso dar, sabe Dios por qué, a tu jumento. Fue un gran alivio llegar al *cerco* de doña Gregoria Porras, matrona avecindada en Jauja, pero con propiedades por ese lado del valle, y madrina de tu amigo. Salió el cuidador, un hombre de barba negrísima, ojos inyectados y cara de malas pulgas, que no contestó el saludo. De un corralillo cercano se alzó una salva de ladridos, que el chacarero acalló con un «¡So, perro ’e mierda!». Julepe sacó el mensaje que traía y se lo dio al individuo. Este lo miró y remiró, y habría hecho quizás lo mismo que Atahualpa con el breviario, si Julepe no le hubiera advertido: «Es una carta de mi madrina, doña Gregoria». El hombre abrió el sobre y comenzó a deletrear el contenido con mucho esfuerzo, de modo que Julepe se ofreció a ayudarle. Y leyó, pues, en voz alta: «Don Juan Timoteo Candela: El portador de esta es mi ahijado, el joven don Julepe Pérez, a quien usted le dará tres cargas de rama seca, de la que tenemos amontonada. Solo tres y nada más. Y no deje que sus burros se metan al alcacer. Saludos. Gregoria Porras». Luego de un momento de sorpresa ante el nombre del destinatario y el contenido de la misiva, tú y Felipe soltaron la risa, a lo que Candela se mandó un «¿Qué hay, carajo?» que le heló la sangre a Julepe, quien estaba al alcance de semejante Polifemo. «No, nada», dijo Felipe. «¡A mí no me van venir con cojodeces!», tronó el hombre. ¡Con razón se llamaba Timoteo, igual que el burro malcarado, y para remate se apellidaba Candela! Volvió a examinar el papel, como si nunca hubiera visto una carta. «¿Y para qué quieren esa rama?», preguntó, como si fuera cosa suya. «Son para mi tío Arsenio». «¿Y quién es Arsenio?». «Es mi tío», dijo Julepe, a lo cual el barbado lo miró con expresión aun más colérica. «En todo caso, eso no interesa», intervino Felipe con aplomo, «sino el encargo de la señora

Gregoria, y lo que ella dice es que usted nos entregue esas cargas de rama». El hombre se puso bizco de la ira, pero no insistió. «Ahí está, es toda esa *chaclla*», dijo, y se fue a sentar otra vez en el corredor de su casucha. Su tocayo, el de cuatro patas, lo siguió con la mirada, entre curioso y disgustado, como cuando uno se encuentra con un prójimo del mismo apellido y vestido de la misma manera. Mas no terminaron allí las tribulaciones, porque el perro de Candela, no menos fosco que su dueño, dio de pronto un salto por encima de la valla y se abalanzó contra Julepe, quien con mucho egoísmo se guareció detrás de su borrico. El cuidador no se dio por enterado del ataque, pero tuvo que hacerlo cuando el asno le encajó tal coz al can que lo lanzó por los aires, dejándolo sin sentido. Candela se levantó entonces hecho una furia, y agarró un palo con intención de rajarle la cabeza al burro, pero este se cuadró patas en ristre, listo para la batalla. Además tú y Julepe cogieron unas piedras con aire muy resuelto, a lo cual el rústico titubeó, ocasión que aprovechó Felipe para intervenir: «Oiga usted, ¡o nos da ahorita mismo la *chaclla*, o nos vamos y le avisamos a doña Gregoria, y de paso le denuncio a mi tío el subprefecto que usted es un ladrón, y que se quiere quedar con la leña!». Timoteo Candela se atarantó, como habría dicho Mitrídates, y después de soltar un par de palabrotas hizo un gesto que significaba algo así como «¡Hagan lo que quieran!», y se puso a atender al desmayado. «¡Tocho, despierta!», le decía, y como eso no resultaba acabó por gritar un «¡Ya no te hagas el muerto, perro cojudo!», a lo cual Tocho volvió en sí y prorrumpió en aullidos. «¡A cargar!», dijo Felipe, con aire de jefe y señor de la expedición. Los tres pusieron manos a la obra, no sin tener los ojos muy abiertos, por si Candela y su perrazo intentaban tomar venganza. No fue así, porque Tocho no estaba para tales menesteres y seguía quejándose con gran escándalo, y porque su dueño no quería problemas con doña Gregoria, y menos con la autoridad. Pronto los tres borricos estuvieron con su cargamento, en guardia todavía el Timoteo asnal, y desconcertado y displicente Tolomeo. El bueno de Remigio, que había espectado con mucha calma lo sucedido, fue quien encabezó la retirada. Y así, sin dar gracias a nadie, porque no había de qué, ni descuidarse ni por un segundo, la comitiva partió de regreso a Jauja. Al minuto comenzaron los comentarios en torno a lo sucedido. ¡Qué tal coincidencia! ¡Un Timoteo humano que no tenía nada que envidiar al del señor Remusgo, y aun peor! Y ese Tocho, ¿cómo podía llevar un nombre tan cariñoso, si era una fiera? «Oye Julepe», reclamó en cierto momento Felipe, «esa pendencia no estaba prevista, así que tendrás que pagarnos el doble». «¿Por qué? ¿Acaso te atacó a ti el perrazo?». «Apaciguar a Candela era tu problema, pero yo lo hice». Te viste en la necesidad de intervenir para calmar las pretensiones de tu socio, y la patronal indignación de Julepe. Hubo todavía alguna discusión, pero al fin volvió el sosiego, sin que Julepe cediera ni un milímetro, y la conversación giró otra vez en torno a la tremenda patada que le mandó Timoteo a Tocho, digna en verdad de Aquiles, con perdón del Pélida. «Creo que el perro no pasará de esta noche», dijo Felipe. «¿Y si se queja a tu madrina?». «Yo no sé», dijo Julepe, «pero si se queja, y mi madrina le da la razón y me hace pagar, ustedes tendrán que devolver el dinero». «¿Qué?». «En todo caso, les pagaré recién

cuando vea que ese Candela no mete lío por su Tocho». «Bueno», dijo Felipe, «en ese caso nos paramos aquí y les bajamos la carga a los burros, y te ayudaremos cuando doña Gregoria resuelva y tú nos pagues». Otra vez no pudiste aguantar la risa. La discusión prosiguió y terminó con la derrota de Julepe, quien no solo tuvo que desistir, sino apoquinar allí nomás un adelanto, con gran dolor de su bolsillo. La caravana prosiguió la marcha, luego, con los tres jumentos caminando con cadencioso paso, no por afán musical, sino por la naturaleza y forma de las cargas que portaban. Timoteo malhumorado siempre, y deteniéndose de rato en rato para sacudirse, y Tolomeo haciéndose el rengo. Remigio, por su parte, optó por un aire más o menos obispal, y movía a compás la cabeza, como prelado que mira y bendice a su grey en una procesión. Ibas tú detrás, y de rato en rato te acometían tales arrebatos de risa, que el pollino se daba vuelta, alarmado. «Claudio está loco», decía Julepe. «No estoy», aclaraste, «sino que me río por los extraños nombres que hay en esta excursión». «¿Ah sí?». «Recuerden que ese energúmeno se apellida Candela, muy de acuerdo con su carácter, y se llama además Timoteo, igual que el asno de Felipe». «El asno no es mío, y si aquí hay alguien inteligente, soy yo», aclaró el aludido. «Y eso no es todo, Julepe, porque tu madrina se apellida Porras, y fue un porrazo lo que estuvo a punto de darte el barbudo, y otro a tu jumento». «¿Y Tocho?». «Bueno, habrá que mirar en el diccionario». «Pero ¿qué nos dices de Tolomeo?», objetó Felipe. «Él no tiene que ver en el asunto, y además es un taimado, que pone cara de que está en las nubes». Tú añadiste: «Y claro, ¿no fue un Tolomeo el que hizo el primer mapa del cielo, como nos enseñó el profe de geografía?». «Bueno, pero ¿y tu engreído?», objetó Julepe. «¿Remigio? Digamos que él es muy político, porque no movió ni un pelo cuando estuvimos a punto de agarrarnos a pedradas con Candela, y tampoco rebuznó hace un rato…». Y como si lo hubiese entendido, y eso lo motivara, Tolomeo se detuvo, husmeó el aire y lanzó el rebuzno más largo y astral que habías oído en tu vida. Timoteo lo tomó a mal, y por poco le avienta una coz. Remigio no dijo nada, pero se detuvo y contempló con pensativos ojos al autor de tan poderoso llamado. Te reíste hasta las lágrimas, y Julepe, por su parte, se tiró al suelo y rodó en la hierba, en un ataque de carcajadas. Felipe fue el primero en sosegar la risa y dijo: «No, ese no tiene nada de astrónomo, sino de turronero». Se reanudó la marcha, en fin, y Julepe cambió de tema: «Felipe, ¿cuándo vamos otra vez adonde tu tía?». «No sé». «No vamos a esperar tanto, ¿no?». «¿Y por qué no?». «Es rica la vieja y quiero verla calata de nuevo». «No se calateó». «Bueno, se desvistió». «Ya veremos…». Tú guardaste silencio, cosa que fue mal interpretada por Julepe, quien se volvió hacia ti y dijo: «Por lo que veo, no estás interesado en doña Zoraida…». «Yo sí, pero no por eso molesto a Felipe». «Ustedes tienen algo concertado», sospechó Julepe. «Lo que está concertado», replicó Felipe, «es que la cosa no es gratis, y tienes que pagar de nuevo». «Ya pagué la vez pasada…». «Así es, pero si quieres verla de nuevo…». «Ya hablaremos», dijo Julepe. Pronto, sin embargo, te acometió otro acceso de risa, por eso de «joven don Julepe», como llamaba a tu amigo su madrina en el mensaje a Juan Candela. Y así, entre risa y risa,

continuó el retorno. Eran ya como las cuatro de la tarde. Al otro lado, hacia el oeste, se alzaban, imponentes, las cimas del cerro de Huajlas. Cuando llegaron a la altura del cementerio, Felipe se acordó: «¿Cómo estará Tocho?». «Tendrá que guardar cama unos días», dijiste. Julepe, por su parte, anotó: «Ojalá nomás que se reponga, porque si no Candela nos echará la culpa». En eso la caravana llegó a la Era de Ánimas, y minutos después al horno, que en efecto se encontraba a la salida de la población. Los recibió el dueño, tío de Julepe, y debía estar muy necesitado, porque lanzó un sonoro «¡Gracias a Dios, ya está aquí la leña!». Se bajaron las cargas, y el panadero le dio a Julepe el saldo que le debía, que su sobrino guardó de inmediato en lo más recóndito de su ropa. Mas no le valió de mucho, porque a la salida del establecimiento Felipe lo atajó: «Páganos el resto, amiguito». «¿Les debo todavía?». «Claro que sí». Y Julepe tuvo de abonar, compungido, todo lo que restaba. Hubo luego que enrumbar hacia la casa del señor Remusgo para devolverle su tropilla, pero en cuanto Timoteo sintió el olor de la querencia, partió a la carrera, seguido por Tolomeo. A Pérez no le quedó sino echar a correr él también, por el miedo de que las bestias se perdieran en el trayecto. Tú, por tu parte, no tuviste ningún problema, pues Remigio no siguió tan mal ejemplo, y se limitó a unos resoplidos de humanísimo contento. Así alcanzaron a Julepe en el patio de don Florencio, cuando este procedía a inspeccionar a sus animales, como era de rutina. «¿Se portaron bien?», preguntó. Julepe tuvo el tino de responder con un monosílabo, y ya en la calle, disgustado todavía, se despidió de ustedes con algo que parecía un reproche, a la vez que un lamento: «¿Ya ven qué fácil se ganaron esa plata…?». ¿A qué discutir? Felipe tomó también el camino de su casa, anunciando que esa tarde invitaría a tomar un lonche a Rosalinda. «¿Cómo? ¿Ya están de lonches?», preguntaste. «Je, je», se rio, con aire enigmático. ¿Y el bolero? ¿Le habría servido de algo? Tú te dirigiste con calma a casa y, sin lavarte siquiera, te fuiste a consultar el Sopena de tu padre, pues querías confirmar tus sospechas. Y, en efecto, viste que existía la palabra «tocho», que quería decir precisamente «tosco», «inculto», «necio», y también «palo grueso», «garrote». Así, pues, el tal Tocho merecía llamarse como se llamaba, y se merecía aun más el patadón que le propinó el asno. Tu madre, que te había oído entrar, y estaba ya informada de la excursión, fue a ver cómo habías regresado: «Así que hoy estuviste de faena, hijo». «Sí, madre, y no te imaginas el lío que se armó con un tal Candela y su perro Tocho, y la homérica coz que le mandó un burro que se llama Timoteo». Y tu madre, que no se acordaba de los jumentos del señor Remusgo, ni se imaginaba que hubieras andado en tales líos, te miró perpleja. «¿Cómo? ¿Quiénes son ese Candela y ese Timoteo? ¿De qué Tocho me hablas?». Y comenzabas a contarle, cuando te asaltó un nuevo y más extraño ataque de risa. Y como ella te observara aun más asombrada, tuviste luego que tranquilizarla: «No estoy loco, ni pasó nada, y aunque por poco hubo una pelea con ese Tocho y el tal Candela, todo terminó bien y me reí de lo lindo». «Bueno, todavía te sigues riendo, ¿no?». «Y además me gané unos centavos». «Laudable cosa en estos tiempos, hijo». «¿Y Laurita?». «Todavía no llega de Huancayo, ya que volverá en el autovagón de las cinco». «Volveré a contar todo con detalles

cuando ella esté aquí». «Si tanto te gusta hacerlo…». Y sin más te fuiste a dar la más larga ducha de toda tu adolescencia. Y mientras lo hacías aún te daban esos ataques de risa.

7 de febrero

Cómo se rieron cuando conté aquí en casa, punto por punto, la aventura con Juan Timoteo Candela y su perro Tocho. Laurita, sobre todo, estuvo a punto de irse en aguas por la risa. Hubo especiales elogios para Remigio, y a todos les sorprendió que pudiera haber un burro con aficiones astrales, como Tolomeo. «No hay más», dijo mi tía, «y ve a matricularlo en la escuela de Fox Caro». «Él no tiene ninguna escuela, y no me gusta que te burles», protesté. «No se burla», dijo Abelardo, «y si dice "escuela", lo hace en el sentido en que Sócrates y Platón tenían discípulos». Allí me enojé más, pero mi madre volvió las cosas a su sitio, diciendo muy tranquila: «¿Y si Tocho se muere?». «¿Cómo?». «¿Si en realidad no es propiedad de ese desaforado, sino de la señora Porras?». Se me fue todo el enojo, por supuesto, porque si era así, y doña Gregoria le encajaba un castigo a su sobrino, Julepe procedería a cobrarnos por el entierro y el reemplazo de Tocho. «Ya, no seamos pesimistas», dijo mi tía, que adivinó por dónde iban mis preocupaciones, «y hagamos votos por el pronto restablecimiento de esa fiera». «Y para tranquilidad de tu conciencia, joven hermano», dijo Abelardo, «escribe unos versos heroicos, al homérico modo, bajo el título de Batalla de Tocho y Timoteo. *«Sí», dijo Laurita, «y léenos tu composición antes de que yo me vaya». Yo guardé silencio, sin saber si debía reírme. Pero después, cuando todos se fueron, me puse a canturrear, así nomás:* Si de perros y porras / está lleno el mundo, / no pasa lo mismo / con el gran Tocho, / porque Tocho, señores, / hubo uno solo. *Malísimos versos, que sin embargo me provocaron otro acceso de risa.*

3 de la tarde

Hablamos con Laurita, largo y tendido. Nos contó su excursión a Huancayo. «Es mucho más grande que Jauja, y mucho más animado», dijo, «pero no tiene ninguna gracia». Yo estuve solo en parte de acuerdo, porque a mí me gustan esas casas grandes, antiguas, de la avenida Giráldez, con sus balcones blancos. «Nos divertimos mucho, y por ahí se aparecieron unos jóvenes conocidos de Cristina, y nos invitaron pasteles y refrescos», contó Laurita. Tuve la mala idea de decir: «Me hubiera gustado ir…». «Je, je», se rio mi hermana, con esa risita de Abelardo que me saca de mis casillas. Tía Marisa aprovechó y dijo: «No, sobrino, tú eres un párvulo para estas damiselas, y solo habrías sido un estorbo…». «Hablé en general, y no dije que hubiera querido ir con ellas», protesté, pero nadie me hizo caso. «¡Qué lindo el paisaje», prosiguió mi hermana, «y qué lindos, en especial, los maizales de San Jerónimo, los arbolados de Concepción, y el violado y añil de los cerros del lado oeste del valle!». «Sí, pero a mí no me gusta Huancayo», dijo Abelardo, coincidiendo con mi hermana. «Allí hay más pobreza que aquí, y mayores diferencias de clase», dijo mi tía. «Pero son lindas las mantas, y los campos de

Chupaca, y la iglesia de San Jerónimo», dijo mamá, con aire soñador. «¡Qué entrevero, hermana mía!», comentó mi tía. «¿No será que nos dejamos llevar por esa provinciana rivalidad entre Jauja y Huancayo?», preguntó Laurita. «A mí me gusta la calle Giráldez», dije pero otra vez nadie me prestó atención.

Laurita y sus amigas, sonrientes y felices, paseando por esa avenida, en una tarde sin fin.

En el jardín, Laurita pinta. Hay en casa un caballete y ha puesto en él un bastidor. Pinta de pie, bajo la luz de esa mañana transparente. Trabaja desde muy temprano, y son ya casi las diez. Tú estás en un ángulo del comedor, y puedes verla muy bien a través de la mampara. Sentado allí, sin que se haya percatado de tu presencia, has revisado unas notas en tu libreta y ahora observas a tu hermana. Puedes ver su figura de espaldas, su cabello recogido en un pequeño moño, el pincel que sostiene. Laurita, en esa claridad húmeda, cristalina. Te esfuerzas en distinguir la lejanía que ella contempla a intervalos, y la otra, la que va construyendo en el lienzo, trazo a trazo. Te levantas y te acercas de puntillas por detrás de la vidriera, y miras la tela, allí casi al alcance de tus manos. Flancos de roca de un violeta y un rosa azulado, a uno y otro lado de una quebrada, y que se alzan hasta la puna, y, más allá, hacia unos barrancos donde rebotan las nubes. Piedra, noche, bajo esa luz matinal. Montañas de Hualá, de Yauli, de Pacllacancha, y, más allá, de Ricrán y Janchiscocha, que tu hermana hace suyas y simplifica. Anotas *laderas de roca*, *pastos*, *crestas*, y después *arriba la puna, y aquí delante*, *en el patio, árboles oscuros*. Paisaje tan diferente, en verdad, de los que tu hermana pintaba en otras temporadas, y en los que predominaban sembríos, flores, campos en sol y caídas de agua. ¿Será que hoy es otra Laura, sin dejar de ser la misma? ¿Otras sus preferencias? No sabes si continuar allí, y correr el riesgo de que te descubra y se enoje, o marcharte. Te asalta de súbito el recuerdo de la noche de Navidad, cuando esperabas en el balcón a las danzantes de *huaylijía*, absorto, expectante. Sí, hay algo de esos momentos ahora. Te decides, en fin, y regresas a la mesa, a tus apuntes, tus misteriosos apuntes, en las libretas que le compras al señor Bullón. Te sientas de nuevo, y escribes: *¿Está bien observar así a mi hermana, a escondidas? ¿Acaso me gustaría que ella me mirase, oculta también, cuando quiero componer algo en el piano, cuando escribo?* Sonríes al recordar la vez aquella en que tía Marisa te sorprendió tomando notas, y como ya estaba enterada de tu manía, comentó: «Este joven tiene vocación de notario, ¿no crees, Laura?». Y tu madre contestó: «No me parece…». Y tu tía insistió: «Yo pienso que sí, pues según parece quiere acordarse de todo, dejar constancia de todo, asegurarse de todo…». Y tú dijiste: «Sí, tomo notas, porque hay tanto que no quiero olvidar, pero ¿voy a ser notario por eso?». Y ella te miró entonces con una expresión culpable, que te hizo reír. Laurita, por su parte, sabe tus afanes, pero los considera como algo natural y no comenta nada. Y así, si te viese ahora, seguramente no se daría por enterada, a menos que advirtiera que su cuadro es el tema de tus anotaciones. En tal caso quizá se enojaría, y cuando se enoja es de verdad. Aguardas por un momento, y de pronto

empiezas a escribir: *Más allá de esos cerros, Lauri, y de esa cumbre que se recorta contra el cielo, están las lagunas, y por ahí corre el río Chulec. Y más lejos, entre la neblina, se ve la cumbre del Marayrasu. Y en una de esas lagunas, quizás en la de Tipicocha, duerme su sueño de siglos la serpiente de las alas blancas. El gran amaru de la luz y del día, que a veces sale en busca de esa flor rarísima: la sullawayta. Y tú, ahora, al pintar esa lejanía, quizá pintas también, sin darte cuenta, a ese ser fabuloso*. Alzas la vista, luego. Laurita debiera pintar también la cima del Huajlas, donde acaso combatieron las sierpes míticas. Y también Raupi, la ciudad de los muertos, con las tristes ventanas que se abren hacia el este. Al pie está Yanasmayo, con sus aguas obscuras que, según dicen, nacen de la hondura donde se oculta el amaru de la noche. Bueno, si leyeran lo que escribes, dirían que estás chiflado, doblemente chiflado, y no solo por eso, sino también por la fascinación que ejerce en ti ese mito olvidado. ¿Y Fox? Él también, según ese modo de ver. Escribes: *Fox piensa que deberías pintarle, Laurita, pintar esa cara suya, con la barbita y la facha de griego triste que tú dices, y de zorro sabio y bondadoso según tía Marisa, y querría también hablarte de la luz, del agua y del viento. Quizá también ha escrito un poema y quiere recitarlo y que lo escuches*. Te ríes, con risa callada que se asemeja a la de Mitrídates, y guardas el lápiz, te levantas y abandonas el comedor. Te vas por unos minutos al patio principal, prodigando al paso pequeños cuidados a los claveles, geranios y pensamientos que tu madre tiene en macetas, y luego das un rodeo y te diriges al jardín. Laurita te ve llegar y sonríe, sin dejar el pincel. Preguntas: «¿Puedo ver, Lauri?». «No, todavía no», contesta, y son las mismas palabras con que respondiste cuando te pidió leer tus cuentos. Te sientas, pues, al borde de la acequia por donde pasa el agua cuando llueve. Ella te sigue con la mirada y repite, sonriendo: «No, ahora no, sino dentro de un rato». Sí, se habría molestado con uno de esos enojos que de chico te ponían en fuga. Te quedas donde estás, y contemplas la retama que tienes delante, y la cantuta, el aliso. Por momentos te parece mentira que tu hermana se encuentre en casa, allí a unos pasos, y que puedas conversar con ella y mirar lo que pinta. Dos años de ausencia, a tu edad, son mucho tiempo, y quisieras que esta semana, la cortísima semana en que ha de permanecer en Jauja, no acabase nunca. Escribes, mentalmente: *espero aquí, oyendo zumbar los moscardones, que Lauri me deje mirar lo que ya he visto, y le diré entonces que esos azules tan obscuros son como ríos, como fuego. Y que esa línea roja es la senda del amaru*. Cierras los párpados, y ves no el rostro de tu hermana sino el de Leonor, mirándote inquisitiva, con esa leve expresión interrogadora, no carente de infantil malicia, que a veces le aflora. Leonor, observándote a ti y a tu Laurita, y volviéndose hacia su amiga Mirta y murmurando algo a su oído, en una hora como esta, en un paraje de Yauli. «¿Dijiste algo?», te pregunta Laurita. «No, nada». «Bueno, me pareció», y sigue en lo suyo, imperturbable. Quizá, pues, hablaste en voz alta sin darte cuenta, como a veces te sucede, con gran asombro de tus amigos, que más de una vez han pensado que estás loco. Y no solamente hablas solo, sino que te parece que puedes pensar mejor si hablas por momentos, sobre todo cuando te dejas llevar por ciertas fantasías.

Cuando fabricas, por ejemplo, escenas a costa y perjuicio de ciertas gentes. Y a propósito, ¿por qué no poner manos a la obra y escribir lo que se te ocurrió hace dos días, es decir un debate de religión y latines entre el cura Wharton y el peluquero? ¿Una plática amorosa, balcón de por medio, entre la vieja Domitila y el capellán de los terroríficos sermones? Escribes, en pensamiento: «*Quítate las gafas, amor, porque si no parece que estoy besando una calavera ». «Y tú la nariz y la sotana, encanto…* ». Te ríes, y de veras que en tu caso se cumple eso de «quien a solas se ríe, de sus maldades se acuerda». «Je, je», te dices, a la manera de tu hermano. Laurita exclama: «Claudio, ¿de qué te ríes?». «No, de nada». «¿Crees que no te he escuchado?». Y ella también se ríe y murmura algo en voz baja, pero no tanto que no la oigas: «Vaya uno a saber qué estarás inventando…». En ese plan puedes resultar no «cuentista», como te dijeron no hace mucho, sino «fabulero», «Claudio el fabulero». Te invade una cierta modorra, así que te recuestas en el muro y vuelves a pensar en Leonor, que le susurra a su amiga y te señala con el dedo: «*No sé si voy a seguir con él, porque se pasa todo el tiempo hablando solo*». Y tú aclaras: «*No, no, sino que te hablo a ti, porque siempre te tengo presente y siempre estás conmigo. Porque te quiero, Leonor…*». Y te la imaginas sentada en el jardín, y tú vas hacia ella y ella sonríe y señala con un gesto los cerros de Yauli. Te arranca a ese sueño la voz de Laurita que dice: «Pero ¿te has quedado dormido? Ya puedes venir». «Cómo, ¿ya terminaste?». «No, pero ya puedes venir». Y vas hacia ella y ella te observa con esos ojos de Atenea andina, y reitera: «Sí, te gusta hablar y reírte solo…». «A ver…», contestas y miras el lienzo. Miras con gran detenimiento esos colores, los sucintos pero vigorosos trazos de la quebrada, los alisos metálicos, las nubes de fulgor misterioso. Te inclinas para apreciar mejor las tapias y tejados del primer plano, todo tan simple, tan lleno de vida, a pesar de posibles deficiencias, y tan diferente de los vaporosos paisajes de hacía dos años. «Es tan hermoso», dices. «Eres mi hermano, y por eso eres indulgente». «No, de veras que es muy hermoso». Y añades: «¿Sabes? Creo que si yo fuera pintor, pintaría como tú, exactamente como tú en este cuadro…». «No olvides, Claudio, que lo más probable es que yo no pase de modesta profesora de dibujo, y, por otra parte, que esto no está acabado». «No me refiero ahora a tu carrera, ni a lo que ustedes llaman técnica, porque no sé nada, sino…». «¿A qué…?». «Quiero decir que lo que me gusta es el modo como has recogido esa lejanía de Pacllacancha, y cómo haces adivinar la puna y las montañas que hay más allá, del lado de Janchiscocha…». «Muchas gracias, jovencito». «Y lo que no se ve, pero que está aquí, y que desde lo hondo vigila…». Tu hermana te mira sin comprender. «Yo me entiendo, Laurita», dices, y pasas a otro tema: «Dime, ¿qué pintas últimamente, además de paisajes?». Laurita se sienta en la pequeña escalera que comunica el comedor con el jardín, y tú con ella. «Bueno, he estado pintado bodegones, pero ahora dedico más tiempo a los paisajes. Paisajes de mar, porque vivo en Barranco, pero sobre todo paisajes de sierra, gracias a los bocetos a lápiz que he tomado aquí en pasadas vacaciones, a mis recuerdos. Será así por un buen tiempo…». «Y tus compañeros, ¿qué pintan?». «Lo que todavía está de moda, es decir temas de nuestra sierra, pero

de un modo que me parece a veces, no sé cómo decir… Bueno, literario, si se puede hablar así». «¿De un modo literario?». «Quiero decir de una manera muy descriptiva, muy preparada, siguiendo una idea…». «¿Y no está bien?». «Lo que importa son los resultados, como dice un profesor nuestro, y si se trata de indigenismo, lo que cuenta es rescatar nuestra cultura, que es una cultura andina». «Oye, qué bien lo dices». Y continúa: «Yo quiero hacer lo mismo, pero buscando más allá de lo que ven mis ojos, yendo a lo más hondo de nosotros mismos, lo cual no es fácil, por supuesto…». «Sí, seguramente». Te mira y dice: «Lo que pinto ahora viene a ser así un aprendizaje, un laborioso aprendizaje, sin dejar de ser algo personal». Se calla y juguetea con una ramita de cantuta. «Creo que pasa lo mismo con tus ejercicios de piano, que aunque no son propiamente creación, apuntan a un avance, a un progreso, y lo mismo sucederá también, si algún día decides ser escritor, con esas notas que vas tomando en tus libretas». «Tal vez…». Te pones de pie y te acercas de nuevo al lienzo. «Dices que no lo has terminado», señalas, «pero creo que ya está lo principal, porque allí se sienten el agua, el amanecer, la tierra, todo junto y tan misterioso…». «¡Cuánto me gustaría resumir en un cuadro, algún día, toda la tierra de los Andes! Esta tierra nuestra…». «¡Hablas tan bien, Lauri! Tú también deberías escribir, pero poesía…». «Sí, quizás, y tú también podrías pintar, y entre todos haríamos *minka*». «No lo digo por bromear». «Yo tampoco, hermano». «¿Y por qué sonríes, entonces?». Laurita se ríe, abiertamente. «Vamos adentro», dice, «porque este sol ya está muy fuerte y me va a tostar la cara». Y recoge su bastidor, y tú la ayudas con el caballete, y ambos pasan al comedor. Ella ve tus dos libretas, ahí sobre la mesa, y las señala con un mohín. «Estuve tomando unas notas…», admites, ruborizándote. ¿Cómo puedes haberlas olvidado?

Marcelina dijo: «Un zorro se había enamorado de una pastora, que era muy linda. Un zorro que cantaba y tocaba la vihuela, y que rondaba la casa donde ella vivía con su padre y con su hermana. Daba vueltas por ahí, en las noches, sin hacerle saber de su amor. Y así, por días y por meses. Pero una vez se animó y templó su guitarra y cantó. Y su canto se escuchó muy lejos en la puna, y fue una música muy hermosa, porque era hermosa la voz del zorro y tocaba muy bien la vihuela. Cantó, y solo le contestó el silencio. Pero la muchacha había escuchado y supo que era un canto de amor, pero un canto que siendo hermoso, era también muy extraño, y así tenía que ser, porque no era de un humano sino de un zorro. Y no le avisó a su padre ni a su hermana, y sola escuchó, hasta el amanecer. Y otra vez, al cabo de una semana, volvió a tocar y a cantar el zorro enamorado, y otra vez la joven lo escuchó, ella sola. Aunque no, porque también le oyeron el ichu, el cerro, el viento, las estrellas. Y la pastora salió a mirar, mas no vio nada. Caminó entonces hacia el sitio de donde venía la voz, y tampoco distinguió nada, porque el zorro, temeroso de que viera que no era gente sino zorro, se había alejado, y de lejos siguió tocando y cantando. Una música triste, pero hermosa. Y así, noche a noche, y la joven iba cada vez más lejos para ver si sorprendía al músico. Mas no lo consiguió nunca, porque el zorro tenía

miedo de que ella se asustara, y se alejaba cada vez más. ¿Cómo iba a aceptarlo la chica, con la mala fama que tienen los zorros? Y el tiempo transcurrió y él nunca se hizo ver, ni la joven supo tampoco quién le daba esas serenatas, y tanto que terminó por cansarse. Y un día se enamoró de un joven, y se fue de la casa. Y el zorro, que no lo sabía, regresaba todas las noches, y otra vez cantaba. Y así, hasta que fueron pasando los años y se fue haciendo viejo y se murió».

«Me gustó mucho el cuento que me mandaste, aunque le vi un humor un poco raro, un poco absurdo», dijo Laurita. Y añadió: «Lo leí y releí, y se lo comenté en una carta a Abelardo». «¿Ah sí?». «Y por supuesto que reconocí a Teodorico y me dio mucha risa, pero, ¿por qué tenías que poner a tía Grimanesa?». «Bueno, porque me pareció apropiado el nombre, y porque allí no se trata de la vieja antipática que conocemos, sino de una mujer joven y hermosa». «¿Y ese Oliverio Planas?». «Escuché el nombre y me gustó». «Y ¿así nomás, sin ningún miramiento, pones a parientes y amigos en tus cuentos?». «Ese Planas no es nuestro amigo y debe haber muerto hace cincuenta años». «Sí, pero existió…». «¿Y por qué no, Laurita?». Tu hermana te observó pensativa, y dijo después: «Me gustó, y creo que ahora deberías mostrarme otro». «Traje aquí estos, en borrador». «A ver, dame ese cuaderno». «No, tengo muy mala letra, así que será mejor que yo te lea». «Como tú quieras…». Ella estaba sentada en su cama, y tú en una silla, en la pequeña pero bonita habitación de tu hermana. Por la ventana se veía el rincón de las retamas en el jardín. Comenzaste a leer:

Don Eustaquio miró y remiró el ataúd. Un cajonzote negro, ordinario, con unos refuerzos y aún sin terminar. Dio una vuelta alrededor, sin dejar de observar cada detalle, y como no le bastó, dio otras dos, y una más por si acaso. El vendedor, que era un pariente del dueño y se llamaba Florisandro Peña, lo miraba en silencio. Preguntó, en fin: «Ya le dije que no está acabado, así que, ¿por qué no vemos otro…?». «No, yo quiero inspeccionar este». «Bueno, como usted prefiera. ¿Cómo dijo que se llamaba el difunto?». «No dije nada». «¿Es tal vez su señor padre?». «Mi padre finó hace muchos años». «¿Su señora madre, entonces?». «Ella murió cuando yo era chico». «¿Su abuelito, quizás?». Eustaquio Palomino lo miró con cólera y dijo: «No, hombre, no se trata de ningún antepasado, ni de mi suegro, que no lo tengo, ni de mi mujer, porque soy soltero». «Ah», dijo Florisandro, intimidado. «Busco el cajón para mí». «¿Para usted?». «Sí, para mí». «Pero ¿está usted enfermo?». «No, nunca he estado enfermo». «¿Se va a suicidar, entonces». «No tengo por qué, y si así fuera a usted no le importa». El vendedor no supo qué contestar y trató de tomar las cosas de otra manera: «En todo caso, señor, este ataúd es muy bueno, y se verá mucho mejor cuando mi tío le ponga su acolchado». «Ah». «Mi tío los fabrica con mucho cuidado, con mucha atención». «Sí, pero el acabado es algo rústico, y al fondo hay unas protuberancias que podrían hacer gritar al más sufrido». «Pero ¿qué dice usted? ¿Acaso los va a sentir?». «¿Y por qué no?». «Porque ya estará difunto».

«¿Y quién le ha dicho a usted que los difuntos no sienten nada?». «Y además, está el acolchado, que como dije aún falta…». «Yo no he hablado en particular del acolchado». «Y, por otra parte, si vamos a ser justos, esta caja puede alojar a un hombre muy grande, pero también a uno chico, e incluso a uno mediano». «¿Le parece?». «Y a usted le quedaría a la medida». «¿A la medida?». «Sí, señor, y si quiere traigo un centímetro y lo comprobamos». «No, no es necesario», dijo Eustaquio, y sin más ceremonia se subió a un madero y se metió en el cajón antes de que el vendedor lo pudiera impedir. Y allí adentro se estiró, se acomodó y se dio vuelta a uno y otro lado. Bajó después la tapa, y se estuvo ahí por un espacio, sin moverse ni hablar palabra. Y ya Florisandro comenzaba a alarmarse, cuando el cliente se asomó. «Es un mueble incómodo, y con unos nudos que le hacen doler a uno la espalda, pero con un poco más de trabajo podría quedar bien». «Entonces, ¿le ha gustado?». «Oiga, para escoger un cajón uno debe pensar mucho, porque la cosa no es para una temporada, ni tampoco para toda la vida, como se dice cuando uno toma mujer y se casa. No, mi amigo, un cajón es para toda la muerte. ¿Cómo apurarse, entonces? ¿Cómo no mirar una y mil veces?». Y como el vendedor se quedara callado, de la pura sorpresa, añadió: «A ver, diga usted, y demuestre que no tengo razón». Pero no esperó ninguna contestación, sino que se incorporó y salió con agilidad, y se paró junto al propietario, o, por mejor decir, su representante, y dijo, sacudiéndose el polvo: «Sí, mi amigo, y es por eso que he probado ya varios de los cajones que su tío tiene en venta. Me faltaba este, pero ya lo he hecho. Lo volveré a pensar y daré oportunamente mi respuesta». Y sin más, y sacudiéndose todavía, abandonó el taller.

«Oye, ¡qué historia tan tétrica!», exclamó Laurita. «¿Por qué tétrica?». «¿Y no lo es, con esos cajones y ese lúgubre Palomino?». «¿Tú crees?». «Y además, aquí también te has tomado la libertad de poner al bueno de Fox Caro». «No, él no aparece». «Pero sí mencionas su taller, y a ese… ¿cómo se llama?». «¿Florisandro?». «Sí, él, que de seguro también existe…». «Es su sobrino y su ayudante, un tipo muy antipático». «La cosa es que los has puesto allí, y también a un Palomino, que sospecho…». «Tienes razón, Laurita, porque hay un primo de Palomeque que se llama Eustaquio Palomino, y que va de vez en cuando al taller de Fox a preguntar por ataúdes…». «Y lo has metido en el asunto sin ningún remordimiento. Eso no está bien, Claudio». «Yo no pienso así, y no sé por qué me tiene que remorder nada». «Nada no, sino tu conciencia, y además está ese humor tan raro, y esa cosa macabra que no me gusta». «Ah, no te ha gustado entonces…». «No he dicho eso». «¿Y entonces?». «Como cuento me parece bien, sobre todo tratándose de un principiante, pero el tema y los personajes me espantan, y no me gustan las libertades que te tomas». Pero añadió, al cabo de un momento: «Oye, para quitarme la desazón que me has dejado, lee otro más alegre». «Los que tengo son un poco largos, y no los he terminado». «Mira bien, que a lo mejor hay ahí uno corto y divertido…». Y tú te acordaste de que, en efecto, al final del cuaderno, había un relato nada fúnebre, pero que tampoco estaba

terminado. «Aquí hay uno, en que trato de imitar el lenguaje de los japoneses, pero dudo que te guste». «Eso lo diré yo». «No lo he acabado». «¿Y entonces para que lo mencionas?». «Es que se trata de un cuento alegre, y no tétrico». «¿Qué lógica es esa, hermano?». «Los personajes son Carlitos Baylón y el peluquero Nakamoto». «¡No tienes remedio!», protestó riendo Laurita. «¿Por qué?». «¿Con qué derecho has puesto ahí al pobre Baylón y a Nakamoto?». «No los trato mal». «Eso habrá que ver. En todo caso no puedes negar que tienes ojeriza a los peluqueros». «¿Acaso no conoces a Palomeque?». «Sí, pero Nakamoto no es como él. Y repito que no tienes derecho a tomarte semejantes libertades». «¿Libertades?». «Y, ¿qué me dices de Timoteo Candela y de su Tocho?». «Eso no es un cuento, sino la historia de algo que nos pasó a mí y a mis amigos, y tú lo sabes. Y además Tocho es un perro, y ojalá, dicho sea de paso, que se haya repuesto de la coz de Timoteo». «Miren, qué compasivo». «Y además no he puesto mi relato por escrito». «No, pero fue como si lo hubieras hecho». «No es lo mismo, hermana». «¿Acaso los cuentos de Marcelina estaban escritos?». «No, claro que no». «Y sin embargo eran cuentos». No supiste qué decir, y Laurita mudó de tono y quiso saber: «Y a propósito, y dejando las bromas, ¿no has tratado de dar forma a las historias que ella contaba?». «No, eso sería como faltar el respeto a algo tan hermoso, y que tanto significó para mí». No era exactamente así, claro está, pues habías anotado en tus libretas una versión de varios de sus relatos, pero de la manera más simple, más fiel, para no olvidarlos nunca, y no como cosa tuya. Al cabo de un momento tu hermana añadió: «No hemos tenido ninguna noticia de ella, ¿no?». «No, ninguna». Otra vez hubo un silencio. De pronto Laurita te miró con un destello entre divertido y receloso, y dijo: «Y, ¿quién nos dice, joven escritor, si algún día no nos pondrás a todos nosotros, sin excluir a mamá, en tus relatos?». Preferiste guardar un enigmático silencio y cerraste tu cuaderno. Y estabas por retirarte cuando tu hermana te detuvo con un gesto y dijo: «¿Puedes sacarme una copia, pero legible, del cuento que me has leído?». «¿Para qué lo quieres…?». «Para releerlo y dárselo a Abelardo».

10 de febrero

Mi madre se empeñó en que la acompañara a misa, amoscada quizá porque Laurita se negó en redondo, aunque con mucha cortesía, y como no quiero apenarla tuve que ir. El otro día, justamente, Abelardo me repitió que en materia de religión yo puedo pensar lo que quiera, ya que tengo edad para eso, pero que no debo lastimar a nuestra vieja haciéndolo notorio. Y por eso, y porque me quedan todavía algunos sentimientos religiosos, no protesté. Fuimos y en el templo vimos, felizmente de lejos, a la tía Teodora llevando del brazo, junto con uno de sus hijos, a la viejísima tía abuela Grimanesa. Tan envejecida que se me fue el rencor por todo lo que tuve que soportarle, así como por los «¡Morirás!». del cura Wharton. Cometimos el error de apurar el paso y evitar así a esas parientas, lo que nos dejó luego un sentimiento de culpa, que aumentó en mi caso, aunque en realidad no haya motivo, por el recuerdo de la historia con

Oliverio Planas y el loro. También vimos a otras antiguallas, como doña Gregoria Porras, quien respondió muy atenta a nuestro saludo —señal, quizá, de que Tocho se recuperó del patadón—, a doña Abadesa de la Barra y a doña Fulgencia Huaynate de Guevara, madre de la muy alta dama Laurencia Guevara. ¡Cuán poco fulgente*, por el peso de los ciento treinta años que los jaujinos le atribuyen! Salimos un poco deprimidos por tanta antigüedad, y nos topamos en el atrio con Hermelinda Bardales, entusiasta partidaria de don Segismundo, que no nos lanzó un «¡Morirás!». pero sí nos miró como si lo dijera. ¿Por qué, santo Dios? Por poco echamos a correr, temerosos de otro encuentro semejante. Por fortuna nos dimos con Fox Caro, nada menos, que con beatífico aire y una canasta en una mano compraba unos manojos de hierbas —perejil, muña, toronjil, verbena, culén. Y hablaba de modo tan animado con la vendedora, que me hizo recordar esa observación de Abelardo sobre la atracción que nuestro vecino debe ejercer en las mujeres, y recordar también el zorro enamorado y poético del cuento de Marcelina. Nos saludamos con muchas venias y Fox nos obsequió —oh maravilla— unas ramitas de toronjil, diciendo: «Permítame usted, señora Laura, este modestísimo homenaje». Mi madre por poco lo abraza, y me dijo cuando nos íbamos: «¡Cuánta paz y amor hay en este anciano!».*

Por la noche, en este día de los encuentros

Después del almuerzo le propuse a Laurita darnos una vuelta por la carpintería de Fox. Aceptó en un primer momento pero luego se arrepintió. «No», dijo, «a mí no me gusta ver ataúdes». «A mí tampoco, pero…». «No, hermano, vayamos más bien a ver esa tienda donde venden máscaras». Y allá fui con ella, muy orondo, aunque luego se me aguó el contento, porque nos cruzamos con Tarsila Rosas, beata famosa por las capas de polvos con que blanquea su cara. Espectral aparición que no asustó a mi hermana, quien me dijo en voz baja: «Oye, ¿no la has puesto en alguno de tus cuentos?». «No, pero debería». Ya en esa tienda, que se dedica a la ropa y máscaras de la tunantada, tuvimos la sorpresa de encontrar una máscara espantable de la jija. Un rostro al que le habían pintado los ojos con un blanco intenso y unas pupilas negrísimas, como para tener pesadillas. «Parece una cabeza voladora», dijo Laurita. Y la estuvo mirando de uno y otro lado, y hasta se la puso y se miró en un espejo. Y cuando se dio vuelta, disfrazada así, casi doy un alarido. Se rio y salimos de la tienda. Y nos volvíamos por el jirón Tarapacá cuando tuvimos un encuentro mucho más grato, pero que también me produjo un sobresalto. Y fue que en la puerta de la señora Josefina Rucabado conversaban, muy peripuestas, como habría dicho tía Marisa, la dueña y Zoraida Awapara. No tuve más remedio que disimular mi turbación, cosa difícil realmente, pues en cuanto la vi se me vinieron a la mente sus hombros, sus brazos, sus pechos desnudos, y sentí algo así como un nudo en la garganta. Por suerte Laurita puso su atención en la viuda, a quien conocía. Zoraida la miró también con mucho interés, como que se trataba de una cara a la que no veía hace un montón de

tiempo. Contestó con amabilidad a su saludo, y cuando reparó en mí su sonrisa tomó —yo lo juraría— un cierto aire burlón a la vez que afectuoso, y luego se dio vuelta con coquetería. Y ya nos habíamos alejado, cuando Laurita me dijo: «Oye, ¿te gusta, no?». «¿Quién?». «¿Quién va a ser, sino doña Zoraida?». «Yo no he dicho eso». «Tú no lo has dicho, pero se nota». Yo ensayé un «je, je», que me salió malísimo. Y mi hermana añadió: «Y a lo mejor tú también le gustas, mocoso aún como eres». Y pareció no acordarse más del asunto. ¿Será verdad, oh Zeus?

Volvías de casa de Tito y al pasar por la plaza viste a Mitrídates, quien sentado en un banco y con un libro en las manos miraba caer el agua en la fuente. Te aproximaste. «Hola», dijo, adelantándose a tu saludo. Se había afeitado las mejillas, perfilado la barba y vestía ropa limpia, pero se le veía demacrado. Te sonrió, y tomaste asiento a su lado. ¿Qué hacía allí a esa hora, si era día de semana? «Me senté a descansar», dijo. «¿Aquí?». «Me compré un diario, pero me aburrí y lo tiré. ¿Y tú?». «Voy a la tienda de Bullón, con un encargo de mi hermana». «¿Está aquí?». «Sí». Mitrídates no se interesó en la noticia y miró hacia la plaza. «¿Y ese libro?», le preguntaste. «Es *El arte y la revolución* de Plejanov, que me prestó tu hermano». Y te mostró la portada, en cartulina brillante. «A usted le gusta leer, ¿no?». «Aún estoy a tiempo de aprender algo». Hubo un silencio, y te aventuraste: «¿Es usted comunista?». «No, pero debería serlo». Te quedaste perplejo: «Y entonces…». «No me afilio al partido porque no quiero, y porque no me gusta la disciplina, pero debería…». «No le entiendo». «Quiero decir que por difícil que sea, debemos luchar por un mundo en que no reinen el egoísmo y la codicia, sino la solidaridad. En otras palabras, apostar por lo que hay de mejor en el hombre, y no por lo peor». Todo eso sonaba muy bien, pero, ¿no sería demasiado idealista? Preferiste cambiar de tema: «¿Y su trabajo?». «Tuve que quedarme anoche hasta muy tarde, porque trajeron a unos ahogados…». «¿De noche?». «Tuve que recibirlos y me acosté tardísimo, y lo mismo la noche anterior». «¿Todas las noches le llegan ahogados?». «No es eso, sino que anteanoche se murió un borracho en una cantina, y hubo gran alboroto porque era un tipo de plata, un tal Núñez, y me acosté también muy tarde». «Ah». «Y por eso hoy me dieron día libre». «¿Y quién se quedó ahí?». «El portero, Casimiro Montalvo, que poco a poco se va acostumbrando, porque yo no puedo estar en el mortuorio todo el tiempo. ¡Cómo se le paraban los pelos al comienzo!». «¿Y a usted no?». «No, ya son años que trabajo con difuntos, y uno se acostumbra, y hasta les hablo, les aconsejo, les reprendo». «¿A quiénes?». «A mis finados, que no por muertos dejan de ser humanos». «Pero, ¿de qué pueden servirles sus consejos y reprimendas?». «Vamos por partes, que si se trata de darles una buena lavada de cabeza, bien que lo hago, aunque solo sea con jabón de pepa, porque el hospital no tiene plata; y si se trata de requintarlos por lo mal que se portaron en vida, también lo hago, para que al menos no se pongan engreídos, ya que como es sabido todo muerto se hace el pesado cuando tiene quien lo cargue». «¿Y los consejos?». «Pues les digo que pongan buena cara, porque ya no hay remedio, y dejen de joder…». Miraste a tu interlocutor y sorprendiste una

lucecita de burla en sus ojos, y como no te agradó, dijiste: «¿Lo dice en serio?». «Oye, por más que se hagan a los muertos, entienden, te aseguro que entienden…». «No me diga que le contestan, porque entonces le pedirían más respeto, ¿no?». Mitrídates se rio pero luego se puso serio y dijo: «¿Y tú crees que me gusta ese trabajo?». «Y entonces, ¿por qué no lo deja?». «Porque soy un enfermo crónico, hijo, por eso, y me sería muy difícil encontrar otro. Después de todo este me toma mucho tiempo, pero como esfuerzo no es gran cosa, excepto una que otra emergencia. Y vivo además en el hospital, tengo comida y puedo tener asistencia médica ahí nomás». Te miró luego, y precisó: «No te asustes, que no estoy tan mal, y no me va a dar ninguna hemoptisis». Siguió un silencio, y decidiste pasar a otro tema: «¿Y no echa usted de menos el sanatorio?». «No, y no solamente por la forma en que me botaron, sino porque en el hospital tengo más libertad. Muy pocos se meten con el guardián del mortuorio…». Te acordaste de la *Ilíada*, y en especial de un epíteto de Agamenón, y se te ocurrió una variante, que sin querer susurraste: *Mitrídates, pastor de muertos*… Él te escuchó y quiso saber: «¿Qué te hace gracia?». «No, nada». «¿De qué pastor hablas?». «¿Y qué hacía usted en el sanatorio?». «Un poco de todo, especialmente al principio, pues las monjas me mandaban ayudar en la cocina, barrer, poner flores y velas en la capilla, secundar una que otra vez a los enfermeros, acicalar a los pacientes que se iban a la otra. Lo mejor que hice fue administrar la pequeñísima biblioteca de la institución, que presta libros y revistas a los enfermos». «Así que usted también fue bibliotecario…». «No, qué va, ese nombre resulta excesivo tratándose de no más de veinte o treinta volúmenes». Te acordaste de los versos en francés que Mitrídates recitó en el hospital, y del incidente con Delmonte. «¿Y el neumotórax?». «Eso fue lo más difícil, pero solo al principio». «Pero, ¿no es peligroso hincar la aguja en los pulmones?». «Cuestión de saber dónde están las pleuras, pero en eso fue muy claro y detallado el doctor Yábar, quien me inició en el asunto». «Ah». «Y como a él le comenzaron a temblar las manos, por no sé qué enfermedad, yo fui tomando poco a poco la tarea a mi cargo, y cuando él se retiró ayudé a su reemplazante, un doctor Aguilar, que de puro maricón me refiló el trabajito». «Y ahora usted es quien lo aplica en el hospital…». «No oficialmente, pues esa es responsabilidad de Morales, pero en la práctica soy yo quien lo hace». «¿Y usted se lo aplicó a Delmonte?». «¡Ese desgraciado!», dijo Mitrídates, sin responder a tu pregunta. Era mejor cambiar de asunto, así que preguntaste: «Y, ¿conoce usted a la señorita Oyanguren?». «¿Y quién no, si es una belleza?». «¿Hace mucho tiempo que está en el sanatorio?». «No, ella vino en el año 44, en junio. Fue una sensación, pues aunque estaba muy delgada, era una beldad. Estuvo un año o un poco más, y después se fue porque pensaron que ya estaba curada. Pero no fue así, de modo que volvió a fines del 45, poco antes de que me botaran». «¿Y qué edad le calcula?». «Unos veintiséis años, quizás…». «¿Y qué más sabe de ella?». «Vaya, tú también estás interesado, jovencito». «Dicen que todos somos sus admiradores». «Ja, ja», se rio Mitrídates, con risa jocunda, muy diferente de la otra, «ferina», según decía Abelardo. «Pero ya debe estar mejor, y creo que pronto se irá». *Elena, de vuelta a*

los aqueos… «¿Qué dices?». «No, nada». «Te oí hablar de saqueos». «No, sino que me acordé de un poema antiguo de los griegos, la *Ilíada*, donde aparece una Elena, que pertenecía al pueblo de los aqueos…». «Ah, ¿era una reina, entonces?». «No, una princesa, hija de un dios…». «De modo que además de músico eres literato». «Y esa Elena de la leyenda fue seducida, y por su causa, y por culpa del hombre que se la llevó, hubo una guerra, y de eso trata esa obra». «Bah», dijo Mitrídates, «ninguna mujer vale una guerra». Lo miraste —ese perfil, el rostro delgado, los ojos negrísimos—, y te dijiste que debía tener éxito con las mujeres, a pesar de su pobreza y de su mala salud. «Ninguna vale la pena, pero no hay nada como ellas en la vida», añadió, con un acento de melancolía. Volviste al punto que te interesaba: «¿Y tiene novio?». «¿Quién?». «La señorita Elena Oyanguren…». «No sé si se trataba de un novio o de un enamorado, pero había uno que venía a veces en su auto, un lujoso auto negro. Un joven bien plantado y con quien ella se paseaba del brazo por los jardines. Aun enferma, ¿quién no querría ser su novio?». «¿Y ese señor rumano?». «¿Radulescu? Ya es viejo para ella, pues anda por los cincuenta y tantos, pero es tan amable, tan comedido, y de una gran cultura…». «¿Por qué lo dice?». «Habla varios idiomas, además del castellano, y tiene en su cuarto muchos libros, un fonógrafo con discos y unas revistas que le llegan de París. Y su conversación es muy rica». «Y su apariencia tan distinguida». «Y no solo eso, sino que tiene una voz hermosa, y me consta, porque una vez le escuché cantar en una misa. Magnífica voz, y realmente cultivada, y no como la de Carlitos Baylón, que ya se le va poniendo cascajosa». «¿Y hace mucho que está aquí?». «Creo que hace dos o tres años, y que se fue por un tiempo, como Elena, pero debió regresar, porque fuera de Jauja el pobre retrocede, a pesar de su semblante saludable». Pensaste en el rostro sonrosado y los ojos miopes del señor Radulescu, Georgiu Radulescu. «¿Ha conversado usted con él?». «No, aparte de unas cuantas palabras una vez que entré a su habitación a hacer la limpieza, porque su valet había viajado a Lima, y me invitó una copa de vino». «¿Su valet?». «Así le llama a su sirviente».. «¿Y nada más? ¿No se refirió a la señorita Oyanguren?». «Claro que no, porque yo no era nadie para eso, y menos para un comentario personal». Y Mitrídates añadió: «Recuerdo que una vez me preguntó si yo no tenía parientes griegos». «¿Ah sí?». «Y yo le dije que no sabía, y en efecto, ¿cómo voy a saber, si nunca supe de mis padres, y menos de una familia?». «Pero su nombre es griego». «Así dicen». «¿Y no sabe por qué se lo pusieron?». «Solo sé que fue ocurrencia de una monja del orfelinato». «¿Y ese otro nombre, el de Azrael?». «Solo fue un sueño, hijo». «¿Y ese otro, en que va usted por un río?». «No hablemos de eso en esta mañana tan clara». «En todo caso tiene usted un aire griego». Mitrídates te miró, y otra vez rompió a reír, de ese modo vital y regocijado de hacía un rato. «¿Y cómo lo sabes? ¿Será por ese libraco?». «No es un libraco, sino un poema…». «Vaya, a lo mejor me lo prestas, o me lo presta Abelardo». «Cómo no». Se rascó la barbilla, y señaló: «Serás todavía un mocoso, pero juraría que estás enamorado de la Oyanguren. Yo también me enamoré a tu edad de una monjita francesa, que por supuesto nunca se dio cuenta, nunca me dirigió la palabra, y ni siquiera reparó en mi existencia».

«Usted dijo que aprendió un poco de francés». «No, solo esos versos». Y agregó: «Sí, creo que te has templado de la Oyanguren». Pensaste en Leonor. *A ti te amo, Leonor, pero, ¿cómo no admirar a Elena Oyanguren? Elena en Jauja, y no en las orillas del Escamandro*. Mitrídates dijo: «¿Sabes quién debió ser también una belleza?». «¿Quién?». «Tu tía, esa viejísima dama Euristela de los Heros». «Sí, por supuesto, pero hace cien años». «¿Y cuántos siglos hace que vivió la Elena de que me hablas?». «No sé, porque se trata de una leyenda». Mitrídates dijo, en voz baja, y como para sí: «La belleza, aun si se apaga, es eterna». Te quedaste mudo, porque te pareció una súbita e irrefutable verdad, y más que irrefutable definitiva, en boca nada menos que del modestísimo empleado de la morgue del hospital. Cuán extraño, en verdad, que sostuvieras un diálogo como ese, y con semejante personaje, en la plaza de Jauja, en un día de febrero. Tú, entusiasta cultor de la música, autor de anotaciones incontables y deslumbrado lector de la *Ilíada*, con ese hombre que parecía un guardián del país de las sombras. Tú y él hablando de Elena de Troya, de Elena Oyanguren y de Euristela de los Heros. ¿Y si le hablaras de Leonor, la muchachita de Yauli? No, de ninguna manera. Preferiste pasar a otro personaje, odioso esta vez: «¿Y el padre Wharton?». «Cura fanático, que por fanático se peleó con García, el omnipotente García, y se ha peleado también con los curas de la parroquia». Se rio, de la manera sibilante que te causaba desazón, y prosiguió: «Si hubieras visto con qué satisfacción, con qué honda satisfacción, daba la extremaunción a los moribundos. “¡Arrepiéntete!”, les decía, “¡Arrepiéntete, y clama perdón si no quieres que Satán te achicharre en el infierno!”». Cuán diferentes esas arengas de las palabras que habría pronunciado Fox Caro, con su anuncio de nuevas y nuevas vidas, y de un mundo de luz y transparencia. «Wharton me jaló en el curso de religión». «¿Por qué?». «Quizá porque describí con muy negros colores el Juicio Final». «¿Eso hiciste?». «Sí, y a pesar de que me inspiré en un sermón suyo, muy famoso, en que a cada paso decía a gritos “¡Morirás!”, y en una tremenda descripción del infierno que encontré en un libro antiguo. Y sin embargo me jaló». «¡Jo, jo!», se rio Mitrídates, y comentó: «No, no debe ser por eso, sino porque no fuiste todavía más truculento, más terrorífico». «Tal vez fue también porque no repetí al pie de la letra lo que explicó en clase». «¿Y por qué?». «Porque a veces me tiro la vaca y no copié su lección de los cuadernos de mis compañeros». «¿Ah sí?». «Y eso no es todo». «¿A qué te refieres?». «El otro día me encontré con él en la calle y le grité “¡Morirás!”». Mitrídates se volvió a reír, y dijo: «Wharton es vengativo, así que, prepárate a cargar con la cruz de su curso hasta el día del Juicio, y verás entonces si tu descripción era buena, y si en efecto Satán cocina y sancocha a los condenados». No apreciaste la broma y miraste hacia otra parte. Pero ya el «pastor de muertos» se levantaba, y con un nuevo «¡Ánimo, muchacho, que aún falta mucho!», unos saludos para tu hermano y un «Hasta pronto» afectuoso, se marchó. Tú te quedaste allí por un buen rato, preocupado por esa ingrata perspectiva, mas pronto se te pasó el decaimiento, porque tus pensamiento volvieron, una vez más, a la figura lejana y luminosa de Elena

Oyanguren. Sí, la belleza tenía que ser eterna, aunque se tratase de una muchacha enferma de tuberculosis en el modesto sanatorio de una ciudad perdida.

12 de febrero

Hoy por la tarde, después de la clase de piano, doña Mercedes me dijo: «Sé que llegó tu hermana». «Sí», le contesté. «La vi en la calle, con tu mamá, pero ellas no me vieron. ¿Se quedará en las vacaciones?». «No, porque tiene cosas que hacer en Lima». Y tuve que repetir que vive en Barranco, con la media hermana de mi padre, y que estudia en la Escuela de Bellas Artes. Mi maestra me miró con sus ojillos de perro bueno pero receloso, y dijo: «En fin, no me hago a la idea de una chica estudiando en esa Escuela». Por desgracia en ese momento entró en la sala el ínclito Baylón, que escuchó las palabras de su mujer. Ella le dijo que hablaban de mi hermana. «¡Oh, las artes!», exclamó su marido alzando los brazos. De veras que parecía un alacrán. «¡Oh, las artes, a cuyo mandato nadie puede sustraerse!». ¿Tendría que ver esa oratoria con una noche de juerga? Se encaró conmigo, y dijo: «Y tú, músico insigne, ¿no has pensado que podrías expresarte en otro instrumento, además del piano? ¿No has pensado en el saxofón, por ejemplo?». «Oh, no, señor». «Porque si de saxofón se trata…». «No, amor», intervino doña Mercedes, «este joven se interesa solo en el piano». Yo iba a decir que me interesaba también el órgano, pero me callé. «¿Ah sí? Mal hecho, vida mía», respondió Carlitos, «porque los vientos son tan buenos como las teclas, y yo…». «Amor, ya lo sé, pero como te dije, este joven se atiene al piano», insistió doña Mercedes Chávarri. Baylón la miró y me miró a mí, levantó otra vez los brazos, y haciendo una profunda venia, se retiró, no sin repetir: «¡Música, don de los dioses!». Su mujer hizo un gesto, como indicando que no había sido más que una broma, y retornó al tema de mi hermana: «Como digo, no me acostumbro a la idea de una señorita dibujando desnudos al natural, pero el arte es el arte, o como dice mi marido, un don de los dioses». Y dejó que me marchara.

Por la tarde

Volví a casa después de dar una vuelta con Felipe, y encontré a mi madre toda triste. «Laurita se va mañana», me avisó. Me quedé de una pieza. «¿Por qué? ¿Qué ha pasado?». «No, nada, solo que le ha llegado una carta de tu tía, en que le pide que adelante su regreso». «Pero…». «Nada podemos hacer». ¿Qué podía decir? Me fui a mi cuarto a esperar que mi hermana retornara de la calle, pues había salido a hacer unas compras. Y cuando volvió le dije, casi angustiado: «¿Te vas?». «Sí, porque el tío debe ir a ver unos asuntos urgentes en Moquegua y no hay quien ayude a tía Eloísa con la librería». «¿Es tan difícil atender el negocio?». «No olvides que está muy reumática». No había nada que hacer, pues, y tuve que resignarme. Al poco rato vinieron sus amigas, y se fue a almorzar con ellas. Por la tarde salió, y después la ayudé a preparar su equipaje, y no hubo ya tiempo para conversar, como yo quería.

La cena fue triste, y no valió de mucho que ella nos dijera que trataría de volver en lo que restaba de las vacaciones.

Otra vez se detuvo en la puerta de casa el taxi de Celedonio Pajares, y otra vez se embarcó en él la familia, mas no con la alborotada alegría de la vez anterior, sino con la tristeza de la partida de tu hermana. Y, sin embargo, y a pesar de sus sentimientos, Laurita ponía tal nota de juventud y de vida, que aun una ocasión así podía resultar también divertida. Tú tenías a tu cargo su equipaje, en tanto que Abelardo aportaba, como siempre, esa solicitud afectuosa, tranquilizadora, que toda la familia reconocía. El coche enrumbó hacia la estación, y fue obligado escuchar los convencionales comentarios del propietario en torno al tiempo. Y como nadie de la familia decía nada, se te ocurrió preguntarle: «¿Y por qué ha pintado usted ese papagayo en su parabrisas?». «Yo no lo he pintado». «Bueno, usted no, pero lo mandó pintar». «Lo hice porque, ¿qué mejor adorno?». «¿Un loro?», se asombró tu tía. «No es loro, señora». «Bueno, ese papagayo». «¿Qué mejor adorno?». La cosa no parecía muy convincente, así que hubo un intercambio de miradas entre los miembros de la familia. Se te dio por insistir: «Pero ¿por qué no un cisne, unas flores, una culebra?». «Yo quise un papagayo y eso basta», dijo el chofer con sequedad. No había manera de entenderse, y su lógica era más difícil que la de tía Grimanesa. Laurita comenzó a hablar en voz baja con tu madre, tía Marisa bostezó y Abelardo miró hacia afuera. La mañana era clarísima, con unas nubes refulgentes que anunciaban tormenta para la tarde. Ya en la estación hubo que saludar en el andén a algunos conocidos. «¡Vaya, qué coincidencia!», dijo de pronto tu tía, casi molesta. Y tenía razón, porque allí estaba otra vez doña María Teresa Ayarbe, la misma flaca y adusta dama con quien se toparon la tarde en que llegó tu hermana. El encuentro no fue tampoco de su agrado, porque la doña miró de hito en hito a las señoras de la familia Manrique, y respondió con glacial cortesía al saludo de Abelardo. ¿Qué hacía allí, otra vez sola? Reanudó su paseo, seguida por su pequeño can. Tu hermano murmuró: «Si no fuera tan antipática, sería "la dama del perrito"». «¿Qué perrito?». «Oh, es el título de un cuento de un autor ruso que leí en la biblioteca». Sea como fuere, el encuentro apartó la atención de la pena de ver partir a Laurita. Al poco rato llegaron Berta y María del Carmen, todas sofocadas, para despedir a su amiga, y se armó un alboroto de la madona. A ti te gustaba María del Carmen, pero ella te devolvía una mirada tan amablemente indiferente que era mejor poner los ojos en otra parte. «Muchachas en flor», dijo por lo bajo Abelardo, y sin más se entretejió en ese alegre coro, con el resultado de que tu madre y tía Marisa quedaron relegadas, mirando todo ese vocerío, y tú a un lado. Te pusiste a pensar en las intrincadas razones de Celedonio Pajares, que muy bien podías aprovechar para literarios fines. En eso estabas cuando hizo su aparición el tren, con todo el estrépito de una locomotora de vapor fabricada hacía más de cincuenta años, si uno se atenía a una plaquita encima de la «trompa», fechada en la lejana Liverpool. Abelardo se encargó de subir en busca de un asiento para la viajera, y mientras ello sucedía viste por azar que doña

María Teresa depositaba una carta en el buzóncorreo del primer vagón, que tenía un letrerito que decía: «Postrén». ¿Haría lo mismo todas las mañanas? No tuviste tiempo para mayores conjeturas, porque tu hermano había ubicado un sitio y te tocó subir con el equipaje, mientras tu hermana se despedía de las señoras y de sus amigas. Y así, después de una ronda de abrazos y besos, se instaló en su asiento, momento que aprovechó para insistir en las recomendaciones que había formulado la víspera, y, entre ellas, la de velar por las tías de los Heros. En fin, tú y tu hermano le dieron un abrazo y bajaron del coche, y todos vieron cómo el tren se ponía en marcha, con tu hermana haciendo adiós por una ventana. Y se perdía de vista cuando Berta y María del Carmen procedieron a despedirse de ustedes, y Abelardo, galante como siempre, se ofreció a acompañarlas. Y tomaron la delantera, en animadísima charla. «Como lo vea Florencia con esas ninfas, lo mata», dijo tu tía Marisa. «Oh, no son novios», dijo tu madre. «No te pongas celosa, hermanita». Y ambas damas emprendían ya el regreso, a pie y escoltadas por ti, cuando se cruzaron de nuevo con doña María Teresa Ayarbe, quien se marchaba toda pensativa y llevando casi a rastras a su perrillo. Tu tía fingió no verla. «¿Cuándo regresará mi hija?», se lamentó tu madre. «Oh, el tiempo pasa rápido», dijo tu tía Marisa. «Demasiado rápido», dijo tu madre. Tú meditabas, mientras tanto, en ese cuento de que había hablado tu hermano, y te dijiste que tú también podrías escribir —¿por qué no?— una *La dama del perrito*. Y otra historia, además, con Celedonio Pajares como protagonista. Ya en casa, comunicaste tu intención a Abelardo: «Yo también pienso escribir una *La dama del perrito*». «Ah, me parece muy bien, y no dejes de mostrármela». «No, claro que no». Y así, imaginando ese par de historias, se pasó parte de la mañana. Después te embarcaste en una larga pelea con Czerny, y saliste a buscar a Julepe.

13 de febrero

Hoy temprano se fue Laurita. Se siente tan triste la casa, pues aun si estaba callada en su cuarto dibujando, llenaba todo con su alegría. Siempre fue así y la extraño mucho. Pero no tiene remedio, y será lo mismo cada vez que venga de Lima y otra vez se vaya. Y así como estaba me puse a hojear otra vez Trilce*, libro extraño, que no entiendo, o entiendo muy poco, pero que me gusta y me conmueve como ningún otro. Incluso estoy por aprender ese poema que empieza* Serpea el sol en tu mano fresca*. Y vuelvo a leer una y otra vez aquellos versos* Madre, me voy mañana a Santiago*… Y, sobre todo, y los sé ya de memoria*, Piano oscuro ¿a quién atisbas / con tu sordera que me oye, / con tu mudez que me asorda? *Salí después a dar una vuelta para disipar mi melancolía, y me detuve por un momento ante la vitrina del señor Kogan, donde sigue aún, después de tantos años, ese juguete que de niño me atraía como un imán y que jamás me pudieron comprar. Una locomotora negra con sus bronces, sus bielas, su campana. Sigue allí, y acaso no se venderá nunca. Por lo demás, ¿quién le compra a Kogan si tiene tan mal genio y pone a sus cosas precios tan caros? Y estaba por marcharme cuando salió el propietario,*

acompañando nada menos que al señor Radulescu, el amigo de Elena Oyanguren. Conversaban con animación, pero no en castellano sino en otro idioma. Los observé por un momento, y seguí mi camino, y estaba cruzando la plaza en dirección a la calle de Felipe, cuando vi a Zoraida Awapara saliendo de la tienda de los Tafur. Me escondí detrás de un árbol para verla sin ser visto. Muy bien arreglada, charló por un momento con Eufrosina López, también de paso por ahí, y tomó luego por el jirón Ayacucho. No quise seguirla, y me volví a casa y no supe qué hacer.

¿Cómo no echar de menos a mi hermana?

Estabas en una incómoda situación ante tus amigos, pues Felipe cortejaba a Rosalinda, Tito pretendía a una chica llamada Irene, quien según él estaba a punto de aceptarlo, y Julepe correteaba en torno a una empleada de la farmacia Corazón de Jesús. ¿Y tú? Nada podías decir, por supuesto, de la muchachita de Yauli, y tampoco de Elena Oyanguren. No habrían comprendido tu amor por la primera, ni tu deslumbrada admiración por la segunda. Te veías reducido por ello, en la visión que tenían de ti, al papel de mudo y erótico admirador de la viuda de Recaredo Ramos. En casa, por otra parte, tu madre no habría pensado en la posibilidad de un primer amor a los quince años, y tía Marisa se limitaba como siempre a unas cuantas bromas. Abelardo habría sido la persona indicada para tocar esos temas, y a quien podrías haberte dirigido en busca de consejo, si lo hubieras necesitado, pero a veces había en él un cierto humor irónico que no resultaba muy alentador. Por lo demás, tanto Leonor como Elena pertenecían, por similares pero también muy diferentes razones, al universo secreto que integraban, por otros motivos y de otra manera, las tías de los Heros y Fox Caro. Zoraida Awapara pertenecía también, desde luego, a una zona reservada, pero diferente. Y así estaban las cosas cuando las visitas de Leonor a Jauja se hicieron cada vez más inciertas, y solo te quedó, en las mañanas de domingo, la expectación de ver en la Plaza de Armas a la joven y bella mujer que residía en el Sanatorio Olavegoya. Nunca se te ocurrió, en toda esa temporada, ingresar al templo y observar desde un lugar cercano, a ella y a sus acompañantes. No, porque eso habría sido anular el placer mayor de verla salir luego a la luz de mediodía, con el velo abatido, el misal en las manos y luciendo esa ropa fina y elegante. Por eso te instalabas frente a la iglesia entre los árboles, y esperabas que comenzara a salir la heterogénea feligresía de campesinos, beatas, forasteros, familias importantes, chicos de colegio. Casi al último aparecía el pequeño grupo de que formaba parte, y en el que se destacaba con su cabellera castaña, un vestido por lo general beige o amarillo pálido, y con una pulsera de oro y un minúsculo relojito en la muñeca. Elena, sonriente siempre, de ese modo suyo, conversando con sus amigas, todas por lo visto de buena posición social y económica, y acompañadas por el caballero rumano. Luminoso y animado coro en esas mañanas que, por coincidencia, resultaron ser en su mayoría tan claras. Paseaba después por las aceras de la plaza, sin concederte más que una distraída mirada, que no era sino la misma y genérica que

dedicaba a cualquier transeúnte. Elena, sí, mas no sobre las murallas y avistando hacia el campo enemigo, sino paseando entre gente pacífica, que jamás supo de Agamenón o de Troya, y a miles de leguas del Escamandro. La seguías de lejos, fascinado por su figura lánguida, envuelta por un halo de elegancia mundana que, a decir de Abelardo, ella cultivaba con egoísta complacencia, y no, por supuesto, en atención a los habitantes de la provinciana ciudad en que se hallaba. Elena Oyanguren, la limeña que portaba todavía en un rincón de sus pulmones las manchas pequeñas y obscuras que le había causado la enfermedad. Recordabas bien la primera vez en que la viste, hacía unos meses, también un domingo, escoltada por una señora de edad y de tez muy blanca, efectuando compras en la tienda del señor Bullón. Y otro día, asimismo, quizás en septiembre, sentada en un auto lujoso y en compañía de esa misma dama, quizá su madre, y diciendo al chofer: «Vaya por allá, que queremos ir a la laguna», en obvia referencia a la laguna de Paca. Desde entonces quisiste saber todo lo que se relacionaba con su persona: su nombre, de dónde procedía, en que se ocupaba antes de enfermarse, cuáles eran sus aficiones, y así mismo cómo era su habitación en el sanatorio y cómo sus curas de reposo en las galerías de su pabellón, frente a los jardines de geranios y retama que lo rodeaban. Muy poca fue, por desgracia, la información que conseguiste. La veías alejarse, en fin, en esas mañanas, con sus compañeras y con Radulescu, hasta que tomaban el jirón Junín. En ningún momento se te ocurrió hacerte notar por esa bella mujer, ni fuiste tras de ella, como si hubieras querido limitar tu contemplación al solo espacio de la plaza. Se marchaban, pues, y, más de una vez te preguntarías luego qué podía haber de semejante, además de la coincidencia de nombres, entre la señorita Oyanguren y la mitológica mujer que causó la destrucción de Troya. ¿La belleza misteriosa? ¿La insalvable distancia en que parecía situarse? Se alejaban, y tú volvías al rumor de los feriantes, al olor de los ataditos de hierbas serranas que vendían las mujeres, a la blanca luz de los sombreros de las campesinas de Jauja. Y al recuerdo, quizá, que por momentos se te hacía doloroso, entretejido como estaba por sentimientos de culpa, de Leonor Uscovilca. Regresabas a casa y desahogabas tu frustración sentándote ante el piano y atacando con vehemencia dos o tres estudios, en un ejercicio que no impedía que aflorase, entonces y después, la reiterada pregunta de si no estabas enamorado también de Elena, como lo estabas, de una manera tan cierta y tan impregnada de ternura, de Leonor. Pues por desconcertante que te pudiese parecer, cabía la posibilidad de un doble y desigual enamoramiento. ¿No era eso lo que de algún modo sugería en su carta Laurita, y no decía allí que los amores al comienzo de la adolescencia son «los más lindos y locos»? Mas te decías también, y lo repetías, en el lenguaje de tu adolescencia, que Elena no era en el fondo más que un nombre, una imagen, un halo exótico y un perfume de lujo. Nada más. Te fascinaban su belleza, su sensualidad, su elegancia, y aun la enfermedad de que era víctima, pero sabías que nunca hablarías con ella, aparte quizá de un ocasional saludo, y que jamás sabría de la absorta admiración que te inspiraba. Algo muy lejano, pues, del amor que sentías por la joven de Yauli, con su rostro y sus gestos aún infantiles, y el aura que le prestaban sus orígenes y su vinculación

con las misteriosas lagunas de Janchiscocha. Esa Leonor que irradiaba no una luz suntuosa, sino otra de sembríos y de puna, de huaynos y celajes, y que tenía tu misma raíz y pertenecía al mismo universo que tú, y cuyos intereses eran los que correspondían a los tuyos. Pensabas en ello de modo intuitivo, y quizás adivinabas que se repetiría muchas veces, a lo largo de tu vida, esa asimétrica dualidad de tu adolescencia, que en buena cuenta era la de tu situación familiar y social, y aun quizá la de tu destino. Dualidad comparable, desde otro punto de vista, a la de la música andina y de la música europea, de los cantos de puna y las sonatas de Mozart. Y en ella se alternaban y entretejían la melodía pura y límpida, de la jovencita andina, flor del rocío y de la escarcha, y la otra, en deslumbrante desarrollo, de la hermosa enferma del Sanatorio Olavegoya.

14 de febrero

Hoy repasé el Laudate Dominum. *Es decir en mi copia, porque el original del abuelo lo tiene mi madre y es de muy difícil lectura. Ella dice que la pieza puede tocarse en cualquier parte de la misa en que no canta ni reza el sacerdote. Es de una religiosidad tan sencilla, y de un aire tan nuestro. Yo me sé de memoria la letra en latín, sin haber visto nunca su traducción. Uno de estos días voy a buscar en el Misal del anciano, porque de seguro la tomó de ahí y ahí debe estar la versión en castellano. ¿No habrá en eso algo en común con las creencias de Fox Caro?* Laudate eum in cymbalis bene sonantibus: laudate eum in cymbalis jubilationis…

Y Leonor, ¿por qué no me envía al menos una nota?

«Espera un momento», dijo Fox Caro sin levantarse de su asiento y señalándote una silla, y regresó a los cálculos en que estaba ocupado. Tenía la cabeza abrigada con un gorro puntiagudo, que junto con el guardapolvo y las antiparras a mitad de la nariz, le daban una apariencia algo estrambótica. Parecía muy concentrado en su tarea, y de rato en rato recurría a las reglas que tenía sobre la mesa, comparaba cifras, verificaba notas y se detenía para reflexionar. Te preguntaste si todo ese trabajo tendría que ver con una obra de ebanistería, o si se trataría de un puro ejercicio teórico. Por ahí se decía que Fox era masón y esotérico, y, según una humorística hipótesis de tía Marisa, quizá también nigromante, dada su vinculación con la muerte. Te acordaste también de tus amigos, cuando decían: «Es un viejo chiflado». «Chiflado no, sino raro, incluso misterioso», habías replicado, cosa que desde luego ellos no entendían. Y al decir «misterioso», pensabas no tanto en sus discursos, sino en ese par de féretros que aguardaban ocultos en un corredor del taller. Hombre bondadoso, aunque fuera masón, mahometano o quiromántico, y dueño además de una serenidad cálida y afable. Francisco Otoniel Severiano, o según otras fuentes Xavier, apellidado Caro, pero conocido simplemente como Fox, fabricante de ataúdes y a su manera poeta, músico y vidente. ¿Qué te intrigaba más en su persona? ¿El predicador del agua, de la pureza y la alegría? ¿El artesano que daba forma con amor a cada uno de esos fúnebres receptáculos, desde el más barato y humilde hasta el más adornado? ¿El

violinista que reservaba para sí su arte? ¿El fundador de una cofradía mística? No habrías podido decirlo. Te atraía, aunque no con la fascinación afiebrada que te inspiraban, cada vez más, las tías de los Heros, ni con la temerosa curiosidad que suscitaba en ti Mitrídates. No, pues frente a él sentías además, aunque no pudieras expresarlo todavía, una mezcla de admiración y respetuoso divertimiento, así como el vago sentimiento de hallarte, por más que tu juvenil racionalismo se rebelara, ante un ser que se comunicaba con el trasmundo. Pensaste en todo ello, de una manera confusa, mientras esperabas que terminara sus operaciones. Concluyó en fin el buen señor, y dijo: «A ver, ¿qué deseas?». «Vine a avisarle que ya están listas las tejas que mi mamá compró para la tapia». «Ah, muy bien, pero no hay urgencia, porque aún no escampa, y así no se pueden poner. ¿Por qué no le dejaste el recado a mi mujer?». «Es que yo quería conversar con usted. ¿No me dijo la otra vez que podía venir?». «Sí, sí…», asintió, y te observó con ojos que te miraban como desde una remota distancia. «Me interesó mucho todo lo que usted dijo, la vez pasada, sobre el agua, la luz, el viaje de la vida». Sonrió el viejo carpintero, pero guardó silencio. «Es tan hermoso», insististe. Él dijo: «Mas no porque yo lo diga, ni por las palabras con que lo hago, sino porque es así, y porque todo en la naturaleza es santo y hermoso». «Me gustaría asistir a otra de las reuniones». «Te dijimos que no están abiertas a los menores, y no porque tengamos nada que esconder, sino porque somos prudentes. Hay mucha maledicencia en una ciudad pequeña, y no queremos dar motivo para que nos ataquen». «Usted me pidió que tuviera todo en reserva, y así lo he hecho». «No lo dudo». Volviste a un tema que habías tocado en tu visita anterior, pero que estaba muy lejos de haber sido agotado: «¿Siempre ha trabajado usted con ataúdes? ¿Nunca ha tenido miedo?». Sonrió, y contestó: «No, nunca, y no veo por qué. Y no hay que ser injustos con la muerte, jovencito». Y como vio tu asombrada expresión, continuó: «A menudo somos injustos porque olvidamos que ella es también bálsamo, alejamiento, infinitud. Olvidamos que es como una madre que nos acoge y nos devuelve, una y otra vez, a la senda del renacer». «Me acuerdo que usted dijo que no es cristiano…». Vaciló antes de contestar: «En cierto modo sí lo soy, pero solo hasta cierto punto». «¿Cómo es eso?». «Quiero decir que respeto y admiro las virtudes que predica el cristianismo, pero que no son, necesariamente, los bienes espirituales que admiro y por los cuales me esfuerzo». «No entiendo, señor». «En otras palabras, no creo en la cruz ni en la confesión, y menos que esta vida sea un valle de lágrimas. No, y pienso que Cristo fue un hombre justo, un hombre admirable, pero nada más». «¿Y cree en la Iglesia?». «Si no creo en la divinidad de Cristo, menos he de creer en la Iglesia». No supiste qué contestar y regresaste al punto inicial: «Nunca oí, don Fox, que la muerte pudiera ser alegría…». «Lo que sucede es que tenemos en mente solo sus aspectos temibles, o la entendemos como un tránsito a un más allá tenebroso». «¿Y entonces?». «No hay, en mi opinión, purgatorio ni infierno, y tampoco cielo, sino solo un viaje sin término a través de sucesivas existencias». «Pero ¿adónde, don Fox?». «El sempiterno viaje a través de la semilla, y de la flor, el insecto, la mujer, la luz, el aire…». Y agregó: «No, la muerte no es el fin, y menos

aun una pura nada. Creo que insistí al respecto en la sesión pasada…». «Me acuerdo muy bien…». «Alguien ha dicho que la vida es como un río que va a dar en el mar, que es la muerte. Yo digo que no es así, y que más bien es como un río que desemboca siempre en sí mismo, a la manera de un círculo. Un río que nace de la tierra y regresa a la tierra, y en tal sentido es como el mar». «No comprendo…». «Y cuando somos ave, árbol, o ser humano, se trata en cada caso de un alto, de una *pascana* en el camino, y nada más. Y nuestro deber no consiste, como algunos sostienen, en acabar con ese tránsito y poner fin a todo. No, antes bien es ser a plenitud, con felicidad, precisamente ave, árbol, hombre, en una sucesión admirable y sin término». «¿Y qué se necesita?». «Lo que ya he dicho muchas veces: humildad, limpieza de cuerpo y espíritu, comunión con la naturaleza. Es decir, volver a nuestras fuentes, como hacían nuestros padres, adoradores del agua, de los cerros, del cielo infinito. Ser fieles a la tierra, principio y madre de todo». «¿Esa es su religión?». «Ya señalé que yo no predico ninguna religión ni pretendo iniciar una nueva, y que uno puede ser cristiano o judío o lo que quiera, y seguir una senda como la que muestro, que por lo demás no es de mi invención sino que está ahí, delante de nuestros ojos, si queremos ver…». Fox hablaba con voz cada vez más queda, con las manos entrelazadas y la cabeza inclinada, en la penumbra que se acentuaba, mientras afuera empezaba a caer la llovizna. «Y cuando usted fabrica ataúdes, ¿piensa en esas cosas?». «Los ataúdes, como ya dije, son como barcas, como naves, para ese viaje por el río de la muerte, y como tal merecen un trabajo atento y amoroso». Pensaste una vez más en las fúnebres cajas que esperaban en el corredor, con su extraño parecido con las extrañas embarcaciones que surcaban los canales de Venecia. En un rapto preguntaste: «¿Y esos dos ataúdes grandes que hay ahí tapados, en el corredor?». Fox Caro te miró, cauteloso, y dijo con lacónica dulzura: «Pues también son eso, naves». Se quedó en silencio, luego, y no escuchó tu nueva pregunta, sumido en súbitos pensamientos. Aguardaste con paciencia. «Sí, naves, por el río de la muerte», repitió, como en un murmullo. Buscó luego en sus bolsillos y encendió con un fósforo el candil que había en una repisa, a un lado de la mesa, pues ya obscurecía. La diminuta llama alumbró un rostro tan apacible como siempre, pero en el que los ojos parecían más hundidos, las mejillas más enjutas. ¿Por qué no había encendido la luz eléctrica? «Es muy temprano para cenar», dijo, «pero tomaremos una taza de té». Y se levantó y fue a avisar a doña Juanita. Había dicho *cenar*, como en otros momentos decía *transparencia*, *pureza*, *plenitud*, y otras palabras que no sonaban artificiales en su boca, a pesar de su modesta condición de artesano y de la poca instrucción que había recibido; antes bien, se habría dicho que resultaban naturales y en consonancia con su rostro, su figura, y esa voz reposada, y, por supuesto, con sus pláticas. ¡Quién lo hubiera creído! ¡Un carpintero de pueblo andino hablando de esa manera! Aprovechaste el momento para echar una rápida ojeada a los papeles de Fox, sin ver en ellos otra cosa que líneas, ángulos, arcos y cifras. Él volvió y adivinó quizá tus pensamientos, porque dijo: «No soy un hombre educado, y no son muchos los libros que he leído en mi vida, porque son caros y porque nunca he tenido mucho tiempo, como he dicho muchas

veces. Pero me habría gustado…». «¿Y cómo, entonces, habla así?». «Será también, ya te lo he dicho, porque todos tenemos un poco de poetas y de locos». «¿Y el violín?». «Toco con mucho gusto pero mal, y por eso lo hago solo para mí, y, en muy raras ocasiones, para los amigos. Es algo que siempre me ha acompañado, desde que mi padre me lo regaló cuando yo tenía quince años. Lo tuve conmigo cuando trabajé en Cerro de Pasco, en Huancavelica, en Andahuaylas. Siempre». Abriste los ojos, asombrado. «¿Ha viajado por todos esos lugares?». «Así es». «¿Y ha estado en el Cuzco?». «No». «¿Y en Lima?». «Sí, pero no me gustó, por la neblina, todo tan triste». Curiosa observación, sin duda, en boca de quien se pasaba los días fabricando ataúdes. «¿Y qué hacía usted en esos sitios?». «Fui como carpintero, pero tuve que hacer también de capachero en las minas, por un tiempo, y de peón en chacras y construcciones, pero luego encontraba siempre donde trabajar en mi oficio, hasta que me cansaba y me iba a otro sitio, acompañado siempre por mis herramientas y mi violín. Al fin regresé a nuestra tierra, y aquí me he quedado». «Y ¿cómo es que se dedicó a los ataúdes?». «Primero porque en ese tiempo no había más que un solo maestro del ramo, aquí en Jauja; y luego porque vi que era algo que se concertaba muy bien con mis inquietudes. Así lo entendí, y así es como he encaminado mi existencia». En ese momento entró su esposa, seguida por su sobrina Griselda, con unas bandejas, y te pusiste de pie y las saludaste. «Anda, siéntate», dijo ella, y acomodaron ambas las tazas, bollos y maicillos que habían traído. La chica te miró otra vez con curiosidad. Doña Juanita te preguntó luego por la familia y se refirió al tiempo, a la temporada de siembra, y se retiró. Tan cálida, aun en su parquedad y su llaneza, y como flotando en esas polleras enormes, muy en contraste con la figura alargada y espiritual de su esposo. Acabado el lonche, mudaste de tema y preguntaste: «Don Fox, ¿conoce a las señoritas de los Heros?». «Así es», respondió, y levantó los ojos y te miró: «¿Por qué lo preguntas?». «Son nuestras parientas». Te observó por un momento, bebió un sorbo de té y dijo: «Las conozco, pero hace tiempo que no las veo. ¿Cómo están?». «No muy bien, por la edad». «Es una lástima». «¿Y conoció usted al señor de los Heros?». «Así es, hombre muy rico». «Y, ¿estuvo usted en su hacienda?». «Sí, un fundo muy grande, muy lejos, a un costado del camino a Tarma, en una puna desolada». ¿Fox en Yanasmayo? ¿En esa época? Te quedaste estupefacto. «Hace mucho tiempo de eso», añadió. «¿Y cómo fue?». «Yo era joven por entonces, y volviendo de Tarma con un arriero nos agarró una tempestad, y se escaparon los animales, así que fuimos a dar a Yanasmayo». «¿Y entonces?». «Y el señor de los Heros supo que yo era carpintero, y que había andado por los asientos mineros, y como seguramente le caí en simpatía, me pidió que le hiciera unos trabajos. Y me quedé allí por unas dos o tres semanas». ¿Quién lo hubiera creído? Y como Fox vio tu expresión, dijo: «Te interesan, por lo que veo, esas señoritas». «He ido a visitarlas y me parecen personas tan diferentes…». «¿Eso crees?». «Sí, señor, y de veras que lamento no haber ido a su casa antes». «Me parece bien que un joven se preocupe por unas ancianas», comentó Fox con voz neutra. «Cuénteme, por favor». El artesano te miró y consultó el pequeño reloj que había en

la repisa, y dijo: «Es tarde, así que ven otra noche, cuando el albañil acabe con la tapia. Hablaremos, entonces». Y se puso de pie y tú tuviste que hacer lo mismo. Y al tiempo que salías por el corredor, señaló: «Eres un joven muy especial, Claudio. Tan interesado en cosas que a los muchachos de tu edad no les llaman la atención, y tan atento, tan deseoso de saber…». Y te despidió en el zaguán con un lacónico pero afectuoso: «Hasta otra vez». Y te marchaste seguro de que Fox sabía mucho, muchísimo, sobre los antiguos tiempos en la hacienda de Yanasmayo, llamada antes Amarucancha.

16 de febrero

*Hoy por la mañana fui a la tienda de doña Alfonsita, para comprarle unos hilos por encargo de mi madre, ¿y a quién encontré allí? ¡Al rumano! Estaba de pie ante una de las vitrinas, esa que exhibe unas posturas para los tumbamontes, y miraba con mucha atención toda esa fiesta de cachemira, seda y terciopelo, en rojos, blancos, amarillos y verdes espléndidos. Doña Alfonsita me atendió y me dijo en voz baja: «¿Qué mirará ese gringo?». «No sé, pero se ve que le gusta», dije. Y después el señor se acercó, y en un castellano perfecto, pero con un acento un poco raro, dijo: «Señora, dígame usted, ¿cómo se llama esa prenda que está ahí?». «*Lliclla*, señor». «Ah,* llicll*a», repitió él. Me animé a intervenir, y dije: «Y esa otra es el faldellín». «Y lo que parece una blusa», añadió la dueña, «es el monillo». El caballero pareció reflexionar y dijo: «Ah, monillo, nombre que en otras partes se reserva para una prenda femenina sin mangas…». «Es la ropa que se ponen las chicas para bailar en los cortamontes de carnavales», explicó la señora. «Gracias, son ustedes muy amables», dijo el extranjero, y sin más abandonó el establecimiento. «¡Qué señor tan distinguido!», dijo la señora Alfonsita. Y así es, sin duda, y está revestido además, a mi modo de ver, de algo especial, muy especial, por su cercanía y amistad con Elena Oyanguren.*

Palomeque mira perplejo y pregunta: «¿Quién está ahí?». No recibe contestación, pero no se equivoca, porque sentado ahí en el sillón principal, a la pálida luz de la vela, alguien espera. ¿Cómo puede ser si hace apenas diez minutos entornó la puerta de la peluquería, pues recién habían dado las ocho de la noche en la iglesia? Y no cerró del todo la peluquería porque aún podía venir un cliente, pues mañana es domingo y hay quienes eligen ese día para lucir una testa acicalada. Y nadie llamó, y menos entró. ¿Quién es, entonces? ¿Cómo ha ingresado? ¿Qué quiere? Avanza Palomeque unos pasos, desde la puerta del fondo y se queda como helado. ¿Es una pesadilla? Pues se trata nada menos que de Calixto Miramontes, a quien todos vieron ya finado en la plaza de Huertas, hace más de treinta años. Se acuerda muy bien de él, Palomeque, como si hubiera sido ayer, por la imborrable huella que el acontecimiento dejó en su espíritu. Está ahí con el mismo y gastado traje de luces, la montera, y sobre todo esa faz palidísima, de ojos ya vidriosos. ¿Cómo olvidarlo? ¿Y cómo a la gente que gritaba, los hombres que trataban de

distraer al toro, y el animal que corría con la enjalma y la moña zafadas y buscando por dónde escapar? ¿Y a don Nicéforo Palomino, su señor padre, gritando: «¡Atajen a ese toro ¡Quítenle la enjalma!», mientras Calixto Miramontes yacía en el suelo? No, imposible olvidarlo. Y este es, oh Dios, el individuo que aguarda allí, como un cliente cualquiera. Le corre un sudor frío a Palomeque, pero se da ánimos y con ronca voz increpa al intruso: «¿Quién es usted y qué desea?». «Je, je», se ríe el hombre y no responde. «¡Oiga, a usted le hablo!». No, ya no cabe la menor duda: es Calixto Miramontes, porque suyas son la cara, los ojillos burlones, las patillas, y suya esa manera de mirar tan descarada, semejante a la del tísico que no hace mucho se atrevió a faltarle el respeto. No, no podría olvidar esa facha, y menos a quien fue causa de tal perjuicio. El visitante no contesta y se limita a observar a Palomeque con esos ojos de pez muerto. Pero ¿cómo puede ser Miramontes si pasó entonces a mejor vida? ¿Cómo puede haber resucitado si el toro le abrió un boquete, y encima lo pisoteó a su gusto? ¿Cómo, si dos días después lo enterraron con mucho bombo en el cementerio de Jauja? ¿Y no tuvo acaso don Nicéforo una tremenda discusión con los deudos, por el asunto de la deuda, y que terminó a capazos? Habla en fin el individuo: «Así que me reconoces, Palomeque…». «No sé quién es usted», contesta el peluquero. Y empujado por el temor, no le importa faltar a la verdad: «Pero si usted es un espíritu maligno, sepa que somos devotos del Señor de la Agonía, y del Señor de Ánimas, y del Cristo de Limpias. Así que ¡váyase!». «Pero, ¿no eres librepensador, Palomeque?». «Eso no le importa». «¿No te ufanas de ateísmo?». «¿Qué sabe usted?». «¿No pregonas que eres seguidor de las enseñanzas de González Prada?». «¡Váyase!». «Eso quisieras», dice el hombre, y solo entonces se da cuenta Palomino de que el tipo no ha venido solo, sino que tiene un loro posado en su hombro. Infla el pecho el peluquero y exige: «¡Váyase de aquí, le digo!». «En realidad», dice Miramontes, «no vine a buscarte a ti, sino al pícaro de tu padre». Alza la voz Palomeque, o cree hacerlo, porque solo se escucha un apagado gorgoreo, como de piedras restregadas, que le brota del pecho. Se burla el supuesto cliente: «¡Anda, suelta ya un "Válgame Dios", como la vieja Grimanesa!». No sabe qué hacer el peluquero y trata de aclararse el gaznate, y se pellizca, a ver si así despierta y se esfuma ese fantasma. Mas no es así, porque no está dormido ni soñando, y el que está en el sillón es en verdad Calixto Miramontes, ya finado. Y el loro que porta es el mismo que vio Palomeque, muchacho aún, un mes antes de la muerte del torero. Un loro traído de Chanchamayo, para ser exacto, que iba a ser obsequiado a un rico comerciante de la ciudad, y tan antipático como su portador. ¿No soltó acaso una grosería en la casa de ese señor, cuando él, Cristóforo Palomino, fue a prestarle sus servicios profesionales? El pajarraco, por su parte, no encuentra mejor cosa que observar muy despreciativo al dueño de casa, y lanzar de cuando en cuando un feo «Te jodiste, idiota». Menea la cabeza Palomeque y trata de ser también irónico: «No me diga usted que es Calixto Miramontes, el que se murió de miedo, y de paso se fue debiendo una respetable suma a mi señor padre». «Déjate de cojudeces, porque no morí de susto, sino por culpa de tu taita, que amarró mal la enjalma y peor aun la diablesa. Y quien se quedó

debiendo fue ese pícaro, y me lo va a pagar». «¡Qué lenguaje tan soez, y mucho más en boca de un difunto, si de veras está usted muerto!». «Je, je», se ríe el individuo. No sabe qué hacer Palomeque, y al azar desembucha un latinajo: «*¡Qualis vir, talis oratio!*». «¿Cómo?», pregunta el muerto. «En latina lengua, eso quiere decir que "cada uno habla como quien es"», replica Palomino. «Jo, jo», se ríe el otro. «¡No se burle, so insolente!». «Tú y tus palabrejas tan mal aprendidas, y tan burro y sinvergüenza como tu padre». Furioso el peluquero tiembla, y con mucho esfuerzo grita: «¡Ladrón!». «¡Vejete!». «¡Impostor!». «¡Alcahuete!». Y el loro, que ha estado mirando a uno y a otro contrincante, repite regodeándose: «¡Alcahuete!». Don Cristóforo saca un pañuelo y se limpia la frente, sudoroso de ira. Se arma luego de valor y, candelero en mano, se aproxima. Sí, es el traje que vestía Miramontes, y esa su cara, su fea cara de torero de pueblo malamente ensartado por un toro chusco. Es él, con esa traza de indio atrevido. Y tan atrevido que pregunta, impávido: «¿Qué miras, vejestorio?». «Yo soy viejo, pero usted está muerto, y no solo muerto, sino podrido. Yo estoy vivo». El visitante no se impresiona, y rascándose la barbilla dice: «Oye, ¿cuánto hace que murió tu padre, porque muerto debe estar, con lo viejo que eres y lo pillo que él era?». Palomeque no lo puede aguantar y toma con la otra mano un pomo de aceite Glostora y se lo avienta al intruso, pero con tan mala suerte que el frasco va a dar al mostrador y se rompe y mancha todo, y de paso se lleva de encuentro unas toallitas que, con gran sacrificio, había adquirido hacía poco. «Te jodiste, idiota», dice el loro. «¡Loro de porquería!». «No jodas a mi loro», se amosca Miramontes, sin tomar en cuenta el fallido proyectil. Palomeque deja la lámpara y se pellizca otra vez, y para mayor seguridad se da un sopapo en la mejilla. No, no está dormido, y el que está frente a él, sentado como Pedro en su casa, es el mismísimo Miramontes. «Te jodiste, idiota», reitera el avechucho. Palomeque se inspira y dice: «Entonces, si usted es Calixto Miramontes, eso quiere decir que es un condenado, por sus muchas culpas y maldades, y entre ellas la de jugarle esa pasada a mi padre, que en paz descanse». «El condenado es ese tarado, y mejor me avisas dónde está su tumba, que seguro se murió de vivo». Se estremece de nuevo el peluquero y le tiemblan las quijadas, pero se recobra y replica: «Usted es el condenado, a pesar de esa facha de pirata». «¿Por qué de pirata?». «Por ese pajarraco que tiene en el hombro, y por su mala cara y sus latrocinios y maldades». «¿Un pirata en Jauja?». «Y no me extrañaría que tuviera además una pata de palo…». «Oye, te dije que no te metieras con mi loro», advierte Miramontes, quien por lo visto estima mucho al ave. «No me meto», responde Palomeque, «y es usted quien se ha metido en mi peluquería y no quiere irse». «Esto no es una peluquería, sino un sucucho infecto…». «Mejor, en todo caso, que el cajón donde a usted lo enterraron». «Hablando de cajones», toma el hilo Miramontes, «dile a Fox Caro que te reserve uno de párvulos, por lo mucho que te vas a encoger al estirar la pata». «¡Váyase, ánima en pena!». «Si me dices dónde está el bribón de tu taita, me voy ahorita». «No lo llame así, perverso». «Taita no es ofensa, y si digo bribón tampoco, porque tu padre era el mayor y más redomado pillo de toda la provincia». Sin saber qué hacer, desesperado, el peluquero se sienta en

una de las sillas. ¿Y si saliera y pidiera auxilio? ¿Si llamara a la fuerza pública? ¿Si corriera a pedir ayuda al padre Barrelier? «Je, je», se ríe Miramontes, como adivinándole el pensamiento. No, todo no debe ser más que una pesadilla, una ridícula pero insoportable pesadilla. «¡Alcahuete!», vuelve a insultar el loro. Retoma la palabra Palomino: «Dígame al menos, ¿cómo ha vuelto a esta vida?». «Yo no me fui de ella». «Pero, ¿acaso no se murió esa tarde en Huertas?». «Me morí, no lo niego, si morir es dejar este mundo, pero no por eso me fui al otro». «¿Y entonces?». «Pero ¿no me ves aquí, zonzonazo?». «Zonzo será su abuelo…». «¿No ves que estoy aquí en persona, preguntando por el imbécil por cuya culpa me agarró el toro?». «¿Mi papá? ¿Culpable mi papá?». «¡Claro que sí!». «¡Allá usted que prefirió morirse antes que pagar la cuenta!». «Si no hubiera sido por tu taita, que de puro mal intencionado fabricó la tal diablesa y la sujetó de peor manera, no me hubiera yo atarantado y el bicho no me hubiera corneado». «No fue así». «¡Sí fue!». «¡No!». «¡Sí!». La discusión tiene mucho de ridículo, desde luego, pero Palomeque no puede aceptar tan falsa y malvada acusación. «Y aun si fuera así, ¿para qué busca usted a mi señor padre? ¿Qué va a conseguir de él si ya ha finado?». «Darle su merecido». «¿Va a vengarse en un muerto? ¿Un muerto vengándose de otro muerto?». «¿Y por qué no?». «¿Y cómo, si está muerto?». «Eso es cosa de muertos, ¿no lo entiendes?». «Pero ¿no dice usted que no se ha muerto?». «Claro que me morí, estúpido, pero no me fui de este mundo. ¿No te lo he dicho?». Palomeque menea la cabeza y dice: «Ah, es por eso entonces que está usted vagando sin poder descansar, y seguirá así por años y por siglos…». «¡Tonterías!». «¡No es más que un condenado de esos…!». «El que se va a condenar eres tú, si no hablas…». Al cabo de un rato, pregunta el peluquero: «¿Y cómo es que no se enteró nunca de que mi señor padre también había finado?». «También tuve que ajustar cuentas con Gumersinda Polo, mi primera mujer, que me engañaba». «¿Y tanto se demoró en eso?». «Es que la muy pilla se había fugado a Pariahuanca, y me costó mucho dar con ella». «¿Y qué le hizo a la pobre?». «La busqué y la jodí hasta que se volvió loca». «¡Oh!». «Así soy yo, tontonazo». «Te jodiste, idiota», grita el loro. Palomeque se siente aun más alarmado. ¿Y si el fantasma lo atormenta del mismo modo? ¿Si pone en fuga a toda la clientela? ¿Si se queda en la tienda hasta el día del Juicio? Lo mejor sería salir y pedir auxilio, pero no puede hacerlo, y no le queda sino discutir y discutir con el intruso. «Así que no me quieres avisar dónde lo enterraron». «Está en el cementerio de Jauja». «Gran novedad». «Ahí está». «Eres más testarudo que una piedra, Palomeque…». «No me diga así, porque yo tengo nombre y apellidos». «No, para mí tú eres Palomeque, y no me vengas con cuentos como ese del heliotropo y del estudiante». «Ajá, está enterado de ese chisme estúpido, y no de cosas más importantes…». «No fue un chisme, porque de veras lo quisiste capar». «¡Un gran chisme!». «¡No!». «¡Sí!». «¡Digo que no!». «¡Digo que sí!». Cansado de tan pueril forcejeo, el loro dice: «Se jodieron, idiotas». ¿Dijo eso, realmente? ¿Se refirió a los dos adversarios? ¿Y por qué si no Miramontes le da un cocacho? El peluquero se levanta de la silla y prende otra vela, sin preguntarse por qué todo transcurre a la luz de las bujías y no del alumbrado eléctrico. El finado

lo mira hacer, acariciándose la barbilla. Está ahí, y el dueño de casa quisiera darle un empujón, a ver si no es pura apariencia, y si en verdad se trata de Miramontes, muerto hace ya tanto tiempo. Pero no, la palidez, la flacura, los ojillos venenosos, la voz lúgubre y sardónica, ese aire de trasmundo, lo acobardan, y no se acerca ni toca al individuo. Otra vez se interroga si todo no será cosa del muchacho que armó el cuento del heliotropo y el intento de castramiento. Es decir, no el mozo que fue a pedir un sol por orinar en esa flor que jamás existió, sino el otro, el que acudió después a la peluquería y haciéndose el santo intentó averiguar cómo había sido esa visita. Sí, ese que tiene una dulce y simpática hermana. A lo mejor, pues, todo no es más que otra invención su ya. Pero ahora no lo agarrarán, o no sería quien es, y el supuesto difunto y su pajarraco terminarán por llevarse su merecido. Lo jura Cristóforo Palomino, artista enjalmador y caballero, además de entendido en latines y ciudadano de palabra. Y envalentonado grita: «¡Largo!». «Je, je», se ríe Miramontes, y el loro le hace eco. Quiere vociferar de nuevo el peluquero, pero solo le sale algo así como un sollozo, pero un sollozo de rabia, y se vuelve a sentar entonces, y agacha la cabeza y la toma entre sus manos. Señor, ¿cuándo acabará la pesadilla? ¿Cuándo se marchará el espantajo? «¡No soy ningún espantajo!», dice el visitante, leyéndole otra vez la mente. «Espantajo o no, ¡lárguese!». «No me da la gana, y antes deberás avisarme dónde está enterrado tu taita, y aclararme también otras cosas…». «¿Qué cosas?». «Bueno, antes sácame de una duda: ¿qué edad tenías cuando el toro me dio la cornada…?». «¿Yo? Unos catorce años». «¿Solo eso?». «Así es». «No te creo». «¿Y por qué?». «Por esa cara de viejo». «Bueno, tal vez un poco más». «Sí, porque la corrida fue en 1914 y no en 1918, como algunos dicen». Y Calixto Miramontes comenta malhumorado: «Sea como fuere, la responsabilidad principal no es tuya, y eso es lo que le dije ayer al loro, pero él no está de acuerdo, y opina que lo mejor sería arrancarte el pescuezo…». «¿Y le presta usted atención a ese malvado…». «Oye, te dije que no te metas con mi loro». «¿Tanto lo quiere?». «Sí». «Y, ¿cómo lo regaló, entonces?». «Él nunca me lo ha reprochado, y además se escapó para reunirse conmigo en cuanto supo que yo estaba de vuelta». «¿Ah sí?». «Pero no te sigas haciendo el imbécil, que me estoy amargando, y dime dónde está sepultado ese tarado». «¡No fue ningún tarado!». «¡Sí!». «¡No!». El loro se calla, pero mira a los dos contendores, esponja las alas y acaba por mirar hacia otro lado. «Repito que si usted es un difunto, ¿cómo no sabe dónde está otro difunto?». «¿Acaso los muertos sabemos dónde están enterrados los demás muertos?». «¿Y no puede averiguarlo ahí donde vive, quiero decir en el cementerio?». «No, carajo», se impacienta el finado. Pero Palomeque no cede, y dice: «Y además, y por enésima vez, ¿para qué diablos quiere saber dónde están los restos de mi señor padre?». «Je, je», se ríe Miramontes. «Te jodiste, idiota», dice el loro, volviendo a interesarse en la discusión. «¿Para qué?», insiste Palomeque. Se rasca la barbilla Calixto y responde: «Eso es asunto mío». «Pero yo soy su hijo, y no puedo permitir que se ofenda su memoria». «¿Y mi memoria, idiota? ¿Crees que me hace gracia eso de haber acabado como un zonzo, y encima por culpa del taimado de tu padre, que nos engañó con su adefesio? ¿Crees que no sé lo que

murmuró la gente?». «¡Mi padre no fue un taimado!». «¡Sí!». «¡No!». «Je, je», se ríe el loro, feliz de ensayar esta nueva expresión. «¡Ya, habla rapabarbas!», porfía el visitante. «¿Por qué no va usted de nicho en nicho y lee los nombres?». «Ya lo hice, así que tu taita debe estar sepultado en el suelo y sin losa, porque no he encontrado nada. Pero tú estás aquí y me lo vas a decir». «¡Máteme si quiere, maligno difunto, pero no diré nada!». «Y me vas a decir también, de una vez por todas, por qué se le ocurrió a tu taita esa figura de diablesa, cuando lo acordado fue una de andaluza». «Yo no sé nada, porque el contrato lo hizo usted con mi señor padre». «Si has heredado sus bienes, también debes cargar con sus culpas, ¿no?». «No tengo por qué hacerlo, y además no era responsabilidad de mi padre amarrar la enjalma al toro». «Sí era». «¡No!». «¡Sí!». Otra vez transcurren los minutos sin que el condenado dé la menor señal de marcharse. Al cabo de un espacio, por cansancio, pero también por curiosidad, Palomeque inquiere: «Usted habló de aclarar otras cosas…». Miramontes bosteza y responde: «Bueno, quiero que me cuentes también lo que ha hecho Grimanesa Sifuentes, hija de mala madre…». «Y, ¿por qué tengo qué saber yo su vida?». «Porque eres un buscavidas…». «No soy». «Sí, lo eres, como todos los rapabarbas, desde que el mundo es mundo…». «Oiga, ¿no puede dejar de ofender?». «Gasté un dineral en cortejarla, en darle serenatas, y le dediqué poemas, ¿y todo para qué?, si no me quiso perdonar unos pecadillos, y encima se casó, no bien supo mi muerte, con el inútil que es hoy su marido…». «¿Y a mí qué me importa?». «Y eso no es todo, porque hay otra deuda de la que me estaba olvidando…». «Yo no le debo nada, y más bien usted me debe, porque no le pagó la enjalma a mi señor padre…». «Él se quedó en deuda conmigo, porque fue por su culpa que dejé esta vida». «¡No!». «¡Sí!». «Je, je», se ríe el loro. «En todo caso», prosigue Palomeque, «¿a qué se refiere usted con eso de otra deuda?». «Por ahí estuviste diciendo que yo era un “cholo de mierda”, y en efecto soy cholo, pero no aguanto que nadie, y menos tú, blancón sacalagua, te refieras así a la gente». «Oiga, yo no soy sacalagua». «Te dices librepensador, y al mismo tiempo devoto de San Judas Tadeo y del Señor de la Agonía, y del Señor de Limpias, ¿y no has aprendido que todos somos iguales?». «Yo no soy indio ni cholo». «Eres un triste peluquero y peor ensartador de malas moñas, y nada más». «Al menos tengo un trabajo honrado, y no soy torero ni echacuervos como usted». «Te jodiste, idiota», anota el loro. «Eres bocón, además, y por eso también vas a pagar». Pero el difunto parece ya fatigado, o quizá lo asedian nuevos pensamientos, porque inclina la cabeza y se sume en una especie de sopor. Palomeque espera un rato, pero como el otro no resuella, comienza a acariciar la esperanza de echarlo, así muerto y desmayado como está, ya que por lo visto los difuntos también se cansan y pueden perder el sentido. ¿Y el loro? No, está muy despierto y mira sin inmutarse al peluquero. Este consulta el reloj y se asombra porque las agujas marcan las cuatro y treinta, cuando no hace mucho apenas si eran las ocho de la noche, y fue por eso que no había cerrado aún las puertas de El Minotauro. Eran las ocho, y ahora, luego de un rato, ¿es ya de madrugada? Se levanta para cerciorarse y se asoma a la calle. Comienza a clarear, en efecto, y no tardará el ir y venir de los viandantes y de

las carretillas, porque es día de feria. Tocarán también las campanas de la iglesia. Y Palomeque respira aliviado, porque todo habrá sido una pesadilla, nada más que una pesadilla. Y con esta esperanza retorna al interior de la tienda, pero apenas si da unos pasos y lanza un alarido. Y es que Miramontes se ha puesto de pie y avanza a su encuentro. Esa figura alta, con el traje manchado de polvo y de sangre, y con la risa y los ojos siniestros. Calixto Miramontes, extendiendo sus brazos hacia el peluquero, y agitando un mandil que ha tomado de la percha, como si fuera una capa. Agitándola y mirándolo con unas pupilas atroces, y llamándolo a embestir como si él, Palomeque, fuera el toro…

17 de febrero

Hoy tuvimos una rápida sesión en casa de Tito, los tres, y con unos tamalitos que nos convidó su mamá. Pero una sesión bien corta, porque mi amigo tenía que hacer y yo estaba con un dolor de garganta de los mil diablos. Y no solo eso, sino que Julepe me dijo: «Oye, tú has llorado, ¿no?». «No, ¿por qué?». «Tienes la vista toda roja». «Debe ser el resfrío». «Cuídate, porque pasado mañana es Jueves de Comadres». Tito dijo: «Lo que es yo, solo podré ir con ustedes a la fiesta de Paca, porque mi viejo quiere que vaya de nuevo a La Oroya. Hay un fiestón de primera en el club de los gringos, al que mi papá está invitado». Julepe dijo: «Él sí, pero no tú». «El viejo me ha dicho que me va a llevar, y ya me está mandando a hacer un terno en la sastrería de Cosme Damián». Nos quedamos verdes por la envidia, pero no por la ropa sino por la jarana, pero nadie dijo nada. Y, muy orondo, Tito dijo todavía: «Mi papá es ahora apoderado de la Compañía, y quiere que yo conozca gente». «¿A tu edad?». «Así piensa él». «Oye, te felicitamos», dije, pensando en que ese baile, todo engolado y lleno de viejos, no tenía por qué dejarnos mudos. Tito aclaró: «Pero como dije, todavía estaré aquí este jueves, así que podremos ir a Paca, pero no a la romería y a la misa, sino a almorzar en un toldo y a jugar después correteando a las chicas con agua y ortiga». «Lo que es yo», dijo Julepe «aprovecharé del juego para manosear una buena cantidad de potos». «Y te darás después el mayor pajazo de todos los tiempos», le dijo Felipe. Y con eso terminó la reunión, y yo y Felipe nos fuimos juntos. En el camino me dijo que tenía una buena noticia para mí: «Llega de Lima una prima de la Rosi y tú podrías bailar con ella, ya que no será difícil conseguirle un disfraz». «Pero ¿y si es muy mayor? ¿Si es fea?». «No, yo he visto su foto y no está mal, y es de la misma edad que Rosalinda». «¡Estupendo!», le dije. Además aquí en casa nadie se va a oponer, aunque me dirán mil veces que no se me vaya a venir abajo el árbol, porque tendríamos que pagar la fiesta el año entrante. Y Leonor no se va a enterar. Así que le dije a Felipe: «En serio, ¿no?». Y él dijo: «Claro que sí». Y todavía le pregunté: «Oye, ¿le has dicho a Rosalinda que yo compuse el bolero?». «No, qué va». Y al momento de despedirnos me aconsejó: «Oye, cuida ese resfrío, porque estos carnavales tienen que ser de primera».

«Esto no es un resfrío», dijo tu madre después de mirarte, con atención. «¿No?». «No, hijo, lo que tienes es sarampión». Te quedaste mudo. ¿Sarampión? ¿A tu edad y en vísperas de carnavales? «Sí, así es», repitió luego de observarte una vez más. Te costó trabajo recuperar el habla: «Pero, ¿no me dio cuando era chico? ¿Acaso da dos veces?». «No, claro que no, pero me entendiste mal, pues nunca dije que hubieras tenido esta enfermedad cuando eras pequeño». «¿Y entonces qué tuve?». «Bueno, pasaste por la tos convulsiva, las paperas, la varicela, pero sarampión no». «¿Y cómo sabes que es sarampión?». «Por la fiebre, por esos ojos que lagrimean, por el catarro nasal, y más que nada por la erupción que ya te ha aparecido». Saltaste de la cama y corriste al espejo. Sí, ahí estaba tu cara, sudorosa por la fiebre, y con unos puntitos rojos en el cuello, las sienes y las mejillas. Soltaste una palabrota y regresaste a la cama. ¡Sarampión a los quince años, que pronto serían dieciséis! ¿Qué dirían tus amigos? ¿No habías quedado en ir mañana a Paca con ellos? ¿Y el tumbamonte con la prima de Rosalinda? Tu señora madre dijo: «Pero, ¿qué sacas encolerizándote?». Nada, por supuesto, pero ¿cómo evitarlo? «Que no se entere mi tía», suplicaste. «Pero ¿cómo, hijo? ¿Le voy a prohibir que venga a tu cuarto?». «No digo eso». «¿Le voy a rogar que no te mire a la cara?». Y por si hubiera sido poco, creíste sorprender un amago de risa en tu progenitora. Sabías bien que, mediando ciertos cuidados, nadie se moría con eso, pero no era suficiente consuelo. «¿Y qué hago?». «Quedarte en cama y tener paciencia, porque no hay otro remedio». «¿Cuánto tiempo?». «Tienes para una semana, por lo menos…». Y tu madre te miró con cierta ternura, como si viese en ti no el adolescente que eras, sino al infante que fuiste. Sonrió, luego, y dijo: «A ver, veamos en cuánto está la temperatura». Y trajo el imponente termómetro que debió servir para tu egregio abuelo. Tenías un 38,8 ºC, que no era para alarmarse. «Bueno», dijo tu progenitora, «ahora te voy a preparar agua de tilo en abundancia, y a poner cortinas rojas en tu cuarto». «¿Cortinas rojas?». «Es un secreto». «¿Cómo secreto?». «Me refiero a una costumbre antigua que, según dicen, apura la erupción e impide que se inflamen demasiado los ojos». «¿Y de dónde las vas a sacar?». «Es cosa de improvisar con unas telas». Y allá se fue la señora, no muy preocupada, y hasta quizás aliviada porque ibas a pagar esa deuda de salud que, con el paso del tiempo, podía hacerse inquietante. Eran las ocho de la mañana, y como no te sentías bien, no te habías levantado para ir a comprar pan. Lo que menos te habías figurado era que la vista roja, los estornudos, la nariz obstruida, el dolor de garganta, los escalofríos, anunciaran esa enfermedad que Tito, Felipe y Julepe habrían sufrido hacía más de un siglo. ¡Sarampión! ¡Si hasta el nombre era chistoso! Te arrebujaste en las cobijas, ardiendo más de ira —inútil ira— que de fiebre. Te imaginaste la cara de doña Zoraida, la vistosa viuda de Ramos, al saber que su suspirante padecía de una dolencia de párvulos. Y la de Rosalinda, la del cura Wharton, la de Florisandro, la de Carlitos Baylón. ¿Y Leonor? No, ella también se reiría, pero no como los otros. ¿Qué pecado habías cometido? ¿Y si tu madre se equivocaba? Te lanzaste de nuevo al espejo, que otra vez te mostró la misma y lamentable facha de hacía un momento. Te derrumbaste, como quien dice, y te sumiste en una

furiosa inmovilidad. Te despertó la voz cantarina de tu tía: «¡Albricias!». «¿Por qué dices "albricias", si esa palabra no se usa aquí?». «Por eso, sobrino, porque tampoco se usa que un joven ya crecido se enferme de sarampión, y porque es preferible, cien veces preferible, que te dé la enfermedad ahora, y no cuando estés de luna de miel o seas padre de numerosa prole. Así que ¡albricias!». Hubieras querido tirarle una pedrada, aunque fuera tu tía, y, sin embargo, instantes después, tú también te reíste. Cualquiera hubiera dicho que era un acontecimiento festivo y no una sucesión de molestosos síntomas, con el largo encierro que suponían, la pérdida de los carnavales y el peligro de que los amigos te colgaran un montón de chistes. Volvió entre tanto tu madre, acompañada por Abelardo, quien abrió los brazos y dijo: «¡Oh, cuánto lo siento, joven hermano!». No te gustó nada ese dolorido semblante, y menos esa manifestación de pesar, pero te callaste. Ambos colocaron el improvisado cortinaje para tu ventana, con nuevas y enfáticas exhortaciones a la paciencia. Y bueno, ya que toda la familia estaba reunida en tu cuarto, imploraste: «¡Por favor, que no lo sepan mis amigos!». Y tanto te empeñaste que tus parientes tuvieron que jurar solemnemente que la cosa quedaría en reserva, y que se inventaría una excusa para justificar tu súbita desaparición. «Felizmente eres experto en historias», dijo tu tía, «solo que esta vez usarás tu talento no para poner en ridículo a nadie, sino para salvarte tú». «Pero, después de todo aún es un niño…», dijo tu madre. «Je, je», se rio tu hermano, y tenía razón, porque, ¿cómo ibas a seguir siendo un niño cuando andabas tramando cómo ver calata a Zoraida Awapara, y si era posible acostarte con ella? ¿Y no habías acariciado la idea de birlarle a Felipe su Rosalinda, por más ociosa y relamida que fuese? «Je, je», se volvió a reír Abelardo, lo cual acabó por incomodar a doña Laura: «Ya, deja esa risita, que no haces sino irritar al pobre muchacho». «Eso de "muchacho" está mejor, pues ya está en edad de tomar esposa», dijo tu tía. «Sí», dijiste, «pero no por eso soy "pobre muchacho"». «Digamos entonces "pobre joven"». «Y, ¿qué dirías, tía Marisa, si ahorita te contagiara?». «Esa enfermedad no repite, hijo, y yo la pasé a la edad adecuada, y no a destiempo y con vergüenza». Otro «je, je» de Abelardo, y hubieras estallado. No se rio, sin embargo, y procedió más bien a examinarte. «¿Llamaremos al doctor Morales?», preguntó tu madre. «Para qué», dijo tu tía, «si a la legua se ve qué mal aqueja a tu hijo, cosa por lo demás explicable, ya que doña Rebeca me dijo que su Alfonsito está enfermo precisamente de sarampión, así que…». «Pero, ¿si se presenta una complicación…?». «Y, ¿qué complicación va a haber», dijo Abelardo, «si este ciudadano se cuida? ¿Para qué gastar en vano?». «Es cierto, los chicos pasan la enfermedad sin problemas, pero como Claudio tiene ya…». «Pero ¿no decías que todavía es un niño?». Tu madre se calló, pero en su fuero interno habría insistido en llamar a Morales. No te gustó eso de «gastar en vano», pero dijiste: «¿Y si me cuido, me abrigo, y si es necesario ni me muevo, ¿se pasará más pronto?». «No, sobrino, pues el sarampión es como el enamoramiento, que toma su tiempo y al final se va por sí solo». No te quedaron ganas para discutir, y la familia se retiró, dejándote solo con tu desventura y el trabajo de buscar una coartada. Y estabas en esas reflexiones cuando tu señora madre te trajo una

insípida leche con tilo y una galleta, que te quitó la poca gana que tenías de desayunar. No te hacía ninguna gracia, tampoco, estar encamado en esa penumbra espectral, mientras afuera brillaba un sol esplendente. Pero ¿qué podías hacer? Te embaulaste la bebida de un tirón, con el resultado de que al cuarto de hora sudabas como un caballo. «Je, je», te reíste, a la manera de Abelardo, con la idea de que así infligías una derrota a los virus que, con gran regocijo, se daban un banquete a tus costillas. Idiota ocurrencia que te dio más rabia. Después de unos minutos estiraste una mano y tomaste el segundo tomo de tus *Autores selectos*, y releíste el pasaje de la *Eneida* en que Eneas se disculpa ante Dido en el Hades. Mas esa no era una lectura adecuada para esos momentos, así que te quedaste profundamente dormido, y cuando despertaste era ya mediodía. No se escuchaba ningún ruido en casa, y estabas ya por alarmarte cuando apareció tu madre. Te miró, preguntó cómo te sentías, y volvió a irse. Después de una media hora retornó con una taza de caldo, y un platito de arroz sancochado, diciendo: «Cuando se está con fiebre, hay que ser frugal». No protestaste, porque no tenías apetito, y diste cuenta en silencio de ese triste almuerzo. Tampoco cuando ella te anunció: «Y para que no sufras los ardores de la fiebre, le pedí consejo al señor de la botica Los Andes, que me recetó estas píldoras, que tomarás cada cuatro horas, con un vaso de tilo o de emoliente». Miraste las dichosas píldoras, y tomaste con resignación una. Así se aliviaría tu malestar, y podrías distraerte con la lectura, u oyendo el radio de tu tía Marisa, y, más adelante, cuando te sintieras mejor, irías a sentarte frente al piano, aunque fuera con una colcha encima, además de chalina, sombrero y botas, para no pescar una neumonía. Al poco rato llegó Abelardo, de vuelta de su trabajo, y preguntando: «¿Cómo andas, doliente hermano?». «¿No puedes dejar de reírte?». «No me río, pero no me negarás que la cosa tiene su lado cómico, y, si lo admites con deportivo espíritu, verás que se hace más llevadera…». Tenía razón, desde luego, y trataste de poner un semblante más amable. Él te traía un paquete, que resultó ser un número de la revista *Leoplán*, una novela de Agatha Christie, y una de ese autor peruano del que ya te había hablado, Ciro Alegría, y que era *Los perros hambrientos*. «Ahí tienes para rato», dijo. «Tú tendrás la culpa si me convierto en ratón de biblioteca», dijiste, con forzada sonrisa. «Lo peor es el aburrimiento, Claudio». «No me digas…». «Y tanto que pienso que Dante, ese autor de la Edad Media que describe el infierno, debió poner un décimo círculo, en que el tormento fuera solamente eso: el aburrimiento». Y con una recomendación de que leyeras a pocos, para no inflamarte más la vista, y para que te durase el material de lectura, se marchó de nuevo. Te sosegaste, pues, y te esforzaste en aceptar tu destino, porque no había otra alternativa. Echaste mano a tu *Ilíada*, pero te venció otra vez el sueño, y cuando te despertaste ya había obscurecido. ¡Vaya, nunca habías dormido tanto! Mas no sentías ya esa pesadez ni el dolor de cabeza, y tampoco los escalofríos. Recibiste pues de mucho mejor talante a tu señora madre, quien se sentó a tu lado y terminó allí una labor, contándote mientras tanto las ocurrencias del día, y la fugaz visita de la tía Aurora, tan ocupada siempre por el negocio que tenía en Huancayo. Se fue después, y te trajo una ascética pierna de pollo con una papa sancochada. «Ay, mamá», te

quejaste, «no basta con el encierro, sino que, ¿también tengo que pasar hambre?». Se sentó en tu cama, y te acompañó mientras comías tan desabrida cena. Ya más animado, volviste al tema que te obsesionaba: «Mañana me va a buscar Felipe, así que dile por favor que…». «¿Sí?». «Que me fui a Huancayo». «No, eso no tiene sentido». «Que me caí jugando fútbol y que…». «Pero si tú odias el fútbol, y ellos lo saben». «Bueno, que me rodé por la escalera». «Y si quiere pasar a verte, como esa vez que te agripaste, ¿qué le diré?». «No, eso no». «¿Y entonces…?». No supiste qué decir. Tampoco se le ocurrió ninguna idea a tu progenitora. Y al poco rato, cuando retornó tu hermano, con semblante no muy adecuado a las circunstancias, reiteraste esa ansiosa pregunta: «¿Qué les decimos a mis amigos?». Abelardo dijo muy tranquilo: «Todo tiene remedio, menos la muerte». «¿Y?». «Les diremos que te fuiste de viaje a Lima, por cierto asunto». «Pero así, ¿tan de improviso?». «¿Por qué no?». «¿Acaso no me vieron muy resfriado?». «¿Y qué importa? Pensarán que el verano limeño te hizo mucho bien y te curaste». «¿Y cómo me fui, si ayer nomás quedamos en vernos?». «Diremos que llegó un telegrama, y que tomaste el tren esta mañana». No muy convencido, examinaste esa posibilidad. Pero habías oído decir, por desgracia —ahora te acordabas—, que el sarampión deja por varios días una rubicundez muy especial, muy diferente por cierto de un bronceado veraniego. ¿Cómo explicar tu color? Tu tía Marisa entró en ese momento, y, enterada del problema, dio su opinión: «Dirás que no todos tienen el pellejo igual, y que allí donde un cristiano se asa como un camote, otro toma un angélico rosado, y San Seacabó». No apreciaste su propuesta, claro está, pero había al menos un principio de solución, así que dijiste: «Lo pensaré». Y cuando todos hubieron salido, comenzaste a tejer numerosas y posibles respuestas a esa y a otras no bien intencionadas preguntas. ¡Si al menos te hubiera antecedido en la desgracia uno de tus amigos! ¿Por qué tenías que haber sido tú la víctima? ¿Qué maligno espíritu te había llevado los pestíferos aires de aquel mocoso, indeseable morador de una casa cercana? ¿Por qué no era Palomeque, oh Señor, el sufriente? Y por enésima vez volvían a tu mente, aun más negras, las consecuencias de tu dolencia: te perderías el paseo a Paca, con sus sensuales pasaditas de ortiga por las piernas de las chicas, y adiós al tumbamonte juvenil en Huarancayo, que habría sido tu primera y triunfal aparición en tan jaujino ruedo. ¿Por qué tal desventura? Bueno, al menos no habías dicho nada de ese programa en casa, y no escucharías, pues, ningún comentario que aumentase tu despecho. Y cavilando en todo aquello te revolviste una vez más en la cama, como se revolvería Aquiles en su cólera, mas no te duró mucho el berrinche porque de pronto te asaltó un acceso de risa. Sí, de risa, por todo lo que había de cómico en tu infortunio, y que por suerte no escucharon tus familiares, aunque debió retumbar como la del pélida. Y resignado te dijiste que después de todo no hay sarampión que dure cien años, ni vergüenza que lo resista. Y con tan menguado razonamiento esperaste que el sueño pusiera fin a esa jornada. Ya verían tus parientes cómo le decían a Felipe lo del supuesto viaje a la capital de la república, y ya te tocaría después a ti representar el papel de un joven que regresa después de arreglar importantes asuntos y veranear en Barranco.

19 de febrero

¿Qué puedo anotar hoy? ¿Que amaneció un día nublado y que estoy desde ayer con sarampión? ¿Que no iré hoy a Paca y que me pasaré los carnavales metido en cama, y no bailaré con la prima de Rosalinda? ¿Y que después, cuando vuelva «a la luz pública», como diría El Porvenir*, andaré muerto de miedo de que se sepa mi desgracia? Y eso no es todo, porque tengo que soportar el dolor de cabeza y de garganta, la fiebre, los estornudos, el lagrimeo y este ambiente rojizo y fantasmal. Y tendré que sentir desde aquí la música de las bandas, que van por las calles con las* pandillas *de los tumbamontes, en báquica alegría, mientras yo peno entre calenturas. Será por todo eso que anoche soñé con Tocho, nada menos, persiguiendo al mocoso que me contagió esta ridícula enfermedad. Y Tocho, después, enzarzado en feroz batalla con los gatos de doña Mercedes, que por supuesto acabó con el triunfo de Luzbel, Sara y Joaquín.*

Paciencia, pues, y que se apiaden los dioses. ¡Sarampión!

Por la tarde

Con el alma en un hilo oí que tocaban la puerta, y que tía Marisa iba a abrir. Después de un silencio, para mí interminable, vino a decirme: «Ya está». «¿Cómo que ya está?». «Era Felipe y le dije que te fuiste a Lima». «Y, ¿qué dijo?». «Se quedó de una pieza». «Y, ¿nada más?». «Se lamentó diciendo: "Pero, ¡habíamos quedado en ir a Paca!"». «Y, ¿no preguntó cuándo volvería yo?». «Sí, y le dije que estarías allá una semana, o algo así». Y mi tía volvió a reírse y no contó más. Y de la pura cólera la fiebre me subió a más de 39°.

Abelardo te había contado que hubo un poeta francés, muy joven, que escribió un libro que se titulaba *Una temporada en el infierno*. Los días de tu enfermedad no los pasaste allí, desde luego, pero sí tuvieron algo de reclusión en el limbo, con su poco de purgatorio. En el limbo porque todo quedó en suspenso, ya que como oficialmente te encontrabas en Lima pero en realidad estabas en Jauja, y no en Jauja sino supuestamente en Lima, no te hallabas en ninguna parte. Y en el purgatorio porque eso de no salir de casa, no recibir visitas y verte privado de los jolgorios carnavalescos constituía un tremendo castigo. Y como si todo eso no hubiera sido suficiente, debiste soportar, al menos en esos primeros días, largos ratos de aburrimiento porque la inflamación de la vista no te permitía leer mucho, y porque tus familiares no tenían mucho tiempo para conversar contigo. No estabas de humor, tampoco, para escribir notas en tus cuadernos. Todo ello sin olvidar las calenturas, ni las amargas píldoras de la botica Los Andes, ni las infusiones de tilo y los sudores, ni el dolor de garganta y de huesos. Y mucho menos la ira, mezcla de despecho y envidia, que te daba escuchar las bandas de los tumbamontes al atardecer. Mas en fin te resignaste de nuevo, y hasta comenzaste a tomar con buen humor el cortinaje y la rojiza atmósfera que producía, y el sopor intermitente de la fiebre. Y soñaste, en un posterior

momento de calentura, con el anillo de amatista y las veladas de música en la puna, y la voz de Ismena cantando un yaraví. Y con Euristela en la ciudadela de los muertos, mirando hacia el otro lado del valle. Y era Antenor, quizá, la tristísima figura que te miraba desde una habitación en ruinas. Sueños que hubieras querido prolongar y entretejer, y en los que más de una vez estabas a punto de formular las preguntas que te interesaban, pero que por desgracia, en ese preciso instante, se desvanecían. En algún momento acudieron también a tu mente los versos de aquel yaraví: *Noble dolor / que a mi vida desespera, / tu amor se fue con mi vida, / corazón, / pues tu amor mi vida era*. Y con mayor insistencia aquellos otros, junto con su melodía: *Tuta punchaumi mascamullani / Llaqui sonjoyta sinchi llaquisja*… Pensabas también en Leonor, claro está, de seguro ya en Morococha, y en la flor del rocío y de la nieve. Leonor, en esas frías soledades. ¿Sería su destino vivir siempre en los asientos mineros? ¿Qué haría mientras tú estabas enfermo? ¿Dónde pasaría los carnavales? ¿No bailaría, a pesar de su edad, con permiso y beneplácito de sus padres? No, ella te había dicho que su papá era muy celoso, y sin duda no se lo permitiría. Y se haría sin duda las mismas preguntas que tú, pero no se le ocurriría que, en lugar de divertirte en Paca y de danzar en el tumbamonte de Huarancayo, sufrías esa ridícula enfermedad de chiquillos. Y si lo supiera, cómo se reiría. Y cómo también Griselda, Rosalinda, y hasta la tímida Teresa Madueño, pretendida por Julepe. Y lo mismo haría, pero de otra manera y con perverso vozarrón, el canalla de Palomeque, y diría: «¡Ahí tienes, malvado muchacho, un justo castigo por tus iniquidades!». Y Domitila Quiñones, Leovigilda Gastelú y Tarsila Rosas, del puro contento vendrían como parcas a bailar en torno a tu lecho, tomadas de las manos y graznando a gritos: *¡Se muere, se muere, / el maligno rapaz; / bendita, bendita, la mano de Dios…!* Pero como tú mismo dijiste, no hay sarampión que dure cien años ni osamenta que lo resista, de modo que después de tres días de sobresaltos, fiebres, estornudos, soponcios y congojas, entreverados de rabietas y risas, ingresaste en la etapa de convalecencia, no carente de cierto y particular encanto, y en la que pudiste dar rienda suelta, sin quedarte dormido, a tu afición por la lectura. Seguiste así con tus *Autores selectos*, y con uno que otro pasaje de la *Ilíada*, y si de nuevas obras se trataba, te leíste en unas horas, como si se hubiera tratado de un cuento, *Los perros hambrientos*. Lo supo Abelardo y comentó: «¿Ves ahora cómo se sufre en otras partes de la sierra, y que la melancólica Arcadia en que vivimos es una excepción?». Y tu tía Marisa, que andaba por el cuarto, te preguntó: «Pero, con todos esos libros, ¿no se te hace un entrevero en la cabeza?». «No, tía». «Mira que volverse loco es más grave que sufrir un vulgar y tardío sarampión». «No te preocupes, que tengo sitio para todo en mi cabeza». «Bueno, si eso es lo que crees…». Y añadió, alzando con dramatismo los brazos: «¡Oh, misterios de la mente humana!». Y no dejaba de tener algo de razón, porque leer obras tan diferentes era como cambiar a cada rato de registro, cosa no tan sencilla en tu situación. Tu madre, como siempre, salió en defensa de su retoño: «Pero Marisa, es lo mismo que nos pasa con la música o con las películas, o con las noticias que nos llegan de otras partes del Perú y del extranjero, que no tienen que ver una con otra, y no por eso

se nos hace un revoltijo en el cerebro». «¿Ah sí? Yo no diría eso, porque basta mirar por aquí cerca». «Tú misma has dicho la otra vez que es como si viviéramos no solo en este país sino en varios, y no en una sola época, sino también en varias». «Bueno, yo lo dije en otras circunstancias, y teniendo en mente a los trogloditas de la Inspección de Educación». «Digamos», terció Abelardo, «que son cosas que solo pasan en el país de Jauja». Tú protestaste: «¡Bah, como si en el país de la leyenda hubiese habido sarampión, y menos a una edad como la mía!». Y allí acabó la plática, y volviste a tus libros y revistas, aunque se te *cruzaran los chicotes*, como habría dicho Julepe. Distracción que se diversificó aun más cuando tu hermano te trajo al día siguiente de esa plática, de la Biblioteca Municipal, un ejemplar de la revista *Historia*. «Oye, no me interesa por ahora la historia…», dijiste. «No la traje por eso, sino porque ahí aparecen unos poemas que vi por azar, y me han parecido buenos». Los hojeaste, sin mayor entusiasmo, pero te topaste de pronto con unos que a la verdad no entendiste, pero que te gustaron. Hubo uno, en especial, «Librería enterrada», que te interesó, por sus versos iniciales: *¿Qué libros son estos, Señor, en nuestro abismo, / cuyas hojas / estrelladas pasan por el cielo y nos alumbran?* ¿No eran así, como estrellas, los que leías? ¿No te iluminaban? Releíste esos y otros versos, y hablaste después con Abelardo, pero no te pudo decir quién era el poeta, Jorge Eielson. Después, otra vez en vigilia, y llevado por un afán de comparación, regresaste a los versos del poeta de Santiago de Chuco, más cercanos a ti, aunque tan difíciles. Te repites, sin saber por qué, *La Muerte de rodillas mana / su sangre blanca que no es sangre*. Y otra vez *Piano oscuro ¿a quién atisbas / con tu sordera que me oye, / con tu mudez que me asorda?* Y aquello de *Al borde de un sepulcro florecido / transcurren dos marías llorando, / llorando a mares*, ¿cómo no había de hacerte pensar en las tías de los Heros y en el río de negro y misterioso fuego que daba nombre a su hacienda? Fue una etapa signada, además, por la audición de los ejercicios e interpretaciones de tu madre, que retornó al piano, de preferencia en las horas del anochecer, y que te obsequió así algunas de sus más sentidas versiones. Por desgracia no fue muy duradero ese interés, pero te devolvió al menos los momentos de recogida felicidad que conociste en tu infancia. ¿Qué podía importar, entonces, la ridícula dolencia que te había enviado a la cama? E incluso, y viendo las cosas con más calma, ¿por qué angustiarte de antemano por el reencuentro con los amigos? Fue así cómo, y con un estado de ánimo cada vez más plácido, dejaste que la madre naturaleza cumpliera con lo suyo y te restablecieras por completo. Y hasta te diste el gusto de perorar en cierto momento, para ti solo pero en voz alta, y en el más foxiano lenguaje, sobre el «hermano sarampión» y la «hermana fiebre», y sobre de las purificantes virtudes de una buena temporada en cama.

21 de febrero

Anoche me desperté angustiado, porque soñé que caminaba por una puna inmensa, detrás de Euristela de los Heros. Una puna como aquellas de que hablaba Marcelina en sus historias. Iba

detrás de mi tía, y ella no era la anciana que es hoy, sino una mujer joven y hermosa, y llevaba en la mano algo extraño, que me inquietaba, pero no pude averiguar qué era. Iba delante, y su ropa parecía no de tela sino de un metal oscuro. Caminábamos, pues, y yo le pedía que se detuviese, mas ella no quería, sino que decía: «No, tenemos que ir por Antenor». Y continuaba, y yo tras de ella, cansado, muerto de frío, atemorizado. Y llegamos a un riachuelo y ella lo cruzó sin descalzarse, y como yo no lo quise hacer, clavó en mí unos ojos llameantes y dijo: «Antenor está muerto, ¿y tú te detienes?». Y siguió sola por esa puna, en una hora que quizás era de madrugada.

23 de febrero

Esta mañana mi madre y Abelardo se dejaron convencer, y me declararon oficialmente curado. No fue poco lo que me costó, porque si hubiera dependido solo de ella, me hubiera pasado todo el mes en cama. Nadie me pudo hacer creer, en cambio, que este rosa de mi cara no se nota. Claro que sí, y me da un aire femenil, para usar la palabreja que empleó ayer mi tía. Sí, femenil*, a pesar de mi asomo de bigote y de las patillas. Y eso no es todo, porque además estoy flaco, y he dado un estirón imposible de disimular.*

De seguro vienen mañana mi amigos, porque mi tía les dijo que estaría ausente más o menos una semana. Dios, ¿cómo van a creer eso de que me fui a Lima?

Había llegado, pues, el momento de la verdad. Felipe y Julepe estaban en el patio, pues se suponía que habías regresado de Lima el día anterior, y que se hallaban muy deseosos de verte. Te acomodaste el gorro y alzaste las solapas de tu casaca para disimular el color de tu semblante y para que no se notara tu flacura, porque el par de centímetros que habías crecido no había modo de esconderlos. Y allá fuiste, con una decisión que te hizo pensar, sabe Dios por qué, en el toro negro que despachó en un dos por tres a Miramontes. «¡Hola!», dijiste, con voz que sonó en falsete. Tus dos amigos te miraron y se miraron entre sí, antes de contestar con un «Qué tal» receloso. Te volvieron a mirar luego, como si estuvieran ante otra persona, y Julepe dijo: «Oye, ¿qué te ha pasado?». «¿A mí? Nada. ¿Por qué?». «¿Y ese gorro?». «¿Acaso es la primera vez que me ven con gorro?». «¿Y esa cara toda rosadita?». «Es que no pude ir a la playa, porque llegando nomás a Lima me tumbó la gripe. ¿No se acuerdan que estaba hasta las patas?». «Pero es que se te ve tan flaco», dijo Julepe. «Y con unas chapas tan primorosas», agregó Felipe». «Tuve que viajar por asuntos de la familia». «Eso me dijo tu tía Marisa», señaló Felipe. «Fue algo inesperado». «No sabíamos que fueras tan importante». «Y además», observó Julepe, «has pegado un buen estirón». «¿Quién lo hubiera creído?». «¿Y cómo hiciste para atender esos asuntos de familia?». Pusiste cara de paciencia inagotable, hasta que tus socios dejaron de ironizar, y Felipe dijo, ya en plan de reproche: «Habíamos quedado en ir a Paca». «Y en ir a los tumbamontes», agregó su compañero. «Y en otras cosas más…». «Pero, ¿no les dijo mi tía que

fue algo de urgencia?». «Je, je», se rio Felipe, con la burlona risita de Abelardo. «Por eso mi viaje fue tan intempestivo». «¿Ah sí?». «Pero ¿qué es lo que se imaginan ustedes?». «No sé, pero todo eso parece uno de tus cuentos…», replicó Julepe, aun más sardónico. «¿Y por qué habría de inventar una cosa así?». «Tú debes saberlo». «Oh, ¡déjense de cojudeces…!». «Se me ocurre», prosiguió Felipe, «que todo no es más que un pretexto, porque en el fondo te asustaba bailar en el monte de Huarancayo». «Pero si a mí me gustan esas cosas…». «Igual te afectó el miedo». Julepe dijo: «Inventaste lo de Palomeque, y ahora nos sales con lo del viaje». «Bueno, pues, allá ustedes si no me creen…». Tus amigos no insistieron, y poco a poco se estableció un clima más natural. Y así, al cabo de un rato te contaron cómo habían pasado las fiestas. «Fuimos a Paca, y estuvimos con Rogelio Chávez, ese del quinto año de media, y jugamos con unas chicas en el río, pero no mucho porque la tarde estaba nublada y hacía frío», contó Felipe. «Sí, y por poco nos trompeamos con sus primos, que se pusieron celosos», añadió Julepe. «Y encima se vino un chaparrón». «Oye, ¿y ese manoseo de potos en que pensabas?». «Hice lo que pude», contestó Julepe. Estuviste a punto de lanzar un mezquino «je, je», pero te dio vergüenza y no dijiste nada. Por lo demás, Julito había andado muy ocupado en los días subsiguientes, pues era época de mucho trabajo en los puestos de venta que instalaba su taita, pero así y todo se había dado unas vueltas con la chica de la farmacia, al anochecer, en el tumbamonte del barrio de La Libertad. «Unas pocas vueltas, pero a fondo y con guapidos». «¿Tú? ¿Acaso te echaste unos tragos?». «Una cerveza, nomás…». En cuanto a Felipe, no había podido cumplir sus deseos: «No, porque don Aniceto puso el grito en el cielo cuando supo que su hija quería bailar con un muchacho que él no conocía, así que Rosalinda terminó danzando con su primo Rosendo, que había llegado de Huarón». «Vaya», dijiste, «así que en esa familia todos son del género rosa…». Felipe se rio sin ganas y dijo: «Así debe ser, porque una de sus tías se llama Rosalbina, y creo que otra Rosaura». Alzaste las cejas, pues te perseguía, por así decir, el enredo de los nombres y sus coincidencias, como si todo eso formara parte del modo de ser de Jauja, pero no dijiste nada. «Y eso no es todo», prosiguió con desabrida cara tu amigo, «porque al día siguiente nos agarró la mamá de Rosalinda en pleno besuqueo, allá por la estación, y gritó como una bruja». «De seguro sabe ya la buena ficha que eres». Él no se inmutó y prosiguió: «Y la Rosi le contestó de mala manera, porque bien lisa es, y la vieja le dio una cachetada, y por poco me alcanza a mí con otra más fuerte». Te quedaste asombrado, pero no tanto por ese lamentable acontecimiento, sino porque tu amigo lo contase así nomás, tan cuidadoso como era de su imagen. «Vieja jodida, ¿no?». «¿Y después?». «Nada, que las dejé ahí peleándose, y recién ayer pude volver a ver a la Rosi». «¿Y qué dice?». «Que sus viejos son así, celosísimos, desde que su prima Flor salió encinta a los dieciséis años». «¿Su prima se llama Flor?». «Sí», dijo Felipe, sin hacer mayor caso de tu asombro, y con aire aun más mortecino. «¿Y qué van a hacer entonces?». «La Rosi ya los conoce, sobre todo a su mamá, y no se hace problemas, e igual nos vamos a seguir viendo…». «Oye, pero si te agarra don Aniceto, no solo te va a dar un sopapo…». «Es como un toro», dijo

Julepe, «y si te pesca te arrima una cornada». No pudiste dejar de reír, acordándote de Calixto Miramontes y del Minotauro de Palomeque. «Tú mejor no hables, Julepe», dijo Felipe, «porque si te agarra don Florencio Madueño atortolado con su hijita, ahí nomás llama a Palomeque y este acaba lo que comenzó la vez pasada». «Si es que algo queda…», dijiste. Julepe lanzó una venenosa mirada como respuesta, y sin más aviso echó mano a la bragueta, y costó mucho trabajo disuadirlo en su empeño de mostrar que sus atributos estaban enteros. Eso puso de mejor humor a Felipe, quien dijo, volviendo al tema de las fiestas: «No te perdiste gran cosa, Claudio, porque tampoco habrías podido bailar con la Hortensia, que finalmente agarró viaje con un vejancón del barrio». «¿Y Tito?». «Allá en La Oroya». «A mí me *tinca* que lo del baile en el Club Inca fue una pura palanganada». «Sí, es lo más probable». ¡Vaya, así que no se habían divertido como imaginabas! Mezquino pensamiento que no te avergonzó, como hubiera sido el caso, y te impulsó más bien a decir, mintiendo con descaro: «Lo que es yo, en cuanto mejoré, me fui a una fiesta con Laurita». «¿Una de disfraces?». «Sí». «¿Y de qué te disfrazaste?», quiso saber Julepe. «Je, je», se rio Felipe, «¿acaso no le ves las chapas?». «¿Y eso qué quiere decir?». «Pues que se puso traje de payaso o de gitana, y quizá su hermana le pintó la cara, y tanto que todavía no se ha podido quitar el colorete». «Un rosadito», apuntó Julepe, «que más parece de quinceañera». «¡Un pimpollo!». No te quedó más remedio que reír, porque la cosa era chistosa, y porque enojarte podía resultar aun más riesgoso. «¿Van a seguir con las bromas?», preguntaste. Felipe volvió a lo de su Rosi: «Y pensar que me conseguí un pañuelo que es una belleza, y un sombrero todavía mejor. ¡Viejos estúpidos!». Le tocó a Julepe soltar un «je, je» y preguntar: «Oye, ¿estás seguro de que ese Rosendo es su primo?». «Por eso le permitieron bailar con él…». «Y, ¿si más bien es su enamorado, y además consentido?». «No, no es». «Je, je», se rio otra vez Julepe, feliz de dejar una duda en el ánimo de Felipe. Cambiaste de personaje: «Y, por si acaso, ¿bailó en el monte tu guapísima tía?». «Sí, en La Samaritana». Te quedaste mudo, pues entendías que la viuda no gustaba de tales jolgorios, que no armonizaban por lo demás con las poéticas enseñanzas de Fox Caro. «¿Dices que bailó?». «Eso dije», contestó Felipe, muy contento de darte tan ingrata noticia. «¿Y con quién?». «Con don Manuel Irribarren». «Ah…», dijiste con alivio, porque ese señor frisaba en los cincuenta y tantos, y era casado y con nietos. «Se les veía muy bien», comentó Julepe. Y así debió ser, porque aquel caballero era uno de los mejores cultores de la pandilla jaujina, con su figura alta y flaca, semejante a la de un torero, y un estilo de justa y renovada fama. «Muy buena pareja», prosiguió Julepe, «porque además doña Zoraida se había puesto un faldellín azul, un monillo blanco y una *lliclla* rosada, todo elegantísimo y nuevecito». «¿Nuevecito?». «Sí». Otro motivo de asombro, porque la viuda no era mujer de gastar así nomás, en un día de fiesta, lo que costaba una *postura* de primera. «Mejor que no la viste, Claudio», dijo Felipe, «porque te daba un ataque». «Y a lo mejor te quedabas en el sitio», agregó Julepe. Más le hubiera valido quedarse callado, sin embargo, porque Felipe señaló: «Estaba tan guapa que Julepe corrió a esconderse detrás de un toldo, y allí nomás se arrimó el

pajazo que no pudo darse en la tapia, y con tanto entusiasmo que terminó como el conejo macho, que después de la faena se cae desmayado». «¡Eso no es verdad!». «¡Sí!». «¡No!». «Y dicen todavía que por allí te buscaba Palomeque, tijeras en mano, porque se enteró de que andabas con el pito afuera…». Tuviste que mediar para evitar que los dos amigos se trenzaran. Por suerte asomó por una puerta tu tía Marisa y preguntó: «¿Pasa algo, muchachos?». «No, tía». «Ah, bueno…». Se restableció la paz, pero Julepe no dejó de mirar a su contrincante con ojos feroces. «Se la vería muy bien», dijiste con aire soñador, no sin cerciorarte primero de que tu parienta se había ido. «¿A quién?». «A tu tía Zoraida, pues». «Y también al viejo de su pareja», dijo Julepe. «Bueno, allá tú que te fijas en los hombres…». «Tú eres el que se fija». «Ah, me olvidaba contar», intervino Felipe, «que por allí andaban la vieja Quiñones, las hermanas Bardales, doña Asunta Polo y otras beatas, con un estandarte de las Hijas de María, cantando a todo pecho "Salve, salve…", y despotricando contra los bailantes». «Oye, ¿y no estaba Tarsila Rosas?», quiso saber Julepe. «¿Por qué lo preguntas?». «Porque ella también se pinta la cara». «Sí, pero no con colorete, sino con unos polvos blanquísimos, que más parece un fantasma», precisó Felipe. Una vez más te mantuviste en silencio. Y así, hasta que tus amigos, si amigos se les podía llamar por sus bromas, decidieron irse. Todavía dijo Julepe, al momento de marcharse: «¡Cuídate, Claudio, para que no se te vayan esas lindas chapas…». «Je, je», te reíste, jurando por lo bajo tomar debida venganza en una de tus historias. Y se marcharon, pues, tus dos socios, y lanzaste un suspiro de alivio, porque después de todo la cosa no había sido tan difícil. Pero eso sí, te fuiste a lavar una vez más la cara, a ver si así se iban más pronto esas indeseables chapas de tus mejillas.

25 de febrero

Hoy reanudé mis clases de piano, pero no por la tarde, sino temprano en la mañana. Doña Mercedes me recibió y dijo, después de mirarme: «Oye, tu mamá me dijo que te habías resfriado, y a la verdad nunca vi que un resfrío diera tan buen color como el que tienes, y menos aun tal estirón». Y eso no fue todo, porque en la sala el canalla de Luzbel erizó el pelaje, y lo mismo hizo Sara, como si hubieran visto en mí a un ánima del purgatorio. «Ya, váyanse, encantos», los botó su dueña. Y así, por los días en que guardé cama y no practiqué, para no hablar de la mala acogida de los gatos, el estudio de Czerny me salió un desastre. La señora Chávarri siguió con lo mismo, porque dijo: «¡Cualquiera diría que has estado con otra dolencia, y no con un resfrío!». Tuve que callarme, aunque por lo bajo rabiara y a la vez me diera risa. Y cuando terminó la clase me preguntó, pasando a un asunto que por lo visto la preocupaba: «Dime, Claudio, ¿tú lo ves a mi Carlitos por la calle?». «No, señora», mentiste. «¿No?». «No». «La gente es ligera y dice cualquier cosa». «¿Por qué?». Se quedó pensativa por un momento, y dijo: «Me contaron que lo han visto con un saxofón y armando lío en la peluquería de Nakamoto». «¿Con un saxofón?». «Pero deben haberse equivocado, pues, ¿qué va

a hacer él con un saxofón, ni de dónde lo va a sacar?». «Pero ¿no decía el otro día su esposo que se trata de un excelente instrumento…?». «Deben ser cuentos, porque como dije, ¿de dónde va a sacarlo?». Yo no supe qué decir. Y estaba por marcharme cuando se apareció, vaya uno a saber de dónde, Carlos Baylón en persona. En cuanto me vio dijo, con gran aspaviento: «¡Hombre, este muchacho ha estado enfermo!». «Dice que con la gripe», dijo su mujer con un retintín. Su marido se acercó y examinó mi cara, y por poco me abre la boca. «Oye», preguntó, «¿has llorado?». «No, señor». Se volvió hacia su esposa: «Amor, ¿crees tú que este joven se ha resfriado?». «Eso es lo que dice». «No, mi vida, este muchacho ha tenido otra cosa». «¿Qué cosa?». «¡Sarampión!». Lo miré con odio y dije: «Lo que tuve es una gripe muy fuerte». «¡No, sarampión!», repitió. «Pero ¿a la edad que tiene?», preguntó doña Mercedes. «¡Sarampión!». «Bueno, si tú lo dices», apuntó su señora, pero aprovechó luego para desquitarse de alguna mala pasada de su Romeo, porque dijo: «Bueno, eso no debe llamar la atención, porque a ti te dieron paperas ya de viejo». «¿Paperas? ¿Quién habló de paperas? ¡Fue un problema de ganglios!», saltó Carlitos. Cogí la ocasión y dije, con venenosa sonrisa: «¿No ve usted que es fácil equivocarse, don Carlos? Yo con sarampión y usted con paperas…». «¡No, mujer!», insistió él, pero el arma ya se le había caído de las manos y estaba a la defensiva. Así, pues, no andaría por calles y plazas riéndose a mis costillas. Dejé por eso la tentación de preguntar si en lugar de paperas no le habría picado un alacrán, y aproveché para despedirme y dejarlos en su tonta discusión. ¡Paperas!

Estabas dedicado al rondó de una sonata de Mozart, cuando llamaron a la puerta del zaguán. Te hallabas solo en casa, así que fuiste a abrir, y por un momento no creíste lo que veías, pues se trataba nada menos que del señor Radulescu. Sí, el huésped del Sanatorio Olavegoya y amigo de Elena Oyanguren. Él dijo: «Oh, disculpa, ¿eres tú quien toca el piano?». «Sí, señor», respondiste, preguntándote qué podía querer. Él, por su parte, cerró su paraguas, su infaltable paraguas, que había traído abierto por la llovizna, y dijo: «He pasado varias veces por aquí, y he escuchado más de una vez música de Mozart. Te vi también salir de esta casa, y el otro día, si no me equivoco, estabas en esa tienda de ropa jaujina, ¿verdad?». «Así es», contestaste, admirado otra vez por el perfecto español del rumano, y por su curioso acento. «Escuché ahora esa sonata, y quise saber quién la ejecutaba». «Soy yo, señor». «Ah, qué bien…». Y como guardabas silencio, todavía asombrado, dijo: «¿Podría entrar y escucharte de nuevo?». «Oh, sí, claro, pase usted, por favor». Y el distinguido caballero, a quien jamás imaginaste en tu casa, ingresó al zaguán y miró el patio, el empedrado, las macetas de flores, el corredor con los sillones de totora, las ventanas de reja. «Bonita casa», comentó. Ya en la sala se sentó en un sillón, y tú a un costado. Se le veía tan pulcro, tan bien vestido, e incluso tan saludable a pesar de la enfermedad. Usaba unas gafas de fina armazón de oro, chaleco con leontina, zapatos impecables. Tendría unos cincuenta y cinco años, edad que a tu entender le vedaba toda posibilidad de relación amorosa con Elena. «¿Toca

usted también el piano?», le preguntaste. «Oh, muy poco, pero cultivo el canto, y creo que no lo hago mal». «Escuché decir que usted es tenor». «No, barítono». Y añadió: «Y siendo pues esta ciudad pequeña, y tan pocos los que gustamos de la buena música, me permití llamar a la puerta». «Oh, hizo usted muy bien». «Mi nombre es Radulescu, Georgiu Radulescu, y soy ciudadano rumano. Me enfermé de los pulmones y vine a Jauja, y aquí me va bien, aunque todavía estaré por un tiempo. Y no te inquietes, que no soy contagiante». Pronunciaba con mucha claridad las sílabas, con ese dejo que, viéndolo bien, recordaba al de los españoles y los cuzqueños. «¿Y cómo vino usted de un país tan lejano?». «Mi madre era judía, así que no me quedó más remedio, a mí y a mi mujer, que huir poco antes de la guerra a Francia, donde vivimos tiempos muy difíciles. En 1944 logramos pasar a España, y después nos vinimos a Lima, donde reside desde hace mucho una hermana mía, casada con un italiano. En Lima murió mi esposa, y a mí me diagnosticaron el mal, consecuencia sin duda de las duras condiciones que tuvimos que soportar en Europa. Y como no mejoraba, decidí venir a Jauja. Y aquí estoy, pues». «¿Y cómo habla tan bien el español?». «Mi madre era sefardí y su lengua familiar el castellano, pero un castellano antiguo, como el que hablaban los judíos en la época de su expulsión de España, a fines del siglo XV». Vio tu sorpresa y dijo con buen humor: «Hay muchas familias judías en las que la lengua hogareña es un español semejante al de Colón, porque fue en esa época que nos botaron. Pero descuida, no he de usar contigo los arcaísmos que eran habituales en mi infancia. Y además, con todo el tiempo que tengo en el Perú…». «Pero usted habla también el rumano…». «Por supuesto, y no solo el rumano, porque siempre me han interesado los idiomas». Te miró luego el señor Radulescu con sus ojos de miope, y dijo: «Y ahora permite que hablemos de ti, joven músico. ¿Cómo has aprendido a tocar piano?». «Con mi madre». «¿Ah sí?». «Y ella, a su vez, se inició con mi abuelo, que fue organista de la Iglesia Matriz». El visitante se sorprendió: «¿Tu abuelo? ¡Qué suerte tuvo, con ese magnífico instrumento a su disposición!». «No fue así, porque murió muchos años antes de que la parroquia comprase el órgano grande». «Ah, tocaba entonces en el órgano blanco, el de los fuelles…». «Sí, señor». «Una joya, en su clase». «Y además, compuso algunas piezas sencillas». «¿Ah sí?». Volviste al tema de tu formación musical: «Desde el mes de enero de este año tengo una profesora, que de joven estudió en Lima». El visitante no se interesó en la dama, y miró otra vez la sala, y dijo luego: «Lloverá más tarde, y tengo que regresar dentro de una hora al sanatorio, pero antes me gustaría oírte». «Pero usted debe tocar mucho mejor que yo». «Ya te dije que muy poco, aunque me gusta la música instrumental, y muy en especial Mozart, y entre los modernos Bartok». ¡Quién lo hubiera creído! ¡El fino y elegante señor Radulescu haciéndote una visita y pidiendo escucharte! ¿Qué diría la señora Chávarri? ¿Y Elena? El caballero sugirió que recomenzaras el rondó. «No lo sé bien, todavía». «Va, no importa». Trataste de hacerlo lo mejor que te fue posible. Te escuchó con expresión complacida y hasta ayudó a dar vuelta a la hoja de la partitura. Acabaste y dijo: «No está mal, pero necesitas un poco más de estudio y de práctica. ¿Y qué otra cosa sabes?».

«Bueno, algunas otras piezas de Mozart, unos preludios y fugas de Bach, y partes de dos sonatas de Beethoven, además de ejercicios de Czerny y Lemoine, por supuesto». «¡Caramba! Me parece bien, y ahora toca por favor algo de Beethoven». Iniciaste, pues, una versión del *Adagio Cantabile* que tanto te gustaba. Te desempeñaste con mayor confianza que en el caso anterior. Él comentó: «Lo tocas con sentimiento, jovencito, así que ¡felicitaciones!». Había una expresión plácida en su semblante, incluso cálida, que te llenó de satisfacción. Se inclinó luego, y echó una ojeada a los volúmenes que se hallaban a un lado, en el pequeño estante de las partituras. Preguntó: «¿Y has acompañado alguna vez a un cantante?». «No, señor». «Ah…». Tornó a contemplar la habitación y dijo: «Nunca he entrado en una casa de Jauja, y a la verdad nunca imaginé encontrar algo como esto, y menos a un joven amante de la música selecta. Increíble, realmente. ¿Cómo dijiste que te llamas?». «Claudio, señor». Y el pausado caballero te contempló como si viese en ti un caso sorprendente. Trataste de llevar la conversación por donde te interesaba: «Yo lo he visto a usted en la plaza, los domingos por la mañana…». «Acompaño a misa a unas amigas, aunque no soy lo que se llama un católico ferviente. Las acompaño y damos luego una o dos vueltas». Fingiste no estar informado y preguntaste: «Y esa señorita tan guapa, la de los vestidos color beige y malva, ¿es también extranjera?». «No, ella es limeña, y está mucho mejor de los pulmones, de modo que se irá pronto, para terminar su curación con una nueva medicina que se ha descubierto». «Sí, oí hablar al respecto». «Y yo también la ensayaré, en cuanto la pongan en venta».«Claro, y quedará usted muy bien». «Eso espero». «Es muy hermosa, ¿no?». «¿Quién?». «La señorita a quien usted acompaña…». «Así es», respondió Radulescu. «¿Y cómo se llama?». «Elena». «Como el personaje de la *Ilíada*…». Radulescu te miró nuevamente sorprendido, y dijo: «Sí, como la de *los blancos brazos*. Veo que has leído el poema». «Aún no lo he acabado, porque leo de a pocos. Me gusta mucho». «Yo estudié letras clásicas en la Universidad de Bucarest y era profesor cuando tuve que emigrar. Mi esposa era griega de nacimiento». «Ha estado usted en Grecia, entonces…». «En Atenas y en Epidauro, pero nunca en Turquía, donde ahora se hallan las ruinas de Troya». Miraste con envidia al visitante. Sentado ahí, enfundado en su abrigo, tenía algo de una elegancia antigua, que te hizo pensar en el señor de los Heros. «¿Y sus hijos, señor?». «No tuvimos hijos». Así, pues, era viudo, y viudo con dinero, a juzgar por las apariencias. ¿Cómo no iba a abrigar esperanzas con respecto a Elena Oyanguren, a pesar de la diferencia de edad? Y te ibas a dejar llevar por tus preguntas, pero te dijiste que quizás, a pesar de que se mostraba tan asequible, estabas siendo impertinente. Sí, seguramente, pero te era difícil refrenar tu curiosidad. Después de todo Georgiu Radulescu era el primer extranjero con quien conversabas, y hombre culto y de cierto mundo, además, y muy diferente por ello de los demás extranjeros que vivían en Jauja. En las antípodas, por ejemplo, del seco y amargado Moisés Kogan, en cuyo establecimiento lo habías visto, y mucho más, por cierto, del bonachón pero rústico Iroshi Nakamoto, rival de Palomeque. Y era además tu única aunque incierta posibilidad de llegar a la señorita Oyanguren. Buscaste otro

ángulo: «¿Y conoce usted a Mitrídates?». «¿Te refieres al empleado del hospital?». «Sí». «Me parece una persona muy estimable, a quien conocí cuando laboraba en el sanatorio». «Es amigo de mi hermano». Radulescu se tornó y mirándote con esos ojos de un marrón indefinible dijo: «Por lo que veo, eres un joven muy inquieto». Ibas a preguntarle qué había querido decir, pero él prosiguió: «Mitrídates es un hombre inteligente y digno de mejor suerte, pero, ¿cómo lo has conocido?». «Como decía, es amigo de mi hermano, y además un buen ajedrecista». «Y, ¿te gusta el ajedrez?». «Me gusta, pero no tengo condiciones». «Pero sí para la música, ¿no?». Sospechaste una cierta ironía en sus palabras, y dijiste cauteloso: «Quisiera pensar que sí». «¿Y la literatura?». «Me gusta también mucho». Otra vez te observó el visitante, quien sin duda no esperaba encontrar un mozo interesado en tales cosas en una ciudad pequeña y remota de los Andes. Dijo al cabo de un momento: «Jauja es un caso muy especial, con gentes de muchas partes, y no solo desde ahora, ni por causa solamente del sanatorio. He sabido que a comienzos de siglo había aquí importantes e ilustrados comerciantes europeos». «Este piano se lo compró mi abuelo a uno de ellos». Radulescu continuó: «Y sucede también que la parroquia se halla, desde hace años, en manos de curas franceses, como el sanatorio con las monjas de la Caridad…». Vio tu expresión interrogadora, y dijo: «Lo que trato de decir es que en un medio así, tan diferente a otras ciudades de la sierra, tan particular, no resulta inverosímil que pueda haber gentes a quienes les guste la música culta, como tú y tu señora madre, y la señora que es tu profesora». «Así pienso», dijiste, «y no creo ser un fenómeno». Radulescu se rio y precisó: «No he querido decir eso». «¿Y qué piensa de Jauja la señorita Oyanguren?». «Pues le gustan el paisaje, los altares de la iglesia y las casitas de tejas y muros antiguos, pero se aburre y quiere marcharse». Después de un momento, quisiste saber: «¿Y qué piensa usted de la música andina?». «Al comienzo no me agradaba, pero luego fui tomándole un cierto gusto, y aun más cuando descubrí que se asemeja en algo a la de Bela Bartok». «¿Bartok?». «Un compositor húngaro que se ha inspirado mucho en la música popular de su patria, y que ha recreado canciones y música de baile de estructura más o menos pentatónica, un tanto parecida por eso a la de los huaynos serranos. ¿No has oído nunca nada suyo?». «No, señor». «¿Ni esas composiciones, con mucho de ejercicios, que son sus *Microcosmos*?». «No, nunca». Reflexionó un momento y preguntó: «¿Y a ti te gusta la música de tu tierra?». «Muchísimo, señor». «Me refiero a los huaynos, y a esas canciones que… ¿cómo se llaman?». «Los huaynos y yaravíes, y unas danzas que no se conocen fuera de esta tierra. Y también la música de Ayacucho, del Cuzco, de Apurímac». «¿Y no has intentado recoger esos aires?». «Sí, lo vamos haciendo poco a poco con mi madre». Radulescu enarcó las cejas, y prosiguió: «¿Transcripciones? ¿Trabajan en transcripciones para el piano?». «Solo en un par de casos, porque en los otros nos limitamos a poner en pentagrama la melodía, nada más que la melodía». «¿Y con qué fin?». «Para que esa música no se pierda». «¿Y han hecho arreglos?». «Como dije, en un par de casos mi mamá compuso una entrada y un acompañamiento, y yo lo he hecho una o dos veces». «¿Podrías tocar

uno de ellos?». «Cómo no, señor». Y con mucho entusiasmo, y mayor seguridad que en el caso de Mozart y de Beethoven, abordaste los pasos de la jija. El visitante escuchó con mucha atención, y por lo visto muy complacido. Te pidió que repitieras la parte final y dijo: «¡Vaya, qué curioso! ¿Sabes que la giga era un antiguo aire de danza inglés, que se incorporó luego a las suites barrocas?». «No, no sabía. ¿No pasará lo mismo con lo que aquí llamamos pasacalles?». «¿Hay también un baile que se llama así…?». «Sí, señor, pero como parte de otras danzas, como la tunantada, la *huaylijía*». «Pues en Europa se trata de un viejo paso de baile, que fue recogido por la música barroca en forma de un juego de contrapunto a varias voces, con acompañamiento de bajo continuo». No entendiste la explicación, desde luego, pero te interesó mucho. «Por favor, vuelve a tocar», pidió el rumano, aunque algo inquieto ya porque la llovizna pudiera convertirse en aguacero. Dijo cuando terminaste: «Es algo muy notable y también hermoso, aunque por momentos tiene algo así como una tristeza…». Se quedó pensativo por un rato, y luego te pidió: «Y ahora, ¿por qué no tocas una de las composiciones de tu abuelo?». «Con mucho gusto, señor», y abordaste el viejo *Laudate Dominum*. Radulescu escuchó con atención y comentó: «Algo muy cálido, muy emotivo, y del mismo espíritu que la música andina. Ojalá que tu abuelo hubiera dejado otras piezas». Se puso de pie luego, y fue hasta la ventana para echar una mirada al cielo. Dijo: «Yo me resfrío con mucha facilidad, lo cual es muy peligroso en mi caso». Trataste de tranquilizarlo: «Es una lluvia blanca, y ahorita va a pasar…». «Así lo espero, jovencito, pero, ¿no sería posible llamar un taxi?». «Iré a la plaza a buscar uno». «Oh, disculpa, me olvidé que eso no es posible en Jauja». Esperó todavía unos minutos y anunció finalmente: «Tengo que marcharme». Y con una última mirada al piano y a los lienzos, salió de la sala, y cruzaban ambos el patio cuando se abrió la puerta del zaguán. Era tu madre, quien retornaba de la calle, y que se asombró mucho, por cierto, al ver a semejante personaje en casa. Hiciste las presentaciones del caso. El caballero se inclinó y, con gran pasmo de tu progenitora, le besó la mano. «He pasado más de una vez por esta calle», explicó, «y escuché también más de una vez tocar el piano, y como es una música que me interesa, me tomé la libertad de llamar a la puerta». «Oh, está muy bien», respondió tu madre. «Y permítame también que la felicite, pues este joven tiene un sincero amor por la música, y también talento. Me ha dicho que usted también es muy aficionada, y estoy seguro de que una fervorosa aficionada…». «Bueno, me gusta mucho, señor», dijo tu madre, aún confusa. Sabía por supuesto que se trataba del señor que acompañaba los domingos a Elena Oyanguren y sus amigas, y que era un enfermo del sanatorio, pero se abstuvo de toda pregunta al respecto. El visitante, sin embargo, creyó necesario informarle: «Soy un extranjero que debo mucho a Jauja, por lo cual estoy muy reconocido, señora». «Pero se le ve a usted bien, señor». «Sí, me he restablecido un poco». Y Georgiu Radulescu procedió a despedirse, con esa cortesía ceremoniosa a que tú y tu familia no estaban acostumbrados: «Y ahora, con su permiso, me voy a retirar, y muchas gracias por haberme recibido, amable señora». «Puede usted volver cuando guste, que mi hijo estará muy contento de tenerlo en casa, y también

mi hijo mayor». «Y yo también tendré mucho agrado en retornar, si la ocasión se presenta». Y volvió a inclinarse, y te dijo: «Eres muy amable, y ha sido un placer conocerte y estar en tu casa, y un placer también escucharte. Espero que haya otra oportunidad». «Yo también lo deseo así, señor». Y estrechó la mano a tu madre, y después a ti, y emprendió el regreso al sanatorio. Tú seguiste con la vista, por largo rato, a esa figura que, paraguas en mano, se alejaba bajo la llovizna. «¡Vaya, qué sorpresa!», dijo tu madre. «¡De veras!». «¡Y qué persona tan fina!». «Y es amigo de la señorita Oyanguren», dijiste. «¿Ah sí?», dijo tu madre, y te observó con una expresión divertida, que te hizo enrojecer.

26 de febrero

Hoy por la mañana nos visitó de improviso el señor Radulescu, y hubo todo un revuelo en casa. Tía Marisa se lamentó de no haber estado, pues tenía mucha curiosidad de verlo y escucharlo. Y por supuesto se refirió al besamanos: «Oye, Laura, y, ¿cómo sentiste cuando ese distinguido caballero te besaba la mano?». «Confundida, hija». «Yo que tú, le habría agradecido con una venia, como una condesa». «Estamos en Jauja y somos gente pobre», dijo con dulzura mi madre. «En fin, ya habrá otra oportunidad», se consoló mi tía. Y comentó luego, mirándome: «Así que elogió tus habilidades, sin pensar que con eso te ponía más vanidoso». «Yo no estoy vanidoso». «Ay hijo, si fuera así, no lo negarías». ¿Era eso lógico? No sé, y una vez más tuve que contar qué dijo ese señor de la casa, de la sala y de Jauja, y qué sobre mis habilidades pianísticas. Y otra vez, cuando Abelardo regresó de la calle. Y en eso estábamos cuando me avisaron que Felipe había venido a buscarme. Nos fuimos a conferenciar en el zaguán, porque el asunto que lo traía era de veras importante, y más que importante importantísimo.

Este fue nuestro diálogo:

«Oye, mi tía Zoraida me pidió que fuéramos a visitarla mañana». «¿Qué?». «Sí, mañana». «¿Yo también?». «Sí. Me dijo: "¿Por qué no vienes a visitarme con tus amigos?"». «Pero, ¿cómo fue eso?». «Ayer me encontré con ella en la plaza». «¿Y Julepe?». «No, a él no le voy a decir». «¿Por qué?». «No quiero que salga con una de las suyas». «¿Y a Tito?». «Él sigue en La Oroya». «Pero tu tía nos invitó así, ¿tan de repente?». «La vez pasada le manifesté que tengo un amigo que sabe tocar el piano, y como ella tiene uno, dijo que sería conveniente sacar el polvo y dar un poco de actividad al instrumento. Y escucharte, también». «Ah…». «Y que de paso podríamos ayudarla en otras cosas…»

Bueno, la verdad es que no me gustaron mucho las supuestas razones de la dama, y tampoco me pareció que se tratara propiamente de una invitación, pero no había que dejar pasar la oportunidad. De pronto me asaltó una sospecha, y volví a apremiar a Felipe con nuevas preguntas, que él tomó con buen humor:

«¿Y qué vas a sacar tú…?». «¿Yo? Pues cumplo contigo y me aseguro tu ayuda para el futuro…». «O sea que un día de estos me vas a pedir un huayno, otro un bolero, una rumba…». «Podría ser, aunque podría ser también un poema…». «¿Para Rosalinda?». «Tú la subestimas, Claudio, y eso está muy mal». «Oye, ¿cuándo le ha importado a ella la poesía?». «Tiene su corazoncito, ¿no? Pero volviendo a lo de mi tía, quizá nos deje ver, como al descuido, un poco más de sus encantos…». «¡Incestuoso!». «Ya me lo has dicho». «¿Y que más vas a sacar?». «Ella es muy económica, pero a veces invita cosas muy ricas…»

Y así quedó convenida la visita, mañana «por la nochecita», como dicen las señoras. Y es tanta mi excitación, que de seguro no voy a poder dormir.

Zoraida misma salió a abrir, vestida con una falda amplia, blusa blanca y un pañuelo en la cabeza, que le sentaban muy bien. «Ah, eres tú…», dijo a su sobrino. Te dirigió una mirada entre curiosa y vagamente burlona, y se limitó a una sonrisa cuando tu amigo te presentó. «Pasen, pues…». Su sala era muy grande, con una alfombra floreada, antigua pero muy bien conservada, unas sillas de Viena impecables, un bargueño colonial y una gran araña de luces. El piano estaba a un extremo, bajo una funda de tela blanca. Era de cola, como en las películas. La viuda no pareció considerarlos a ustedes dignos de tomar asiento en ese ambiente, y se aprestaba a pasar a una salita anexa, pero Felipe le pidió: «Tía, aquí en tu sala». «Ah, bueno», dijo ella y tomó asiento en una mecedora, y ustedes en un sofá. Te sentías intimidado y no te atrevías a mirar el busto ni las piernas de la dueña de casa, quien te observó y dijo con naturalidad: «Me parece que te conozco, jovencito». Tú ibas a decir que sí, que la saludabas en la calle cuando te topabas con ella, que ambos habían estado en la última reunión del carpintero, y que tú y Laurita pasaron a su lado no hacía mucho, pero Zoraida se adelantó: «Ya me acuerdo: te vi en casa del señor Caro». Y volviéndose a Felipe comenzó a preguntar por la familia. La sala era realmente lujosa, si te atenías a lo que habías visto en tu vida. Había litografías europeas con marcos dorados y unos jarrones azules de porcelana sobre unos pedestales. En un pequeño armario de madera laqueada se veían unas figuritas en miniatura, de una materia que después sabrías que se llamaba jade. Y sobre una silla un poncho de vicuña en perfecto estado, como si nunca hubiera sido usado. ¿Qué hacía allí? «Eres muy amable, sobrino», le decía la señora a Felipe, «al venir a ayudarme, pues el jardín necesita trabajo. Además, si este caballero es pianista, podrá desempolvar el piano que me dejó mi esposo». Paraste las orejas, como quien dice, porque tenías entendido que lo principal era tocar el instrumento y no sacudir el plumero, y menos sudar en el huerto. Miraste a tu amigo, pero el muy vivo asumió una cara beatífica y eludió tus ojos. «Ya, vamos chicos», dijo la viuda poniéndose de pie. «Tía, ¿no sería bueno comenzar con el piano?», preguntó, hipocritón, Felipe. «No, eso será después», respondió ella. Y así fuiste a dar al traspatio, junto con tu socio, donde la dueña de casa, compadecida de tu ropa, te dijo: «Oye, no te ensucies, que allí hay un mameluco que usaba mi difunto marido, así que cámbiate». Y tuviste que cambiarte en un rincón, mientras

el canalla de su sobrino se ponía el overol de un antiguo jardinero. Felipe no se mostró afectado por las furiosas miradas que le dirigías, y a lo más murmuró en un aparte: «No te amargues, que más adelante vendrá lo bueno…». ¿Qué podías hacer? Acabaste incluso por reír viendo tu facha con la ropa de trabajo del difunto Ramos, enorme para tu talla, y la facha de tu amigo. «A ver, ¡manos a la obra!», ordenó doña Zoraida, y no te quedó más remedio que empuñar el rastrillo y ponerte a juntar los montones de hojas secas que se habían acumulado, mientras Felipe se dedicaba, con gran regocijo de tu parte, a la tarea más dura de arrancar las malas hierbas. La dama, por su parte, se distraía podando sus rosales, con un sombrero coqueto y un delantal que le quedaban igualmente muy bien. La mirabas, y se te hacía muy difícil imaginarla entonando, como la habías visto, himnos al agua y la pureza. Y menos aún se imaginaba ella que tú y su sobrino la habían visto, semidesnuda y feliz, dejándose humedecer por la llovizna. Al fin se concluyó, luego de buena una hora, con la hortícola tarea, y ambos invitados pasaron a lavarse. «¡Eres un mal amigo, Felipe!», le increpaste en voz baja. «Aguanta, y después hablaremos», te contestó. Echaste de menos, ahí junto al caño, el venenoso «Te jodiste, idiota». de Teodorico. «Ahora tomaremos un pequeño refrigerio», dijo la viuda, y dispuso una mesita en el corredor y sirvió unas tazas de agua de toronjil, con unos bollos que resultaban franciscanos al lado del té con bizcochos y dulces que invitaba tía Rosita. «A mí me gustan las cosas simples, las cosas naturales», explicó. Y comenzó a hablar de sus flores, de la lluvia, del mercado y de otras cosas, pero de un modo tan zalamero, incluso tan gracioso, que no podías comprender cómo podía ser tan económica. «Yasmina», le decía su marido, y «odalisca» la había llamado un parroquiano de Nakamoto, con gran aprobación de Abelardo, y en efecto tenía de todo eso, y también de un maduro pero delicioso bocado. Alguna vez te perdonaría Leonor si le eras infiel, aunque solo fuera en pensamiento, porque razones sobraban, y estaban ahí a la vista, por no decir al alcance de tus manos. Hablaba doña Zoraida, dirigiéndose ya sea a ti, ya sea a su sobrino, y tú callabas, embobado. No tanto, sin embargo, que no advirtieras la mirada burlona con que te obsequiaba Felipe. Y no le faltaba motivo, pues habías ido por lana — tocar el piano, lucirte ante la viuda, quizás incluso conquistarla—, y regresarías trasquilado. Allí fue que te acordaste de la prometedora inspección que te dedicaron los ojos de Rosalinda, y juraste tomar venganza, justa venganza, por el agravio. Mas tu resolución quedó en suspenso cuando la señora Awapara, viuda de Ramos, dijo: «Y ahora, jovencitos, pasemos a la sala a escuchar a este pianista». Agradeciste con una venia, pero te correspondió retirar la funda y pasar el plumero por el instrumento, tarea no muy propia de un concertista. Abriste luego la tapa, y unos pocos arpegios bastaron para mostrar que el instrumento andaba muy desafinado, y que algunas teclas no respondían. «Es una belleza», decía Zoraida, mientras Felipe asentía con forzada cortesía. «Hay teclas que no suenan», dijiste. «Pero las demás funcionan», dijo la dueña acomodándose en su sillón, como si la cosa no tuviera importancia. No supiste qué decir, porque era increíble que una mujer tan inteligente saliera con semejante observación. Intentaste el *adagio cantabile* de Beethoven, más

preocupado por los desajustes de tono y la mudez de esas cuerdas, que por la calidad de tu interpretación. Mas la viuda no te prestó mayor atención, y al cabo de unos instantes le contaba a Felipe cómo fue que su difunto marido compró el piano a un rico hacendado de Huancayo. Cambiaste de parecer y atacaste un *allegro* mozartiano, con el mismo y frustrante resultado. Incómodo, ensayaste una versión instrumental de la marinera *Huaquero viejo*, la misma que sí atrajo la atención de la Dulcinea. «Oye, yo creí que solo te gustaba la música de iglesia…», dijo. Lanzaste una furtiva pero airada mirada a tu amigo, segura fuente de esa expresión, pero él se hizo el sueco. «A ver, repite eso, y si puedes tócate la resbalosa…», pidió Zoraida, más interesada. No, no sabías la resbalosa, pero hiciste lo mejor que te fue posible con la marinera, y tanto que la briosa señora quiso sacar a bailar a su sobrino, quien sabía muchas cosas y conocía muchas mañas, pero era neófito en materia de esa danza y se negó en redondo. Su tía se rio y volvió a sentarse, y se pasó un pañuelo por el rostro. Se veía aun más tentadora con las mejillas sonrosadas, la mirada brillante, los labios provocativos. Y por eso mismo resultaba aun más difícil entenderla, pues, ¿cómo conciliar esa sensualidad con sus arrebatos entre místicos y esotéricos, y su alegría con su tacañería? ¿Sería por eso, y por sus apasionamientos en el lecho, que se había muerto el pobre Ramos? Acabaste con la marinera y echaste mano a un huaynito, *Caminito de Huancayo*, con cuya letra te acompañó por un momento, con una agradable voz de contralto. «A ver, dale a un bolero o una rumba», te pidió. Y tú ibas a intentar una versión del boleracho compuesto en loor de Rosalinda, pero la sirvienta tocó la puerta y la doña debió salir de la sala. Felipe hacía enormes esfuerzos para no estallar en carcajadas. «Ya, por qué no te ríes de una vez, sinvergüenza», le increpaste. Y él, muy suelto de huesos, se rio a su gusto y dijo: «Pero, ¿de qué te molestas si te estás luciendo?». «¿Y esa hora que pasé con el rastrillo en el jardín?». «Es parte del asunto, ¿no lo entiendes?». En eso volvió la muchacha, diciendo que doña Zoraida los llamaba. Y así era, en efecto, pues se había puesto a pesar unas arrobas de papas provenientes de su fundo, que un paisano había ido a comprarle. Y claro, caía de perillas la ayuda de dos mozos como ustedes, así que no hubo más recurso que remangarse y proceder con la romana y los talegos. Con cuánta atención vigilaba la dueña de casa la exactitud de cada pesada. Y estabas en esa labor cuando sorprendiste en ella una mirada singular, que no se desvió cuando fijaste tus ojos en los suyos, tan negros. Una mirada sedosa, burlona, sensual. Continuó luego con lo suyo, sin darse por enterada de tu turbación. ¿Sería pues verdad, oh Dios, que le gustabas, como había dicho Laurita? Se terminó en fin con la venta, hubo un lavamanos en su baño, muy bien arreglado y con una tina que encendió en ti y en Felipe tórridos pensamientos. Y otra vez regresaron los tres a la sala, en donde la señora Awapara sirvió tres minúsculas copitas de un licor que tú no había probado nunca, pero que era exquisito, y no tenía nada que ver con agua de hierbas, y que de seguro costaría muchos soles. Te acometió de pronto el deseo de preguntar por qué vivía sola, pero preferiste atenerte a un prudente silencio. Se había puesto una pañoleta, pues comenzaba a hacer frío, que le dio el aire de una andaluza, como las que habías

visto en unas revistas que había en la Biblioteca Municipal. Y una vez más te preguntaste qué había pesado más en la invitación de doña Zoraida: una consideración puramente material, como la de aprovechar el trabajo de dos mozalbetes ingenuos, o de mantener con uno de ellos, o quizás incluso con ambos, a pesar del parentesco, un cierto juego erótico. Y te acordaste con una mezcla de rabia y ternura de Leonor, con su falda escolar, sus trenzas. Mas no por mucho tiempo, porque la dueña de casa se volvió a ti y te preguntó a boca de jarro: «¿Y qué serás tú cuando acabes la secundaria?». «No sé todavía, señora…». Sonrió, mostrando esos dientes suyos, tan blancos, y dijo: «Es natural que Felipe me llame tía, pero tú deja eso de señora, que me hace sentir vieja, y trata de llamarme por mi nombre, pero con un "usted", por si acaso…». Te quedaste perplejo, y aunque asentiste, sabías que no sería fácil. «¿Te dedicarás a la música?». «No creo, porque eso se debe comenzar de chico, y yo no lo hice». «¿Y no quieres ser organista como tu abuelo?». «Me gustaría, pero está don Epifanio, y no creo que sea lo mejor…». «Felipe quiere ser abogado, y tú, ¿no podrías seguir también esa carrera?». «No creo que yo sirva para pleitos». «¿Y Felipe sí?». «Oh, él sabe lo que hace…». Felipe dijo, sin sentirse afectado: «Yo le ayudaré a usted, tía, a defender sus intereses». «¿Ah sí?», dijo Zoraida, con amable escepticismo. «En todo caso» continuó su sobrino, «Claudio anda coleccionando amistades un poco especiales». «¿Quiénes, por ejemplo?». «Él lo sabe mucho mejor, y podría contarle». Te asombró lo dicho por tu amigo, pues no recordabas haberle hablado al respecto. «A ver, cuenta, quiénes son esas amistades tan especiales…», insistió la viuda, mirándote con atención. «No es como dice Felipe, pero me gusta sí conocer gente, mucha gente». Y como ella seguía con la mirada puesta en ti, continuaste: «Pero eso no es ninguna profesión, ¿no?». «No, claro…». «Y no se puede negar que en este pueblo hay gente muy especial». «A ver, di…». Habías metido la pata, pero no había remedio. «Bueno», dijiste, «por ejemplo el señor Baylón, que canta tan bien música de ópera, y el guardián del mortuorio del hospital, al que no sé si usted conoce». «No, a él no, pero sí a Carlitos Baylón, quien me parece pintoresco y no especial…». «¿Y quién más?». Te arriesgaste, en repentino impulso: «Y el señor Fox Caro, persona muy bondadosa, pero que se dedica a los ataúdes y predica cosas bellas y extrañas…». La viuda se puso seria y respondió con firmeza: «Don Fox es, digan lo que digan, un hombre sabio y justo…». «En casa pensamos que es también un poeta». Felipe terció: «Pero hay también quienes lo tienen por chiflado…». «Un hombre sabio», reiteró doña Zoraida, «a quien debo mucho». Y continuó: «Por él sé que si nos proponemos podremos ser, después de muertos, flor, nube, pájaro…». «¿Y cómo se puede ser puro?», preguntaste. «Pues siendo naturales en todo, y si se ama de veras la luz, el aire, la lluvia. Y si se disfruta de lo que ven los ojos, y de lo que siente la piel, y de lo que piensan los pensamientos». Felipe pareció tan desconcertado como tú, y se atrevió a preguntar: «Y entonces, tía, ¿por qué vives sola y no te has vuelto a casar?». «No veo la relación», dijo la viuda. «Es que…». «En todo caso te diré, y es algo que he repetido a otras personas, que me siento bien así, que disfruto de mi casa, de mis cosas, de mi independencia, y por supuesto de mí misma, y que

de ese modo soy feliz». «¿Y no vas nunca a misa?». «No necesito ir a misa para acercarme a Dios ni para ser feliz, ni Dios me exige que lo haga, y hay muchos caminos para ir a Roma». Y otra vez te miró con ojos de brillo aterciopelado, que no se concertaban con lo que acababa de expresar. «Tía, si yo no fuera tan muchacho», dijo Felipe con semblante candoroso, «te pediría que te casaras conmigo». «¿Tú? ¡Solo faltaba eso!», exclamó la viuda sin enojarse. «Sí, tía». «Y tu padre me mataría…». «Tal vez, pero sería también por celos». Doña Zoraida respondió, más seria: «No le faltes el respeto, ni a mí tampoco». «Tú dices que ser natural es lo mejor». Ella hizo un gesto, como dejando de lado tan peregrina ocurrencia, y prosiguió: «Eso dije, y hay que serlo porque es la mejor manera de ser puro, tanto en lo grande como en lo pequeño. Por ejemplo, ahora encuentro mejor lavar mi ropa de otra manera, y por eso, cuando estoy en el fundo voy con mi empleada y lo hacemos en un puquio que hay por ahí, aunque se sorprendan y no falten los deslenguados». No, ustedes no sabían nada al respecto, y seguro que Felipe pensó, igual que tú, que no estaría mal ir por allí a echar un vistazo. Con desparpajo, él preguntó: «¿Y te bañas también en el río?». «Sí», dijo ella, «pero antes me aseguro de que no haya ningún mirón, así sea mocoso». Felipe sería sinvergüenza, pero no pudo evitar enrojecer hasta la raíz de los cabellos. Su tía fingió no percatarse y volvió a su anterior tema: «Y si no hay a mano un río, ahí está el agua de la lluvia, que es aun mejor: ¡tan diáfana, tan pura!». «Pero hace frío», comentaste, con un prosaísmo que ella prefirió ignorar. «En los países del norte de Europa, según he sabido», continuó, «la gente se baña en agua caliente, y después se mete desnuda en una corriente fría, dándose en el cuerpo con unas ramas para activar la circulación». «¿Ah sí?». «Quizá podría servir para eso un manantial de agua caliente que hay al otro lado de mi fundo». «¿Y dónde queda este?». «Arriba de Parco, en el camino a La Oroya». Y se levantó y dijo: «Bueno, jovencitos, ya es hora de que se vayan, y muchas gracias por la ayuda y por la compañía. Y a ti, por tocar el piano». «Pero tía, no es muy tarde…». «No, pero sus mamás pueden inquietarse, así que váyanse». «Ya no somos chicos», protestó Felipe, picado por la ironía, pero ella insistió: «Ya es tarde», de modo que no hubo más que obedecer. Ya en el zaguán, Felipe ofreció: «Podemos venir otro día…». «Ya te avisaré y muchas gracias», contestó ella, y agregó dirigiéndose a ti: «A ver si un día vienes a deleitarme con el piano, que a la verdad hoy tocaste muy poco». «Sí, cómo no…», respondiste, conteniendo el deseo de señalar que no había sido por tu culpa. «Adiós, muchachos», dijo ella, y sin más cerró su puerta y tú y Felipe tuvieron que partir. Ya no te pudiste refrenar y pasaste al ataque: «No, Felipe, no era una invitación para oírme tocar el piano, como dijiste, sino para trabajar en su jardín». «Pero resultó…». «¿Resultó qué?». «En todo caso el lonche, y la pasamos bien, ¿no?». «¡Eres un incestuoso!». «Tú también lo serías, si fuese tu tía…». «Cobras por dejarla ver, y encima te insinúas…». «¿Y no haces tú lo mismo, con el pretexto del piano?». «Yo no soy su sobrino, y además no me hizo caso». «Pero te miró, toda lánguida…». «Y cuando yo estaba tocando tú le conversabas…». Felipe se echó a

reír, y se acordó: «Pero es guapa mi tía, ¿no?». ¿Quién podía decir que no? ¿Qué otra mujer había en Jauja con esos ojos moros?

28 de febrero

Todavía estoy impresionado por la visita de ayer. Esos ojos moros, y esa risa tan alegre, pero también con algo de burla y coquetería… Y la impresión se me notaría esta mañana, a la hora del desayuno, porque tía Marisa dijo: «Oye, ¿qué tienes, que pareces como si te hubieras echado unos tragos?». «No, nada». «Mira a tu hijo, Laura, ¿no le irá a dar ahora la tos convulsiva o algo así?». «No, ya pasó por eso», dijo mi madre. «Je, je», se rio Abelardo, con una risita que por supuesto hizo pensar mal a la tía, que dijo: «¿O será que se ha enamorado?». Yo me eché a reír, y la cosa quedó ahí. Y ya al terminar mi madre dijo: «Oye, Claudio, anda a casa de las tías, y llévales esas compras que les hice ayer». Y me alisté, pues, y fui con el paquete. Felícitas me recibió con mejor cara que las veces anteriores, pero también dijo: «Me da pena, pero hoy usted no las podrás ver, porque están descansando, y es que han pasado mal la noche. Otro día vuelve». Y tuve que dejar las compras y regresarme. Y en la esquina me encontré con el viejo Yepes, que me contestó el saludo agitando esa mano tan fea, tan negra, que de veras me horroriza.

Otra vez me acuerdo del sueño en que estaba con tía Euristela, en esa luz de madrugada, y me parece que no fue un sueño, sino verdad.

Asomas la cabeza y te sorprende ver cuán pequeño es el cuarto. Pequeño y como en curva, y con el techo inclinado y unos sillones que son los mismos de los palcos en el cineteatro Jauja. Más viejos, sí, y seguro que ya sin compostura. La luz del foco es amarillenta y el humo de los cigarrillos nubla el aire. Ahí, delante de ti, hay una mesa con un tablero de ajedrez, y un hombre gordo y de edad sentado ante ella, con el sombrero calado. Alguien con una mano enguantada, negra, que reposa sobre el borde, y que con la otra sostiene un cigarrillo. «¿Qué quieres?», pregunta, con voz de fumador. «Busco a mi hermano». «¿Y quién es tu hermano?». «Abelardo». «Ah, no está». Y levanta hacia ti su cara ancha y rojiza, con un bigote gris y las mejillas sin afeitar. «Je, je», se ríe, sin dar ninguna explicación. Te vas a retirar pero te detiene con un gesto. «Siéntate y juega», dice. «¿Qué?». «Que te sientes y juegues». «Este…», mas no continúas porque una especie de temor, de divertido pero también fascinado temor, te impide marcharte. Es por esa mano enguantada, que se ha alzado de pronto, como si fuera a lanzar un anatema. «Bueno», dices, y tomas asiento. El viejo resopla y saca de su cajoncillo las piezas, que son las blancas, y comienza a ordenarlas de su lado. Tú buscas en el tuyo, y vas colocando las negras. Todas de una madera gastada, lustrosa, manchada por el sudor y el tabaco. Procedes con calma, asombrado aún, y asombrado también por tu valentía. Ese rostro rubicundo, y los ojillos de un negro brumoso, azulado, burlón, y la chaqueta y el chaleco llenos de lamparones. «Je, je», se ríe,

con risa de viejo cínico, y su risa se asemeja por un momento a la de Mitrídates, la sibilante. ¿Qué le hace gracia? ¿Tu desconcierto? ¿Su seguridad de que te va a dar una paliza? La mano del guante reposa ahora sobre el brazo del sillón. Tiene algo de una mano de muerto, y también de araña, de ventosa. «¿Qué dices?», pregunta su dueño. «No he dicho nada». «¿Nada?». «No, nada». «Je, je», se ríe otra vez. «¿Sabes quién soy?». «Sí, señor». «A ver, di mi nombre». «Usted es don Federico Yepes». «No, no soy». Y como callas, perplejo, precisa: «Federico, a quien llaman el Grande, sí. Federico el Grande, muchacho, en esta tierra de Jauja. Je, je…». Claro, el viejo Yepes, contrincante de tu hermano y de Mitrídates, y famoso por sus dichos. Y tú eres ahora su adversario, y por débil, por no haberte negado, te dará una tanda que dejará imborrable recuerdo en tu memoria. Federico José Yepes, boticario en tiempos antiguos, fotógrafo después, y ahora ajedrecista a tiempo completo. Por algo se percibe, en el olor a cigarros que exhala, un vago componente que parece de benjuí, de belladona y mentolatum. Te rebulles en tu asiento, pues el viejo no te quita el ojo de encima. Sí, el ojo, pues aunque tiene dos, y los dos te miran con la misma fijeza, es como si por influjo de esa mano postiza no tuviera sino uno. «Yo soy Federico, y no lo olvides», repite. Y como tú guardas silencio, a punto de reír por lo que dice, mas también por esa especie de pavor que te inspira, él decide: «¡Ya, juega!». «Pero si es usted quien tiene las blancas…». «Yo las tengo, pero tú empiezas». Y como no te queda más remedio, avanzas un peón tres dama. Él adelanta la mano de verdad, la izquierda, y mueve un peón cuatro rey. No sabes cómo responder y miras el tablero, la mano enguantada, los ojillos. Resplandece en ellos un brillo sarcástico, pero no en ambos, sino primero en uno, y después en otro, en una alternancia que te espanta. Sacas el caballo de dama, pero él no presta atención a tu jugada y te sigue observando con ese centelleo, que recuerda las luces de peligro que has visto en ciertas películas. Arroja luego la colilla al suelo, y con mucha destreza, y ayudándose con la mano muerta, saca una cigarrera, toma un pitillo y lo enciende sin dejar de observarte. Y al cabo de un momento mueve a su vez un caballo. Atiendes cada vez más al juego, mas de rato en rato, nervioso, alzas la vista y te topas con sus ojos, como si en ningún momento se hubiesen apartado de ti, ni aun para mirar el tablero. «Je, je», se ríe, y captura con fruición uno de tus alfiles. ¿Cómo no te diste cuenta? ¿No era una jugada cantada, como quien dice? Furioso avanzas un peón del flanco izquierdo. No, ya no mirarás los ojos de tu enemigo, ni te dejarás aterrorizar por esa mano negra. Pero él debe haber leído tu pensamiento, porque responde con otro movimiento de peón, que empuja divertido con esa extremidad. «Je, je», se ríe. Ojalá pudieras levantarte y abandonar la partida con cualquier pretexto, y dejar sin piso a ese viejo loco. Pero no, no puedes, y asistes fascinado a tu derrota como esa vez en que seguías, paso a paso, la escena en que Mitrídates hincaba la aguja del neumotórax en el pulmón de Delmonte. Viejo sádico, del que sin embargo se ríen Abelardo y Mitrídates, pero que a ti te inspira una rara mezcla de risa, curiosidad y espanto. ¿Cuándo va acabar esa partida idiota? ¿Por qué no te da mate de una vez? ¿Por qué no volteas tu rey en señal de rendición? Desplazas indeciso un caballo. Él responde con una jugada

similar y una risita venenosa. Optas por sacar el alfil derecho y preparar un enroque. «Jo, jo», se ríe, y con otro caballazo pone en peligro tu costado derecho. Juegas sin pensar como debieras, y sin mirar ya sus ojos. El viejo exhala de rato en rato, como en un conjuro, el humo del cigarrillo. ¿Por qué no llega Abelardo? ¿Y Mitrídates? Llegarían, y con un par de palmazos en el hombro a tu enemigo, y unas bromas, te arrancarían a esa situación ridícula, y podrías recobrarte y a lo mejor ganar el encuentro. Pero no es así y tienes que resignarte a ver cómo tu rival se zampa otra pieza tuya, y festeja el hecho con su risa cascajosa y unas bocanadas de ese tabaco hediondo. «Oye, ¿cómo te llamas?», te pregunta de pronto. «Me llamo Claudio». «¿Y por qué no Tiberio?». «¿Cómo dice?». «Digo que por qué no Tiberio, o Calígula, ¿ah?». No sabes qué decir, y menos aun porque esos nombres suenan tan absurdos. Nombres romanos, que el viejo menciona para desconcertarte. Y lo consigue por un espacio, pero te repones y en un acto de audacia replicas: «Y usted, ¿por qué no se llama Carlomagno?». «No me llamo así, y en todo caso me habría caído mejor Pachacútec, Federico Pachacútec, ¿no crees?». Y se ríe con una risa estrepitosa, y se aprovecha de la situación y te manduca un alfil. Así, con ese je, je, y blandiendo con regusto su mano de cuero. «¡Viejo pirata!», te dices. Y muerto de cólera intentas un movimiento de torre que no hace sino ponerte en mayor riesgo, y que tu contrincante celebra con un «jo, jo» aun más ominoso. Y mientras esperas su respuesta, te acuerdas, sabe Dios por qué, de Elena Oyanguren, la de los blancos brazos, y de su andar lánguido por la Plaza Mayor de Jauja. Sí, ella, como una princesa troyana, y seguida en tu imaginación por un vejete rechoncho y loco, que saluda a uno y otro lado, como bufón de antiguos tiempos. «¿Qué dices?», te pregunta Federico Yepes. «No, nada», respondes. Vaya, otra vez te dejas llevar por los pensamientos y hablas entre dientes, y el viejo pensará que estás tan loco como él. Sí, a veces se te da por un bisbiseo, como si rezaras, pero allí no hay ninguna plegaria, sino algo semejante a las frases que anotas en tus libretas, y que más tarde te servirán para contar y recontarlo todo. «A ver…», dice el viejo, y pone en acción una torre. Abarcas con la vista el tablero, no vasto como la llanura del Escamandro, ni desolada tierra como Yanasmayo, sino campo cuadrado, exacto, donde ese gladiador te va a torcer el pescuezo en un combate sin gloria, y que sus colegas celebrarán con una gran risotada. «¡Viejo’e mierda!», te dices, y arremetes con un caballo. ¡Loado sea el Señor, como habría dicho Domitila Quiñones! Pero Federico es más mañoso y te refila otro peón. «¡Jo, jo!», se regocija. Te sumes en honda y forzada cavilación, pues no te dejarás ganar tan mansamente. ¡No! Y piensas y repiensas tanto, que tu adversario se aburre, y consulta su reloj de cadena y bota a un lado la colilla. Y de pronto, vaya uno a saber por qué, te pregunta: «Oye, tú eres sobrino nieto de Euristela de los Heros, ¿no?». «Sí, señor». «Una real hembra en sus buenos y antiguos tiempos, ¿eh?». No sabes qué decir ante ese elogio irrespetuoso y vulgar, pero elogio al fin. Efectúas una jugada, que en realidad no va a servir para nada. Es su turno ahora, y mueve su reina a una posición de dominio, allí en el centro, y añade: «Hermosa como una reina, así era». Te es difícil concentrarte. No quieres mirar ese rostro regordete con una barba de dos o tres días, y esos

ojillos color de humo, y menos aun el guante. Federico Yepes, mal ajedrecista pero tenaz, tramposo, y que se gasta pesadísimas bromas con Mitrídates, y de quien el mismo Abelardo, por lo general muy diplomático, también se ríe. Y tienes que ser tú el único que no lo toma a burla, el único que teme ese modo de ser, confianzudo y a su modo procaz, y esa mano espectral. ¿Por qué, oh dioses? No levantas la vista, y tratas de proseguir de cualquier manera la partida. Trasladas tu única torre a otro casillero. Federico Yepes avanza la suya, y no dice «jaque», como debiera, sino «Te fregaste». Y, en efecto, tu rey ya no tiene remedio. «Usted ganó», dices, y te pones de pie. «Je, je», se ríe, y sigue con fruición el nervioso modo con que guardas las piezas, a la vez que enciende otro cigarillo. Acabas de cualquier manera, y sin mirarlo ni despedirte te das a la fuga.

1.° de marzo

Anoche soñé otra vez con Leonor jugando vóley en su escuela de Yauli con sus amigas, y viniendo después hacia mí. Y fuimos juntos y nos sentamos a la orilla del riachuelo que corre cerca de su casa. Nos sentamos ahí, y ella me mostraba una flor, blanca y extraña, y me decía: «¿Ves? Es la sullawayta*». Y sonreía. Y la flor era en efecto muy hermosa. Y en eso sentí un ruido y quise voltear, y ella no quiso. «No voltees», me dijo, «porque es el amaru, el de las alas blancas». Y me desperté, asustado. Volví a dormirme, a pesar de todo, y ya no fue Leonor, sino Marcelina quien conversaba conmigo de noche en la era de Ataura. Y mirábamos las estrellas y me decía: «¿No ves allá arriba, más allá de ese lucero, una figura como de una serpiente con alas?». Y de veras, si se miraba bien, se veía como ella decía: una sierpe inmensa que se extendía como un arco por esa parte del cielo. «Ahí está, de veras», dije. Marcelina no me contestó. Y de pronto, ahí en la oscuridad, se escuchó un rumor como de alas que batieran y se perdieran a lo lejos.*

Por la tarde

Abelardo me dijo que había leído Medea, pieza de Eurípides, y que le habían impresionado mucho los pasajes finales. Y me leyó el desenlace, en que Medea se aparece en su carro mágico jalado por dragones, que no eran otra cosa que serpientes aladas y terribles. Me dijo, después: «Dos amarus, en los aires de la Grecia mítica, ¿te imaginas?».

Me quedé mudo.

«Así que quieres saber cómo era la hacienda…», dijo Fox. Asentiste con un gesto y esperaste. Se oía la lluvia que caía en el patio, y hacía frío en el alto y oscuro ambiente que servía de gabinete al carpintero. «Han pasado ya tantos años», continuó, en esa visita que le hacías amparándote en su anterior invitación. Se acariciaba la barbilla con una mano, mientras contemplaba la diminuta candela de una vela, porque de nuevo se había producido una

interrupción en el suministro de corriente. «Como ya te dije estuve allí en 1910, y me acuerdo bien porque fue el año del cometa». «¿El cometa Halley?». «Ah, estás enterado…». «Mi madre me contó, y viendo ahora el resplandor de la luna que se trasluce a pesar de las nubes, me acordé». «Fue un mes de junio cuando llegué a la hacienda, como te conté, y me quedé para reparar unas puertas y ventanas y para otros trabajos». Fox se quedó en silencio por un rato, y prosiguió: «En esa pampa se veía aun más inmenso el cometa: un blanco y apagado fulgor que dejaba un rastro también blanco, que se extendía por todo el cielo». Una vez más te asombró ese lenguaje, tan difícil de imaginar en un modesto artesano, y que te indujo a volver la cabeza y mirar una vez más el pequeño estante de sus libros. Fox siguió tu mirada y dijo: «Una vez compré en Huancayo un folleto, *El cielo y las estrellas*, pero da muy pobre idea de lo que vimos por entonces». Y continuó: «Me presenté, y el señor de los Heros me recibió en su cuarto de trabajo. Mandó llamar al mayordomo y le dijo que me había contratado». «¿Y mis tías?». «Las vi al día siguiente, vestidas como si hubieran estado en Lima y no en la puna. Tan hermosas, la una con esos ojos grises, como no he visto nunca, y la menor con unos de un verde tan particular». «¿Y le dijeron sus nombres?». «Su papá me dijo que la mayor era Euristela, y la menor Ismena». «¿Y cómo era el señor de los Heros?». «Un caballero alto, de tez clara, pero en sus rasgos se veía que era como todos nosotros, y que había sangre andina en sus venas». «Como en mis tías». «Hasta donde sé, era jaujino, y pariente por su señora de un obispo muy rico que hubo por entonces, Monseñor del Valle, pero su fortuna la debía a la herencia de una tía, que era su madrina, y que murió sin hijos». «¿Y la mina?». «Eso fue después: una veta de plata que encontró en Shutuymarca». «¿Y la hacienda?». «Como dije, se la dejó esa señora». «¿Y su esposa?». «No sé, no la conocí, porque murió años antes, cuando sus hijas eran aún niñas. Y a propósito, ¿cómo es que son parientes ustedes?». «El señor de los Heros era primo lejano de mi abuelo, el organista Baltazar José Manrique, a quien usted debió conocer». «Claro que sí, un hombre modesto y tranquilo, que amaba mucho su oficio». «Así es». «En ese tiempo había otros de los Heros en Jauja, pero don José María pertenecía a lo que se puede llamar la rama principal». No dijiste nada, pero apreciaste la discreta manera con que Fox Caro se refería a los hijos naturales de un antecesor, por lo visto muy prolífico, y del cual descendía tu abuelo. «¿Y la casa?». «Era una casa muy vieja, de paredes de adobe muy anchas, con arcos de piedra en el patio. La parte principal tenía tejas, pero el resto era de techo de paja». «Y ¿cómo era por dentro?». «Solo conocí la sala, porque yo no era más que un carpintero y no un amigo de la familia. Bueno, era una habitación grande, con cortinas, con muebles antiguos de tapiz rojo y una gran lámpara de cristales con bujías, que todas las tardes se cambiaban y prendían». «¿Bujías?». «Era como se llamaba por entonces a unas velas de cera muy blanca, que traían de Lima». «Y estaba el piano…». «Un piano negro, como no he visto nunca, y que no sé cómo pudieron llevar hasta la hacienda…». «¿Un piano antiguo?». «Se veía como nuevo, y en él tocaba la señorita Euristela». «Un piano de cola…». «En efecto, y sobre el cual había dos candelabros, y una

fotografía enmarcada de la finada esposa de don José María. Y en las paredes colgaban unas pinturas como las de nuestras iglesias, con marcos dorados y Vírgenes del Cuzco. Y también otros dos cuadros más pequeños, con unas escenas en que aparecían Pizarro y Atahualpa…». Se detuvo el artesano y preguntó: «Pero, ¿quieres que hable de todo eso?». «Sí, señor, porque todo eso me interesa». Fox Caro te observó con una larga y tranquila mirada, y prosiguió: «Una sala, en suma, que a mí me pareció lo más elegante que había visto en mi vida, y que jamás habría esperado en un sitio tan remoto». «Me imagino…». «Y no solo la casa, porque don José María se vestía también con mucho esmero, y casi siempre usaba chaqueta y pantalones de paño, incluso cuando partía a la mina, y por supuesto su poncho de vicuña». El carpintero calló por un espacio, que tú no interrumpiste. Afuera seguía suave y sostenida la lluvia de febrero. Alzaste la vista hacia las escuadras, las reglas, los compases que colgaban de los muros. Preguntaste, de súbito: «¿Y el río?». «Un río de aguas claras, pero de un fondo oscuro, casi negro». «¿Y es verdad que brotan de la tierra?». «Así dicen, pero a mí no me consta». «¿Y por qué la hacienda se llamaría antes Amarucancha?». «Pregunté al respecto, pero nadie me dio razón, y pensé que sería quizá porque a un lado, no muy lejos de la casa, había una *pirca* muy grande, con una especie de hoyo, y al otro lado se levanta el cerro de Raupi, con sus tumbas de gentiles». «¿Una *pirca*?». «Así es, y quizás el hoyo hizo pensar a los antiguos que allí, en lo profundo, estaría la morada del amaru…». «Sí, quizás». «Esa gran serpiente, madre y padre a la vez, y puente según algunos —*tulumanya*— entre la tierra y el cielo, entre la luz y las tinieblas». «Pero, ¿no eran dos los amarus, y estaban en el fondo de un lago y peleaban?». «Esa es la versión más conocida de la leyenda, pero también hay otras, y en algunas el amaru es uno solo, y en otras tiene la forma no de una sierpe sino de un toro, que habita también en el fondo de un lago». «¿Y qué más le dijeron?». «Bueno, que en ese pozo brotaba en otro tiempo un agua enrojecida, y que era la sangre de uno de los amarus». «¿Y el otro, el blanco?». «Decían que el amaru blanco subía en cierta época del año, allá en una laguna de Janchiscocha, y buscaba la flor de la lluvia y de la escarcha, la *sullawayta*. Una flor bella y delicada…». «Marcelina decía que era la flor del rocío». «Flor por tanto del agua y de la luz, del amanecer…». Tú dijiste: «Y la imagen de una flor así, ¿no tiene que ver con lo que usted les decía a los señores y las señoras que vinieron a esa reunión aquí en su casa?». «Como señalé, no pretendo descubrir ni inventar nada, sino recordar unas pocas verdades, y esa imagen del amaru y de la *sullawayta* se concierta muy bien, en efecto, con la idea de la continuidad de la vida más allá de la muerte». Y agregó: «No olvides lo que esa serpiente significaba en las creencias de nuestros antepasados, como aparece en las figuraciones de una piedra labrada —toda una maravilla— que vi en un paraje no sé si de Apurímac o de Ayacucho, y que se llama la piedra de Sayhuite, y que a mi modo de ver es toda una representación del universo, con las vías por donde se comunican el agua, la luz, la tierra, el firmamento». Trataste de no dejarte llevar por el confuso sortilegio de esa idea. «¿Y el cometa?», preguntaste. «El cometa tenía mucho también, si se miran bien las cosas, de una sierpe celeste,

con su cabellera y esa larga cola que se extendía como un arco de un lado a otro del cielo, o más exactamente desde las alturas de Huajlas y de Yanamarca hasta los cerros de Ricrán». «Y las lagunas de Janchiscocha…». Fox Caro te miró y preguntó: «Pero, ¿quién te habló de la leyenda y de esos lugares?». «Marcelina, una muchacha que ayudaba en casa cuando yo era chico». «Ah». «Y Huajlas, como usted habrá visto muchas veces, es el cerro donde se amontonan las nubes de tormenta en el mes de noviembre, y donde caen los rayos más fuertes». «Sea como fuere», continuó Fox, «el cometa nos acompañó todo ese mes de junio, e incluso se podía distinguir de día su estela, y digo así porque de veras se parecía a la que dejan los buques en el mar, como se puede ver en las películas». «¿Va usted al cinema, don Fox?». «Antes iba, en la época del cine mudo, pero ahora no». Y prosiguió: «Don José María decía que el cometa a lo mejor traía suerte en los cateos, así que iba de noche con su gente, y en dos o tres ocasiones yo los acompañé. Bajo esa luz los cerros, la puna, las rocas, todo se veía como en sueños, y de veras que parecía alumbrar, allá en lo alto, una sierpe de fuego». Se produjo una pausa. «¿Y mis tías?». «Ellas se quedaban en la casa, por supuesto». «Me refiero a que si usted les escuchó hablar del cometa…». «Me acuerdo que salían al corredor en ciertas noches, y se sentaban allí a pesar del frío, contemplando esa inmensidad». «¿Y no estaba con ellas Antenor?». Fox Caro te miró con cierta fijeza. «¿Cómo sabes de él?», preguntó. «Les he oído hablar a ellas, sobre todo a mi tía Euristela, cuando se ponen a recordar esos tiempos». «¿Y qué han dicho?». «Nada, porque en realidad no conversan, lo que se llama conversar, sino que hablan en desorden, y no las entiendo bien. Y aun si yo les preguntara, no me contestarían». «¿Y nada más?». «No, nada», replicaste, pensando en el modo evasivo con que tu tía Rosa había contestado a una pregunta semejante. Insististe: «Pero ¿lo conoció usted?». «Sí», dijo el carpintero. «¿Y quién era?». El carpintero reflexionó antes de responder y dijo: «Un sobrino de don José María, y por lo tanto primo de las señoritas…». «¿Y cómo era?». «Un hombre joven, un poco mayor que Euristela, y que también gustaba de vestir bien». «¿Y qué hacía?». «Ayudaba a don José María, se encargaba de las cuentas y de coordinar con el mayordomo de la hacienda, un tal Santiváñez…». «¿Y qué más?». «Tocaba la guitarra muy bien, y lo sé porque lo escuché más de una vez desde mi cuarto, por las noches». «¿Y qué tocaba?». «Bueno, me acuerdo de unos yaravíes muy hermosos, y ellas cantaban, sobre todo Ismena, que tenía una bonita voz». Quisiste saber, luego: «¿Fue usted a Shutuymarca?». «Una vez, ya te dije, y me acuerdo que es un peñón con algunas *colcas* de los gentiles. Allí trabajaban unos cuantos hombres, y sacaban un mineral que chancaban otros, y que un arriero transportaba en llamas a La Oroya para venderlo a los gringos. Supongo que ese Antenor también se ocupaba de la mina, y hasta creo que lo vi montar a caballo y dirigirse en esa dirección. Y montaba muy bien, en verdad». «¿Dijo usted que era un sobrino…?». Sentiste otra vez sobre ti la mirada de Fox, en ese rostro que no por bondadoso y apacible dejaba de ser severo. «Sí», contestó, «aunque se murmuraban también otras cosas». «¿Qué cosas?». El carpintero no respondió. «¿Y qué fue de él?». «Me dijeron que murió después del incendio de la casa-hacienda». «Pero ¿era

realmente…?». Fox se excusó: «Discúlpame, no quisiera hablar de asuntos de familia que no nos conciernen, aunque haya pasado mucho tiempo…». Una sospecha cruzó por tu mente. Quizá Fox se preguntaba si detrás de tus preguntas no había un objetivo muy concreto, inspirado por tus familiares, y relacionado eventualmente con ciertos intereses. Tal vez, pero no dijo nada y siguió mirando la lumbre. «Usted se dirá», señalaste, «por qué le pregunto todo esto…». «Son cosas que suceden…», respondió enigmático. Hubo otro intervalo. «A lo mejor, pues», dijiste, como hablándote a ti mismo, «no era sobrino, ni tampoco primo de mis tías. A lo mejor…». Bien entendió el carpintero por dónde iban tus pensamientos, pero no hizo ningún comentario. Dijo en cambio, al cabo de un rato: «Ellas se vestían con mucho cuidado, con mucha elegancia. Euristela, por ejemplo, se ponía un vestido de volantes, que le sentaba muy bien, y su hermana un traje verde, como sus ojos. Y se peinaban también como si vivieran en una gran ciudad y no en una hacienda de la puna». «¿Y nunca les escuchó hablar de una sortija con una amatista?». «No», contestó Fox. «¿Y escuchó usted a tía Euristela cuando tocaba en el piano?». «Ya te dije, algunas veces, y me pareció música hermosa, pero que yo no comprendía, y semejante a las piezas que toca tu señora mamá, según tengo entendido». «Qué bien se acuerda usted». «Un domingo don José María, el joven Antenor e Ismena bajaron a Jauja, y tu tía Euristela se sentó ante el piano y toda la mañana tocó, pero —¿cómo diré?— con una especie de vehemencia, y yo que estaba en el patio trabajando, me sentí muy impresionado. Los dos comuneros que estaban conmigo en ese momento, lo recuerdo bien, se santiguaron». «¿Ah sí?». «Yo diría que tenían miedo, pero no porque Euristela fuera dura con ellos, sino por esa belleza suya, y ese modo de ser, y por la música que tocaba». Otra vez se interrumpió. «¿Y ninguna tenía un novio? ¿Ninguna se quiso casar?». El carpintero ignoró tu pregunta, y continuó: «Y salió después, vestida como si fuese a una misa de fiesta, y almorzó sola en esa mesa para cuatro, y lo sé porque yo ayudé al mayordomo, y vi qué finos eran los platos y las copas, y el mantel, los adornos». «¿Y no le dijeron nunca que tocase con ellos, cuando hacían música en el corredor?». «No, porque tampoco yo les había dicho que tocaba el violín, y no olvides, además, que yo no era un amigo ni un pariente, sino un obrero y nada más». «Claro». «Y aunque allí no se trataba a los indios como en las haciendas de Huancavelica o de Ayacucho, todos sabían cuál era su lugar». «Mi hermano dice que, como quiera que fuese, era una hacienda, y el hacendado un señor…». «Seguramente, pero aquellos eran otros tiempos». «¿Y qué más?». «Me acuerdo que subí a un repecho en la cuesta de Raupi, una noche nublada, en que apenas si se filtraba la claridad del cometa, y viendo desde arriba la casa, toda alumbrada en esa hora en que soplaba el viento, me pareció como un buque con todas sus luces encendidas, antes de un naufragio». «¿Un buque?». «Sí, eso pensé, y en un naufragio, aunque también en una capilla ardiente, con todo ese esplendor tan costoso, en la noche de la puna». Guardaste silencio, sobrecogido por esa imagen, de veras sorprendente. Al cabo de un momento continuaste con tus preguntas: «Y, ¿subió usted a Raupi?». «Sí, una vez». «Y ¿cómo es?». «Una especie de ciudadela, con *chullpas* como torres

pequeñas, con hornacinas abiertas, con una calavera en cada una, mirando hacia el lado por donde sale el sol, en medio de un ichu alto y salvaje». «Y mis tías, ¿habrían subido?». «Más de una vez, y creo recordar una mañana en que partieron con una muchacha del común, con ropa especial, y me dije que hasta en eso eran raras». «Así que iba usted con el señor de los Heros en busca de vetas…». «No de vetas, sino de una, la de Shutuymarca, que se había interrumpido, y debía continuar en los cerros vecinos». «¿Y cómo fue?». «Don José María iba con su poncho, porque eran días muy fríos, y como siempre muy pulcro, muy bien afeitado». «¿De qué hablaba?». «Era un hombre de pocas palabras, cosa que a mí me sorprendía porque tenía fama de mujeriego, aunque parezca mentira. Iba en silencio, y solo daba las órdenes necesarias, y en algún momento alzó la vista y dijo, refiriéndose al cometa: "Quizá también es de plata, de nieve y de plata…"». «¿Y fue Antenor con ustedes?». «No fue, y tampoco Santiváñez». Y le tocó el turno a Fox de preguntar: «Pero, ¿no te cuentan todo eso tus tías, cuando se refieren a esa época?». «No, pues como dije hablan como en sueños, y lo que dice una tía no tiene casi relación con lo que dice la otra». «Pero según dices mencionan a Antenor y la sortija, y las veladas de música». «Así es». «Y, ¿no les hablan a tu mamá y a tu tía al respecto?». «A ellas les hablan sobre todo de su salud, de las cosas del día». «Solo a ti, entonces…». «Sí, aunque parezca mentira». Fox se volvió a acariciar la barbita. Se oía el aguacero sobre el tejado, en el patio, y el ruido de una gotera en un ángulo de la habitación. «¿Y cómo fue la segunda vez que estuvo usted en la hacienda?». «No muy diferente, salvo la lluvia, menuda y fría, pues era el mes de marzo». «¿Cuánto tiempo duró su visita?». «No más de una semana, y ya no se veía el cometa, y don José María se pasaba la mayor parte del tiempo encerrado en la casa». «¿Y entonces?». «Nada, sino que cumplí con mi trabajo y me regresé». «¿Y el incendio?». «Eso fue a fines de año, quizás en noviembre, pero yo me enteré después». «¿Y cómo sucedió?». «No quisiera hablar de eso ahora». Y Fox Caro miró su reloj y se puso de pie, de modo que no tuviste más remedio que despedirte. «Gracias, señor», dijiste. Y él volvió a dirigirte una de esas miradas que tan curiosa impresión te producían. Te acompañó hasta el zaguán, y se quedó allí en la oscuridad, mientras tú te alejabas.

Morococha, 15 de febrero de 1947

Querido Claudio:

No me pude despedir de ti, porque ya no pude regresar a Jauja. Sentí mucha pena de no conversar contigo esa vez en la tienda. Pero es que mi mamá no entendería, y ni siquiera piensa que yo pueda tener enamorado. Y además tú no eres de mi pueblo. Pensaría mal, y no quiero eso.

Creo que es la primera vez que escribo una carta, así que no te vayas a reír, y mira que yo no sé decir cosas como las que tú dices. A ti te toca eso del palabreo, y a mí, como a todas las

chicas, decidir.

Te contaré que me aburro. Hace mucho frío, y llueve y a veces cae nieve. Bueno, la nieve me gusta, pero no estar tiritando cada vez que salgo a la puerta. Y no hay adónde ir, y todo es ayudar a mi mamá y conversar con una chica que he conocido, y andar con la cara muy seria, porque hay tantos hombres que no le quitan a una los ojos. Mi papá se ha puesto muy celoso. Tú no lo conoces todavía, pero ya verás.

No creo que vayamos a Yauli por los carnavales. Ayer nomás le escuché decir eso a mi mamá. Y tú, ¿qué harás?

Echo de menos mi casa de Yauli. Y también Janchiscocha, porque allí todo el tiempo veíamos el ichu, y los paujiles y gallaretas de las lagunas, y allá lejos, cuando subía a la loma, ese nevado tan hermoso. Y hay mucha agua, y el río Chúlec y unas cascadas, y no cerros pelados, como aquí. ¿No dicen que por ahí está esa flor de la escarcha? Bueno, la de verdad, y no la que tú dices en tus piropos, tan bonitos pero también tan raros…

Pienso en ti, y me gustaría estar contigo y conversar muchas cosas, y que me mires de ese modo que tienes, tan cariñoso, tan pensativo.

Anda, escríbeme, y llévale tu carta a Mirta, que ella sabe cómo hacer. Y no la mires mucho, porque me voy a poner celosa. Tú no, porque aquí casi todos son viejos, y con mi papá no se me acerca ni un chiuche.

Un beso,

Leonor

«Laurita vino a saludarme y conversamos toda la tarde», dijo tu tía Rosa, después de que tomaste asiento en su sala. No se había desprendido de la labor de croché que tenía entre manos, ni se había sacado los anteojos de tejer y leer, de modo que tendría una visión borrosa de ti. Con su gorro rojo, su chal blanco y su figura menuda y encorvada, parecía otra vez un gnomo de las leyendas, pero no malévolo sino bondadoso. «Conversamos aquí mismo, y tomamos después el té, y me habló de sus estudios, de su deseo de ser profesora de dibujo, de sus inquietudes. Es una joven muy tranquila y que sabe lo que quiere». «Así es», dijiste con cautela. La vieja señora guardó silencio por un espacio, como recordando esa visita, y luego preguntó: «Y, ¿cómo está tu mamá…?». «Está buena, gracias, pero con pena porque se fue mi hermana». «¿Y Marisa?». «También, y lo mismo Abelardo». Era tan plácida la hora, tan soleada. Una viva luz entraba por las ventanas de reja, todas abiertas, y se veía cómo revoloteaban mariposas y moscardones en torno a los geranios y hortensias del patio. Cuán diferentes tus visitas a Euristela e Ismena. Aquí todo era cálido y luminoso, en tanto que allá, en la casita del jirón Salaverry, aun las palabras más sencillas adquirían otra resonancia y algo así como un sentido segundo, en una atmósfera

toda cargada de tiempo y de muerte. Miraste con ternura las mejillas sonrosadas de la anciana, tan tersas a pesar de sus ochenta años, y ese gorrito chistoso pero adorable. «¿Y Teodorico?», preguntaste. «Ay, de veras que está tan callado, ¿o tú lo has oído…?». «No, tía, debe estar echando una siesta». «¿Ese loro? ¡Jamás!». «Pero no se le oye decir ni pío…». «¿Y cómo va a decir pío, si no es pollo?». Te reíste, aguzando las orejas para asegurarte de que el pájaro no lanzaba, allá en su jaula, uno de sus consabidos «Te jodiste, idiota». Tu tía volvió a reír y se acordó de otros tiempos: «Venías cuando eras chico y te sentabas junto al radio, y escuchabas noticias y música, y me contabas cosas de tu escuela y de tu maestra, la señorita Chumpitaz, que en paz descanse». «Yo también me acuerdo, tía». «Te gustaba sintonizar estaciones de otros países, y le tenías miedo a Teodorico». «Siempre ha sido un deslenguado». «Como todos los loros, hijo…». Miraste el receptor, inmenso y cubierto por un tapete de blondas, y que de seguro la anciana no encendía ya nunca. «Siempre me ha gustado mucho visitarla a usted». «Me parece muy bien». «Y me gustaba esta sala, con el radio y esas láminas con acorazados. Y a propósito, ¿por qué las tiene ahí?». «Fue tu tío quien mandó enmarcar esas litografías y las colocó donde están, quizá porque no quería olvidar, ni por un momento, que debemos estar preparados si queremos que los chilenos no nos quiten lo nuestro». «Me gustaba venir por las tardes…». Ella te observó y después de un rato añadió: «También venía tu papá, y se sentaba ahí en la mecedora». «¿Antes de casarse?». «Sí, y estaba muy agradecido con mi esposo». Te sorprendiste, pues no estabas enterado de esas visitas, y menos de la causa de tal reconocimiento. Tu tía dijo: «¿No sabías? Tu tío Rafael le tenía una gran estimación». «¿Ah sí? Cuénteme…». La vieja señora pareció dudar, algo incómoda. «No sé», comenzó a decir, «si debo hablar de eso». Tú dejaste que ella sola se decidiera. Comenzó, en fin: «Mi marido era gobernador de Jauja, allá por el año de 1922 ó 1923, y un día los *huayruros* —así llamaban a los gendarmes— le trajeron preso a un joven acusándolo de hacer propaganda política, no sé si comunista o de algo parecido. Y tu tío, reposado como era, conversó con él y le pareció un mozo inteligente, y que no había hecho lo que decían los policías. Ese joven era tu padre». «¿Y qué pasó?». «Conversó con él, como digo, y se enteró así de que era maestro y amigo de un señor Zulen, Pedro Zulen, a quien también trató mi esposo, y que fue un hombre muy fino, muy educado, que estuvo en Jauja por razones de salud. Todo un caballero. Y por eso, por esa amistad que tenía con persona tan distinguida, y porque no había razones suficientes para tenerlo encerrado, Rafael mandó soltar a tu papá al día siguiente». Te quedaste desconcertado, porque nadie te había hablado en casa al respecto. Tu tía prosiguió: «Pero lo supo el subprefecto y se molestó mucho, porque según él tu padre era un agitador, así que a pesar de la amistad que tenía con mi marido, le puso muy mala cara». «Y por eso mi esposo», continuó tu tía, «no quiso saber más de la política y se dedicó solo a sus negocios». «¿Y lo sabe mi mamá?». «No, porque mi marido le pidió a tu papá que no hablase al respecto». «¿Por qué?». «Cuestión de discreción, jovencito», dijo tu tía, aunque reparó luego en que se contradecía, y añadió: «Aunque yo no sea discreta ahora…». «Oh, se lo

agradezco mucho». «Oye, mejor que esto quede entre tú y yo». «Como usted quiera, tía». «Menos mal que no fastidiaron de nuevo a tu papá, y además mi marido le dijo que debía ser prudente». «¿Y no lo era?». «No siempre, pues estuvo a punto de editar un periódico en la imprenta del señor Rucabado». «¿Un periódico?». «Sí». «¿Y eso era peligroso?». «Claro que sí, pues se trataba de política y esos eran otros tiempos». «¿Y después?». «Todo quedó en nada, felizmente, y siguió de maestro en el centro escolar». «¿Y venía siempre a visitarlos?». «No con frecuencia, pero venía, y siempre nos traía una revista, algún regalo, por pequeño que fuera, pues era muy agradecido». «¿Y luego?». «Bueno, se casó con tu mamá, y después de un tiempo lo mandaron a una escuela del Cerro de Pasco, y sé que estuvo propuesto como inspector de Educación. Lo sabías, ¿no?». «Sí, claro». La anciana continuó, al cabo de un espacio: «Han pasado tantos años, pero me acuerdo muy bien de él, un joven de tez clara pero de rasgos bien serranos, y que no hablaba mucho. Se sentaba ahí donde estás ahora tú, y nos contaba de su pueblo, y cómo fue que dejó su casa. Cosas así, que tú debes conocer mejor que yo». «Mi madre me ha contado, pero no mucho». «Era un hombre con mucha emoción, que tenía mucha nostalgia de su tierra, que leía y se informaba, y por eso simpatizó mucho con el señor Zulen». «¿Y qué más recuerda usted?». «Era muy dedicado a su trabajo, y de vez en cuando escribía artículos sobre temas educativos en *El Porvenir*. Y me acuerdo que tu tío Rafael me decía: "Este Eduardo es un mozo hábil y con verdadera vocación pedagógica"». No estabas enterado de esas colaboraciones, y al parecer tampoco Abelardo, y aunque la colección de la Biblioteca Municipal estaba muy incompleta, las buscarías. «¿Y después?». «Dejó de visitarnos, porque los soplones del *curco* Salazar lo tenían marcado, y tenía temor de comprometernos». «Ah». «Abelardo se parece a él, aunque es más conversador y jovial; en tu papá había siempre algo de pensativo y melancólico». «Yo apenas lo recuerdo». «¿Qué edad tenías cuando murió?». «Cinco años». «Habrá dejado muchos libros, ¿no?». «Solo unos pocos, porque según mi mamá los prestaba y no se los devolvían, y muchos se los llevó al Cerro de Pasco, y otros se los quitó la policía». «Es curioso que se casara con tu mamá, que no tiene esas inquietudes, y no por egoísmo sino porque siempre fue tímida, y su mundo eran su familia, la música, y ahora también las labores». Hubo un largo silencio. «¿Y tu tía Eloísa?», preguntó. «Bueno, hace tiempo que no la he visto, porque no voy a Lima». «¿Y cómo es ella?». «Era mayor que papá, y según dicen no se le parece, porque en realidad solo eran medios hermanos». «Pero Laurita está con ella». «Sí, porque la señora no tiene hijos, y la escribió a mi mamá diciéndole que le mandase a mi hermana para que viviera en su casa y terminase la media en Lima». «Sí, lo sé». «Y Laurita se ha acostumbrado, y es casi como una hija para ellos». «¿Y no tienen ustedes relación con los demás parientes de tu papá?». «No, tía, porque era hijo único, y mis abuelos finaron hace tiempo». «Pero le habrían dejado algo, ¿no?». «Le dejaron la casita, allá en su tierra, pero él la vendió». «Así que ustedes no tienen ya a nadie por allá». «No, pero yo iré algún día». «Sí, por supuesto». Y tu tía añadió: «Yo no he ido nunca por allá, pero sí conocimos Arequipa y Trujillo con mi esposo, y fuimos

también, en viaje de bodas, a Panamá». «¿A Panamá?». «Sí, en un buque inglés, muy bonito, que se llamaba… oh, ya me he olvidado». Te quedaste de una pieza, porque nunca habías imaginado a tu tía en viaje de luna de miel en barco y a un país tropical. Ella prosiguió: «Y mandé tarjetas postales a toda la familia, y tu mamá y tu tía Marisa de seguro las conservan…». Una expresión melancólica asomó al rostro de la anciana, y consideraste conveniente cambiar de tema, para lo cual apelaste a una pequeña mentira: «La otra noche soñé con Miramontes». «¿Con quién?». «Con ese Calixto Miramontes que les regaló a ustedes el loro, y que fue novio de mi tía Grimanesa». «¿Y cómo puedes haber soñado con él, si nunca lo conociste?». «Pero usted me contó cómo murió, y en mi sueño vi un hombre al que perseguía un toro negro, con la enjalma y la moña que le colgaban de la panza. Y don Calixto gritaba, y el toro corría, y la diablesa brillaba como candela». Tu tía se santiguó: «¡Ay, Jesús, qué sueños tienes hijo!». «Y eso no es todo, porque el toro resultó ser uno igualito al que tiene pintado en su peluquería el señor Palomino, y que es un minotauro…». «Me acuerdo que Palomeque el viejo estaba muy orondo con esa pintura, y decía a todos que la fueran a ver, ya que la había pintado el mismo artista alemán que les pintó unos paisajes a los Robinson, allá en Huancayo». «Y en mi sueño todos corrían y Palomeque también, y el loro Teodorico le gritaba a Miramontes, cuando el toro lo zarandeaba: "¡Te jodiste, idiota!"». «¡Ave María, muchacho! ¿Cómo puedes soñar semejantes cosas?». Casi sueltas la risa, pero te contuviste, y con cara muy contrita dijiste: «Me desperté, felizmente, tía, y no había ningún loro, y tampoco Miramontes ni nada». «Yo sueño muy poco», dijo la anciana, «y, gracias a Dios, jamás tengo pesadillas, y todo son cosas alegres y felices». ¿Cómo podía ser de otra manera? Era una mujer bondadosa, gozaba de buena salud a pesar de la edad, su marido la había querido muchísimo, se había resignado a la falta de hijos, y a su modo disfrutaba de su independencia. Y para cuando se presentasen los problemas y se enfermara, allí estaba su hermano menor César y su sobrina Adela, que había insistido muchas veces para que fuese a vivir con ellos a Ica, donde residían. Te acordaste de Zoraida, viuda como ella y también acaudalada, pero tan diferente en muchos aspectos, además de la edad. Se te ocurrió preguntar: «¿Y conoció usted a don Recaredo Ramos?». «Claro que sí, como que venía de vez en cuando a jugar rocambor con mi marido, un juego muy bonito, en que hacían tercio unas veces el médico Aguilar, y otras Arsenio Yepes, hermano de Federico, ya finado». «¿Y cómo era el señor Ramos?». «Un hombre flaco, de pocas palabras pero que podía ser muy ocurrente, y con mucho dinero, y que viejo ya se enamoró de esa hija de unos turcos huancaínos, Yasmina Awapara». «¿No eran libaneses?». «No sé, siempre pensamos que se trataba de turcos. Una muchacha muy hermosa, y que por supuesto se casó por interés, y que era mucha mujer para el pobre Recaredo». «Fui a visitarla el otro día con mi amigo Felipe, que es sobrino del difunto». «¿Ah sí? Me dicen que tiene la casa muy bien y se da buena vida, pero que no comparte con nadie su riqueza». Era evidente que la tía, por lo general muy medida, no tenía ninguna simpatía por doña Zoraida. Insistió: «Se casó por interés, como digo, y me dio pena Recaredo, que debió ser más prudente y

buscar una mujer no tan joven, y mucho menos tan guapa». Te arriesgaste a preguntar: «Tal vez ella lo engañaba…». «Eso no sé», dijo tía Rosa, «pero sí que no le tuvo mucha consideración al finado». ¿Que habría dicho la buena anciana si hubiera sabido que eras un rendido y erótico admirador de la viuda? ¿Y que, más aun, abrigabas algunas esperanzas? «Así que era pobre, la señora Awapara…». «Su papá y sus hermanos tenían un puesto de ropa, muy modesto, en la feria de Huancayo, pero eso cambió luego del matrimonio, y ellos pusieron una tienda en la avenida Giráldez, seguramente con plata del esposo». «¿Y cómo murió don Recaredo?». «No me acuerdo bien, pero la gente dijo que fue por una venita que se le rompió de repente en la cabeza. Lo llevaron al hospital, y no podía hablar ni mover medio cuerpo, pero ya no hubo remedio y a los pocos días falleció. Por supuesto que hubo muchas murmuraciones». Era curioso, pero nunca habías oído hablar al respecto, y solo ahora te enterabas por boca de tu vieja tía. «¿Y ha tratado usted a la señora Zoraida?». «Estuvo aquí en casa, unas dos o tres veces con su marido, y me pareció una mujer muy atractiva, muy graciosa, pero también calculadora». «Tal vez, tía, pero, ¿sabía usted que es una de las personas que asiste a las reuniones del señor Caro, en que mi vecino predica la pureza, la alegría?». «No me digas…», contestó la anciana, de veras sorprendida, y añadió con filosófica expresión: «¡Hay en esta vida…!». Hubo una larga pausa, que fue interrumpida porque entró Petrona a avisar que había llegado de visita y estaba en el vestíbulo, la señora María Teresa Ayarbe. «Oh, dile que pase», dijo tu tía, poniendo a un lado su labor. Te pusiste de pie y te despediste. Afuera te cruzaste con la visitante, que te dirigió una distraída mirada. Si hubiera sabido que tenías en trabajo un cuento en que ella era la protagonista…

2 de marzo

¿Será verdad, Dios mío? Pues dice que cuando se desató la epidemia de tifus en Chocón, hace unos años, y eran muchos los enfermos, sus parientes los traían al hospital de Jauja cuando estaban ya muy mal, de manera que en realidad solo venían a morir. Y no solo eso, sino que los abandonaban, y así los muertos se amontonaban en el mortuorio y Morales no sabía qué hacer. Y fue Mitrídates quien resolvió el problema. Y lo que hizo fue coserlos uno por uno entre dos costales, y llevarlos también uno por uno, muy de mañana, al cementerio. Y como el panteonero protestó y no quería enterrarlos, los dejaba ahí, en la puerta del camposanto. Cosa terrible, realmente. ¿Será una exageración de Faustino Rosales, que le contó la historia a mi madre? Ella, toda espantada, preguntó: «Pero ese Mitrídates, ¿no tenía ningún respeto por los difuntos ni temor de contagiarse?». Y Abelardo, cuando supo la historia, dijo: «Yo diría que los respeta, pero no los teme. Y en cuanto al contagio, de seguro le pasa algo semejante a lo que le sucedía a un rey de la Antigüedad, que también se llamaba Mitrídates, que podía resistir los más poderosos venenos. Es decir, que mi amigo se siente a salvo de todo contagio». Y mi madre, al escuchar eso, se persignó.

Por la noche

Abelardo habló con Mitrídates, quien se apareció por el club. Le preguntó por esa peste, y si era verdad lo que había escuchado. Dice que Mitrídates se rio y dijo: «Eran muchos los pobres, y el trabajo muy grande». Y Abelardo insistió, y él solo dijo: «Sí, tuve que llevarlos así, muy temprano». Y se volvió a reír con esa risa ferina que tiene, y no dijo más.

Estás ahí, anciano, y con callada atención revisas la partitura del himno «Ah, luz resplandeciente…». Sin duda tú también lo encontrabas admirable. A la luz de las velas, ante el órgano de Zaragoza, en la Iglesia Matriz de Santa Fe de Hatun Xauxa, en una noche antiquísima. Baltazar José Manrique, natural del pueblo de Santa María, en el camino a los nevados de Lasuntay, y donado por años en el Convento de Santa Rosa de Ocopa. Estás ahí, en la augusta paz de tu silencio. Dices de pronto, en voz alta: «Es una obra tan hermosa», y a pesar de que se trata de una copia de difícil lectura, recorres uno a uno los compases, señalándolos con un dedo e inclinando la cabeza. Se refleja la luz de las dos velas en los vidrios de tus anteojos, y en los botones de los registros. Solo, sin nadie que atienda a los fuelles, ni nadie que te ayude con las páginas. ¿Y Antonio Monteverde? ¿Te acuerdas de él, y de las sesiones de música en Ocopa? «Escucha, Baltazar», te decía, «cómo se resuelven estos arpegios en un acorde triunfal». Y tú no comprendías muy bien, pero te esforzabas en seguir la explicación del franciscano. No eras sino un modesto servidor, pero los frailes veían en ti un futuro y valioso auxiliar para la afirmación de la fe, pues estaba visto que no irías a quedarte para siempre en el convento, en esa condición intermedia entre la del doméstico y la del mayordomo, sino que aprenderías a tocar mejor el armonio y a acompañar en los oficios, y partirías a instalarte después en un pueblo del valle. Mas no fue así, sino que te estableciste en Jauja, en la vieja casa que con el correr del tiempo le compraste al cura Maraví. La casa familiar, abuelo, en que ahora vivimos. «¿No es hermoso?», decía el corista que era por entonces Monteverde, con las mismas palabras que has usado hace un momento, y tocaba una vez más el pasaje en el teclado. Y tú escuchabas con los ojos cerrados y asentías, y no solo porque asentir era casi una obligación en tu caso, sino porque de veras lo encontrabas así. Esas tardes de música, luego de la hora de vísperas, cuando el chapetón se sentaba ante el órgano y te llamaba a su lado. Tocó también tu *Laudate* algunas veces, con fervor, con afecto. No podrías olvidar tampoco, qué va, los paseos que dabas con él por el claustro de los mirtos, a la hora del recreo de la tarde, y te hablaba de las más antiguas corrientes de la música, y de los grandes organistas, y de los más importantes maestros de Madrid, de El Escorial, de Toledo. Se acordaba también de su pueblo natal, en los confines de la meseta castellana, con su iglesia donde un cuadro de Cristo en el Monte de los Olivos, de un seguidor quizá de El Greco, tuvo que ver con su decisión de profesar en una orden religiosa. Y te preguntaba, con afectuoso interés, mas quizá también con aire distraído, por la música de la tierra en que naciste. Fue así, Baltazar, y es por ello, sin duda, que se suceden en tus labios, en ese

murmullo al que por momentos te abandonas, palabras como «salmista», «bordones», «tesitura», «magníficat», y nombres como los de «San Ildefonso», «Corelli», «Gómez de Figueroa…» Y otra vez pones tu atención en la partitura que examinas, y te detienes en el compás quinto, y repites en voz baja: «Ah, luz mágica, extiende tu centelleo», y después: «*kaynimi tukuy kausarimunki*», y te quedas como ausente. Pero di, ¿te acuerdas también de la gran misa que mandó oficiar José María de los Heros, a principios del siglo, en memoria de Josefa Roldán, su difunta mujer? Mandó venir a un grupo de cuerdas de Lima y a un tenor. Es decir, unos músicos italianos que estaban allá por un tiempo, y que vinieron y se alojaron en el antiguo Hotel de los Ingleses, y que tocaron durante el sacrificio unas páginas de Pergolesi y dos piezas de César Franck, además de una parte del *Réquiem* de Mozart. Una misa solemnísima, a la que solo acudieron, sin embargo, el oficiante y sus dos hijas, y Antenor, porque así lo quiso el viudo. Esa mañana de un junio remoto, en que Monteverde se encargó del órgano, enviado por el superior del convento de Ocopa. ¿Dónde, en qué lugar de la iglesia, seguiste entonces el santo sacrificio? ¿Allí al costado del altar de la Virgen del Rosario? La luz de la mañana descendía, clarísima, por las ventanas del crucero. José María de los Heros seguía el rito de pie, vestido de negro, sin arrodillarse en ningún momento, y a su lado sus dos hijas, vestidas ambas de blanco. ¿Y recuerdas esa otra gran misa, no ya fúnebre sino jubilosa, con ocasión del matrimonio de Antonieta Ibarra, hija de un antiguo amigo de don José María? Ocasión en que Euristela de los Heros asistió con un traje espléndido y llevó diadema de brillantes, y una sortija de una piedra obscura, de tal modo que ella parecía ser la desposada. Ismena, por su parte, lucía un vestido verde, oceánico, que se concertaba con el color de sus ojos y le sentaba muy bien. Ingresaron ambas poco antes de la novia, con su padre y Antenor, y fueron a sentarse a un costado del altar que años antes había mandado refaccionar don José María. ¿No las miraste entonces, a pesar del sitio en que te hallabas y de la ceremonia, con deslumbrada admiración? ¿Y supiste, en fin, de la gran serenata que el mismo de los Heros dio cierta vez a una hermosa mujer, Marina Túpac Roca? Vivía ella en una casita del jirón Ayacucho, de balcón con celosías y puertas de color verde, y tenía allí una sala pequeña pero elegante, con muebles traídos de la capital pero fabricados en Europa. Sillas de Viena, canapé, cuadros, biombo chino. Esa mujer de mirada refulgente, que montaba tan bien a caballo, y que sería tan ávida en el amor como impetuosa en la vida diaria. Marina, la de los temibles ataques de epilepsia. ¿Supiste de ella, Baltazar? ¿No te cruzaste con ella en las calles de Jauja? ¿No sentiste el relámpago de esos ojos de belleza diabólica, tú, fidelísimo marido de Marta González, tu esposa? No, no quieres rememorar esos tiempos, Baltazar Manrique, y pones a un lado el himno, y te abstraes. Comienzas después a tocar tu *Laudate eum in sono tubae: laudate eum in salterio, et cithara*. *Laudate eum in tympano et choro: laudate eum in chordis, et organo*. Obra hermosa, en su dulzura, en su serrana tristeza, sin dejar de ajustarse a los moldes canónicos, y sin embargo, como todos reconocen, también

alborozada acción de gracias, gloria. Estás ahí, anciano, y tu música no tiene fin, como la noche…

3 de marzo

Hoy por la tarde se me ocurrió ir al patio interior y aguaitar la casa de Fox Caro. Ya está lista la nueva pared, con su flamantes tejas, y me serví de la escalera de mano que ha dejado el albañil. Subí pues y avisté con cautela, y oh, coincidencia: el carpintero también estaba en su torrecilla, pero no como yo, fisgoneando, sino mirando hacia el este. De pie, con los brazos cruzados, contemplaba el panorama. ¿A esa hora? ¿Cómo es que no estaba en su taller? ¿Por qué tan absorto? Me dio vergüenza, pero no pude dejar de aguaitarlo así, por un buen rato.

Por la tarde

He avanzado en cierto y maligno proyecto, no contra Wharton, sino contra Palomeque. Y no tanto por la muy mala cara que me puso en la inesperada visita que le hicimos con Laurita, sino por todo lo que despotrica contra indios, cholos y tísicos. Y por esos ridículos afanes en que anda.

«Leonor dice que la esperes a las dos en la estación», dijo Mirta. «¿Está en Jauja?». «Sí, y no dejes de ir». Y sin más se alejó. Te quedaste de una pieza, pues tanto el encuentro como el recado te tomaron de sorpresa, y tanto que por poco renunciaste a la clase de piano a la que te dirigías. Tu desempeño ante la señora Chávarri fue por eso menos que mediocre. «¿Qué te pasa? ¿No has estudiado?», te preguntó. Y tuviste que hacer un gran esfuerzo para poner toda tu atención en el ejercicio que tenías a la vista. Terminaste la lección y te despediste apurado, lo cual no te valió de mucho, porque en el zaguán te encontraste con Carlitos Baylón, algo achispado y que te echó un largo discurso en loor y alabanza de Donizetti. Libre al fin volviste a casa y te ingeniaste para almorzar aprisa y enrumbar a la estación. A la hora en punto apareció Leonor, vestida con un conjunto de chompa y falda verdes que no conocías, una vincha en el peinado y unos zapatos nuevos. Te acercaste y le diste un beso en la mejilla. Ella te miró de esa manera vagamente burlona, y, sin embargo, afectuosa, que le habías visto otras veces. «¿Estás bien?», te preguntó. Y tú dijiste que sí y comenzaste con las preguntas: «¿Cuándo llegaste?». «Hace cuatro días». «Y ¿te quedas en Yauli o volverás a Morococha?». «Vine con mi mamá y mi hermanito, para matricularnos, y después regresaremos otra vez a la mina…». «¿Por qué?». «Eso no depende de mí». «Pero, ¿siempre es así, con ese ir y venir?». «Así fue también el año pasado». A su vez quiso saber: «Y, ¿ya te has matriculado en el colegio?». «No, pero lo haré uno de estos días. ¿Y tú?». «Ya lo hicimos esta mañana, y a propósito, ¿saliste invicto en diciembre?». «Sí», mentiste, porque en la vida le ibas a decir que te habían jalado en religión. Había crecido y su cara tenía un tinte casi dorado por los hielos de la cordillera, y así sus ojos se

veían más oscuros. Te había citado en la estación porque tenía que recoger una encomienda que les enviaba un tío de Lima, y porque a esa hora la sala de espera estaba desierta y podrían charlar con tranquilidad. Le ayudaste con el paquete, una vez que le fue entregado, y que por suerte no era pesado. Tomaron asiento después, y otra vez la miraste. Estaba casi tal alta como tú, y a ese paso sería una muchacha espigada y fina, y por eso de un tipo no frecuente en la región. Cómo te gustaban la línea andina de su rostro y los ojos negros, levemente rasgados. No era muy guapa, pero te gustaba mucho. Intentaste besar sus labios, pero ella se esquivó y dijo: «No, no». «Sabes que yo te quiero». «Pero no aquí, ni en este momento…». Y tocó en cambio tus mejillas, como en la ocasión anterior, con una mezcla de delicadeza y ternura. No insististe, desconcertado. Luego de un momento, y sin que supieras por qué, ella volvió al tema de Morococha: «Yo no quisiera volver allá, porque ese sitio no me gusta». «¿Y la gente?». «No, tampoco la gente». Y, sin embargo, no se la veía deprimida. «Y tu papá, ¿qué hace?». «Trabaja con los winches, a veces de día, a veces de noche, en la mina Matilde». «¿Y tú?». «Ayudo a mi mamá. Mi hermano Pablo también ha entrado a trabajar, como tareador». «¿Y quién está entonces en la casa de Yauli?». «Mis abuelos». «¿Ya no viven en Ricrán?». «No, ahora están en Yauli, pero después se volverán arriba». «Así que todo es muy gris y frío…». «Ajá». Tú te acordabas de Ticlio, no lejos del centro minero, y conservabas también una vaga imagen de Morococha, pues alguna vez fuiste con tu mamá a Lima por carretera, y pasaron por ahí. Unos cerros pelados, tristes. «Mi papá trabajó en Huarón y después en Cerro de Pasco», dijiste. «Era maestro, ¿no?». «Sí». «En tu casa todos son maestros…». «No, mi mamá es costurera». «¿Y tu hermano?». «Trabaja en la Biblioteca Municipal, ¿no te acuerdas?». Leonor reflexionó por un momento. «A veces pienso que yo también podría entrar en el magisterio…». «¿Sí?». «Pero hay otra cosa que me gusta mucho». «¿Qué?». «Me gusta tejer, pero no con palitos ni esas cosas, sino en un telar. Tengo una tía, hermana de mi mamá, que se casó con un señor de Carhuamayo. Fuimos a visitarla una vez y vi su telar y sus mantas, tan hermosas». «¿Cuándo fue?». «En las vacaciones del año pasado». Y prosiguió: «Eso es lo que me gustaría: combinar hilos, dibujos, adornos y hacer cosas lindas». ¿No había en ella algo de común con Laurita? ¿No eran los tejidos, aun en el limitado repertorio tradicional, una forma de arte? Admirado, dijiste: «Si te agrada, me parece bien». «Pero si me dedico a eso», continuó ella, «ya no necesito estudiar secundaria, y me iría a vivir y trabajar con mi tía Lorenza». «No, eso no», replicaste alarmado, «porque te convertirías en su ayudante, en un artesano como otros, que repiten siempre los mismos trabajos». «¿Y entonces…?». «Debes estudiar la media, y después ya verás, porque eres aún muy joven». «Y tú, ¿ya te has decidido?». «No, pero volviendo a ti, es muy temprano para que lo hagas y abandones los estudios y te vayas a encerrar en un taller». «Era solo una idea». Leonor Soledad Uscovilca, tejedora de mantas tan hermosas como las que viste una vez, traídas por comuneros de Laraos, o como las que admiró Laurita ese domingo por la mañana, no hacía mucho. ¿Por qué no, si era eso lo que le gustaba? «En fin, ya veremos», dijo ella, y cambió de tema: «Así que conoces Lima…». En el muro, sobre

la ventanilla, un letrero indicaba: «Jauja–Lima, 301 km». «Fui cuando tenía seis años, un verano, y después por unos días, hace ya tiempo». «¿Y cómo es?». «Fuimos a la casa de mi tía Eloísa, en Barranco, en un sitio que está cerca del mar. Por las noches se oía retumbar las olas». «¿Y qué más?». «Bajaba con Abelardo a la playa y no me cansaba de mirar». «Al menos tú has ido, pero yo no». «Ya lo harás, más adelante». «¿Tú crees?». Y por un momento cruzó por tu mente la idea de que no fuese así, y de que a pesar de tu amor y de sus cualidades, ella acabase casándose y se llenara de hijos, como una campesina cualquiera. No, tú harías todo lo que fue se necesario para que no sucediera tal cosa. Se te ocurrió preguntar, de pronto: «Tú me quieres, ¿no?». «Un poquito, sí, y por eso estoy aquí». «¿Y entonces…?». «Pero no sé, no estoy segura». «¿Por qué?». «Eres jaujino, tienes una casa que será vieja pero es también grande y bonita, y seguramente vas a ir a la universidad. ¿Por qué te has fijado entonces en mí, que soy del campo?». «Porque eres guapa y delicada, y porque has nacido en esas alturas, y porque vives en un sitio como Yauli y te gustan las cosas que te gustan. Por eso, y porque eres como eres, amor». Asombrada, dijo: «¿De veras piensas eso?». «Y te he dicho además que eres como esa flor del rocío». Te miró, con una chispa de burla en los ojos: «¿Y tú, entonces, eres el amaru?». «No, por supuesto que no, y antes bien yo te defenderé», contestaste, no muy halagado. «Y ¿dónde has aprendido a hablar así? ¿Eres acaso poeta?». ¿Qué le podías decir? Te explicaste: «No, no soy, y si digo lo que digo, es porque lo siento». «¿Sí?». «Así es, y en esto nada tiene que ver mi familia, o el hecho de que haya nacido aquí, y que tengamos una casa en Jauja. Estoy seguro incluso de que tu papá gana más como minero, que mi mamá y mi hermano juntos». «Pero yo soy de un pueblo, y a lo mejor me ves como una cholita más». «Yo también lo soy, aunque de otra manera, y además es por eso también que te quiero». Ella reflexionó un momento y dijo: «Creo que me ves con ojos muy… muy…». «¿Románticos?». «Sí, románticos, como en los boleros». ¿Los boleros? Idealizabas a Leonor, es cierto, como idealizabas en otra forma a Elena Oyanguren y a las tías de los Heros, y, sin embargo, aun idealizándola, la amabas por lo que en verdad era. No venía pues el caso esa referencia. Tomaste su mano y ella dejó que lo hicieras, y aproximaste entonces tus labios a los suyos, y esta vez consintió en que la besaras, pero solo por unos instantes. «Sé que te voy a querer mucho», dijo, «pero no me beses en lugares como este». «Lo prometo», dijiste. ¿Sería que no confiaba? ¿Veía en ti al joven de ciudad que quería tener una pequeña aventura con una chica campesina? «Bueno, debo irme», dijo de pronto. «¿Te vas a Yauli?». «No, voy a ir al colegio, porque allí me espera mi tío». «Vamos, entonces». Y fuiste con ella por la avenida Ricardo Palma, tan feliz que no te importó que tus amigos acabasen por enterarse de tu más preciado secreto, e incluso deseabas que todos supieran, todos, que esa chica, Leonor Uscovilca, era tu enamorada. Mas no se cruzó con ustedes ninguno de tus socios. Sí, en cambio, Cartucho el Rata, que te lanzó un «hola» venenoso, y miró a la joven de pies a cabeza. Leonor no le prestó atención. Tomaron ustedes por el jirón Ayacucho, y al llegar a la Plaza de Armas ella dijo: «Discúlpame, pero no quisiera que nos vieran mis compañeras, porque me van a

hacer muchas bromas». «Pero…». «Es mejor despedirnos». «Si así lo quieres». «Te voy a escribir otra vez, para que no digas que te debo una carta». «¿De veras?». «Pero tú no la enseñarás a nadie, y me contestarás». «Claro que sí, pero, ¿adónde te voy a escribir?». «Dale tu carta a Mirta, como la vez pasada». «Ya, pero, ¿cuándo vas a regresar?». «Ya no falta nada para que comiencen las clases, así que ten paciencia…». «La Semana Santa cae en los primeros días de abril». «Ya lo sé». Y se despidió: «Chau, poeta». «Chau, amor». Y otra vez te besó en una mejilla y se alejó. Y así terminó la entrevista, y desconcertado no supiste qué hacer, y diste unas vueltas por la plaza.

Ya tenías lista la nueva trampa que le habías armado, con proterva paciencia, a Palomeque. Unos versos en latín, de un autor difícil de la Roma antigua, para solicitarle que los tradujera. Antes de lo cual, eso sí, te habías procurado su versión española, para estar en conocimiento de qué se trataba, aunque luego fingieses aceptar con mucha humildad lo que él dijera. Bueno, en el supuesto caso de que consintiera, porque quizá recelaría una superchería como la del heliotropo. Pero aceptaría, pues eran muy grandes su vanidad y su apego a esa imagen de latinista, aun a riesgo de no entender ni jota. Y el autor elegido, en el segundo volumen de tus *Autores selectos de la antigüedad*, era nada menos que Lucrecio, el «sombrío poeta y filósofo», como se decía en la introducción, que escribió *De rerum natura*. Y el pasaje elegido, entre los que ofrecía aquel volumen, fue uno del libro IV, con una apasionada denuncia del amor, que por lo demás leíste con interés. Ubicaste luego en la biblioteca, en un *Manual de latinidad, con numerosos ejemplos para uso de los seminarios*, la versión original en latín, cuyos doce versos copiaste con mucho cuidado, luego de su cotejo. Y así, en posesión de ambas versiones, y después de encomendarte a los dioses, en poca o ninguna armonía con el severo ateísmo de Lucrecio, te presentaste en la peluquería. Palomeque tenía en su sillón a un niño de unos ocho años, cuya madre vigilaba muy atenta la labor que realizaba con su tesoro. Saludaste con cortesía, sin obtener otra respuesta que una fría venia del artesano, y un distraído «buenas tardes» de la señora. Tomaste asiento y aguardaste con aire circunspecto. El toro negro de la pared no te prestó, como siempre, ninguna atención. La vitrina de las enjalmas estaba desierta. ¿Se habría vendido la moña en forma de ave? El *Arte explicado* se encontraba en su sitio, con sus cintas rojas, que le daban la apariencia de un gran libro de misa, y en su sitio, también esa intrigante inscripción latina: *Boni pastoris est tondere pecus, non deglubere.* Evitaste en todo momento encontrarte con los ojos de tu víctima. Acabó él con su tarea, no sin antes proceder de mala gana a unos retoques, exigidos con insistencia por la progenitora. Pagó esta la cuenta y salió del establecimiento con su retoño. Palomino te miró con ojos hostiles. «¿A qué ha venido usted? ¿A repelarse?», preguntó. «No, ahora no, señor». «¿A qué entonces?». «A pedirle un favor, y es que vea esta cita en latín…». El peluquero te observó con mayor desconfianza. «¿Y por qué yo?». «Porque usted es el único que sabe esta lengua en Jauja, ya que los padres de la iglesia, como usted mismo dijo, apenas si mastican un latín de misa». «¿Eso dije?». «Sí, la vez pasada». Palomeque meneó la cabeza,

desconcertado, pues nunca había dicho tal cosa, pero se sintió halagado y bajó la guardia. No respondió sin embargo a tu pedido, y se dedicó por un momento a arreglar los mandiles, a poner en su sitio navajas y tijeras, y a voltear el cojín donde había posado el niño su trasero. Tomó asiento, luego, y te pidió la hoja donde habías transcrito el texto. No lo leyó de inmediato, y más bien quiso saber: «¿Se trata entonces de una consulta?». Desconcertado, balbuceaste: «Eso creo». «Es una consulta», sentenció, «y por tanto tendrá usted que pagar». No supiste qué decir, pues eso no había entrado en tus cálculos. Fue él quien rompió el silencio: «Tendrá usted que pagar, pero como soy considerado no le cobraré más que el precio de un corte de pelo». Y añadió: «Y que conste, joven, que no lo hago por una consideración fenicia, sino por una elevada cuestión de principio. ¿Entiende usted eso?». «Sí, señor», respondiste, y hurgaste en tus bolsillos, y comprobaste que tenías por suerte la cantidad necesaria, aunque no era plata tuya sino un vuelto que debías a tu señora madre. «Está bien», dijiste, a tiempo que le alcanzabas los dos soles que costaban sus servicios. Él se embolsilló el dinero, se acomodó las antiparras, aclaró la voz y dio comienzo a la lectura. Atento, muy atento, seguías su reacción en su semblante. Mas Palomeque supo disimular su confusión y prosiguió hasta el último verso. Alzó luego la mirada y preguntó: «¿Y de dónde ha sacado usted la cita?». «De una novela», mentiste. «¿Qué novela?». «Una novela de un autor español». «¿Cómo se llama?». «Un señor José Polo». «¿Así se llama?». «Sí», mentiste. «¿Y dónde está el libro?». «En mi casa». «¿Y por qué no lo ha traído?». «Porque es de mi hermano, y él no quiere que le saque sus libros a la calle». «Así que usted lee a escondidas, sin duda porque se trata de una novela indecente…». «No, señor, y además mi hermano no tiene novelas indecentes». «¿Y no hay en ese libro una traducción?». «No, no hay». Palomeque se acarició la barbilla, se sacó los anteojos y miró pensativo hacia la calle. No parecía haberse tranquilizado, y se habría dicho, incluso, que su recelo había aumentado. Volvió a las preguntas: «¿Y para qué quiere usted la traducción?». «Para comprender mejor la novela». «¿Una novela con un poema en latín?». «Sí, señor». «¿Cómo dice que se llama el autor?». «José Polo». «Ah, él», dijo el peluquero, como si el tal Polo hubiera existido y el nombre le fuera conocido. Por suerte no siguió con el interrogatorio y volvió a colocarse las gafas. Recorrió de nuevo el pasaje, palabra por palabra, con una aplicación que te hizo recordar a Juan Timoteo Candela leyendo el mensaje de doña Gregoria Porras. Se levantó, luego, dio unos pasos y fue a echar una mirada a su *Arte explicado*. Dijo luego, con frialdad: «Aquí no se habla de ningún heliotropo». «¿Cómo dice?», preguntaste, perplejo. «Ni de cuchillos ni rapaces», insistió. Era indudable que seguía vinculándote con esa tomadura de pelo, aunque sin mucha convicción, porque no tenía pruebas concluyentes. Además, ya habías pagado la consulta. Guardaste silencio. «No, no se habla de eso», dijo, y releyó la copia y recurrió otra vez al *Arte explicado*. Y como ello no fuera suficiente, abrió un cajón de su mesatocador y sacó un libro grueso, forrado con papel lustre azul, como los cuadernos escolares de tu infancia. La forma en que recorría sus páginas te reveló que se trataba de un diccionario. Anotó en un papelito los términos que le eran

desconocidos, y otra vez leyó, punto por punto, el pasaje de marras. Dijo en fin, volviéndose a sentar y sin mirarte: «Se trata de pensamientos muy hondos y de una moral muy elevada». Y como no hicieras ningún comentario, te miró por encima de las antiparras y se explicó: «Es un elogio del amor, en todas sus formas, y muy en especial del amor morigerado por la razón y la virtud. Una alabanza del amor de los padres y de los hijos, de los esposos, de los hermanos, hombres y mujeres todos». Te mantuviste en silencio, pues bien sabías que se trataba exactamente de lo contrario. Así pues, y como habías sospechado, Palomeque no pasaba de un latín muy rudimentario, pero no admitiría ni podía admitir que no comprendía el texto, de modo que no había encontrado otro recurso que darte una versión cualquiera, a partir de las pocas frases que había logrado descifrar. «¿No podría escribir usted eso a la vuelta de esa hoja?», le pediste. Palomeque te volvió a mirar con ojos de pez desconfiado, y dijo: «Escriba usted, que yo le dictaré, joven». Y te levantabas para tomar el papel, pero cambió de parecer y dijo: «No, mejor lo haré yo mismo, porque sabe Dios qué cosa escribiría usted, deformando la recta traducción de este dificilísimo pasaje». Y procedió a poner por escrito, con muchas detenciones y sopesando cada coma, su versión en español. Y estaba en plena tarea cuando entró un ciudadano, que resultó ser un tal Feliciano Pérez, tío de Julepe y fabricante de jarabes y dulces, y que seguramente por eso esparció por la tienda un olor a compota. Le acompañaba una señora joven y vistosa que, como supiste luego, era su hermana. «Ya ve, don Cristóforo», dijo el recién llegado, a tiempo que colgaba su saco en el perchero, «que soy fiel parroquiano suyo». Palomeque suspendió lo que estaba haciendo, sin acordarse de que la «traducción» era también un trabajo remunerado, y respondió: «Así debe ser, don Feliciano». Y saludó a la dama, muy obsequioso, y le ofreció una silla. Ibas a recordarle que no había terminado contigo, pero lo pensaste mejor y resolviste esperar. Palomino hizo sentar a su cliente, instalándolo en el sillón y poniéndole un mandil por delante y otro por detrás. Y a continuación, tijeras y peine en mano, consideró con atención la cabellera que se ofrecía a su oficio. Otra vez tuviste la sensación de una inminente danza en torno a la víctima. Pero no bailó, Palomeque, sino que atento a la joven mujer que lo miraba, se volvió hacia ella y mostrando el objeto de su trabajo, dijo: «Vea usted esta testa, señorita, toda inculta y en espera de una mano diestra». Al cliente, sin embargo, no le gustó el introito, porque se tornó y preguntó: «¿De qué testa habla usted, don Nicéforo?». «Nicéforo no, sino Cristóforo». «Bueno, Cristóforo…». «Hablo en metafórico lenguaje, caballero, y le pido aquilatarlo como sin duda lo aquilata la dama aquí presente». Pérez aclaró, con sequedad: «Esta dama es mi hermana, y es casada». «Ji, Ji», se rio la aludida, algo incómoda. Palomeque no dijo nada y acometió el repelaje con semblante adusto, y por un buen espacio solo se escuchó el ruido de las tijeras. Se te ocurrió una idea, y en nuevo gesto de osadía dijiste: «¿Señor…?». «¿Qué cosa?». «¿Podría mirar mientras tanto ese libro?», e indicaste el volumen de las cintas rojas. El peluquero iba a negarse, pero consideró sin duda que eso le iba a parecer mal a su cliente y a su vistosa hermana, así que dijo: «Mira, pero solo la portada».

Perplejo por su respuesta, murmuraste un «gracias», y antes de que su propietario se arrepintiera, echaste una rápida ojeada al libraco. Viste así que se trataba de *El arte explicado y gramático perfecto*, escrito por un tal Marcos Márquez de Medina, catedrático de latinidad en el Convento de San Benito de Madrid, e impreso en el año de 1780. ¿Dónde lo habría conseguido su dueño? Y comenzabas a hojear el contenido, pero Palomeque te lanzó una furtiva pero tan feroz mirada, que desististe de tu propósito, y devolviste la obra a su lugar. Al cabo de un rato, y a pesar del tropiezo inicial, don Feliciano quiso trabar conversación y dijo: «¿Y cómo le va con las enjalmas, don Cristóforo?». «Bien, caballero». «El otro día pasé por aquí», dijo la hermana, «y vi una muy bonita». «Sí, una muy inspirada y en figura de ave, que dejará larga memoria…». «¿Y ya la vendió?», preguntó la dama. «Todavía no, sino que la guardamos porque con el sol de las tardes se decolora». El hombre de los jarabes dijo: «¿Así que un ave?». «Si usted quiere, podrá verla adentro cuando acabemos con su cabeza». «Dirá usted con mi pelo…». «Eso quise decir». «Ji, ji», se rio, despacito y nerviosa, la señora. Tú guardabas un monolítico silencio. Tintineaban los metales y Palomeque giraba, con ceremonial parsimonia, en torno a Pérez. En lo alto miraba la escena, impertérrito, el monstruo de Cnossos, la de las cien puertas. Pérez insistió: «Usted y su papá han hecho moñas y enjalmas desde hace mucho tiempo, ¿no?». «Así es, caballero, y lo saben todos». «Será por su afición a los toros». «¿Quiere usted decir al arte de la tauromaquia?». «Sí, señor». Palomeque se detuvo por un instante, y precisó: «Un arte superior, en verdad. ¡Un arte para los espíritus selectos, y no de chusma y de indiada!». Sorprendido, Feliciano buscó tu mirada en el espejo. El artesano reanudó su labor, no sin hacer tintinear con furia las hojas de su instrumento. «Pero no podemos negar», insistió con imprudencia el cliente, «que hay afición, auténtica afición, aquí en Jauja». «¿Usted cree?». «Sí, señor». «Yo no». Sorprendido, el de las mermeladas intercambió una mirada con su hermana. Dijo luego: «No se puede negar, sin embargo, que han venido a esta tierra algunos matadores de renombre». «¿Matadores?». «Así es». «A ver, mencione uno. Diga un Belmonte, un Joselito, un Manolete». «Oiga, no exagere», protestó Pérez, «que la plaza no es para tanto; pero sí han venido, como digo, matadores nacionales de importancia…». «¡No, sino capeadores, y los más de mala muerte!», sentenció Palomeque. Y como si su afirmación le hubiese recordado algo, se sobreparó y te miró con expresión siniestra. Continuó luego, con deliberada lentitud: «Y hablando de mala muerte, hubo uno que murió como se merecía, empitonado por un toro chusco en una mala tarde, hace muchos años». «¿A quién se refiere?», preguntó Feliciano. «A un tal Miramontes, Calixto Miramontes, que murió debiéndole una suma a mi señor padre por la enjalma que había encargado, y que lucía el toro que le dio muerte». Y como el cliente y su señora hermana se miraron, otra vez sorprendidos, Palomeque insistió: «Un tal Miramontes, a quien sin duda usted conoció…». «No sé quién fue», respondió Pérez, y así sería, pues no pasaba de los cuarenta años. Aun más asombrada, su hermana intervino: «Pero, ¿se llamaba realmente así?». «Ese era su nombre». «Nunca supe», dijo Pérez, «de alguien con ese apellido, y de seguro no sería jaujino». «Qué iba a

ser», respondió el peluquero, y se volvió hacia ti y preguntó: «¿Tampoco usted conoce ese apellido, jovenzuelo?». «No, don Cristóforo». La señora no se pudo contener y dijo: «Pero, ¿por qué le pregunta a este joven? ¿No ve que solo tiene unos dieciséis o diecisiete años?». «Yo sé por qué le pregunto, y creo que él también», contestó Palomeque. «Yo no sé nada», dijiste. El peluquero carraspeó y retornó a su tarea. Desde donde te hallabas podías ver muy bien la cara de Feliciano Pérez, y notar que comenzaba a fastidiarse, pero hizo un esfuerzo y trató de ser amable: «Así que Miramontes… ¡qué tal apellido, y además Calixto!». «El apellido es hermoso y de prosapia», comentó Palomeque, por puro afán de dar la contra. «¿Ah sí?». «Pero eso de Calixto es cosa de muy mal gusto, aun en esta tierra de dudosos gustos». Amoscado ya el cliente dijo: «Y qué, ¿usted no es jaujino?». «Claro que sí, y de los viejos, y no como esos indios que vienen de los pueblos, compran una casa en la ciudad y pretenden ser ya unos caballeros». ¿Aludió con esas palabras a la familia de Pérez? ¿Fue un golpe bajo en respuesta a otro golpe bajo? La cosa es que Feliciano volteó la cara y dijo, colérico: «Oiga, usted se cree muy blanco, y por eso cholea a todo el mundo, ¿no?». «Yo no soy indio ni cholo, y menos tísico, y eso es suficiente», respondió el peluquero, interrumpiendo su labor. «En el Perú», señaló la señora, también ya un poco enojada, «todos somos cholos, si no indios o negros o zambos». «Yo no», repitió Palomeque, desdeñoso, y no contento con eso soltó un latinajo, que más o menos decía: *Molestum est sapientem apud stultos loqui*, que dejó pasmado al cliente, y pasmados a ti y a su hermana. Repitió Palomeque la frase, y Pérez consideró que se trataba de un insulto, ya fuese en latín o en japonés, así que echó a un lado los mandiles, se puso de pie y lanzó un tremendo «¡Váyase a la mierda, viejo loco!». Y sin preocuparse por el estado en que se hallaban sus cabellos fue y tomó su saco, y le dijo a su hermana: «¡Vámonos!». Y sin más salió del establecimiento seguido por la dama, y no sin que esta mirase de arriba a abajo, y con ojos furibundos, al dueño del establecimiento. Pálido, tembloroso, Palomeque los siguió con la vista y gritó: «¡Cholo inculto!». Pero ya Feliciano Pérez y su hermana se alejaban y no contestaron. ¿Qué podías hacer sino mantenerte mudo, como si no hubieras visto ni escuchado nada? El peluquero se puso a dar vueltas por la tienda con las tijeras en alto. Duró por unos minutos ese paseo, sin que en ningún momento te dedicara una mirada. ¿Te había olvidado? Se acercó luego al lavabo, se enjuagó las manos y se miró en el espejo, no sin alarma, por lo congestionada que tenía la cara. Se volvió en fin hacia ti y te dirigió una mirada aun más cargada de odio. Tú te ibas a levantar y darte a la fuga, abandonando tu pasaje de Lucrecio y tu plata, cuando viste que se atenuaba esa expresión, como si los pensamientos llevasen muy lejos a Cristóforo Palomino. Y así, ausente sabe Dios en qué, su rostro adquirió una especie de dulzura atenta y maravillada, como la de un niño que encuentra su juguete preferido. Sí, Palomeque, el hosco, racista y detestable dueño de El Minotauro, y autor de las más hermosas y originales moñas y enjalmas que verías en toda tu vida. Se acercó luego a su mesa tocador, sin acordarse de ti, y murmurando algo que no pudiste entender buscó papel y lápiz, y sin más se puso a dibujar algo que era sin duda un esbozo, dando

de rato en rato unos gritos de satisfacción y entusiasmo. Le escuchaste decir, en forma entrecortada, palabras tales como «arácnido», «noche», «terciopelo». Se sentó, en fin, en la misma silla en que estaba cuando le entregaste la hoja con el pasaje de Lucrecio. Atónito, casi aterrado, no sabías qué hacer y seguías como clavado en el asiento. Por fin Palomeque recobró la noción del momento y se volteó hacia ti y dijo: «Ah, ya recuerdo». «¿Cómo dice usted?». «Me acuerdo que vino usted por esa traducción, que dejé interrumpida por causa de ese energúmeno». «Así es, don Cristóforo». «¡Un energúmeno!», insistió de un modo que te hizo temer que recayese en su anterior exaltación. Mas no fue así, por suerte, y soltó más bien otro latinajo, que te pareció haberle oído antes: *Qualis vir, talis oratio*. Y como vio que una vez más te quedabas en babia, añadió: «Eso es un dicho, mozalbete, que en castizo quiere decir: *Cada cual habla como quien es*. Y además, como dice un antiguo refrán español, que lema debiera ser en esta profesión: *Barba a barba, honra se cata*. Y en efecto, debiera yo dejarme llevar por la intuición y la experiencia, y no admitir en mi peluquería a cualquiera que se tome la libertad de entrar». Sosegado, en fin, buscó la dichosa hoja, y acomodándose en la silla volvió a leer lo que había escrito, y, de nuevo el texto latino. Y reanudó su trabajo, releyendo palabras y frases en voz baja, lápiz en mano. Tardó un buen rato, pero acabó en fin y te tendió su versión, diciendo: «Ya está lo que usted quería». Recibiste la hoja y leíste lo que había escrito, con letras muy grandes, como las de un niño. No había nada que hacer: Palomeque había entendido al revés, exactamente al revés, los versos de Lucrecio, y la amarga denuncia del amor que contenían se había convertido en un pedestre elogio de los más comunes sentimientos. Mas la confirmación de que sabía muy poco latín, y de que era además un tonto y vanidoso, no te dio, con gran sorpresa de tu parte, ninguna sensación de triunfo, y mucho menos risa. Antes bien te asaltó un sentimiento de culpa y de tristeza. Y no solo porque lo habías engañado, a sabiendas de que un pasaje como aquel, y nada menos que de Lucrecio, era más que excesivo para sus muy modestas posibilidades, sino también porque te habías aprovechado de su vanidad y de su afán de saber, meritorio a fin de cuentas, para hacerlo quedar en ridículo. Era un bellaco y un racista, pero no todo en él era negativo, y como prueba ahí estaba esa pasión suya por un arte modesto y fugaz, pero al fin y al cabo arte, como el de las enjalmas, y esa otra, loable también, de aprender y dominar por su cuenta una lengua muerta. «¿Y qué? ¿No está usted satisfecho, jovenzuelo?», preguntó, sacándote de tus pensamientos. «Sí, sí estoy…», respondiste, y te pusiste de pie y le diste las gracias. Mas el rostro de Palomeque exhibía otra vez esa hosquedad altanera y suspicaz que lo hacía tan desagradable, y que tantos clientes le costaba a pesar de la meticulosa eficiencia con que trabajaba. «Gracias y hasta otra vez», te despediste. «¿Ya me pagó usted?». «Antes de que usted comenzara, y la plata la puso ahí en un bolsillo de su chaleco». El peluquero buscó en ese sitio y admitió de mala gana: «Sí, aquí está». Y como si nuevamente se acordara del heliotropo y de Julepe, y de Calixto Miramontes, con quien por alguna razón te asociaba, te dirigió una mirada hostil y helada. Mas no por ello se desvaneció en ti aquella consideración positiva, y,

mientras ibas con dirección a la casa te dijiste que escribirías muy pronto una página en celebración de tan esforzado cultor del latín. Y más adelante otras, mucho más trabajadas, en homenaje al autor de las más extrañas y hermosas enjalmas de todo el Perú y de América.

6 de marzo

Volvía de la clase de piano y me crucé con Epifanio Orihuela. Siempre lo saludo, aunque él no se acuerde que fui su alumno en el catecismo hace un montón de años. Me mira distraído, y me contesta como debe contestarles a todos los que le escucharon hablar de la Santísima Trinidad, de la Virgen María y de San Irineo, que por lo visto es el santo de su devoción. Yo escuchaba muy quieto sus explicaciones, tratando de no mirar hacia el costado, pues estábamos junto al altar del Señor de la Agonía, que de veras me aterraba. ¿Cómo iba a saber yo que lo había mandado refaccionar un antiguo y lejano pariente nuestro? Bueno, al ver hoy a Epifanio me acordé de mi vago proyecto de conseguir permiso para tocar el melodio, y si fuese posible, el órgano grande. Cierto es que la cosa depende del cura Barrelier, pero como es tan malgeniado, de repente me manda a freír monos, por lo cual es mejor comenzar por el sacristán. Un día de estos me acercaré, pues, y se lo pediré. ¿Consultar con mi madre? No creo que convenga, pues dirá que para qué voy a incomodar a Orihuela y a los padres, que ya casi nadie se acuerda del abuelo, y que después de todo ella no frecuenta la iglesia y tía Marisa tiene fama de descreída. Y todavía menos conveniente sería pedirles su opinión a tía Marisa y Abelardo. En todo caso, si Epifanio se niega, no se habrá perdido todo, ya que aún me quedará la posibilidad de recurrir al párroco, aun a riesgo de que me tire con las vinajeras por la cabeza.

Barranco, 10 de marzo de 1947

Querido Claudio:

Tengo tan presentes los días que pasé en casa, tan alegres, tan luminosos. Fue muy lindo escucharte tocar en el piano, la cena en familia, pasear en la feria. Me divertí como nunca con mis amigas. Todos ustedes tan cariñosos, tan gentiles…

Lamento mucho tu enfermedad. Y no te sientas avergonzado, porque a cualquiera le puede pasar una cosa así, y mucho peor sería caer con sarampión o paperas ya de viejo. Me apena sí que te quedaras sin ese monte juvenil. Paciencia, hermanito, que ya te desquitarás el próximo año, y consuélate pensando en lo que mucho que leíste y reflexionaste ahí en la cama. Tía Marisa dice, además, que te quedaron unas chapas tan lindas que parecías la Virgen de la Chapetona.

Viajé con tía Eloísa a Churín, pero las cosas no salieron bien. Hacía calor pero caía una llovizna incesante, que hacía el tiempo más bochornoso. El pequeño hotel en que nos alojamos resultó muy incómodo, y para remate los baños no le hicieron el bien que ella esperaba. Por mi

parte no me sentía a gusto, con todos esos enfermos, algunos incluso tullidos. Fue un alivio regresar.

Me encanta el verano. Es una gran cosa estar tan cerca del mar y poder bajar a la playa en cualquier momento. Contemplar el océano tan azul, el oleaje tan blanco, ese aire neblinoso pero también con tanta luz. Me decidí a pintar unas marinas. Quizá vas a pensar que soy infiel a nuestros temas serranos, y no te faltará razón. Pero este mar es también mío, porque hemos estado aquí de niños, y vivo en Barranco y me gusta.

Me cuenta mamá que nuestras tías se encuentran muy delicadas, y que es muy desalentadora la opinión del médico Morales. No sé por qué tuve, cuando las visité, el presentimiento de que no volvería a verlas más. Si sucede lo peor, avísenme. Trataré de ir al entierro, y si no es posible viajaré después para la misa de honras, al mes del fallecimiento.

Volviendo a tus cuentos, pienso que prometen. Espero con impaciencia La dama del perrito, a propósito de la señora Ayarbe, tan patética como se la veía en la estación. Aunque eso sí, reitero mis objeciones a tu costumbre de meter a amigos y conocidos en tus historias.

¿Y tu platónico amor por Elena Oyanguren? ¿Escribirás algo en su homenaje?

Te abraza tu hermana,

Laura

Regresaba a casa, después de un solitario paseo al río Yacus, cuando de pronto tuve la visión de Elena Oyanguren en su habitación del sanatorio, de pie ante su espejo, en una luz tan clara y fresca como la de esta mañana. De pie allí, desnuda, contemplaba su rostro, sus hombros, sus pechos, y todo ese cuerpo luminoso y bello a pesar de las pequeñísimas manchas en sus pulmones. Y miraba también sus ojos, allí en el vidrio, de un marrón casi dorado, y tan hermosos seguramente como los de Elena de Troya. Y en cierto momento volvió la cabeza y miró por la ventana hacia el oeste, hacia las cumbres del Huajlas, mas no bañadas por la luz del día, sino obscuras, como si de pronto hubiese bajado ya a ellas la noche.

¿Por qué esa visión tan repentina?

Diste alcance a Epifanio Orihuela, que con pausado andar se dirigía a la Plaza de Armas. Se volteó, un poco sorprendido, y respondió a tu saludo: «Buenos días, joven». «Yo fui su alumno en el catecismo…». «Ah». «Y además soy hijo de la señora Manrique, y nieto…». «Ya sé que eres nieto de don Baltazar», dijo el sacristán, y siguió caminando, y tú a su lado. «Sé tocar el piano —bueno, un poco—, y recibo clases de la señora Chávarri». Él no pareció impresionado por el introito, pero no te desanimaste: «¿Sería posible…». «¿Qué cosa?». «Este…». «Quieres probar con el órgano…». «Sí, pero no solo por curiosidad, sino porque realmente me gusta la música, incluso la música religiosa». «Ah», dijo Orihuela. Temiste que te hubiera entendido mal

y te creyera un entusiasta de *Salve, salve cantaba María*, así que precisaste: «Quiero decir la de los grandes maestros». «Ah». A ese paso ibas a fracasar, de modo que, todo hipocritón, optaste por la vía de la lisonja: «Le he escuchado a usted, y me parece muy hermoso lo que toca». «¿De veras?». «Y además pone usted mucho sentimiento». «¿Ah sí?». «Mucho fervor». «¿Te parece?». Pareció ceder, por suerte, la renuencia del sacristán, pues agregó: «¿Y con quién te iniciaste?». «Con mi mamá». Enarcó las cejas, pero no formuló ningún comentario, y más bien apuró el paso, quizá con la esperanza de que te cansaras y dejaras de importunarlo. Pero no fue así, porque insististe: «Sé que no es lo mismo que el piano, pero al menos me gustaría ver de cerca cómo toca usted y escucharle allí arriba…». Orihuela se limitó a otro «Ah». Y no le faltaba razón, pues tu verdadero propósito era poner las manos en el teclado, si no del órgano, al menos del armonio. Siguieron caminando así, hasta que de pronto Epifanio dijo, con inesperada cordialidad: «Bueno, pues, ven mañana sábado por la tarde». «Gracias, señor, muchas gracias», contestaste desconcertado, y con una efusión que por poco te lleva a tomarle las manos. Él prosiguió su camino. ¿Qué le había hecho aceptar, así tan de improviso? Te recordaba, sin duda, aunque no tendría muy buena opinión de ti, por el desgano con que recitabas los credos y jaculatorias que enseñaba. También habría escuchado los comentarios muy poco caritativos que las beatas dedicaban a tu madre, por ser viuda de un «comunista», y a tu tía porque nunca iba a misa. Parsimonioso, y con el vago acento chapetón que se le había pegado por su frecuente trato con religiosos españoles, o con curas franceses que habían aprendido el castellano en España, era hombre de pocas palabras, y que alternaba sus tareas en la iglesia con la atención de sus chacras. Su repertorio musical era muy limitado, como todos sabían, y ejecutaba siempre las mismas piezas en los intermedios de la misa, y contestaba con gangosa voz en los pasajes responsivos. Sea como fuere, regresaste muy contento a casa y en el camino decidiste no informar por el momento a la familia, y menos a tu profesora de piano. Buscaste entre los libros del abuelo, que no eran muchos, y encontraste un viejo e incompleto folleto con el título de *El melodio: Pequeño manual para principiantes*. Te fuiste a tu cuarto, y allí, echado en la cama, lo leíste con mucha atención. Volviste a la sala, luego, y ubicaste algunas composiciones organísticas de Bach, de Haydn y de Haendel. Abordaste en el piano la que te pareció más sencilla, y que era un preludio del primero, y trabajaste un buen rato. Te detenías, por momentos, y evocabas la figura de Baltazar José Manrique, sentado ante el órgano de Zaragoza, descifrando sus partituras. El viejo señor Manrique, que iría muy temprano a misa llevando consigo a tu madre, niña por entonces. Pensaste en el retiro, especie de *sancta santorum*, que era el coro, donde podían tomar forma las más complejas abstracciones de la música de las más diversas épocas. Ese repecho, por así decir, donde en Navidad, y en los días subsiguientes, se alzaban las voces felices de los niños, reunidas ahora por Epifanio, como antaño por tu abuelo. Y sede, en fin, de las interpretaciones magistrales del monje franciscano que fue su amigo, y que volvió a Jauja para inaugurar el instrumento allá por el año 32. Y estabas en esos pensamientos cuando fue a buscarte tu madre, sorprendida de

que no hubieses puesto la mesa para la cena. Fuiste con ella y no tuviste que dar mayores explicaciones por tu aire absorto, ya que la conversación giró de inmediato en torno a un importante discurso del presidente Bustamante, muy popular en casa. Te acostaste temprano, pero tu descanso se vio alterado por visiones en que te veías extraviado en una floresta de tubos inmensos y plateados. Por momentos, también, creías esperar el ingreso en la iglesia de una Euristela y una Ismena en el esplendor de su juventud, pero no eran ellas, sino Elena quien hacía su aparición, pálida, angustiada. Te levantaste temprano y tomaste el desayuno solo, pues las dos señoras andaban ocupadas en menesteres sabatinos, y tu hermano dormía porque había ido a una fiesta. Revisaste las versiones que habían atraído tu atención el día anterior, y recibiste después la visita de Julepe, muy entusiasmado con ciertas chicas que había visto, y que parecían ser futuras alumnas del Colegio del Carmen. Almorzó en casa el señor Olave, que de cuando en cuando venía de La Oroya, y tu hermano contó chistes a costa de diputados y senadores apristas, a los que guardaba especial ojeriza. Y a las cuatro, muy puntual, estuviste en un banco de la Plaza de Armas, en espera de Epifanio Orihuela. Una hora nublada, en que se anunciaba la llovizna interminable que bajaba de las alturas de Hualá y de Molinos. ¿Qué haría Leonor? ¿Dónde estaría? Pasaron por una esquina la beata Quiñones y la no menos temible Leovigilda Gastelú, terror de las jovencitas que se paseaban con su enamorado. A poco viste también a Ruperta Bravo, que hacía honor a su apellido, y a Leonel Marquina, pudibundo secretario de los Caballeros de la Buena Cruz. Cuarteto que te dio mala espina, porque se trataba de feligreses de Cristo Pobre, plaza fuerte del cura Wharton. «Viejas ménades», había dicho Abelardo. Por fin se presentó, con media hora de retraso, la figura gruesa y el rostro siempre sudoroso de Epifanio Orihuela, en atuendo no de músico sino de chacarero. Te miró sorprendido, pero luego se acordó: «Ah, ya, quedamos en que hoy subirías conmigo al coro. Vamos, pues». Entraron por la parroquia, y debiste esperar en el patio mientras él se aseaba y cambiaba de ropa. Por suerte no apareció el padre Barrelier, que a pesar de todo constituía un poder mucho más tolerante y cristiano que el de Wharton. El sacristán te indicó que lo siguieras, y ascendieron por una escalera que llevaba al segundo piso, donde vivían los taitas, y por otra más angosta, al coro. Dominaba allí la mole del órgano, por lo cual no bastaba la claridad que ingresaba por la ventana que daba al atrio, y era forzoso encender la luz eléctrica. ¡Cuán imponente y hermoso era el instrumento! A un costado estaba el melodio. «Primero vamos a pasar la escoba y el plumero», dijo Orihuela, y tuviste que ayudarlo en tan prosaica tarea. Después te mostró el armonio y te dio una sucinta explicación sobre los registros, que captaste con facilidad por la previa y oportuna lectura que habías hecho del folleto de tu abuelo. Tocó luego una sencilla melodía. «A ver, ensaya un poco…», dijo, y salió a poner en marcha el pequeño motor de corriente continua que alimentaba al órgano. Habías retenido unos compases del preludio de Bach, en adaptación que examinaste la víspera, y eso fue lo que intentaste. Tu timidez dio paso, poco a poco, a un cierto optimismo, y experimentaste con los registros. Se trataba de algo muy diferente del piano, por

supuesto, y era grande la atención que esa primera experiencia demandaba. Probaste después con un pasaje de Haendel, que también habías memorizado. Cuán extraño y emocionante resultaba todo, en ese rincón, en la vastedad del templo en penumbra. Volvió en eso Epifanio, te escuchó por unos minutos y te dio algunas instrucciones. Tomó asiento después ante el órgano mayor, en cuyos tubos se sentía ya la presión del aire. «Ven a ver», te llamó, y abrió la tapa de la consola de los dos teclados manuales, donde se leía: «Migliorini, Fratelli, Roma», en una inscripción con letras doradas. Te explicó: «Este es el teclado que llamamos del órgano grande, con sus registros sonoros: bordón, principal, flauta y salicional. Y este el teclado del órgano expresivo, con los suyos: flauta cónica, gamba, concierto de violas…». «¿Cómo?», le interrumpiste, pues no podías seguir esa enumeración tan rápida. Él repitió lo dicho y prosiguió: «En el teclado de pedales tenemos, como puedes ver, *basso*, *bordón*, *contrabasso* y *bombarda*. Aquí están los registros mecánicos, para cada uno de los tres teclados. Y aquí, finalmente, las combinaciones automáticas». Vio que te sentías confundido y dijo: «Bueno, ya verás que no es tan difícil retener todo, y tampoco el manejo, si pones la atención y paciencia necesarias». «¡Qué imponente es!», volviste a exclamar. Epifanio sonrió orgulloso. «Ahora escucha y mira», dijo, «que así también se aprende». Y luego de un momento de reflexión atacó de memoria una pieza que no conocías, de una sentimentalidad muy de su gusto. Pudiste apreciar, a pesar de todo, la poderosa pero versátil máquina que constituía el instrumento, adquirido hacía menos de veinte años, y que en realidad resultaba muy grande para las dimensiones y la acústica de la iglesia de Jauja. Máquina en que se podía alternar a voluntad los *pianissimo* más delicados con la tempestuosa fuerza de las *bombarda*. Trataste de seguir con la mayor atención su desempeño, y cuando concluyó aplaudiste, un poco adulón, sin duda, porque no te quedaba otro camino. Epifanio no se molestó en agradecer, pero se mostró complacido. A continuación ensayó la versión instrumental de un canto a la Virgen María, del que tú y todos los jaujinos estaban hartos, aunque nadie lo dijera. No te quedó más remedio que escuchar con deferencia. Trabajó luego en unos acompañamientos, en preparación de la misa mayor del día siguiente. Se levantó luego y dijo: «Bueno, a ver toca, pero solo un poco, ya que la electricidad es cara y el padre Pablo se puede molestar». Te sentaste, teniendo en mente el preludio que habías preparado, y accionaste los registros que indicaba la partitura, no sin consultar con una mirada a tu ocasional maestro. «¡Anda!», insistió. Empezaste, pues, pero te sentías tan deslumbrado, y por eso tan nervioso, que equivocaste la digitación y tuviste que recomenzar. Epifanio te observaba con una mezcla de buen humor y de benevolencia que te pareció de buen augurio. Seguiste, así, hasta el último compás. El sacristán sonrió y dijo: «Como ves, no es lo mismo que el piano, y de nada te va a servir lo que has estudiado con esa señora». Tomaste nota, por supuesto, del modo como se expresó, y respondiste: «Sí, señor». «Cuando te hayas familiarizado con el armonio, y si hay ocasión, volverás a probar con el órgano». «¿De veras?». «Digo, si hay oportunidad». «No sabe usted cuánto se lo agradezco…». Él sonrió de nuevo y miró su reloj, así que dejaste el taburete, luego de colocar las clavijas en su

posición original. Orihuela bajó la tapa y apagó el interruptor. Y te aprestabas a despedirte, pero te detuvo con un gesto: «Tú puedes quedarte un rato, si quieres, pero en el melodio». No supiste qué decir, atónito. Él insistió: «Le avisaré al padre Barrelier, para que esté prevenido». «¡Muchas gracias, señor!». Orihuela reflexionó un momento y añadió: «Le pediré incluso que te permita ensayar en ciertos días». «¡Oh, sería maravilloso!». El sacristán sonrió y dijo: «Ya conoces el camino, y no te olvides de apagar las luces». Se marchó luego y te quedaste solo. El templo se hallaba ya en tinieblas, excepto la parte donde te hallabas, y allá a lo lejos, en el sagrario, donde brillaba una lucecita roja. Caminaste hasta la ventana y viste la plaza y la noche de Jauja, que de rato en rato se encendía con el fulgor de unos relámpagos remotos. Volviste al instrumento cuyo acceso se te había permitido, y te instalaste. Te sentías cohibido, desde luego, ante la nave a obscuras, y en ese silencio, pero también tan feliz. Buscaste entre los libros de música que había a un costado, elegiste un movimiento de una pieza de Telemann, y luego de un momento de recogimiento comenzaste. Modestísima y titubeante versión, aun más por tu intuitivo empleo de los registros y los pedales. Pero no ibas a desanimarte, de manera que continuaste hasta el final. En algún momento cruzó por tu mente el recuerdo de Leonor. ¿Qué diría al saber que habías tocado, y que seguramente volverías a hacerlo, en el órgano mayor? ¿No habría pensado que tenías vocación de cura, o al menos de sacristán? Y viste también, como en un resplandor, a una Euristela que avanzaba por la nave, en la fastuosa exhibición de belleza y lujo de que te había hablado tía Rosa. Retomaste luego aquel preludio de Bach, y continuaste hasta que dieron en el reloj de la torre las ocho, hora de retirarte. Cerraste el teclado y apagaste la luz. Trataste luego de absorberte, por un espacio, en la conciencia de esa inmensidad obscura y quieta. Mas no duró mucho tu experiencia, porque alumbró por la ventana un rayo más cercano que el anterior, que retumbó luego con estrépito. Encontraste a tientas la puerta de salida y bajaste. Y cruzabas por el rellano del segundo piso de la parroquia, cuando te sorprendió la voz del padre Barrelier, quien estaba sentado en un sillón y fumaba su pipa en la penumbra: «¿Ya te vas, muchacho?». «Sí, padre», respondiste alarmado. «Epifanio me habló de ti». «Sí, padre». «Te he escuchado desde aquí, y no está mal, para ser la primera vez». «Gracias, padre». «No está mal, repito, así que puedes venir a ensayar los martes y sábados por la tarde, pero solo en el melodio. Ven, y quizás un día puedas reemplazar a Epifanio, cuando esté muy ocupado o enfermo». «Mi abuelo fue también organista». «Lo sé, y esa es una razón más para dejarte subir y tocar». «Como usted diga, padre, y muchísimas gracias». Y te despediste con más emoción de la que habrías querido manifestar ante una persona tan seca y expeditiva como ese religioso. Cuando saliste al atrio ya llovía, y tuviste que echar a correr para guarecerte bajo los aleros. No viste a nadie en la plaza, ni tampoco en el jirón Grau. Y como no había llovido desde hacía casi una semana, se alzaba del piso, de las paredes de adobe, un olor intenso a tierra húmeda. Un olor que trajo otra vez a tu mente el recuerdo del rostro fresco, pensativo, de Leonor Uscovilca. ¿Si hubiese podido compartir tu felicidad? ¿Si hubiese estado a tu lado, ante la espléndida y majestuosa máquina que

era el órgano de la Iglesia Matriz? Pensaste en ella, y de pronto, sin que supieras por qué, te acordaste de los versos del *Laudate Dominum*, que decían: *Laudate eum in tympano, et choro: laudate eum in chordis, et organo*. *Laudate eum in cymbalis*.

Encontraste a una Felícitas demacrada, que te dijo: «Qué bueno que hayas venido…». Y te hizo pasar, pero no al comedor, sino a la sala, donde te indicó que tomaras asiento. Habías visto preocupada a tu madre por la mañana, y en cierto momento te dijo: «Nuestras tías no se sienten bien, así que anda a visitarlas». «Pero ¿qué dijo el médico el otro día?». «Morales piensa que les comienza a fallar el corazón, y que se han acentuado los problemas arteriales, por lo que será muy difícil que se repongan». «¿Las dos?». «Sí, las dos». «Pero ¿no se puede hacer nada?». «¿Cómo qué?». «Llevarlas quizás al hospital, o a Huancayo…». «No, porque en el fondo es un problema de vejez». «Y entonces, ¿se van a morir pronto?». «No se sabe, pero hay que tener esperanza». Era tan extraño que las dos, juntas, y a pesar de la diferencia de edad, se fuesen apagando de ese modo. Muy afectado por la noticia anotaste en una de tus libretas: *Muy enfermas, las tías de los Heros. Poco a poco se hunden en su noche, en esa noche antigua de Amarucancha, cuando brillaba en el cielo la luz del cometa*. Y te refugiaste en tu cuarto, pero no pudiste leer ni una página ni pensar ni nada. Almorzaste después y te dirigiste a casa de las viejas damas, temeroso de que quizá, como la vez anterior, no pudieran recibirte. Volvió en fin la servidora y con un «ven por aquí», te condujo al dormitorio de las ancianas, ese cuarto con los catres de bronce con dosel, que había descrito Laurita. Una tía, Euristela, estaba en cama y reclinada sobre una almohada, y la otra sentada en un sillón y abrigada con un grueso pañolón azul marino. Ismena alzó la cabeza y miró a Felícitas, y después a ti, mas no contestó a tu saludo. La mayor no pareció advertir tu presencia. Te sentaste en la única silla, donde te hallas ahora, y la vieja servidora se retiró. No habías imaginado el rostro tan pálido, aun más enjuto, de Euristela, ni esa especie de estupor en su hermana. Asustado, intentas atraer la atención de esta. «Tía», dices, «¿cómo se siente?». Te mira sin comprender. La mayor tiene los ojos abiertos pero se diría que solo ve el vacío, y respira con lentitud, con fatiga. No puedes soportar verlas de ese modo, y vuelves a decir: «Tías, ¿cómo se sienten?». Ninguna responde, pero notas la mirada triste, desolada, de Ismena. Cruza por tu mente un fragmento de la letra de un yaraví que oíste cantar una vez a un viejo embriagado: *La tarde era triste / la nieve caía / y un blanco sudario*… ¿Por qué, a esa hora? Estás a punto de formular otra pregunta, pero desistes antes de pronunciar una sílaba. Cuánto significan para ti esas ancianas, a las que en un principio te resistías a visitar, pues tenías de ellas un recuerdo muy vago, y el temor de que fuesen tan antipáticas como la tía Grimanesa. Y no, resultaron ser los personajes más fascinantes con que te habías topado, sumidas como estaban en un mundo propio, del que solo volvían para decir palabras deshilvanadas pero cargadas de turbador sentido. Y por eso, y por su desamparo, y por el privilegio que te conceden al hablarte de ese universo anclado ya para siempre en el pasado, les

guardas especial gratitud y afecto. Un sentimiento que tiene que ver, además, con el hecho de que ambas damas son como una doble y constante incitación a tu imaginación. Y porque vienen a ser también, en razón de todo ello, y de lo que cuentas en casa y escribes en tus libretas —lo diría más adelante Abelardo—, una especie de doble y particular obra tuya. Por eso has anotado, en temprana premonición: *Tías a las que dibujo poco a poco, hasta que se vean las damas esplendentes que en verdad son*. ¿Damas esplendentes? Eso es lo que son, aun pobres y enfermas como se hallan, y próximas ya a la muerte. Y estás sumido en esos pensamientos, cuando escuchas de pronto a Ismena que dice: «Mira, Euristela, esas flores de ayrampo, ahí junto al riachuelo. Podríamos sentarnos y mirar los *liclishs* y las gaviotas de la puna. Allí, junto al agua…». ¿Es que desvaría? Su hermana no contesta y sigue con ese respirar fatigado, exhausto. Prosigue Ismena: «Y jugar allí porque ya no está mamá que nos reprenda y papá salió de casa. Se fue arriba, a Shutuy, con el mayordomo». Y tu tía se inclina, alza una mano y la mueve, acompasada, como si acompañara con ella el correr del agua del arroyo. No sabes qué hacer y optas por mantenerte atento, muy atento al hablar de tu parienta. Es como si te llegara el aire seco y glacial de la puna, en una tarde de mayo, hace ya tantos años. Y como si vieras a Ismena niña en traje de organdí, con los cabellos sueltos, con un ramito de flores en una mano y en la otra una muñeca, en esa tarde tan remota. No dice más, y los minutos vuelven a transcurrir lentos, indecisos. En la otra habitación, en el comedor, suena el tictac del reloj de lata, que debería estar en el dormitorio, lo cual no tiene por lo demás importancia, porque las viejas damas ya han perdido la noción del tiempo. *Tías de Ilión y de Amarucancha*. ¿Por qué escribiste esa frase? *Sibilas, mas no del futuro, sino del pasado*, como dijo con agudeza Abelardo, con ese término que se grabó en tu memoria, y que volviste a encontrar en la *Eneida*. Se ladea, entre tanto, el rostro de Ismena, y puedes ver mejor su nariz afilada, sus ojos hundidos. Esos ojos verdes que asociabas con el mar y con los viajes. Personaje más cercano por eso, y por otros motivos, a la *Odisea* que a la *Ilíada*, y tan semejante a la Ismena de Sófocles, como Euristela a Antígona, aunque también a Elena, a Casandra. *Euristela, halo metálico y sombrío*. Te mueves en tu silla, agitado. Ella levanta de súbito la cara y te mira a los ojos, y dice con voz apagada pero firme: «No te quedes, Antenor, y sube conmigo, y veremos el amanecer en Raupi. ¿No es lo que queríamos?». Y después: «Veremos como ven los ojos de los muertos». Euristela de los Heros, a quien su padre llamaba también Eurídice, mirándote como si tú fueras Antenor, en ascenso a Raupi, ciudad no de cien puertas, como la Cnossos de la *Ilíada*, sino de cien ventanas, y morada de mil muertos. Abajo acecha quizás, en lo profundo, como raíz de piedra y lava, la serpiente que dio nombre a Amarucancha, y a la que de alguna manera, aun sin quererlo, invoca Fox Caro. Te acuerdas de que, según dicen, en la cercanía de la muerte los agonizantes evocan la época más feliz de su vida. Ismena se abre, pues, a los recuerdos de infancia, con juegos, un riachuelo, pájaros. Euristela en cambio revive la hora matinal en que ascendió con Antenor a la cumbre desde donde se domina los valles de Yanamarca y de Jauja, las faldas de Yanasmayo y

Quishuarcancha, y, más lejos, las cimas del Marayrasu y Huaracayo. *Sus pongos decían que era hermosa como la Virgen Chapetona, patrona de Jauja. «Chapetona Virgen,* sumacc hualmi»*, decían. Y el ayudante del mayordomo, Canchari, le temía más que a la madre de Cristo*. Alzas la vista y ves que Euristela ha cerrado los párpados y cruza sus manos sobre la colcha, y descansa más tranquila. Ismena, en cambio, se ha inclinado de modo extraño, y parece como si mirase por la ventana. Te pones de pie y le alzas la cabeza, y ella posa en ti su mirada y dice con dulzura: «Gracias, Euri. Me siento tan cansada, quizá porque hemos jugado mucho y hace frío». La abrigas, pues, con el pañolón y colocas sobre sus rodillas un pullo que estaba sobre su cama, y ella se deja hacer con una expresión infantil. Ves entonces que no está tan pálida como te había parecido al comienzo, y te acuerdas de lo que dijo tu madre, en el sentido de que por mal que se viesen las tías, no por ello su muerte era inminente. Regresas a tu silla, pensando cómo escribir después lo que ves, en ese afán «notarial». de registrar los hechos, los detalles, las cosas. «Euri», dice de pronto Ismena, «no me dejes sola, que va a obscurecer». Y su hermana responde: «¿Ves? Ya sale el sol y no sentiremos frío. El amanecer es lo más hermoso». Y añade todavía, al cabo de unos minutos: «Te quedarás aquí, pues aunque yo me vaya, estaré contigo». Ismena implora: «No me dejes Euri, vámonos a casa». Diálogo extraño, sin serlo, pues cada tía sigue en su propio desvarío. Vuelven a tu mente los versos de *Trilce* que dicen: *Del borde de un sepulcro removido / se alejan dos marías cantando.* Te levantas una vez más y arropas a tu tía Ismena, y después le acomodas las cobijas a Euristela. Esta te toma de pronto una mano y dice: «Sí, ahora vemos, Antenor, con los ojos de los muertos». Le tiembla la voz por una emoción intensa, y aprieta sus dedos en tu muñeca, pero afloja luego la presión y cierra los párpados, y quizá se queda dormida. Retorna en fin Felícitas, y señala: «Ya puedes irte». Y te levantas en silencio, y ella te acompaña, y en el zaguán te dice: «Se van a morir, y nada podremos hacer». Y se echa a llorar.

9 de marzo, temprano

Anoche anuncié a la familia, después de volver de la calle: «He tocado en el melodio de la iglesia». «¿Qué?». «Le hablé a don Epifanio para que me lo permitiera, y él aceptó. Y no solo eso, porque el padre Barrelier me dio permiso para ir los martes y sábados por la tarde». «¿Cómo dices?», se asombró mi tía. Tuve que repetir mis palabras. «No nos habías dicho nada, hijo», dijo mi madre, feliz pero aún asombrada. «Quería darles una sorpresa». «¡Tú y tus secretos!», rezongó mi tía. Y después dijo: «Así, pues, tendremos un sacristán en la familia». Yo le contesté: «No voy a ser sacristán, pero sí me gustaría tocar como el abuelo». «Lo harás, un día», dijo mi madre, toda conmovida. «¡El órgano es fabuloso!». Mi tía, por una vez, se quedó callada. Al poco rato llegó Abelardo, y al saber la noticia me dio un abrazo, diciendo: «¡Estupendo, Claudio!». Y añadió: «El órgano tiene dos teclados manuales, ¿verdad?». «Así es». «Yo diría que la vida te ofrece otros dos». «¿Qué?», le pregunté. «El de la música, y otro, el

de la literatura». «Sí, tal vez», contesté. «Y usando ambos puedes hacer tu vida más rica, más hermosa», dijo, y sonrió pensativo, y yo no supe qué decir.

Por la tarde

Mi madre volvió de casa de las tías y dijo que su estado se ha agravado. Ya no la reconocieron. Por momentos hablaban, pero de modo muy confuso, de su padre y de Yanasmayo, y tía Euristela pronunció el nombre de Antenor. Sí, de Antenor. Cada tía por su lado, perdidas ambas en sus pensamientos. Mi madre ayudó a Felícitas, y esta fue a llamar al médico, pero como Morales no estaba, buscó a Mitrídates. Este fue y las vio y dijo que las ancianas se encontraban muy mal, pero que la agonía, a su edad, puede durar semanas. Y estuvo un buen rato allí, junto a las enfermas. Mi madre se impresionó mucho al verlo de ese modo, de pie, inmóvil, la expresión tan severa. Y dijo, acordándose: «Parecía un ángel del Cuzco…». Sí, de esos que tienen una espada y vigilan a la hora de la muerte». Me quedé abrumado. Tía Marisa dijo: «Sea como fuere, y como dijo ese señor, con los ancianos nunca se sabe…».

Al volver de la calle te recibió tía Marisa, y de inmediato viste que te aguardaba una mala noticia. «¿Las tías?». «Sí». «¿Qué ha pasado?». «Ya son finadas». Algo que todos esperaban, pues como había dicho Felícitas «ya no había nada que hacer», y, sin embargo, no por eso dejaba de ser doloroso, y, en tu caso, muy doloroso. «¿Y mamá?». «Ella y Abelardo están allá en su casa». «¿Cuándo fue?». «Hoy por la mañana, y al rato vino Felícitas a avisarnos». «Yo también iré». Te dirigiste a tu cuarto para cambiarte de ropa, y te acordaste de la frase que pronunció Euristela, y que fue una de las últimas que escuchaste de sus labios: «Ahora vemos con los ojos de los muertos…». Volvió a tu mente, también, esa infancia que evocaba Ismena, con juegos al borde del arroyo, en la puna de Yanasmayo. Sus ojos verdes, su voz débil, su desamparo. Y el sueño aquel en que Euristela cruzaba un riachuelo y avanzaba, y tú no podías seguirla. No más, pues, tías de los Heros, y si era verdad que había otra vida, estarían con su padre y con ese Antenor misterioso, en quien, por lo visto, solo ellas y tú pensaban. Buscaste tu libreta y anotaste: *Hoy, por la mañana, murieron las tías Euristela e Ismena. Las dos juntas, como juntas pasaron por la tierra*. Habría que avisar a Laurita por telegrama. ¿Lo sabrían ya Fox, Mitrídates? Sollozaste, de pronto, con la sensación punzante, pero también consoladora, si así se podía decir, de que tú eras quien más cerca había estado de las ancianas en los últimos tiempos. Tú, sobrino nieto de quien ambas hicieron, por extraño motivo, su confidente. Te pusiste una camisa blanca, y el terno oscuro de tu padre, que tu madre te había arreglado. Saliste de casa, luego, sin avisar a tu tía, y te dirigiste al mercado para comprar un pequeño ramo de rosas blancas. En la casa del jirón Salaverry las puertas del zaguán estaban abiertas y Felícitas conversaba en el patio con unos vecinos. La abrazaste, y ella acogió tu abrazo de pésame en silencio. También estaba allí,

Remedios, tu lejana prima Remedios, mucho mayor que tú, a quien veías muy rara vez porque su familia tenía un negocio en Huancayo. Te informó que Abelardo había ido a casa del médico Morales por el certificado de defunción, y luego a una agencia funeraria. Tu madre, en cambio, había ido a solicitar un cura para el sepelio, y a encargar unas coronas de flores. «Anda, pasa», dijo, y entraste pensando que los cuerpos seguirían en el dormitorio, pero no era así, pues estaban en la sala y ya en sus féretros, que reposaban sobre unos improvisados caballetes, con cirios encendidos a ambos lados. Ataúdes que, para tu estupefacción, no eran otros que los que viste en el taller de Fox Caro. Esos ataúdes de un gris casi negro, que daba a su madera la apariencia del acero, y que te hicieron pensar en las siluetas de las góndolas venecianas. ¿Cómo explicarlo? ¿Es que alguien había avisado al carpintero y este los llevó de inmediato? ¿Por qué no otros más sencillos? Te acercaste. Estaban abiertas sus ventanillas, y viste los rostros de las difuntas, que parecían dormidas y como absortas aún en sus recuerdos. Vestidas ambas de negro y con los velos de gasa que no dejaban para nada. Pusiste la mitad del pequeño ramo de rosas sobre el ataúd de Euristela, y la otra sobre el de Ismena. No pudiste derramar ni una lágrima. Esa opresión, en cambio, que no habías experimentado nunca. Estuviste allí por un espacio, y fuiste a sentarte en una silla. Al cabo de unos minutos acudió Remedios, y dijo: «Yo y mi mamá nos enteramos por casualidad, cuando vimos en la calle a Felícitas, toda llorosa». «Yo lo supe hace una media hora». «Qué extraño que se muriesen las dos juntas, ¿no?». «Sí, así es». «¿Y Emilia? ¿Sabría que estaban tan enfermas?». «No creo». Emilia, la sobrina que antes veía por ellas y que se fue a vivir a Lima, y de quien las finadas estaban muy decepcionadas. «La recuerdas, ¿no?», preguntó tu prima. «Sí, pero no muy bien». Y así era, en efecto, pues cuando ella se hallaba en Jauja, tu familia no frecuentaba la casa de las viejas damas, por causa suya, precisamente. «¿Y los ataúdes?», preguntaste. «No sé, cuando vine con mi mamá ya estaban aquí, y ayudamos a poner en ellos a las finadas». «Y tía Aurora, ¿dónde está?». «Mi mamá se fue un momento a casa, pero ya vuelve». En eso regresó tu madre con un muchacho que traía dos coronas de claveles blancos, que puso al pie de los cajones. Te puso las manos en las mejillas. «El entierro será mañana, a las diez», dijo. «¿Y por qué tan temprano?». «Los sacerdotes tenían ocupado el resto de la mañana, y no creí que fuera conveniente realizar el sepelio a las tres o cuatro de la tarde». «A esa hora puede estar lloviendo». «¿Y sabe usted cómo fue el deceso?», preguntó Remedios. «Felícitas nos contó que ayer por la tarde las ancianas se quedaron profundamente dormidas, o, en todo caso, eso es lo que parecía. Ella durmió en la sala, como ya lo venía haciendo, con la puerta entreabierta, y a medianoche oyó que tía Euristela respiraba muy mal. Era la agonía, sin duda. Fue en su ayuda, mas no pudo hacer nada, y la anciana murió en sus brazos. Tía Ismena expiró después, al amanecer, muy suavemente, como fue su vida». «Es tan extraño que se muriesen las dos, casi a la misma hora», comentó otra vez la prima. «Quizá fue mejor así, pues, ¿qué se habría hecho sola tía Ismena?». Tú dijiste: «¿Y los ataúdes?». «Cuando vine ya estaban aquí, y Felícitas me dijo que una de las cosas que hizo primero fue mandar a un

muchacho para que le avisara a Fox Caro, y que este acudió de inmediato…». Asombrado, apenas si pudiste decir: «Pero, mamá, quiere decir entonces…». «Fox los trajo, me dio el pésame y nos ayudó a poner los cadáveres». «¿Y por qué Felícitas le hizo llamar al señor Caro?». «Eso le pregunté a Felícitas, y ella me contestó que ya todo estaba arreglado». «Pero, entonces…». «Supongo que las tías lo habían previsto todo, y que le habían hecho un encargo con mucha anticipación». Pensaste de nuevo en los féretros que viste en el corredor de la casa de Fox, ocultos y cubiertos por una tela negra. Mas no debió tratarse de un contrato, propiamente, y por eso, en lugar de preparar dos ataúdes ordinarios, el artesano habría trabajado en esas obras de su arte, quizá como un homenaje final a quienes conoció en el apogeo de su juventud y de su belleza. Así fue, seguramente. Absorto en esta hipótesis, apenas si advertiste que Abelardo volvía con dos empleados de la funeraria, que traían candelabros y colgaduras negras. En pocos minutos estuvo lista la capilla ardiente, modesta y al mismo tiempo, por extraño que pareciera, suntuosa. Te acordaste de la visión premonitoria que te asaltó en tu primera visita, hacía unas semanas —las cajas, los cirios, las flores—, así como de la imagen evocada por Fox cuando contó que una noche la casa-hacienda de Yanasmayo le hizo pensar, con todas sus luces encendidas, en una nave a la vez que en una fastuosa capilla fúnebre. Tu madre se fue entre tanto a recibir a un señor al que no conocías, y tu hermano vino a sentarse a tu lado. Parecía cansado. «No fue fácil», dijo, «ubicar a Morales, y en un principio se negó a extender el certificado de defunción, a pesar de que atendió a las tías y sabía de su estado. Habló incluso de una autopsia». «Pero ¿por qué?». «Porque las ancianas han muerto casi al mismo tiempo, y eso es insólito y podría dar que hablar». «¿Y qué le dijiste?». «Le dije que a él le constaba que ambas estaban enfermas, y que sería muy cruel someter los cuerpos de las finadas a algo tan sórdido». «¿Y?». «Discutimos un buen rato, y para evitar suspicacias le señalé que las ancianas habían hecho testamento notarial. Se convenció, en fin, y firmó los papeles». Te sorprendió por cierto que las ancianas hubiesen dado ese paso, y que tu hermano no hubiese hablado al respecto. «No me contaste lo del notario…». «Me pidieron que lo tuviese en reserva». «¿Y mamá lo sabe?». «Algo le he dicho». No dijiste más, porque tus pensamientos retornaron al misterio de los féretros y a la relación de las viejas damas con Fox, y al enigma de que no hubiesen aludido, hasta donde sabías, a esa vinculación tan antigua. Al poco rato llegó tu tía Marisa y habló de diligencias pendientes. Volviste a la sala, en donde se hallaba, sola y en un rincón, Felícitas. Parecía rezar en silencio, con las manos en el regazo, y en cierto momento dejó escapar un sollozo. Se la veía envejecida, muy envejecida. Pasó un rato, y de pronto dijo sin que le importara que pudiesen escucharla: «¿Por qué se han ido, pues? ¿Por qué?». Guardó silencio luego, y añadió: «Así será, pues…». Y sin más se levantó, se aproximó a uno y otro ataúd, y contempló por largo rato los rostros de las difuntas. Abelardo la llamó entonces a un rincón, y conversaron en voz baja. Recordaste el asombro que te produjo, en tu primera visita, ese hablar alternado de las ancianas, como en los responsos de los oficios religiosos. Esa manera elegíaca y a dos voces, por así decir,

que evocaba y desplegaba ante ti la época remota de Yanasmayo, en hilos sueltos que iban tejiendo poco a poco un sentido extraño y sombrío. Euristela, a quien su padre llamaba también Eurídice, e Ismena, tan semejantes ambas a la Antígona y la Ismena de Sófocles, a pesar del abismo que separa la realidad y la literatura, y a épocas y mundos tan distantes. Nombres hermosos, y como alumbrados por la irradiación del mito. Alzaste de pronto la vista, y en esa mortecina claridad viste en los ataúdes, entre unas guirnaldas talladas, dos letras de adornado trazo: una «E», en un caso, y una «I», en el otro. Estuviste a punto de lanzar una exclamación. No cabía ya duda: esos ataúdes iguales, que Fox debió trabajar a lo largo de muchos meses, estuvieron destinados desde un principio a Ismena y Euristela. ¿Por qué? Retomaste la idea de que en algún momento, hacía mucho tiempo, ambas tías decidieron encargar con anticipación, y mientras contaban con algunos recursos, las cajas en que habrían de reposar sus restos, y que fue Fox Caro quien, por propia iniciativa, les dio esa forma. Féretros que se habían quedado en espera del día de su muerte en el taller del carpintero. Pero ¿y si ellas mismas hubiesen escogido el modelo, con esos adornos y el acabado de un lustre mate, y las iniciales de sus nombres? Esas letras de idéntico estilo, como sin duda fueron antaño las iniciales de sus cubiertos, o los monogramas de su ajuar, o los de sus sortijas y libros de misa. «Almas gemelas», había dicho tu tía Marisa bromeando, y Abelardo «estrellas binarias». Otra vez sentiste que las lágrimas acudían a tus ojos, así que saliste de la habitación. Era ya de noche, y unas pocas personas conversaban en el corredor. En un rincón una beata rezaba con un rosario en la mano. Otras dos murmuraban en el poyo. Tu tía Marisa y tu madre estaban en el comedor con Felícitas. Dejaste que transcurrieran los minutos, otra vez con un sentimiento de culpa por no haber visitado con mayor frecuencia a las difuntas, y por no haber sido más comedido. Y también por no haber insistido hasta que te escucharan y respondieran a tus preguntas en torno a la época que las obsesionaba, allá en Yanasmayo. Tu madre te llamó, y debiste ayudar a distribuir unas tazas de café con galletas. Estabas en eso cuando hizo su ingreso Mitrídates, enfundado en su sempiterno abrigo azul. Saludó a los asistentes con una venia, y fue a recogerse por un espacio ante los ataúdes. Después se aproximó a Abelardo, le dio el pésame y se sentó a su lado. Fuiste a saludarlo, y él, que no había reparado en ti, te dio también sus condolencias. Se volvió luego a tu hermano y dijo: «¿Qué escribió Morales en los certificados como causa del fallecimiento?». «Un proceso de consunción y probable neumonía, con paro cardíaco y respiratorio». «¿En los dos casos?». «Sí». «¿Y esos ataúdes?». «Los trajo don Fox Caro, seguramente porque las viejitas los encargaron hace mucho tiempo». «¿Y los nichos?». «Mis tías los compraron hace más de treinta años, cuando aún quedaban algunos en la parte del cementerio en que está sepultado su padre. El sector más antiguo, a la mano derecha». «Previsoras, ¿no?». «Y cosa aun más digna de nota, porque en otros aspectos no lo fueron». «Así que Fox…», dijo Mitrídates, y se sumió en sus reflexiones. Llegaron entre tanto dos personas a quienes no conocías. Por tu mente pasaban, como destellos, los recuerdos. Ves a las ancianas, que te miran y hablan de ese anillo, revestido

ahora de un prestigio casi legendario. Escuchas lo que una y otra cuentan de Antenor y de las veladas de música. Oyes decir a Euristela: «Ahora vemos con los ojos de los muertos…». Sí, escuchas su voz, y la voz de Ismena, y el silencio luego, en una hora imprecisable. Cruza también por tu mente la imagen de la mayor, ataviada como una reina y haciendo su ingreso en la Iglesia Matriz, en las bodas de esa jaujina de familia acaudalada, hace más de cuarenta años. Bella y augusta, en su traje de terciopelo oscuro, y junto a ella, vestida de verde, Ismena, la de los ojos oceánicos. Las dos hermanas, mientras los músicos de Lima y el organista Baltazar José Manrique tocaban aires nupciales de Pergolesi y de Rossini, en esa fecha tan remota. Y Euristela en Raupi, mirando en silencio hacia las cumbres de Huaracayo, de Lasuntay, del Marayrasu. Otra vez te asaltó el deseo de llorar, pero te reprimiste y miraste por la ventana hacia el patio. No había acudido nadie más. En cierto momento tu madre te dijo: «Sé cuánto te apena su muerte». «Sí, madre». «A Felícitas le han dejado la casa, y eso está muy bien, pero a ti te han dejado algo mucho más significativo». «¿Cómo…?». «Te dejaron una intensa imagen de esos tiempos, y muy en especial de su casa, de su padre, de aquel Antenor, de tal modo que todo ello vive ahora en ti con vida propia, por así decir. Y no lo digo solo yo, sino también Abelardo». «¿Eso ha dicho?». «Sí, hijo». Sí, quizás, y eras el único que sabía de un secreto sugerido más que revelado por las alusiones inconexas, a manera de destellos, que hacían las ancianas. ¿No decía Abelardo que tenían algo de "sibilas", pero no del futuro, sino del pasado? *Sibilas del amanecer*, como escribiste en algún momento, y que habían retornado ya al seno de la tierra y de la noche. ¿Para siempre? Y, ¿si era verdad lo que decía Fox Caro? ¿Si las viejas damas se convertían en flor, en nube, en pájaro? Te acordaste del reloj de lata y del frasco de vidrio, de un bello azul cobalto, que había en el velador, y del cielo de muselina sobre cada una de las camas, y de ese aire seco y frío de su dormitorio. Volviste a ver en pensamiento sus rostros, en esa tarde en que las visitaste por última vez, y a oír su voz cuando una revivía una tarde de infancia, junto a un riachuelo de puna, y la otra un ascenso a Raupi. Tu madre te sustrajo a esa evocación errática, diciendo: «Mira, ahí está don Fox». Y, en efecto, el anciano acababa de entrar en la sala, enfundado en un abrigo semejante al de Mitrídates, y con el sombrero en una mano. Saludó a los presentes y fue a sentarse en un ángulo. Se te ocurrió acercarte a conversar con él, y estabas ya por levantarte, pero tu madre te retuvo: «No, no lo molestes». Y tenía razón, porque Fox había inclinado la cabeza y se había sumido en sus pensamientos. ¿Y doña Juanita? Estaba en el corredor con otras mujeres del barrio, y no tardó en ayudar a Felícitas con unas tazas de café adicionales. Tu madre se unió a ellas, y en determinado momento se pusieron a conversar en voz baja a un lado de la habitación. Y así fueron transcurriendo los minutos, los cuartos de hora. En cierto momento Abelardo te preguntó: «¿No quieres ir a descansar?». «No, deseo estar aquí toda la noche». Se fue retirando la poca gente que había asistido al velorio, y al final no quedaron sino tu madre, Abelardo, Fox, la tía Aurora, madre de Remedios, una señora a quien no conocías, y tú. Tía Marisa se había retirado un poco antes, junto con doña Juanita, pues se encontraba resfriada. Fox también se

levantó, hizo una venia y salió. Los cirios estaban ya por apagarse, y su luz tomaba una apariencia extraña, casi espectral, con la proximidad del amanecer. Arriba, en la cima de Raupi, llegarían a los ojos vacíos de los muertos el rosa y los reflejos dorados del día naciente. Tal vez, pues, si era verdad la doctrina que predicaba Fox Caro, Euristela e Ismena marcharían, recobrado ya el esplendor de su juventud y de su belleza, hacia el este, en pos de una nueva y diferente existencia. Ligeras como aves de la puna, como el viento. Y pensando en ello te quedaste dormido, en un sueño que interrumpió tu madre tomándote de un brazo y diciendo: «Claudio, ¡despierta!». «¿Sí?». «Te has quedado dormido y te vas a resfriar, así que vuelve a casa». «¿Qué hora es?». «Deben ser las siete y media». Y en efecto, una apagada luz diurna alumbraba la sala. Miraste en torno y preguntaste: «¿Y Abelardo?». «Está afuera, con alguien». No, no te sentías bien, con la cabeza pesada, adolorida, y una fuerte sensación de frío. «¿Te sientes mal?». «Sí, un poco». «Ven, sírvete una taza de café». Y fuiste con tu madre a la cocina, donde Felícitas descansaba sobre un banquito, sin percatarse de que en la tetera hervía y hervía el agua sobre el fogón. Te miró, con ojos inexpresivos. Tomaste tu taza en silencio, sin que la mujer te prestara atención. Regresaste adonde tu madre y dijiste: «Me voy». «No tienes buena cara, y es mejor así». «Y además no quiero asistir al entierro». «Te entiendo, hijo». Y sin más abandonaste la casa, en esa nublada mañana de marzo.

11 de marzo, por la noche

Ayer fue el fin. Se apagaron las dos, juntas, como vivieron. Se acabó ese recordar interminable. Y con ellas, con Euristela e Ismena de los Heros, se acabaron también para siempre don José María, Antenor, las veladas de música en Yanasmayo. Se fueron las ancianas y me siento solo, como si hubieran sido parientes mucho más cercanas, a las que hubiese visto siempre. Muy poca gente asistió hoy al entierro, según me han contado mamá y tía Marisa. Las mismas personas, seguramente, que concurrieron al velorio. Fermín Galarza condujo la carroza negra, la de los pobres, porque la otra, el Rénault de 1918, estaba averiada. Tía Rosa no pudo ir porque se sentía muy agripada. No hubo gente para cargar en hombros los féretros más allá de la plaza de Santa Isabel, como yo hubiera deseado, y tuvieron que ponerlos en ese furgón modestísimo, uno al lado del otro, cosa de veras rara. Y mi madre contó con amargura que el padre Lemercier rezó a la salida del cortejo y luego un apurado responso en una esquina, y nada más, porque no se sentía bien y hacía mucho frío. No llovió, pero sí corría ese aire helado que a veces baja de las alturas de Quero. Mi madre, tía Marisa y Abelardo, junto con Felícitas, y la tía Aurora con Remedios, iban detrás de la carroza y «arrastraban el duelo». Y en la cola, rezagado, caminaba Fox Caro, con terno negro y corbata también negra. En la puerta del cementerio aguardaba Mitrídates, como anunció cierta vez tía Euristela, y se puso adelante del cortejo hasta que los ataúdes llegaron a su cuartel. Ayudó a colocarlos en su lugar definitivo, y se encargó de los ramos y coronas de flores. Fue él también quien trazó con un clavo las

iniciales de las difuntas sobre el yeso fresco de las lápidas provisionales. Y finalmente, desapareció sin despedirse de nadie ni reiterar el pésame, como es la costumbre. Fue así como se quedaron allí para siempre las finadas, no en las hornacinas de Raupi, abiertas a la luz y al viento, ni al pie de las chullpas y cerca de la tumba de Antenor, como habría deseado tía Euristela, sino en esos nichos, y sin otra señal que una «E» y una «I», como las que grabó Fox en los ataúdes, hace ya muchos años.

Hoy no quise pensar más en las finadas. No, porque me angustia. Me puse pues a trabajar en mi historia de La dama del perrito. *A ver cómo resulta, y si se parece al cuento del autor ruso que aún no he leído. Aquí está:*

«Una sola vez vio doña Teresa a ese hombre, hacía ya muchos años. Un hombre joven, muy bien vestido y de maneras muy distinguidas. Muy bien parecido, además, y con los ojos más hermosos del mundo. Lo vio y se enamoró. Mas por desgracia él no vivía en Jauja sino en Lima. Lo había conocido en la alameda de Santa Isabel, adonde había llevado a pasear a su perrito. Él también se paseaba, y la saludó. Se le acercó después, hizo una caricia al animal y se presentó: «Mi nombre es Gabriel, y estoy de paso por esta ciudad». Y se pusieron a conversar, y a la hora de despedirse el forastero dijo: «Me voy mañana, pero volveré, aunque no sé cuándo. Permítame que le escriba. Es usted tan cautivante…». Y ella aceptó y le dio sus señas. Y pasó una semana, y después otra, sin que María Teresa Ayarbe recibiera ni una letra, hasta que al fin le llegó por tren un espléndido ramo de rosas blancas, con una tarjeta pero sin ningún mensaje. A las dos semanas llegó otro ramo, tan suntuoso como el anterior, pero también sin ninguna palabra. Y así, durante tres o cuatro meses, hasta que finalmente cesaron los envíos. Y fue pasando el tiempo, y María Teresa, lejos de olvidar al forastero, se sintió cada vez más enamorada. Y tanto que pensando en él no quiso aceptar a ninguno de los pretendientes que aún se le presentaron. Y siguió esperando, y como el perrito se murió, compró otro, también blanco, porque pensó que eso le traería suerte. Y transcurrieron los meses y todos sus pensamientos giraban en torno a ese hombre. En algún momento le escribió a la dirección que indicaba la tarjeta, pero no recibió respuesta. Viajó entonces a Lima, pero no encontró la casa con ese número, en la calle que había anotado. Sin embargo no se dio por vencida, y de vuelta a Jauja siguió escribiéndole, y para mayor seguridad ella misma depositaba las cartas en el postrén, todas las mañanas, y por las tardes iba con frecuencia a la estación, pues quizá su amado volvería, y entonces ella estaría esperándolo. Y siempre llevaba consigo al perrito, porque no solo era una compañía, sino algo así como una señal de buena suerte. Y pasaron así los años, hasta que por la edad no le fue posible ir más a la estación. Mas no dejó por eso de esperar, allí en el corredor de su casa, con un nuevo y pequeño compañero al lado, que a menudo la miraba y no comprendía ese silencio, esa tristeza».

Te dirigías al cementerio para conocer las tumbas de las tías, cuando viste que volvía de allí Fox Caro. Pensativo, no reparó en ti sino cuando estuvo a unos pasos de distancia. «Buenos días», saludaste. «Buenos días…». «¿Fue usted a visitar…?». «Sí, a las difuntas». Se había detenido, pero no te dio la mano, y te invitó: «Ahí hay un banco, ¿no quieres sentarte?». «Sí, señor». Y ambos, tú y el viejo carpintero tomaron asiento en ese lugar de la alameda de Santa Isabel. Fox sacó un pañuelo y se secó la frente, aunque en realidad no se le notaban señales de transpiración. Un sol pálido, frío, se filtraba a través del ramaje, en donde no se oían los jilgueros y gorriones de otras mañanas. El sitio no estaba lejos de aquel desde donde vigilabas la llegada de los ómnibus de Molinos, en espera de Leonor. ¡Hacía ya tanto tiempo que no tenías noticias de ella! «Sí, ya son finadas…», dijo el artesano, como hablándose a sí mismo. «Y como usted dice, en tránsito a otra vida…». «Así es». «Y tal vez en busca, también, de esa flor del rocío y de la escarcha, la *sullawayta*…». «¿Cómo?», preguntó sorprendido. «Digo que en busca de la flor de la escarcha…». «No sé de dónde sacas esa idea, ni qué relación ves entre la muerte de tus tías y esa leyenda». No supiste qué decir, pues se había tratado de una ocurrencia súbita. Pasaste a otro tema: «Y los ataúdes, ¿usted mismo los hizo?». «Yo mismo». «Muy hermosos, y con esas iniciales talladas, una “E” y una “I”. ¿Por qué los hizo con tanta anticipación?». Él dijo con suavidad: «Como te conté, conocí a tus tías hace muchos años, cuando era joven, y admiré su belleza y su modo de ser. Y después, cuando las cosas cambiaron, y ellas se convirtieron en las personas desamparadas que hemos conocido, tuve mucha pena. Y por eso, y pensando en aquellos tiempos, confeccioné esos ataúdes, para que tuvieran dónde descansar». «Los vi cuando fui a la casa de usted por primera vez y conversamos en su gabinete». «¿Gabinete?», se asombró Fox. «Bueno, así llamo yo a ese cuarto donde usted lee y estudia». «Mucha palabra para tan modesta habitación». «Vi los ataúdes de casualidad…». «Los trabajé poco a poco, como una obra de afecto y de homenaje». Sentiste un escalofrío ante la idea de semejante muestra, pero te recobraste, porque después de todo se trataba de algo muy en concordancia con las peculiares concepciones del carpintero. «Y fue así, además, porque en nuestro país no está permitida la incineración». «¿Cómo?». «Me refiero a la incineración de los cadáveres, que a mi juicio es la forma más digna de proceder con los restos humanos, pues lo que realmente queda y se transforma es el espíritu, no la materia. Y lo digo a pesar de mi oficio». Te acordaste de las piras de la *Ilíada*, pero no dijiste nada. Fox continuó: «Han fallecido, pues, Euristela e Ismena de los Heros. Ambas puras, en su ancianidad, en su soledad, en su pobreza. Habrán tomado ya otra forma, otra vida…». «Si es así», observaste, «¿para qué entonces esos ataúdes tan elegantes?». «Ya que no es posible entregar los cuerpos al fuego, pongámoslos al menos en receptáculos dignos y de un material noble y simbólico, como es la madera, y vuelvan así a la tierra…». «¿Eran de aliso?». «Sí, de aliso, madera nuestra, tan sencilla y cálida». «Pero no eran del color de aliso». «Les di ese tono severo, semejante a un metal oscuro, muy adecuado a una idea de eternidad». «¿Como las aguas del río Yanasmayo?». «Tal vez». «Pero ¿y la reencarnación?».

«No se contraponen…». No entendiste el nexo que daba por sentado el carpintero, pero te callaste. A veces era muy difícil entenderse cuando se tocaban con él ciertos temas. Continuó Fox: «Morir es reanudar un viaje, un larguísimo viaje, y por eso los ataúdes son como botes, como naves, en que las almas se internan por los ríos de la muerte». Recordaste una vez más esa semejanza con góndolas venecianas que habías creído encontrar. «Un viaje», prosiguió el viejo señor, tocando un motivo sobre el que se había explayado en anterior oportunidad, «que es como volver a la luz, al alba, y, por eso mismo a los manantiales mismos de la noche». Una vez más te asombró la mezcla de dudosas razones y poéticas fórmulas en que era pródigo Fox Caro. Mas no solo en él se daban nexos intrincados, sino también en ti, como el hilo con que vinculabas los féretros con las hornacinas y las calaveras de Raupi, la creencia en la transmigración de las almas con el amaru de los gentiles, la flor de la lluvia y de la nieve con la leyenda de Elena, y las sibilas de la *Eneida* con las finadas. Volviste a las preguntas: «Y su señora, ¿no se molestó por los cajones?». «¿Molestarse? Claro que no. Antes bien, decía que así las dos señoritas serían enterradas con toda la dignidad y la elegancia que merecían». «Pero…». «Nunca se sintió celosa, si es eso lo que estás imaginando…». «Estoy leyendo un libro antiguo de los griegos, la *Ilíada*, y allí los cadáveres eran quemados». «¿Ah sí?». El artesano no pareció interesarse en el asunto, y tú pensaste que Elena, la hija de Leda, a quien por lo visto nunca afectó el paso del tiempo, habría sido también incinerada después de muerta. Reanudaste la plática: «¿Y conoce usted las tumbas de don José María y de su esposa?». «Así es, ¿y tú?». «Yo no asistí al sepelio, y recién voy ahora». «Ah, pero sabes dónde están los nichos de tus tías, ¿no?». «Sí, mi madre me indicó». «Bueno, las tumbas de don José María y de doña Josefa están al costado, en el cuartel de San Ildefonso, pero un poco más arriba». Hubo una pausa, y abordaste otro tema: «He escuchado decir que el señor de los Heros era muy serio, pero también muy aficionado a las mujeres. ¿Supo usted de una Marina Túpac Roca, del pueblo de Sincos?». «Sí, supe», dijo Fox sorprendido, «por un compadre que yo tenía en ese pueblo, al que yo visitaba, y que una vez me habló de ella cuando pasamos delante de una casa muy vieja pero bonita, con sus arcos y su jardín, y que según dijo era la casa de esa dama, con quien tenía relaciones amorosas un señor jaujino muy rico, que se apellidaba de los Heros». «¿Y usted llegó a conocerla?». «No». Te decidiste, y preguntaste casi a boca de jarro: «¿Y no sería don Antenor hijo de esa señora?». Fox Caro te miró con expresión seria, y dijo con suavidad: «No, nunca oí decir tal cosa». «¿Y qué era entonces? ¿Solo un sobrino?». «Así me dijeron». «¿Hijo de un hermano o una hermana?». «No podría decirlo». No insististe. Él volvió la vista hacia el seto de flores que tenía al frente, al otro lado de la calzada, y su rostro recobró la meditativa dulzura que le era habitual. Te afirmaste, pues, en la idea de que sabía mucho más de lo que admitía, y que así protegía la imagen de tus tías, y muy en especial de la mayor. Por otro lado se aguzó también en ti la sospecha de que durante su estancia en Yanasmayo, Fox Caro se había enamorado de Euristela, aunque sin ninguna esperanza, por cierto. Una pasión platónica y perdurable, que le indujo a un discreto

pero permanente interés en todo lo que concernía a ella, y de la que nadie se había percatado, ni siquiera su esposa, y menos aun Felícitas. Un amor, en fin, que le llevó a trabajar en ese extraño presente que eran los féretros. «Son bellas esas flores», dijo de pronto Fox, como pensando en voz alta, «mas en verdad prefiero las de la puna, tan pequeñas, tan tímidas, pero tan puras». Sorprendido, dijiste: «Como la *sullawayta*…». «No me refiero a ninguna en particular, sino a todas…». Y continuó, al cabo de un momento: «Mas también son hermosas, de muy diversa manera, las flores de la montaña, con esos colores tan intensos, tan espléndidos. Flores no ya de la pureza y de la alegría, sino de la sensualidad y de la muerte». Atónito, como en otras ocasiones, guardaste silencio. ¿De dónde le venían esas ideas a Fox Caro? ¿De dónde ese lenguaje? Dijiste, en fin: «¿Ha viajado usted por la montaña?». «No, todavía no, pero he visto muchas veces las flores y los frutos que nos traen de allá, y me imagino cómo serán los bosques. ¿No has visto los relámpagos que brillan por la noche del lado de Quero? Son rayos que caen en esa tierra…». Sí, los habías visto, y a ti también te excitaban la imaginación. «No he ido aún», continuó, «pero pienso hacerlo yendo por Tarma, para visitar las cuevas de Huagapo, donde según aseguran hay un río y un lago subterráneos, y seguir desde allí a Chanchamayo, y más allá, hasta los montes…». «¿Va a dejar su taller?». «Por un tiempo, jovencito, solo por un tiempo, pues no se van a morir mientras tanto todos los jaujinos, ni soy yo el único fabricante de ataúdes». No había sarcasmo en su semblante sino una sonrisa juguetona, casi infantil. Prosiguió: «Un viaje en que he pensado siempre, y que ahora debo hacer». Tú habías oído hablar de esas cavernas, y Abelardo había expresado también el deseo de conocerlas. Profundas galerías que acaso conducían a una hondura como aquella que, según el mito, albergaba a las sierpes primordiales, y de donde tal vez partían, según una versión que escuchaste en Ataura, los ríos de la muerte. Tú también irías un día a visitar esas cuevas, quizá con tu hermano, o incluso con Leonor, si alguna vez te casabas con ella. Fox se puso de pie y se despidió: «Bueno, joven amigo, yo regreso a casa, y tú sigue al cementerio. Hasta luego». Y luego de un apretón de manos se fue caminando, tan pausado, y tuviste la impresión de que era él y no tú quien se dirigía en verdad a la casa de los muertos. Y la vaga sospecha, también, de que su proyectada excursión a la montaña era en realidad un peregrinaje tras de los pasos de Euristela e Ismena de los Heros. Viejo Orfeo, afincado en remoto pueblo andino. Continuaste tu camino hacia el panteón, como todos llamaban en Jauja al cementerio. Ubicaste sin dificultad los nichos de tus tías. Un poco altos y juntos, exhibían aún las flores que acompañaron las exequias. Sobre la lápida provisional, de tierra y yeso, se veían las iniciales e.h.r. en un caso, e i.h.r. en el otro. Te sorprendió no sentir en ese momento otra cosa que una especie de vacío. Al cabo de unos minutos de recogimiento buscaste en el cuartel vecino, el de la derecha, mucho más antiguo. No tardaste en hallar los nichos de sus padres, ambos con lápidas muy blancas, sin duda de mármol de Carrara. En una se veía representado un pórtico con columnas y una cruz, y en la otra una cruz con flores. Grabados los nombres de José María de los Heros y de Josefa Roldán, en

caracteres negros, con las fechas de su fallecimiento: 22 de noviembre de 1888 en el nicho de la señora, y 24 de junio de 1914 en el de su esposo. Nunca tendrían Euristela e Ismena lápidas comparables, pues ustedes no estaban en condiciones de efectuar un gasto semejante; mandarían oficiar sí, y tú te encargarías de ello, una misa de réquiem en su memoria. Después de un rato emprendiste el retorno, y mientras caminabas volviste a pensar que debió ser en 1910, año en que tu vecino pasó una temporada en Yanasmayo, cuando se enamoró para siempre de Euristela. Mas como se trataba de un amor imposible, cortejó más tarde a Juana López y se casó con ella, y fueron como todos sabían una pareja muy bien avenida. Pasión resignada, sin duda, y acrecentada quizá por el conocimiento del enigmático vínculo que existió entre tu tía y Antenor. Así se explicaba, seguramente, la dedicación con que trabajó Fox en su fúnebre expresión de amor y homenaje. Con mucha reserva guardó para sí sus sentimientos, pero ahora, por obra de tu curiosidad, del azar, y de una serie de indicios, te habías enterado de ellos. ¿Se incomodaría por ello, o más bien se alegraría? Después de todo, tú también te habías inclinado, a tu manera, ante la belleza que fue en su juventud Euristela de los Heros. Después de unos minutos abandonaste ese sitio, y luego de deambular un rato por el camposanto emprendiste el retorno. Y absorto como estabas en tus reflexiones, apenas si te diste cuenta de que te abordaba un campesino y te preguntaba: «Joven, ¿sabe usted a qué hora cierran el panteón?». «No, no se cierra nunca», balbuceaste. Y el hombre, desconcertado, te dirigió una mirada extraña.

Comenzabas a sentirte cansado de Czerny y de los estudios de Lemoine. Sabías bien cuánto habías avanzado en soltura, en digitación, en regularidad, y la señora Mercedes no dejaba de reconocerlo. Decidiste, pues, faltar a una o dos clases, olvidar los ejercicios y volver a lo que amabas. A Mozart, en primer término, y a tu querida sonata, con el *allegro* que era como una mañana de luz y felicidad. Y, desde luego, al *adagio cantabile* de Beethoven, y al tercer preludio del *Clave bien temperado*. Toda esa tarde se escucharon sus compases, en lugar de las interminables escalas de rutina, en la modestísima pero fervorosa versión que te era posible. Tu entusiasmo se veía estimulado, además, por la mayor rapidez con que seguías las partituras, virtudes todas que resultarían muy útiles, también, en tu iniciación organística. Pasó por ahí tu tía y observó: «Estás inspirado, sobrino…». ¿Inspirado? Bueno, en cierto modo era así. Continuaste con lo tuyo, pero en cierto momento cruzó por tu mente, inesperada, una frase extraña a la pieza que ejecutabas. Una frase muy breve, de seis o siete notas y de un espíritu por completo diferente. Te detuviste, sorprendido. Una y otra vez te repetiste en silencio esos sonidos. Sí, se trataba de un motivo secundario del pasacalle que interpretó en la noche del 21 de enero el arpista apurimeño, y que no habías anotado. ¿Qué hacía surgido así, en mitad de un pasaje de Bach? Lo tocaste de nuevo, y después en una clave diferente, y en otra, hasta dar con una que se ajustaba mejor a la melodía. Y no solo eso, sino que intentaste a continuación un desarrollo a base de esa línea, y luego otro, y entusiasmado ensayaste un acompañamiento. Volviste a vivir

los momentos de absorta emoción en Yauyos. No era, por cierto, la primera vez en que realizabas un experimento semejante, pero sí la primera en que lograbas tal calidad, e incluso, aunque no se te ocurriera el término, tal coherencia. Y, sin embargo, en medio de tu alegría asomó la sospecha de que allí se ponían también a luz tus límites, más allá de los cuales no sería mucho lo que conseguirías, aun si ingresabas al Conservatorio. Y absorto como estabas en esos pensamientos no advertiste que Abelardo se había sentado en uno de los sillones del corredor, a un costado de la mampara de la sala. Al poco rato, no obstante, te diste cuenta de su presencia. «Te estuve escuchando…», dijo. «Así veo». «Y me pareció bien». «¿Te refieres…?». «A tu improvisación, si la puedo llamar así». «Bueno, a mí también me ha parecido bien, pero será por el tema, que no es mío sino del arpista de quien les hablé». «No exageres la modestia». Fuiste y tomaste asiento a su lado. El cielo se había despejado y se veía un sol atardeciente. «No sé por qué», dijo tu hermano, «esa música me recuerda Ataura, en la época de la cosecha de trigo, cuando iba después del colegio a reunirme con ustedes, y a lo lejos alguien silbaba un huayno». «Para mí Ataura fue lo más feliz de mi infancia». «Volviendo a la música, ¿sigues pensando en dedicarte a ella?». «Sería mejor preguntar», respondiste, con un leve acento de amargura, «hasta dónde puedo llegar». Tu hermano guardó silencio. «No va a ser mucho, como ya he dicho otras veces, por lo tarde que empecé, por la falta de profesores, y también, bueno, por mis limitaciones». «No te subestimes, y mira el ejemplo de tu hermana con la pintura». «No entiendo». «Quiero decir que podrías ser profesor y hacer música por la música misma, para tu propia alegría, y con mayor razón ahora, en que te inicias con el órgano». «No me hace gracia eso de terminar como don Florentino Pazos, dándole al clarinete y dirigiendo la banda del colegio en los desfiles escolares, tatachín y tatachín…». «No he dicho eso». «Pero, ¿qué otra cosa quedaría?». «¿Y el órgano?». «Acabaría como Epifanio, o tendría que meterme de cura». Al cabo de un espacio, Abelardo dijo: «Volvamos entonces a lo que sugerí en una ocasión anterior, es decir que intentes una doble carrera: música por un lado, y literatura por otro». «¿Como tú, con la historia y la abogacía?». «No sería lo mismo, porque tú amas la música y tienes dotes para la literatura, en tanto que a mí no me interesa mayormente el derecho sino como un medio de defender ideas que de algún modo son las de papá, además de procurarme unos ingresos». «No me has hablado al respecto…». «¿De qué?». «De esas preocupaciones sociales…». «No en especial, pero siempre he dicho que el orden social en que vivimos es muy injusto, incluso aquí en esta parte del valle donde todos somos pequeños propietarios, pero subsisten todavía muchas desigualdades y prejuicios». «Y ¿tú crees que con el derecho…?». «Algo se puede hacer, y al mismo tiempo ganar con qué vivir, lo cual sería muy difícil si me dedico solo a los estudios de historia». «Y a propósito, ¿los reiniciarás este año?». «Viajaré a Lima el mes próximo y resolveré allá, ya que aún hay tiempo». «¿Ah sí?». «La matrícula en la Facultad de Letras se ha prorrogado hasta el 15 de abril». «¡Qué bueno!». «Conversaré además con mis antiguos profesores, y veré una posibilidad, remota es verdad, que es la de una carrera de profesor

universitario. Es solo una posibilidad, que por lo demás tiene el inconveniente de que si resultara tendría que quedarme a vivir en Lima, cuando lo que yo quiero es establecerme en Jauja». «Pero entonces, ¿estudiarás este año?». «Podría también inscribirme solo en dos o tres cursos, con lo cual continuaría aquí en la biblioteca por este año, viajando a Lima una o dos veces por mes». «Pero, ¿es eso posible?». «Lo averiguaré». «Y, ¿ya has hablado con mamá al respecto?». «Así es». «Y ¿con Laurita?». «Sabe que no debemos hacernos ilusiones». «Bueno, ojalá que todo salga bien». Se produjo otro intervalo, al término del cual tu hermano dijo: «Pero volvamos a tu caso, y lo que te decía hace un momento». «Entiendo que para escribir cuentos y novelas no se necesita estudiar en la universidad, ¿no?». «No, claro que no». «¿Y entonces?». «No, pero ser profesor de lengua y literatura en un colegio sería menos frustrante para ti que enseñar a los muchachos a leer un pentagrama o a tocar el clarinete o el bombo». Preferiste regresar a un punto que te interesaba esclarecer: «Dime, ¿por qué crees que tengo condiciones para ser escritor, si te he mostrado muy poco?». «Yo no soy literato, y menos aun crítico, pero recuerdo muy bien el cuento del *pishtaco* y del carnero, que me leíste el año pasado, y los que me mostró Laurita, y el de *La dama del perrito*, que me alcanzaste anteayer. Y están bien, a mi modo de ver…». «Uno de estos días te voy a dar otro, a ver qué piensas». «Tendré mucho gusto, y a propósito *La dama del perrito* es un relato que seguramente necesita afinarse, y con mayor razón por su brevedad, pero me parece interesante por su melancolía, su poética melancolía…». «¿Tú crees?». «No es tan acabado, y quizá son mejores los otros, los humorísticos, pero promete…». Te quedaste en silencio y Abelardo dijo: «Aunque habría también, ahora que pienso en ello, otra alternativa para ti, todavía muy imprecisa, al menos en nuestro país, y que sería alternar la literatura con la musicología. Es decir, el estudio de la música popular tradicional, lo cual supone trabajar en la recopilación sistemática de cantos populares andinos. ¿No es eso, precisamente, lo que haces con mamá?». «Sí, pero solo para nosotros, y muy poco en las últimas semanas, como bien sabes». «Pero es algo que has explorado y te atrae». «Me interesa, por supuesto». «Aunque habría que ver qué posibilidades prácticas hay por allí». «Cuando vayas a Lima averigua por favor». «Mas no se agotan allí las perspectivas, joven hermano, pues también podrías estudiar literatura, solo literatura y no ya pedagogía, y llegarías a ser por ejemplo un helenista, por ese gusto con que lees la *Ilíada*». «En realidad me gustaría mucho más dedicarme a escribir». Después de un momento, Abelardo continuó: «Y digo también que tienes condiciones por ese curioso modo con que observas a la gente, para después dejar vagar la imaginación…». «¿A qué te refieres?». «Por ejemplo a tu especial interés en nuestras tías, por desgracia ya finadas, y en Fox Caro, con sus ataúdes y su prédica, y en Mitrídates». «Sí, quizás». «Y acaso es esa facilidad recreadora lo que presentían las finadas, y por eso eres el único que recibió sus confidencias —porque confidencias eran, por deshilvanadas que fuesen—». «No entiendo». «Quiero decir que sin duda presintieron que tú serías quien conservaría mejor y más vivo el recuerdo de todo aquello». «¿Y que escribiría al respecto?». «Así es». «¿Tú crees?». «Y ahí está también, como muestra, el cuento de

Julepe y el heliotropo, porque a fin de cuentas se trató de un cuento, aunque no lo hayas puesto por escrito. Y pienso que algo semejante va a suceder con la imagen que nos das de un Palomeque rapador, enjalmero y latinista, y de ese Miramontes que has sacado no sé de dónde, y que parece una pura invención tuya…». «Pero yo no he…». «Y si lo has hecho, mucho mejor, pues no me estoy pronunciando sobre tu derecho a hacer tales cosas, sino sobre tu imaginación, y en este caso tu imaginación literaria…». «Laurita dice que no está bien». «Y tengamos en cuenta, además, ese diario que llevas». Una sospecha cruzó por tu mente, y preguntaste: «Oye, ¿no has estado leyendo a escondidas mis libretas?». «No, no, pero Laurita vio por casualidad una que dejaste abierta la otra vez en la mesa del comedor, y no pudo resistir la tentación de darle una ojeada, y vio que hablabas allí de su pintura, porque ese domingo ella había estado pintando en el jardín, y habías escrito unas notas al respecto, que dicho sea de paso le gustaron mucho». No supiste qué decir, pues si bien no te agradó que te hubieran leído, te alegró que tu hermana hubiera apreciado tus apuntes. «No sé», dijiste, luego de un rato, «pero tal vez tienes razón, y esa idea de dedicarme a la música y a la literatura, como sin duda le habría gustado a papá, quizá podría resultar…». «Es cosa de pensarlo». «Y, ya que estamos en este plan, ¿me contarás por fin ese chiste de Wharton y la beata Quiñones?». «No, ahora no». Ibas a insistir, pero en eso salió tu madre, que había estado trabajando en el taller, y quiso tomar un descanso junto a ustedes. «¿De qué hablan, hijos?». «De muchas cosas, mamá, y del gusto que nos da tenerte con nosotros». «Eres lisonjero, Abelardo». «¿No eres acaso la mejor madre del mundo?». Ella se rio y se pusieron a conversar sobre cosas del día, en una plática que no seguiste con atención. Y había razón, pues la charla con Abelardo te había dejado tema para nuevas y largas reflexiones.

14 de marzo

Pienso en Mitrídates y en su relación con las finadas. ¿Cómo y por qué se interesó en ellas? ¿Y esa actitud en el entierro? ¿Cómo pudo prever tía Euristela que sería él quien las recibiría en el camposanto? ¿O sería más bien que él asumió esa premonición como un mandato? ¿Y por qué se marchó sin cruzar palabra con nadie? Pensando en todo eso no puedo dejar de acordarme también de que lo vieron llevando uno a uno los cuerpos de unos campesinos muertos de tifus. ¿Quién es, finalmente? ¿Por qué está siempre tan vinculado con la muerte? ¿Por qué lo llamaron Azrael, cuando su nombre es Mitrídates? Le hice estas preguntas a Abelardo, y él me contestó: «Como habrían dicho los antiguos, eso es lo que le ha tocado en la existencia». «¿Qué quieres decir?». Pero mi hermano no respondió a lo que me interesaba, y más bien dijo: «No olvides que es un hombre al que le duelen mucho la opresión y la injusticia, y eso, Claudio, está del lado de la vida».

Por la tarde

Fui al coro, a eso de las 4 y 30 p. m. El padre Barrelier respondió solo con un ademán a mi saludo y me indicó que subiera. Ensayé la pequeña pieza de Haendel, que en realidad es una adaptación del allegro de su Concierto en re menor. Me sentí tan absorto que no me di cuenta de la hora, y salí casi a las 7. Por suerte no había ningún taita en la galería. En cambio Epifanio charlaba con una vieja en el atrio. Me hizo un gesto amistoso, pero no hubo lugar para que me acercara. Viéndolo bien, ha sido generoso, y le estoy muy agradecido.

Abelardo dijo esa mañana, después del desayuno: «A ver, tengo algunos anuncios que hacer». Se refería a las últimas disposiciones de las finadas. Nadie preguntó nada, ni aun tía Marisa, y todos escuchamos con atención. «Como ya les conté», prosiguió tu hermano, «hace unos tres meses las tías me pidieron que les llevara un notario, porque sabían que no iban a durar mucho y querían elevar a escritura pública su testamento». «Pero ¿es posible un testamento de dos personas?». «En realidad se trata de dos instrumentos idénticos, por lo cual son como uno solo». «Pero ¿y la versión anterior?». «Lo que hasta entonces tenían eran dos testamentos cerrados, susceptibles de ser objetados. Se necesitaba, pues, dar a sus voluntades una mayor fuerza legal». «Estaban, pues, aún lúcidas», comentó tu madre, pensando sin duda en los monólogos cada vez más erráticos de las ancianas. «Así ratificaron que Felícitas era y debía ser con toda justicia la heredera, y no Emilia Rivas, que a juzgar por los antecedentes podría regresar y reclamar lo que dejaron». «Pero ¿acaso esa señora es sobrina carnal?», preguntaste. «No, Emilia es hija de un primo hermano por el lado de los Roldán, que murió hace muchísimo tiempo», respondió tu tía. «Así, pues», continuó Abelardo, «busqué al doctor Salazar, y lo llevé, y dos amigos míos fueron los testigos». «¿Y qué dispusieron?». «Bueno, fui confirmado como su albacea, y determinaron que la casa, incluso la tienda alquilada al zapatero Cáceda, quedaba para Felícitas en reconocimiento por sus servicios, lo mismo que la mayor parte de los muebles y enseres. Y a nosotros, es decir a ustedes, mamá y tía, les dejaron el uso del dormitorio contiguo al suyo, que como sabemos da a la calle Salaverry y puede ser convertido en tienda. Yo puse reparos, pero ellas insistieron». «No nos avisaste», dijo tu madre. «Es evidente que se trata de una manera de asegurar nuestra cercanía y protección para Felícitas». «Y eso no es todo, ya que por consejo de Salazar, quien se portó muy bien, el testamento establece que Felícitas no puede vender la casa, ni ustedes tampoco ese cuarto, y que a su muerte todo pasará a la Beneficencia Pública. Así nadie podrá aprovecharse de la ignorancia de esa mujer». «En otras palabras», dijo tu madre, «no le faltarán techo ni una pequeña renta por el alquiler». «Es poco, pero es algo». «Debiste prevenirnos», repitió tu tía. «Por otra parte», continuó Abelardo, «hay otros legados pequeños». «¿Ah sí?». «Para ti, madre, un baúl con prendas antiguas, y para ti, tía, un espejo con marco de bronce. A mí me han dejado un cuadro con la figura de un San Jorge a caballo, que estaba en el cuarto de su papá, y a este joven un cofrecito de madera con una llavecita. ¿Qué les parece si vamos hoy a ver todo eso?». «¿Y a Laurita?». «Ah, me olvidaba, a Lauri le han dejado dos

huacos muy hermosos, encontrados en Raupi». «Y Felícitas, ¿está enterada?». «Sí, en términos generales, porque ese día la mandaron llamar, y atónita se echó a llorar». Tu madre dijo: «Pero ¿y si solo se hubiera muerto una de las tías?». «En realidad cada testamento establece como heredera a la hermana sobreviviente, y en caso de que ambas fallecieran, a Felícitas, como ya dije». «¿Y qué vamos a hacer con esa habitación?». «Podríamos dársela a ella», sugirió tu tía. «No, esa no fue la voluntad de las tías», contestó Abelardo. «Ya veremos más adelante», dijo tu madre. «Me temo», objetó Marisa, «que Emilia Rivas pedirá la nulidad del testamento». «No podrá», replicó Abelardo, «porque el notario dejó expresa constancia de que las testadoras estaban en pleno uso de sus facultades, y así hicieron constar los testigos». «Se ve», dijo tu tía, «que ellas habían previsto todo desde hace mucho, y que en ese momento no hicieron sino dar forma a lo que habían dispuesto». «Sin duda se daban cuenta de que después todo sería más difícil», dijo tu madre. «Así lo entendí y por eso me apuré». Tú preguntaste qué quería decir lo de albacea, y tu hermano te hizo una explicación al respecto. «Cumpliste muy bien lo relacionado con los funerales», dijo tu madre. «Hice todo lo posible, pero también ayudó mucho la previsión de las ancianas, que encargaron con mucha antelación los ataúdes, y compraron mucho antes sus nichos». «Y también pensaron en su misa», anotó tu tía. «Así es». «Pienso que no deberíamos limitarnos a una misa rezada». «No, por supuesto que no», dijiste, «sino que debe ser toda una misa de réquiem». Y como todos te miraron, sorprendidos por la vehemencia con que habías hablado, añadiste: «Una misa de réquiem, con un coro de Ocopa». «Traer un coro cuesta mucho dinero», dijo tu madre. «Ya se verá, pues». Terminó la plática, y media hora después la familia entera se trasladó a la casa del jirón Salaverry. Felícitas abrió la puerta y nos invitó a tomar asiento en el patio. Había estado masticando coca y se la veía demacrada, ojerosa. Contó que había ido al cementerio llevando claveles rojos a las tumbas, y que todas las noches soñaba con las difuntas. Dijo también que nadie había ido a visitarla. Se conversó luego sobre el zapatero Cáceda y el modestísimo alquiler que pagaba. La vieja mujer dijo: «Yo seguiré haciendo lo mismo: iré a la plaza, a la feria, a vender comida. Eso hacía cuando vivían las señoritas». Después de un rato, pasaron ustedes a la habitación que les habían asignado las finadas, cuya llave le habían entregado a tu hermano. Un cuarto en que había una cama de bronce desarmada, una mesita, un estante sin libros, el espejo de bronce y algunos enseres. El piso era de ladrillo, y la ventana que daba a la calle estaba cerrada, por lo cual el ambiente era muy frío. Tu madre se sentó en una silla y se echó a llorar en silencio. Luego de un momento Abelardo descolgó el espejo, de un azogue muy deslustrado, y en cuyo marco se veían unas figuras de esfinges y unicornios. Tu tía Marisa lo contempló en silencio. El cuadro, de mediano tamaño, tenía solo bastidor, y se hallaba en el suelo, volteado y apoyado contra el muro. Tu hermano lo puso sobre la mesa. Representaba en efecto a un San Jorge que cabalgaba sobre un corcel blanco. Tú habías visto una litografía con ese tema en casa de tu tía Grimanesa, pero este era diferente, pues el santo no pisoteaba con su cabalgadura al demonio, sino que se le enfrentaba

armado con una lanza. Un cuadro hermoso, aunque mal conservado, y que habría de interesar a Laurita. Miraste con detenimiento el fondo, con una lejanía azulada, bosquecillos, iglesias, o tal vez palacios, y un río que serpenteaba y un cielo celeste que contrastaba con la sombría luz del primer plano. ¿Por qué habrían conservado el cuadro las tías? ¿Habría tenido un especial significado para José María de los Heros? Entre tanto tu madre se había acercado al baúl y examinaba su contenido, que consistía en un sacón de paño negro, apolillado por desgracia, con un espléndido bordado en los orillos, y un vestido largo de ese color rojo que en casa se designaba como «concho de vino», y después un vestido de raso azul y otro verde, también de seda, muy arrugados. Y unos chales y otras prendas menores, de comienzos de siglo. Tu madre se dominó y comenzó a acomodar todo en el baúl. «¿No estará allí la foto que había en la sala?», preguntaste. «No, no está». Y así era, en efecto. ¿Qué habría sucedido con ella? Abelardo retiró el tocuyo que cubría los dos ceramios para Laurita. «Deben ser anteriores a los Incas, porque se me ocurre que Raupi es anterior a ellos», dijo. Sea como fuere, uno tenía forma de un plato de color rosa, con dos figuras negras que podrían haber sido dos aves estilizadas, y el otro de una figura femenina, con los senos y el sexo claramente visibles, e igualmente muy estilizada. Piezas como no habías visto nunca, ni en el pequeño museo del colegio, ni en las ilustraciones de los libros de texto escolares que recordabas. Laurita quedaría encantada. «Y ahora vean ustedes», dijo Abelardo, «el regalo para este joven». Y buscó en un cajón y extrajo una cajita de madera obscura, pero sin nada de especial. La abrió y adentro había una más pequeña, forrada en terciopelo, y en su interior un anillo. Lanzaste una exclamación, pues ahí brillaba una piedra de color violeta, pero de un violeta escarlata como no habías visto nunca, sobre un engaste de oro pálido. «¡Qué sortija tan linda!», se admiró tu madre. «Debe ser el anillo que te mencionaban», dijo tía Marisa. «¡Es el mismo!». «¿Y por qué era tan importante?». «No lo sé». Y era así, desde luego. Sortija que, en su diseño, estaba muy lejos de la vistosa e ingenua magnificencia, por así decir, del anillo de oro de la esposa de Fox Caro. Abelardo comentó: «La amatista no es una piedra costosa como la esmeralda o el topacio, y menos aun que el diamante, pero ¡es tan hermosa…!». Eran reales, pues, esa piedra y la joya, tan vinculadas a las tardes y noches de Yanasmayo, y a una pasión misteriosa y acaso terrible. Y las señoritas de los Heros, y más precisamente Euristela, te la habían dejado a ti. ¿Por qué, pues? Tu madre y tu tía examinaron la alhaja, y Abelardo —¡cosa extraña!— encendió un cigarrillo y se sentó en una silla. «Por hoy dejaremos estas cosas aquí, ¿no les parece?», dijo tu madre. «Está bien», opinó tu tía. «Yo quiero llevar a casa la sortija y los huacos», dijiste. «Vámonos», dijo tu madre. Felícitas oyó que ustedes cerraban la puerta del cuarto y salió a despedirlos, y por primera vez besó a las dos mujeres en la mejilla. Ya en la calle tu madre dijo: «Tendremos que convertir esa habitación en una tienda y alquilarla, para ayudar a Felícitas». Tu tía y tu hermano no respondieron. Tú tampoco, pues tus pensamientos estaban en el legado que habías recibido. ¿No era algo así como una póstuma invocación a que no olvidaras lo que habías escuchado a las finadas?

15 de marzo, por la noche

Lo tengo ahora aquí, sobre mi mesa. El anillo con esa piedra hermosa. Muchas veces pensé que solo existió en la imaginación de mis tías, tan próximas a la locura, si locura es vivir en el pasado. Eso creí, pero hubo pues en verdad un anillo con una amatista, y me lo dejaron como recuerdo. Piedra de mala suerte, dicen algunos, y quizá tienen razón. «Luz violeta», «gota de sangre», decía Euristela. Un color que debería llamarse púrpura, se me ocurre, y no violeta, que hace pensar en una flor tímida, ni «violado», como indica el diccionario, porque no da idea de esa tonalidad obscura. Y menos aun morado, como decimos nosotros, con palabra que hace recordar un dulce de moras. Dice también el diccionario que la palabra viene del latín amethystus, nombre aun más misterioso. ¿Y corindón? «Denominación genérica», se dice allí, «de varios tipos de piedras preciosas, y entre ellas la amatista oriental, que es la del matiz propiamente violeta». Amethystus, corindón, ¿cómo no ha de haber una magia de los nombres? Es doble, por todo eso, el enigma de este anillo. Símbolo de amor, de muerte y de poesía, allá en lo hondo del pasado, como es de vida el que lleva junto al aro matrimonial la esposa de Fox Caro.

«Sentí mucho la muerte de tus tías», dijo tu tía Rosa, «y créeme que habría asistido al sepelio si no hubiera sido por la fuerte gripe que me dio y me obliga a cuidarme todavía, si no quiero seguir el mismo camino». «Se la ve a usted muy bien, tía…». «No seas lisonjero, muchacho, ni me des falsas expectativas», dijo ella con fingida severidad, y continuó: «Me dio mucha pena, y mucho más porque en tus últimas visitas me hiciste recordar ese esplendor en que vivieron, un poco extraño, quizá, pero innegable». «¿Por qué dice usted eso?». «Ya te conté, jovencito, el tren que llevaban, y la educación que recibieron, y lo guapas que se veían. Y todo para qué…». «No entiendo». «No debieron confinarse en esa hacienda tan remota». «Un lugar hermoso, según he oído…». «Sí, quizá, pero todo tan frío, tan solitario…». «¿Conoció mi tío Rafael Yanasmayo?». «No que yo sepa, pero es posible…». «Y, ¿cómo era doña Josefa?». «¿La madre de tus tías? Apenas si recuerdo que era una señora vestida siempre de seda y de paño, y que hablaba muy poco». «¿Cuándo murió?». «Cuando tus tías eran aún niñas». «¿Y qué más se acuerda usted?». «Era una mujer alta, que intimidaba». «¿Y los amores de don José María…?». «Supongo que no tuvieron lugar en vida de su esposa, sino después…». «Esa Marina Túpac Roca, de Sincos…». «¿Era de Sincos?». «¿No me lo dijo usted?». «No, yo no dije nada; antes bien tenía entendido que era huancaína». No supiste qué decir, porque te habías confundido, y no te pareció adecuado mencionar que el dato lo debías en realidad a Fox Caro. Por suerte ella continuó: «Yo la vi una vez, y me acuerdo que era delgada, y que montaba a caballo como el que más». «¿Ah sí?». «Algunos decían también que era descendiente de un hermano de Catalina Huanca, y otros aseguraban que no, pero la cosa es que era una mujer trigueña, de unos ojos como carbones, quizá porque sufría, según oí decir, de esa enfermedad en que dan convulsiones, la epilepsia». Te

quedaste pensativo, excitado ante la figura de una mujer así, voluntariosa, ardiente, y víctima además de ese terrible mal. Y José María de los Heros se había enamorado de ella, y habían sostenido un romance que seguramente dio mucho que hablar, y que fue incluso escandaloso. ¿Cómo lo habrían tomado Euristela e Ismena? ¿Y Antenor? «Y, ¿cuándo fue, tía?». «No sé, hijo, porque yo no me interesé tanto en las aventuras del señor de los Heros…». «Pero, ¿habría sido antes de 1910?». Tu tía te miró sorprendida: «¿Y por qué antes de ese año?». «Porque en 1910 apareció el cometa Halley». «¿Y qué tiene que ver?». «Todo habría sido más novelesco ese año». Tu tía se acarició el mentón, un poco a la manera de Fox, y dijo: «Así que novelesco…». «En esas noches bajo esa luz inmensa. ¿Usted se acuerda del cometa, verdad?». «Claro que sí, hijo, y no podría olvidar que en efecto era como una nube blanca e inmensa, que nos tenía atemorizados…». «¿Se imagina usted a Marina Túpac Roca cabalgando en la noche, bajo esa claridad, por la puna de Yanasmayo?». La anciana te miró asombrada, y tú insististe: «Y la serenata que le dio don José María, después, con los músicos venidos de Lima…». «No fue para ella la serenata, sino para otra…». «Habría sido más novelesco que fuera para doña Marina…». Tu tía se te quedó mirando otra vez, estupefacta. Un poco avergonzado, callaste. Allá en su percha Teodorico se hizo escuchar, muy cariñoso: «…rico, … rico…». Tu tía no le dio importancia, y puso a un lado su tejido. ¿No se habría enojado? «Eres todo un caso, Claudio, porque nunca nadie me ha preguntado por esas gentes y sucesos tan antiguos, y menos ha dejado volar la imaginación como tú lo haces». «No diga eso, tía». «Vaya, ¿es que no te interesan las cosas de tu edad?». «Sí, me gusta el cine y salgo con mis amigos, y estuve por bailar en un tumbamonte». «¿De veras?». «Sí, tía». La anciana titubeó, pero acabó por decir: «Ojalá, hijo, porque no está bien eso de ir removiendo el pasado, como hacen los viejos, y menos de estar inventando novelas». Trataste de volver al tema que te interesaba, pero tu tía, por alguna razón, lo hizo primero: «Una mujer delgada, no muy guapa, pero de unos ojos tan hermosos, así era esa Túpac Roca…». «Y el nombre, tía». «¿Qué pasa con su nombre?». «Era hermoso, de veras». No le pareció así a tu parienta, y continuó: «Ella dejó Jauja, y todos dijeron que había ido a establecerse en Lima, pero el señor de los Heros no la siguió». Se te ocurrió una posibilidad, que exploraste con cautela: «¿Y ella no habría tenido que ver con ese Antenor, a quien menciona mi tía Euristela?». «No creo», dijo tu tía con dulzura. «Pero ¿no dicen que era primo de mis tías?». «Pero no por eso iba a ser pariente de la Túpac Roca». No, la anciana no te había entendido. Incursionaste por otro lado: «¿Y tuvo hermanos don José María?». «Supe de uno, Antonio, al que mataron en una montonera, por cacerista». «¿Ah sí?». «Dicen que peleó también contra los chilenos en Marcavalle y en Huamachuco, e incluso hubo una pequeña placa de bronce en su homenaje, en el cabildo antiguo…». Alguna vez te gustaría escribir sobre esa Marina Túpac Roca, y sobre sus cabalgatas y sus ataques de epilepsia. No duró mucho tu abstraimiento, sin embargo, porque allá en su jaula Teodorico prorrumpió en un sonoro «…Te jodiste idiota». Tu tía dijo, sonriendo: «Debe ser que ha pasado por el techo el gato del vecino, cosa que lo pone

nervioso en estos días». Como un destello brilló en tu mente la posibilidad de otro relato, nuevamente a costa de Teodorico, idea que debió reflejarse de algún modo en tu semblante, porque la anciana dijo: «¿Te pasa algo, Claudio?». «No, nada…». Consideraste conveniente preguntar: «Tía, ¿no necesita ayuda para seguir con lo de los papeles?». «No, hijo, por el momento no». Y la vieja señora continuó: «Y a propósito, y ya que te interesan tanto las cosas de esos tiempos, te diré que la pérdida de la hacienda de Yanasmayo se debió, precisamente, a descuidos en los papeles, tanto de parte de don José María como de sus hijas». Y como tu tía vio la gran atención que suscitaba en ti el dato, prosiguió: «Así es, y lo sé porque el abogado de las finadas fue un tío de mi marido, el doctor Áureo Solís, que en paz descanse». «Cuente usted, por favor…». «Bueno, a la muerte de don José María, el mayordomo o capataz asumió de hecho el manejo de la propiedad, y aunque tus tías se fueron a radicar allá arriba, él siguió disponiendo de las cosas a su antojo. Y sin duda estaba enterado de ese problema de papeles, porque se condujo de un modo cada vez más desafiante. Y no solo eso, sino que noticiados del asunto los Montero, que eran unos hacendados de Tarma, colindantes de Yanasmayo, entablaron un juicio a tus tías». «Pero mi tía Euristela debió ser una señora de temple…». «Sin duda se hallaba muy afectada por la muerte de su padre, y por el incendio, y por otras razones, y estaría también ya un poquito trastornada, porque no hizo lo que debía, y menos aun su hermana, de manera que en menos de un año los Montero ocuparon el fundo, botaron a los pongos y tus tías tuvieron que venirse a Jauja». «¿Y el ganado?». «Supongo que se perdió». «¿Y Santiváñez?». «Él se quedó con una parte de la hacienda, que fue la que don José María compró a los Reaño». «¿Conoció usted a Santiváñez?». «Lo vi una vez en nuestra tienda: un hombre *borrado* por las viruelas, malcarado y por entonces ya viejo». «¿Que habría sido de él?». «No sé». «¿Y la mina de Shutuymarca?». «Creo que, abandonada como quedó, fue a dar a manos de un tal Fernández, y después lo ignoro…». Al cabo de un rato dijiste, con cautela: «Tía, ¿nunca escuchó usted la leyenda de los amarus, y de que uno de ellos, el amaru negro, está en el fondo de la laguna de Chocón, que es como decir Yanamarca?». «Algo me contaron cuando yo era chica, pero ¿qué tiene que ver…?». «Pues que la hacienda se llamaba antes Amarucancha…». «Aún no veo, hijo…». «¿Por qué le cambiarían el nombre?». «No sé». «¿No sería por temor a esos seres míticos?». «Tal vez, pero solo son leyendas de los gentiles». «Una leyenda muy hermosa, tía…». Ibas a proseguir, pero se oyó a Teodorico, mudando de tema y proclamando: «¡Alcahuete, Alcahuete!». ¿Qué podías decir? Tu tía fingió sonarse la nariz con un pañuelo menudísimo, que desvió tu atención. La plática tomó luego otro rumbo —inesperado rumbo— porque la vieja dama te preguntó, a propósito sin duda de esa leyenda: «Oye, Claudio, ¿de verdad que quieres ser literato?». Sorprendido, retrucaste con otra pregunta: «¿Por qué lo dice?». «Porque el otro día estuvo aquí tu tía Marisa, tan amena como siempre, y me contó que quieres ser escritor…». «¿Eso dijo?». «No veo por qué te pueda molestar…». «No me molesta, tía». «Y no lo dijo en chanza, aunque sé bien que le gustan las bromas, sino muy en serio». «Sí, me gusta escribir». «Está muy bien,

hijo, pero no olvides que hay otras cosas más útiles en la vida». «Por supuesto, tía…». «Ojalá que lo tengas presente, porque a lo mejor, con esa obra que te regalé, he influido en un sentido que a tu mamá y a Abelardo no les gusta». «No se preocupe usted». «Ojalá, porque si no me van a echar la culpa, y no quiero sentirme mal». «¡Oh, no, en absoluto!». Y estuviste a punto de echarte a reír, y, al mismo tiempo, darle un beso en la mejilla. ¡Viejita adorable! Mas no quedó allí su preocupación por tu futuro, pues dijo: «Y me contó también que sigues con el piano, y que estás recibiendo unas lecciones de melodio de Epifanio Orihuela». «No me está dando lecciones, pero fue muy amable, y gracias a él y al padre Barrelier puedo ir al coro». Tu tía te observó de nuevo, y preguntó: «Entonces, ¿quieres ser organista como tu abuelito?». «Me gustaría mucho aprender, pero no pienso dedicarme a eso». «Eres un chico talentoso, Claudio, y no estaría bien que te pasaras la vida acompañando misas, como hizo don Baltazar, que en paz descanse». «No, tía». «Y menos aun que te quedaras de sacristán, como Epifanio». «No, tía», reiteraste. Tranquilizada, la anciana empezó a hablarte de su sobrina Cleofé y de la salud de las beatas Bardales, de modo que, como el tema no te interesaba, hiciste uso de una de tus habilidades, cual era la de poner la cara más atenta del mundo a la vez que pensabas en otra cosa. Y así, hasta que llegó a su fin tu visita. Y como hacía frío, no dejaste que tu tía te acompañara, y quien lo hizo, con implacable sequedad, fue su pétrea servidora. Y después, mientras retornabas a casa, volviste a pensar en esa Marina Túpac Roca. Sí, alguna vez escribirías sobre ella…

16 de marzo

Querida Leonor:

Comprendo cómo debes sentirte, y me apena, en ese lugar frío y desolado. Aquí en cambio todo está tan verde y son tan bonitas las mañanas, aunque después se nuble y se venga abajo el cielo. Y se ven tan bien las sementeras…

Hace unas tres semanas te escribí una carta bien larga, pero no pude enviarla, pues no sabía cómo hacerlo. La he tenido conmigo, y ahora que la he vuelto a leer, me gusta y te la envío junto con esta. Ojalá nomás que Mirta sepa cómo hacer, y no vayan a parar ambas a manos de tus padres, que no nos van a comprender, y se armaría la de Troya (bueno, es un dicho que quiere decir que se haría un gran lío).

Es gracioso, cuando voy a la tiendecita de Mirta, porque dos veces me equivoqué, y no era ella quien atendía detrás del mostrador sino su hermana mayor, la casada, y no tuve más remedio que tomar unas colas, aunque hacía frío y no tenía sed. Tu amiga, por lo demás, es una chica de cara muy seria, y que solo me dice: «Ah, ya», y después, cuando le doy las gracias, «De nada». Y me mira con esos ojos que parecen leerle a uno la mente, negrísimos.

Se murieron mis tías abuelas, ya muy ancianas, de las que te hablé. Estaban muy solas. Dicen que fueron guapísimas de jóvenes. Hace mucho tiempo tuvieron una hacienda, que se llamaba

Yanasmayo, y antes Amarucancha, de seguro porque está en las alturas que hay más allá de la laguna de Chocón, donde dicen que está el amaru negro.

Me dejaron como recuerdo un anillo de oro, con una piedra de color violeta que se llama amatista. Extraño regalo, porque la joya se relaciona, según parece, con una historia de amor trágico pero hermoso. Yo no te regalaría una alhaja así, tan misteriosa, sino otra, toda luz y alegría. Una sortija con una esmeralda, por ejemplo. Lo haré algún día.

Te eché de menos en las fiestas. Los carnavales los pasé en cama, con una gripe terrible y no pude ver nada. Pensé mucho en ti, y hasta me pregunté si bailarías, porque me cuentan que allá en los asientos mineros también hay tumbamontes.

Haremos una gran misa en recuerdo de mis tías, y tocará un franciscano muy famoso, que nació y estudió música en España. Quizá también yo, en el órgano grande, que aunque muy diferente, se parece en el teclado a un piano. Será una cosa muy especial. Ojalá estés por entonces acá y puedas ir a la iglesia. Tuvimos que adelantar la fecha, por lo de Semana Santa. Será el 1.° de abril, a las 8 de la mañana.

Vuelve pronto, lo más pronto, amor. Te quiero y te beso,

Claudio

Eran cada vez más espaciadas las ocasiones en que tu madre se sentaba contigo ante el piano para poner en notación un huayno, un yaraví, una muliza. Es verdad que desde la conversación que tuviste con ella antes del 20 de enero había practicado con más regularidad sus ejercicios. Esas escalas y arpegios a las tres del tarde, y estudios de Czerny alternados con piezas sencillas de Mozart. Cuando niño tú jugabas a esa hora en el patio, y la música era como un telón de fondo para tus fantasías, y no solo cuando estabas solo, sino también cuando te acompañaba Rita, esa lejana prima tuya que vivía entre Sincos y Aramachay, y que a veces se alojaba con su mamá en casa. Ella te decía, con su lindo acento de altura: «Oye, bonito toca tu mamá. ¿Vamos a escuchar?». Y dejaba el juego y se iba a una de las ventanas que daban a la sala, se subía a la reja y seguía con atención la melodía. Volvía al juego, después, y más de una vez comentó: «No, eso no oímos en mi pueblo…». Y tú le decías, con palabras que no eran tuyas: «Hay muchas formas de música, y todas son hermosas…». Rita González, que se fue con su familia a Yauricocha, y ustedes no supieron más de ella. Telón de fondo, también, cuando hacías tus deberes escolares o estudiabas para los exámenes. Y descanso, compensación, hacía muy poco, en las noches de tragicómico malhumor cuando te dio el sarampión. Pero señal siempre de la continuidad del mundo que amabas. ¿Cómo no había de alarmarte, entonces, ese alejamiento suyo? Por eso es que esa noche de marzo, cuando tu madre dejó de tocar a poco de comenzar, te decidiste a hablar una vez más al respecto. Fuiste pues a la sala, y viste que, sentada en el taburete, inmóvil, se dejaba llevar por los pensamientos. «¿Te sientes bien?». «Sí», dijo ella, como avergonzada de

que la hubieras sorprendido, y quiso reanudar el ejercicio que tenía a la vista, pero tú insististe: «¿Qué pasa, madre?». «A la verdad me siento cansada…». «Ya te dije, trabajas demasiado…». «No es solo eso…». «¿Qué, entonces?». Se quedó en silencio por un rato y dijo: «Debe ser la muerte de las tías, con todo lo que ha significado, pues toda una parte de nuestro mundo familiar se ha ido con ellas, a pesar de que no era cercano el parentesco, y de que no las frecuentamos por un buen tiempo. Debe ser también el desánimo propio de la edad». «Pero, tú no eres vieja». «No, pero a los cuarenta y cinco años las cosas no se ven de la misma manera, ni se les da el mismo sentido». «¿Quieres decir que para ti la música no es ahora como antes?». «En parte así es». «Pero ¿te refieres a los ejercicios, a las transcripciones?». «Sé muy bien que los ejercicios son necesarios…». «Por eso no debes dejarlos». «No, no lo haré». «Ni dejar tampoco las piezas que te gustan, ni el proyecto que teníamos». «En lo que respecta a las transcripciones no te ofrezco nada, y además ahora tú puedes hacerlas solo». «No pienso así». «Es verdad». «Te digo que no». «En lo demás haré como me pides…». Y así fue, en cierta medida, a pesar de tu insistencia. Es decir, siguió ejercitándose, pero no ya después del almuerzo sino por la noche, luego de la cena. Renovó también parte de su repertorio, y retomó así unas obras de Schubert, relativamente fáciles, que tocó en su juventud, y algunas obras, todas de inspiración andina, de Carlos Valderrama, Alomía Robles y Valle Riestra. Y dedicó también algún tiempo a la corrección de las adaptaciones de huaynos y yaravíes en que había trabajado antes, pero no en la medida y con el entusiasmo que hubieras querido. Sea como fuere estuviste a punto de contarle tu descubrimiento del himno, y tu proyecto de adecuarlo al piano y al órgano. Te contuviste una vez más, sin embargo, para darle a ella y a toda la familia una sorpresa. Tu tía y tu hermano habían advertido, desde luego, aquel desánimo de tu madre, y Abelardo te contó que él también había hablado con ella, y que tu madre había mencionado, como en la charla que sostuvo contigo, de la depresión propia de la edad, acentuada por el deceso de las ancianas. Tu tía, por su parte, no dejó de hacer un par de chistes, pero comentó luego: «Mi hermana no debe dejar de ningún modo la música, y les corresponde a ustedes, sus hijos, hacer todo lo posible para que ello no suceda». «Lo haremos», dijo tu hermano. Y en efecto, en lo que a ti concierne, volviste al tema en el primer momento adecuado. Estaba ella en su taller y dijiste: «Anoche tocaste muy poco». «Me sentía fatigada». «Debieras trabajar menos». «Por ahora quiero acabar con estos encargos». Y con dulzura añadió, desviando la plática: «Tu hermano me contó que conversaron con respecto a tu futuro». «Sí, estuvimos hablando». «Me parece bien, pero no dejes la música». «No voy a hacerlo». Y sonreíste, porque tu respuesta había sido casi idéntica a la suya, cuando la apremiabas en ese mismo sentido. «¿Y tus clases con Mercedes?», preguntó. «Van bien». «Ya no las comentas». «Es que ya no tienen la novedad del principio». Y así era, en efecto, aunque no había desaparecido la curiosidad intrigada que te inspiraban su casa, su historia personal y su amor a Carlos Baylón, ni el recelo medroso que te producían sus gatos. «Y a propósito», dijo tu madre, «ya aseguré la misa de difuntos por nuestras tías, para el día 2 de abril, que es sábado, ya

que no es posible el 10, por la Semana Santa». «¿Una misa cantada?». «Sí, claro». Y ella continuó, retornando al tema de tus inquietudes literarias: «Y ahora, mientras acabo con estos plisados, ¿por qué no me lees ese cuento, *La dama del perrito*, de que me ha hablado Abelardo». «Ahorita, madre, y te leeré también uno más alegre». Y fuiste en busca de tus originales, y pasaste toda la tarde con ella. Te escuchó con atención, y celebró los pasajes humorísticos, pero apreció más la melancolía de *La dama del perrito*. «Te felicito, Claudio», dijo conmovida. Te asaltó entonces un sentimiento de culpa, pues, ¿no la habías tenido a ella, y también a tía Marisa, al margen de tus ensayos narrativos? Sería por eso que tu progenitora dijo luego: «¿Por qué no vas y le lees a tu tía?». Pero no hubo lugar, porque ella, con ese don que tenía de aparecer en los momentos más precisos, entró en ese momento en el taller y dijo: «A mí no me gusta que nadie me lea nada, porque me sentiría igual que mis pupilos, así que, joven Homero, si quieres que vea tus cosas, tendrás que darme los papeles». «Aquí están, tía, pero no los pierdas». Ella soltó un «je, je», a lo Abelardo, y dijo: «Soy aquí la que menos pierde los papeles, así que no te preocupes». Y sin más se fue con ellos a su cuarto. Tu madre adivinaba que te importaba el juicio de tu tía, no porque fuese entendida en materias literarias, sino por su perspicacia y por su propensión a la ironía. Trató, pues, de tranquilizarte: «Tu tía es muy sincera, así que no temas». «Es por eso que la temo, madre, porque a veces se pasa en la franqueza». Tu madre se rio y tú también. Y esperaste con impaciencia el inmisericorde juicio de la hermana de tu madre.

Marcelina dijo: «El amaru negro se asomaba de vez en cuando a la orilla, a ver si veía la flor de la lluvia y de la escarcha. Y tuvo suerte, porque la vio una mañana, así que salió y la tomó, y volvió después a hundirse en las aguas de la laguna de Yanamarca. Y entonces dejó de llover en el valle, y las plantas se fueron secando, y los animales sufrieron hambre y sed, y daba mucha pena. Y así, hasta que un anciano preguntó una y otra vez a las hojas de coca. Y las hojas le avisaron que solo volvería el aguacero si se rescataba esa flor, y que eso solo se podía conseguir si se ofrecía una niña al amaru. Y entonces buscaron entre las jovencitas, las sipas, y encontraron una que era la indicada, y entre todos la llevaron a la laguna, y al poco rato salió el amaru. Y ellos le dijeron: "Te traemos esta niña; devuélvenos la sullawayta*". Y el amaru así lo hizo, y volvió entonces a llover y renació la sementera y acabó el hambre. No regresó, en cambio la alegría. Otra vez interrogó el anciano a las hojas de coca, y las hojas de coca le dijeron: "No volverá la alegría, porque el amaru negro retiene a esa jovencita, y para que vuelva es necesario que vayan los jóvenes, hombres y mujeres, y noche tras noche canten en las orillas, y entonces la serpiente se quedará dormida y podrá volver la joven, y todo volverá a ser como antes". Así se hizo, y el amaru se adormeció, y la jovencita regresó. Y a poco las gentes y los animales recobraron la alegría».*

Marcelina añadió: «Apareció una noche una mujer muy blanca, muy hermosa y vestida también de blanco. Una mujer hermosa que no era de esos pueblos, ni tampoco jaujina, sino de

tierras muy lejanas. Y la vieron que iba por la orilla de la laguna de Jiulacocha, en la noche sin luna. Y desde el fondo subió a verla el amaru blanco, el de las alas brillantes. Subió y desde el agua, la miró, y la muchacha no se detuvo y ni siquiera volteó la cara, y siguió caminando. El amaru desde el agua nomás la seguía, todo en luz, todo en candela. Y como ella no se detenía, gritó: "¿Adónde vas? Con mis alas te puedo llevar…" Pero la joven no contestó y se fue alejando, y la gran serpiente se volvió a hundir en las aguas de la laguna».

Es una perfecta araña la que construye Palomeque. Una araña de hilos negros que parten de un cuerpo de terciopelo también negro. Ocho puntos de plata en los ocho puntos de los ojos. Largas patas que se abren y apoyan sobre un campo de raso escarlata. Trabaja el artista a la luz de dos velas —porque no basta la tristísima que proyecta la bombilla eléctrica—, sudorosa la faz y brillantes las pupilas, mientras asegura con pequeñísimos nudos a su criatura. Cristóforo Jonás Palomino, hijo de Nicéforo Serapio Palomino, ya finado, y de Hermelinda Osores, naturales de Santa Fe de Jauja, blancos y decentes ambos, peluquero y enjalmador el primero, y señora de su casa la segunda. Soltero porque se arrepintió de casarse con Serafina Morones, por ciertos resabios de alocada que vio en ella. No, de ninguna manera la habría desposado, y no solo por eso, sino por su condición de caballero, pues tal es la que corresponde a los honrosísimos oficios que ejerce. Y Palomeque sonríe, y contempla embelesado sus manos, alados auxiliares de su genio, que tan pronto hacen bailar las tijeras como la aguja, el dedal, los hilos: su fuerte osatura, los dedos largos, las uñas pulcras. Si se trata del arte peluqueril, con qué destreza evalúan, junto con los ojos, la mata cabelluda. Proceden luego, peine en ristre y guiándose por la doble imagen que devuelven los espejos, a un certero aprestamiento. Y así, poco a poco, y como resultado de una labor mil veces repetida, una melena de feos pelos va tomando forma, civilizada forma, y la facha de su dueño va también cambiando hasta asumir, aunque sea la de un carnicero o un negociante de papas, una apariencia humana, en verdad humana. Y no solo eso, sino que con un poco de brillantina y otro de colonia, llega a exhalar algo parecido a un olor de gente y no de indio, porque los indios no son propiamente gente. Palomeque se hace incluso la ilusión, a veces, de convertir un casco de esos en una testa de romanos bucles, a la cual podría dirigirse en latín —lengua madre, como es sabido, de toda civilidad y cultura. ¿Por qué no? ¿Por qué no aspirar a los más altos logros, y no solo a disimular la fealdad de cholos brutos y tísicos muertos de hambre, que por desgracia forman la mayor parte de su clientela? ¡Si pudiera, Señor de los Cielos, emigrar un día y establecerse en un barrio residencial de Lima! Mas ya es tarde para ello, e imposible procurarse los recursos necesarios. También pesan la costumbre y el natural temor a lo desconocido, además de sus obligaciones para con su anciana y augusta madre. No le queda, pues, más remedio que continuar en Jauja, y resignarse a modestos logros. Cuánto más quisiera, por todo ello, dedicarse en exclusividad a otra y más elevada actividad, como es la confección de moñas y enjalmas, que solo él realiza en la provincia, por no decir en la patria toda. Un arte de

espíritus selectos. Y Palomeque se dice que hasta la palabra con que se designa en Jauja al objeto de ese trabajo creador es rara y sugerente. Sí, *enjalma*. Está bien informado al respecto, porque un día acudió a su diccionario Sopena, y después al inapelable dictamen del que rige la castellana lengua, el de la Real Academia —gracias a la gentileza del joven Abelardo Alaya Manrique, correcto empleado de la Biblioteca Municipal— y anotó todos los términos afines, con sus respectivas acepciones. Y vio también que es otra, aunque próxima, la significación más corriente del vocablo, es decir, la de una albarda ligera, muy ligera, sentido del cual se deriva, seguramente, el de alfombrilla o cojín donde se coloca la moña o figura a lomos del burel. Vio también que moña es la voz con que se conoce, en los cosos de Lima y de la Madre España, el adorno de cintas, flores o plumas que acompaña a la divisa de los toros, con la cual los ganaderos diferencian a sus animales. Mas solo unos cuantos aficionados han escuchado alguna vez el sustantivo moña en Jauja, y no se conoce divisa alguna porque no hay criadores de animales de lidia, ya que los bichos que salen a los ruedos, flacos y medrosos, son en su gran mayoría propiedad de cholos e indios brutos, y destinados al matadero. Y como así no tiene sentido hablar de moñas y divisas, se ha establecido, como denominación genérica, la de enjalma, palabra hermosa y de morisco origen, a la que él se atiene. Y tanto le gusta que Palomeque apuntó en su libreta las más cercanas, como el verbo enjalmar y los sustantivos enjalmero y jalmería, que por múltiples y filológicos motivos lo dejaron desconcertado, sin que nada le valiera recurrir a sus libros de lengua latina, ni su consulta epistolar a un literato de Lima, que no se dignó contestarle. E hizo bien en no tomar en cuenta el vocablo de enjalmero, de fea catadura, y menos aun el de moñero, y continuó con el uso local, reteniendo sí, para su personal deleite, el sonoro de enjalmador, emparentado por su terminación con los de dorador, pintor, escultor. Pues es un arte, que su padre practicó y renovó, introduciendo figuras de la más variada representación, en lugar de los consabidos y femeniles lazos y cintas que se acostumbran en otras partes, apelando para ello a sus conocimientos de costura, bordado, recamado y aun de orfebrería. Así fue, y Palomeque es fiel a ese legado y continuador del mismo. Deja en fin estos pensamientos y vuelve a su quehacer, aunque es muy tarde, o, para ser más exactos, muy temprano. Sí, porque el reloj marca la una y treinta de la madrugada y todo está muy quieto, muy silencioso, y él muy despierto. No como la noche en que, desprevenido como se hallaba, se apareció de pronto ese Calixto Miramontes de triste memoria, a reclamar según dijo y a ejercitar venganza en don Nicéforo Palomino, progenitor suyo, muerto también mas no de mala manera, sino en su cama y confortado por el inconsolable llanto de su familia. ¿Será que esa vez, sin darse cuenta, se quedó dormido, y todo no fue más que una pesadilla? ¿O quizás una pesadilla en plena vigilia, inducida de algún modo por ese muchacho Claudio Alaya, malcriadísimo autor, según numerosos indicios, del cuento del heliotropo y la capadera de un tal Julepe? El mismo mozalbete que volvió después con su hermana —vistosa y recatada damita que miró al artista con ojos dulces y prometedores—, y retornó otra vez con una sospechosa consulta en torno a unos supuestos

versos latinos, que debían ser muy macarrónicos, por no decir espúreos, ya que a pesar de toda su sapiencia él, Cristóforo Palomino, no pudo entenderlos a cabalidad. Bien hizo por ello en fabricar un sentido cualquiera, ya que el supradicho no merecía ni podía merecer mayor consideración. «Bah», farfulla Palomeque, aún colérico, pero se serena y reasume su labor. Con cuánto gusto trabaja en horas de la noche, cuando todos descansan, incluso su señora madre, y todo está en paz. Pero también, y Palomeque se disgusta, ¿no dicen que es de noche cuando trabaja en sus ataúdes ese tonto de Fox Caro? El hombre que embaucada tiene a una sarta de ignorantes, y entre ellos a esa viuda que pretende alcanzar la pureza pero viste como buscona, y en quien puso alguna vez, en mala hora, sus ojos de varón irreprochable. ¿Con qué derecho, a ver…? Mas se acuerda de las preclaras enseñanzas de su maestro, don Manuel González Prada, y acaba por admitir que aun ese ignaro tiene derecho a la libertad de pensamiento y de palabra, amparado por el magno libro que es la Constitución de la República. ¡Sí, señor! Y sus pensamientos discurren entonces por otra dirección, y se acuerda del cura Wharton. ¿No puso una muy mala cara un día en que pasó por la peluquería y vio en la vitrina esa linda figura de andaluza, y se mandó mudar como alma que lleva el diablo? ¡Con qué gusto le habría recitado una página entera del autor de *Pájinas libres*, azote de curas y terror de beatos! «¡Jo, jo!», se ríe Palomeque, con perversa risa, imaginando esa escena. Y no contento con eso deja por unos instantes la enjalma y acude a su libro de cabecera, en busca de cierto y contundente proverbio latino, pero no lo encuentra, y sus ojos se detienen más bien en la falsa portada, y leen con orgullo el título: *El arte explicado y gramático perfecto.* Y se dice entonces que de haber nacido en aquella época, bien podría haber sido ese Marcos Márquez de Medina, catedrático de latinidad en el Convento de San Benito de Madrid, que escribió y publicó tan magna obra. Caso en el cual habría alcanzado, con esa pericia en la latina lengua, y con su dominio de las artes de la escultura cabellesca y la de las enjalmas, una triple y gloriosa maestría. Y feliz con esa idea, repite en voz alta uno de sus más caros dichos: *Molestum est sapientem, apud stultos loqui*! ¡Sí, señor! Y da un par de vueltas por el cuarto, frotándose las manos, de la pura excitación. Mas se sosiega otra vez y regresa a su sitio y se concentra. Y así, hasta que al cabo de una hora da fin a su trabajo. Se sienta, entonces, y contempla por un largo espacio su obra. No cabe ya duda alguna de que se trata de una de sus más notables, por no decir suma y coronación de su arte. ¡Toda una maravilla de terciopelo y de hilos de plata, y sobre todo de imaginación y de paciencia! Y cuán significativo es que tenga la forma de ese animal del silencio y de la noche. ¿Acaso no es también él, Cristóforo Palomino, el verdadero, un artista y taumaturgo de la noche? Piensa en ello Palomeque, y se enciende en su rostro un resplandor de obscura e inmensa felicidad.

17 de marzo

Anoche tuve un susto mayúsculo. Soñé que yo, Julepe y Felipe íbamos al almuerzo que nos había prometido Tito, en el cerco de su tía Jacinta. En la puerta de la casa nos esperaba la

dueña, muy oronda, y nos invitó: «Pasen, pasen, muchachos, que mama Rosalbina les ha preparado algo riquísimo». Y nosotros, muy contentos, entramos a su sala. «¿Y Tito?», preguntamos. «Ahorita viene», dijo. Y nos sirvió unas copitas de licor, y nos miraba muy comedida, muy cariñosa. «¿Y Tito?», pregunté otra vez. «Ahorita viene». Pero Tito no aparecía por ningún lado. Pasamos finalmente al comedor. Un comedor enorme, con unas puertas muy altas y unas ventanas también altísimas. Y sobre una gran mesa estaban las viandas, y al centro, bajo una tapadera, una tremenda fuente. «¿Y mama Rosalbina?», preguntó Felipe. «Ahorita viene», contestó doña Jacinta. Y nos invitó: «Sírvanse nomás, jóvenes, que la juventud no espera». Y nosotros nos acercamos y Julepe levantó la tapa, y en la fuente apareció entonces, asado, tieso y con un tremendo rocoto en el hocico, Tocho. ¡Sí, Tocho! Y no solo eso, sino que en lugar de mama Rosalbina se apareció por ahí doña Gregoria Porras, nada menos, en todo el esplendor de sus nueve polleras, y gritando a todo pecho: «¡Aquí está mi perro, sinvergüenzas! ¡Aquí la dulce víctima! ¡Aquí, caníbales!». Me desperté dando gritos.

Por la tarde

Me duraba todavía el susto, cuando mi tía me llamó a su habitación. Ese cuarto tan limpio, tan pulcro y con tan pocos adornos. «Siéntate», dijo, y ella se instaló en su mecedora. Era tan raro que conversáramos allí. «¿De qué se trata?», le pregunté. «¿De qué va a ser, sino de tus cuentos?». «Ah», dije, muy cauteloso, porque de seguro se venía un chubasco de bromas. No fue así, y ella dijo: «Leí lo que me alcanzaste, y te diré que me gustó». A mí no me agradó en cambio la seriedad con que hablaba, y pensé que me estaba tomando el pelo. «Así es», insistió. «Pero, me lo dices así, tan seria…». «¿Y qué?». «Pero…». «Oye, ¿crees que me paso la vida haciendo chistes?». «No, pero…». Sonrió y dijo: «Bueno, aunque solo sea para darte la contra, te diré que me gustó La dama del perrito más que las demás historias». «¿Ah sí?», dije, asombrado. «Sí, sobrino, y no es que no me haya reído con ese Eustaquio Palomino, a quien conozco, y con Oliverio Planas». «¿De veras?». «Pero elevo sí mi protesta por el agravio inferido a tía Grimanesa, que será todo lo majadera que quieras, y contemporánea además de Pachacútec, pero no tenías por qué meterla en tu historia». No me quedé callado, y dije: «Pero, ¿acaso no la he puesto joven, guapa y cortejada? ¿Qué más puede pedir?». «No pide nada, sino que la dejen en paz». Tía Marisa me observó luego con aire divertido, y dijo: «Y además, si sigues por ahí, voy a aparecer yo también, junto con tus demás tías, que no son pocas». Y se echó a reír. Se puso seria, después, y dijo: «Yo no soy literata, sino una modesta preceptora, y no tengo las luces de Abelardo, pero creo que tus cuentos están bien, para tu edad y tus posibilidades. Así que, ¡felicitaciones, futuro literato!». Le di las gracias, pero sin bajar la guardia. Ella lo notó y se volvió a reír diciendo: «¡No bromeo, jovencito! Creo que tienes un futuro por ahí, y que será mejor que el de la música». «¿Tú crees?». «Lo digo por varias razones. La primera porque, como todos sabemos, ya eres crecidito para el piano, y además en el Perú no hay cómo ir lejos

por ese lado». «Así es, pues…». «La segunda tiene que ver con mi carácter práctico y mi convencimiento de que con la música no pasarás de ser un Epifanio Orihuela, dicho sea con todo respeto y con respeto a la memoria de papá, o de ser profe en un colegio, tocando el trombón y machacando pentagramas en pupilos que te odiarán con toda su alma. Y no creo que sea eso lo que quieras». «¿Y la tercera razón?». «Es también de orden práctico, en el sentido de que uno debe dedicarse no solamente a aquello que le gusta, sino para lo cual tiene más cualidades. Y yo pienso —y no te enojes— que más las tienes para la literatura, sin que eso quiera decir que te sientas un Homero». «No me siento, tía». «Ah, mejor». Y de pronto tía Marisa me miró con afecto, con mucho afecto, y me devolvió mis papeles. Se levantó después, y volviendo a su modo de siempre, dijo: «Y ahora, joven amigo, regresa a tus cosas, que tengo mucho que hacer». Y yo salí de su cuarto y me vine al mío, a pensar en lo que había dicho. A lo mejor, pues, ella y Abelardo tienen razón. ¡A lo mejor…!

Habías ido a buscar en la incompleta colección de *El Porvenir*, en la Biblioteca Municipal, los artículos de tu padre que había mencionado tu tía Rosa, tarea que te había llevado ya tres sesiones, todas infructuosas. Mas no pudiste seguir, porque entró el señor Radulescu. El rumano saludó, muy formal: «Muy buenas tardes…». «Bienvenido», contestó sorprendido Abelardo. Y añadió, luego del apretón de manos: «Y gracias por visitarnos la vez pasada, y sus palabras de aliento a mi joven hermano». «Un placer, caballero», dijo Radulescu y tomó asiento. Vestía un terno de color claro, con corbata de color granate, y se le veía muy lozano. Se dirigió a tu hermano: «Tenía deseos de conocerlo, pues este joven me habló de usted, y también me habló el padre Barrelier». «Yo también, señor», respondió Abelardo. El visitante echó una larga mirada a los estantes. «No me imaginé que esta biblioteca tuviera tantos libros, dadas las circunstancias». «Un legado antiguo, que apenas si se acrecienta», señaló Abelardo. El visitante sostenía sobre las rodillas el sombrero, y había puesto a su lado, apoyado sobre la mesa de la oficina, su paraguas, su infaltable paraguas. Qué tersa se veía su cara, y qué sonrosada. ¿Quién hubiera pensado que era tuberculoso? Una vez más recorrió con la mirada la estantería, y la detuvo en el volumen, abierto sobre la mesa, que tu hermano había estado leyendo. «Son los *Siete ensayos* de Mariátegui, libro fundamental sobre mi país, y que releo con frecuencia». El rumano asintió con un gesto, y dijo: «Si no recuerdo mal, Claudio leía la *Ilíada* con mucho entusiasmo…». «Así es», dijiste. «¿Y ya la has acabado?». «He leído ya el canto final, pero mi lectura no ha sido ordenada, y aún sigo volviendo a ciertas partes…». «Cosa explicable a tu edad, y dada la naturaleza de la obra», replicó el visitante. «Por un momento temí que se aburriera», dijo Abelardo. «Como le dije a este jovencito, yo estudié letras clásicas en mi país, y era profesor de literatura en la Universidad de Bucarest cuando estalló la guerra, y yo y mi esposa tuvimos que salir». «Eso quiere decir que usted ha leído el texto original del poema…». «Así es, y es una de las grandes satisfacciones de mi vida». «Cuán extraño debe parecerle encontrarse ahora en una tierra tan

lejana, y en una pequeña y aburrida ciudad en medio de los Andes». Georgiu Radulescu sonrió y dijo: «En todo caso, aprecio mucho la fuerza austera de estos paisajes, que reafirma lo que podría llamar mi vieja vocación panteísta». «¿Conoce usted al señor Fox Caro?», preguntaste, inducido por ese término. «¿Caro? No, que yo recuerde…». Abelardo consideró prudente llevar la conversación por otro lado: «Su español es perfecto, señor». «Como le conté a Claudio, soy descendiente de una familia sefardí, y en mi casa, cuando niño, se hablaba un español que llamamos ladino, no muy alejado del de Garcilaso y de Cervantes». «Pero no se nota, salvo en el acento, y solo un poquito…». «Admito que en un país como el Perú, soy un caso muy singular». «Sin duda, porque en usted se juntan un castellano muy antiguo y el actual, y ahora el que hablamos nosotros en Jauja, que según decía uno de mis profesores tiene también resabios antiguos…». «Así es, con esos lindos "enantes" y "endenantes"». «Y también se unen en usted, por lo que veo, cultura clásica y modernidad europea». «No estoy seguro en lo que concierne a la modernidad…», dijo el rumano, y guardó un cortés silencio. «¿No se aburre usted aquí?». «No, en realidad no», dijo Radulescu. Tuviste la impresión —segura impresión— de que a pesar de la sensación de exilio que muchas veces debía asediarlo, se sentía a gusto en Jauja, por extraño que fuera. ¿Sería por la vida tan tranquila, después de las dolorosas experiencias del pasado? ¿Tendría que ver en eso Elena Oyanguren? Hubo un silencio, que aprovechaste para decir: «Señor, ¿puedo pedirle un pequeño favor?». «Sí, cómo no». «Recítenos unos versos de la *Ilíada*, pero en griego, pues seguramente usted recuerda algunos…». Radulescu sonrió, y sonrió también tu hermano, a quien tu pregunta había alarmado. «Sí, con gusto», dijo, y luego de un momento de reflexión, recitó un pasaje, con palabras que sonaron a tus oídos muy extrañas, pero también y a su modo musicales. «Otra vez, por favor», insististe, y el rumano, lejos de incomodarse, repitió aquellos versos. «¿Y qué dicen, en español?». «Son los versos en que el poeta habla de Héctor, y de la aceptación de su destino». «¿Y los versos en que se habla de Elena?», solicitaste. Hubo un destello de buen humor en los ojos de Radulescu, y dijo: «No los recuerdo, pero sí los epítetos con que se califica a esa hermosa mujer». Y los repitió, con pausada dicción, y los tradujo. Y volviéndose a Abelardo añadió: «Este jovencito se interesa en la hija de Leda». «¿Por qué dice usted eso?». «Porque se ha referido a ella —y lo recuerdo bien— en nuestro encuentro anterior». «¿Ah sí?». «Algo que por lo demás se justifica, pues Elena constituye un personaje de veras enigmático. Hay en ella una resignación tan callada, pero también tan distante, tan orgullosa. Tenemos luego esa perdurabilidad de su belleza, en flor siempre, y ante la cual todos, incluso los ancianos, se sentían intimidados…». «Sí, realmente», dijo Abelardo. «Una figura que ha sido, por eso mismo, retomada más de una vez en la propia literatura griega, como es el caso de Eurípides con su *Elena*, que quizás ustedes han leído». «No, señor». «Debieran hacerlo». «¿Por qué?». «Porque allí se reivindica su figura, si puedo decir así, ya que se sostiene que no fue a ella a quien raptó Paris, ocasionando la guerra de Troya, sino a un fantasma a su imagen y semejanza, en tanto que la verdadera Elena se quedó en Egipto». No te agradó esa variante, y no dejaste de

decirlo: «Oh, disculpe usted, pero a la verdad prefiero la Elena de la *Ilíada*, tan silenciosa como usted dice…». «Una figura, sin embargo», prosiguió el rumano, «para quien la belleza no fue nunca felicidad ni alegría». Y prosiguió: «Y retomada también por las literaturas de la Edad Moderna y Contemporánea, y tenemos ahí, como ejemplo, la Elena que resurge del Hades, en la segunda parte del *Fausto* de Goethe, poema que quizá conocen ustedes…». «No, pero lo hemos visto mencionado muchas veces», precisó tu hermano. «¿Retorna de la muerte?», preguntaste. «Sí, como Eurídice, y si no recuerdo mal se la llama "la del reino sin límites", y "devastadora de ciudades"». «Por ahí he leído», comentó Abelardo, «que esa segunda parte es muy obscura». «Y llena de simbolismos, como que Elena se une finalmente a Fausto, en una especie de matrimonio entre el ideal antiguo de belleza y el afán moderno de conocimiento». «Un pensador alemán, Nietzsche», continuó luego el visitante, «la veía como un ser solitario e inaccesible, además de trágico, perfilado siempre, por así decir, contra un fondo de cielo azul y luminoso». «No he leído a Nietzsche», dijo tu hermano, «pero me gustaría hacerlo, y además he visto aquí su *Zaratustra*». «Ah, debiera usted, porque se trata de un gran pensador», comentó el visitante. Y mientras exponía unas ideas generales en torno a ese filósofo, tú evocaste la imagen de Elena Oyanguren, y la plácida expresión de su rostro, tan diferente de la de la Elena homérica. Pero, ¿no la veías también, casi siempre, bajo una luz radiante, en esos mediodías de Jauja, que quizá por su sola presencia resultaban todos despejados, y por ello semejantes a los de la *Ilíada*? ¿No había también en ella un cierto halo pagano? En una pausa volviste al tema que te interesaba: «Pero esa versión que hace de ella un fantasma, ¿la inventaría Eurípides?». «En realidad es más antigua, y no dejaba de ser irónica, a la manera de la ironía trágica». Radulescu advirtió que ustedes no lo entendían, y se explicó: «Pues si lo que Paris se llevó a Troya no fue más que un fantasma, entonces se derramó en vano toda esa sangre, y en vano se destruyó la ciudad y murió Héctor, y en vano cayeron en esclavitud Casandra y Andrómaca. Por eso el poeta puso en labios de Elena estos versos*: No es verdad, / nunca subí a una nave de azulada proa, / ni pisé jamás la fuerte Troya.* Y dice todavía, en otro pasaje: *Y los ríos arrastraban, entre lodo, la sangre, / por el temblor de un lino flotante, / por una nube, / por la vibración de una mariposa, la pluma de un cisne, / por una túnica vacía, / por Elena*…». «¿Qué poeta, señor?». «Un poeta griego moderno, Iorgos Seferis, a quien conocimos yo y mi difunta mujer». Y el rumano dijo luego, con buen humor: «Este jovencito, por lo que vemos, asocia a la Elena argiva con la señorita Elena Oyanguren, obligada huésped como yo del Sanatorio Olavegoya». «Sí, pues», dijo Abelardo con una sonrisa. Decidiste que lo mejor era no incomodarte, y dijiste simplemente: «Es una señorita muy guapa, y se llama también Elena…». Ni Radulescu ni tu hermano parecieron convencidos por el aire ingenuo con que habías hablado. El visitante procedió luego a exponer el objeto de su visita, que por un lado era conocer la Biblioteca Municipal y a tu hermano, y por otro ver si había revistas europeas. No era sí, por desgracia, con excepción de antiguos números de *L'Ilustration Française*, y de *La Petite Ilustration*. El rumano se puso a hojearlos, ayudado por

Abelardo. Después procedió, a invitación de este, a inspeccionar los títulos de los anaqueles. Como era evidente que ello iba a tomar buen tiempo, te fuiste a seguir la búsqueda en que estabas empeñado, aunque tu mente estaba en las referencias que habías escuchado en boca del visitante, y tanto que no pudiste continuar, y dejaste esa tarea para más adelante. Regresaste a la oficina y viste que ambos habían hecho un alto y procedían a comparar los cursos que se llevaban en los dos primeros años de Letras en la Universidad de San Marcos, y los que se dictaban en la Universidad de Bucarest, en la época en que Radulescu era profesor. Optaste por despedirte. «Hasta otra vez», te dijo muy amable el extranjero, pero también —habrías jurado— con una leve sonrisa, como la que había mostrado al aludir a tus admirativos sentimientos por la señorita Oyanguren. Y mientras te dirigías en busca de Felipe, a quien habías prometido visitar, te repetiste una y otra vez esos versos: *…por el temblor de un lino flotante, / por una nube…*

12 de marzo

Querido Claudio:

Recibí el telegrama de mamá, con la noticia de que las tías de los Heros han fallecido. Siento mucha pena, muchísima pena, y sin embargo me digo también que quizá fue mejor así. Estaban ya tan ancianas, tan acabadas. La muerte es a veces preferible.

Por alguna razón que no comprendo aún, ellas pusieron en ti una especial confianza. Te hablaban de los antiguos tiempos en Yanasmayo, y de Antenor, de las veladas de música. Así te hicieron —¿será la palabra adecuada?— depositario de aquel mundo, que de manera tan desordenada evocaban en tu presencia, seguramente fue porque sintieron que tú eras la persona más indicada, a pesar de tu edad, y que tú conservarías mejor que nadie su recuerdo, y le darías incluso nueva vida. Y así ha de ser, Claudio, estoy segura.

Iré para la misa de honras. Te quiere tu hermana,

Lauri

«Oye Julepe, hueles a belladona», dijo Felipe. «Lo dices de pura envidia». «¿De la belladona?». «No te hagas al idiota». «Pero ¿qué hay de malo en eso?», intervino con aire de inocencia Tito. «A mí no me gusta la belladona», sentenció Felipe. «Y a mí no me gustan las pendejas», replicó Julepe, en clara referencia a Rosalinda. Hubo un destello de cólera en los ojos de Felipe, pero se contuvo y dijo, burlón: «Ni a mí las mosca-muertas». ¿Qué podías hacer para que no ardiera Troya? Te decidiste por el camino de la lisonja, aunque faltaras a la verdad: «Déjense de cojudeces, que ni Rosalinda es pendeja ni Teresa Madueño una mosca-muerta, por más que trabaje en una farmacia y a veces pueda oler a belladona. Y además las dos son guapas…». «Nadie te dio vela en este entierro», replicó Julepe, todavía enojado. «Si hay algún entierro», dijiste, «debería ser del cura Wharton». «Eres rencoroso», anotó Tito. Se produjo un

silencio, que aprovechaste para degustar tu vaso de cerveza, pues el cuarteto estaba reunido en el bar La Espuma de Oro, de Nicanor Chancafe, antiguo inquilino del sanatorio y ahora próspero hombre de negocios en Jauja. El dinero no había alcanzado más que para dos botellas, de modo que había que hacer durar cada sorbo. «Oigan, ¿por qué no me cuentan esa excursión por cuenta de la señora Porras?», pidió Tito. «Je, je», se rio Felipe. Y Julepe se apresuró a dar una particular versión de lo sucedido, que por cierto lo pintaba como valiente, astuto y generoso. Tú pensaste, entre tanto, en Rosalinda Corrales, con sus miradas coquetas y ese aire de ociosa relamida que te irritaba, pero que también te excitaba. Pendeja era, no cabía duda, y de seguro Felipe lo sabía, pero no podía quitarse el enamoramiento. Y a propósito, aún quedaba pendiente una nueva edición de la serenata, luego del fiasco anterior, y pendiente asimismo el estreno —pero uno de a verdad— de tu bolero. Y a propósito, y a falta de una radiola, te asaltó el deseo de entonar allí tu composición, aunque no tuviera nada de bolero cantinero. Y tan intensa fue la tentación que comenzaste a canturrear en voz baja sus versos iniciales. El súbito silencio que se hizo en torno te devolvió a la realidad. «Oye, ¿te has emborrachado?», se asombró Tito. «¿Y qué bolero es ese, que yo no lo he oído?», preguntó Julepe. Felipe no dijo nada, pero te lanzó una torva mirada. «Oh, es algo que escuché por ahí», dijiste. «¿Tú, cantando boleros?», volvió a la carga Tito. «¿Y quién dice que no me gustan?». «Yo, porque lo que a ti te entusiasma es la música de iglesia», argumentó Julepe. Pusiste una cara plácida y teatral, en defensa de tu reputación, de la música y del bolero de marras, y dijiste son solemnidad: «Me gustan todas las formas de música». «Te ha subido la cerveza…», volvió a sostener Julepe, apartando de ti su atención. Y había razón, porque en ese momento entraba en el bar Carlitos Baylón, nada menos, con semblante que muy a las claras revelaba lo que tenía en mente. Te vio y vio a tus socios, y sobre todo la botella, y se acercó. «Joven amigo», dijo, dirigiéndose a ti, «¡qué placer encontrarte!». Asustado por su aparición dijiste, muy formal: «Buenas tardes, señor Baylón». Tus colegas no dijeron ni pío, y miraron pasmados al recién llegado, aunque sabían de quién se trataba. Se detuvo ante la mesa, hizo una venia y alzando los brazos exclamó: «¡Una cerveza, eso es lo que esta ocasión exige! ¡Una cerveza!». Y sin más alzó la botella, vio que no quedaba casi nada de su contenido, y volviéndose hacia Chancafe pidió: «Otra botella, por cuenta de estos muchachos…». «Oiga, nosotros no tenemos plata», señaló Julepe. Baylón los miró a ustedes, uno a uno, y detuvo sus ojos en ti: «No puede ser». «Así es, ya se acabó». «No puede ser que tan alegre compañía, flor y nata de la juventud de Jauja, se niegue a brindar con este servidor de las musas. ¡No puede ser!». Felipe te observó con sardónica sonrisa, mientras Tito mostraba su cara más seria. El dueño del bar no se dio por enterado del pedido, ni de las referencias a la «juventud jaujina». «No es eso, don Carlos», dijiste, con el alma en un hilo por temor de que soltara un sermón en alabanza de tu talento y de la fructífera labor de su señora esposa. «No es eso, sino que de veras no tenemos plata». «Eso no es problema», replicó Baylón, «porque don Nicanor no va a dudar de ustedes, ni negarles el crédito». «Nosotros no pedimos nunca al fiado», dijo Felipe con sequedad. «Siempre

hay una primera vez», dijo el marido de tu profesora. Chancafe creyó oportuno intervenir y poner las cosas en claro, y sentenció: «Allí hay un letrero que dice “Hoy no fío; mañana tampoco”». Pero Carlitos Baylón no se desanimó y jaló una silla para sentarse. «¿Nos jugamos un cachito, jovencitos?». «No», contestó Felipe. «No me digan que todavía no saben, ¿eh?». «Sí sabemos, pero no timbeamos por las puras», replicó Julepe. «¿Cómo por las puras? ¡Una cerveza, eso es lo que nos vamos a jugar!». «Ya le dijimos que no tenemos plata», insistió Tito de mal humor. «Je, je», se rio Baylón, incrédulo. «De veras, don Carlos». «Entonces yo pago», dijo el intruso, y chasqueó los dedos reclamando la atención del propietario. Pero este no se dejó impresionar; antes bien buscó en la parte baja del mostrador y sacó un objeto que resultó ser un saxofón, al tiempo que decía: «No friegues, Baylón, que hace tres meses que dejaste empeñado esto, y todavía no me pagas». ¿De dónde habría sacado Carlitos ese instrumento? ¿No era el mismo a que se había referido, toda preocupada, su media naranja? Un florero, un adorno de porcelana, una vieja máquina de moler carne, bueno, se podía entender que eran bienes de su consorte, y susceptibles por lo tanto de un clandestino empeño, pero ¡un saxofón! Mas Carlitos Baylón no se intimidó y dijo: «Pero, ¿de qué te quejas, Chancafe, si vale mucho más que tres míseras botellas? ¡Habráse visto!». «¿Este fierro? ¡Pero si le faltan todas las llaves!», protestó el norteño mostrando el saxofón, que a la vista se hallaba incompleto. «Oye Chancafe, si me lo das yo encuentro en un dos por tres un comprador, y no solo te pago esa pequeña deuda, sino una docena de botellas, que podemos comenzar a consumir ahora mismo, yo y estos jóvenes. ¡Anda, no seas desconfiado!». Chancafe masculló una palabrota y guardó el objeto. «Bueno, ¿qué hay del cachito?», insistió Carlos Baylón, y como ustedes guardaron un sepulcral silencio, se encaró contigo y dijo: «Ahora que me acuerdo, mi señora esposa está enferma, así que no vayas el martes a clase porque no podrá atenderte». «¿Está mal?», preguntaste, con el tono más natural que te fue posible. «Tiene un problema en la vesícula, de modo que tendrá que guardar reposo. Me encargó que te avisara». «¿Y qué lecciones son esas?», preguntó Felipe, muy interesado. «¿Cómo? ¿No saben ustedes?», contestó con aire teatral Baylón, y señalándote con ambas manos dijo: «Este joven, tan modesto como lo ven, es todo un talento de la música, y por eso discípulo predilecto de mi señora esposa». Y como si ello no hubiera sido suficiente, agregó: «Más aun, ¡futuro lauro de la intelectualidad jaujina!». Hubieras querido que la tierra te tragara, pero como eso no sucedió, trataste de atenuar el efecto de tan devastadoras alabanzas: «No exagere, don Carlos, que solo soy un aficionado». «¿Aficionado? ¿Solo un aficionado? ¡Una promesa del piano, eso es lo que eres, muchacho! ¡Una gloria!». «Así que una gloria…», comentó Felipe, con venenosa sonrisa. «¡Un futuro Bach y un Paderewski! ¡Más aun, un Donizetti!». Y Carlos Baylón se puso de pie y levantó otra vez sus brazos. Tus amigos no pudieron contener la carcajada, y el propio Chancafe se echó también a reír. Por suerte el orador volvió a su preocupación inicial y clamó, dirigiéndose al propietario: «¡Y por ese gusto, una cerveza!». El norteño no se inmutó. Baylón miró entonces a Julepe y dijo: «Oye, ¿tu papá no es el dueño de

ese molino a la vuelta de Santa Isabel?». «Sí, él es». «¿Y cómo puedes entonces estar sin plata? ¿Cómo puedes negarnos una cerveza con qué celebrar los méritos de este insigne músico?». «Mi papá es mi papá, y yo soy yo». «Profunda verdad que nadie niega, jovencito». «¿Y entonces?». «Como es verdad también que tu señor padre es un acaudalado e ilustre negociante». «Julepe no solo es hijo del señor Pérez, sino ahijado de Palomeque», dijo Felipe, «y por lo tanto de padrino adinerado». «¿Yo? ¿Ahijado de ese tarado?». «El señor Palomino no es ningún tarado», corrigió con gravedad Tito. «Así que ahijado, ¿no?», dijo Baylón, como si avistara nuevas y grandes posibilidades. «Yo no sé si será o no su padrino», dijiste, feliz de que la atención se apartara de ti, «pero Palomeque lo quiso capar». Julepe se puso de pie, lívido, pero Baylón lo cogió por los brazos, a la vez que exclamaba: «¡Paz, joven hermano! ¡Paz! ¡Y una cerveza, ahora!». «¡Paz hermano!», repitió Felipe, muerto de risa. Julepe te increpó, sofocado por el abrazo de Carlitos: «¡Tú eres el culpable! ¡Tú el autor de esas chismoserías!». «¡Ni chismes ni chismoserías, sino verdades!», aseguró Felipe. Era tiempo de ser magnánimo, así que contestaste: «Son cuentos, seguramente, y no tenemos por qué pelearnos. ¡Abajo Palomeque!». A lo cual Baylón, soltando a tu amigo y sin que nadie se pudiera explicar por qué, lanzó también un poderoso «¡Abajo!». que debió repercutir en toda la cuadra. «¡Viva Julepe!», proclamaste. «¡Viva!», hizo eco Baylón. Perplejos, Tito y Felipe rompieron otra vez a reír, y Julepe, atónito, abandonó su actitud belicosa, aunque te lanzó todavía un par de miradas feroces. Chancafe, mientras tanto, contemplaba la escena como preguntándose si un par de cervezas podían haber trastornado así a cuatro adolescentes, y su sola vista a un parroquiano tan experimentado como Baylón. Sea como fuere, y mitad por burla y mitad por pedagogía, fue a un anaquel, tomó una botella de agua mineral y dijo: «Si quieres, oye Baylón, pongo en tu cuenta una San Mateo, ¿eh?». «¡Ajhh!», se horrorizó el interpelado ante la idea de un agua mineral, y se acercó al mostrador. «Ahí está, Nicanor», dijo de pronto, como quien ha hallado una solución, «tú y yo nos jugamos un cacho». «Yo no juego cachos, y menos cuernos, y antes págame lo que debes», retrucó Chancafe. «Escucha antes de decir que no», insistió Baylón, «porque tienes un montón que ganar: si pierdo, te quedas con el saxofón para siempre, y si gano sirves la cerveza y te tomas también un vaso». «El saxofón ya no es tuyo, porque no me has pagado, y además, ¿de dónde lo has sacado? ¿No será que lo robaste?». «Yo no he robado nada, Chancafe. Nunca, ¿lo oyes? ¡Nunca!». «¿Y entonces?». «El saxofón lo gané en justo y limpio partido de dados a un tal Surichaqui, músico por más señas, en la trastienda de Isidoro Canales». «Ya sé que a Canales le gusta la timba tanto como a ti, pero eso del músico cuéntalo a tu abuela». «Mi abuela es finada y no tiene nada que hacer en este asunto». «¿Y entonces?». «Lo cierto es que el tal músico se presentó una tarde en copas, y se metió en una ronda de “niñas” y en otra de “perrito colorado”, pero qué quieres, se puede ser un genio con los huaynos y un desastre con los dados. Fue así como Ataúlfo Surichaqui, que así se llama el paisano, perdió veinte soles, y después su lapicero Esterbrook, y por último este instrumento, que llevaba en un estuche». Chancafe se rio y dijo: «¿Y me vas a hacer creer que

ese Surichaqui tocaba en un tubo sin llaves? ¿Adónde se ha visto un saxofón sin llaves?». «Ahí está la cosa, Chancafe, ahí, pues el muy pillo se las ingenió para meternos gato por liebre, ya que cuando Canales me quiso confiscar el instrumento, con un pretexto que no viene al caso, vimos que no tenía ni una llave». «Y, ¿te lo dejó sacar?». «Así es, y ahora tú eres su feliz depositario». «No tienes remedio, Baylón: ¡por la timba puedes hacer cualquier cosa!». «Eso no es cierto, y si no que lo digan mi madre y mi señora esposa, santas mujeres a quienes rindo mi más fervoroso homenaje». «Y por eso, y en homenaje a tu señora, corres en pos de los dados». «No exageres, norteño». «¡Timba y figura, hasta la sepultura!». «Es verdad que me gusta la timba», admitió Carlitos, «pero ¿sabes por qué, Chancafe? ¡Porque es un arte, hombre! ¡Un arte como la música, como el toreo, como el teatro!». «Un vicio y tú lo sabes». «No, mi amigo, y la prueba está en que el mismo Dios, según he leído en una revista, creó el mundo después de jugar una partida de dados consigo mismo, en la que salió perdedor». «¡Eso es una idiotez y una falta de respeto a nuestro Señor!». «No, Chancafe, y te voy a traer la revista para que lo veas». «¿Ah sí?». «Es más, porque allí se dice que hubo un gran poeta francés, que escribió al respecto». «Deja en paz a la poesía», dijo aburrido ya Chancafe. Pero, ¿quién podía detener el inflamado verbo de Baylón? Te acordaste de esa palabra que habías oído no hacía mucho a tía Rosa, y que tan bien le caía: ¡echacuervos! ¡Sí, un echacuervos! Prosiguió él con su oratoria, hasta que, cansado por la falta de resultados, se levantó de improviso, y sin despedirse de nadie se marchó. Hubo un suspiro de asombrado alivio en la mesa, en tanto que Chancafe blandía otra vez el saxofón y decía: «¿Qué puedo hacer con este adefesio? ¿Quién me va a dar un centavo por él?». Ustedes no, por supuesto, así que el instrumento volvió al cajón en donde había estado. «Así que Alacrán es tu amigo, y tú una lumbrera…», se rio Felipe, mirándote. «Será un echacuervos, pero no lo llames así». «¿Echa qué…?». «Digo que no lo llames así». «Pero tú sí puedes llamarlo como quieres, ¿no?». «¡Una gloria de la música, eso es lo que dijo!». Aguantaste el vendaval, pero el malvado de Felipe volvió a la carga: «¡Una gloria!». Amoscado ya, replicaste: «¡Un portento, si quieres, y capaz por lo tanto de componer una misa, una sinfonía, un bolero!». Bien entendió Felipe que por ahí se insinuaba una amenaza, así que desvió la puntería, con perjuicio de Julepe, a quien le preguntó: «Y bueno, ¿te pones por fin una cerveza?». «¡Claro que no! ¿No le dije a Baylón que no tengo plata?». «Pero todavía nos debes el cine, así que una cosa por otra…». «Yo no debo nada a nadie, y más bien ustedes me deben, porque mi tío Celedonio no quedó contento con las cargas de rama». «¿Y qué culpa tenemos nosotros?». «No sé, pero estuvo reclamando». «¿Y los tarascones que estuvo a punto de darnos Tocho?». «¿Tocho? ¿Quién es Tocho?», quiso saber Tito, pues Julepe no había mencionado el nombre del can. «Tocho es Tocho», dijiste, como si se tratara de una divinidad. «Es el perro de Timoteo Candela», informó Julepe. Hubieras querido contar tu sueño, y cómo se veía Tocho en la fuente, cual un vulgar chancho, pero te callaste. «Así que la trastienda de Canales…», dijo pensativo Felipe, volviendo al tema anterior. «Y también se juega en la peluquería de Nakamoto». «Yo no sé», dijiste, «pero a mí ese japonés

me cae muy bien». «¿Y a quién no?». «Y este Baylón, a fin de cuentas, también es un buen tipo». «¿Cómo no va a ser si te llama "una gloria"?», rezongó Julepe. «Es un bailongo», dijo Tito. «Un timbero». «Se imaginan ustedes», dijiste, «¿cómo sería un debate entre Palomeque y Nakamoto?». «¿Qué debate?». «Una discusión sobre el arte de "repelar", que así llama Palomeque a su oficio». «Eso no es ni puede ser un arte». «Oye Tito, no se trata de nuestro punto de vista, sino de cómo ven su trabajo esos dos ciudadanos». «Nakamoto no puede ser ciudadano, porque es japonés», dijo Julepe. Felipe se acordó del curso de lengua y literatura, y dijo: «Aviva el seso y despierta, ¡oh Julepe!». «Hay sesos que no tienen remedio, porque están pasmados». «Sería un debate», continuaste, «en que Palomeque recurriría a sus citas latinas, y Nakamoto a sus chistes colorados». «Voy por Nakamoto», dijo Felipe. «Yo también», aseguró Tito. «Y Palomeque haría sonar de rato en rato sus tijeras, en capadora amenaza». «¡Ya basta!», exclamó Julepe. Por suerte se hizo escuchar la voz de Chancafe, que con malhumor preguntaba: «¿No van a consumir nada más, jóvenes?». No hubo más remedio, pues, que poner fin al jolgorio, dejando constancia de que la cerveza estaba ya pagada. Ya en la calle Felipe preguntó: «¿Ya se matricularon ustedes en el colegio?». Tito y Julepe dijeron que sí, y tú dijiste que lo harías en esos días. «Ruega nomás que no esté por allí Wharton», te advirtió Tito, «porque si te ve te despelleja». Tito y Julepe se despidieron, y se fueron cada uno por su lado. Felipe aprovechó para decir: «Oye, Donizetti jaujino, aviva la memoria, que no hemos dado aún la serenata». «No me apremies mucho, porque si no tendrás que recurrir a don Carlos Baylón». «Serás una gloria, Claudio, pero no te pongas engreído». Ibas a responder con algunos sarcasmos, incluso a costa de Rosalinda, pero te acordaste de Zoraida Awapara y te mordiste los labios. Felipe lanzó un «je, je», porque tampoco le convenía seguir con esa letanía, y con un «Nos vemos», se fue rumbo a su casa, y tú a la tuya. Y así acabó esa memorable sesión en La Espuma de Oro, del ínclito Nicanor Chancafe.

19 de marzo

Volví a casa después de la sesión donde Chancafe, y me escurría hacia mi cuarto, para que no me sintieran el olor a cerveza, pero mi madre me dijo: «Oye, ve a comprar unas cintas iguales a esta muestra donde Kogan». «Me lavo y voy», dije, nada contento por el encargo. Pero lo hice, por supuesto, y fue para mi felicidad. Porque ahí encontré a Zoraida Awapara, nada menos. Me miró y sonrió, muy fresca. «¿Qué buscas aquí?», me preguntó. «Vengo a comprar unas cintas para mi madre», le contesté. Me miró sorprendida: «¿Cintas?». «Ella es costurera», le recordé. «Ah, ya entiendo». Y volvió a sonreír, mientras el judío terminaba de envolver la tela que ella había comprado. Y dijo entonces, antes de irse: «Oye, el otro día no pude escucharte como se debe, de modo que, ¿por qué no vienes a casa mañana por la tardecita?». «¿Mañana?», respondí, todo asombrado. «Sí, ven», repitió, y sonrió con esa boca de labios perfectos. Y se marchó, y Kogan me preguntó con una irónica mirada: «¿Así que cintas? ¿Y de qué color y

calidad las quieres, hijo?». Le alcancé la muestra, sin hacerle caso, y salí después todo alelado, como si no creyera lo que había escuchado. Cuando me repuse, me compré una hoja de afeitar nueva, y vine y le di a mi madre sus cintas. Mañana temprano lavaré mi mejor camisa y plancharé mis pantalones azules. Y en algún momento me las arreglaré para robarle un poquito de esa loción que Abelardo tiene para las grandes ocasiones. ¿Cómo no acicalarme, oh dioses?

Te abrió la puerta la misma Zoraida y dijo: «Te esperaba, jovencito». Y te hizo pasar. Eran un poco más de las seis, en ese anochecer despejado. Te llamó la atención su perfume, de un tipo que —habrías jurado— era similar al que usaba Elena Oyanguren. Cruzaste el patio con ella. Al parecer la sirvienta había salido, y los perros debían estar al fondo, encerrados. La sala tenía todas las luces prendidas, cosa rara si se tenía en cuenta el económico espíritu de la dueña de casa. Tomaste asiento en el mismo sofá que en la vez anterior, solo que esta vez habías ido solo, porque la invitación fue para ti y nadie más. Ella lo hizo en la mecedora. Aún resonaban en tus oídos las palabras que había pronunciado en el casual encuentro en la tienda de Kogan. Y allí estabas, pues, a la verdad nervioso. Zoraida te observaba con una curiosa expresión. «Tocaré con mucho gusto», dijiste. «Claro, pero tenemos tiempo, así que no te apures». ¡Qué bien le quedaban la falda negra y la blusa de seda roja con encajes, y el pañuelo de flores también rojas! Un arreglo que acentuaba su apariencia mora y le daba un aire aun más turbador. ¿Cómo no acordarte de que su padre la llamaba Yasmina? ¿Y cómo no de esas princesas de La Alhambra, en los cuentos de Washington Irving que habías leído cuando tenías unos doce años? Yasmina Awapara, rica heredera de su difunto marido, y desenvuelta seguidora de Fox Caro. «Así que estás en el cuarto año de Media…». «Sí, señora». «Ya te dije, no me llames señora». «¿Y cómo voy a decir, entonces?». «Zoraida, di Zoraida». «No me va a ser fácil…». «Sin duda, pero como yo te autorizo…». «Bueno, pues», dijiste, de un modo que la hizo reír. Señalaste, para apartar de ti su mirada: «Qué bonita es su sala». «No está mal». «Y tan elegante, con el piano, los cuadros, los muebles y la alfombra…». «Sí, se ve bien». «¿Y Felipe?». «No lo he visto». «Somos muy amigos». «Lo sé». Dios, ¿cuándo iba a quitar de ti esos ojos? «¿Y quedó usted contenta con nuestro trabajo el otro día?». «Sí». Siguió un silencio, que la viuda rompió preguntándote: «¿Estás nervioso?». «No estoy…». «Sí estás». Sonreíste, acordándote de la disputa entre Calixto Miramontes y Palomeque. «Un poco…», admitiste. Ella se echó a reír, con una carcajada contagiosa. Te observó un momento y dijo: «Hablas muy bien, Claudio. Quiero decir que no lo haces como otros jóvenes de tu edad, con esa jerga que yo no entiendo». «Mis amigos dicen que hablo como viejo». «¿Ah sí? ¿Y qué más dicen?». «Y que mis gustos son también de persona mayor…». «¿Qué por ejemplo?». «Por ejemplo la buena música, y también la lectura, aunque no por eso soy chancón». «¿Y sacas buenas notas en el colegio?». «No, solo en los cursos de historia, y hasta me jalaron en religión». «No tienes cara de chico piadoso, qué va, y sí más bien de curioso, con su poquito de socarrón». «¿Quiere decir usted “chismoso”?». «No, chismoso no,

pero sí de joven que mira y observa a la gente, y toma nota de lo que observa y se divierte. Serías un buen confesor si fueras sacerdote, aunque demasiado preguntón, seguramente. Un buen periodista, también. Y no mal abogado, si te inclinaras por ese lado». «¿Y si fuera escritor…?». «Podría ser». Y prosiguió: «Me llama también la atención que no tienes un acento propiamente serrano, como el nuestro, el de Jauja. Es decir, sí, pero atenuado…». «Hablo como hablamos en casa». «Tu papá tenía fama de persona inteligente, y por eso no puedo entender cómo se metió en cosas de comunistas, y tu hermano Abelardo es un joven muy cortés, muy leído». «¿Es su amigo?». «No, pero lo conozco, entre otras razones porque es enamorado de mi ahijada Florencia». «¿Florencia es su ahijada…?». «Sí, de confirmación». Te quedaste sorprendido, pues no habías imaginado tal cosa. «¿Y a mi madre la conoce?». «Claro que sí, y a tu tía, pero nunca nos hemos frecuentado». «Ah». «Sucede además que yo no soy de Jauja, como bien sabes, sino de Huanta, aunque más tarde nos establecimos en Huancayo». «Usted debe tener muchos amigos y amigas…». «No es así, porque soy muy independiente, y eso no le gusta a la gente». Pensaste en tu tía Marisa, también celosa de su independencia, pero tan diferente en muchos aspectos. «Pero, ¿y don Fox?». «Eso es algo especial, como señalé la vez pasada. Lo que él dice me parece lleno de sabiduría, de mucha sabiduría. Además, es tan hermosa la forma en que habla…». «Yo también pienso así». Otra vez te observó la viuda, con esa vaga sonrisa. ¿Para qué te había invitado? ¿Para tomarte el pelo y pasar el rato? ¿Para seducirte? Hiciste un esfuerzo y tú también la miraste a los ojos, con cierto y fugaz descaro. Ella no se inmutó y preguntó: «¿Quieres servirte un refresco? ¿Una taza de té?». «Un refresco, gracias». Y se levantó y trajo una bandeja con una jarra de jugo de tuna, con las mismas galletas de la vez anterior. «A ver, ¿qué vas a tocar?», preguntó. Tú reflexionaste un momento, y te decidiste por un movimiento del rondó en la menor de Mozart. Una pieza muy sencilla y muy alegre. Te instalaste, pues, ante el piano, decidido a ignorar el par de teclas mudas, así como la dureza rechinante de los pedales. Tu versión estuvo bastante bien, si se tenían en cuenta las circunstancias. «Es bonito», fue el lacónico comentario de la dueña de casa. Como continuación elegiste un nocturno de Chopin, que habías aprendido hacía unos días. Pusiste mucha atención, mucho sentimiento, pero otra vez fue parco el comentario: «Sí, lo haces bien». «¿Qué le gusta a usted?», quisiste saber. Ella sonrió y dijo: «Bueno, a la verdad me gustaría que tocases algo nuestro, de Ayacucho o de Huancavelica». «Pero usted es mora». Se rio y aclaró: «Ni mora ni egipcia, y menos turca, como a veces creen algunos. Yo soy peruana, pero mis padres eran del Líbano». «Entonces, ¿usted no es católica?». «No, propiamente no, aunque me bautizaron». «¿Y mahometana?». «Tampoco mahometana». ¿Entonces?». «Soy como soy, jovencito». ¿A qué continuar? ¿Y qué importancia podía tener su credo religioso? Mas ella se explicó: «Mi papá era maronita y mi madre drusa. Es decir, él era cristiano, pero no como los católicos, y mi mamá islámica, esto es mahometana, de modo que sus creencias eran enemigas una de otra, allá en la tierra de ambos». «¿Ah sí?». «Pero ambos aprendieron a tolerarse y terminaron dejando de lado todo eso». «¿Será por eso, entonces, que

usted sigue a don Fox?». «No es por eso, y además yo no sigo a nadie ni, don Fox anda en busca de seguidores, y tampoco predica una nueva religión». «¿Y los rumanos?», preguntaste, pensando en Radulescu. «No sé, pero supongo que también son cristianos, aunque de otra manera. ¿Por qué?». «En el sanatorio hay un señor rumano». «Sí, lo conozco de vista». Estuviste a punto de referirte a Elena, pero cambiaste de parecer y volviste al punto de partida: «¿Y cómo es, entonces, que le gustan los huaynos de Ayacucho y Huancavelica?». «Porque no solamente nací sino que pasé toda mi infancia en Huanta, donde teníamos una empleada de ese lugar, y yo la escuchaba cantar en la cocina, y aprendí a hacerlo con ella. Repito, no soy mora ni libanesa, sino peruana, y para ser más claros, serrana». «Pero usted tiene un aire…». «Ya lo sé». «Y también se viste de un modo un poco especial…». «Quizás». «Y, ¿no aprendió el idioma de sus padres?». «Un poco, pero no tengo ocasión de practicar, así que lo voy olvidando». «¿Y podría decir ahora algo en árabe?». «¿Para qué?». «Para oír cómo suena…». Ella lo pensó por unos instantes y dijo: «No, mejor no». «¿Por qué?». «Porque no se me ocurre nada, y no quiero decir "buenos días", o "cómo estás", o algo así». «¿Y sabe leer en árabe?». «No, porque usan otra escritura». «¿Y cantar?». «Mi madre sabía de memoria la letra de unas canciones…». «¿Y se acuerda usted de alguna?». Y Zoraida Awapara, luego de un momento, canturreó en la lengua de sus padres unos pocos versos, que sonaron de un modo entre áspero y acariciante a tus oídos. «¿Y qué quiere decir eso?». «Son versos de amor, y hablan de la espera del ser amado». En súbito impulso, preguntaste: «¿Y usted amó a don Recaredo?». «Tal vez», contestó, y por un momento su mirada tomó la frialdad distante que le habías visto en otras ocasiones. Cambió de expresión, sin embargo, y pidió: «Anda, toca algo de Ayacucho». Por suerte habías retenido la música y la letra de un huayno que decía *Sihuay jentillay / Jori raprallay / Chay tataj rinqui*… Improvisaste, pues, una introducción y un acompañamiento, y tu amiga comenzó a cantar con su voz de contralto, entonada, melodiosa. Mas había en la forma en que lo hacía una manera de modular los sonidos y de alargar ciertas sílabas que daban a su interpretación un aire también diferente, sin dejar de ser ayacuchano. Un estilo, se habría dicho, que te sorprendió. Por eso, cuando acabó, te volviste a ella y dijiste: «Canta usted muy bien…». «Gracias». «Y sabe muy bien el quechua ayacuchano». «Es natural, hijo». «Y no solo eso, sino que suena mucho mejor en sus labios». «Es muy galante de tu parte». «Es verdad, Zoraida…». Sonrió, al ver que la llamabas por su nombre, y dijo: «A ver, ¿sabes tú ese otro huayno que dice *Apanjoray, apanjoraycha*…? No lo sabías, pero ella te enseñó la música y la letra, y después de un rato ensayaron ambos una versión que no estuvo mal. Y otra vez percibiste ese modo suyo, moroso, lánguido. Se explicó: «Cantaba yo estas cosas, de niña, pero también la música oriental que le escuchaba a mi madre, que a veces parece tener algo de común en los sonidos con el quechua que aprendí en mi infancia. Es por eso que hay algo de particular en la forma en que canto, que yo podría tratar de evitar, pero deseo precisamente conservar». Asombrado, no supiste qué decir. La viuda se rio y dijo: «Acabo de acordarme de una fiesta en que estaba Nakamoto, el peluquero.

Un poco tomado, se puso a cantar un huayno de Jauja. Y de veras que le ponía, él también, un acento raro, que nos causó mucha gracia». «A mí no me causa gracia cómo usted canta, sino que me gusta mucho». «¿Es un halago?». «No, la verdad». Y así era, en efecto, a pesar de lo que allí había de exótico, de parcialmente exótico. «Gracias», dijo, y te miró a los ojos con la intensidad sedosa pero enigmática que tanto te turbaba. ¿Quién lo hubiera creído? Tú y Zoraida Awapara tocando y cantando huaynos de Huamanga en su sala, allí tan cerca el uno de la otra. Te acordaste de Leonor, y otra vez te asaltó un sentimiento de culpa. Ese beso suyo, de adolescente aún niña, tan impregnado de un olor de junco y de flor de puna. Y otra vez trataste de sosegarte acudiendo a un razonamiento semejante al que apelabas cuando se trataba de Elena Oyanguren: a Zoraida la deseabas, pero a Leonor Uscovilca la amabas. La viuda debió intuir por dónde andaban tus pensamientos, porque te preguntó: «¿En qué piensas?». «No sé», dijiste, ruborizándote. «¿No sabes?». «Bueno, creo que me dejaba llevar por esos versos que usted recitó enantes en su lengua». «No es mi lengua». «Digo, la de sus padres». «¿Sí?». «Y también estoy pensando en lo extraño que resulta estar los dos aquí, yo y usted cantando juntos. Usted, con sus ojos tan hermosos y esa gracia que tiene». Ella sonrió otra vez y dijo: «Tal vez». Siguió un silencio, interrumpido por los arpegios que esbozabas, distraído, en el teclado. Te preguntó: «¿Quieres tomar una copa de un licor francés?». Vio tu expresión de sorpresa y precisó: «Solo una…». «Cómo no». Y fue a un armario y sacó una botella, y sirvió en unas copas que trajo en una bandeja. «¡Salud!», brindó. «¡Salud!», respondiste. Era un licor delicioso, lástima nomás que te hubiera servido tan poco. La tranquila fijeza con que Zoraida te observaba te puso otra vez nervioso, y aun más porque de alguna manera te recordó la mirada atenta, extraña, de Euristela de los Heros. Pensaste en ella y en su hermana, y fue como si se hiciera un nudo en tu garganta. «¿Hay algo que te preocupa?», preguntó la viuda. «Hace unos días murieron mis tías, las señoritas de los Heros». «Sí, lo supe». «Eran muy viejas y estaban muy enfermas, pero me dio mucha pena». «Me imagino, pero la vida sigue y disipa nuestras penas. Es así, siempre». «¿Y si fuera verdad que los seres se reencarnan más allá de la muerte? ¿Si don Fox tuviera razón?». «No hay manera de comprobarlo», dijo Zoraida con dulzura. Trató luego de apartar tu atención de ese tema doloroso: «Háblame del colegio. ¿Te gusta?». «No», contestaste, después de una pausa. «Creí que te gustaban los libros…». «Cierto tipo de libros». «¿Eres buen alumno?». «No, e incluso bastante malo, por ejemplo en matemáticas, para no hablar de religión. Y no me gustan esos profesores que quieren que uno repita al pie de la letra lo que dicen, o que no aceptan preguntas». «¿Y no te has enamorado?», preguntó de pronto, con una sonrisa amable, engañosamente amable. «No», mentiste. «Sé que tienes casi dieciséis años, pero pareces mayor, y mayor sobre todo por esa curiosidad que yo llamaría, sin ofender, un poco astuta…». «¿Usted cree?». «Sí». «¿Es un elogio?». «Así es». «No me alabe, que soy vanidoso». La viuda se rio de buena gana y dijo: «Y si te dijera que no estás mal, y que incluso…?». Enrojeciste, otra vez inquieto, y ella se rio a carcajadas, aumentando tu confusión. Se levantó después de la mecedora,

se acercó y te besó en los labios. Sí, sus labios tersos se apoyaron con fuerza en los tuyos. Se apartó luego, y sonrió. «Pero hay algo que no debes olvidar», dijo. «¿Qué?». «Esto no es amor, ni es tampoco un juego». «¿Y qué es, entonces?». «Sé que tus ojos me siguen». «Es cierto». «Y que piensas mucho en mí». «Es usted tan guapa…». «No me hables de usted». «Eres tan bonita y no te puedo quitar de mi cabeza». «Lo sé, y por eso, y porque eres todavía tan joven, y para que guardes un lindo recuerdo de mí, te he besado». «¿Solo por eso?». «Así es». «¿Y no debo ser yo…?». «Hazlo ahora», dijo ella, y te tocó entonces besarla, pero lo hiciste con tal vehemencia, y de un modo tan inhábil, tan ansioso, que ella se quejó: «Ay, me haces doler…». Y se echó a reír luego, tocándose la boca. ¡Se la veía tan deliciosa! Volvió a aproximarse y esta vez fue ella quien condujo las cosas, y te puso un brazo al cuello y la otra mano te acarició el pecho. Tú te aferraste a sus hombros y besaste su cuello, y otra vez su boca. Y así, por un largo rato, hasta que en determinado momento sentiste su mano en tu vientre, y después en tu sexo. Sí, allí, y fue como si perdieras la noción de lo que sucedía, dónde estabas y con quién, en un extravío que sobrepasaba en mil leguas la más gozosa masturbación de toda tu adolescencia. Y nada se interpuso, ni la vergüenza ni el deslumbramiento, y ni aun el recuerdo de Leonor, la suave Leonor Uscovilca. Al poco rato tú y Zoraida estaban sobre la alfombra, semidesnudos, mas ella dijo, dominándose: «Vamos a mi cuarto». Y allá fueron ambos. Una estancia muy bien arreglada, con cortinas, con un tocador lleno de frasquitos y cajas de cosméticos y un soberbio espejo. Y qué grande el ropero, y qué repleto de ropa. ¿Cómo, entonces, esa fama de avara? Apagó la luz cenital, dejando solo la del velador, y se acabó de desnudar y se metió en la cama. «Ven», dijo. Y tú hiciste lo mismo y te reuniste con ella, y ella te rodeó con sus brazos. Pronto descendiste a besar su vientre, sus muslos, su sexo. Entraste después en ella. Te abrazó con frenesí, con tierno y furioso frenesí, y respondió con soltura a tus embates. Después, al término del gozo, ambos se quedaron muy juntos, como adormecidos. Transcurrió un buen rato. Se incorporó en fin, y mirándote a los ojos, y tocando con un dedo tus labios, te dijo: «Escucha, Claudio: esto no tiene mañana, y no te da ningún derecho, ni siquiera a hablarme de tú delante de la gente, y menos a visitarme. ¿Está claro?». «Pero, entonces, ¿no te voy a ver otra vez?». «Me gustas, y tal vez nos volvamos a ver, pero no te ofrezco nada. Y si volvemos a vernos, será cuando yo lo quiera, si es que lo quiero». Y había tal firmeza, tan inapelable firmeza, en su voz y en su expresión, que no te atreviste a protestar. «Está bien», dijiste. Y, para asegurarse, ella repitió, con dulzura casi terrible: «No lo olvides, y por supuesto que no vas a decir nada a nadie de lo que ha ocurrido entre nosotros, y menos a tus familiares». «No tengo para qué», dijiste. «¿Lo prometes?». «Sí, pero deja que te llame con ese otro nombre, tan lindo». «¿Cuál nombre?». «Yasmina…». Te besó, sorprendida. Siguió un largo silencio, ahí en la penumbra, mientras comenzaba a caer afuera la lluvia. Mas no duró mucho aquel adormecimiento, porque al rato te volvió a acariciar, y otra vez se dejó hacer, y de rato en rato gemía, y casi te mordió en el momento final. Y después te miró por un rato, a la tamizada claridad del quinqué, y dijo: «No serás muy guapo, pero con esa gentileza, con esa

labia, tendrás muchas mujeres en tu vida…». ¿Sería así? ¿Y siempre de ese modo misterioso, secreto? «Y no olvides», insistió en un susurro, «lo que te he dicho». No lo olvidarías, claro está, como tampoco olvidarías el éxtasis triunfal que disfrutaste con esa hembra espléndida, suma de una gracia exótica y de los encantos de la mujer con experiencia. «Vamos a vestirnos, que ya es hora de que te vayas», dijo. Y tú y ella se vistieron, y te llevó a la sala. Atisbó por una ventana, para asegurarse de que la empleada no había regresado aún de su día libre, y cruzó después contigo el patio. Te despidió en la puerta con un beso. Y estabas ya por marcharte cuando te retuvo y te preguntó: «¿Es la primera vez?». «Sí». Te volvió a besar, entonces, y dijo: «Eso me imaginé. Anda, vete…». Y te fuiste, como si todavía no despertaras.

20 de marzo, tarde la noche

¿Qué puedo escribir? ¿Anotar que me siento feliz, orgullosamente feliz? ¿Que siento también vergüenza y no quiero pensar en Leonor? ¿Que me apena no ser más el que fui? No me imaginé que las cosas fuesen a ser así, y menos de ese modo tan rápido. Puedo escribir todo esto, y decir también que me invade la vanidad porque fui el elegido, y porque todo queda como un secreto entre ella y yo. Pero entonces, ¿por qué la tristeza, a pesar de la alegría? ¿Será así en el caso de los demás muchachos? No creo, y pienso que Julepe y Tito saltarían de gusto como chimpancés si les hubiera sucedido lo que a mí, mientras que Felipe andaría con la cara de un Don Juan acostumbrado a todos los lances. No, ellos no estarían haciéndose las preguntas y los reproches que me hago yo. Y, sin embargo, ¿acaso no me siento feliz? Fue una odalisca, una verdadera odalisca, y con ella me inicié. Y si no hay «otra vez», quizás es mejor así.

Tu madre anunció emocionada: «Esta mañana tuve una gran sorpresa: me encontré con el padre Monteverde». «¿Quién?». «El padre franciscano que fue amigo de papá y organista en el convento de Ocopa. Ya te hablé de él, hijo, más de una vez». «¿Y lo has reconocido?», se sorprendió tu tía Marisa. «Es inconfundible, a pesar de los años, y también él me reconoció». «¿Y dónde fue?». «Yo volvía del mercado y él cruzaba la plaza con dirección a la iglesia, y nos saludamos con mucho afecto, y me contó que estuvo mucho tiempo en Madrid y en Roma, y que hace un par de años lo enviaron a los Descalzos, en Lima. Ha venido a Ocopa por unas semanas y estará en Jauja, alojado en la parroquia, hasta mañana. Me dijo que tenía intención de venir a vernos, pero yo insistí en que nosotros iríamos, por respeto y cortesía». «¿Puedo ir?», preguntaste. «Claro, e iremos también con tu tía…». «No, yo no podré, pues vienen unos comuneros de Paca, para una gestión en que debo ayudarles. Tendrás que disculparme y darle mis saludos, Laura. Yo iré en otra oportunidad». Una idea cruzó por tu mente: «Madre, debe ser él quien tocaba el otro día en el coro». «Sí, debió ser él, y por eso fue una interpretación tan hermosa». «¿Y está ya muy viejo?». «Debe tener unos setenta y cinco años, pero se le ve fuerte…». «Así que ya conoce el nuevo órgano». «No solo eso, sino que fue él quien lo inauguró

en 1932». «¿No te lo dije?». «Sí, lo había olvidado». «Él tocó en la solemne velada de inauguración, con un espléndido programa y en presencia del obispo». «¿Tú también estuviste, tía?». «Por supuesto, y fue un magnífico concierto». «¿Y habría conocido a las tías de los Heros?». «No sé, hijo. ¿Por qué?». «Bueno, por ser tan anciano», dijiste, sin revelar la posibilidad que se te había ocurrido. Y allí acabó la conversación, porque las dos señoras tenían que hacer, y tú te fuiste a tu cuarto a pensar en el padre Monteverde. ¿Aceptaría tocar en la misa de honras de tus tías? ¿Por qué no, si había tenido una cierta amistad con tu abuelo? Era probable, por otro lado, que hubiese conocido a Euristela y a Ismena, y también al señor de los Heros. Sería estupendo si aceptaba, pues había una distancia enorme entre un ejecutante como él, con una magnífica formación y una larga permanencia en Europa, y un aficionado como Epifanio Orihuela. Quizá también tú podrías tomar parte, con algo muy pequeño, claro está. ¿Por qué no? Y con esa esperanza aguardaste con ansiedad el momento de la visita. Llegada la hora tu madre se arregló con esmero, diciendo que no quería dar lugar a comparaciones ingratas entre la joven mujer de antes y la viuda de ahora. Y ya en camino te dijo: «Me acuerdo de él como un fraile buen mozo, jovial y que estimaba de veras a papá. Vino a casa en algunas ocasiones, y ambos se sentaban a charlar, y un día tocaron el piano a cuatro manos. Lo volví a ver después, ya un poco viejo, en su fugaz visita del año 32». En la parroquia los recibió a ustedes el señor Márquez, a cargo de la secretaría, quien los invitó a subir a la galería donde los curas se reunían a charlar y tomar café. Al poco rato salió el religioso, un hombre alto, de cabellos muy blancos y abundantes, y de maneras muy corteses. Saludó con calor a tu madre: «Laura, me dio mucho gusto verte esta mañana». «A mí también, padre». «Sentí mucho saber que enviudaste, pero al menos Dios te ha dado la compañía de tus hijos. Y te ves bien, aunque ya no eres, por supuesto, la muchacha que conocí». Monteverde te miró, luego, y dijo: «Así que este joven es tu hijo menor…». «Sí, padre». «Y estás en el colegio, ¿eh?». «Voy a cursar el cuarto año». «Y te gusta mucho la música». «Así es, padre». «Laura me lo dijo esta mañana», señaló el anciano, y, a su invitación, tomaron ustedes asiento. Sus ojos no habían perdido vivacidad por los años, y te estudiaron con placidez. «Me han dado permiso», le informaste, «para tocar en el armonio del coro, y vengo dos veces por semana». «¿Ah sí?». «Don Epifanio tuvo la bondad de darme una clase inicial, y el padre Barrelier me permite venir aquí a practicar». «Me parece muy bien, y quizá podrías ser organista de esta iglesia, como tu abuelo». «Sí, quizás, e incluso he revisado su misal». «¿Sabías que toqué en el día de la inauguración del nuevo órgano?». «Sí, estoy enterado». «Una fecha memorable…», dijo con nostalgia el sacerdote. Y añadió, tornándose hacia tu madre: «He probado también, en estos días, el órgano blanco, tan antiguo, y que antes estaba en el coro. Hay un par de registros que no funcionan, pero tiene una calidad de sonido que, sin ser comparable a la del órgano nuevo, me gusta mucho. Y, por supuesto, me hace recordar a Baltazar y esos tiempos tan lejanos». Se quedó pensativo por un momento, y prosiguió: «Lo conocí hace más de cincuenta años, cuando llegué como corista a Ocopa, y él era

un joven serio y un poco mayor que yo». «Él guardaba los mejores recuerdos del convento», dijo tu madre, «y nos habló siempre de la generosidad con que usted lo ayudó». «Nos hicimos amigos, por el interés con que escuchaba nuestros ensayos, y tanto que pedí permiso para darle lecciones de música y de canto». «Así nos contó». «Y como vimos que tenía talento, el propio padre Riquelme, organista por entonces, le dio unas clases adicionales». «Debió ser un estupendo comienzo». «Me acuerdo de un día en que ayudó a misa en un pueblo que tenía un armonio viejísimo». «Fue en San Jerónimo». El viejo franciscano se acarició la barbilla y dijo: «Es todo tan remoto, y sin embargo me acuerdo tan bien, sin duda porque éramos jóvenes, y por el afecto que le tomé. Y ponía tanto empeño, que logró mejores resultados que algunos seminaristas que habían venido como yo de España, y que contaban con una instrucción que Baltazar nunca pudo tener». «¿Y luego?», preguntaste. «Siguió con nosotros, hasta que a la muerte de su padre tuvo que dejarnos y venir a establecerse en Jauja». «Así fue», corroboró tu madre, «y a poco entró a trabajar en la parroquia, y finalmente tomó a su cargo el órgano». Hiciste una pregunta que de veras te interesaba: «¿Y se acuerda usted qué música le gustaba?». El sacerdote reflexionó un momento y dijo: «No, eso no, aunque sí tengo en la memoria que una vez lo encontré en Ocopa ensayando una pieza de Telemann, cuya partitura había dejado abierta uno de nosotros. Me dijo entonces que era una de las cosas más hermosas que había escuchado». «A su muerte dejó unas composiciones», dijiste. «¿Qué clase de composiciones?». «Unas variaciones, dos villancicos y un canto religioso, *Laudate Dominum*…». «¿Cómo?». «*Laudate Dominum*». «Ese canto lo recuerdo, y en cuanto a lo demás no lo sabía, pero no me sorprende, y es posible incluso que compusiera otras piezas». «Y después, ¿lo vio usted con frecuencia?». «Nos encontramos en algunas ocasiones, cuando ya estaba establecido aquí, y te vi a ti, Laura, cuando tenías unos dos o tres años, y después cuando ibas a la escuela». «Ay, padre, qué buena memoria tiene usted». «Me acuerdo de esas cosas», respondió el padre Alfonso, «pero a lo mejor me olvido con quién hablé ayer, o qué debo hacer mañana, cosa que nos pasa a los viejos». «No diga eso». «Cuando tuve que dejar Ocopa para volver a España, vine a despedirme, y yo y Baltazar nos dimos un gran abrazo». «Murió en 1922», precisó tu madre. «Fue una noticia muy triste. Tú me avisaste, ¿no?». «Sí, en el año 32, cuando apenas si pude saludarlo, padre». «Estuve en Jauja solo un par de días». «Yo y mi esposo queríamos invitarlo a la casa, pero no fue posible, y lo sentimos mucho». Abordaste otro tema: «¿Y conoció usted a un señor de los Heros y a sus hijas?». El padre Monteverde te miró y miró a tu madre, y dijo: «¿De los Heros? ¿Se refieren ustedes a un señor que tenía una hacienda?». «Sí, don José María». El religioso sonrió y señaló: «Ayer, justamente, conversando con el padre Suárez, me acordé de esa vez en que un jaujino mandó venir músicos de Lima para una gran misa en memoria de su esposa». «Él fue». «Un señor muy imponente». «Tenía dos hijas…». «En efecto, y me parece recordar que eran unas jóvenes muy guapas». «Eran nuestras tías, y murieron hace unas dos o tres semanas», dijo tu madre. «Las dos, en el mismo día», precisaste. «¿Fue un accidente?». «No, estaban ya muy ancianas». «¿Y qué

más recuerda usted?», quisiste saber. «Esa misa, y la cortesía del señor de los Heros, que a la verdad parecía más un hombre de mundo y no un hacendado». Estimaste que era el momento de arriesgarte: «Padre, ¿no sería posible que usted tocase en la misa de mis tías, aunque solo fuera por unos minutos?». Tu madre te miró estupefacta, y sonrojándose intervino: «Claudio, no tenemos ningún derecho a molestar al padre, y no sé cómo se te ocurre semejante cosa. ¡Oh, disculpe usted!». Monteverde, sin embargo, no se incomodó, y más bien preguntó: «¿Y cuándo se va a realizar?». «No al mes, como pensábamos, sino antes, el 1.° de abril, por la Semana Santa». «A ver, yo volveré dentro de seis días, y me quedaré hasta el sábado siguiente, para pasar después los días santos en Ocopa. Sí, puedo hacerlo, y con mayor razón tratándose de ustedes y de esas viejas señoritas». «¡Oh, gracias, muchas gracias!», dijiste, asombrado por tu éxito. Tu madre, por su parte, siguió muy contrariada: «¡Gracias, padre, y disculpe usted a este joven tan imprudente!». Tú no cabías en ti de contento. ¡Un organista de verdad en la misa de réquiem de tus tías! Y entusiasmado te lanzaste a una segunda propuesta: «En el sanatorio hay un señor rumano que tiene una voz excelente, y que ha estudiado canto en su patria, así que ¿no podría tomar parte en la misa?». «¿Un rumano?». «Un señor que habla un español perfecto», dijiste, adelantándote a tu madre, cada vez más molesta. «Pero ¿es católico?». «El padre Barrelier lo conoce, y además asiste todos los domingos a la misa de las once». «Bueno», dijo con cautela el padre Monteverde, «si es así, y si ustedes lo creen conveniente y él acepta… Pero antes tendría que hablar yo con el párroco, y si todo va bien, establecer un programa. Dijiste que se trata de una misa cantada, ¿no?». «Sí, pero no podremos tener coro». «Lo comprendo, y si ese señor es amigo del padre Barrelier…». «Una vez más, mil disculpas», intervino otra vez tu madre, decidida ahora sí a poner fin a la visita. «Oh, no es para tanto», dijo el español, «porque de todos modos toco en el órgano cada vez que vengo, ya sea en la santa misa, ya sea en los oficios». Y añadió, para tranquilizar a tu madre: «Los jóvenes son así, Laura, y hay que comprenderlos». «Pero es que…». «Y además, si no me fuera posible, o no me hubiera gustado la idea, no habría aceptado». «Mil gracias, pues», dijo tu progenitora, y temerosa sin duda de una nueva impertinencia de tu parte, cambió de tema: «¿Y cómo encuentra usted Jauja?». «A la verdad», respondió el religioso, «prefiero la Jauja que guardo en mis recuerdos, que es la que conocí entre el año de mi llegada a Ocopa, allá por 1897, y mi partida en 1918. Una ciudad pequeña, monótona, incluso melancólica, pero, ¡qué lindas eran sus calles, y las paredes todas blancas, los tejados! ¡Y los balcones corridos de la Plaza de Armas, el viejo arco más allá de la plaza de Santa Isabel, los zaguanes de las calles principales!». «Es algo que se pierde cada vez más». «Pero, en cambio», continuó el religioso, «el campo se ve ahora más alegre, más arbolado». «¿Y volverá usted a España o se quedará en Lima?». «Me quedaré en Lima, así que cuando vayan ustedes por allá, no dejen de visitarme en los Descalzos». «Con mucho gusto», señaló tu madre poniéndose de pie. «Ven a verme el lunes por la mañana», te dijo el padre Monteverde, «pues ese día estaré en el coro y veremos cómo hacer. Y además podré apreciar tus progresos». «Cuando

usted diga, padre, aunque estoy solo en los comienzos». «Disculpe usted otra vez la audacia de este joven…». «Lo entiendo, Laura, y no te preocupes». «Me ha tomado realmente por sorpresa…». «Digo que no te inquietes y que está bien, y tocaré con el mayor gusto, y si ese señor tiene la buena voz que tu hijo dice, magnífico…». Y el anciano los acompañó a ustedes, con nuevas cortesías, y les deseó buenas tardes, con ese acento chapetón que también tenía Radulescu. Ya en la calle tu madre no pudo dejar de insistir en sus reproches: «¿Por qué se te ocurrió tal cosa? ¿Tenías que proponer además al rumano? ¿No era suficiente con que el padre Monteverde hubiera aceptado?». Guardaste silencio, y ella, todavía enojada, prosiguió: «Me has puesto en una situación muy incómoda. ¡Por favor!». «Mamá, si lo dije, es porque el señor Radulescu tiene muy buena voz, y no como la de Carlitos Baylón, ya tan gastada». «Deja en paz a Baylón, que no tiene nada que ver en esto». «Así será una misa mucho más hermosa». «No se trata de eso, sino de las libertades que te has tomado». «Discúlpame, pues lo hice con la mejor intención». «¡No vuelvas a hacer eso…!». Y tuvo que transcurrir un buen rato para que se le pasara el mal humor. Pero ¿qué podía importar si habías conseguido lo que querías?

21 de marzo

Tengo mala suerte, porque hoy me volví a chocar, por pura casualidad, con la vieja Quiñones. Y no solo con ella, sino también con Leovigilda Gastelú. Sí, las dos, porque yo salía todo apurado del mercado con unas compras para mi madre, y las dos beatas entraban. «Oye, ¿nunca sabes por dónde vas», chilló Domitila, sin importarle que se me hubieran caído las cebollas. «A este mozo lo conozco», dijo a su vez la Gastelú, mirándome con muy mala cara. Yo sentí un sobresalto, porque uno nunca sabe. «Yo lo he visto en alguna parte…», insistió la vieja. ¿Qué podía hacer? Recogí mis cebollas, pero como ellas seguían refiriéndose a mí con muy malos términos, les dije, muy misterioso: «¿Saben qué son ustedes, señoritas?». Y como ellas no contestaron, asombradas, dije: «Mírense al espejo y lo sabrán». La Quiñones se quedó muda, pero la Gastelú exclamó: «¿Espejo, has dicho? ¿Qué espejo?». Y Domitila, recobrando el habla, pero todavía desconcertada, gritó: «¿Y tú no te has mirado?». Yo emprendí la retirada, pero antes me di la vuelta y dije: «¡Dos pimpollos, eso es lo que son! ¡Dos fresquísimos pimpollos!». La Gastelú no se lo creyó, por supuesto, y soltó un «¡carajo!». Y Domitila aulló: «¡Sinvergüenza!». Pero yo ya estaba lejos.

«Siéntate ahicito», dijo Felícitas, y una vez más te dirigió esa mirada resignada, pero también inquisitiva. Estaban en el corredor del patio principal. «¿Qué se le ofrece?», preguntó luego, con esa alternancia del «tú» y del «usted» tan frecuente en los campesinos. «Quisiera conversar sobre las finadas». «¿Ah sí?», dijo, sin alterar su expresión, pero con cierta suspicacia. Aclaraste: «Vengo por mi cuenta, y porque me interesa saber cómo eran mis tías cuando jóvenes». «¿Cómo?». «Bueno, cómo eran, qué hacían, qué cosas les gustaban». Guardó silencio, quizás en

espera de mayores precisiones. Tenías presente que Felícitas era una mujer tímida, desconfiada, además de ignorante, y que había que ser cauteloso. Te observó por un momento con sus ojos pequeños, tan negros como sus cabellos. ¿Tendría unos setenta años? ¿Setenta y cinco? Felícitas, la criada que había ingresado de niña, como semanera, al servicio de la hacienda. Fea, apocada, no habría conocido el amor, con excepción quizá de algunos encuentros furtivos. «Melancólica sierva», había dicho alguna vez Abelardo, con objetividad de sociólogo. Nadie sabía si aún tenía parientes allá en la altura. ¿Qué la había retenido junto a las ancianas? ¿Una fidelidad elemental? ¿La inercia de su situación? ¿Otras motivaciones? «Esa mujer es todo un enigma», había anotado, a su vez, tía Marisa. Tocaste un punto que te pareció sensible: «Me alegro mucho de que la casa haya quedado para usted». Asintió con un gesto. Se mantenía de pie, con las manos en los bolsillos del mandil. «¿No se sienta?», le preguntaste. Vaciló, pero acabó por hacerlo. Te asaltó una inquietud: «¿Está usted ocupada? ¿Le estoy quitando tiempo?». «No, ya acabé». Y así debía ser, en efecto, a esa hora de la tarde. «A ver, qué quieres saber…», preguntó, con inesperada suavidad. «¿Cómo era la casa de Yanasmayo?». Te miró sin comprender. «Quiero decir, cómo se veía, qué muebles había y todo eso». «Casa de hacienda era, pues, con muchas silletas, muchas cortinas, sillones. Y el piano… ¿No te contaron las finadas?». «No». Ella pareció reflexionar un momento, y prosiguió: «Una casa grande, ahí en la puna, y las señoritas su cuarto tenían, cada una, con sus cujas y sus roperos y todo. Y mucha ropa tenían, bien fina, que encargaban a Tarma, a Lima. Así era». «Se vestían muy bien…». «Ropa de paño, de seda, y sus sombreros, sus zapatos, sus guantes, tenían…». «¿Y aquí en la casa?». «También, pero veníamos muy poco, más estábamos arriba». «¿Por qué?». «No sé, tal vez porque su papá no quería, porque no le gustaba Jauja». «¿Y quién estaba aquí?». «Un viejito cuidaba, y cuando las señoritas venían, yo les acompañaba, y Damián, el hombre que atendía a los caballos». «¿Iba gente a visitarlas?». «A veces». «Mis tías tocaban el piano…». «Doña Euristela, porque le gustaba mucho, y tocaba muy bonito, pero yo no entendía». «¿Y mi tía Ismena?». «No, ella no, ella cantaba». «¿Y don Antenor?». Felícitas te miró y preguntó a su vez: «¿Te hablaron de él?». «Les escuché su nombre». «Ah». «¿Y entonces?». «No, él no tocaba, sino el guitarra». «¿Y tocaba junto con mis tías?». «A veces». La vieja mujer volvía a su reserva. «Mis tías hablaban de don Antenor, y también de una sortija, y de las noches de la puna». La servidora guardó silencio. Te decidiste: «¿Quién era don Antenor?». «Su sobrino de don José era, su primo de las finadas». Creíste notar una cierta dureza en su voz, pero no te desanimaste. «¿Hijo de quién?». «De don Antonio, su mayor hermano de don José María. Así decían». «¿Decían? ¿Quiénes decían?». «Tus tías, y don José, y todos». Sí, aquel hermano mayor, Antonio José de los Heros, muerto a manos de los pierolistas mucho antes, que no se casó nunca. Y ahora resultaba, pues, que había dejado un hijo, al que su hermano acogió en algún momento. ¿Sería ya adolescente, por entonces? ¿Un joven, quizás? «Así que tocaba la guitarra…». «Y cantaba también, en quechua, nuestra música…». Abordaste otro punto: «Pero ¿se llamaba también Agenor?». «Antenor, creo,

aunque también escuché decir Agenor…». Y Felícitas posó de nuevo sus ojos en ti. Una mirada recelosa, pero también húmeda, como si le rondasen las lágrimas. Te miró por un espacio, mientras se preguntaba, seguramente, qué sabías en torno a ese personaje. Apartó luego la vista y miró el cielo nublado. «¿Se acuerda usted del cometa?», quisiste saber. «Sí, daba miedo». «Don Fox Caro me ha dicho que por esa época estuvo en Yanasmayo». «Sí». «¿Usted se acuerda?». «¿De qué?». «De haberlo visto allí». «Era bien joven, y trabajó en la hacienda». «Él hizo los ataúdes con que hemos enterrado a las difuntas, ¿no?». «Sí». «¿Mis tías los encargaron?». «Así dice». «¿Y los nichos?». «Ellas compraron». No había hostilidad en su semblante, sino algo así como una tristeza huraña, que por alguna razón te hizo pensar en las servidoras que en la *Ilíada* lavaban los cuerpos de los caídos antes de entregarlos al fuego, y en ese Antenor homérico que aconsejaba a Príamo la devolución de Elena a los aqueos. Volviste al tema del supuesto sobrino, y de su misterioso fin. «¿Y qué fue de don Antenor?». «¿Cómo?». «¿Qué pasó con él?». «¿No te contaron las finadas?». «No me dijeron nada». «Murió, pues». «Pero ¿cómo?». Felícitas tornó la cara hacia el patio y dijo: «En incendio, pues». Te quedaste mudo. Le habías entendido a Fox que Antenor había muerto después del incendio, y después asimismo a la instalación de tus tías en Jauja. Y he aquí que la vieja mujer sostenía que pereció cuando las llamas arrasaron la casa. Al cabo de un momento insististe: «Yo creía que fue después…». «No, ahí mismo fue». «¿Es decir, entonces, que lo agarraron las llamas…?». «¿Las llamas?». «Las candelas, pues…». «Así sería», contestó Felícitas con ambigüedad. «¿Y cómo se produjo el incendio». «Un rayo cayó en la cumbrera». «¿Fue de noche?». «Ajá». Y como apremiada de pronto por los recuerdos, continuó: «Anocheciendo nomás, empezó el tempestad. Rayos, truenos, después de fuerte viento. Yo estaba por acostarme. Don José estaba en la sala y discutía con don Antenor muy fuerte, y las señoritas en su cuarto estarían. Ahí nomás cayó el rayo. Y como el viento se había llevado el aguacero, y soplaba y soplaba, las candelas prendieron en la paja *ata* del techo y en la *chaclla*, y comenzó a arder todo». «¿Y qué hicieron?». «Salimos todos, y Santiváñez gritando llamó al gente, y todos buscábamos baldes, buscábamos jarras, porongos, y echábamos agua del pozo, y sacábamos las cosas. Y las señoritas también, y todos corrían, todos gritando». «¿Y don José María?». «Al rato salió y él también ayudó». «¿Y don Antenor?». «No, él no salió». «¿Por qué?». «Después, al otro día, buscamos, y en el caserón estaba». «¿El caserón?». «Toda la casa ardió con la candela, y ahí estaba él, todo negro su cuerpo». «¿Y qué hicieron?». «Ya estaba muerto». «¿Y mis tías?». «Doña Ismena lloraba, pero doña Euristela no decía nada, y daba pena, tan callada, pero también miedo». «¿Miedo?». «No hablaba, ni una palabra decía…». «¿Y después?». «En casa de los pongos nos acomodamos, pues». Retomaste el hilo del incendio: «Así que ardió la casa y allí murió don Antenor». «Doña Euristela lo lavó y lo vistió, sin decir nada». «¿Y mi tía Ismena?». «Solo lloraba». «¿Y el señor de los Heros?». «No, él estaba callado, y sus manos temblaban». «¿Y después?». «Él mandó a Santiváñez a Marco, para que traiga un cajón, y esa noche velamos al difunto, nosotras nomás, porque don José no quiso llamar a nadie.

Ahí nomás lo velamos, y la señorita Ismena decía hay que enterrarlo en Marco, pero su papá no quería». «Pero ¿por qué?». «No, no quería, y la señorita Euristela dijo entonces: "Arriba, allá en Raupi lo enterraremos". Y así fue». Te quedaste estupefacto. ¿Antenor sepultado en Raupi, al pie de las torres fúnebres de los xauxas? Arreciaste con otras preguntas: «Pero, ¿por qué no quería don José?». «No sé». «¿Por qué decidió eso mi tía?». «Así fue, y la señorita Ismena lloraba, pero doña Euristela ya no, callada nomás estaba. Y el señor se fue a caballo no sé adónde». «¿Esa mañana?». «Ajá». «Pero ¿por qué?». «No sé». «¿Acaso no era su sobrino?». Felícitas guardó silencio. «¿Y después?». «Esa noche lo velamos, nosotras nomás». «¿Por qué "nomás"?». «Don José no quiso, y Santiváñez no se apareció». «¿Y entonces?». «Al otro día doña Euristela repitió: "Vamos a enterrarlo allá arriba". Y no nos quiso escuchar cuando la señorita Ismena y yo le decíamos que por qué arriba, con gentiles, como si el difunto no hubiera sido cristiano. Pero no nos hizo caso, ni siquiera porque su hermana también le rogaba. Y así fue, y los semaneros alzaron el cajón y subimos por la tarde, y ahí junto a sus tumbas de los gentiles lo enterramos. Sin taita cura, sin misa, y tu tía Ismena lloraba, pero no doña Euristela». «¿Y don José?». «No volvió hasta la noche, callado, con ira». «¿Con ira?». «Sí». «¿Y dónde pusieron el cajón?». «En la tierra, ahí abrieron un hueco, y allí se quedó, y después pusieron una cruz». Era tan difícil de creer, e insististe: «Pero ¿por qué tuvieron que enterrarlo allí? ¿Por qué no en Marco, o aquí en Jauja?». «Ya dije que el señor no quiso, y la señorita Euristela se encaprichó, y fue como he dicho». Por un momento te asaltó la sospecha de que todo fuera una invención, un desvarío de la vieja servidora, mas algo te decía con mayor fuerza que era verdad, y que así tuvo que ser. Te acordaste de esos versos: *Al borde de un sepulcro florecido / transcurren dos marías llorando, / llorando a mares*. Preguntaste: «¿Y después?». «Don José no hablaba, ni tampoco tus tías». «¿Por qué?». «No sé». «¿Y la casa, las cosas?». «Poco a poco fuimos sacando, casi todo quemado». «¿Y qué decía la gente?». «Castigo de Dios es, así decían». «¿Por qué?». «Así decían». «¿Y qué pasó después?». «Nos vinimos a Jauja, y don José se quedó arriba, y a veces nomás bajaba a Jauja. Arriba se quedó, y con Santiváñez seguía yendo a la mina». «¿Y mis tías?». «Ya no fue como antes, nunca volvió a ser como antes». «¿Y mi tía Euristela?». «Ella menos todavía». «¿Se enfermó, acaso?». «No, ya no fue como antes». «¿Y entonces?». «Muy poco venía su papá a Jauja, pero mandaba carne, papas, quinua, y también plata. Solo se quedó en Yanasmayo. Y así, hasta que él se murió también, dicen que porque se mojó en la lluvia». «¿De neumonía?». «Le pasó el frío y lo trajeron a Jauja, pero ya no tenía remedio, y aquí, en esta casa murió, y lo velamos y lo enterramos en el panteón junto a su señora». Te acordaste de sus lápidas. Le tocó el turno a Felícitas de preguntar: «Pero ¿de veras las finadas no te contaron nada?». «¿De qué?». «De eso, pues, del incendio, de don Antenor…». «Me hablaron de Antenor, pero nunca me dijeron de su muerte, ni del incendio, ni nada de eso. Me hablaban como en sueños…». «¿Y a tu mamá, a tu tía?». «No sé», respondiste, titubeando, «pero creo que tampoco les hablaron de don Antenor». «¿Cómo?». «No, no». «¿Y al joven Abelardo?». «Tal vez a él sí,

pero no me ha dicho». «¿Y a la señorita Laurita?». «No, a ella tampoco». *Antenor, el viejo príncipe, se acerca a Príamo y le dice: «Devuelve a Elena, anciano. Devuelve a Elena y ofrece un sacrificio a la Gran Serpiente, madre de la tierra y de la lluvia, del rayo y de la escarcha.* «¿Cómo dices?», preguntó Felícitas. «No, nada». «Ah, creí que hablabas…». Tendrías que ir, pues, a Yanasmayo, aunque ya no existiese la casa en que Euristela tocaba el piano y Antenor escuchaba, y hubiese en cambio otra, levantada por los nuevos dueños. Y a Raupi, aunque no quedasen señales de la tumba de Antenor junto a las *chullpas*. Tendrías que ir, y mirar desde lo alto, desde ese muro que rodeaba la ciudad de muertos, hacia los cerros de Janchiscocha. Y por un instante cruzó por tu mente, sin que supieras por qué, la imagen de Leonor ascendiendo contigo a la montaña fúnebre. Subiendo contigo, y el viento agitando sus cabellos, y diciendo como Euristela, más de medio siglo antes: «Ven conmigo». Preguntaste: «¿Y usted subió después con mis tías?». «Sí, con tu tía Euristela, una tarde». *Elena contemplaba la llanura, el mar, desde la torre. Euristela mira el valle, las laderas, y más allá, la cumbre del Marayrasu*. Felícitas se volvió una vez más a mirarte, inquieta. «A veces hablo solo», dijiste. «También tu tía Euristela hablaba sola». Te acordaste de lo que te había contado tu tía Rosa, y preguntaste: «¿Y se acuerda usted del juicio por la hacienda, y de cómo mis tías la perdieron?». «Así fue, pues». «Pero ¿se acuerda?». «Me acuerdo». «¿Y Santiváñez?». «Él nos traicionó, pues, y los Montero ganaron el juicio». Transcurrió un buen rato, y Felícitas se refirió a otro tema, como si lo hubiese tenido presente a lo largo de toda la conversación: «Usted no fue al entierro, ¿no?». «No me sentía bien». «Triste fue». «Así me han dicho». «El taita cura se volvió porque hacía mucho frío, y solos nomás las enterramos, como esa vez a don Antenor». No hiciste ningún comentario. Ella continuó: «Misa mandaremos hacer, ¿no?». «El joven Abelardo y yo nos vamos a ocupar de eso». «Misa con flores, con velas, con música». «Una misa solemne». Y tú estarías en el coro y tocarías, quizás. *Euristela, como una reina, en la iglesia de Jauja*. Y habría muchas flores, en efecto, con luces en los candelabros, en los altares, en el sagrario, como en la misa aquella en memoria de doña Josefa, y aquella otra, también, en las bodas de Antonieta Ibarra. Preguntaste: «¿Y usted vio el anillo, con una piedra color violeta?». «¿Qué anillo?». «Un anillo del que hablaban mis tías, y que me han dejado como recuerdo…». «No, yo no vi». «Una sortija con una amatista». Felícitas te miró, pero no dijo nada. Te imaginaste esa piedra, con su sombrío fulgor, en la mano derecha de Euristela, allá en Raupi, mientras su dueña avizoraba a lo lejos. Ahora la alhaja estaba en tu cuarto, y era a la vez un recuerdo, un talismán, una estrella de sangre. «Y allá arriba, en Raupi, ¿caía nieve?». «A veces». «¿Y se acercó mi tía Euristela a esas ventanas de las tumbas, para tocar las calaveras de los gentiles?». «No». «Y, ¿no le hablaba a usted de Raupi?». «No, pero una vez, me acuerdo, entré aquí a la sala cuando estaba oscuro. Tu tía sentada estaba y me dijo: “Como ellos miro, desde aquí”. Y yo le pregunté y ella me dijo: “Como ellos, como nuestros muertos, miro”. Y yo me asusté y salí». Hubo una pausa, y tocaste otro punto: «¿Y nunca habló del amaru?». «¿El amaru?», preguntó Felícitas, sorprendida. «Ella sabría lo que

cuentan, ¿no?». «Me acuerdo ahorita que una vez dijo: "Allá abajo, en Yanamarca, está el amaru, y adentro de la tierra vigila"». «Antes, mucho antes, Yanasmayo se llamaba Amarucancha». «Así me dijeron». «¿Y no dijo nada más?». Felícitas reflexionó y señaló: «Otra vez, me acuerdo, miró el cielo, una noche, y mirando el cometa dijo: "¿No ves que es como una serpiente, toda de luz? ¿No es como el amaru blanco?"». No supiste qué decir, admirado ante esa imagen de una sierpe blanca que se extendía por el firmamento. «¿Eso nomás dijo?». «Ya no me acuerdo». «Y, ¿qué sabe usted del amaru?». «Dicen que eran dos, y que el negro estaba por allá, por Yanamarca, y el otro, el blanco, por Janchiscocha. Y que sus alas tenían…». De pronto la vieja mujer pareció cansada. No era conveniente insistir con más preguntas. Ya habría ocasión para seguir indagando sobre lo que realmente sucedió esa noche del incendio —porque había algo, desde luego, que ella no había querido tocar, y que retornaba y retornaba a su mente. Te pusiste de pie y dijiste: «Bueno, me voy». Y ella contestó con un ambiguo: «Está bien». Y te acompañó en silencio hasta la puerta, pero no mostró ninguna efusión como aquella, tan inesperada, de tu visita anterior.

Morococha, 16 de marzo

Querido Claudio:

Me da pena que hayas estado en cama en los carnavales, a lo mejor fue por un remojón que te diste en Paca. Me da pena, pero también me alegro, porque soy celosa, y quizá no te portaste bien. Nosotros lo pasamos aquí, porque mi papá tuvo que hacer sobretiempos, y no quiso que regresáramos para la fiesta en Yauli.

Me quedé sin saber qué pensar leyendo tu primera carta. Por partes no entiendo lo que dices. Una de mis amigas, que estuvo conmigo esa vez de la Chapetona, me contó que te conocía de vista, y que en el colegio dicen que hablas muy bien, pero que estás un poco chiflado. Yo no creo, pero la verdad es que no eres como los demás chicos. Será por eso quizá que puedes escribir una carta así. Me gustó mucho, y me quedé pensando.

Siento la muerte de tus tías, y no sé qué decirte de esa sortija. ¿Por qué te la dejaron a ti, y no a tu mamá o tu tía? ¿Por qué te impresionaron tanto ellas y esa hacienda? Cuando vuelva a Jauja me enseñarás ese anillo.

En cualquier momento regresamos, ya que no falta para el nuevo año escolar. Creo que podré ir a la misa de honras, y si tú vas a tocar, con mayor razón. Y podremos vernos después en los días de Semana Santa. Para el 15 de abril ya estaré en la casa de mi tía. Qué bueno, ¿no?

Esta carta la llevará la hermana de Mirta, y la dejará por una rendija de tu zaguán.

Te besa,

Leonor

Volvías aquel nublado viernes de una visita a la biblioteca cuando viste a lo lejos, desde la Plaza de Armas, gente reunida en la esquina de Fox Caro. Curioso y un tanto alarmado, apuraste el paso. Pronto distinguiste una alta figura que dominaba el grupo, ya numeroso, y el corazón te dio un vuelco, porque era el cura Wharton. ¿Qué hacía allí? Y como no podía ser de otro modo, estaban con él la vieja Domitila Quiñones, con sus gafas y su abrigo negro, y Tarsila Rosas, más blanca y fantasmal que nunca, y Leovigilda Gastelú, con su cara de palo. Doña Laurencia Guevara, a su vez, blandía su paraguas y escuchaba atentísima al hombre de la sotana. Y estaban también Ruperta Bravo, y a su costado Rosamundo Torres, mascullando y agitando un diario. Y un poco lejos, como espectador entre curioso y sardónico, Epifanio Orihuela. Te aproximaste. El cura reanudó lo que parecía una interrumpida arenga, y alzando la voz dijo: «¡Es intolerable, hermanos! Nuestra conciencia de cristianos nos ordena desenmascarar al falso profeta que pretende embaucar a las almas débiles, que por desgracia no son pocas. ¡Es hora de salir al frente!». Y alzó un brazo y apuntó hacia la casa de tu vecino. Se desplazó luego, seguido por su gente, hasta situarse frente al zaguán, cuyas puertas estaban cerradas, y prosiguió: «Sí, amados fieles, eso es lo que hace ese hombre, con palabras mentirosas, con aires de cordero y semblante hipócrita, como si pudiera haber amor y pureza fuera del seno de nuestra Santa Madre, la Iglesia Católica. ¡Y eso es lo que denuncio ahora, y exijo como exigen ustedes y demanda el pueblo todo, que acaben los engaños! ¡Abajo el mentiroso!». Y el coro repitió: «¡Abajo!». Miraste hacia las ventanas del piso alto. No había nadie. Perplejo buscaste una cara amiga, o al menos neutral, que pudiese apaciguar al energúmeno, pero no viste ninguna. Una asonada en contra de Fox Caro, y de la ingenua y poética fe que predicaba, eso es lo que se desarrollaba ante tus ojos. Una asonada de la que habías tenido varios y reiterados anuncios, tramada por Wharton y sus beatas, y que atraía cada vez más gente, aunque por suerte eran más los mirones. No se veía ni un solo policía. Alzó la mano de nuevo el cura y prosiguió a voz en cuello: «Nuestra santa religión nos manda ser pacientes, ser mansos, ser caritativos. ¡Pero también nos manda ser inflexibles contra la impostura y la herejía! ¡Y todo lo que proclama ese aprendiz de brujo es herejía!». «¡Abajo el hereje!», gritó la vieja Domitila. «¡Abajo!», repitieron sus acompañantes. «¡Muera el apóstata!», rugió Wharton, y un tremendo «¡Muera!». resonó en la calle. Nervioso, pensaste por un momento en dirigirte a Epifanio, quien aún no te había visto, pero su irónica expresión te indicó que no movería un dedo en defensa del artesano, aunque tampoco en favor del cura, pues su deber era alinearse con la posición de la parroquia, cansada ya de las intemperancias del capellán del sanatorio. ¿Y si hubieras ido en busca de tu madre y de tu tía? Pero ¿qué podrían hacer contra esa turba? Porque era ya una pequeña turba la que se había congregado. ¿Y si corrieses a avisarle a Abelardo? No, estaba en su trabajo, y tampoco no conseguiría nada. En vano fuiste de un lado a otro. Domitila alzó mientras tanto su viril y sarmentoso puño, y gritó: «¡Muera Satán!». Y «¡Muera Satán!», gritaron los demás. Y añadió más estentórea: «¡Viva Dios!» y «¡Viva Dios!», respondieron los devotos, y como expresión del beneplácito divino resonó a lo lejos un trueno.

Le tocó hablar entonces, otra vez, al cura Wharton: «Por suerte el Señor nos ha iluminado, y juntos hemos emprendido esta tarea en pro de la fe y las buenas costumbres. Dios está con nosotros, y su Santa Madre, y los santos y los ángeles y arcángeles todos. ¡Cantemos, hermanos!». Y sin más se puso a entonar con mucho brío, seguido por sus feligreses: «¡Salve, salve cantaba María…!». No reparó en tu presencia, y aun si lo hubiera hecho no te habría dado ninguna importancia. Rojo y con las venas del cuello y de las sienes hinchadas, y moviendo las manos para marcar el compás, proseguía con el himno, no sin echar de cuando en cuando furiosas miradas a la casa de su enemigo. Miraste hacia la ventana de Rebeca Yáñez, mujer de temple y amiga de los Caro, mas tampoco se veía a nadie. ¿Y doña Rosaura Zacarías, otra imponente y reposada señora que vivía en la cuadra? No, no se metería, precisamente porque era tan reposada. ¿A quién acudir, entonces? Porque podía suceder que Wharton y su banda se lanzaran contra la casa del carpintero y derribasen la puerta. Resolviste dirigirte al sacristán: «¡Señor, aquí va a pasar algo!». Pero el organista te observó con expresión tan fría, que no tuviste más remedio que renunciar a tu propósito. Y don Fox, ¿dónde estaría? ¿Dónde su mujer? Angustiado buscaste una vez más entre los circunstantes, pero tampoco tuviste suerte. En algún momento pasaste junto a Tarsila, a quien no le gustó que la rozaras, y que te espetó: «¡Oye!, ¿no sabes pedir permiso?». No valía la pena contestarle, así que te alejaste, diciéndote que alguna vez escribirías sobre su blanquísima faz de solterona. Mas no quedó allí la cosa, porque ella dio unos pasos tras de ti y gritó: «¡Imbécil!». Pero nadie le prestó atención porque el cura había elevado aun más la voz, y toda la calle retemblaba bajo los acentos de un «¡María, madre mía / y consuelo / del mortal…!» como nunca se había escuchado en Jauja. Acabó el cántico y Wharton volvió a los estribillos coreados por su rabioso grupo: «¡Abajo los falsarios! ¡Viva Cristo Rey! ¡Arriba la Virgen María!». A los que agregó luego, con gran sorpresa de tu parte, un «¡Mueran los Mahomas y Luteros!». Y su jaujina grey mandó al infierno, sin saber quiénes eran, tanto al reformador como al profeta. Un poco más y Wharton habría hecho lo mismo con Mozart, Homero y Nostradamus. Azorado volviste a buscar con los ojos si había aparecido un policía. No había ni uno solo, y tampoco andaban por ahí tus amigos, y ni siquiera Cartucho el Rata, infaltable testigo de cuanto bochinche estallaba en la provincia. El campo era todo del capellán y de su recua. Nunca habías imaginado con cuán recia garganta se podía denostar al maligno y vivar al Padre Eterno, todo ello como parte de una cruzada en contra del pobre Fox Caro. Cómo gritaba, oh Señor, Tarsila Rosas, virgen según las malas lenguas, mas no por su virtud sino por el espanto que inspiraban sus cadavéricos afeites. Viste también al viejo Federico Yepes, que muerto de risa, de callada y feroz risa, se había abierto paso y contemplaba el alboroto. Sentiste la tentación de hablarle, pero te disuadió la vista de su mano negra, que batía palmas con la otra, en el más siniestro de los aplausos. Quien se le aproximó fue, más bien, Epifanio Orihuela, con un comentario que no pudiste escuchar, pero que motivó un acceso de tos, de gozosa tos, en el ajedrecista. El sacristán echó luego una mirada en torno, consultó el estado del cielo, y, muy

pausado, abandonó el campo de batalla. Se apareció en cambio, como brotado de la tierra, Cristóforo Palomino. El mismísimo Palomeque, con su terno negro y su libro bajo el brazo. ¿Quién lo había llamado? ¿Qué iba a hacer allí? En un dos por tres estuvo en primera fila y preguntó lo que sucedía. Quisiste ponerte más cerca, pero te disuadió la posibilidad de que el cura te reconociera y, acordándose del fresco incidente en la calle Bolívar, te lanzara uno de los anatemas con que fulminaba al carpintero. Palomeque también las tenía contigo, por supuesto, y lo mismo la vieja Quiñones, así como la Gastelú, de modo que lo más prudente era mantenerte a distancia. Y a todo eso, ¿qué era de Fox Caro? ¿Acaso no había oído el vocerío? ¿No había nadie que lo hubiese prevenido? Pensaste otra vez en avisar a tu madre y encaramarte luego al flamante muro que separaba las dos propiedades, para llamar a gritos al sitiado. No lo hiciste, sin embargo, pues te dijiste que ya debía estar informado de lo que acontecía, y no solo informado sino preparado, como a las claras indicaban esa puerta y ventanas tan cerradas. Después de todo le bastarían unos cuantos ataúdes para defender el zaguán, mejor que a Troya sus murallas, y unas bolsas de cascotes para bombardear y poner finalmente en fuga a la hueste cucufata. ¿Fox de guerrero, y defendiendo su casa, por no decir su ciudad, como un héroe homérico? ¿Por qué no? «¡Abajo los falsos profetas!», retumbó otra vez Wharton. «¡Viva la Virgen!», gritó la de las blancas mejillas. «¡A él, Señor de los Ejércitos!», bramó Domitila Quiñones. «¡Tres hurras por Dios!», dijo, nadie supo por qué y alzando su periódico, Rosamundo Torres. «¡Ra, ra, ra!», festejó su grupo, en loor del omnipotente. Se sosegó luego la grey cristiana, y pudiste ver que delante del zaguán de Fox se encontraban ya, gracias a Dios, algunos de sus seguidores, y entre ellos Diosdado Canchapoma, Josafat Rivas y la vistosa Eufrosina López, sonrojada y colérica, a diferencia del músico, que ni aun en tales circunstancias abandonaba su plácida expresión. A poco se sumaron tres o cuatro personas más, también simpatizantes del carpintero. Fuiste a reunirte con ellos, mas no por mucho rato, pues querías escuchar qué decían los agresores y averiguar así lo que se proponían. Pero Wharton, la Quiñones y Leonel Marquina se dedicaron por un momento a cuchichear entre ellos, y no conseguiste nada. Eufrosina por su parte se arreglaba el pelo y miraba con aprensión el cielo, donde las nubes tomaban un color cada vez más amenazante. Incluso Canchapoma levantó una mano, para ver si ya caían las primeras gotas. Acabó entre tanto el cabildeo y el cura se subió a un cajoncillo de madera que alguien le había alcanzado, y volvió a arengar a su mesnada: «No crea ese mentiroso que solo hemos venido a rezar y a vivar a Cristo. ¡No se engañe el truhán, atrincherado como está en su madriguera! ¡No!». Y luego de una pausa, continuó: «¡Aquí vamos a estar hasta que dé la cara! ¡Aquí, hermanos, hasta enrostrarle su falsía! ¡Aquí hasta que confiese y se arrepienta!». Se veía muy lívida su cara y rojos y centelleantes sus ojos. ¿No le iría a dar un ataque? Por suerte, y quizá para darle un respiro, la vieja Quiñones se lanzó a una nueva versión de «¡Salve, salve…!», a cuya letra y son debieron sumarse los demás beatos y beatas, y el propio Wharton, algo amoscado tal vez por la interrupción. Y estaban en eso de «y en el cielo una voz repetía», cuando

se oyó un ruido en el balcón foxiano, y un murmullo entre sus adeptos. Y era que, en efecto, el viejo artesano salía a su atalaya. Se apoyó en la baranda, y con impertérrito semblante miró a la gente. Él solo, en un acto que te pareció temerario. ¿Si lo insultaban? ¿Si lo apedreaban? ¿Si Wharton se subía al balcón y le pegaba? ¿Qué podrían hacer, entonces, sus pocos adeptos, y menos tú? Mas no fue así, por suerte, ya que el cura dejó eso para más adelante y siguió apostrofándolo: «¡Escucha, falso profeta! ¡Escucha, prevaricador…!». Se oyó entonces la tranquila voz de Fox Caro, que dijo: «Habla nomás, que te escucho…». Desconcertado, Wharton calló por un momento, en que se oyó la risilla burlona y cascada de Federico Yepes. Se recobró, no obstante, el cura y tronó: «¡Escucha y toma nota! Sabes bien que este es un pueblo cristiano, muy devoto de Nuestra Señora del Rosario y de la Virgen Chapetona, y de Cristo nuestro Señor, e hijo obediente de nuestra Santa Madre Iglesia. Nunca osó nadie, ni aun la gente más proterva, desafiar su autoridad y su magisterio. No lo han hecho masones, anarquistas ni comunistas. ¡Y tú, descarriado, porque te inspira el demonio, comienzas a hablar de la madre naturaleza y de la transmigración de los seres, y del culto al agua y la pureza! ¡Te atreves a hablar de la Pachamama y a engatusar a estas gentes sencillas! ¡Tú, ignaro!». Fox no se inmutó y se limitó a esperar, con seráfico semblante, la continuación de la diatriba, no sin levantar la mirada para ver si se abatía ya el torrente de agua y no de gritos que se amontonaba allá en lo alto. ¿Era coraje o inconsciencia? Alguien aprovechó el intervalo, en el grupo de los foxistas, para pedir: «¡Que hable el señor Caro!». «¡Que hable!», gritaste. La beata Quiñones buscó con flamígera mirada al responsable de tan estúpida ocurrencia. Leovigilda gritó: «¿Ese hereje? ¡Jamás!». «¡Hable si puede», continuó el vozarrón del cura, «mas no para engañar sino para confesar su apostasía! ¡Para pedir perdón al Dios de los Cielos!». Un golpe de viento le levantó la sotana. La gente había aumentado, sobre todos los curiosos, y todos seguramente se preguntaban por qué Wharton había elegido una hora semejante, cuando estaba a punto de desatarse la más fuerte borrasca de toda la temporada. Fox Caro dijo: «Todos hemos escuchado lo que ha dicho el señor capellán, presente ahí abajo. Me ha llamado hereje, olvidando que eso quiere decir “cristiano que se aparta de los dogmas de la Iglesia”. Pero yo, como saben quienes me conocen, no ataco ni me alejo de ningún dogma ni insulto a nadie. Digo simplemente que todo cuanto nos brinda la madre naturaleza es hermoso, y que lo mejor es lo simple, lo natural, lo transparente. Digo que lo que es bello no puede ser malo, y menos aun lo que es puro. Y si algo solicito es que volvamos a la bondad, a la alegría, como nuestros antepasados. ¿Qué puede haber de malo en eso? ¿No es lo que predicaba San Francisco de Asís?». No lo pudo sufrir Wharton y vociferó: «¡Calla, insano, y no menciones al santo! ¿Quién eres para hacerlo? ¿Cómo te atreves?». Y con voz aun más recia: «¡Arrodíllate, malvado!». «San Francisco decía…», insistió Fox. «¡Basta, réprobo!», aulló el cura. E iba a contestar el apostrofado, pero una voz que conocías muy bien dijo: «¡El caballero que está ahí arriba será un mentecato, pero tiene todo el derecho del mundo para citar el nombre del varón de Asís y de cualquier otro! ¡Nadie puede privarle de lo que la república y la humana

razón le reconocen! ¡Nadie!». No creías lo que escuchabas, pues era nada menos que Palomeque. Sí, Palomeque, muy erguido y con la testa muy en alto, y sosteniendo su libraco como Moisés sus tablas. Enmudeció el beaterío, así como el clan foxiano. ¿Por qué intervenía el peluquero? ¿No era acaso enemigo jurado de indios, tísicos, comunistas y esotéricos? ¿No consideraba un charlatán a Caro? Alzaste la mirada y viste que arriba, en su púlpito, Fox miraba con mucha atención, y con expresión casi divertida, a tan imprevisto defensor de la libertad de palabra. La vieja Quiñones, roja de ira, explotó: «¿A qué te metes, rapabarbas?». «Tú eres quien no debe meterse, ¡momia!», sentenció Palomino. Wharton reaccionó, aun más rojo: «¡Tenías que ser tú, masón de mala muerte!». «¡El de mala muerte será usted, que se pasa invocándola a cada rato!». El cura abrió tamaña boca, pero de ella no brotó sino una especie de estertor, por la mucha cólera. ¿Le iría a dar, ahora sí, un ataque? Otra voz, también conocida pero muy grata a tus orejas, aclaró en el pequeño grupo de los partidarios del artesano: «Don Fox no es ningún mentecato, y si hay alguno, son ustedes, ¡cura intolerante y peluquero loco!». Era doña Zoraida, quien había aparecido allí como por arte de magia, y que abandonando su habitual pragmatismo intervenía con todo el peso de su buen ver y la prestancia de su plata. Le tocó a Palomeque quedarse en silencio, intimidado por la viuda, y sin duda también por la memoria de sus reiterados pero vanos requerimientos amorosos. «¡Je, je!», se rio, felicísimo, el viejo Yepes. Leovigilda y la vieja Rosas chillaron, al unísono: «¡Peluquero loco!». Este se recobró, entre tanto, y respondió: «Si hay aquí un loco, es el ciudadano que está en el balcón, pero así y todo está en su derecho, y nadie, y menos un cura impersecuto, por más Wharton que sea, puede prohibirle hablar, ¡y aun menos ustedes, viejas cascajosas!». «¡Jo, jo!», se rio el ajedrecista. Lívidas, las aludidas se quedaron sin habla. ¿Cascajosas había dicho? ¿Viejas cascajosas? El de la sotana blandió un brazo acusador, y apuntando a Palomeque, tronó: «Pero, ¿quién te ha llamado, desgraciado? ¿Eres tan apóstata como ese falsario?». «¡Ni apóstata ni luterano, y menos ignorante», respondió Cristóforo Palomino, «sino defensor de la Constitución de la república y tribuno de la razón!». «¡Enemigo de la Santa Iglesia, eso eres!», bramó Wharton, e hizo ademán de avanzar contra su nuevo adversario, pero Palomeque alzó su libraco —que no era otro que su *Arte explicado*— como escudo, listo para el combate. Por suerte Marquina, doña Ruperta, Leovigilda y otros beatos contuvieron al cura. Un relámpago cruzó el cielo y se oyó un trueno, pero nadie quería perderse la pendencia. Agotado, el capellán comenzó a implorar en alta voz, juntando las manos: «¡Oh, Señor, perdona nuestros pecados, pues tiene que ser por nuestros pecados que nos castigas con ese sandio allá arriba y este cacaseno aquí abajo!». «¡Cacaseno será tu padre, y sandios tus hijos, que de seguro los tienes!», respondió con furia Palomeque. «¡Castígalos, Señor!», impetró el cura. «¡Castígalos!», repitió Leonel Marquina, presidente de los Caballeros de la Buena Cruz. Wharton cruzó los brazos sobre el pecho, y pálido, tembloroso, comenzó a rezar un padrenuestro. Palomeque no se dejó impresionar y continuó: «¡Sepan todos y recuerden que la Constitución de este país garantiza, como es razón y justicia, la libertad de culto

y de palabra! ¡No estamos ya en tiempos de la Inquisición, en que se descuartizaba, molía y cocinaba a los espíritus preclaros y selectos!». Y añadió, con cavernoso acento: «¡Magnas conquistas del humano espíritu, que no pueden ser conculcadas por nadie, y menos por sacapotras y curas tísicos!». Iba a responder Wharton, pero se escuchó de nuevo, sereno pero muy firme, a Fox Caro: «¡Todos, en efecto, tenemos libertad de exponer nuestras ideas sin agraviar ni insultar a nadie, y menos en nombre del Dios cristiano, que no puede ser sino amor y tolerancia! ¡Yo no ofendo ni he ofendido a nadie, y manifiesto mi respeto a todos, incluso a quienes han venido a amenazarme, impulsados no sé si por la ignorancia o por un ánimo irascible y sanguinario! ¡Paz, hermanos, y váyanse, que ya se viene la tormenta!». «¡Jo, jo!», se rio Federico Yepes. «¡Váyanse, viejas ignorantes», se sumó Palomeque, «y dense con una piedra en sus resecos pechos!». «¡Viejo chocho!», gritó la Quiñones, amenazando con un puño al peluquero. «¡Hereje!», rugió Wharton, tratando de desasirse de quienes lo retenían. «¡Cura loco!», chilló Palomeque con ojos desorbitados. «¡Sinvergüenza!». «¡Platanazo!». Y allí ardió Troya, porque Domitila, Prisciliano Torres, Rosamundo y la Bravo se abalanzaron contra el rapabarbas, que lejos de retroceder sacó una navaja, con la que apuntó a sus adversarios. ¡Cómo le relampagueaban los ojos! Alarmado, Fox clamó una vez más: «¡Paz, hermanos!». «¡Jo, jo!», se rio, por enésima vez el viejo Federico. «¿De qué te ríes?», le enrostró la Quiñones. «¡De ti y del meterete que les echa a perder la fiesta, y del varón que se ríe de todos nosotros allá en su púlpito!». «¡Carcamán!». «¡Carcamana serás tú!». «¡Vejestorio!». «¡Carcancha!». No lo pudo sufrir más la Quiñones y golpeó con su bolso al ajedrecista, el mismo que retrucó con un guantazo que dio con la vieja en el suelo. «¡Auxilio, Santa Rita de Casia!», clamó Tarsila a grito pelado. Wharton a su vez estiró su largo y poderoso brazo en dirección al hombre de la mano negra, y en el trayecto les voló los sombreros a dos de sus acólitos y le rompió las gafas a otro, pero falló el blanco. Furioso por eso, y perdido ya el control, se tornó hacia el peluquero, pero Palomeque dio un chillido a manera de última y feroz advertencia y agitó como un poseso su arma. «¡Paz, carajo!», ordenó entonces Fox Caro, y tan recia fue su voz, tan imperativa, y por ello mismo tan inesperada, que surtió más efecto que todos los insultos y amenazas, y todos se quedaron quietos. Al fin pudo hacerse oír Wharton, con estrangulada voz: «¿Cómo puedes hablar de paz, blasfemo?». «¡Y menos tú!», le enrostró el peluquero. El cura volvió a los anatemas: «¡Arderás en el infierno!». «¡Arderás tú, Polifemo!», retrucó Palomeque. «¡Dios mío, qué escándalo!», se dolió por ahí Pantacha Camarena, surgido sabe Dios de dónde. «¡Qué escándalo!», decía la vieja del paraguas, y Domitila Quiñones, llorosa y todavía en el suelo, se dolía a gritos: «¡Y lo peor de todo es que el causante de todo esto, el infiel, el hereje, se está allá arriba muy a salvo y dando órdenes como si fuera un santo! ¡Señor!, ¿por qué no lo fulminas?». Pero Dios no le hizo caso. «¿No lo ven? ¿No ven cómo se ríe?», gritó Tarsila. «¡No me río», contestó Fox, «y más bien me da pena, mucha pena, este inútil alboroto!». Wharton, mientras tanto, se había puesto de rodillas, asustado quizá por lo que había hecho, y murmuraba agitado

unas jaculatorias. «¡Hermanos míos», continuó el carpintero, con la misma y tranquila firmeza de hacía un momento, pero también como quien se dirige a un grupo de chicos malcriados, «recapaciten y vuelvan cuanto antes a sus casas, que la tempestad se desata…!». «¡Yo no soy hermano de ningún hereje, ni tampoco de peluqueros locos!», dijo Marquina. «¡Los únicos locos son ustedes!», contestó Cristóforo Palomino «¡Bellaco!», rugió Wharton. «¡Polifemo!». ¿De dónde había sacado Palomeque ese nombre homérico? ¿De su *Arte explicado*? ¿Por qué no soltaba sus latines? Wharton se puso de pie y lanzó una nueva pero ahogada advertencia a Fox: «¡Morirás, hereje!». Y Fox respondió, alzando también la voz, pero con la misma y tranquila expresión: «¡Y tú, vivirás, Wharton! ¡Vivirás como vamos a vivir todos después de la muerte, y quizás entonces dejes de ser lo que eres y te conviertas en pajarillo, en flor, en mariposa!». Estupefacto, insistió el cura: «¡Morirás!». Y de nuevo respondió Fox: «¡Vivirás!». «¡Vámonos padre!», rogó Tarsila Rosas. «¡Ay, Señor, qué vergüenza!», se dolía en el otro bando, arreglándose una vez más el pelo, Eufrosina López. Canchapoma y otros dos miraron el cielo, y sin más trámite tomaron las de Villadiego. Zoraida Awapara se amarró un pañuelo y se cobijó en la entrada del zaguán, no sin dirigirte un gesto más o menos festivo, como si dijese que, a pesar de todo, tú y ella se divertían de lo lindo. ¡Qué guapa se la veía! Agapito Laynez intentó un «¡Hurra!». en loor de Cristo, pero no le hicieron caso. Doña Laurencia trató de desplegar su paraguas, pero un golpe de viento forzó los alambres de modo que se dio vuelta y parecía más bien una gran copa de tela negra, con gran enojo de su propietaria. «¡Ya verán, malvados!», vociferaba Domitila, ya de pie y sujetando su falda, que con el viento podía dejar a la vista sus calzones. El viejo Yepes se había refugiado bajo un antepecho, y todavía se reía, con la risa malévola y seca que lo caracterizaba, y agitaba sin que nadie supiese para qué su mano negra. «¡Vamos a volver!», aseguró Wharton con voz desfalleciente, mas la lluvia caía ya a torrentes, y apenas si pudo la compañía devota emprender una desordenada huida. No te quedó más remedio que buscar tú también donde guarecerte, mas no con mucha suerte, pues alguien abrió la puerta de Fox, y doña Zoraida, Eufrosina y otros partidarios suyos se metieron en un santiamén y cerraron luego las hojas, y tú te quedaste afuera, como Héctor en la pampa del Escamandro. ¿Y Palomeque? ¿Dónde estaba Palomeque? Levantaste la mirada y viste que Fox se había pegado al muro para protegerse, y contemplaba el aguacero feliz y sonriente como un niño, sin acordarse de los insultos de Wharton y de las beatas, ni del peligro que había corrido. Y así ni cuenta se dio de Florisandro, que de regreso de algún sitio, y sin saber lo que pasaba, aporreaba la puerta sin que nadie le abriese, en grotesca versión del episodio de las Puertas Esceas. Empapado y muerto de risa tomaste el camino de casa, con unas ganas locas de vivar a Fox, a Zoraida y al Todopoderoso. Y tanto que, como esa vez del encuentro con el cura, y ensopado como estabas, comenzaste a danzar en plena calle. Sí, a danzar. ¡Cómo se horrorizó tu tía Marisa al abrir la puerta y ver tu estado! Y te reías todavía, mientras las dos señoras te ayudaban a cambiarte, estupefactas y sin saber lo que había pasado, pues no habían oído nada, ya que el taller de labores

estaba al fondo de la casa, y habían tenido el radio encendido. Y mientras bebías una taza de tilo humeante con una copa de coñac para prevenir una doble y mortal neumonía, te preparaste a dar cuenta —oh Dios, y con qué gusto— de la épica jornada.

23 de marzo

Tuve que contar, entre estornudos, tres y hasta cuatro veces lo sucedido. «¡Increíble!», decía mi madre. «¡Ese cura es un energúmeno!», protestaba mi tía Marisa. «Je, je», se reía Abelardo. Y no se cansaban de averiguar qué gritaba Wharton, qué sus beatas, y cómo se reía el viejo Yepes y qué respondía Fox Caro. Y tuve que narrar, minuto a minuto, la intervención de Palomeque. Por cierto que me explayé a mi gusto, no sin añadir un toque por aquí y otro por allá, y uno más por acullá (rarísima palabra de tía Grimanesa). Todo con la enorme satisfacción que me daba la homérica victoria del carpintero. Con qué ganas realcé su figura y con qué saña dejé malparados a los del batallón whartonesco. Y tanto que mi tía Marisa dijo: «¡Oye Claudio, estás exagerando!». «¡No tía, te aseguro que no!». Y así, hasta que quedó establecida, firme como la Ilíada*, mi versión de la batalla. Abelardo, por su parte, anduvo con un «je, je», por varios días, y tanto que tía Marisa se amoscó: «Pero, ¿de qué te ríes? ¿Acaso no merece más respeto el coraje de Fox Caro?». «Yo no me río de Fox, sino de esas vacas locas. ¡Cómo les habría dolido eso de "viejas cascajosas"!». «¿Y a quién no le va a doler que le digan una cosa así?». Y mi hermano dijo: «Y ya que este joven cronista es tan aficionado a los textos clásicos, diré también ¡"viejas ménades"!». Y tuvo que explicar, por supuesto, quiénes eran las "ménades", y por qué se podía aplicar tan culta palabra a dichas beatas. No me convenció, y menos convencido me sentí después, cuando vi en la Enciclopedia Sopena que esas mujeres seguían a Dionisos, deidad del vino y de la vegetación. Así que regresé al comedor, libro en mano y dije: «Ménades no, porque Wharton no tiene nada de amor por la vida, como Dionisos». Abelardo insistió: «¡Ménades por lo furiosas!». Y agregó en voz baja, pensando que no lo escucharían: «¡Estarían tan excitadas, las pobres!». Mas lo escuchó por desgracia mi tía, y dijo: «Miren pues a los hermanitos, hablando indecencias de tan virtuosas damas. ¡Par de deslenguados!». Iba yo a protestar porque no había dicho nada, pero me eché a reír y exclamé, inspirado: «¡Domitila, Leovigilda, Tarsila: oh ménades de la jaujina tierra!». Y tuve que dejar el comedor porque me dio un ataque de risa.*

«Anda, cuéntanos el escándalo», dijo Felipe. «¿Cómo es que estuviste allí?», preguntó a su vez Julepe Y tuviste que contar una vez más, ahora a tus amigos, cómo había sido la tremolina que dio tanto que hablar en la ciudad. Por supuesto que, una vez más, hiciste quedar muy mal al cura Wharton, al mismo tiempo que subrayabas hasta las nubes la serena actitud del carpintero. Lo que más les gustó, sin embargo, fue el final con el chaparrón y el desbande de la grey católica. «Mi papá ha conversado con el padre Barrelier, y dice que está furioso», señaló Tito.

«¿Es verdad que las beatas estaban con velas y los estandartes de sus cofradías?», preguntó Julepe. «No llevaban cirios, porque era de día y corría viento, y tampoco estandartes, y si hubiera sido así habrían salido volando por los aires, como brujas. Tenían sí sus libros de rezo, y algunas estaban vestidas de negro, como la vieja Quiñones». «¿Y qué hacía mi tía Zoraida?». «No decía nada, solo miraba», dijiste, faltando a la verdad. ¿Si hubieran sabido lo que había pasado entre tú y la viuda? ¿Se enterarían algún día? No, era un secreto que conservarías a cualquier precio, y no solo por Zoraida, sino por el placer que te procuraba tener una vida reservada, misteriosa. «Mi papá dice que el padre Barrelier se va a quejar al obispado, porque ese cura ya le causa muchos problemas», continuó Tito. «Lo que no entiendo», señaló Felipe, «es qué fue a hacer allí Palomeque, y cómo y por qué salió en defensa de Caro». «Yo tampoco, y menos para qué llevó ese tratado de latín que le sirvió como un escudo». «Y ¿cómo sabes que era un libro de latín?». «Porque lo he visto en la peluquería». «¿Y a nadie se le ocurrió cantar *Maligno rapaz*?», preguntó Felipe. «No, a nadie». «¿Cuándo se van a olvidar de esa cojudez?», se enojó Julepe. «¿Y qué hará Wharton ahora?», preguntó Felipe. «Vaya uno a saber». En todo caso la incursión no consiguió que el carpintero reconociera sus «errores», y tampoco terminó en una apoteósica afirmación de fe como esperaba el cura; antes bien, y gracias a la actitud de tu vecino, a la inesperada participación de Palomeque, y al tremendo chaparrón que mandó el Todopoderoso, todo acabó en completo ridículo. Más aun, Wharton quedó ante la gente como un fanático y desaforado. El peluquero obtuvo, en cambio, una cierta ganancia, pues exhibió, aunque solo fuera por puro afán de contradicción, una faceta de librepensador y guardián de los derechos ciudadanos, que nadie le había imaginado. Pero el incuestionable triunfador había sido Fox Caro, y todo el mundo, salvo sus enemigos, alabó el sosiego y la firmeza con que enfrentó el bochinche. «¡Cuánto hubiera querido estar allí!», se lamentaba Tito. «¿Y Cartucho el Rata?», se acordó Felipe. «Qué raro que no estuviese, porque jamás se pierde un alboroto». «Pero ¿estás seguro de que no estaba por ahí, matándose de la risa?». «No, porque es imposible dejar de ver sus ojos bizcos y su hocico de lechón entrometido». Notable ausencia, en verdad, tratándose de un personaje que merecía ser protagonista de más de un relato de villanos. «A mí me asombra», dijo Felipe, «que mi tía Zoraida hubiera estado presente, porque es tan práctica, tan tranquila. Imagínense que esos beatos hubiesen apedreado a Fox, y que alguien hubiera resultado herido, por no decir muerto. ¿Y si le abollaban la nariz a mi tía?». «Bueno, no pasó nada y tu tía está enterita». Sin duda la viuda era persona ecuánime y pragmática, pero solo en lo que concernía a sus intereses inmediatos, porque tratándose de otras cosas podía asumir algunos riesgos, como probaban su militancia foxiana y su lance contigo. «Se la ve tan bien…», dijo con melancolía Tito. «Yo daría una oreja por encamarme con ella», se lamentó Julepe. «¿Por qué ves siempre las cosas así? ¿Por qué tijeras, orejas y castramientos?», se impacientó Felipe. Julio Leandro Pérez pretendió no haber escuchado. En ese momento te embargó un nuevo sentimiento de satisfacción por lo que solo tú y ella sabían, pero también una cierta tristeza, porque ya no eras el adolescente

ingenuo que se deja llevar por sus fantasías eróticas, como tus amigos. E incluso te preguntaste, mientras tus socios comentaban lo sucedido, si no habría en ti una poco estimable vocación de mujeriego. Vanidosa pregunta que dejaste luego de lado, porque Elena no era más que un nombre, un sueño inalcanzable, y Zoraida un puro juego, cuya conducción estaba por completo en sus manos. Solo quedaba, pues, el amor a la chica de Yauli. «Oye, ¿por qué te quedas tan pensativo?», te preguntó Tito. «Me estaba acordando de la asonada». «¿Qué es una asonada?», preguntó Julepe. «¿Te has olvidado de las lecciones de Pantacha Camarena, cuando contaba que un vicepresidente de la república, aburrido por el tumulto que armaban bajo su ventana, tiró a los revoltosos la banda presidencial? Eso fue una asonada». «Pantacha estuvo en la revuelta», dijiste. «Dicen que está medio loco». «Debe ser así, y por eso nos endilgaba la tarea de copiar al pie de la letra, por horas y horas, sus enrevesadas explicaciones…». «Si de profes locos se trata», dijo Felipe, «ya van tres: Wharton, que se cree en tiempos de la Inquisición; el viejo Calle, con sus cuentos de megaterios corriendo a todo vapor por el valle; y Pantacha Camarena retorciendo los hilos de la historia, tanto peruana como japonesa o turcomana». «¿Turco qué…?». «Este mundo está lleno de locos», dijo a modo de filosófica conclusión Tito. «Y muy en especial Jauja». Sí, seguramente, pues ¿cómo negar ese lado de loco manso y poético en Fox Caro? ¿No lo fueron también, con sus evocaciones de noches misteriosas y amatistas refulgentes, Euristela e Ismena de los Heros? ¿No las llamaba tía Marisa, precisamente por ello, las «tías locas»? ¿Y no lo era, asimismo, esa mezcla de peluquero, latinista y enjalmador que era Palomeque? Y ¿acaso no lo eras también tú, con tus libretas, tus secretos y ese afán de fabular y entreverarlo todo? «Este compadre», dijo Tito, refiriéndose a ti y como adivinando por dónde andaban tus pensamientos, «tiene también sus buenos ribetes de *locario*, con esa manía de hablar solo». «Y de inventar cosas a costa del prójimo», señaló con rencor Julepe. «Sin olvidar que es discípulo predilecto de doña Mercedes Baylón, y gloria de la intelectualidad jaujina», añadió con torva risita Felipe. Consideraste oportuno desviar la atención de tus socios: «No deberíamos decir Jauja, a secas, sino además, y pensando en el sanatorio, “nave de los locos”». «Bah, tú y tus ocurrencias», se impacientó Tito. «¿Acaso estamos en la costa, para hablar de buques?», objetó Julepe, pedestre como siempre. «Y a propósito, ¿cómo te va con Teresa Madueño?». «Yo no estoy loco por ella», protestó el interesado. «Loco no, pero digamos que te mueres por ella, incluido su olor a belladona», dijo Felipe. «No huele, porque es una chica muy limpia y a cada rato se lava las manos». «¿Y le deja hacerlo la dueña de la farmacia?». «Con la belladona tendría que lavarse otras cosas, además de las manos, porque es un olor que se pega como cola de carpintero», comentó Tito. «¿La quieres de verdad?». «Claro que sí», respondió otra vez malhumorado Julepe. Felipe carraspeó con aire falsamente comprensivo y Tito contuvo una risita. Así pues, y a pesar de sus poses fanfarronas, Julio Leandro Pérez también estaba enamorado, y lo admitía con una valentía de la que sus camaradas, incluido tú, carecían. Por lo demás, Teresa era una chica feúca pero de cara dulce, y de lejos lo mejor que su galán podía conseguir. El asedio de Tito, en

cambio, parecía ser mucho más complicado, y ustedes no sabían nada de la Irene de que hablaba, salvo que era alta, voleybolista e hija de un empleado del ferrocarril. En cuanto a los amores de Felipe, bueno, era mejor no hablar al respecto, porque a pesar de toda su suficiencia, y de sus encuentros seguramente muy tórridos, Rosalinda parecía írsele una y otra vez de las manos. «Y hablando de mujeres, ¿qué hay de ti, Claudio?», dijo Tito. «Yo te vi con una cholita de Yauli en Santa Isabel», dijo Julepe. «Amor, misterioso amor, ¿quién eres?», se burló Felipe. Tomaste las cosas con calma y te limitaste a una enigmática sonrisa. «Anda, cuenta». «No me va mal», dijiste. Felipe te dio una palmada, al tiempo que decía: «Tú y tus misterios. ¿Por qué no cambias, Claudio?». «Digamos que yo suspiro y suspiro, mientras ustedes ponen manos a la obra y dan en el blanco». «No serán manos, sino otra cosa», replicó Tito. «A ver si Dios se compadece de tus suspiros…», dijo Julepe. Dejaste que tus amigotes se burlaran, y encima se rieran de tus aficiones musicales y literarias. Y tanto que, viendo la cara plácida y hasta divertida con que los escuchabas, Felipe comentó, receloso: «Taimado, eso es lo que eres, Claudio». «¡Socarrón!». ¿Habría algo de verdad en eso? Sí, quizá, pues el devoto de una música aburrida, según ellos, y lector de libros soporíferos y chancón con ribetes de poeta, ¿no les sacaba la vuelta a los tres juntos? ¿No les tomaba el pelo en las libretas? ¿No le había birlado a uno su apetecible tía? «Eres un taimado, y no me gusta la cara que pones», agregó Tito. ¿Qué podías decir? Abriste los brazos, como quien deja en manos del Altísimo la última palabra, pero regodeándote al recordar esa frase de Zoraida Awapara: «No serás muy buen mozo, pero con esa labia, jovencito, vas a tener muchas mujeres…». ¿Sería así, realmente? ¿Y siempre de ese modo encubierto, y por ello novelesco? Leonor decía en cambio que eras un poeta, un soñador. ¿Dónde estaba la verdad? Otra vez te sacó de tu abstraimiento la voz de Tito, que le decía a Felipe, apuntándote: «Míralo, ahí en las nubes…». «No estoy en las nubes», dijiste, «sino en una cama». «¿Qué?», exclamaron los tres. «Si estoy enamorado y en las nubes, como ustedes dicen, lo mejor es imaginar que estoy con mi amada en su cama…». Tus amigos te devolvieron una compasiva mirada, y se pusieron a hablar de otra cosa, hasta regresar al tema de la asonada. Felipe insistió: «Pero, ¿qué pretendía Wharton?». «Quizá botar de Jauja a Fox Caro». «Tal vez lincharlo, ahí nomás». «Está loco», dijo Tito. «Deben mandarlo ahorita al manicomio…», dijo Felipe. «Quién sabe», dijiste, y por primera vez sentiste pena de Segismundo Wharton y de sus obsesiones.

25 de marzo

Hoy releí la Antígona *de Sófocles, por esa semejanza entre las dos hijas de Edipo y las tías de los Heros. No puedo dejar de asociar, una vez más, el amor de la heroína a su hermano muerto, con el amor entre Euristela y Antenor. Y ¿no se parecen también la negativa de don José María a enterrar a su hijo en Jauja con la prohibición de Creonte? ¿No son Euristela y Antígona semejantes en su terquedad? Y hoy, justamente —¿pura casualidad?— Abelardo me trajo unas revistas de la biblioteca, y entre ellas una que se llama Mercurio Peruano. «Mira, que aquí hay*

algo que te va a interesar», dijo. Y me alcanzó un número del año 45, con unos poemas en prosa de ese mismo autor, Jorge Eduardo Eielson, de quien supe cuando estuve enfermo. Se titulan precisamente Antígona. Los leí de un tirón, y me dejaron muy pensativo. Me impresionó mucho ese pasaje que dice: Antígona enterrada, con armadura y lanza a la puerta del invierno, pregunta por las lilas, por sus amables islas y arroyos pisoteados. *Pues había en verdad algo de guerrera en Euristela, en sus ojos metálicos, en su fijeza. Y aquel otro:* Criptas rojas de cabellos o granadas en la arena, te sostienen, Antígona, y el buitre róbate los ojos abrasados. ¡Oh hermana de las sombras!

Sí, hermana de las sombras…

25, por la noche

Practicando por la tarde en el melodio, me acordé de pronto de la frase inicial del himno copiado por el abuelo. Dejé lo que estudiaba, y le di nueva y más adecuada forma, y la ensayé una y otra vez. Y luego, sin mayor esfuerzo, esbocé un corto preludio, al parecer muy de acuerdo con el carácter de la obra. Me quedé sorprendido, y todavía lo estoy. Y seguí después, siempre de memoria. ¿Por qué me gusta tanto? No es solo su música, y tampoco lo que dice, en sí misma, la letra. Es su espíritu, como diría Abelardo. Esa alabanza, que no tiene en el fondo nada de católica, de la luz y de la vida. ¿Por qué no intentar desarrollar lo que está ahí tan comprimido? Y ¿no es acaso el órgano el instrumento más apropiado para eso?

«No, tú no eres Mitrídates, tu nombre es Azrael», ¿no fue así como te dijeron un día? Tú mismo nos contaste en la biblioteca, ¿te acuerdas? ¿Por qué Azrael? ¿Por qué ese nombre tan extraño? No lo sabes, y no escuchas mis preguntas, quizá porque se quedan solo en murmullo, en un temblor de labios. Aguardas junto a la puerta del cementerio, erguido ahí con tu eterno abrigo azul y una luz helada en las pupilas. Alto y enjuto como un ángel del Cuzco, aunque no tengas alas ni vistas el ropaje de los lienzos, ni lleves un arcabuz, y apenas, como espada, un bastón de madera. «Tiene la figura de un personaje del Greco», dijo alguna vez Laurita, y explicó quién fue y cómo pintaba ese hombre, nacido en Creta pero más español que los mismos españoles. Nos contaste también, una vez, que soñabas con que ibas remando en un bote, y que llevabas un pasajero. Sueño angustioso, que se repitió muchas veces. Y, ¿esas mañanas en que cargabas, uno a uno, desnudos y en costales, a esos muertos por el tifus, para dejarlos en el camposanto, fueron verdad, Mitrídates? ¿Y verdad la risa ferina con que lo hacías? ¿Te ríes también cuando lavas y peinas a tus finados en el mortuorio del hospital? Ángel tristísimo, a las puertas siempre de la muerte.

«Buenos días», saludaste a Radulescu, quien se había rezagado. Sus acompañantes volvieron la cabeza, y la mirada de Elena se posó en ti con distraída curiosidad. Saludaste de nuevo y ellas

te respondieron afables, pero luego retornaron a su charla. «¿Cómo estás?», te preguntó el rumano. «Muy bien, señor, ¿y usted?». «Aquí vamos, gracias a Dios». Vestía un terno de color beige, camisa de un amarillo pálido con gemelos de oro, y corbata roja. Llevaba sombrero borsalino y, como siempre, su paraguas bajo el brazo, a pesar del tiempo despejado. Tan pulcro, tan amable. «Ven, da una vuelta con nosotros», dijo. Y te pusiste a caminar a su lado, en su paseo por el cuadrilátero de la plaza, en ese domingo de marzo. Elena iba adelante con sus dos amigas, vestida con un traje sastre de un verde apagado, con zapatos de tacón alto y cartera marrones, y un pañuelo de seda en el cuello. Sus acompañantes lucían también ropa elegante. Cuán llamativa sería tu presencia en ese grupo, y no solo por tu edad y por tu ropa, sino por tu evidente origen serrano. «Quería hablarle de un asunto, y por eso me acerqué…», comenzaste a decir. «¿De qué se trata?». «Usted nos dijo que canta música clásica». «Bueno, digamos que sí…».«Pensé entonces que quizás aceptaría cantar en la misa que hemos mandado oficiar en recuerdo de unas tías, fallecidas no hace mucho, que se realizará el 1.° de abril, y en la que tocará un organista de los Descalzos de Lima». «¿Una misa de réquiem?». «Así es, señor». «Y ese padre, ¿quién es?». «Un franciscano español que estuvo de joven en Ocopa, y que después se fue a Europa, y que además conoció a mi abuelo». Radulescu señaló, aún sorprendido: «He oído hablar de él, y con muchos elogios, al padre Barrelier. «Pero dime, ¿ya le has consultado?». «Sí, señor». «¿Y está de acuerdo?». «Así es». El rumano te miró, incrédulo, pero dijo: «Bueno, si es así, será un honor y lo haré con gusto, joven amigo». «Muchísimas gracias, señor». «Será necesario ponernos previamente de acuerdo, así que espero poder hablar con él». «Mañana por la tarde estará en la parroquia, y tal vez, si a usted le parece, yo iré a avisarle…». «Ajá». «O quizá, si no es mucho pedir, podría usted comunicarse con la parroquia por teléfono…». «Me parece mejor, y así podré saber qué piensan los padres, y elegir eventualmente las piezas más adecuadas». «Si es necesario tomaré las copias que ustedes necesiten». «Has pensado en todo», dijo Radulescu con una sonrisa. A todo esto las muchachas, que se habían adelantado un buen trecho, se detuvieron para esperarlos a ustedes. El rumano procedió a las presentaciones: «Este joven jaujino es muy aficionado a la música, y se llama Claudio Alaya, y estas damas son la señorita Elena Oyanguren, la señorita Clementina Balta y la señorita Constancia Landau». Las jóvenes te dedicaron una cortés sonrisa. Elena, en particular, detuvo en ti la mirada —esos ojos marrones de óvalo perfecto— como preguntándose si no te había visto en alguna parte. Solo por unos segundos, pero un tiempo suficiente, sin embargo, para que recordaras ese pasaje de la *Ilíada* donde se dice que ante la hija de Leda todos se sentían como ante una inmortal. Pronto, sin embargo, reanudaron el paseo. Te preparabas a despedirte, pero Georgiu Radulescu te detuvo con un gesto: «No, ven con nosotros». Y como vio tu expresión interrogadora, se explicó: «Sí, ven al sanatorio, pues tengo algo para ti». Y mientras completaban una última vuelta por la plaza, se extendió en un largo comentario sobre la feria que tenían a la vista, que tú escuchaste con mucha cortesía, pero más atento en realidad a las tres jóvenes. Elena era la más alta, y la que

más atraía la atención. Miraste la curva irreprochable de sus piernas, sus tobillos, la gracia de su andar. Esos cabellos de un castaño claro, que caían en bucles sobre sus hombros. *Elena, la de los blancos brazos y el velo también blanco*. Te sacó de tu embeleso la voz de Radulescu, que con énfasis decía: «Toda esta gente, y el colorido, la luz, el movimiento, no dejan de recordarme pueblos como los que vi en Turquía, en Armenia, en el norte de Grecia. Sí, realmente…». Y mientras proseguía, evocaste por unos instantes la figura ondulante, sensual, de Yasmina Awapara, y sus labios tersos y cálidos. ¿Y Leonor? ¿Habría vuelto ya de Morococha? ¿No te irías a topar con ella? Seguía la voz del rumano: «…Mas no se ve aquí el perfil de un minarete, ni se oye la voz de un muezín, y se diría que, en comparación, reina un silencio profundo. Y no se perciben, tampoco, los intensos olores que allá predominan, sino estos, más sencillos, más puros, del eucalipto, el toronjil, la yerbabuena. Cosas tan gratas, tan simples…». Te acordaste, por supuesto, de Fox y de su amor por las cosas simples. «Así habla el señor Fox Caro». «Ya me has hablado de él, y también un huésped del sanatorio, y de lo que dice en torno a las excelencias del agua y de la luz, como principios simbólicos de pureza y transparencia, sobre todo en el Perú antiguo. Parece ser una persona notable, realmente notable, y lamento por eso el desagradable incidente promovido por el padre Wharton». Y continuó: «Pero como iba diciendo…». Y tomaron así por el jirón Bolognesi, y después por San Martín, y en un tiempo que te pareció muy breve el grupo estuvo en las puertas del sanatorio. El rumano le indicó al portero que ibas a entrar por un momento, y ya en la pequeña explanada que se abría delante del edificio administrativo, las tres damas procedieron a despedirse, no sin antes acordar con su acompañante cuándo volverían a encontrarse. Radulescu besó, galante, sus manos, y ellas te las tendieron con amabilidad. Pudiste tocar así, deslumbrado, la de Elena Oyanguren, de una piel tan sedosa, y sentiste por unos segundos su perfume, lujoso y exótico. Otra vez se posó en ti su mirada, más cortés que curiosa. Luego las tres jóvenes se dirigieron hacia su pabellón, mientras tú y tu amigo enrumbaban hacia el suyo. Radulescu ocupaba allí dos habitaciones de paga, la primera de las cuales le servía como sala de recibo. Tomaste asiento, mientras él entraba al dormitorio para cambiarse. El mobiliario era muy sencillo pero elegante: una mesita negra y baja, taraceada con algo que parecía marfil, un pequeño estante, una consola del mismo color, una mecedora y una silla. Volvió con una prenda que no habías visto nunca, y que resultó ser una *robe-de-chambre*, como supiste después, y unas pantuflas afelpadas. «Disculpa que me haya puesto esta ropa», se excusó, «pero es que estoy cansado, y me siento mucho mejor así». Buscó en los anaqueles, tomó un sobre grande que había allí, y se instaló en la mecedora. «Esto es un obsequio», dijo, tendiéndote un par de cuadernillos grandes. Viste que se trataba de una partitura, y que en la carátula se leía: *Bela Bartok: Microcosmos. Vols. I et II.* «Usted me habló de esta obra cuando estuvo en casa», te acordaste. «Así es, y la encargué a Lima y la recibí hace unos días, y solo esperaba una ocasión para entregártela». «Muchísimas gracias, señor, pero ¿por qué…?». «Porque fuiste amable, y porque creo haber visto en ti un sincero amor por la música, y además

para que puedas apreciar las analogías que, en mi opinión, hay entre una música como esta y la música andina». «No debió darse esa molestia». «No lo ha sido, y me dirás si te sirven desde el punto de vista formativo, para ver si me consiguen los cuadernos restantes». Te observó por un momento y luego añadió: «Te voy a contar algo…». «¿Sí?». «Hace unos días vino al sanatorio el padre Barrelier, con quien tengo alguna amistad, y conversamos un buen rato. Y en algún momento, y a propósito de la educación de los jóvenes jaujinos, te mencionó, y dijo que te escuchó una tarde en que tocabas el melodio, y que lo hacías bastante bien. Y me comentó: "¿No es sorprendente el caso de este joven tan modesto, y que a pesar del medio, se interesa así por la música?"». Sentiste que te ruborizabas, pero trataste de adoptar el aire más tranquilo que te fue posible. «Y creo que tenía razón», prosiguió el rumano, «si tenemos en cuenta el apartamiento de esta ciudad, la falta de estímulos y la carencia de recursos educativos». ¿Qué podías decir? Radulescu advirtió tu embarazo, y se refirió a otra cosa: «¿Y sigues leyendo la *Ilíada*?». «Así es, señor». «¿Y te detienes siempre en la figura de "Elena, la de los blancos brazos"?». «Y no olvido lo que usted dijo sobre su silencio, su orgulloso silencio…». «Veo que me escuchaste con atención». «Por supuesto, señor». Él prosiguió, al cabo de un momento: «Yo le he hablado a mi amiga, la señorita Oyanguren, de esa Elena homérica». «Y ¿qué dijo?». «Ella conoce el poema, y ha estado además en Italia de niña, de modo que sabe cómo es el Mediterráneo. Y sonrió, de ese modo suyo, y dijo: "Gracias, por esa comparación, pero yo no tengo esa belleza, y no daré lugar a ninguna guerra"». «Es tan hermosa», dijiste. Radulescu asintió y continuó: «Y le hablé también de otra Elena, la de la pieza de Eurípides, y también, salvando una distancia de siglos, de un poema dramático del siglo XVI, el *Fausto* de Marlowe, un inglés, donde un personaje se dirige a Elena y le dice: "Dulce Elena, hazme inmortal con un beso"». «Y la señorita Oyanguren, ¿qué dijo?». «Volvió a sonreír, divertida, y me contestó: "Yo no he leído tanto como usted, señor Radulescu, y por desgracia no tengo el don de dar la inmortalidad a nadie, y menos con un beso, e incluso pudiera ser al contrario, si mi curación no avanza"». Y dejándose llevar de nuevo por sus asociaciones, Radulescu dijo: «Y a propósito, leía hace poco en una revista italiana, que según algunos arqueólogos en Creta se adoraba, mucho antes de la guerra de Troya, a una diosa de los árboles y de la vegetación, que correspondía a la figura misma de la Elena homérica». El rumano se detuvo de pronto, y dijo: «Vaya, te debo parecer muy pedante, ¿no?». «No, no he pensado eso». «¿De veras que no te aburro?». «No, señor, qué va». ¡Cuánto habrías deseado, más bien, tener algún día una cultura semejante! Y ¿cómo no había de sentirse halagada Elena Oyanguren ante esas referencias, aun si su mundo no era el de los libros, y aún era huésped del sanatorio de Jauja? Hubo una pausa, y Radulescu dijo: «¿Sabías tú que los enfermos llaman al sanatorio el *buque*?». «Sí, señor». «Pues bien, a veces tengo la impresión, viendo el pequeño mundo que constituimos, con gente de tan diversas procedencias y ocupaciones, y de tan diferentes niveles sociales y culturales, de que se trata en efecto de un buque, aunque estemos en mitad de los Andes. Y lo mismo podría decirse, hasta cierto punto de Jauja». No veías adónde

apuntaban esas observaciones, pero escuchaste con mucha atención. Él continuó: «Una pequeña nave, pues, en lo más apartado del planeta, pero ecuménica». «¿Cómo dice?». «Ecuménica, que es como decir universal». «Ah…». «Y en la cual, además, como raro privilegio, viaja una mujer tan hermosa como la señorita Oyanguren. ¿Te imaginas a la hija de Leda en el buque de Odiseo?». No supiste qué decir, y Radulescu hizo un gesto, como excusándose por sus divagaciones. Tú te acordaste de la vez aquella en que hablaste de Jauja como una nave llena de locos. Después de un momento volvió al tema de la misa de réquiem: «Se me ocurre una idea», dijo. «¿Cuál es?». «Que tú también podrías intervenir en la parte musical». «¿Cómo?». «Sí, en un intermedio». «Pero el padre Monteverde todavía no me ha escuchado…». «Pero yo sí, y pienso que tal vez podrías tocar una composición como la que dejó tu abuelo». «¿Se refiere usted a su *Laudate*?». «Por ejemplo». «Pero una música así», contestaste, «tan diferente…». «Me has dicho que tu abuelo era algo así como un maestro de capilla en la iglesia, y tú eres, además de su nieto, un joven que ya sabe desempeñarse en el armonio, como reconoce el mismo padre Barrelier. Tienes, pues, algún derecho, para formular una petición como esa». Ya lo habías pensado, por cierto, aunque no habrías podido argumentar como lo había hecho el rumano. «Me gustaría mucho», balbuceaste. «Y me permito pensar que el padre Monteverde aceptará. Mejor aun, yo apoyaré esa posibilidad ante el padre Barrelier, y estoy seguro de que lograremos lo que deseamos». No supiste qué decir, una vez más, ni cómo agradecerlo. Y sorprendido y entusiasmado como te sentías, te quedaste sentado ahí, olvidando que ya debías marcharte. Y luego por poco olvidas el obsequio al despedirte. «Hasta otro día, señor, y muchísimas gracias por todo». «Hasta pronto, Claudio». Emprendiste, pues, el retorno a casa, apretando las partituras bajo el brazo, y pensando en todas las combinaciones de repertorio que podían efectuarse. ¡Quién lo hubiera imaginado! Georgiu Radulescu, el amable y mesurado señor Radulescu, no solo había aceptado cantar en la misa de tus tías, sino que había sugerido además que tomaras parte en ella con el *Laudate* de tu abuelo. Y no solo eso, sino que había ofrecido apoyar la idea ante el párroco. ¿No eras un joven con suerte? Y, por otra parte, ¿no habías hablado ese día, aunque fuera solo dos o tres palabras de cortesía, con Elena Oyanguren? ¿No habías tocado su mano?

27 de marzo

Entusiasmado por las palabras de Radulescu, estuve ensayando en el armonio el Laudate Dominum. *Quiero tocar bien cuando me escuche el padre Monteverde. He revisado también el misal del abuelo, para saber más de la misa y de sus partes. Me ayudó la casualidad, y pude encontrar en sus dos mil páginas las misas de entierro y de conmemoración de difuntos. Leí con la mayor atención la versión en español, y de veras que me impresionó. Y después una vez más, solo por su misteriosa resonancia, el original en latín. Es tan hermoso aquello de* Requiem aeternam dona eis, Domine: et lux perpetua luceat eis. *Y aun más*: Lux aeterna luceat eis, Domine. *Y seguí buscando, y encontré finalmente la traducción del Laudate, es decir el salmo*

que dice: Alabad al Señor en su Santuario… Y más adelante, en otra parte: Alabadle al son de clarines; alabadle con el salterio y la cítara. Alabadle con panderos y coro; alabadle con instrumentos de cuerdas y el órgano. Alabadle con timbales sonoros; alabadle con timbales de júbilo…. ¿No es hermoso? ¿No se explica así la alegría en una composición melancólica como la de Baltazar José Manrique? Dejé el texto, y de pronto se me ocurrió que también podría tocar en la misa, además del Laudate, el himno. ¡Claro! No en vano he venido trabajando en el acompañamiento y en perfeccionar la «entrada» y el final. No creo, sin embargo, que el padre Monteverde acepte así nomás, porque la música andina debe parecerle cosa de gentiles. Y, no obstante, a pesar de todo pienso que debo tratar de convencerlo, y si eso no es posible, ver otra manera de realizar mi idea. ¿No sería esa música, con su letra de extraña belleza, el mejor homenaje a mis tías?

28 de marzo

Tía Marisa me dijo, con cierto retintín: «Te buscan, sobrino mío». «¿Quién?», le pregunté, pues no esperaba a nadie, y menos a la hora del desayuno. «Una joven», dijo. Salí todo intrigado, y en el zaguán estaba Griselda, la sobrina de los Caro. No me devolvió el saludo pero sonrió toda colorada y me tendió un papelito que decía: «Claudio: Hoy tenemos reunión a las 6 p.m. Estás invitado». Y una rúbrica que correspondía al carpintero. La miré perplejo, pero la muchacha volvió a sonreír, y con un «hasta luego» se fue. No está mal, a la verdad, y sus ojos son lindos. Regresé al comedor, donde ya se encontraban mamá y Abelardo, y mi tía dijo: «Así que mensajes, y una dulce y ruborosa mensajera, ¿no?». «Me invitan a una reunión que va a haber hoy», dije. «Je, je», se rio Abelardo. «¿Qué reunión es esa?». «¿Qué cónclave va a ser», dijo mi tía, «sino de la cofradía que encabeza nuestro vecino?». Mi madre me miró preocupada, pero mi hermano acudió en mi auxilio: «Inofensiva y hasta poética cofradía, en que se habla de tan etéreas cosas como la transparencia y la pureza…». «Sí, madre, de eso se trata». «¿Ya ves, Laura, lo seráfico que se ha puesto tu hijo?». «Y voy a ir, pues me da curiosidad…». «Bueno, si se trata solo de curiosidad y no va a haber otra asonada…». «Wharton debe andar escaldado», dijo Abelardo, «porque según me enteré ayer, le ha caído una soberana reprimenda del obispado, así que no andará con ganas de promover otra algarada». «Así que Fox en los altares y Wharton excomulgado. ¿No es estupendo?», se asombró mi tía. Y todos nos reímos, y creí que no había más que tratar, pero Abelardo me recordó: «Y hablando de Wharton, tenemos que ir a matricularte en el colegio». «¿No puedes ir tú solo, ya que eres mi apoderado?». «No, tú también tienes que ir». «Sí, sobrino», dijo mi tía, «pero antes reza un trisagio a Santa Rita, para que don Segismundo no se cruce en tu camino». Estuve a punto de persignarme, por el puro susto, y dije: «Bueno, pues». «Será mañana, no te olvides».

Fuiste uno de los primeros en llegar. Te abrió doña Juanita, quien te acogió con expresión muy cariñosa. «¡Qué bueno que hayas venido!», dijo, y te invitó a tomar asiento en ese ambiente al que seguías llamando gabinete. Solo estaban Eusebio Pérez y Dámaso Lavado, que charlaban animadamente. Poco a poco fueron llegando otras personas. ¿A qué hora llegaría Zoraida? ¿Cómo te trataría? ¿Aludiría Fox a la muerte de tus tías, y, aunque solo fuera de modo muy sibilino, a su antigua devoción por Euristela? En algún momento Griselda llevó una bandeja con vasos de chicha morada y encendió la luz eléctrica. Habrías jurado que te miró con coquetería. Llegaron después Jonás Pérez y Ruperta Bravo. La viuda aún no se hacía presente. Quien lo hizo fue más bien el propio carpintero, que saludó uno por uno a los asistentes. Se le veía muy bien, y hasta se habría dicho que la asonada de Wharton le había dado nuevos ánimos, y que, al menos en lo exterior, se había repuesto de la desaparición de las señoritas de los Heros. Se sentó y se puso a conversar con Adeodato Canchapoma, en espera de que se hiciera presente el resto de la gente. Al cabo de unos minutos Fox se instaló ante su mesita, y se disponía a hablar cuando hicieron su ingreso los hermanos López, y después Zoraida y Leopoldina Suárez, una cuarentona a quien no habías visto antes en el grupo. La viuda correspondió con distraída sonrisa a tu saludo, imaginando quizá que tu presencia se debía al deseo de encontrarte con ella. No era así, por cierto, o por lo menos no en esa medida, pues había calado bien en ti la advertencia de que no debías tomar ninguna iniciativa. Pero qué bien se la veía, y cuánto hubieras deseado sentarte a su lado, y acariciarle a hurtadillas los muslos, pero como eso no era posible, era mejor pensar en otra cosa. Al poco rato llegaron los demás miembros de la cofradía que viste en la sesión anterior. El carpintero se puso de pie y comenzó a hablar: «Apreciados hermanos: nos reunimos nuevamente, después de los lamentables sucesos del otro día, y antes que nada debo agradecer el apoyo que de una u otra manera me han manifestado todos ustedes. Gracias por haber estado a mi lado y por haber tomado mi defensa. La paz sea con todos nosotros». Hizo una pausa, y continuó: «Debo señalar, sin embargo, que ese ataque no solo fue contra mi persona, muy modesta por cierto, y contra ustedes, damas y caballeros, sino en especial contra nuestro modo de pensar y de sentir. Pues no se trataba de mostrarnos con razones en qué, según ellos, estamos equivocados, ni de ventilar en pacíficos términos nuestras diferencias. No, hermanos, lo que se quería era insultarnos y humillarnos públicamente, y hacernos abjurar de nuestras creencias, en una actitud que desde luego no tenía nada de cristiana y sí mucho de fanática. Fue una dura prueba para todos nosotros, y una prueba también para los que asistieron, como involuntarios espectadores, a tan penosa escena». Siguió un silencio que nadie interrumpió, y agregó: «Y quiero agradecer también a alguien que, no siendo aún de nosotros, estuvo presente y se preocupó mucho por lo que sucedía e hizo lo posible por ayudar. Me refiero al joven Claudio Alaya, quien como ustedes recordarán concurrió también a nuestra última reunión». Todos se tornaron a mirarte, y tú, incómodo, agradeciste con una venia. Fox prosiguió: «Por eso, amigos míos, y porque reúne muchas condiciones, quiero pedirles que le demos la bienvenida a nuestra

hermandad». A todos pareció bien la propuesta, y aplaudieron. No supiste qué decir, pues a decir verdad no habías solicitado tu ingreso, ni Fox había consultado tu parecer, dando por sentado que tal era tu deseo. Pero quizás estaba bien así, pues, ¿no pertenecía a esa «iglesia» Zoraida Awapara? ¿No compartías ya, de algún modo, ese culto al agua, la luz, el viento? ¿Y no presentías en la poética de Fox Caro una común raíz con los mitos y leyendas que contaba Marcelina? ¿Qué importaba, entonces, que no creyeras en la verdad literal de sus afirmaciones? Agradeciste, pues, y el dueño de casa añadió: «Más adelante, y luego de una debida preparación, celebraremos como se debe la incorporación de este joven amigo». Detuviste por un instante tus ojos en los de la viuda, pero la luz amarillenta del foco parpadeó, sin duda a causa de una tempestad de rayos que se había desatado una hora antes, y no tardó en apagarse. El dueño de casa encendió una vela, iluminación sin duda más adecuada para semejante asamblea. Fox Caro debió pensarlo así, porque dijo: «Nos alumbra ahora el fuego, hermanos míos. ¿Quién podría dudar de que el fuego es todo un vivo y misterioso espíritu?». Hubo otro intervalo, durante el cual los asistentes intercambiaron en voz baja unas palabras. Tu mirada volvió a cruzarse con la de Zoraida Awapara, en la que creíste ver algo así como una curiosa y maternal dulzura. Fox continuó: «No en vano hubo un sabio, entre los antiguos griegos, que decía que el fuego era el origen y principio de todas las cosas. Y no le faltaba razón, pues, ¿qué es el sol, nuestro padre, sino ardiente fuego? ¿Y no adoraban nuestros antepasados al fuego, cada amanecer y cada tarde? ¿Y qué es el amor, sino un fuego del cuerpo y del alma?». Te tornaste con disimulo hacia tu amiga, pero ella no se dio por enterada. Hubo una pausa, y creíste que a continuación tendría lugar esa alternada y celebratoria letanía de la vez anterior, mas no fue así, y Fox dijo: «Los he convocado, hermanos, para anunciarles que vamos a interrumpir por un tiempo nuestras reuniones». Hubo un movimiento de asombro entre los asistentes, y las preguntas se sucedieron: ¿Por qué? ¿Qué quería decir? ¿Se iba de viaje? ¿Era una consecuencia de la asonada? Tú miraste a doña Juanita, sentada a un extremo de la fila en que te hallabas, pero no se alteró en nada la plácida expresión con que seguía la sesión. El carpintero hizo un gesto, tranquilizando al auditorio, y sonrió, antes de continuar: «¡No se alarmen, hermanos! ¡No! Sucede simplemente que voy a salir de viaje por un tiempo». «¿Adónde? ¿Por qué se va? ¿Pasa algo», preguntaron diferentes voces. «No pasa nada, sino que se trata de algo que tenía proyectado desde hace tiempo, y que deseo realizar ahora, pues es un buen momento para ello. Un viaje que me llevará, en primer lugar, a las cuevas de Huagapo, en la provincia de Tarma, y después a las montañas de Chanchamayo y del Perené». Fox ya se había referido al respecto esa vez en que retornaba del cementerio, así que la noticia no te tomó de sorpresa como a la mayoría de los concurrentes. «Así es, amigos, y no por razones de negocios ni por asuntos familiares, sino en pos de las fuentes, porque esa tierra vasta y obscura, llena de árboles y animales, y de flores bellas y extrañas, es la matriz de donde procede el agua que, convertida en nubes, humedece y fecunda nuestro valle, y da nieve a las cumbres de Lasuntay, y colorea de verdor nuestro paisaje…».

Zoraida lo interrumpió y dijo: «Pero esa es también tierra caliente y enfermiza». «Es cierto, pero por eso mismo, y porque es principio a la vez que término, deseo ir allá en peregrinaje de meditación, de reverencia, de aprendizaje…». «Pero, ¿va usted solo, don Fox?», quiso saber el gordo Canchapoma. «Así es, porque en soledad la meditación y el recogimiento son más hondos, sin que ello signifique en modo alguno faltamiento a mi señora esposa, aquí presente, sin cuya comprensión y amor jamás habría podido llevar adelante mis reflexiones». Te preguntaste, desde luego, si no habría alguna relación entre ese viaje y la muerte de tus tías, mas no dijiste nada y redoblaste la atención. Zoraida preguntó: «¿Y por qué Huagapo, don Fox?». «Porque en ese sitio, donde se dan la mano el agua, el silencio y la oscuridad, ha de ser posible avizorar mejor la verdadera luz del mundo». La viuda no supo qué decir, pensando quizá, como tú, que el carpintero tenía respuesta para todo, y que siempre rodeaba con un ropaje de poesía razonamientos que, ante un examen más atento, no poseían mayor lógica. Pero, ¿qué le interesaba la lógica al carpintero? Y, ¿qué importaban sus contradicciones, ante la obscura belleza de sus imágenes? Pensaste en la sierpe alada de Janchiscocha, pues si bien Marcelina decía que se refugió en una de las siete lagunas, podría suceder también que estuviese oculta en las profundas cuevas de Huagapo, no muy distantes por lo demás. Fox pareció adivinar las dudas de la señora Awapara, y quizá también las tuyas, pues agregó: «Y en esa hondura, como en los ríos, como en la muerte, pueden juntarse también la reflexión y la leyenda, o por decirlo de otra y más simbólica manera, el amaru de nuestros antepasados y las filosóficas preocupaciones de nuestro tiempo». Por un buen espacio nadie dijo nada. *Fox habla como un profeta, como Tiresias en la* Ilíada*, como la sibila de Cumas. Es un poeta, más que sabio, y sabio más que nada*. Al fin habló Zoraida: «Pero ¿y allá en la montaña?». «También ha de ser así, hermana, ante la corriente vasta de sus ríos, ante sus flores esplendentes, ante la materia obscura y húmeda de la tierra que da vida a toda esa vida». ¡Dios! ¿De dónde podía sacar toda esa elocuencia el artesano? ¿Qué libros había leído? «¿Y cuándo va a partir, señor?», preguntaste. Habías hablado sin proponértelo, como siguiendo el curso de tus pensamientos, y todos se volvieron a mirarte. Fox dijo: «No lo sé con exactitud, pues debo atender antes ciertos asuntos, pero creo que será dentro de unos quince días». Así, pues, estaría en Jauja en el día de la misa de honras y podría asistir. Más aun, era posible que la misa fuese uno de esos «asuntos», por no decir el principal. Prosiguió luego: «Así es, hermanos, pero esa corta separación nos servirá a todos de oportunidad para meditar, y no solo en los efectos de la intolerancia y del fanatismo, sino en el significado de nuestra pequeña comunidad, y, sobre todo y una vez más, en los sentimientos que nos unen». No dijo más, y los asistentes se levantaron de sus asientos y se le acercaron. Tú optaste por aproximarte a su esposa, que era la única persona que permanecía en su asiento. Brillaba en su mano su sortija, su enorme sortija. Te acogió con una sonrisa afectuosa, pero también, habrías jurado, vagamente pícara, como si hubiese percibido un indicio de tu aventura con doña Zoraida. «Me alegra que vayas a ser de los nuestros», dijo. «Yo también, doña Juanita». La vieja señora

se puso luego a preguntar por tu familia, y a comentar el sepelio de tus tías abuelas. «Dignas damas», dijo, «por quienes tuve siempre la mayor estimación». La miraste a los ojos para ver si no te engañaban los oídos, pero no, hablaba con toda seriedad y con una cierta melancolía. Sea como fuere, decidiste invitarla a ella también: «El 1.° de abril será la misa de honras por mis tías, y quisiéramos que usted y don Fox vayan». «Iremos, hijo», contestó la anciana, y se levantó diciendo: «Ahora traeré unos pastelillos y unos vasitos de vino». Y en efecto, al cabo de unos minutos retornó con Griselda y Florisandro, con sendas bandejas de aldabitas, alfajores, maicillos y unas copas de vino blanco. Florisandro fingió no verte, en tanto que la muchacha te miró otra vez con cara de risa. ¿No te habrías puesto algo al revés? ¡Vaya, Mirta era la seriedad en persona, y esta joven de todo se reía! Adeodato Canchapoma se te acercó, y quiso saber si era cierto que tocabas huaynos y yaravíes en el piano, y cuando supo que así era, exclamó: «¿Quién lo hubiera creído?». Se puso luego a hablar de tu abuelo, de quien había oído hablar. No le pudiste prestar mucha atención, sin embargo, porque lo que deseabas era aproximarte a Zoraida. Por suerte el gordo vio llegar unos alfajores de piña y te abandonó. Y fue la viuda quien se acercó, desprendiéndose por un momento de Eufrosina, y dijo: «¡Qué bueno que vayas a ser uno de nosotros!». «Yo también me alegro». «Y verás lo bien que uno se siente, así en comunidad». «Y podré verla a usted, aunque no crucemos ni una palabra». Te miró con leve reproche y dijo: «¡Lisonjero!». Y sin más, y con expresión neutra se fue a conversar con Dámaso Lavado. Fox Caro, por su parte, levantó su copa y brindó: «¡Salud, hermanos!». Y todos le contestaron: «¡Salud, don Fox!». Él añadió entonces: «Ya les mandaré avisar para nuestra próxima reunión, que será antes de mi partida». Algunos de los asistentes procedieron entonces a despedirse, y estabas por hacer lo mismo, cuando Fox te dijo, en un aparte: «No te vayas, que quiero hablar contigo». No te quedó, pues, más remedio que ver partir a la viuda, no sin que te dirigiera una curiosa mirada. Y cuando todos los demás se hubieron marchado, doña Juanita le dijo a su marido: «Este joven nos invita a la misa de honras de sus finadas tías…». «Sí, ya me había prevenido Felícitas». «Muchas gracias», le dijiste, «por recibirme entre ustedes». «Eres muy joven, pero aprecias y compartes nuestro modo de pensar, así que me pareció lo más conveniente», dijo el carpintero. Su señora se puso a recoger los vasos con ayuda de la joven, que parecía tenerle mucho afecto. ¿No la pretendería el idiota de Florisandro? Bueno, pero ella nunca lo aceptaría, por esa cara de rústico malhumorado y estúpido. Pasaste con Fox a lo que llamabas su gabinete, tomaste asiento y observaste, como en anterior ocasión, las reglas, los compases, las escuadras. Y otra vez acudió a ti la pregunta, aún no respondida, y que formulaste señalando esos instrumentos: «Pero ¿qué hace usted con esas cosas?». Él te miró y dijo: «Así como admiro y reverencio las cosas más sencillas y puras de la naturaleza, así también me asombro ante las formas más simples de la geometría, como son cuadrados, círculos, triángulos y la sección de oro…». Vio tu sorpresa, y se explicó: «Así es, hijo, y créeme que encuentro una gran felicidad, además de un motivo de maravilla, dibujando en el papel esas figuras y

contemplándolas». «Ah…». «No hay, pues, ningún misterio…». No estuviste muy seguro de que fuera así, pero no insististe. Transcurrió un momento y Caro dijo, mudando de expresión: «Hay algo que debes saber, hijo». «Diga usted, señor». «Algo que sin duda reviste gran importancia para ti, si nos atenemos a todo ese interés que has mostrado con respecto a la casa de Yanasmayo, y a la época en que vivían allí tus finadas tías». «¿Qué es?», preguntaste. «Se trata de Antenor». Guardaste silencio, asombrado. «Antenor de los Heros, por quien me has preguntado tantas veces». «Bueno, me pareció que nadie se quería acordar de él…». Hubo una pausa y Fox continuó con suavidad: «Antenor no era en realidad hijo de don Antonio, sino de don José María». «¿Cómo?». «Así fue, y medio hermano, por lo tanto, de tus tías». «¿Ah sí?». «En efecto». Ya lo habías intuido, pero era otra cosa escuchar una confirmación así, en un momento como ese. «¿Y por qué me lo dice, señor?». «Por ese interés tan imaginativo que pones en esos tiempos…». ¿Era eso, realmente? ¿No habría otro motivo? Preguntaste: «Pero ¿y su madre? ¿Quién fue la madre de Antenor?». «Una mujer del pueblo de Pomacancha, que murió cuando él era niño». «Y, ¿supieron mis tías quién era en verdad?». «Claro que lo supieron». «Pero usted lo conoció como sobrino, ¿no es verdad?». «Y como primo de las difuntas». «¿Y después?». «El resto, hijo, te lo puedes imaginar». No dijo más, y, movido por una especie de temor, de súbito y estremecido temor, no formulaste las preguntas que se agolparon en tu mente. Por lo demás el carpintero tampoco las habría respondido. Te observó desde su silla con las manos juntas y esa mirada tan serena, y a su modo tan penetrante, que no dejaba de causar desazón. Era mejor que te marcharas. Te pusiste, pues, de pie, y él hizo lo mismo. No te acompañó hasta el zaguán, como en otras ocasiones, y te despidió con un «Nos veremos en la misa, hijo», que te pareció afectuoso, especialmente afectuoso.

29 de marzo, por la mañana

Todos quisieron saber aquí en casa cómo había sido la reunión en casa de Fox Caro. «A ver, sobrino, ¿ya te hicieron cófrade?», me preguntó tía Marisa. Y tuve que decir que no, porque no habrían entendido, ni aun Abelardo. Incluso mi madre dijo: «A fin de cuentas, ese viejito está tocado…». «Pero mamá…». No, era inútil, y más inútil enfrentar ese «je, je» de mi hermano. No dije nada, por supuesto, de mi conversación con nuestro vecino y de su revelación, o mejor diré su confirmación, de lo que yo ya sospechaba. No, porque la identidad de Antenor, el drama de Yanasmayo y el amor de Fox, son cosas que deben quedar solo en mí. Por suerte se pasó a un tema mucho más inmediato, como es la misa. Abelardo dijo que ya mandó imprimir las tarjetas de invitación, y mi tía hizo una lista de nombres. A mí y a Abelardo, y a Laurita, si llega, nos corresponderá llevarlas a sus destinatarios.

Ya terminé mi versión del himno, y estoy muy contento. Pero dudo mucho que el padre Monteverde acepte que lo toque en la misa. ¿Cómo hacer, entonces? ¿Actuar por sorpresa?

Y a propósito, hoy me encontré en la calle con doña Mercedes, muy descolorida la pobre, y me endilgó una minuciosa descripción de sus dolores y molestias, así como una disertación sobre los riesgos de una operación de la vesícula biliar. Dijo, a modo de conclusión: «Así que ten paciencia, porque aún no puedo reanudar las clases». Pero no quiso que la acompañara y se fue rumiando sus dolencias. Se me ocurrió la triste reflexión de que si no hubiera retornado a vivir en Jauja, sería quizás ahora una pianista afamada.

Abelardo me recordó: «Hoy por la tarde vamos a matricularte». «Pero…», quise objetar. «Olvida por un rato al cura Wharton, así como al Juicio Final». «Podríamos pedirle que te acompañe la tía Grimanesa…», sugirió mi tía. «Está bien…», dije resignado.

Por la noche

Hoy en la tarde, antes de ir al colegio, yo y Abelardo tuvimos una breve conferencia sobre mi deuda con Wharton, ya que no me presenté al examen de aplazados. Le dije: «Sé bien que no hay más remedio que volver a llevar su curso, y como el cura no perdona, no solo en este sino también en el próximo año». Y tuve la mala ocurrencia de lanzar un suspiro, a lo cual él dijo, en plan de consuelo: «En fin, hijo, si Cristo cargó su cruz, ¿no puedes tú llevar la tuya?». No me gustó la broma, pero guardé silencio. Y allá fuimos para cumplir con los trámites. Entré al plantel mirando por todos lados, pero —¡loado sea el Señor!, como dice tía Grimanesa— Wharton no andaba por ahí. «Je, je», se rio Abelardo. Un gran letrero decía en el patio: «Las clases comenzarán el 4 de abril, y se suspenderán en los días santos». Nos cruzamos con el director, quien nos invitó a pasar a su oficina para pedir colaboración en cierto asunto. Mientras ellos hablaban me puse a mirar una foto muy antigua, en la que se ve a unos señores de sombrero de copa en la puerta del colegio. Cuando salíamos, el doctor Capelo dijo: «Esta foto se tomó cuando nos visitó una delegación de educadores de Lima en 1915, y el señor ese que ven ahí, el de elevada estatura, fue un destacado pedagogo. ¿Saben ustedes quién es?». «No», dijo Abelardo. «Es don Sofonías Wharton, que fue director del puericultorio». «¿El padre del cura Wharton?». «Así es». Me quedé pasmado, y miré con más atención. El parecido con don Segismundo era innegable: los ojillos, la talla altísima, la nariz inmensa. Pero si era verdad lo que decía el señor Capelo, y que ese Wharton fue un benefactor de la infancia, ¿cómo pudo haber engendrado a un energúmeno como Segismundo? «Un gran hombre», repitió Capelo, y añadió en voz baja: «Y no como el hijo…». Abelardo sonrió y nos despedimos. Después, mientras esperábamos nuestro turno en la secretaría, pasó por ahí Cartucho el Rata con el hocico más levantado que nunca, y me dijo al pasar: «Así que vas a repetir religión…». Y se fue y me dejó con unas ganas terribles de retorcerle el pescuezo. No vimos en cambio a Julepe ni a Felipe, pero sí a la mamá de Tito. Y a Epifanio Orihuela, que es solterón y no tiene hijos, y no sé qué andaba haciendo por ahí. Contestó con afecto a mi atento saludo. Acabamos en fin con el papeleo, y Abelardo dijo, muy solemne: «Ya estás en cuarto año de secundaria, joven hermano.

¿Qué te parece?». No supe qué decir, pues a la verdad me alegra, pero también me entristece. Un poco más, y si Wharton no se ensaña conmigo, acabaré la secundaria. ¿Y después?

Estás ahí, Antenor, tan pálido, sentado en ese rincón de la sala, junto a la ventana. ¿Se desatará una tormenta, como aquella en que se produjo el incendio. Estás ahí y dices: «¿Qué podía hacer? ¿Qué…?». ¿A quién te diriges? ¿A mí, que no soy más que una presencia sin nombre al otro lado del tiempo? ¿A ti mismo? Tan pálido, pero con los ojos brillantes, afiebrados. Vistes ropa de paño negro, y llevas gemelos de oro en los puños de la camisa y corbata de seda, y juegas con tus guantes, nervioso. Así, contra el marco de la ventana y el paisaje que desde allí se divisa. Dices: «Por la mañana, temprano, mi tío me convocó a su cuarto, allí donde tenía el escritorio y leía, y donde anotaba en sus libros de cuentas y trabajaba. "El señor te llama", me dijo Eleuterio, y su sola expresión me avisó que se trataba de algo muy importante. Así que acabé de vestirme y fui…». Te interrumpes, como si revivieras uno a uno aquellos momentos. Prosigues luego: «Fui y él estaba de pie junto a su mesa, y no respondió a mi saludo y guardó silencio. "¿Para qué me has llamado, tío?", le pregunté. Y él me miró a los ojos y habló con voz fría, distante: "No me llames tío". Y yo pregunté: "¿Por qué?". Y él guardó otra vez silencio. Y supe, entonces, que nos había visto, a mí y a Euristela, cuando yo le tomaba la mano y ella dejaba la suya en la mía, ahí en el corredor, mientras adentro Ismena ordenaba la vajilla luego de la cena. Nos había visto, y si bien no dijo nada en ese instante, lo iba a hacer ahora. Dio unos pasos por la habitación con las manos en la espalda, tan sombrío». Otra pausa y continúas, luego, sin que importe a quién te diriges: «Esperé que hablara, y que quizá tomaría entonces las cosas con más calma, y yo podría decirle que aun siendo primos hermanos, yo y Euri podíamos amarnos. Y que siendo así, y si él no se oponía, podríamos casarnos, ya que había muchos matrimonios de primos hermanos. ¿Por qué no? ¿No sería yo entonces, como yerno, hijo suyo además de sobrino? Y estaba a punto de decírselo, pero me contuve, porque a lo mejor no nos había visto, y sería por otra causa que estaba tan molesto. Pero entonces, ¿por qué me pidió que no lo llamase como siempre lo había hecho? Habló en fin y dijo: "No me llames tío, porque yo no soy tu tío, ni tú eres mi sobrino". "Y entonces, ¿qué soy?". Y él me miró a los ojos, y dijo con lentitud, con glacial lentitud: "Porque eres mi hijo"». Otra vez te interrumpes, Antenor, a quien a veces dicen Agenor. Otra vez, y vuelves a mirar hacia afuera, desde ese lugar junto a la ventana, en esa claridad lívida. «"¿Tu hijo?", pregunté, estupefacto. "Sí". "¿Y mi padre, Antonio José de los Heros?". "No, tú no eres hijo de Antonio, sino mío". "¿Y mi madre, entonces?". "Tu madre, ya lo sabes, fue Nicolasa Condemayta, del pueblo de Pomacancha, que murió al darte a luz". "Pero, entonces…". "Por eso te crió tu abuela materna, hasta que yo te recogí y dije a todos que eras hijo de Antonio, porque Antonio ya había muerto". "¿Y por qué lo hiciste?". "Por Josefa, mi mujer, y por mis hijas, que son tus hermanas"». Te pones de pie, Antenor de los Heros, y vas de un lado a otro, agitado y aun más pálido, y muerto hace tanto tiempo, pero hoy

allí, angustiado. Dejas los guantes sobre una silla y te secas la frente, sudoroso, como si hiciera calor. Prosigues: «Y entonces le pregunté: "¿Y por qué no me lo dijiste nunca?". "No había para qué", me contestó, "si te recogí y te crié como un hijo". "Me mandaste interno a ese colegio de Huancayo". "Era lo mejor que podía hacer". "Y mis primas, ¿no se dieron cuenta de quién soy?". "No son tus primas". "Bueno, ellas…". "No, no se dieron". "¿Y mi abuela materna?". "Ella lo sabía, pero yo le prohibí que hablara, y todos creyeron así que eras mi sobrino". Y me dejé llevar entonces por la ira, y pregunté en voz muy alta: "¿Y mi madre?". "Ya te dije, fue Nicolasa Condemayta". "Le hiciste un hijo y la abandonaste…". "No, no la abandoné". "¿Cómo que no?". Y él dijo: "No, e incluso me habría casado después con ella, pero murió". Y yo quise saber: "Pero, ¿cómo la conociste? ¿Cómo fue que te vinculaste con ella en ese pueblo tan lejano?". Y el hombre que era mi padre se sentó y dijo: "Iba yo por Cónsac, en busca de una veta, y me detuve en ese lugar, y vi a una muchacha que me gustó, y le hablé y nos vimos una y otra vez. Y nos amamos, y sucedió lo que tenía que suceder y te concibió. Y la primera lengua que hablaste fue la lengua de tu abuela, ese quechua un poco diferente del nuestro. Y después, cuando tenías cinco años, te traje a casa y dije a todos que eras hijo de Antonio, y nadie preguntó nada, porque Antonio ya había finado, soltero, y fue siempre andariego y reservado. Así fue". Y yo me quedé en silencio, sin saber qué decir, y lo mismo hizo José María de los Heros, mi padre. Mas al cabo de un rato se puso otra vez de pie y volvió a mirarme de esa manera dura y dijo: "Y por eso, Antenor, debes poner fin de inmediato a esa relación con Euristela, porque es tu hermana". Y yo le contesté: "No puedo". "Tienes que hacerlo". "No, no puedo". "¿Cómo?", gritó. "No puedo, y estoy seguro de que ella dirá lo mismo". "¡Pero es imposible!". "No puedo". "¡Es monstruoso!". "No, porque la quiero", repetí, y él se dejó caer en su sillón, muy agitado. "Pero ¿no te das cuenta?", insistió. "Sí, pero no me pidas eso, y ella te dirá lo mismo". "Ella no debe saber…". "Por mí no lo sabrá", dije con firmeza. "Por última vez…", insistió. "¡No puedo!", volví a decir. Y salí de su habitación, y monté en el overo y galopé hasta Huaquián para calmarme. ¿Cómo dejar de amar a Euristela, aun si era mi hermana? ¿Cómo, si era mi vida…? Había anochecido, cuando retorné. Fui en busca de ella, pero solo encontré a Ismena, quien me miró y no dijo nada, porque sin duda ya sabía. "¿Y Euristela?", pregunté, pero ella no me respondió y siguió sentada allí en la mecedora, sin mirarme. Fui entonces al dormitorio de Euristela, mas no estaba, y tampoco en los demás cuartos. Mi padre tampoco. Esperé en el corredor, mientras afuera caía la llovizna. Vi después que regresaban ambos de las canchas, en donde seguramente habían hablado. Tan alterado mi padre que no me vio y se fue a su dormitorio. Euri sí, y apenas si podía hablar, pero no derramó ni una lágrima. "Ya lo sé", dijo. "¿Y entonces?". "No me importa", contestó, y me abrazó en silencio, y estuvimos en el corredor, sin decir palabra, sin que nos importara el viento. En algún momento me pareció que se entreabrían las cortinas, y que mi padre nos miraba. "No me importa", repitió ella, y yo dije: "Ni a mí tampoco". Y después entramos en la sala, pero Ismena ya se había retirado. "Hablaremos mañana y se lo diremos y

tendrá que aceptarlo", dijo Euristela, y se fue a su habitación. Yo me senté en el sofá, a la luz de las velas, hasta que al cabo de una media hora apareció mi padre, con un rostro aun más severo, y me dijo: "Ven". Y fui con él a su estudio, y se sentó ante su escritorio y me indicó que yo también lo hiciera. Dijo después: "Te irás de aquí". "Sí usted lo quiere, así será", dije. "Te irás y no volverás más". "Está bien", le dije. "Y no volverás a ver a Euristela". "No, eso no, porque no me importa que seamos hermanos, ni a ella tampoco". "¿No les importa qué?", exclamó. "Digo que no nos importa que seamos hermanos y que seguiremos amándonos. Después de todo nadie lo sabe, salvo usted e Ismena, así que nos iremos y nos casaremos en otro sitio. La gente cree que somos primos, y los primos hermanos pueden contraer matrimonio". "¡Eso sería un incesto!", gritó. Yo guardé silencio, indicando así que era inútil insistir, y que nosotros haríamos como teníamos pensado. "Pero, ¡ustedes son hermanos!", volvió a gritar. Como no le contesté, se levantó y fue al cuarto de Euristela, y hubo sin duda una discusión terrible entre ellos, pero yo no escuché nada. Al cabo de un rato regresó, aun más pálido, y volvió a decir: "¡Eso no puede ser!". "Solo somos medios hermanos, de modo que…". "¡Eso es imposible!", repitió, y abrió el cajón de su mesa y sacó un revólver. Lo miré, sorprendido. "¡No la volverás a ver!", gritó, apuntándome. "Será usted mi padre, pero no me va a intimidar". "¡No la verás nunca!". "Y además", le dije, sin arredrarme, "si hay un culpable es usted, porque nunca me reveló que yo era su hijo, si es que soy su hijo, pues a lo mejor todo es un invento suyo para que no me case con mi prima…". "Digo la verdad". "Y, ¿por qué no lo dijo antes?". "Ya te manifesté: por mi esposa, por mis hijas…". "En todo caso", dije, dispuesto a terminar con la discusión, "es inútil que me amenace". Y me puse de pie. Él me miró entonces y sin otra palabra disparó». Otra vez miras hacia aquí, Antenor, y aguzas la mirada, para ver si hay alguien que te escucha. Y agregas, con voz muy tenue, casi inaudible: «Y así fue como acabó todo». Y yo quisiera contestarte y preguntar cómo es entonces que estás ahí y hablas, pero es inútil, porque no me escucharías, y porque en realidad solo te hablas a ti mismo. Me gustaría contarte, si acaso no lo sabes, cómo fue que después cayó un rayo sobre la casa y prendió fuego a todo. Y cómo tus hermanas, y José María de los Heros consiguieron salir y salvarse. Y cómo se encontró tu cadáver, todo negro, y cómo fue que Euristela te dio sepultura, mas no en Jauja como ella quería, ni en Marco y a escondidas como deseaba tu padre, sino en esa ciudadela de muertos. Y cómo fue después que las hermanas abandonaron lo que quedaba de la casa hacienda, y se instalaron en Jauja. Y cómo no tardó en morir tu padre, y todo se fue hundiendo en el olvido. Es así como casi nadie sabe de ti, Antenor, y menos aun ahora, luego de la muerte de tus hermanas. Y los pocos que saben prefieren no pronunciar tu nombre. Y por eso me duele aun más tu fin, enterrado en una tumba perdida, al pie de esas chullpas en las alturas de Yanasmayo. Y quisiera preguntarte, ya que estás ahí, cómo surgió ese amor, quizás en esas veladas de música en que Euristela tocaba el piano y su hermana cantaba, y tú tocabas la guitarra y también cantabas. Y preguntarte asimismo si Ismena te amaba, porque a veces he tenido la impresión de que ella también te amaba. Y pedirte

que hables del anillo que ahora tengo conmigo, y al que se referían en forma casi obsesiva mis tías. ¿Por qué esa repetida mención de la amatista y de su color, tan sombrío? Y quisiera hablarte también de una mujer, Antígona, que en otra edad y en un remoto país, amó también a su hermano con un amor no muy diferente al que sintió por ti Euristela, y que a su muerte lo enterró en violación de la ley y de la orden de su padre. La triste Antígona, que sufrió y murió por ello. Mas no sale de mis labios ni una sola palabra, y veo en silencio cómo te recoges en ti, y poco a poco se diluye tu figura. Antenor, tú también hijo de las sombras…

30 de marzo

Ayer por la noche llegó un telegrama de Laurita, anunciando que llega hoy por la tarde. Me pasé toda la mañana en revisar y mejorar mi versión para órgano del himno. Estoy muy contento con los resultados. Sí, debo tocarlo en la misa, aunque el padre Monteverde monte en cólera y se suscite todo un problema. Incluso si luego me prohíben el ingreso al coro. Lo haré, pues, pero sin prevenir a nadie y de improviso. Ya he revisado una vez más el preludio, el acompañamiento y los efectos de registro, tanto sonoros como expresivos. Iré dentro de un rato a la iglesia y ensayaré todo en el melodio, y después en la consola del órgano, en silencio nomás, desde luego. Pero será como si de veras se oyeran los sonidos, en la obscura inmensidad del templo.

No pudiste ir a la estación a recibir a tu hermana, porque a última hora te hizo llamar Epifanio Orihuela, a quien el padre Barrelier le había ordenado que te diera una clase adicional en el órgano, que el sacristán te administró con eficaz parsimonia. Al final dijo, con afectuosa ironía: «Algún día podrás ocupar el sitial de don Baltazar…». Pero tú sabías ya que eso no sucedería nunca, al menos en el sentido en que él se expresaba. Retornaste a casa, donde ya Laurita, tu madre y tu tía charlaban en el comedor ante sendas tazas de té. Luego de los besos y abrazos del caso, tu hermana te miró y remiró y dijo: «Oye, diste un buen estirón con el sarampión, y todavía se te ven sonrosadas las mejillas…». Ya lo sabías, y aún te escocían las orejas por las bromas que te habían hecho tus amigos. «He crecido», dijiste, «pero a costa de estar metido en cama y de perderme los carnavales». Se reanudó luego la plática, y Laurita pidió que le contaran nuevos detalles de la muerte de las tías, así como de la asonada de Wharton. Se refirió luego a tu participación en la misa de honras en memoria de las difuntas. Dijo: «Sé lo que significa para ti tocar en una ocasión como esta, y es por eso también que he venido». «¡Muchas gracias, Lauri! Me siento…». «Muy honrado, y no cabes en ti de la pura vanidad», te interrumpió tu tía. Tu hermana quiso saber: «¿Y qué es, exactamente, lo que vas a tocar?». «Bueno, un preludio de Buxtehude…». «¿Quién?». «Olvida ese nombre, Laurita», intervino otra vez tu tía, «porque a Claudio le gusta endilgarnos unos que son rarísimos, y a lo mejor tan reales como el heliotropo de Palomeque o los novios de la tía Grimanesa». La recién llegada se rio y tú proseguiste: «Y

tocaré también el *Laudate* del abuelo». La noticia causó gran satisfacción y tu hermana te felicitó con un gran abrazo. Hablaste de tus visitas al coro y de tus prácticas en el melodio, así como de las clases con Orihuela, y explicaste qué tocaría el franciscano, y qué cantaría Radulescu. «Tendremos que hacerles un regalo…», dijo tu madre. «Este joven debería encargarse de eso, y a su costa», comentó tu tía, «pues es él quien los ha metido en la danza». «Una misa de honras no es ninguna danza», protestó tu madre. «Será un regalo simbólico, pero lo haré», dijiste. «Mientras no sea ponerlos en un cuento de los tuyos, como al pobre Palomeque…». Laurita preguntó luego otras cosas, y mientras tu madre le informaba, serviste una nueva tanda de té y de bollos. Tu hermana se veía bronceada a causa de unos días de playa, y por eso diferente, y sus ojos parecían irradiar un brillo exótico. Le dijiste, cuando acabó el lonche: «Pero ¡qué bien se te ve! ¡Qué color!». Mas te hubiera valido no hacerlo, porque ella tornó a observarte con ojos perspicaces y dijo: «Aparte de las huellas del sarampión, noto en ti algo raro…». «¿Qué?». «No sé, pero algo diferente, que te hace más joven…». «¿Más joven aun?». «Al contrario, quiero decir un poquito más hombre…». Y sonrió intrigada, mientras tú enrojecías, pues esa impresión tenía que ver sin duda con la feliz y secreta velada en brazos de Zoraida Awapara. Tu tía Marisa dijo, por una vez despistada: «Debe ser por unos pelos más que le han salido a cuenta del bigote y la sotabarba». «No es por eso», dijo Laurita. «¿Y qué, entonces?». «No sé, pero hay algo raro…». Tú no aclaraste nada, por supuesto, y tu hermana no volvió a tocar el tema, pero más adelante te mirarías una y otra vez en el espejo de tu cuarto, sin encontrar en qué residía, precisamente, esa nota reveladora. Llegó por suerte Abelardo, quien tampoco había podido ir a la estación. Hubo nuevas efusiones, abrazos y encomios al bronceado de tu hermana. El primogénito fue a traer luego el pequeño pero valioso legado que las difuntas le habían dejado. Ella contempló por largo rato los ceramios. «¿Será un ave, o tal vez dos entrelazadas?», preguntaste, refiriéndote a las figuras negras que había en uno de ellos. «No sé», dijo Laurita, «pero podrían ser también dos serpientes, e incluso dos serpientes aladas…». Te quedaste mudo por un momento, pero luego preguntaste: «¿Los amarus, entonces…?». «Quizá…». «Si se miran de cierta manera, tal vez…», opinó tu hermano. Tu tía salió con una de las suyas: «Este músico sigue obsesionado con los amarus de Marcelina, y a ese paso va a terminar como Fox Caro. ¿No sería bueno que lo viera el médico?». No le contestaste, y examinaste una y otra vez las dos figuras que, afrontadas como estaban, eran en cierto modo una sola. ¿Las dos sierpes primordiales en Yanasmayo? Pues los vasos procedían, como las tías le habían dicho a Abelardo, de un paraje de la hacienda, no lejos por lo tanto de la laguna de Chocón o de Yanamarca, y de la ciudadela de Raupi. ¡Sí, realmente! «Deben ser los amarus», dijiste, «y es a ti Laurita que te dejaron este legado. Debes pintarlos un día…». «Una idea interesante». «Y tú, Claudio», dijo Abelardo, «debieras escribir alguna vez al respecto». Hubo una larga pausa, que rompió tu hermana: «¿Y el pomo azul que estaba en el cuarto de las tías?». «Lo tiene Felícitas». «Más adelante le pediré que me lo venda: ¡es tan hermoso ese azul!». Te acordaste de la fotografía,

pero no dijiste nada. Y allí acabó la plática en familia, pero una hora después fuiste a reunirte con Laurita en su cuarto, antes de que se acostara. Se hallaba contemplando, una vez más, los dos ceramios. Los guardó, y sentándose en la cama dijo: «Y antes de su muerte, ¿te volvieron a hablar nuestras tías de esos tiempos?». «Sí, pero de una manera aun más incoherente». «¿Y de Antenor?». «También de Antenor». «Pero ¿no dijeron más claramente quién era, y por qué vivía en la hacienda?». «No». «¿Y no tienes alguna idea al respecto?». «No», dijiste, luego de un instante de vacilación, porque no te gustaba faltar a la verdad ante tu hermana. No había otro recurso, sin embargo, pues no ibas a renunciar a tu decisión de ser consecuente con las finadas y contigo mismo. Pasó un rato y Laurita dijo, aludiendo de nuevo a tu participación en la misa: «¡Qué magnífica oportunidad, y nada menos que para tocar el *Laudate* del abuelo…!». Asentiste con un gesto, pero no debió parecerle suficiente, porque dijo: «Pero, ¿no te entusiasma?». «Sí, claro que sí». «Pero entonces, ¿por qué esa tibieza?». «¿Te parece tibieza?». Te miró con más atención, y dijo, desconcertada: «Bueno, eso es lo pienso, aunque quizá se trata más bien de tristeza, por el motivo». Y añadió: «Pero lo del órgano es un gran paso, y por eso creo que deberías estar más entusiasmado». Guardaste silencio y ella continuó: «¿O no es así?». «No sé cómo explicarme». «Anda, di». «Pienso cada vez más que no son muchas mis aptitudes musicales…». «Pero…». «Mi verdadero camino parece estar por otro lado». «¿Te refieres a la literatura…?». «Así es». «Me da pena y al mismo tiempo me parece muy bien, y ya te lo he dicho». Hubo un silencio, y tu hermana inquirió: «¿Es ya una decisión?». «En cierto modo, sí». «En todo caso, aún tienes mucho tiempo para que lo vuelvas a pensar». Preferiste cambiar de tema: «¿Y tu pintura?». «Bueno, estamos de vacaciones, pero te contaré que vi en una exposición un cuadro que me impresionó muchísimo, de un pintor que se llama Hugo Orellana». «¿Quién es?». «No lo conozco, pero era un rostro que surge de las sombras, extraño, fantasmal, como un ser de trasmundo. Algo tan sombrío, tan lleno de muerte, pero también tan poético». «Qué curioso», dijiste, «porque la vez pasada nos hablabas de otro artista, con ese amor por los frutos, las hojas, las flores…». «Sí, Félix Oliva, tan lleno de vida». «¿Y?». «Vi ese cuadro y pensé de inmediato en nuestras tías, y en el mundo de Yanasmayo. Un mundo que tú podrías recrear más adelante en tus relatos». Hubo un largo silencio, en el que se oyó cómo empezaba a caer, apagada, la lluvia. «Me acuerdo», prosiguió ella, «que alguno de nosotros dijo, a propósito de tus inclinaciones literarias, que podrías reinventar todo esto, en una novela que podría llamarse *País de Jauja*». «Lo tengo presente, pero no a todos les gustó esa posibilidad…». «Es que no deseamos que nos pase lo que a la tía Grimanesa, a Fox, a Palomeque…». Te reíste, pero tu hermana insistió, con dulzura: «Y aun podríamos preguntarnos si no somos ya tus personajes…». «Así resultaría yo también una invención de mí mismo». «Bueno, eres parte de la familia, ¿no?». «Dejas volar tu imaginación, Lauri». Al cabo de un momento señalaste: «¿Te acuerdas que Abelardo y tía Marisa decían que nuestra familia es muy singular, y tú añadiste que a pesar de todo somos una familia feliz?». «Me acuerdo». «Creo que es así, y tengo miedo de que eso

pudiera cambiar». «Toda felicidad, por modesta que sea, es frágil». «Lo sé». «¿Y entonces?». «Pero yo querría que la gente que nos rodea compartiera nuestras inquietudes…». «¿A qué te refieres?». «Porque no es así, y muchos en Jauja nos consideran bichos raros». «¿Cómo es eso?». «Mira que tengo que esconder mi afición por la música, porque si no mis amigos se burlarían, y lo mismo pasa con mis aficiones literarias». «Ya me lo has dicho». «Y hay quienes se quedan con la boca abierta cuando se enteran de que tú estudias pintura, y hasta se escandalizan». «¿Y?». «No debiera ser así». «Pero, Claudio, ¿qué podemos hacer?». «Nosotros, en cambio, estamos abiertos a todo, y nos gustan los huaynos y Mozart, y Marcelina es para mí tan importante como Homero, y no nos olvidamos de las ideas de papá…». «No sé adónde vas, hermano». «Pues a lo que decía, que los demás no deberían quedarse en lo que son…». Laurita hizo un gesto y anotó: «Sí, pero no es mucho lo que podemos hacer. Y además, si comparamos Jauja con las demás provincias de la sierra, verías que no tenemos derecho a quejarnos». «Eso es lo que dice Mitrídates». «Es así, Claudio». «El otro día el señor Radulescu dijo que Jauja es como el sanatorio, un *buque*, donde conviven gentes muy diversas y se llevan bien a pesar de todo». «Bonita imagen, pero habría que precisar hacia dónde nos dirigimos». «Hacia una patria diferente, tal vez». Tu hermana sonrió y añadió: «Y no solo nave, sino también “isla feliz”, como hemos dicho, a pesar de que aquí también hay injusticias y se sufre, por la tuberculosis, la pobreza, las diferencias sociales, que aunque atenuadas, también existen». «Sí, tienes razón». «Y a propósito», dijo Laurita, «hubo en Lima una conferencia sobre el indigenismo en la pintura, y yo fui con una compañera, casi por casualidad, y el señor que la daba mencionó el valle del Mantaro, y especialmente Jauja, como un ejemplo de mestizaje logrado, incluso feliz…». «¿Cómo se llama ese señor?». «Ahorita no me acuerdo, pero es un intelectual muy conocido, y creo que tenía razón». «Sí, seguramente». «A eso deberíamos encaminarnos, poco a poco». «Mitrídates piensa que algún día todo cambiará, pero que costará mucho…». «Quién sabe, pero yo soy más optimista». Ibas a continuar, pero tu hermana miró su reloj y te interrumpió: «Discúlpame, pero ya es un poco tarde y me siento cansada». «Sí, claro». Te pusiste de pie y le diste un beso en la mejilla: «Buenas noches, Lauri».

El religioso te esperaba en el coro. Epifanio Orihuela, quien andaba por la galería, te lo dijo, pero no con recelo, como podría haberse esperado, sino con cierta satisfacción. «Gracias», le dijiste, «y gracias también porque a usted le debo la oportunidad de tocar el melodio». «Anda, apúrate», dijo, y no había en su expresión nada de la indiferencia sarcástica con que miraba la asonada ante la casa de Fox. Subiste, pues, y en efecto el organista estaba allí arriba, examinando unas partituras, tan anciano, y sin embargo frescas aún y sonrosadas las mejillas. «Ah, eres tú», dijo y te indicó que te sentaras, mientras terminaba. Tú habías llevado la partitura del *Laudate Dominum*, en una nueva y cuidadosa copia. «Mira», dijo, cuando acabó, «ya he hablado con ese señor, amigo del padre Barrelier, y conversamos largamente, e hicimos incluso un poco de

música. Es una persona muy culta y con una voz efectivamente muy buena, que conoce el ritual y tiene experiencia al respecto. Así que será como tú querías». Dijiste «gracias» con tanta emoción que el franciscano sonrió, y prosiguió: «¿Trajiste la pieza de Baltazar?». «Sí, padre». Abrió las páginas y recorrió con mirada muy rápida y experta los compases, pero en silencio, y no con esa especie de canturreo con que lo hacía Epifanio Orihuela. «Creo recordar esta música», señaló. ¿Después de tantos años? ¿La tocó, quizás, en la gran misa en memoria de la difunta esposa de José María de los Heros? Te callaste, y seguiste observando ese rostro enjuto, y los cabellos blancos, las manos sarmentosas, pero también tan sensitivas. «Está muy bien», dijo, y te invitó con un gesto a que te sentaras ante el armonio. Dudaste, pero él insistió, devolviéndote las hojas: «Sí, toca, y así podré apreciar tus avances». Te acomodaste, pues, en el banquito y dispusiste los registros. Y comenzaste, nervioso. Él hizo un ademán para darte ánimos, y te escuchó inmóvil, luego, y con mucha atención, y cuando terminaste te pidió que tocaras de nuevo. «Es una pieza linda y sencilla, que refleja el alma buena de Baltazar», comentó al acabar tu interpretación. Y añadió: «Teniendo en cuenta las circunstancias, lo has hecho bien, bastante bien». Y pasó luego a instruirte sobre un manejo más adecuado de los registros. «Ahora escúchame a mí», dijo, y dejó oír su versión del *Laudate*, no solo para tu ilustración, sino también para su propio y personal deleite. ¡Cuán pura y diáfana se oyó la música! «Bueno», dijo al finalizar, «tocarás esto en la misa, en el momento en que yo te indique». «Gracias, padre», respondiste alborozado. «Tocarás también una pequeña pieza de Buxtehude, que fue un organista danés de hace tres siglos, muy corta y sencilla». Y la tenía casi a la mano, y viste que se trataba en efecto de algo muy breve. «A ver, hombre, prueba», dijo, y tuviste que proceder a una ejecución a primera vista, que no resultó tan mal. El franciscano te dio nuevas instrucciones, y señaló: «Ahora copia, porque este ejemplar es el único que tenemos». Y como un escolar aplicado transcribiste la partitura en una hoja que te proporcionó, mientras él salía por un momento. Regresó luego, guardó el original y te hizo sentar no ya ante el armonio, sino ante el órgano mayor, y dijo: «El generador está apagado, pero te voy a dar algunas indicaciones adicionales, ya que, como dije, el *Laudate* lo interpretarás aquí». Y así lo hizo, y verificó además si le habías entendido bien. Sentiste por un momento la tentación de pedirle la sustitución del preludio por el himno andino, pero un instinto te advirtió que no lo hicieras. Era casi seguro que no aceptaría, y no valía la pena poner en riesgo lo logrado. Le preguntaste, más bien: «¿Y qué nos hará oír usted, padre, además de la música de la misa?». «Un *Concertante* de Telemann y una fuga de Bach», dijo, y procedió a explicarte de qué obras se trataba. Y después, antes de que te marcharas, señaló: «Como dije, Baltazar fue un hombre bueno y sencillo, que de veras amaba la música; ojalá pudieras ocupar más adelante su lugar…». «Muchas gracias, padre». Y te despidió: «Anda y prepárate». «Hasta luego, padre». Y cruzabas el atrio cuando te llegaron los sonidos de una pieza que el sacerdote se había puesto a interpretar en el melodio. Te detuviste y escuchaste hasta el final. Nunca lograrías esa ductilidad, esa exactitud, esa pureza, resultado por

cierto de toda una vida. No tenías tampoco ese talento. Mas no por eso dejarías la música, desde luego que no.

Viernes 31 de marzo

Hoy fue un día muy atareado, porque me tocó repartir la mayor parte de las tarjetas de invitación a la misa, impresas con demora por el tío de Felipe. Abelardo se encargó de las personas más destacadas, y Laurita de amigas y conocidas. La primera que llevé fue a casa de doña Mercedes, quien me recibió con aire serio y rodeada de sus gatos. Inquirí cómo seguía de salud, pero no respondió a mi pregunta, y dijo más bien: «Así que mañana es la misa». «Ojalá usted pueda ir con su esposo». «Sí, iremos», dijo ella. «Ojalá también que podamos reanudar pronto nuestras clases». «Sí, claro», contestó, sin mayores precisiones. ¿Por qué la frialdad? ¿Será porque no he ido a visitarla, y no he mostrado así mucho interés en recomenzar las lecciones? ¿Será que está enterada de que voy a tocar el órgano y eso no le gusta? Bueno, quizás es porque Carlitos Baylón le dio una versión muy particular y mentirosa de lo que pasó en el bar de Chancafe el otro día, y también porque he sido un poco ingrato. Eso debe ser. Me despedí, pues, ante la sardónica mirada de Luzbel. Para quitarme el mal gusto me fui a casa de tía Rosita, a la que encontré en su jardín. «Ah, hijo, qué amable eres», me agradeció, y poniéndose las antiparras tomó debida nota del texto. «Sí, iré», prometió, «ya que mañana vendrá Fermín y le diré que me lleve en el carro». Abrí la boca, pero no dije nada, y fue mejor así, porque el loro se mandó un tremendo «¡Alcahuete! », allá en el patio. ¿Por qué «alcahuete»? ¿Habría confundido mi voz con la de Palomeque? Me despedí y me dirigí a casa de doña Laurencia Guevara. Me recibió su sirvienta, diciendo: «Doña Laurencia está leyendo su Comercio*, joven y no puede recibirlo, así que deje nomás esa tarjeta». Salí malhumorado, pero me di por suerte con Felipe, nada menos, que acompañaba a la sin par Rosalinda. Le presenté mis homenajes y recibí de su parte una muy púdica pero no sincera mirada, así como una lacónica salutación de mi amigo. ¡Dios! ¿Acabará ese amorío en matrimonio? ¿No será que la ha embarazado? No dije nada de la misa, firme en mi decisión de mantener a mis amigos fuera de todo lo concerniente a mis asuntos personales, así como de mis proyectos y actividades musicales. Y me marchaba ya, cuando él me dijo, en voz baja: «Oye, no te olvides del bolero, ¿eh?». «No me olvido», dije, y opté por apurar el paso. Y como una casualidad trae otra casualidad, pasé sin pensarlo por la calle de Mirta, quien estaba en su puerta y me hizo un gesto para que me acercara. Tan seria como siempre, y con esos ojos negrísimos que lo hacen sentir incómodo a uno. Me dijo, como si se tratara de algo muy confidencial: «Leonor ya llegó, y dice que irá a la misa de tus tías». «Pero ¿cómo no me avisó?». «Nos encontramos ayer en el colegio, y dijo que pasó por tu casa, pero que no te vio». Seguí mi camino, pero tan pensativo que en la esquina por poco me atropella el taxi de Celedonio Pajares, quien sin más soltó una palabrota. No me molesté en contestarle, pues ya le he asignado un excelente papel en un*

cuento. Y todavía me duraba la distracción cuando llamé a la puerta de doña Abadesa de la Barra, la de las cueras semanales, quien me recibió no sin mirarme de pies a cabeza, como si tasara cuántos azotes podía encajarme. Fue el momento, luego, de pasar por la casa de Zoraida Awapara, y allá fui, entre esperanzado y temeroso. Estaba en su puerta conversando con una vecina. Me acogió con cierta frialdad, tomó nota de la invitación y me despidió con un «Muchas gracias, joven». ¿Por qué, si no he faltado en nada a su recomendación, y más que recomendación mandato? ¿Acaso se iba a dar cuenta de lo pasado la señora con quien charlaba? Deprimido me fui a invitar a Federico Yepes, por especial encargo de Abelardo, quien por alguna razón no quiere encontrarse con él. El viejo alzó su mano de cuero y con una risita dijo: «Oye, ¿no te animas a una partidita?». «No, señor». «Te puedo dar una torre de ventaja…». «Estoy apurado, señor». «¿Me tienes miedo?». «No, señor». Y me di a la fuga. Muchos lo tienen como un tonto, pero a mí su mano me inspira pavor, y él se da cuenta y lo disfruta. Regresé a casa y mi hermano estaba, el muy fresco, sentado en el patio y leyendo un diario. «¿Ya acabaste?», le pregunté. «Yo sí, ¿y tú?». «No, todavía me falta». «¡Pobre! Y, ¿a quiénes les diste su tarjeta?». No me gustó su tonito, pero le di todo un informe: «Pues a la señora Chávarri, a tía Rosita, a doña Laurencia Guevara, a la señora de la Barra, a don Federico Yepes, a pesar de su mano negra, y…». «¿Y a Zoraida Awapara?». «A ella también». «Ah, qué bueno». ¿Sabrá algo? Y si no, ¿por qué ese retintín? Pasé al ataque: «¿Y tú?». «Ya cumplí con lo mío, y entre otros les llevé sus tarjetas a Palomeque y a Mitrídates». «¿A Palomeque?». «Sí, y me recibió muy pulido y dijo: "Por usted, correctísimo joven, y por su agraciada hermanita, iré con mucho gusto, a pesar de que, como todo Jauja sabe, soy un espíritu ilustrado, y por eso no propenso ni afecto a la clerigalla"». «¿Eso dijo?». «Así es, y nos despedimos con muchas cortesías». «¿Y Mitrídates?». «No, él no hizo ningún comentario». «¿Y a quién más?». «Y a gente del Municipio y del Colegio San José». «¿Y acabaste tan pronto?». «Yo soy expeditivo, jovencito». Al poco rato llegó Laurita con María del Carmen, y contó que había estado en casa de tía Grimanesa, y que la señora le había preguntado: «Oye, muchacha, ¿no eres hija de Basilio Planas?». Me quedé pasmado. ¿Será que mi cuento cambió el pasado, por así decir, y que entre otras cosas hubo de veras un romance, aunque fuese frustrado, entre mi vieja parienta y ese nebuloso Planas? Laurita reparó en mi asombro y dijo: «Cualquiera diría, Claudio, que solo escuchar el nombre de esa parienta te hiela la sangre…». No dije nada, y los dejé charlando allí, muy animados. ¿No será que Abelardo se cansó ya de la inexpresiva belleza de Florencia Iturriaga, y le ha echado el ojo a María del Carmen?

Por la tarde

Es indudable que con la misa de mañana culminan estas vacaciones, que nunca me imaginé que fuesen como han sido. Unas vacaciones en que progresé en la música, conocí de cerca a gente muy especial, y me reencontré con los bellos y poéticos mitos de Marcelina. Entreví

también una dramática y sombría pasión allá en la noche del pasado. Y conocí el amor. Ya no soy, pues, el adolescente que era en diciembre, y estoy un poco más lejos de mis amigos. Y comienzo a ver mejor, también, por dónde se encaminará mi vida. Y me quedan además unos cuentos, mi versión del himno, y, sobre todo, una nueva manera de mirar las cosas.

Te asomas a la baranda y ves entrar a tu madre, a tía Marisa, vestidas de negro, y a Laurita, Felícitas. Y tras de ellas, con su terno gris, Abelardo, portando los ramos de rosas blancas y azucenas. Avanzan por la nave y van a situarse ante el altar mayor. Se sientan, en silencio. Momentos después ingresa la tía Aurora con la prima Remedios. También Eufrosina López, Eduviges Mazo y unas personas que no conoces, y los hermanos Canchapoma. Y al poco rato, tomados del brazo, y con cierta solemnidad, Fox Caro y su señora esposa. También unas mujeres de *lliclla* y pollera, que deben ser amistades de Felícitas, o quizá sus compañeras en el puesto que tiene en el mercado, todas con mantilla negra. Y tía Rosa, acompañada por Josefa Bardales. Y Mitrídates, después, con su abrigo azul. Frente al altar mayor se alza el catafalco de las exequias. Una alta estructura de madera con dosel de colgaduras negras y falso féretro. ¿No deberían haber sido dos? Pero, ¿cómo, si nunca se previó un caso semejante? Pasa por tu mente la observación que escuchaste a un corista franciscano, hacía un par de años, hablando con otro: «Oye, ¿no es mejor decir baldaquino y no catafalco?». Y su compañero dijo: «No, es catafalco». Extraño recuerdo en un momento como este, y evidencia de tu secreta obsesión por los nombres. Retornas a tu lugar ante el melodio, y al misal de Baltazar José Manrique. El padre Monteverde recorre con la vista una partitura. Quien te viese diría que te sientes tranquilo, mas no es así, pues bajo esa aparente calma hay ansiedad, casi angustia. Por momentos piensas en las ancianas, y vuelve a ti la imagen del rostro abstraído de Euristela y el recuerdo de la dulzura pensativa de Ismena. Y la figura borrosa, bajo una luz lívida, de Antenor José de los Heros. Pues esta misa, lo tienes muy presente, es también por él y por su padre, y en conmemoración de la trágica noche en que acabó todo. Piensas también en las aun más nebulosas figuras de Virginia Olazábal y Marina Túpac Roca. Y así, hasta que en determinado momento el padre Monteverde se torna y te dice: «¿Te sientes impaciente?». «No», respondes, pero así es, desde luego. Sonríe para darte ánimos y regresa a su tarea. ¿Cómo resultará tu versión del *Laudate*? Y después, ¿qué dirá el franciscano cuando vea que no te limitas a lo que ha dispuesto? ¿Te mandará detenerte en mitad del himno andino? ¿No habría sido mejor pedirle permiso? Preguntas que por centésima vez te asedian y acrecientan tu inquietud. Tienes seca la boca. Te levantas otra vez, y te asomas de puntillas a la baranda y tratas de ver si ha llegado Leonor. No, no es así. A poco ves, en cambio, a Elena Oyanguren, en elegante traje sastre oscuro y sombrero de velo, acompañada por sus amigas. Sentadas las tres no lejos del altar de la Dolorosa. No ha venido por ti ni por las difuntas, claro está, sino por el rumano, el mismo que sin duda no tardará en aparecer. La miras una vez más y retornas a tu lugar. Y, en efecto, instantes después entra al coro Georgiu Radulescu,

vestido con impecable terno negro. Intercambia saludos, muy amable y tranquilo, con el organista. «Hola», te dice, y tú le expresas tu reconocimiento: «Gracias, señor, por apoyarme y venir». Y mientras ellos se ponen a conversar en voz baja, aprovechas para abrir el cuadernillo en que tienes la partitura del himno y tomas nota, una vez más, de las indicaciones de registro que has señalado. Mas al cabo de un momento te diriges otra vez a la baranda e identificas, allí entre la concurrencia, a Zoraida Awapara, vestida de oscuro. Ves a Epifanio que avanza hacia el crucero. ¿Y Palomeque? Vuelves a tu sitio. Se oye al fin la campanilla y hacen su ingreso al altar mayor el sacerdote, que no es otro que el padre Barrelier, y sus ministros, en ornamentos exequiales. El padre Monteverde ocupa ya su lugar ante el órgano, y el rumano se sitúa a su lado. Comienza la misa, y a poco se alza la voz clara y hermosa de Georgiu Radulescu: *Requiem aeternam dona eis, Dómine: et lux perpetua lúceat eis*. Y más adelante, con palabras del salmista: *Te decet Hymnus, Deus, in Sion, et tibi redetur votum in Jerusalen: exaudi orationem meam, ad te omnis caro veniet*. *Requiem*. No te preguntas otra vez cuánto queda en ti de las enseñanzas religiosas de tu madre, ni de la primaria o del catecismo, pero sigues emocionado y con fervor, palabra por palabra, el sacrificio. Cuán hermoso se escucha el órgano, y qué bien timbrada la voz del solista. Vienen luego el Confiteor y el Kyrie, y en el momento de la colecta el padre Monteverde toca el espléndido *Concertante* de Telemann, en una versión que, a pesar de tus nervios, logras seguir con gran atención. Una interpretación estupenda, como no escucharás en muchísimos años, y como no se volvería a oír en la Iglesia Matriz de Jauja. Magnífica, y, sin embargo, ¿por qué cruza por tu mente, mientras tanto, la imagen de un Antenor exangüe y próximo ya a la muerte, y al cual se aferra en silencio Euristela de los Heros? ¿Por qué repites dentro de ti, de un modo que no es ni puede ser mecánico: *Sálvalos, Señor*…? Por suerte logras concentrarte de nuevo, y atiendes al final de la obra. Prosigue la misa, luego, que además de conmemoración y ruego de un descanso eterno, es también, para ti, celebración de un amor trágico y terrible. ¡Extraña certidumbre! Se pasa después a la letra grandiosa del Gradual: *Requiem aeternam dona eis… In memoria aeterna erit justus: ab auditione mala non timebit.* Y tú pides también, con tus palabras: «Concédeles, Señor, el descanso eterno, y alúmbreles la luz eterna…». Sigue el Tracto, en fin: *Absolve, Domine, animas omnium fidelium defunctorum ab omni vinculo delictorum*. Y sobrecogido escuchas la secuencia de aterradora belleza: *Dies irae, dies illa, Salvet saeclum in favilla: Teste David cum Sybilla. Quantus tremor est futurus, Quando judex est venturus…* ¡Cómo retumba en el templo la frase apocalíptica: *Rex tremenda majestatis*…! Tembloroso, repites para ti en silencio: «¡Oh día de ira aquel en que el mundo se disolverá, atestiguándolo David y la Sibila…! ¡Oh Rey de terrible majestad…!». Cuán difícil te es recobrarte, después, cuando acaba esa parte y se inicia el Evangelio. Te dices entonces que esa visión no puede aplicarse a las difuntas, y tampoco a Antenor, seguro estás de ello. Acaso, ¿no fueron víctimas del destino tanto Euristela como su medio hermano, y su amor no fue puro? Y aun José María de los Heros, ¿pudo acaso prever esa pasión y ese desenlace? Piensas en todo

ello, y tu mente vaga de imagen en imagen, en errático curso. Euristela e Ismena en la cima de Raupi, colocando en una improvisada fosa y en modestísimo ataúd el cuerpo de Antenor. Fox Caro mirando desde su balconcillo hacia el amanecer. Leonor jugando al vóley con sus compañeras de escuela. Zoraida diciéndote, con sedosa mirada: «Mi verdadero nombre es Yasmina…». Y tía Euristela, otra vez —*¡Oh hermana de las sombras!*— alejándose por un paisaje de puna. Te dices que los ramos de flores en manos de tu familia, allá abajo, son como una increíble y misteriosa versión del ramo de hojas de oro que, en la *Eneida*, abre el descenso del héroe y la Sibila al mundo de los muertos. Y a propósito, ¿no se menciona a la Sibila en el texto sacro? ¿No será que con las ofrendas del canto y del rito has de acceder tú también, impensado visitante, al universo a que han ingresado para siempre las difuntas? Termina el Evangelio y el padre Monteverde te hace una señal y, como si se tratara de un error, empiezas en el melodio la versión puramente instrumental del *Laudate Dominum*. El franciscano se vuelve a mirarte, sorprendido, pero no dice nada. Debe pensar que, por los nervios, te has equivocado en el orden previsto. No importa. Tu ejecución es al principio desigual, pero te recuperas pronto y das con el aliento recogido, fervoroso, propio de la obra. Mentalmente repites las palabras: *Laudate Dominum in sanctis ejus: laudate eum in firmamento*… Acabas, en fin, y el religioso no dice nada, y concentra de nuevo su atención en el sacrificio. Sigues en el misal la incensación de la Oblata, el Prefacio, y así, hasta llegar a ese pasaje en que no reparaste como es debido en los días anteriores, y que llama ahora tu atención de extraña manera: «Pues para tus fieles, Señor, la vida se muda, no fenece, y deshecha la casa de esta terrena morada, se adquiere eterna habitación en los cielos». ¿No se canta allí, oh Dios, esa idea tan cara a Fox Caro? ¿No se glorifica el continuo tránsito de vida a vida que él proclama? Se escucha luego, en la voz espléndida de Radulescu, acompañada por el padre Monteverde, el sobrecogedor y bellísimo pasaje de Esdras: *Lux aeterna lúceat eis, Domine… Requiem aeternam dona eis, Domine; et lux perpetua luceat eis*… ¡Luz eterna los alumbre, Señor…! ¡Dales descanso eterno…! Te dices, estremecido, que esa luz final es semejante a la luz de los orígenes, bajo la cual batallaban en las aguas y en el cielo las aladas sierpes de los relatos de Marcelina. Y llevado por la emoción te acuerdas también del verso aquel de la *Antígona* de Sófocles, en que el coro invoca: *Rayo de sol, la más bella luz*…Y apenas si puedes atender luego al Sanctus, Sanctus, Benedictus, y a la Comunión. Otra vez vaga tu mente, y piensas de nuevo en tus tías, en Antenor, en Janchiscocha, y en el río Yanasmayo, cuyas aguas se parecen, qué duda cabe, a las del lago de que hablan los Salmos. Y piensas de nuevo en el amor, hermoso en su obstinación, en su fuego, en su desenlace, que unió para siempre a Euristela y Antenor de los Heros. Y en medio de ese errar de tus pensamientos, cercano al desvarío, te afirmas en tu propósito de tocar el himno andino, porque ha de ser —estás aun más seguro de ello— el mejor canto de homenaje y de recuerdo a los finados y a la tierra en que vivieron y murieron. Lo harás, pues, aun si con ello incurres en la ira del español. El sacerdote dice en el altar el *Ite, Misa est*, y el padre Monteverde abandona su asiento, y tú te

instalas allí, como se ha acordado, y sin vacilar inicias en el órgano esa música de tan poderoso fervor, y entonas en voz baja su letra en quechua: *Aa, sumac canchakjaska, / kaynimi tukuy waway kikunajahua / Aa sumac kanchakumuchaska / Apukanki…* Y después la versión en castellano: *Ah, luz resplandeciente, / sobre tus hijos aquí reunidos, / extiende tu centelleo. / Ah, luz maravillosa / sobre nosotros / reina…* Se juntan y transfiguran en ella la música de la *huaylijía* y del pasacalle del arpista apurimeño, y la de los huaynos que cantaba, entre cuento y cuento, Marcelina, y la de los yaravíes que recogías con tu madre. Y renacidos son entonces, bajo su conjuro, los espíritus de Euristela y de Ismena de los Heros, y de su padre y de Antenor, mas no para comparecer ante un Dios de majestad implacable, sino para ingresar a un mundo diáfano y luminoso como el que celebra Fox Caro. Y a través de ti cantan el alma de la tierra y de los cerros, el agua de las lagunas y el agua del Yanasmayo, y la lluvia primordial, el viento, el rayo. Y la sangre de los amarus, alzándose de la tierra y de la noche, y la frescura de la *sullawayta*, recobrada para siempre. Alborozada certeza que deja en segundo plano ese anterior sentimiento de aterrada sumisión ante el Dios de los Salmos. Exaltación no ya de la muerte sino de la vida. «Ah, luz resplandeciente…». Y así, conmovido hasta las lágrimas, llegas a los últimos compases y pones fin a tu interpretación. Y te quedas ahí, inmóvil, y no te importa ya si el padre Monteverde te lanza una reprimenda o te echa del coro. Mas no es así, y ves que no hay cólera en su rostro, sino sorpresa, admirativa sorpresa. Te levantas, pues, y comienzas a disculparte, pero él dice, todavía asombrado: «No me habías dicho…». «No, padre, y no se moleste, por favor». «No, pero, ¿se trata de otra obra de Baltazar?». «No, padre». «Y ¿qué es, entonces?». «Un himno de alabanza al Señor, que alguien recogió en una provincia de Huánuco, hace muchos años, y que mi abuelo copió». «Pero ¿y la adaptación…?». «Yo la hice, padre». Y el anciano te mira, incrédulo, y dice solamente: «Estuvo muy bien, muchacho. Música extraña, incluso bárbara, pero de grandeza cósmica, y plena de un profundo sentimiento cristiano…». Guardas silencio, pues no es así como piensas. Radulescu, por su parte, se aproxima y dice sonriendo: «Estuvo muy bien, realmente. ¡Muy bien!». Y añade: «Pero, ¿no es algo semejante a la música que escuché en tu casa?». «No, señor», respondes. «Estuvo muy bien», reitera el anciano, aunque no había necesidad de que me dieras tal sorpresa, porque yo hubiera estado de acuerdo». Y te felicita de nuevo, y dice: «Anda, ve a reunirte con tu familia, que te estará esperando». «Otro día conversaremos», añade Radulescu. Y te despides, pues, y bajas aún turbado por la escalera de la torre, temeroso de encontrarte con el párroco. Y esperas en el atrio, y no tardan en salir tu madre con tu tía, y Laurita y Abelardo, y detrás los parientes y los amigos. Y tu madre te abraza y dice, emocionada, y a pesar del carácter de la misa, muy contenta: «¡Fue muy hermoso, hijo!». Y hay tal brillo en sus ojos que tienes la seguridad de que no se dejará llevar por la melancolía, y que regresará a la música con el entusiasmo y la constancia de antes. Tu tía Marisa te congratula con efusión. «¡Muy bien, Claudio!». Y como no puede dejar de hacer bromas, agrega: «Un poco más y serás todo un Orfeo andino, con pleno poder de resucitar a los muertos». Curiosa comparación,

por cierto. Laurita exclama: «Tan hermoso el *Laudate*, y tan bella y andina esa otra pieza, que tú interpretaste, ¿no es verdad?». «Sí, Lauri». Y tu hermano quiere saber: «Pero ¿qué fue, Claudio?». Le respondes con orgullo: «Es algo que encontré entre los papeles del abuelo, y que adapté y le puse acompañamiento». Tus familiares te abrazan de nuevo, y muy en especial tu madre y tu hermana, y Felícitas hace lo mismo, sin comprender lo que hay de congratulación en aquel gesto. Y quienes no entienden por qué te felicitan, ya que la misa ha sido de difuntos, miran con ojos curiosos y te saludan. Tu tía Rosa te da un cariñoso beso, y te avisa con una señal que allá, a un costado de la iglesia, la espera el chofer con el Dodge. Zoraida Awapara te hace un adiós amistoso y sonríe. ¿Y Fox Caro? No tarda en aproximarse, del brazo con doña Juanita. De algún modo sabe ya que la música de acentos andinos que se ha oído en el órgano ha sido ejecutada por ti, y es por eso sin duda que dice «Muy bien» al tiempo que te abraza, y con él su esposa, pues tal es la costumbre. Mas algo te indica en el rostro sereno del carpintero cuán conmovido se halla, y cuánto te lo agradece. Y sus ojos se detienen en ti, y sin duda adivina que ya estás enterado de su antiguo amor por Euristela, y de su respeto, por encima de todo sentimiento de celos, a la memoria de Antenor. «¡No dejes de visitarnos!», dice su vieja señora, tocándote con la mano en que brilla su infaltable y grueso anillo. Y se alejan, ambos esposos, y tú piensas por un instante que en Fox sí hay mucho de un Orfeo de los Andes. Distingues luego, allá a un costado, a Palomeque — sí, él—, en riguroso y arcaico terno negro, sin concederte ni una mirada. Y a Cristina y María del Carmen y Berta, y en otro grupo a Florencia Iturriaga, muy peripuesta. Y ves que allá adelante Mitrídates avanza, solo, con las manos en los bolsillos de su abrigo, ensimismado. Te acuerdas de ese nombre, Azrael, y de la imagen de un ángel de la muerte. ¿Y Elena? No, no la ves, y sin duda aguarda en la sacristía, con sus amigas, a Radulescu. Elena, *la de los blancos velos*, deidad de los árboles y de la primavera. Se acerca Epifanio, con su parsimonia, y tú estrechas en silencio y con afecto sus manos. «Ven con nosotros», te dice Abelardo, luego de despedirse de la tía Aurora. «Sí, ya los alcanzo». Y miras a uno y otro lado, y estás por unirte al pequeño cortejo que llevará los ramos de flores al cementerio, cuando ves de pronto, junto a ti, a Leonor. ¡Sí, a ella! Vestida de azul, muy bien peinada y que, venciendo su timidez, se aproxima y junta su rostro al tuyo, y te besa después en la mejilla, sin importarle que la vean, como tampoco te importa a ti. Y es junto con ella, y como en sueños, que bajas por las gradas del atrio, en esa hora tan temprana. Laurita se da vuelta y te mira y sonríe, y no parece sorprendida al ver quién está contigo. Brilla el sol y el aire es límpido, clarísimo.

País de Jauja o el arte luminoso de contar historias

La publicación de *País de Jauja* en 1993 fue saludada no solo como un evento literario, sino también societal, en un Perú que apenas salía de la década trágica de la guerra interna. Su autor, Edgardo Rivera Martínez, reconocido cuentista de estilo pulcro, quien desgraciadamente falleció en 2018, con esta primera novela se alzó de repente al nivel de los más grandes escritores nacionales, y hoy es considerado como un autor clásico.

¿Cómo explicar el éxito de la novela? Son varios los factores que entran en juego: primero, el contexto particular del Perú lastimado por la violencia; la novela, con su título prometedor, *País de Jauja*, causó sorpresa, emoción y esperanza, ya que proponía una utopía posible: convivir en armonía y tolerancia en un mismo país. Si bien se suele decir que no se hacen buenas novelas con buenos sentimientos, Rivera Martínez lo desmiente de manera magnífica, con un relato a la vez sencillo y complejo, cuyo epicentro es la ciudad de Jauja. El autor, gran conocedor de la historia de su ciudad, se vale del mito de la tierra de la felicidad y abundancia, convirtiéndolo en matriz y coordenada esencial de la novela, tanto a nivel de los personajes como del argumento.

Desde las primeras líneas, el lector se encuentra inmerso en el mundo de Claudio, adolescente de 15 años en la Jauja de los años cuarenta. La pequeña ciudad de provincia gozaba en aquella época de cierto prestigio a causa de su sanatorio, que atraía a muchos enfermos extranjeros, lo que otorga a la novela un ligero matiz cosmopolita, en el estilo de *La montaña mágica* de Thomas Mann.

Seguimos el día a día de Claudio durante las vacaciones —que empiezan en diciembre de 1946 y terminan en abril del siguiente año— en el seno de una familia de clase modesta, pero educada, aficionada a los libros, la música y las artes. Pasan los días, se celebra Navidad, los carnavales de enero, las fiestas de febrero; se suceden los pequeños grandes eventos familiares, alegres o tristes. El protagonista conocerá nuevas experiencias, nuevos libros, nuevas amistades; empezará su educación sentimental y amorosa ¿Novela de aprendizaje entonces? Sí, pero *Bildungsroman* feliz y mucho más. Porque *País de Jauja* no se deja encasillar en una sola y definitiva categoría. El gran talento de Edgardo Rivera Martínez, además de lograr transformar las nimiedades de lo cotidiano en oro, consiste en crear vastos territorios donde se da rienda suelta a la imaginación y la ensoñación, y esto gracias a la variedad de registros que utiliza. En primer lugar, destaca su capacidad para retratar la vida de provincia con sus personajes tan variopintos (reconocemos en ello el talento del cuentista y del cronista): Palomeque, el peluquero racista; el bondadoso y pacífico Fox Caro, adorador de la naturaleza; el histérico cura Wharton y

sus beatas; las enamoradas de Claudio (Leonor, Zoraida, Elena); el rumano Radulescu; Mitrídates, guardián de los muertos, etc., sin olvidar a la familia de Claudio: la modesta madre costurera; la siempre alegre tía Marisa, maestra; la hermana Laurita, que estudia Bellas Artes en Lima, y Abelardo, el bibliotecario.

El autor sabe crear también *suspense* en torno a algunos personajes, como las señoritas de los Heros —«las tías locas»—, unas ancianas perdidas en la bruma de un pasado marcado por un secreto de familia. El lector se deja llevar por la fluidez de un relato que corre sobre casi 600 páginas, en estilo directo, solo interrumpido por el diario íntimo que redacta el adolescente. Y también por la intrusión, de vez en cuando, de otro narrador, quien comenta con la distancia de los años, lo que está viviendo Claudio. Agreguemos la composición musical de la novela con pasajes de *tempo allegro*, otros *moderato*, incluso arias; el tranquilo transcurrir de los días se ve brutalmente interrumpido por momentos mágicos de gran tensión emocional que sumen al lector en «esa hondura del tiempo y de la noche», como en la noche de Navidad o cuando Claudio sueña con los amarus, aquellos misteriosos dragones andinos de las leyendas que le contaba Marcelina, su niñera: «En el fondo de una cueva estaba el amaru. Allí, en lo oscuro, con las alas plegadas». La belleza en las descripciones de la naturaleza, del rumor lejano del Mantaro, de la sierra con sus lagunas, sus nevados, se ve reforzada por las sonoridades quechuas de los nombres —Amarucancha, Yanasmayo, Yanchiscocha, etc.—.

El lector avanza, seducido por las múltiples historias y por el mundo de Claudio, lleno de inquietudes y preguntas sobre la vida y la muerte, sobre su vocación artística: ¿ser músico o escritor?, quizás escribir una novela titulada *País de Jauja*. Porque esta novela total, de una rica intertextualidad en la cual confluyen los ecos de toda una tradición, tanto literaria como cultural, tiene también su veta metaficcional: de manera especular se cuestionan los mecanismos de la ficción, pero sin la menor pedantería. A su vez, se insufla, sin ser ninguna novela de tesis, la idea de una utopía realizable —que en parte se origina en la historia excepcional de Jauja, exenta del sistema feudal de la hacienda desde su fundación por Pizarro— es decir, un mundo donde imperan la tolerancia, la benevolencia y, sobre todo, la comprensión hacia los otros, valores defendidos por la familia de Claudio.

En efecto, en ese mundo es posible ser muy andino y muy universal, apreciar los huaynos y la música de Mozart, apasionarse por la *Ilíada* y leer *Los perros hambrientos* o estar fascinado por la leyenda de los amarus. La mitología griega y los mitos andinos conviven perfectamente. ¿Acaso los dragones que tiran el carro de Medea no son parecidos a las serpientes aladas que viven escondidas en las lagunas de la sierra? El relato concluye con un final de ópera interpretado por todos los personajes reunidos en la Catedral de Jauja para celebrar la misa de honras de las viejas tías. Pero no se celebra la muerte sino la vida y su horizonte luminoso: «Brilla el sol y el aire es límpido, clarísimo», reza la última frase de la novela.

Confiamos en que los lectores de esta nueva edición de *País de Jauja*, casi treinta años después de la primera, descubran o vuelvan a descubrir con renovado placer, una novela coral e íntima a la vez, inspiradora y emocionante. Y junto a sus excelsas cualidades literarias, en los tiempos recios que vivimos, cuando muchos se aferran a posiciones identitarias radicales y exclusivas, la convivencia feliz y el mestizaje cultural que destila la novela con transparencia y luminosidad —palabras clave del léxico de Edgardo Rivera Martínez— hacen de *País de Jauja*, más que nunca, una novela indispensable.

Françoise Aubès
Catedrática emérita de Literatura Latinoamericana de la Universidad Paris Nanterre

Edgardo Rivera Martínez y la novela de un país posible

La aparición de una nueva edición de *País de Jauja* es un hecho siempre digno de celebrar. Los motivos para esa celebración son muchos, pero lo cierto es que, luego de casi tres décadas, la primera novela de Edgardo Rivera Martínez sigue siendo un libro fundamental de las letras peruanas de nuestros días, no solo por la rica temática de la novela, sino también por la alta calidad de su prosa. Por fortuna, Rivera Martínez pudo constatar en vida el reconocimiento de los lectores a su gran talento narrativo. A fines de los años 90, *País de Jauja* fue elegida como la mejor novela peruana de la década en una encuesta realizada por la revista *Debate*. Más tarde, en el año 2013, el escritor sería galardonado con el Premio Nacional de Cultura por todo el conjunto de su obra.

Rivera Martínez alimentó su vocación por el arte de contar historias desde muy temprano en su vida. Nació en Jauja, en 1933, en el seno de una familia de clase media provinciana, gracias a la cual pudo acceder a una estimulante biblioteca familiar. Al mismo tiempo, gracias a su madre, cultivó el amor por la música clásica. Desde niño, el escritor conoció muy de cerca la vida del campesinado local, especialmente en lo que concierne a los mitos, la música y la danza de esa parte de los Andes centrales del Perú. Por otro lado, es bien sabido que, hasta los primeros años de la década del 50, Jauja fue, en razón de su buen clima, un lugar al que acudían desde el siglo XIX enfermos de tuberculosis provenientes de Lima y también de Europa. Este hecho propiciaría la formación de una pequeña sociedad culta, de la que el escritor sería testigo de primera mano. Ese mundo llegaría a su fin con la aparición de la estreptomicina a fines de los años 40, pero no cabe duda de que toda esa experiencia vital sería fundamental para la configuración del universo narrado en *País de Jauja*.

Durante mucho tiempo, las primeras obras de Rivera Martínez —relatos notables reunidos en libros como *El unicornio* (1963), *El visitante* (1974), *Azurita* (1978) o *Enunciación* (1979)— fueron una suerte de secreto exquisito para más de un lector en el Perú. Todos ellos fueron libros de circulación muy limitada, publicados en ediciones modestas y con un tiraje muy pequeño. Sin embargo, leídos con detenimiento, dan cuenta de un imaginario que, siempre fiel a sus postulados artísticos, se construye con detenimiento y también con gran solidez narrativa. En 1982, la revista *Caretas* organizó la primera versión de su concurso «El cuento de las mil palabras». Entre cientos de participantes, Rivera Martínez resultó ganador con uno de sus relatos

más emblemáticos, «Ángel de Ocongate». El premio lo recibiría de manos de un viejo compañero de aulas sanmarquinas, Mario Vargas Llosa. Ese relato —acaso el más antologado de toda su obra— servirá para darle título a su siguiente libro, *Ángel de Ocongate y otros cuentos*, publicado en 1986.

La difusión de la obra de Rivera Martínez dará un gran salto cuando, en mayo de 1993, el escritor envíe a la imprenta *País de Jauja*. Publicada bajo el sello La Voz Ediciones, la primera edición se agotó en pocas semanas y en medio de grandes elogios críticos. Hoy, casi tres décadas más tarde, nadie duda en afirmar que, gracias a este libro, Edgardo Rivera Martínez ocupa un lugar de privilegio en la historia de la novela peruana de nuestros días. Sin duda, la idea de escribir una novela sobre la adolescencia de un joven que vive a caballo entre el mundo andino y el occidental se estuvo gestando en la conciencia creativa del escritor a lo largo de muchos años. Lo cierto es que, a principios de los años 90 —auxiliado por una flamante computadora Macintosh que, según me contó alguna vez, le facilitaba mucho el proceso de redacción de la novela—, Rivera Martínez se entregó de lleno a la tarea de contar la vida y avatares del joven Claudio Alaya Manrique.

Claudio es una suerte de artista adolescente, un escritor en ciernes que es también un gran amante de la música. En el verano de 1947, con la ayuda de un diario íntimo, Claudio irá observando con más cuidado todo lo que forma parte en su mundo más inmediato: me refiero a asuntos personales como el amor y el sexo, y la toma de conciencia de sus raíces andinas, así como los vínculos que esas raíces son capaces de establecer con el mundo occidental. El resultado de esa feliz comunión forjará a un sujeto con identidad propia, capaz de adoptar una mirada armoniosa y genuina sobre todos los mundos que alimentan su perfil como individuo. Esa mirada de vasto alcance le permitirá a Claudio retornar una y otra vez a sus raíces más íntimas, provenientes del mundo andino, y valorar con nuevos ojos su lugar de origen y su identidad.

Rivera Martínez siempre se refirió a *País de Jauja* como una novela sobre «un mundo feliz». Su definición es muy cierta: el libro se aleja de la mirada dura y dolorosa del mundo andino que nos propusieron los escritores indigenistas. Bajo su pluma, Jauja no solo es un espacio de descubrimiento amoroso para el joven Claudio; es, sobre todo, un lugar de encuentro entre el Ande y el mundo occidental, vale decir, un idílico espacio donde conviven en cordial armonía personajes de variada procedencia. En Jauja, la leyenda de los amarus comparte un mismo escenario con los mitos clásicos; la música de Mozart y las fugas de Bach se escuchan junto a los ritmos andinos; y las letras de los yaravíes se pueden recitar junto a la poesía de César Vallejo o de Jorge Eduardo Eielson. En medio de este mestizaje nuevo y generoso, la voz de Claudio abre el paso a un diálogo intenso y enriquecedor entre los muchos personajes del libro. Añádase a ello el fino lirismo del relato, matizado con toques de ironía y humor.

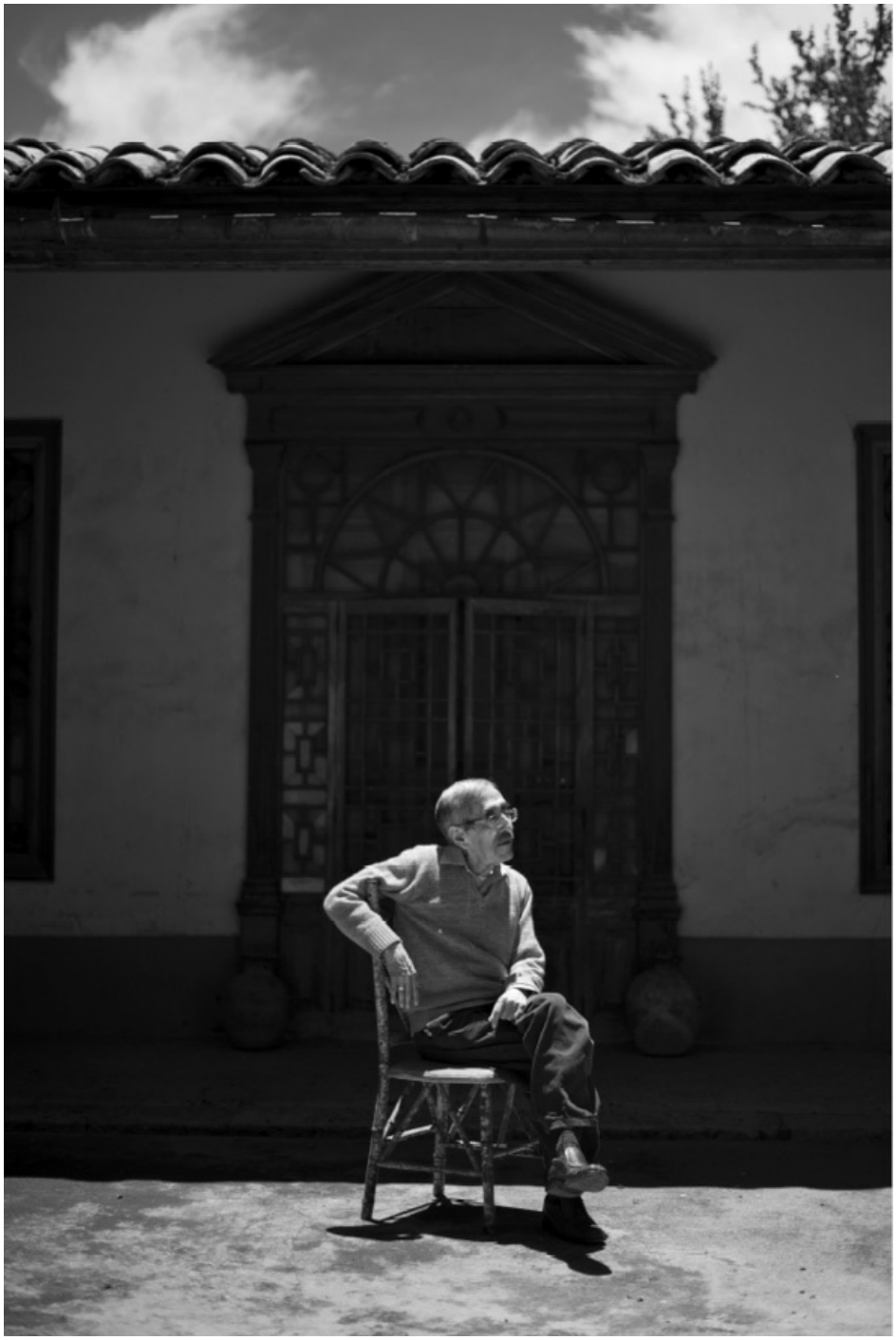
Con *País de Jauja*, Edgardo Rivera Martínez forjó lo que todo gran escritor anhela construir: un universo propio. Gracias a esta novela, Jauja es un espacio mítico en el imaginario peruano de

nuestros días. Al mismo tiempo, es una novela que nos interpela sobre nuestro origen, pues en su mirada nostálgica del mundo andino subyace también el reclamo de la configuración de un mestizaje nuevo para el Perú. Se trata, en verdad, de un libro que desde la utopía y la celebración vital de todo lo que somos, apuesta por un país posible.

Edgardo Rivera Martínez no solo logró escribir e inscribir a la ciudad de Jauja en nuestro imaginario gracias a su primera novela, sino que toda su obra es una apuesta por el Perú como un país multicultural; un país capaz de reafirmar sus raíces andinas y, por ende, ser dueño de un mestizaje nuevo y necesario. El favor del que goza esta propuesta entre sus muchos lectores nos recuerda que en el Perú de nuestros días esa es todavía una tarea pendiente.

César Ferreira
University of Wisconsin-Milwaukee
Academia Peruana de la Lengua

Dossier fotográfico



Edgardo Rivera Martínez en su casa natal. Jauja, 2013 (Archivo del autor).



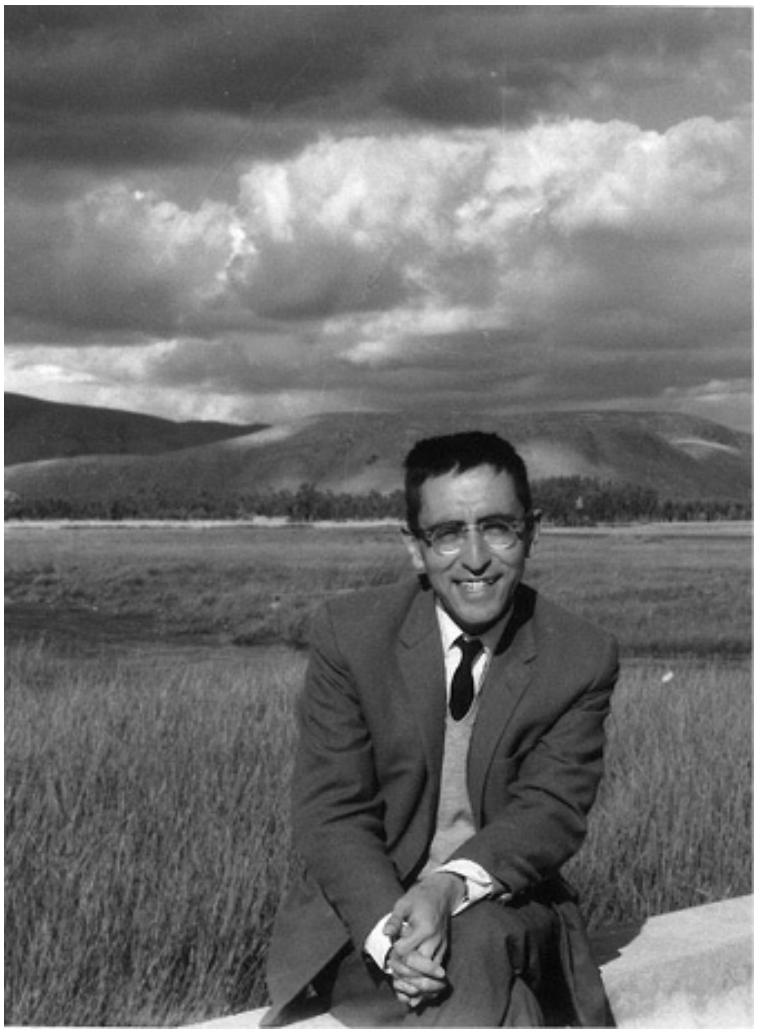
María Luz Martínez (madre), E. R. M., Miguel (hermano) y Marina Martínez (tía). Jauja, 1946 (Archivo del autor).



E. R. M., su tía Marina Martínez y su hermano Miguel. Fecha desconocida (archivo del autor).



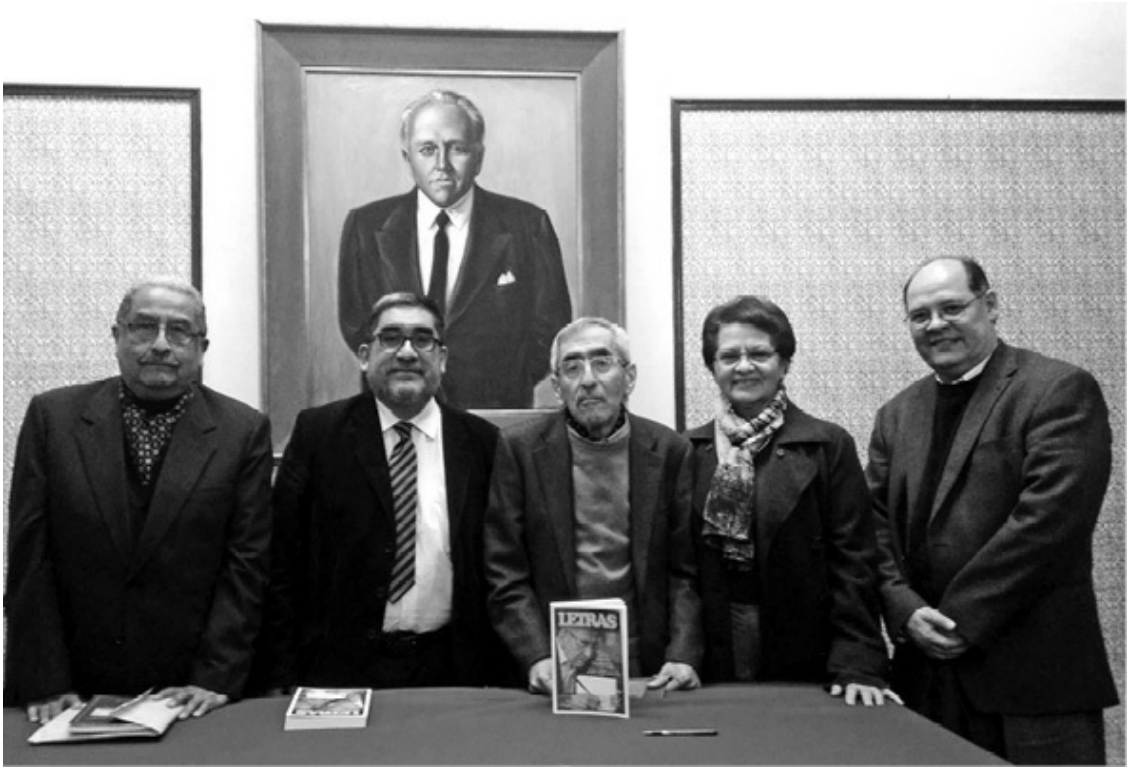
E. R. M. en el Partenón, Atenas, 1959 (Archivo del autor).



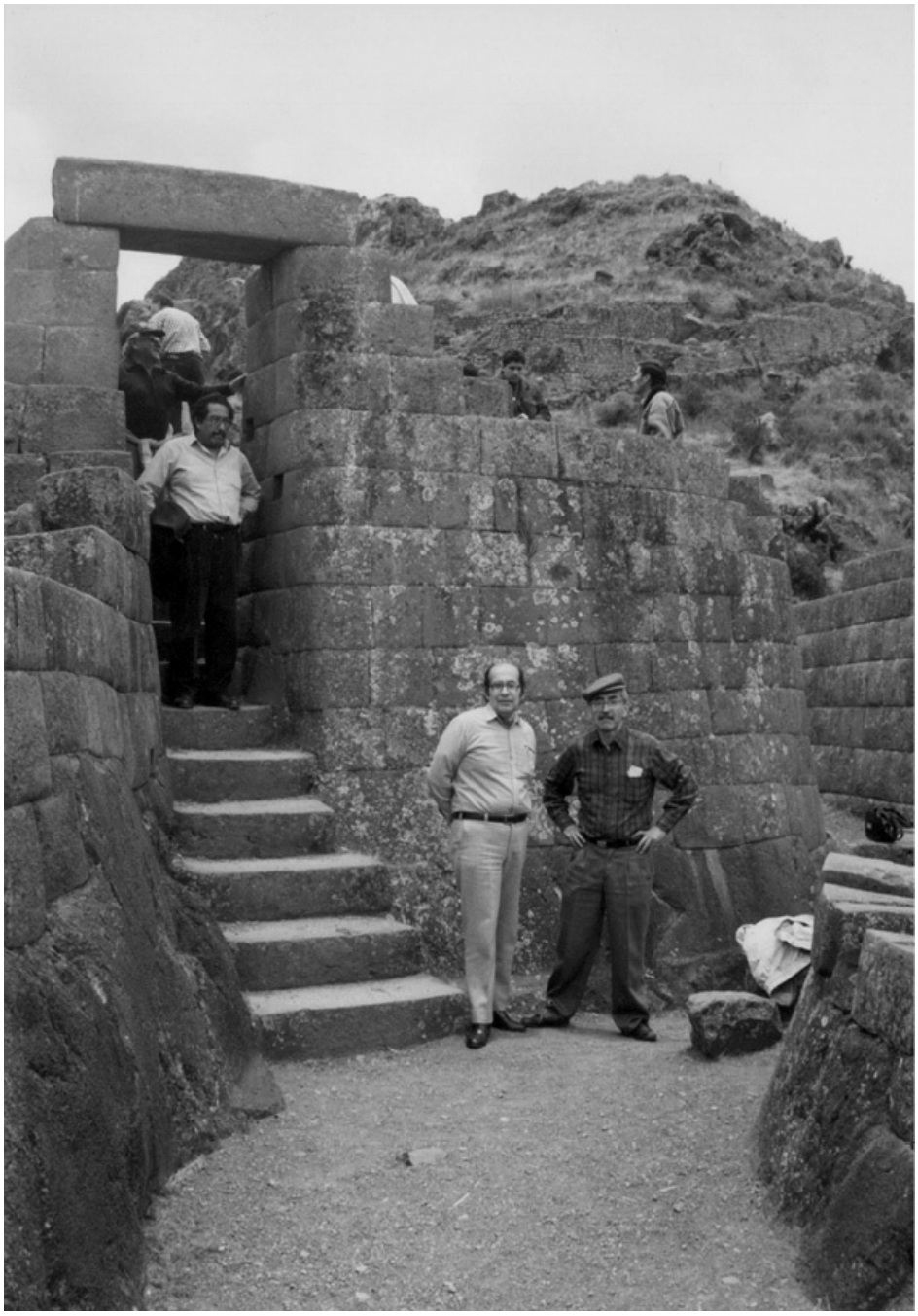
E. R. M. Valle del Mantaro, 1960. (Archivo del autor).



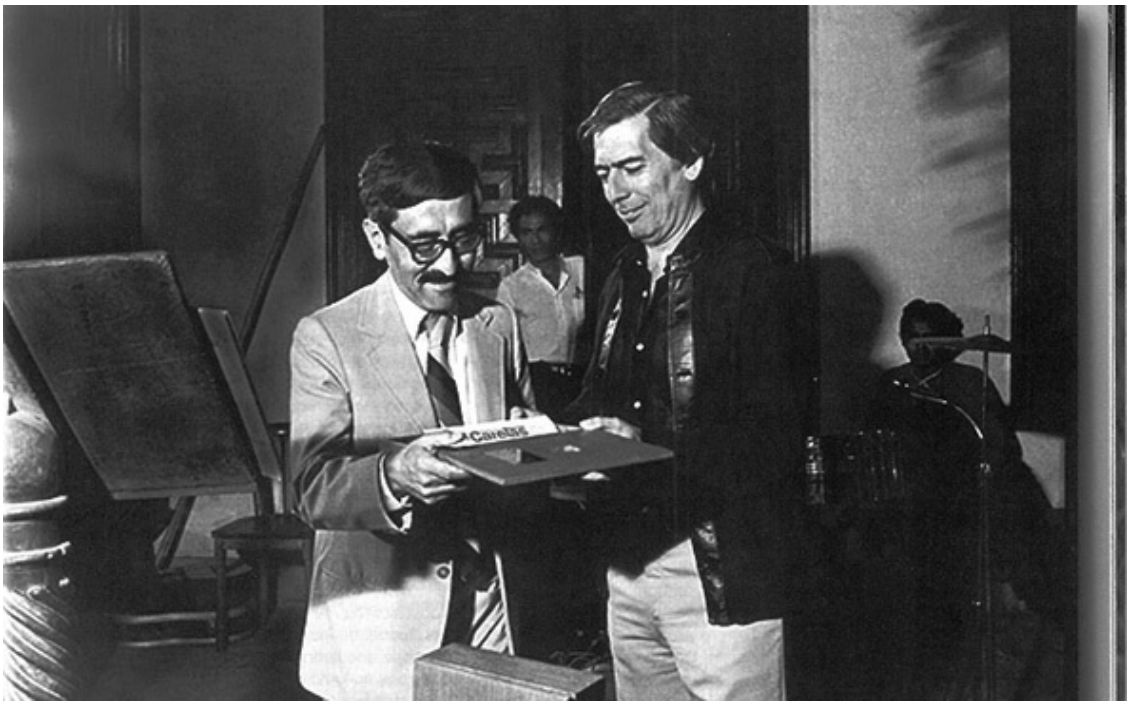
E. R. M. con amigos, Chavín de Huántar. 1970 (Archivo del autor).



Hildebrando Perez Grande, Antonio Valenzuela, E. R. M., Bertha Martínez C. y César Ferreira (Archivo del autor).



Arriba, Hildebrando Pérez Grande; junto a E. R. M., el escritor Miguel Gutiérrez en Cusco, 1994 (Archivo del autor).



E. R. M. recibe de manos de Mario Vargas Llosa el primer premio del Concurso del Cuento de las Mil Palabras, organizado por la revista Caretas. Lima, 1982 (Archivo del autor).



Rocío Silva Santisteban, Antonio Cornejo Polar, E. R. M. y Guillermo Niño de Guzmán. Presentación de la primera edición de País de Jauja. Instituto Raúl Porras Barrenechea, Lima, 1993 (Archivo del autor).



Luis Jaime Cisneros, E. R. M., Washington Delgado y Jorge Cornejo Polar. Lima, 1995 (Archivo del autor).



Jorge Puccinelli, Estuardo Núñez y E. R. M. Instituto Raúl Porras Barrenechea, Lima, 1999 (Archivo del autor).



Luis Guillermo Lumbreras impone la Medalla de la Cultura Peruana del Instituto Nacional de Cultura a E. R. M. Lima, 2004 (Archivo del autor).



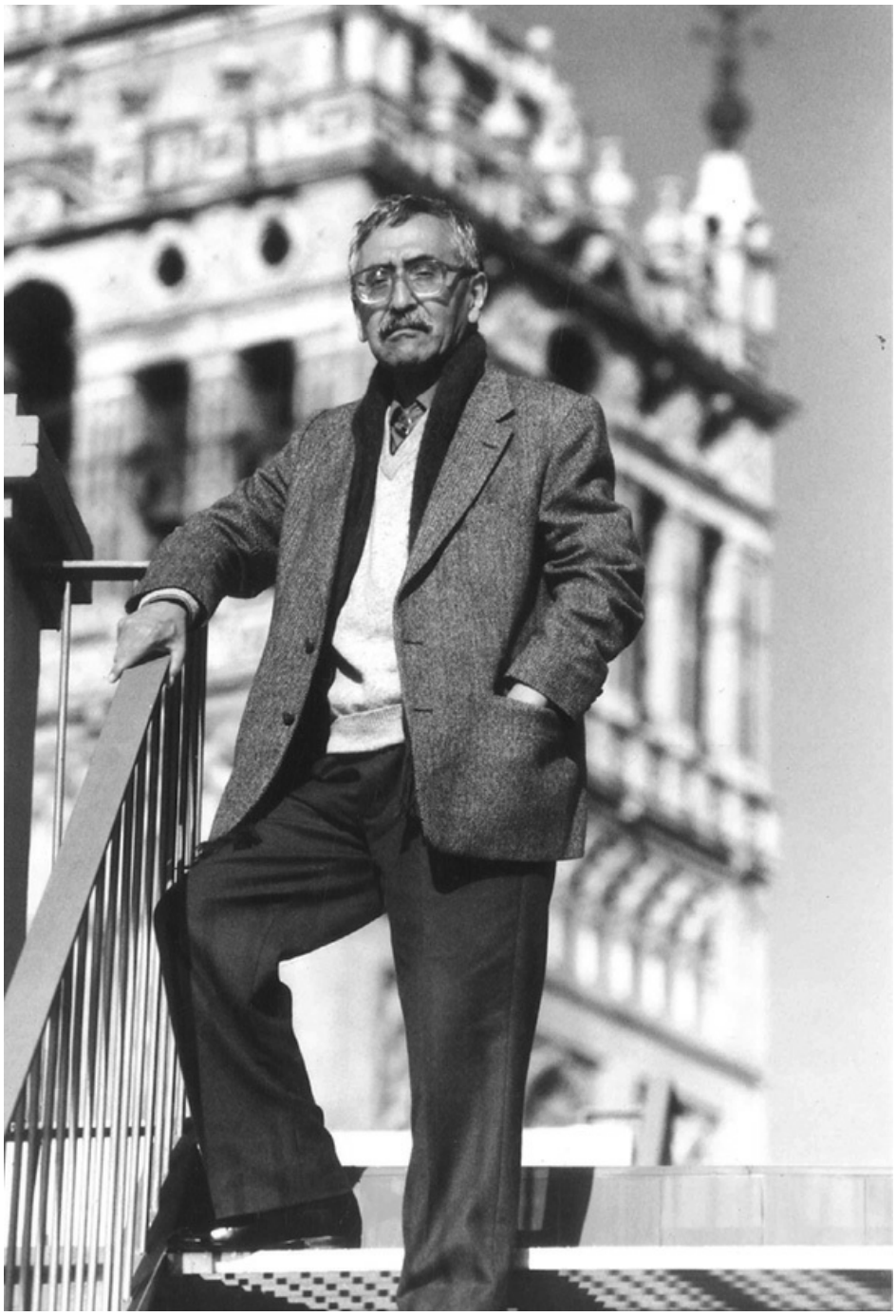
Premio Nacional de Cultura. E. R. M., Diana Álvarez Calderón (ex ministra de Cultura), Rodolfo Hinostroza, Lima, 2013 (Archivo del autor).



Bertha Martínez C., E. R. M. y don Estuardo Núñez. Lima, 1999. (Archivo del autor).



E. R. M. tocando el antiguo piano familiar. Lima, 2013. (Archivo del autor).



E. R. M. en La Giralda, Sevilla, 2013. (Archivo del autor).

Penguin Random House Grupo Editorial

PAÍS DE JAUJA

© 1993, Edgardo Rivera Martínez

© 2022, Penguin Random House Grupo Editorial S. A.
Avenida Ricardo Palma 311, Oficina 804, Miraflores, Lima, Perú

Alfaguara es un sello editorial de
Penguin Random House Grupo Editorial S. A.

Diseño: Penguin Random House Grupo Editorial / Apollo Studio

ISBN: 978-612-5020-38-3
Hecho el depósito legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2022-05462

Primera edición: julio de 2022

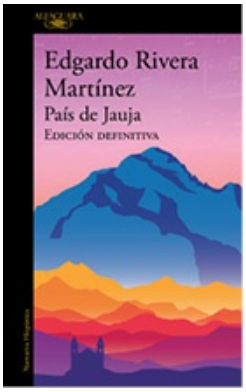
Conversión a e-book: Apollo Studio

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.



Edgardo Rivera Martínez

(Jauja, 1933 - Lima, 2018). Autor de *País de Jauja* (1993) —finalista del Premio Internacional de Novela Rómulo Gallegos—, la más importante y leída de la narrativa peruana de la década de 1990, según una encuesta entre críticos y narradores. En su segunda novela, *Libro del amor y de las profecías* (1999), según Peter Elmore, «la magia y la escritura se atraen y se reconocen». En la tercera, *Diario de Santa María* (Alfaguara, 2008), se da un encuentro intercultural, impregnado de humor y poesía, entre una jovencita peruana y otra francesa en un internado de monjas. Sus tres novelas cortas han sido publicadas en *Ciudad de fuego* (2000). En ellas, según Ana María Alfaro Alexander, «el poético lenguaje crea un abrumador sentido de la búsqueda [...] de la esencia y el misterio del ser humano». Sus relatos han sido reunidos en *Cuentos del Ande y la neblina* (Punto de Lectura, 2008). Antonio Cornejo Polar ha dicho que su narrativa «deslumbra, más que por la afanosa búsqueda de novedad, por la limpieza y hondura de su espléndida sencillez».
Fotografía del autor: © Omar Lucas



«En la obra de Edgardo Rivera Martínez está la gran literatura peruana sobre el mundo andino que más cercano tenemos y más lejano está de nuestros conocimientos».

Alfredo Bryce Echenique

Claudio Alaya es un adolescente de quince años que en las vacaciones escolares de 1947 descubre la experiencia del amor y el sexo, a la vez que reconoce la textura andina de su Jauja natal. Pertenece a una familia que con esmero ha educado a sus miembros en la música y la literatura de occidente, pero que no ha abandonado la cosmogonía y el arte local: en el piano se tocan huaynos y yaravíes, pero también música de Bach y Mozart; en las conversaciones coexisten los mitos prehispánicos junto a vibrantes pasajes de la *Ilíada*. Estas felices circunstancias permiten al protagonista vivir sin conflictos su identidad mestiza y, con ello, disfrutar de un verano solar.

A poco de cumplir 30 años desde su lanzamiento, *País de Jauja* se ha consolidado como la más celebratoria de las novelas de la literatura peruana. Su lirismo y exquisita técnica son un derrotero para las nuevas generaciones de escritores y críticos. Prueba de ello son los textos valorativos de Jeremías Gamboa, Françoise Aubès y César Ferreira que, junto a un amplio dossier fotográfico, acompañan esta edición definitiva que rinde homenaje al brillante escritor Edgardo Rivera Martínez.